ISABEL LA CATÓLICA

LA PRIMERA GRAN REINA DE EUROPA

GILES TREMLETT

Índice de contenido

Introducción. La primera gran reina de Europa
1. No existe hombre que tan gran poderío tuviese
2. El Impotente
3. La hija de la reina
4. Dos reyes, dos hermanos
5. Toros
6. La elección de Fernando
7. El matrimonio con Fernando
8. Princesa rebelde
9. Los Borgia
10. Reina
11. ¡Y rey!
12. Nubarrones de guerra
13. Atacada
14. «Aunque muger flaca»
15. El momento decisivo
16. El sometimiento de los grandes
17. Justicia expeditiva
18. Adiós, Beltraneja
19. La Inquisición: populismo y pureza
20. La cruzada
21. «Lo asolaron ciudad por ciudad»
22. «¡Dios salve al rey Boabdil!»
23. Los Tudor
24. La toma de Granada
25. Traspaso de poderes

26. La expulsión de los judíos
27. El valle de lágrimas
28. La carrera hacia Asia
29. Mujeres alegres
30. Una noche infernal
31. Un mundo nuevo
32. Indios, loros y hamacas
33. El reparto del mundo
34. Un continente nuevo
35. Las bodas de los Borgia
36. Todos los tronos de Europa
37. «Aunque clérigos… somos carnales»
38. La flota de Juana
39. «Dos veces casada, murió doncella»
40. «El tercer cuchillo de dolor»
41. El sucio Tíber
42. «Los alemanes los llamamos ratas»
43. ¿El fin del islam?
44. El sultán de Egipto
45. «Como una brava leona»
46. El juicio final
Epílogo
Ilustraciones
Apéndice. Monedas y valores
Bibliografía
Agradecimientos
Índice alfabético
Sobre el autor

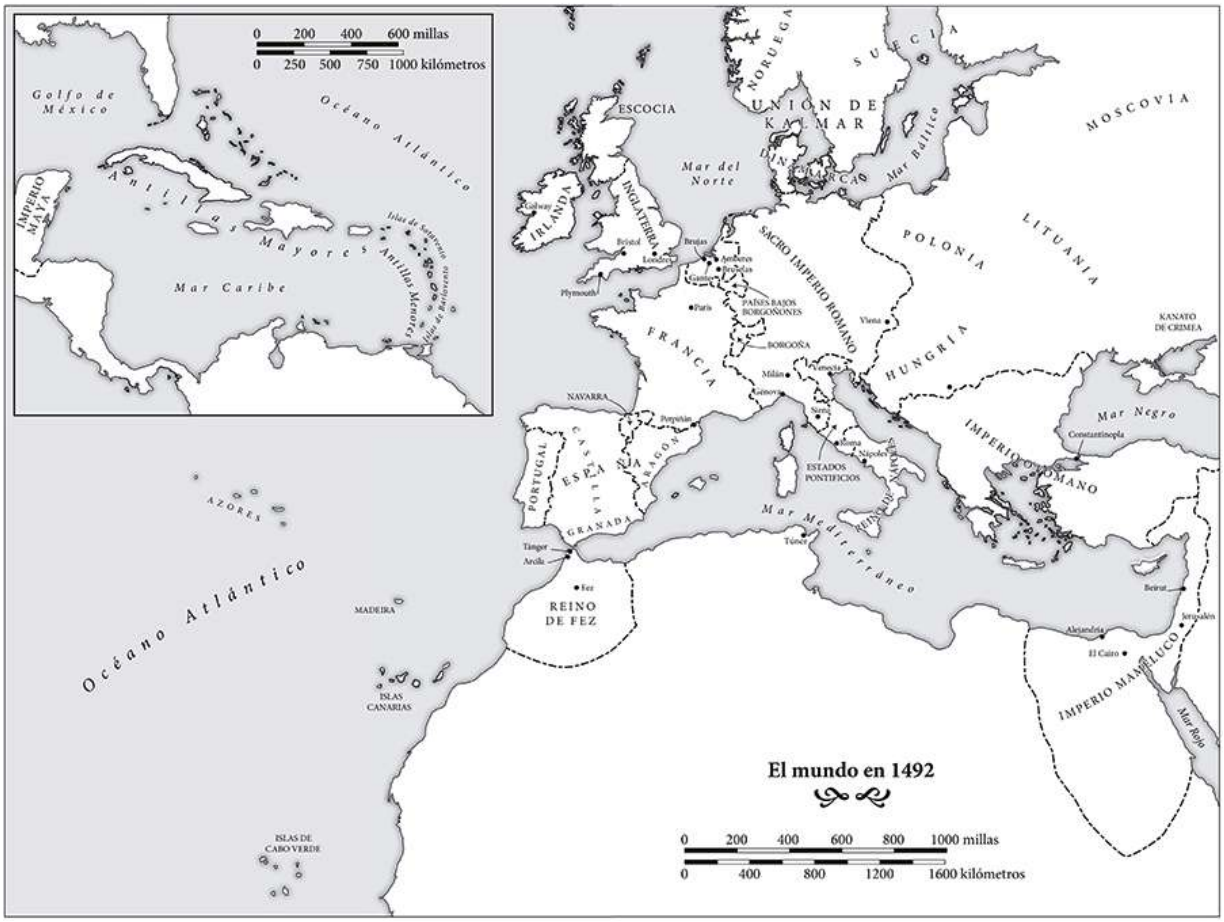
A Katharine Blanca Scott, por todo lo que hemos hecho y creado

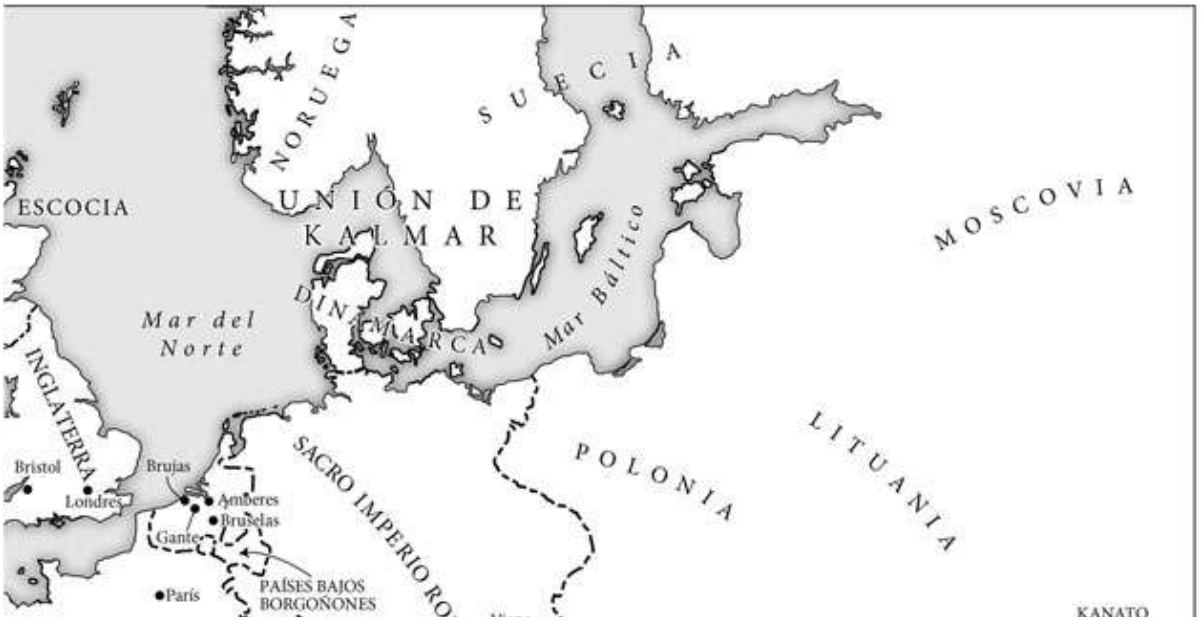
Ninguna mujer en la historia ha superado sus logros.

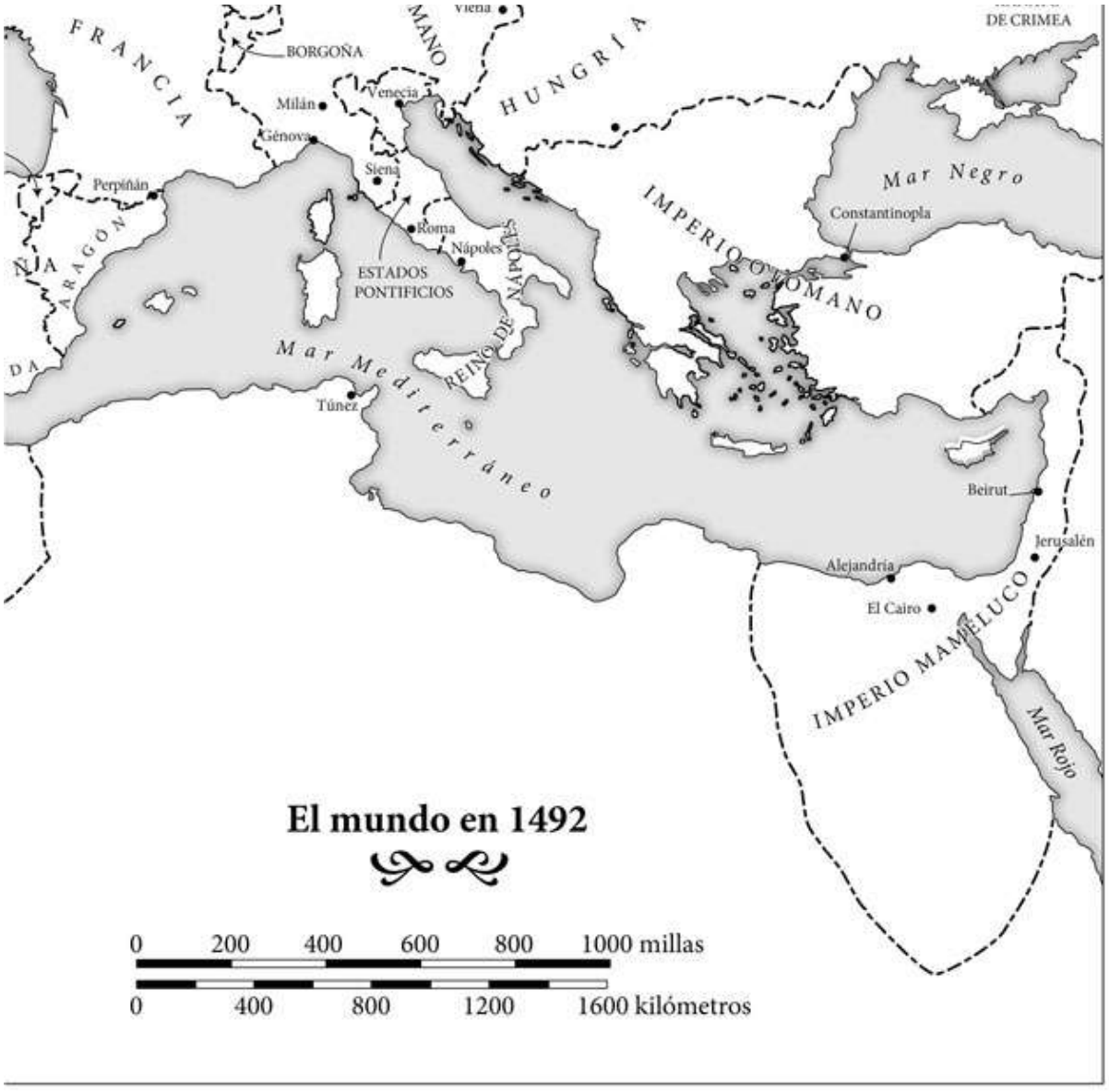
HUGH THOMAS, *El imperio español. De Colón a Magallanes*

Que se trata de un personaje importante, lo sabéis muy bien;
puede que no haya otro igual en toda nuestra historia.

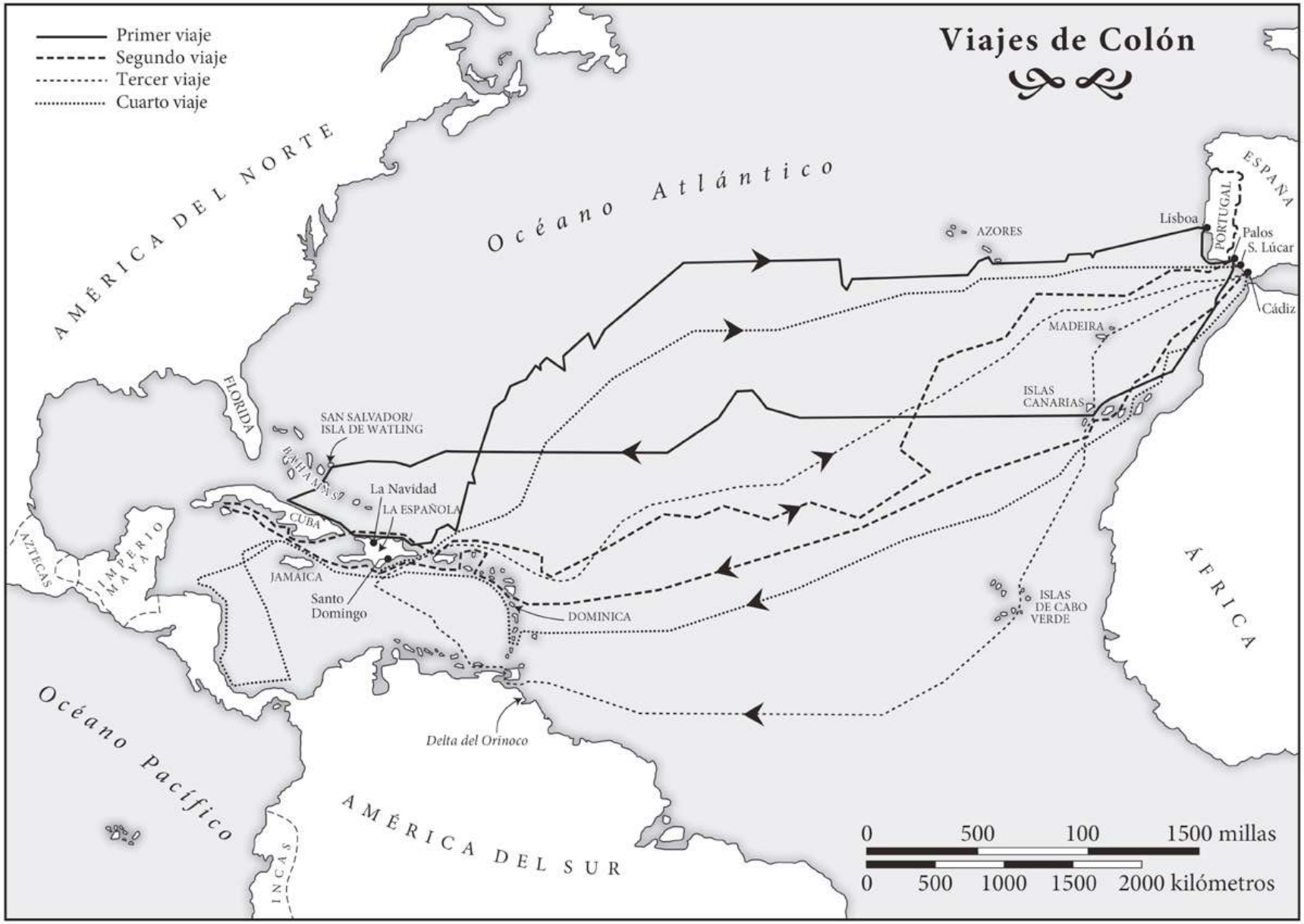
MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Isabel la Católica*


0 200 400 600 millas
0 250 500 750 1000 kilómetros
Golfo de México
Océano Atlántico
IMPERIO MAYA
Antillas Mayores
Islas de Sotavento
Islas de Barlovento
Antillas Menores
Mar Caribe
ESCOCIA
NORUEGA
SUECIA
UNION DE KALMAR
MOSCOVIA
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
IRLANDA
Galway
INGLATERRA
Bristol
Londres
Brujas
Amberes
Bruselas
Gante
Plymouth
París
PAÍSES BAJOS BORGOÑONES
SACRO IMPERIO ROMANO
POLONIA
LITUANIA
Viena
BORGOÑA
FRANCIA
HUNGRIA
KANATO DE CRIMEA
Milán
Venecia
Génova
Roma
Nápoles
NAVARRA
Perpignan
PORTUGAL
CASTILLA
ESPAÑA
ARAGÓN
GRANADA
ESTADOS PONTIFICIOS
REINO DE NÁPOLES
Mar Negro
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
Mar Mediterráneo
Túnez
Tánger
Arcila
Fez
REINO DE FEZ
AZORES
MADEIRA
ISLAS CANARIAS
ISLAS DE CABO VERDE
Océano Atlántico
Beirut
Jerusalén
Alejandría
El Cairo
IMPERIO MAMELUCO
Mar Rojo
El mundo en 1492
0 200 400 600 800 1000 millas
0 400 800 1200 1600 kilómetros

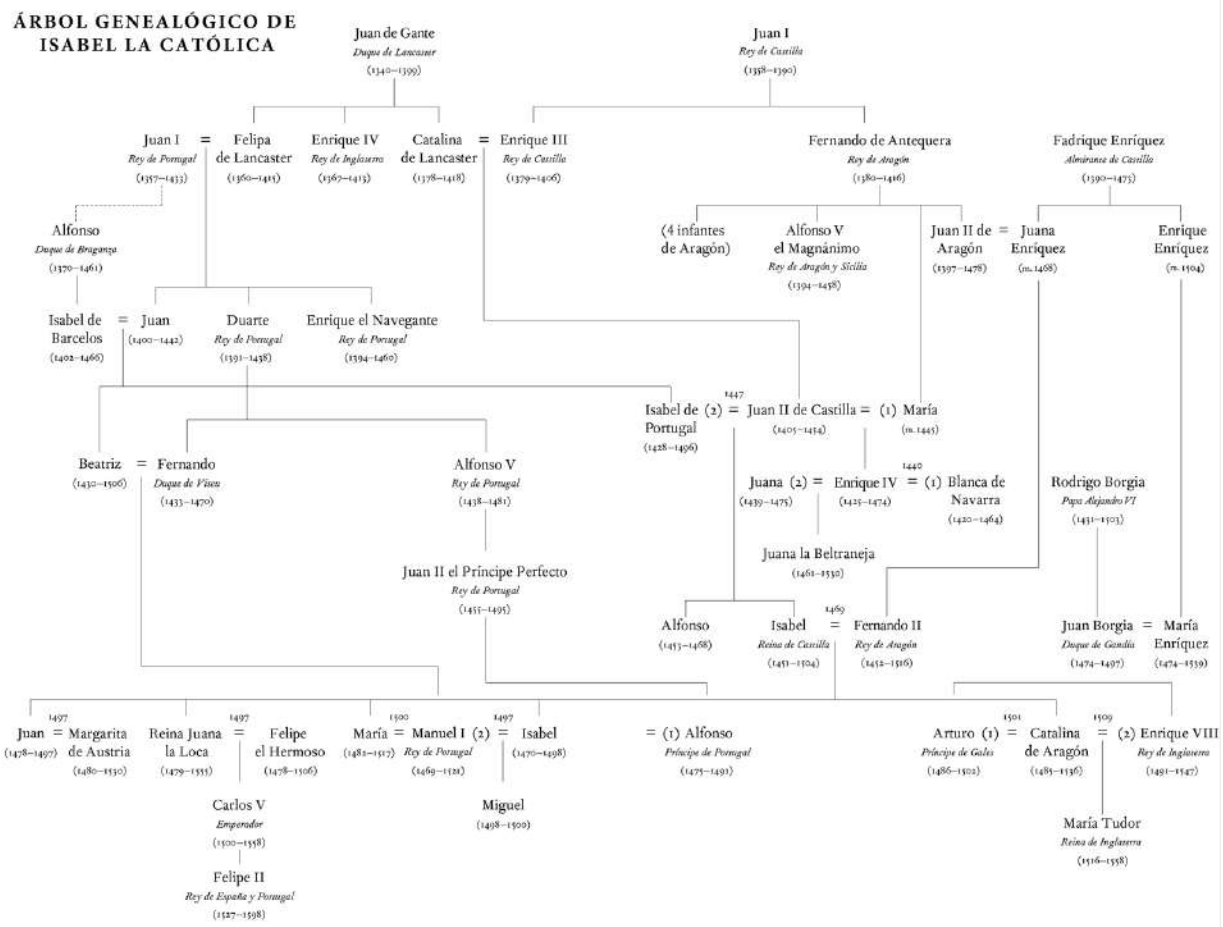

NORUEGA
SUECIA
ESCOCIA
UNION DE KALMAR
MOSCOVIA
Mar del Norte
DINAMARCA
Mar Báltico
INGLATERRA
Bristol
Londres
Brujas
Amberes
Bruselas
Gante
París
PAÍSES BAJOS BORGOÑONES
SACRO IMPERIO RO
POLONIA
LITUANIA
KANATO


FRANCIA
BORGOÑA
Milán
Venecia
Génova
Siena
Perpiñán
Roma
Nápoles
ESTADOS PONTIFICIOS
REINO DE NÁPOLES
ARAGÓN
Mar Mediterráneo
Túnez
HUNGRIA
DE CRIMEA
Mar Negro
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
Beirut
Jerusalén
Alejandría
El Cairo
IMPERIO MAMELUCO
Mar Rojo
El mundo en 1492
0 200 400 600 800 1000 millas
0 400 800 1200 1600 kilómetros

REINO DE FRANCIA
ASTURIAS
Laredo
Finisterre
GALICIA
REINO DE LEÓN
REINO DE NAVARRA
ROSELLÓN
CERDAÑA
Bayona
Burgos
Palencia
Medina de Rioseco
Dueñas
Valladolid
Zamora
Toro
Duero
CASTILLA LA VIEJA
Ebro
Zaragoza
ARAGÓN
CATALUÑA
Cervera
Barcelona
Tordesillas
Calatayud
Oporto
Medina del Campo
Tarragona
Salamanca
Arévalo
Segovia
Madrigal de las Altas Torres
Ávila
REINO DE PORTUGAL
DE CASTILLA
Madrid
CORONA DE ARAGÓN
VALENCIA
REINO DE MALLORCA
Ocaña
Tajo
Toledo
Guadiana
Trujillo
Guadalupe
Santarém
EXTREMADURA
CASTILLA LA NUEVA
Valencia
MALLORCA
Lisboa
Évora
Y LEÓN
MURCIA
Córdoba
Murcia
Mar Mediterráneo
ANDALUCIA
Odiel
Guadalquivir
JAÉN
Jaén
Sevilla
Palos de la Frontera
Loja
Granada
Baza
Alhama
Sanlúcar de Barrameda
Jerez
Ronda
GRANADA
Almería
Cádiz
Málaga
Océano Atlántico
Estrecho de Gibraltar
La península Ibérica en 1492
0 50 100 150 200 millas
0 100 200 300 kilómetros


Viajes de Colón
Primer viaje
Segundo viaje
Tercer viaje
Cuarto viaje
AMÉRICA DEL NORTE
Océano Atlántico
ESPAÑA
PORTUGAL
Lisboa
Palos
S. Lúcar
Cádiz
AZORES
MADEIRA
ISLAS CANARIAS
FLORIDA
SAN SALVADOR/
ISLA DE WATLING
¿ISLA ANA'S?
La Navidad
LA ESPAÑOLA
CUBA
JAMAICA
Santo
Domingo
DOMINICA
AZTECAS
IMPERIO
MAYA
ISLAS
DE CABO
VERDE
ÁFRICA
Océano Pacífico
Delta del Orinoco
AMÉRICA DEL SUR
INCAS
0 500 100 1500 millas
0 500 1000 1500 2000 kilómetros

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ISABEL LA CATÓLICA



INTRODUCCIÓN

La primera gran reina de Europa

Segovia, 13 de diciembre de 1474

El espectáculo era impresionante. Gutierre de Cárdenas avanzaba solemne por las calles de Segovia, gélidas y azotadas por el viento, sujetando la espada real por la punta, la empuñadura en alto. Le seguía la nueva monarca, una mujer de veintitrés años, de estatura entre mediana y baja, cabello entre rubio castaño claro y ojos de color azul verdoso, cuyo aire de autoridad quedaba reforzado por el simbolismo amenazador del arma de Cárdenas, un emblema del poder real tan contundente como cualquier corona o cetro. Quienes se habían atrevido a desafiar el frío glacial del invierno segoviano para contemplar la comitiva sabían que tal acto significaba que la joven estaba decidida a impartir justicia e imponer su voluntad mediante la fuerza. Las joyas resplandecientes de Isabel de Castilla evidenciaban la magnificencia real, mientras que la espada de Cárdenas amenazaba con la violencia. Ambas eran emblemas del poder y de la disposición a ejercerlo[1].

Los espectadores estaban asombrados. El padre y el hermanastro de Isabel, los dos soberanos que habían regido la díscola Castilla durante los últimos setenta años, no se habían distinguido por el ejercicio de la autoridad, sino que habían dejado dichas funciones en manos de otros. Sin embargo, para mayor sorpresa, ahí estaba una mujer que manifestaba su determinación a ejercer el poder sobre ellos. «No faltaron algunos sujetos bien intencionados que murmurasen de lo insólito del hecho», informó un

contemporáneo. Los murmuradores no tenían reparos en desafiar el derecho de una mujer a gobernarlos, ni sentían necesidad de mantener la boca cerrada. La débil monarquía de Castilla se había convertido en objeto de burla, desobediencia y rebelión abierta. Durante décadas, los reyes del país habían sido peleles de una parte de los poderosos y engreídos aristócratas terratenientes que se referían a sí mismos como los «grandes». Esa mujer, que decía ser su nueva reina aquel día de diciembre de 1474, ya podía presentarse ataviada con sus mejores joyas, porque solo la acompañaban un reducido número de grandes, eclesiásticos y altos dignatarios. Era una señal de que sus dificultades iban más allá de su condición de mujer y de la fragilidad de la monarquía de Castilla. Isabel no era la única aspirante al trono, ni tampoco la persona que había sido designada como sucesora por el monarca anterior. Aquello era, en definitiva, el golpe preventivo de una usurpadora. Y nadie estaba seguro de que fuera a salirse con la suya[2].

Castilla era el reino más grande, más fuerte y más poblado de lo que los romanos (y sus sucesores, los visigodos) habían llamado Hispania y de lo que hoy está dividido entre los dos países de la península Ibérica, España y Portugal. Con más de cuatro millones de habitantes, tenía una población considerablemente mayor que Inglaterra y era uno de los países más extensos de Europa occidental. El reino que reclamaba para sí Isabel era el resultado de la lenta conquista, a lo largo de seis siglos, de las tierras ocupadas por los musulmanes, a quienes los cristianos llamaban «moros», que habían cruzado los quince kilómetros que separan España del norte de África en el estrecho de Gibraltar para barrer la Península a principios del siglo VIII. La historia reciente de Castilla no era nada gloriosa y el recuerdo de las reinas que la habían gobernado era lejano y de una reputación pésima[3]. No quedaba nadie con vida que recordara lo que era tener un monarca fuerte, mientras que las luchas intestinas de Castilla y sus vecinos problemáticos —Aragón al este, el reino musulmán de Granada al sur y Portugal al oeste— continuaban absorbiendo gran parte de sus energías. Aunque gestionar las relaciones con estos tres países y con el pequeño, pero

a menudo molesto, reino septentrional de Navarra era todo lo que Castilla se podía permitir en cuanto a ambiciones exteriores, la familia real había mirado hacia fuera en busca de cónyuges, pues Isabel podía presumir de madre portuguesa, Isabel de Portugal, y abuela inglesa, Catalina de Lancaster. El vecino del norte, Francia, era una potencia mucho mayor, con la que Castilla procuraba no indisponerse.

Quienes observaban la procesión de Isabel por las frías calles de Segovia no podían saber que estaban presenciando los primeros pasos de una reina destinada a convertirse en la mujer más poderosa que Europa hubiera visto desde la época romana. «Esta reina de España, llamada Isabel, no ha tenido iguales en esta tierra durante quinientos años», afirmaba un visitante asombrado del norte de Europa, admirado por el temor y la lealtad que suscitaba entre los castellanos más humildes y, al mismo tiempo, entre los grandes más poderosos[4]. No exageraba. En Europa apenas habían existido reinas que gobernasen de verdad, y mucho menos con éxito. Después de Isabel, pocas tendrían un impacto tan duradero. Solo Isabel I de Inglaterra, la archiduquesa María Teresa de Austria, Catalina la Grande de Rusia (que superó a una magnífica predecesora, la emperatriz Isabel) y la reina Victoria de Gran Bretaña están a su altura, cada una en su propia época. Todas se enfrentaron al reto de gobernar en un mundo dominado por los hombres y ejercieron reinados largos y transformadores, cuya huella se dejaría sentir durante siglos. Isabel fue la única que reinó en un país que dejaba atrás la turbulenta Edad Media; y aprovechó las ideas y herramientas del primer Renacimiento para comenzar a transformar una nación frágil e indisciplinada en una potencia europea en cuyo núcleo se encontraba una monarquía ambiciosa y de ideas claras[5]. Dicho de otro modo, Isabel fue la primera del aún reducido club de grandes reinas europeas. Para algunos, sigue siendo la más grande: «Ninguna mujer en la historia ha superado sus logros», según el hispanista Hugh Thomas[6]. Estoy de acuerdo, al menos en lo que respecta a las reinas europeas y su impacto en el mundo.

Los logros de Isabel son extraordinarios no solo debido a su condición de mujer, sino que lo son aún más por ello. Su figura surge después de más de

un siglo de crisis en Europa. En 1346, las tropas tártaras que sitiaban un fortín genovés en Crimea le habían arrojado con sus catapultas los cadáveres, cubiertos de negros bubones, de víctimas de la peste. Los genoveses se vieron obligados a huir a bordo de sus galeras, en las que llevaron la enfermedad a Europa, o por lo menos así lo sostenía el genovés Gabriele de' Mussi después de que la peste devastara su ciudad natal, Piacenza. En realidad, la peste negra penetró por muchas otras rutas en Europa, donde mató a un tercio de la población. Esto precipitó la desaparición del feudalismo en gran parte de Europa occidental, privándola de mano de obra y provocando desde revueltas campesinas hasta el abandono de las tierras fértiles[7]. Luego, en 1453, el apuesto y atrevido sultán otomano Mehmet II, de veintiún años, ordenó que llevaran sus galeras por tierra hasta el Cuerno de Oro, para sitiar la Roma de Oriente, Constantinopla, que pronto cayó en sus manos. A continuación, los ejércitos musulmanes ocuparon toda Grecia y gran parte de los Balcanes, en lo que supuso uno de los momentos más bajos de la historia de la Europa occidental y cristiana. En un mundo dominado por la religión y la superstición, a todo esto se le daba una explicación simple y unánimemente aceptada: la ira de Dios, que se había abatido sobre un mundo pecaminoso, hasta el extremo de que algunos creían que se habían cerrado las puertas del Cielo. Los cristianos soñaban desde hacía mucho tiempo con un líder mítico y redentor, el Gran Monarca o Rey León, que recuperaría Jerusalén y convertiría el mundo a la fe verdadera[8]. Ahora, con el islam en auge y enfrentados a una decadencia aparentemente irreversible, la aparición de semejante líder resultaba aún más urgente.

Los castellanos esperaban que el gran salvador de la cristiandad fuera uno de sus reyes, pero sus débiles monarcas eran una fuente de constantes desengaños. Los extranjeros veían a los reinos de España, siempre a la greña, sumidos en una «natural oscuridad»[9], mientras que Castilla seguía siendo una sociedad volátil e inestable. Una nueva categoría social, los «cristianos nuevos» o «conversos», se encontraba en pleno proceso de asimilación entre brotes frecuentes de violencia. Los conversos eran los

hijos y nietos de lo que había sido la comunidad judía más numerosa del mundo, la mayoría de cuyos miembros se habían visto obligados a convertirse hacía ochenta años. En las ciudades, una burguesía en auge, formada por comerciantes de lana, banqueros, mercaderes y oligarcas locales, luchaba por afirmarse. En el resto del país, muchos se esforzaban por alcanzar o mantener los privilegios de clase, encarnados en la nutrida y a veces empobrecida categoría social de los hidalgos, es decir, los «hijos de algo»[10]; pero el poder de verdad aún radicaba en los inmensos latifundios —exentos de impuestos— de los grandes, las órdenes militares y la Iglesia, que constituían también la mayor amenaza para la autoridad real[11]. Sin embargo, en un continente dividido en decenas de reinos, ciudades-Estado, principados y ducados rivales, Castilla era uno de los pocos países con el potencial de alumbrar un líder que pudiera restablecer la fortuna del Occidente cristiano. Sus inmensos rebaños de ovejas merinas, resistentes y productoras de una lana excelente —unos cinco millones de reses—, la habían convertido en lo que un historiador definió como «la Australia de la Edad Media», cuyos vellones viajaban hacia los refinados centros textiles del norte de Europa[12]. En Roma, la capital espiritual de Europa, el sumo pontífice se daba perfecta cuenta de la importancia de esta riqueza, ya que la Península aportaba un tercio de los ingresos del papado.

Nadie hubiera imaginado nunca que el Gran Monarca pudiera ser una mujer, pero Isabel, en alianza con su marido, el rey Fernando de Aragón, hizo más que cualquier otro soberano de su tiempo para revertir el declive de la cristiandad. A pesar de ello, y por muchas razones, Isabel sigue sin ser muy valorada fuera de España. En primer lugar, por el uso de la violencia. Esta herramienta, legítima y necesaria para el ejercicio del poder, resulta perturbadora en manos de una reina, como si usurpara el rol masculino de líder empujada por unas fuerzas oscuras y crueles que anulasen una feminidad supuestamente natural y delicada. Isabel no tenía ningún reparo en emplear la violencia porque creía que, detrás de cada golpe que se asestaba en su nombre, estaba la mano de Dios, como pone de manifiesto con claridad su afán de concluir la Reconquista derrotando al antiguo reino

musulmán de Granada. Isabel admiraba a Juana de Arco, pero no intentaba imitarla encabezando sus fuerzas en combate. Eso era cosa de hombres, y ella creía con firmeza en la división de los sexos (y de las clases, las religiones y los grupos étnicos). En eso, y en muchos otros aspectos, era no solo una mujer de su tiempo, sino también ferozmente conservadora. Tampoco sentía la necesidad de fingir ningún tipo de masculinidad, aunque los hombres a menudo creyesen que la única explicación del extraordinario éxito de Isabel era que poseía cualidades masculinas. Así, Isabel I de Inglaterra diría más adelante de sí misma que tenía «el corazón y el estómago de un rey», mientras que Isabel de Castilla prefería mostrarse indignada y asombrada por el hecho de que «una débil mujer» fuese mucho más audaz y beligerante que los hombres que la servían.

La Castilla sobre la que reivindicaba su derecho a reinar debía su nombre a los castillos que salpicaban un reino esculpido durante siglos de guerra y conquista de las tierras musulmanas. La identidad del país se forjó en torno a su papel como nación de cruzados y defensora de la frontera sur de la cristiandad. Las distintas regiones de Castilla debían su existencia a las diferentes etapas de una Reconquista que había comenzado en las montañas que se alzaban sobre la costa cantábrica del norte para extenderse gradualmente por el área más extensa conocida como Castilla la Vieja, que estaba situada al norte de un sistema central de cordilleras y macizos que incluían las sierras de Guadarrama y Gredos. Castilla la Vieja (junto con las tierras donde se inició y cosechó sus primeros éxitos la Reconquista: Asturias, el País Vasco y Galicia) estaba bordeada al norte y al oeste por una costa agreste y peligrosa, que incluía el *Finis Terrae* (literalmente, «fin del mundo») ibérico, donde los romanos habían contemplado con asombro la puesta del sol más allá del límite occidental del mundo conocido. Esta parte más antigua de sus reinos se estructuraba en torno a una red de hermosas ciudades amuralladas como Segovia, Ávila, Burgos y Valladolid, que se habían enriquecido gracias al comercio de la lana. Cada otoño las ovejas atravesaban el país hacia el sur, pasando por las montañas —por los puertos, en palabras de la propia Isabel—, camino de sus pastos de invierno

en la zona conocida como Castilla la Nueva. La capital de esta región era la antigua Toledo, con sus magníficas iglesias, sus mezquitas convertidas en templos cristianos y sus sinagogas, que simbolizaban siglos de convivencia religiosa en España. Más al sur y al oeste se extendían la rica Andalucía, con sus fértiles llanuras, los puertos atlánticos y la ciudad más poblada del reino, Sevilla, su próspera capital. En el extremo oriental se extendía la región fronteriza y poco poblada de Murcia, que proporcionaba a Castilla puertos en el Mediterráneo. Extremadura, en el límite occidental de Castilla con Portugal, también debía mucho de su carácter a su condición de frontera.

En los variados y, a menudo, abruptos paisajes de Castilla, desde el verde y lluvioso noroeste hasta el árido y desértico sudeste, la violencia de Isabel se dirigió contra quienes se opusieron a su golpe para hacerse con el trono, desafiaron la autoridad real o amenazaron la pureza de su reino. La limpieza religiosa y étnica provocó la quema de miles de personas, la expulsión de decenas de miles[13] y la conversión forzosa al cristianismo de muchas más. Los judíos y los musulmanes fueron borrados de la población oficial de Castilla, lo que obligó a muchos a ocultar su verdadera fe. La novedosa Inquisición, un órgano eclesiástico del Estado dirigido por la monarquía, recurría a pruebas endebles y confesiones extraídas bajo tortura para quemar conversos cuya impureza racial era a menudo la única base firme para sospechar de sus creencias. Y fue durante el reinado de Isabel cuando los españoles cristianos de sangre judía se convirtieron formalmente por primera vez en súbditos de segunda categoría. Son actos terribles para la ética de hoy, pero fueron muy aplaudidos en una Europa que veía con desprecio la mezcla de religiones de España. Muchos se preguntaban por qué habían tardado tanto en hacer lo que ellos mismos habían llevado a cabo siglos antes.

La limpieza religiosa o étnica, la esclavitud y la intolerancia no estaban mal vistas. Es más, podían considerarse virtudes. Sin embargo, incluso para los criterios de la época, Isabel resultaba severa. El propio Maquiavelo comentó la «piadosa crueldad» que se practicaba en sus reinos[14]. En

público, Isabel perfeccionó un estilo de gobierno distante e impasible, tras el cual se ocultaba, en cambio, una mujer de convicciones férreas y profundas. Solo Fernando y el puñado de frailes adustos y austeros en quienes encontraba orientación moral parecían capaces de conseguir que cambiara de opinión. Aun así, muchas personas le estaban agradecidas, porque esa misma severidad de espíritu proporcionó estabilidad y seguridad a sus vidas cotidianas al protegerlas de la violencia de las turbas, la rapacidad de los grandes y la crueldad gratuita de quienes pisoteaban las leyes de Castilla.

La apariencia serena de Isabel ocultaba no solo una fuerte voluntad, sino también un alto concepto de su lugar en la historia y un deseo de fama perdurable que empujó su ambición mucho más allá de las fronteras tradicionales de Castilla. Las naves del vecino Portugal habían empezado a adentrarse en el Atlántico y las costas meridionales de África. Bajo el patrocinio de Isabel, gracias al talento del excéntrico navegante genovés Cristóbal Colón, Castilla avanzaría hacia poniente para descubrir todo un «Nuevo Mundo» que le aportaría oro, poder y gloria, que cuadruplicaría la extensión geográfica de lo que daría en llamarse la «civilización occidental» y que provocaría un cambio drástico en el reparto mundial del poder. Fue, en muchos sentidos, el milagro que había estado esperando la cristiandad asediada.

Todo esto se logró, en parte, porque Isabel inició la imposición de lo que también se esforzaban por instaurar otros príncipes y monarcas de Europa: un nuevo tipo de poder real que redujese el poder político de los señores feudales para entregárselo a una nueva clase de burócratas reales, fieles y de confianza. Era una transición audaz, inteligente, no revolucionaria, pero de largo alcance, y que apelaba, irónicamente, a la tradición. En su afán por conseguir el máximo de poder para la corona, precursora de las monarquías absolutistas de los siglos posteriores, coincidía por entero con su esposo, Fernando, cuyas posesiones menores de la Corona de Aragón acabaron por otorgarles a los dos el dominio de la mayor parte de la España de la época, aunque su estilo de gobierno fuera mucho más fácil de implantar en

Castilla. De hecho, el acto político de mayor calado de Isabel fue forjar con Fernando una alianza excepcional y muy clara para ambos, aunque provocara, entonces como ahora, confusión. «Algunos acaso murmuren, extrañados: "¡Cómo! ¿Hay dos reyes en Castilla?" —se preguntaba un visitante inglés desconcertado, en un texto en francés—. Escribo "reyes" porque el rey lo es en virtud de su matrimonio con la reina y así, "reyes", es como se llaman a sí mismos y lo escriben en sus cartas.»[15] Incluso a los observadores de la época les resultaba difícil entender este fenómeno único, que algunos explicaban absurdamente describiendo a la reina como la compañera muda y sumisa de Fernando o, todo lo contrario, como una arpía dominante. Sin embargo, el plural mayestático de sus cartas reflejaba la realidad, pues la firma de Isabel era también la de su marido y viceversa, por lo menos en Castilla, ya que las leyes de Aragón la convertían en reina consorte y, en la práctica, su socio auxiliar.

Uno de los mayores problemas para los biógrafos que escriben sobre Isabel es separar el papel del marido y el de la mujer, aunque esto sea a menudo una tarea inútil. Si una de las primeras decisiones trascendentales de Isabel fue casarse con Fernando y otra, compartir el poder de igual a igual, también merece que se le reconozca en parte el mérito de las acciones de su esposo. Los triunfos de Fernando también lo fueron de Isabel (y viceversa) y hay que sumarlos, más que restarlos, a sus logros individuales. Sus fracasos y excesos también deben ser compartidos, pero la clave para entender el reinado de Isabel es que la pareja real pronto comprobó que dos personas cuya relación se basa en la confianza absoluta en la capacidad del otro pueden hacer mucho más que una persona sola. Es el amor al estilo del siglo XV —en lo fundamental, cuestión de respeto— en grado superlativo, que, en el caso de Isabel, estaba acompañado por una pasión posesiva y celosa hacia su esposo que es un rasgo más de su carácter vehemente y obstinado.

Una dificultad añadida para desentrañar la verdad sobre la vida de Isabel es su afición a la propaganda. La reina entendía intuitivamente, como diría

Maquiavelo, que «gobernar es hacer creer». Quería asegurarse de que triunfara su versión de la historia, en la que aparece como una figura providencial que, con severo amor de madre redentora, se ocupa de una nación perdida. Para ello, Isabel contaba con un grupo de dóciles cronistas que no solo dependían de ella para su sustento, sino que a menudo tenían que someter su trabajo a la aprobación real. He intentado utilizar estas crónicas de manera juiciosa, teniendo en cuenta los prejuicios de sus autores y sin ignorar el hecho de que fueron a menudo testigos de los momentos más importantes de la carrera de Isabel. En la medida de lo posible, las he contrastado con testimonios más imparciales, contenidos en cartas, escritos de visitantes extranjeros o los áridos, pero reveladores, documentos de los archivos eclesiásticos, estatales y municipales que siguen rastreando los historiadores españoles.

Para muchos católicos, la capacidad de Isabel para limpiar su país —incluida la eliminación de parte de la corrupción eclesiástica que arrojaría a otras gentes en brazos del protestantismo— fue crucial para convertir España en un baluarte contra el luteranismo y la herejía; las cazas de brujas llevadas a cabo tanto por protestantes como por católicos en el resto de Europa, señalan, resultaron tan crueles y más mortíferas que el más aterrador invento de Isabel, la Inquisición española. Todavía hoy sus partidarios más fervientes hacen campaña para su beatificación. Entre los motivos que alegan figura el viaje de Colón a América, una empresa que provocó el exterminio de pueblos enteros, pero que tantos conversos aportó al cristianismo.

La leyenda negra, construida en torno a la Inquisición y reforzada por el desdén protestante y la envidia de los italianos, modeló la imagen de una reina que sentó las bases del primer imperio global del mundo y que preparó al país para convertirlo en la potencia dominante de Europa durante gran parte del siglo XVI. En España tuvo lugar un proceso de signo contrario, de glorificación: Isabel se convirtió en un modelo de todas las virtudes posibles y en un símbolo perfecto para los conservadores católicos

y los autoritarios («Inspiradora de la política en África», reza una placa colocada por el régimen franquista en 1951 en el pequeño convento de Madrigal de las Altas Torres, donde Isabel había nacido quinientos años atrás). Esa leyenda negra, junto con el drástico declive posterior de España, han contribuido a marginarla de los relatos hegemónicos de la historiografía europea. El sexocentrismo, por su parte, ha provocado su expulsión de la literatura y la imaginación popular. Isabel podía ser coqueta, pero no tuvo amantes conocidos ni hipotéticos, carnales o de otro tipo. Se mantuvo inequívocamente fiel a su mujeriego esposo, Fernando, luchando con sus celos mientras despreciaba a las mujeres de moral más ligera (que fueron muchas). El fuego de la pasión amorosa o sexual oculta no inflamó en absoluto su reinado. Sus pasiones eran Dios, su marido y su país. Su historia no trata de sexo. Trata de poder.

1

No existe hombre que tan gran poderío tuviese

Casa de la familia Stúñiga, Valladolid, 3 de junio de 1453

El hombre más poderoso de Castilla se levantó al alba, oyó misa y comulgó. A continuación, Álvaro de Luna comió algunas cerezas amargas, que consiguió tragarse con la ayuda de un poco de vino para aflojar la tensa y aprensiva garganta. Fuera, las calles de Valladolid comenzaban a recibir los primeros rayos del recio sol veraniego de Castilla. El noble, de sesenta y tres años, que había gobernado el reino desde tiempo casi inmemorial sabía que aquella era su última comida. Al poco llevaron una mula a la casa donde le tenían preso en esta rica ciudad de plateros y mercaderes. Con una capa negra sobre los hombros y el sombrero puesto, lo condujeron por la concurrida calle conocida como la Costanilla, paralela a un pequeño y fétido afluente del río Esgueva, hacia la plaza mayor. «¡Esta es la justicia que manda hacer el rey a este cruel tirano y usurpador de la corona real, en pena de sus maldades y servicios, mándale degollar!», gritaba el pregonero, que empleó, presa del nerviosismo, la palabra «servicio» en lugar de «deservicio» (es decir, «mal servicio»). La aguda mente de Luna encontró una respuesta rápida y sarcástica: «Bien dices, hijo. Por los servicios me pagan así»[16].

Incluso a tan temprana hora, una gran multitud se agolpaba para contemplar la morbosa comitiva que recorría una de las ciudades principales del reino, que se extendía entre campos de cereales y tierras de pastos en la extensa y despejada meseta central de España. Las ventanas

estaban atestadas de espectadores. Durante años Luna gobernó en nombre del verdadero monarca, Juan II, y había acumulado no solo poder, sino también inmensas riquezas. Sus tierras y las de la poderosa orden militar de Santiago, de la que era gran maestre, se extendían a lo largo y ancho de Castilla. Juan lo había adorado y puesto en un pedestal durante su infancia como rey. «No se falla por crónicas que hombre tanto alcançase, ni tan gran poderío toviese, ni tanto amado fuese de su Rey», escribió un cronista contemporáneo llamado el Halconero[17]. Pocos, podría haber añadido, fueron tan odiados por sus enemigos. Estos habían difundido el rumor escandaloso de que la relación entre el rey y el joven que había sido nombrado paje a los dieciocho años, cuando el monarca contaba solo tres, se había convertido en sexual e inadecuada. Tan pronto como Juan alcanzó la mayoría de edad para gobernar, Luna se convirtió en su privado, su favorito, y ejerció el poder en nombre del monarca. Ahora, cuando el privado se dirigía a su muerte, los habitantes de la ciudad contemplaban con emoción y horror la siempre fascinante tragedia de la caída de un gran hombre. Ardían antorchas en dos grandes crucifijos situados a cada lado de un cadalso cubierto de tela negra donde esperaba el verdugo, que no contaba con un hacha o con una espada pesada para dispensar una muerte rápida, sino que había traído un puñal de punta aguda, pero hoja no siempre muy afilada. «Te ruego que mires si traes buen puñal afilado, porque prestamente me despaches», le dijo Luna mientras cruzaba nervioso el cadalso. Había traído su propia cuerda para que le maniataran, pero quiso saber para qué era una escarpia que había en un madero. El verdugo le informó de que era para colgar su cabeza después de degollarlo. «¡Hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran!», respondió el privado. Le aflojaron el cuello de su jubón azul de chamelote, forrado con la lujosa piel gris de zorro ártico, y se vio obligado a tumbarse sobre el cadalso. El verdugo le pidió perdón y luego le hundió el puñal en el cuello y lo degolló.

Ese dramático día del verano de 1453 había dos Isabelas de la familia real no muy lejos de Valladolid, es probable que en su residencia de reciente construcción, erigida a unos sesenta kilómetros, en la ciudad amurallada de

Madrigal de las Altas Torres: un edificio de planta rectangular y sin pretensiones, formado por una serie de construcciones estrechas de dos plantas dispuestas en torno a un gran patio central. De las dos Isabelas, una era la hija del rey Juan y futura reina de Castilla, de solo dos años. La niña, de cabello claro, ojos de un azul verdoso y tez extraordinariamente pálida, era demasiado pequeña para saber lo que ocurría; pero su madre, Isabel de Portugal, estaba encantada con el sangriento espectáculo que se representaba en Valladolid. La reina consorte, que era la segunda esposa de Juan, había ayudado a orquestar la caída del hombre que los había mantenido separados durante gran parte de sus seis años de matrimonio. Otros grandes también estaban complacidos. Habían llegado a odiar a Álvaro de Luna no solo por su poder, sino también por la forma en que lo justificaba como una mera continuación de la supremacía legítima y absoluta del rey sobre el pueblo. No les gustaba que predicara que el rey estaba tan por encima de los propios grandes, porque creían que a ellos también les correspondía dar su opinión acerca del gobierno del reino y recibir una porción mayor de las riquezas de este. El delito de Luna no había sido tanto tener sometido al rey como negarse a compartir. El pueblo llano de Valladolid no sabía qué pensar sobre su muerte. La bandeja de plata que habían puesto ante el cadalso para recoger las aportaciones a sus gastos funerarios pronto se llenó de monedas, con la figura del rey o los símbolos del león y el castillo. El propio Juan no había tenido el valor de quedarse en la ciudad a presenciar la muerte del hombre al que había adorado de niño y en quien había confiado como rey. Se mantuvo al margen, mientras otros cumplían sus órdenes[18].

El reinado de cuarenta y siete años de Juan había comenzado con la regencia de su fornida madre inglesa, Catalina de Lancaster, en nombre del monarca niño. La hija de Juan de Gante, que medía un metro ochenta y estaba cada vez más obesa, era una comedora y bebedora compulsiva. Su estatura imponente, sus mejillas coloradas, sus andares varoniles y su

corpulencia en constante aumento tenían asombrados a todos los que la veían[19]. Los hombres no estaban acostumbrados a mujeres mucho más altas que ellos; pero sus músculos se marchitaron y Catalina murió cuando Juan apenas tenía trece años. Su fallecimiento no hizo más que aumentar la dependencia emocional del niño huérfano respecto de Luna. Las principales aportaciones de Catalina a la dinastía Trastámara de su marido fueron el color típicamente inglés de la piel y los ojos que heredó su nieta.

El padre de Isabel era alto, robusto, inteligente y profundamente culto. «Sabía hablar y entender latín; leía muy bien; placíanle muchos libros e historias. Oía muy de grado los decires rimados e conocía los vicios dellos», dijo de él Fernán Pérez de Guzmán, uno de los muchos poetas de Castilla con talento. Sin embargo, era un rey débil que prefería cazar o escuchar música a los asuntos de gobierno y se sometía a las órdenes de Luna «con más obediencia que nunca un hijo humilde lo fue a un padre». Había que enfrentarse a grandes obstáculos, en especial con el problemático reino vecino de Aragón, donde ahora gobernaba una rama de la familia Trastámara. Aragón ocupaba una gran cuña triangular de la península Ibérica, que abarcaba la mayor parte de la costa oriental y dos grandes ciudades marítimas dedicadas al comercio, Barcelona y Valencia, además de poseer Sicilia y Cerdeña. Su familia real, sobre todo un grupo de jóvenes príncipes hermanos conocidos como infantes de Aragón, reclamaba para sí numerosas tierras en Castilla; pero Castilla era más rica, más populosa y más poderosa. Luna acabó derrotando a los infantes, aunque el de mayor éxito —Juan el Grande, el astuto, despiadado y futuro y longevo rey de Aragón— seguiría importunando a Castilla durante décadas.

Tras la muerte de la primera esposa de Juan II, que le había dejado un hijo único y heredero llamado Enrique, se había convenido un nuevo matrimonio con Isabel de Portugal. La nieta del rey de Portugal, de diecinueve años, causó un gran efecto en los numerosos poetas guerreros de la corte. Era hermosa, dulce y amable. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana y el más grande poeta de la época, consideraba su «persona y cara» dignas de un fresco de Giotto. Su apariencia tímida ocultaba una

firmeza de carácter y una voluntad de participar en la lucha política que Luna llegaría a lamentar. Juan tenía cuarenta y dos años cuando se volvió a casar y la joven que entró en su cama lo entusiasmó; «resultados muy diferentes de los que al principio se prometiera, pues el Monarca, ya próximo a la vejez, se apasionó por la tierna doncella, y empezó a gustar con más libertad del honesto trato de la hermosísima esposa», escribe el mordaz funcionario real Alfonso de Palencia, uno de los grandes cronistas del reinado posterior de Isabel[20]. Hubo quien se preocupó por si este enamoramiento fuera malo para su salud. Aunque estuviera «próximo a la vejez», según se nos informa, disfrutó de una «no interrumpida serie de goces» con su joven esposa. A sus consejeros les preocupaba que ella lo agotara. Esa puede haber sido una de las excusas esgrimidas para mantenerla alejada de Juan. Isabel pasaba la mayor parte del tiempo en el aburrido palacete de Madrigal de las Altas Torres con su corte de damas portuguesas, mientras que los asuntos de Estado obligaban a su marido a desplazarse constantemente. Los inmensos y abiertos horizontes de la meseta de Castilla —la región más alta de Europa después de Suiza— y el paso de multitud de cigüeñas y aves migratorias en ruta desde y hacia África no debían de servir de gran consuelo para una mujer acostumbrada a la frondosidad y el aire marinero de los paisajes de Portugal. La situación llegó al extremo de que la reina solo vio a su marido dos veces en dos años. Fue en Madrigal de las Altas Torres —famosa por su arquitectura mudéjar típicamente ibérica, que combina elementos decorativos y estructurales árabes con formas románicas y góticas— donde nació su hija Isabel el 22 de abril de 1451[21]. El nacimiento de un segundo heredero al trono, después de su hermanastro Enrique, de veintiséis años, se celebró debidamente, pero el sexo de la criatura debió de ser una decepción. Un segundo hijo habría sido mucho mejor para asegurar la continuidad de la dinastía familiar de los Trastámara. Este llegaría al cabo de diecinueve meses, con el nacimiento del hermano de Isabel, Alfonso.

Isabel de Portugal era de alta y noble cuna y era la única persona, aparte de Luna, con acceso privado al rey. «Halló la joven oportunidad para

aconsejar en secreto al esposo lo que á la honra del rey y á la seguridad del trono principalmente convenía», observó un cronista real. Cuando al rey le asaltaron las dudas sobre si debía proceder contra su favorito, Isabel lo empujó a seguir adelante y recabó el apoyo de los grandes. Era una demostración del carácter enérgico, orgulloso y tenaz de las mujeres de la familia real portuguesa que servirían de modelo a la pequeña Isabel. La caída de Luna solo supuso un alivio temporal. Al poco Juan cayó enfermo, pero no lo bastante como para renunciar a su pasión por su joven esposa. «Ninguno, sin embargo, se atrevía a avisarle del peligro de muerte con que su mayor desenfreno le amenazaba […] debilitado por los malos humores, esclavo de la sensualidad y diariamente entregado a las caricias de una joven y bella esposa», escribió Palencia[22].

Debido a su falta de práctica en estos menesteres, el padre de Isabel comprobó que gobernar sus tierras sin Álvaro de Luna era más difícil de lo que esperaba. Puede que Juan disfrutara de más tiempo con su esposa, pero sus energías flaqueaban. Al cabo de un año falleció y Enrique, el hermanastro de Isabel, ascendió al trono. No tenemos constancia de la reacción de la pequeña Isabel, aunque en su testamento Juan tuvo buen cuidado de incluirla en el tercer lugar en la línea de sucesión a la corona, por detrás de Enrique y de su hermano menor Alfonso. Nadie esperaba que llegara a ser reina. En cualquier caso, solo conservaría su puesto en la línea de sucesión hasta que el nuevo rey Enrique tuviera descendencia.

2

El Impotente

Corte real de Castilla, 1454-1461

El semen del rey Enrique IV era decepcionante. Los médicos le habían provocado el orgasmo masturbándolo ellos mismos. El resultado, a su juicio, era «acuoso y estéril», aunque suficiente para intentar la inseminación artificial. Entregaron a la segunda esposa de Enrique, Juana de Portugal, una cánula de oro para que se introdujese en la vagina el semen que había producido su marido, pero no pudo, según informaría años más tarde un médico alemán que viajó a la corte de Castilla, Hieronymus Münzer. Un respetado y rico físico judío llamado Samaya, que había sido médico real durante décadas, supervisó el singular procedimiento. El primer intento de inseminación artificial del que tenemos constancia histórica indica lo desesperado que estaba el hermanastro de Isabel de Castilla por tener un heredero al trono[23]. Sus dificultades en este sentido fueron suficientes para hacerle acreedor de un apodo cruel que servía también de metáfora de su reinado: era Enrique el Impotente.

Cuando nació Isabel, su hermanastro Enrique estaba casado con Blanca, una princesa del reino independiente de Navarra. La sufrida Blanca había salido del tálamo «tal cual nació, de que todos tuvieron gran enojo», escribió más tarde el hijo de un médico real[24]. La tradición exigía que después del acto se exhibieran las sábanas, de modo que la humillación del príncipe, de quince años, y su novia, de dieciséis, fue de dominio público. Los intentos posteriores de mantener relaciones sexuales resultaron

igualmente desastrosos, y, al cabo de trece años, se anuló discretamente el matrimonio alegando que no se había consumado después de una vista en la iglesia de la localidad segoviana de Alcazarén en mayo de 1453. «Pueden contraer nuevo matrimonio […] para que el príncipe pueda convertirse en padre y la princesa en madre», señaló el responsable designado por el Vaticano, Luis de Acuña. Enrique culpaba de sus problemas a un «ligamento» o maleficio y sus abogados adujeron que la pareja sufría «impotencia recíproca debida a influencias malignas». También querían que los súbditos del rey supieran que el problema era temporal y específico, y para ello presentaron las pruebas reunidas por un «sacerdote honrado» que había entrevistado a algunas de las supuestas amantes del rey en Segovia, que habían declarado «que el dicho señor príncipe avía avido con cada una dellas tracto e conoscimiento de ome con muger, e así como otro ome potente, e que tenía su verga viril firme e solvía su débito e simiente viril como otro varón». Los enemigos de Enrique murmuraban que debía de ser homosexual. Otros decían que su problema era fisiológico, causado por un pene deforme, pequeño en el arranque y grande en la punta, lo que le hacía difícil mantener la erección. Había sido un joven de aspecto enfermizo y extraño, tal vez porque sus padres eran primos carnales[25].

Isabel fue alejada aún más de la corte real cuando Enrique llegó al trono en julio de 1454[26]; viajó con su madre, Isabel de Portugal, y con su hermano pequeño Alfonso a la ciudad amurallada de Arévalo, no lejos de Madrigal de las Altas Torres. Allí, en un apacible rincón de Castilla, la joven Isabel pasó siete años felices. La casa de Arévalo, de dos plantas, era más pequeña que el palacio de Madrigal de las Altas Torres, pero de tamaño considerable para una población tan reducida. El horizonte de Arévalo, como en Madrigal, estaba dominado por las murallas, las torres defensivas y los campanarios cuadrados, muchos de ellos de estilo mudéjar, con los ladrillos dispuestos en hermosas formas geométricas o con espacios rectangulares, entre columnas e hileras de ladrillos rojos, rellenos de piedras sin tallar, cantos rodados y barro. Un puente de estilo árabe atravesaba con sus arcos apuntados el río Adaja y sus escarpadas márgenes. Aunque bien

provista de agua, la villa se encontraba lejos del mar y sus efectos moderadores del clima, y, asentada sobre los valles de dos ríos, estaba del todo expuesta al duro clima de la meseta. Los inviernos largos y fríos y los veranos cortos y ardientes se sucedían sin apenas solución de continuidad, separados solo por breves otoños y primaveras. Era un lugar tranquilo y con fama de sano, rodeado de campos de cereales, viñedos y pinares, cuidados con primor, y huertas a lo largo de las riberas[27], «adonde apenas se ha conocido peste ni males contagiosos, a causa de participar de aires muy limpios y puros», escribió un cronista posterior de la ciudad. El aspecto más exótico de Arévalo era el extraordinario peso que tenían en la población los mudéjares (como se denominaba a los musulmanes que vivían en la Castilla cristiana) y los judíos, seguramente una cuarta parte de los habitantes. Estos habían participado con entusiasmo en los festejos organizados en la ciudad con motivo de la llegada al trono de Enrique, el hermanastro de Isabel, con celebraciones previas al clamor general de «¡Castilla, Castilla por el rey don Enrique!». Se suponía que las princesas jóvenes no se mezclaban con esa gente. Los visitantes del norte de Europa que fruncían el ceño ante la insólita mezcla de religiones de Castilla se quejaban de que en algunos lugares los musulmanes apenas se diferenciaban de los cristianos. Los visitantes castellanos, como en otras ciudades con mudéjares, tenían evidentemente las mismas dificultades. Los intentos de hacer que se cortasen el cabello de forma diferente y usaran el símbolo de la media luna azul como señales externas reconocibles parecían haber fracasado. Sin embargo, a los lugareños les resultaba fácil identificar a los Alís, Yusufs, Fátimas e Isaacs de Arévalo, por sus claras diferencias en cuanto a costumbres, danzas, días de culto y el modo de cocinar los alimentos con aceite en lugar de grasa o manteca de cerdo[28].

Isabel de Portugal quedó muy afectada por la muerte de Juan y cuentan que «se encerró en oscuros aposentos, en un silencio obstinado». Palencia habla de «una especie de locura». Su hija se mostró afectuosa, pero al parecer reaccionó al trastorno de su madre creando una coraza protectora y aferrándose a las certezas simples y ordenadas que le proporcionaban la

religión, la tradición y la jerarquía social. La presencia en Arévalo de otra Isabel portuguesa —la abuela viuda de la joven infanta, Isabel de Barcelos — mitigó el dolor y la confusión de crecer con alguien que padecía una depresión tan profunda. Isabel de Barcelos formaba parte de una boyante familia real portuguesa que disfrutaba de los frutos de sus conquistas de ultramar, obtenidos gracias a sus intrépidos exploradores y navegantes. Su yerno castellano la tenía en tan alta estima que había sido una de sus consejeras. Su familia portuguesa era todo lo que la pequeña Isabel aspiraría a ser: noble, conquistadora y devota. Parece que Barcelos fue la mujer más influyente de cuantas cuidaron de Isabel durante su niñez, y que le infundió un sentido inquebrantable de su posición social y una gran confianza en sus capacidades. Fue asimismo en el entorno protegido del modesto palacio de Arévalo, en forma de U, con su patio y su jardín cerrados, donde se forjó un estrecho vínculo fraternal con su compañero de juegos, Alfonso. La medida de la felicidad de Isabel en Arévalo nos la da la amargura con la que más tarde recordaría su marcha[29].

La joven Isabel estaba rodeada de cortesanos portugueses, pero de su educación se encargó uno de los hombres de Luna, Gonzalo Chacón, otro propagandista de la supremacía real[30]. Tal vez le recordase a la joven los motivos por los que su padre había mandado ejecutar a Luna, que incluían usurpar la «preeminencia real» e ignorar la «superioridad real»[31]. También debió de oír las leyendas locales acerca de que Hércules había vivido en Arévalo, donde el héroe contemplaba los claros cielos estrellados de la meseta, o de que en un palacio cercano se habían alojado los reyes godos cristianos de España antes de que los ejércitos musulmanes asolaran el país en el siglo VIII[32]. Los poetas e historiadores de Castilla escribían con nostalgia sobre esos reyes viriles, valientes y desprovistos de todo vicio, afirmaban que descendían del mismísimo Hércules y esperaban el momento en que Dios permitiera que el país recobrase su gloria natural. La caída en desgracia de Castilla había sido un castigo divino por unos pecados que, con los musulmanes ocupando el extenso reino meridional de Granada, aún

no habían purgado por completo. Donde Juan II había fracasado, esperaban que Enrique triunfara. Puede que Isabel disfrutase de las historias fantásticas sobre el pasado de Castilla, pero no hubo ningún intento formal de enseñarle historia o leyes por si algún día llegara a reinar. Al fin y al cabo, no era más que una niña. No solo tenía dos hermanos, sino que, en el improbable caso de que heredara la corona de Castilla, lo normal sería que su marido gobernara en su lugar[33].

Al igual que su padre, Juan II, Enrique encomendó a un privado la tarea de gobernar; en este caso, al rapaz y ambicioso Juan Pacheco, marqués de Villena, que lo dominaba desde niño. Pacheco «consentía la lujuría del príncipe dejándolo precipitarse en cualquier lascivia y encenegarse en las tentaciones del vicio con los viciosos», escribió uno de sus muchos detractores[34]. A Pacheco lo había situado junto al príncipe Enrique don Álvaro de Luna, a quien llegó a imitar en muchos aspectos, al tiempo que también aprendía de sus errores[35]. Mientras que Luna propugnaba una forma primitiva de absolutismo real, en que él actuaba como depositario del poder del monarca, Pacheco decía ser el cabecilla de una facción de nobles que ayudaría al rey a gobernar de forma colegiada y, en teoría, más honrada. Su verdadero interés era el enriquecimiento personal, y para ello recurría sobre todo a herramientas como la intriga, el caos y una política de alianzas variables con los codiciosos nobles.

Pacheco le arregló enseguida un segundo matrimonio a Enrique, cuya nueva esposa fue otra princesa ibérica, Juana de Portugal, que contaba apenas dieciséis años, era famosa por su belleza y, como tantas otras princesas europeas, servía como simple prenda para sellar una alianza, en este caso con su hermano, el rey Alfonso V. Algunos lo vieron como un matrimonio entre la bella y la bestia. Enrique expuso su voluntad de que Juana le diera hijos para añadir mayor autoridad a su dignidad real, pero también tomó la precaución de abolir la ley que hacía de las noches de bodas reales un espectáculo público[36]. Uno de los ingenios de la corte bromeó acerca de que el rey nunca tendría hijos y dijo, entre el regocijo de los cortesanos, «que había tres cosas que no se bajaría a coger si las viese

arrojadas en la calle, a saber: la verga de Enrique, la pronunciación del marqués [Pacheco era tartamudo][37] y la gravedad del arzobispo de Sevilla»[38].

Enrique tenía veintiséis años más que su hermanastra Isabel. Era un hombre bondadoso, tímido y culto, aficionado a los romances trágicos[39]. Cantante y músico de talento, coleccionista de animales exóticos y excelente jinete, por su temperamento no estaba capacitado para desempeñar el papel de rey. Nada le gustaba más que esconderse con sus animales o perderse en el interior de un espeso bosque, acompañado de su leal guardia personal de mudéjares. Un accidente sufrido en la infancia lo había dejado con la nariz deforme, aplastada sobre el rostro, pero era alto y atlético y tenía los ojos azules, una barba poblada y una cabellera rubia. Para sus admiradores esto le hacía parecer un león feroz. Para sus enemigos, un mono[40]. Enrique padecía una forma de acromegalia o gigantismo que provocaba que tuviera unas manos y unos pies desproporcionadamente grandes, junto con una cabeza de dimensiones también anómalas y rasgos faciales toscos. Debajo de una amplísima frente brillaban unos ojos extrañamente escrutadores y unas mejillas anchas y firmes que se achataban para dar paso a una larga y abultada barbilla[41]. Era un soberano sin afectaciones ni demasiada autoestima, que rechazaba la pompa cotidiana de la monarquía. «Fue tan cortés, tan mensurado e gracioso, que a ninguno hablando jamás decía de tú, ni consintió que le besasen la mano; hacía poca estima de sí mesmo […]. Fue su vivir e vestir muy honesto, ropas de paños de lana del trage de aquellos sayos luengos y capuces e capas. Las insignias e cerimonias reales muy agenas fueron de su condición», cuenta Diego Enríquez del Castillo, su cronista oficial y admirador. El retrato de un viajero alemán nos lo presenta con una sencilla capa con capucha y botas de montar, dos felinos que podrían ser linces a sus pies y la cabeza cubierta con un gorro rojo. Era, en resumen, un gigante apacible, imponente, pero abrumado por sus defectos físicos y que solo era feliz cuando no se encontraba bajo el escrutinio público. Tampoco estaba

muy interesado en sus hermanastros, por lo que Isabel no vio mucho al rey durante sus primeros años de vida[42].

Pacheco era un privado capaz, aunque egoísta, y Enrique y él empezaron con muy buen pie. La finalización de la guerra de los Cien Años en Francia trajo consigo un aumento del comercio y una ligera bonanza económica tras la renovación de la tradicional alianza entre Castilla y Francia[43]. Enrique también invirtió grandes sumas de dinero en una nueva guerra contra el reino musulmán de Granada, que no era una simple cuestión de honor, sino una oportunidad de expandir los territorios y de incrementar las riquezas de la corona, la pequeña nobleza y las familias de los grandes, además de otorgarle prestigio internacional en una Europa traumatizada por la pérdida de Constantinopla a manos de los turcos musulmanes el año anterior a que Enrique ascendiera al trono.

Su mayor problema era una poderosa y rica facción de los nobles. Unos años antes, mientras aguardaba a que lo degollaran en el cadalso en Valladolid, Álvaro de Luna había visto a uno de los caballeros de Enrique entre la multitud. «Dile al príncipe que dé mejores recompensas a sus siervos de lo que el rey me ha ordenado», afirmó. Enrique hizo exactamente eso y entregó a los grandes y a otros una gran parte de la riqueza real, especialmente los ingresos de las llamadas tierras de realengo y de las ciudades que eran posesión directa de la corona. En la misma medida en que la riqueza y el poder de los nobles iban en aumento, declinaban los suyos. El codicioso Pacheco movía los hilos, se llevaba su parte y se aseguraba de que su familia se situara por encima de las demás. La guerra de Enrique contra Granada, para la que reclutó un gran ejército, era menos arriesgada de lo que muchos hubieran deseado. El rey prefería el desgaste a la guerra abierta y las batallas convencionales. «Como era piadoso, e no cruel, más amigo de la vida de los suyos que derramador de su sangre, decía que […] la vida de los hombres no tenía precio —según Del Castillo—. Quería más expender sus tesoros dañando a los enemigos poco a poco que ver muertes y estragos de sus gentes.»[44] Era una estrategia sensata, pero

algunos la consideraban cobarde, sobre todo porque los musulmanes se negaban a pagar los tributos que Castilla solía exigir a Granada.

Mientras tanto, Pacheco y los demás nobles intrigaban constantemente a sus espaldas, fomentando el caos. En los verdes confines septentrionales de su reino, en la lluviosa Galicia y el tempestuoso litoral cantábrico, arciprestes, obispos, nobles e hidalgos luchaban por las tierras o se apoderaban de los dominios reales con total impunidad[45]. Una confusión similar reinaba en los territorios fronterizos del sudeste, en Murcia, mientras que los grandes y los hombres fuertes locales se disputaban el dominio del sur, de Sevilla y de gran parte de Andalucía. Y, donde el poder real era débil y los nobles estaban ocupados peleándose entre sí, prosperaba el delito, la justicia brillaba por su ausencia y el pueblo estaba descontento.

Quienes buscaban motivos para criticar a Enrique los encontraban de sobra, especialmente por su falta de grandeza real. «Cubría su hermosa cabellera con sombreros vulgares, un capuz o un birrete indecoroso —escribe uno de sus principales detractores, el futuro cronista de Isabel, Alfonso de Palencia— […]. Afeaba su alta estatura […] con trajes indignos y calzados aun más descuidados.» No sabemos qué le debían de contar a Isabel acerca de su hermanastro, pero es improbable que su apariencia descuidada le causara un buen efecto a su orgullosa abuela portuguesa. Incluso había rumores sobre la autenticidad de su devoción cristiana y lo acusaron de permitir que sus guardias personales musulmanes arrancaran «de los brazos de sus padres a doncellas y mancebos que luego torpemente corrompían»[46]. A las familias musulmanas les gustaba llevarle manjares en sus desplazamientos para complacer al goloso rey. «Salíanle al encuentro con higos, pasas, manteca, leche y miel, que el rey saboreaba con deleite, sentado en el suelo a la usanza morisca, pues en esto, como en todo, se acomodaba a los gustos de aquella gente, y con ello crecían más y más los temores de los nuestros», escribió Palencia con evidente desdén[47]. Los musulmanes de los reinos de Enrique, como los judíos de Castilla, estaban bajo su protección personal, que mantuvo a pesar de la creciente presión popular contra ambos grupos. Un predicador populista llamado fray Alonso

de Espina atizaba el odio con historias inventadas sobre el secuestro de niños cristianos a los que los judíos les arrancaban el corazón, los incineraban, los mezclaban con vino y se los bebían[48]. El viejo «libelo o calumnia de sangre» contra los judíos —que usaban la sangre de niños cristianos asesinados en rituales secretos—, que hacía siglos que circulaba por Europa pese a los intentos de algunos papas de ponerle fin, entró así en Castilla[49]. «El diablo tiene mil formas de causar daño, al igual que el judío, su hijo», proclamó Espina[50].

Los nobles que trataban de provocar problemas también fomentaban los ataques[51] contra la gran comunidad de conversos o cristianos nuevos, que eran en su mayoría descendientes de familias judías que se habían convertido en masa durante los brotes de violencia antijudía de hacía sesenta años. De nuevo, fray Espina[52] atizó las llamas del odio hacia los que algunos, por razones de sangre, todavía veían como miembros de la «raza judía»[53]. Otro fraile, Fernando de la Plaza, incluso afirmó haber recogido cien prepucios procedentes de ceremonias clandestinas de circuncisión de conversos[54]. Al reclamárselos el rey, fray Fernando le dijo «que gelo avian depuesto [“declarado”, “atestiguado”] personas de abtoridad. El rey mandó que dixese quién eran las personas. Denegó descillo, por manera que se halló ser mentira», según Castillo[55]. Al crecer la preocupación popular por los criptojudíos, se le pidió al fraile Alfonso de Oropesa que investigara su existencia en el arzobispado de Toledo. Llegó a la conclusión de que los pocos «judaizantes» (los que seguían los ritos y creencias judías) se debían principalmente a la ignorancia, mientras que las quejas eran en gran parte el resultado de la envidia o del interés económico de los autodenominados «cristianos viejos»[56].

Con el paso de los años, la autoridad de Enrique se desintegró y se extendió el caos, a lo que no ayudó la falta de un heredero directo. Y, de pronto, siete años después de haberse casado con Juana de Portugal, su esposa finalmente quedó embarazada. Nadie se mostró sorprendido, al menos en público, por la repentina capacidad del rey para engendrar hijos. Puede que los experimentos de inseminación artificial funcionasen. Castilla

lo celebró, pero para su hermanastra Isabel este fue uno de los momentos más traumáticos de su vida. Si Juana daba a luz a un nuevo heredero, Enrique querría tener cerca a todos sus rivales. Isabel y su hermano Alfonso, de diez y siete años, respectivamente, se vieron obligados a marcharse de Arévalo y a incorporarse a la corte de Enrique IV. «Yo no quedé en poder de dicho señor rey mi hermano, salvo de mi madre la reina, de cuyos brazos inhumana y forzosamente fuimos arrancados el señor rey don Al[f]onso, mi hermano, y yo, que a la sazón éramos niños, y así fuimos llevados en poder de la reina doña Johana», se lamentaría Isabel más tarde[57].

3

La hija de la reina

Segovia, 1461-1464

La reina Juana soltó una palabrota y agarró del pelo a doña Guiomar de Castro, la estrella en ascenso de la corte de Castilla y amante formal de su marido. Con la otra mano, cogió un chapín, el zueco de suela de madera que se ponía para pasear por los patios fangosos y que le añadía unos agradecidos centímetros a su altura normal, y lo estampó en la cabeza de Guiomar. «Le dio muchos golpes […] en la cabeza y espaldas», relata un cronista[58]. Isabel, que entonces tenía diez años, pronto descubriría que la vida en la corte era mucho más agitada que en la placidez y seguridad de Arévalo.

Isabel y Alfonso se habían despedido de su madre y de su abuela a finales de 1461 para recorrer los sesenta kilómetros que separan Arévalo de Segovia en mitad de un invierno gélido[59]. Es imposible saber cómo sobrellevó su madre la separación. En los años venideros Isabel la visitaría siempre que pudiera, pero por el momento la niña, de diez años, estaba en manos de Juana. Más adelante, Isabel recordaría a la reina como una especie de madrastra malvada que maltrató a la joven que acababa de llegar a su corte, aunque el cronista oficial de Enrique, Del Castillo, cuyo papel consistía en glorificar a su rey en la medida de lo posible, afirmase todo lo contrario: que Isabel «con mucho amor é hermandad fue siempre tratada» por la reina[60].

Segovia era una ciudad mucho mayor que Arévalo, situada en lo alto de un cerro azotado por el viento, con un impresionante acueducto romano que llevaba el agua de una colina a otra sobre hileras de arcos dobles de treinta metros de altura. El cambio de aires, de la ingenuidad infantil y protegida a un mundo de sofisticadas intrigas políticas y sexuales, era radical. La cuñada de Isabel, Juana, había traído consigo al palacio segoviano de San Martín a un grupo de jóvenes y aristocráticas damas portuguesas que eran famosas por su coquetería y sus trajes extravagantes[61]. Según el cronista Palencia:

> Nunca se ha visto en ninguna parte un grupo de muchachas tan desprovisto de toda útil disciplina […]. Su traje provocativo excitaba la audacia de los jóvenes, y la aumentaban con palabras aun más provocativas. Era frecuente la risa en su conversación, y constante el vaivén de los medianeros portadores de billetes groseros; día y noche se cultivaba entre ellas la tragonería con más cuidado que en las mismas tabernas. El sueño reclamaba el resto de su tiempo, menos la parte considerable que se reservaba a los afeites y perfumes; y no cuidaban de hacerlo en secreto, sino en público, descubriéndose desde los pezones de los pechos hasta el ombligo y untándose desde los dedos de los pies, los talones y canillas hasta la parte más alta de las ingles y muslos con blanco afeite, para que al caer de sus hacaneas, como con demasiada frecuencia ocurría, brillase en todos sus miembros una blancura uniforme[62].

No cabe duda de que la misoginia desenfrenada de Palencia y el deseo de destruir la reputación de Enrique IV le hicieron exagerar los escotes y la coquetería de las damas portuguesas adolescentes, pero los observadores neutrales también se mostraban sorprendidos. «La reyna de Castilla está aquí. Trae consigo muchas damas con diversos tocados: la una trae bonet, la otra carmaynola, la otra en cabellos, la otra con sombrero, la otra con una troz de seda, la otra con un almayzar, la otra a la vizcayna, la otra con un pañizuelo. E de ellas hay que traen dagas, de ellas cuchillos victorianos, de ellas cinto, para armar ballesta, de ellas espadas y aun lanzas, y dardos, y capas castellanas; cuanto, señor, yo nunca vi tantos trages de habillamentos», escribió un noble navarro, asombrado.

Isabel pronto descubrió que la vida en la corte de Juana de Portugal, en el robusto, aunque enloquecido, palacio de San Martín, era bulliciosamente competitiva, pero también divertida. A la reina le encantaban las fiestas y

creía, como muchos, que en la corte real debían celebrarse a menudo. Eso la convertía en un atractivo contrapeso social a su marido, retraído y misántropo, que reservaba medio palacio para su propia corte. El amor cortés, el juego teatral y ritual de la conquista y el éxtasis que se practicaba en las cortes reales de toda Europa, era una parte esencial del entretenimiento y la intriga. Era, al menos en teoría, una forma segura de diversión. El amor cortés no dependía de la seducción física, sino de rituales sofisticados y declaraciones exageradas de enamoramiento. Era más cuestión de pose que de pasión. Isabel lo vio a menudo y, a pesar de los ataques habituales contra la infame corte de Juana que lanzarían cronistas posteriores a sueldo de aquella, nunca expresó su desagrado o desaprobación. Es célebre la anécdota de que a uno de sus enviados tuvieron que sacarlo de un banquete celebrado en Inglaterra después de que se desmayara al ver a la dama a la que cortejaba. También era un pasatiempo perfectamente honesto para mujeres y hombres casados. El pulso de Isabel se aceleraba al oír las historias de los peligros mortales que afrontaban los caballeros en el combate, pero hacía mucho que los poetas y trovadores contaban también historias de mal de amores y pasiones desesperadas, y cuando, al cabo de unos años, se convirtió en el centro de interés amoroso de la poesía caballeresca española, no se quejó en absoluto[63].

Isabel aprendió que a los reyes no solo se les permitía jugar al amor cortés, sino que era algo que se esperaba tanto de ellos como de las reinas. En las justas, los jóvenes caballeros pretendían halagar a la reina Juana vistiendo sus colores, enviándole regalos y proclamando su devoción y su disposición a morir en combate por ella o por una de sus damas de compañía. El amor cortés era terreno seguro, también, para el sexualmente inhibido Enrique. Los reyes podían llevar a sus amantes a la cama, pero no era indispensable. Doña Guiomar era la más conocida —pero no la única— de las amantes formales de Enrique. Es verdad que despertó y mantuvo el interés de Enrique, y la relación permitió al rey proyectar una imagen masculina de vigor sexual, aunque no le diera descendientes. El resentido

Palencia creía que Enrique atormentaba deliberadamente a la reina con sus amantes, con la esperanza de empujarla en brazos de otra persona que pudiera dejarla embarazada de una criatura que él pudiera proclamar como suya. «Vista la inutilidad de sus excitaciones, volvía a la de D.ª Guiomar, ya opulenta, merced a las rivalidades de falsos amores, juzgando el más poderoso recurso para vencer la resistencia de la reina los celos de aquellas vanas relaciones», afirma Palencia. Es más probable que el inseguro rey hiciera teatro, al igual que cuando había insistido en celebrar tres noches de bodas «formales», en años distintos, con Juana. Fuera como fuese, no tenía nada de extraño. Otros comentaristas más amables consideraban que la relación era de «asaz honra y provecho»[64].

Sin embargo, los límites del amor cortés eran difusos y podían causar problemas. Tal fue el caso de la advenediza y altanera doña Guiomar. Su crimen, a los ojos de Juana, era la falta de respeto que demostraba hacia ella, la reina. Los jóvenes galanes que antes lucían los colores de la reina en las justas y torneos habían comenzado a usar los de Guiomar. Los obsequios y demás prendas de amor cortés eran para Guiomar, no para Juana. «Los pretendientes al favor real preferían al de ella [la reina] el de doña Guiomar», escribió Palencia. Los partidarios de una u otra mujer se peleaban continuamente, y la situación amenazaba con descontrolarse. El privado de Enrique, Pacheco, favorecía a Juana, mientras que otro consejero próximo al rey, el arzobispo de Sevilla, se puso de parte de Guiomar. Palencia veía en todo aquello una quiebra irreparable de la moralidad, y para complacer la crítica mirada de Isabel ofreció la imagen más negra posible de la vida de su hermanastro: «Hacíasela insufrible ver a la favorita objeto de los halagos de la fortuna y de las atenciones de los cortesanos, con menoscabo de su dignidad». Enrique, furioso con su esposa por sus ataques a Guiomar, reaccionó enviando a su altiva amante a una lujosa residencia situada a dos leguas de distancia y cubriéndola de regalos y dinero. «Iba el rey muchas veces a la ver, e holgar con ella», informa Del Castillo[65].

Convertirse en la amante formal del rey era una jugada maestra para una cortesana ambiciosa como Guiomar, quien luego se casaría con el poderoso

duque de Treviño y tendría con él diez hijos (además de la media docena de bastardos que tuvo el duque de sus propias amantes)[66]. La otra amante conocida de Enrique, Catalina de Sandoval, se convertiría en abadesa —un puesto que procuraba poder y riqueza—, a pesar de su mala reputación de buscar «libremente el trato de los hombres». En este caso, afirmó Palencia, Enrique la puso al frente de un conocido convento situado fuera de las murallas de la ciudad de Toledo, cuyas monjas eran famosas por su «desenfreno y vida disoluta». La maliciosa imaginación de Palencia añadía detalles escabrosos a su negra propaganda: Enrique no solo envió hombres armados a desalojar a la abadesa reformista que entonces ocupaba el cargo, sino que ordenó también la decapitación de uno de los otros amantes de Catalina —un apuesto joven llamado Alfonso de Córdoba—, lleno de resentimiento por su impotencia[67].

Mientras que los reyes podían acostarse con sus amantes, a las reinas se les permitían los juegos amorosos solo si reservaban el cuerpo para sus maridos. Incluso Palencia admitió que, por el momento, Juana seguía siendo una reina consorte buena, recatada y fiel. «Reyna gentil e discreta, / en virtudes más perfeta / que cuantas reynan agora», escribió el poeta Gómez Manrique[68].

El ala de la reina del palacio de Segovia era independiente y estaba separada de la del rey por la casa de fieras, donde se alojaban los feroces leones de Enrique[69]. Isabel apenas veía al rey, ya que el ala de la soberana tenía su propia entrada por un gran arco de granito que daba a una plazoleta. Frente a uno de los lados había una hilera de tiendas que vendían pescado, carne y pan, y las calles cercanas estaban llenas de comercios. Las paredes gruesas mantenían a raya el calor del verano, y en invierno debían de crepitar los hogares mientras los gélidos vientos de la sierra azotaban la ciudad. Desde el punto de vista arquitectónico, Isabel había cambiado los campanarios mudéjares de las iglesias de Arévalo por las formas románicas y macizas de Segovia. La corte de Enrique era nómada, pero los embarazos de Juana conllevaban que en determinadas épocas el rey temiera llevarla

consigo, de modo que, durante sus dos primeros años con la reina, Isabel pasó mucho tiempo en Segovia o Madrid[70].

Al acercarse la fecha en que la reina salía de cuentas, en febrero de 1462, el rey envió una litera para que la trasladara con la máxima delicadeza a su palacio del alcázar en la ciudad de Madrid, que entonces era pequeña y de escasa importancia. Es probable que Isabel también recorriera los casi cien kilómetros de abrupto camino, pues seguía a la corte de la reina prácticamente adondequiera que fuera[71].

El parto fue difícil. A diferencia de otras cortes europeas en las que las mujeres reales se retiraban a sus aposentos acompañadas de una comitiva enteramente femenina, en Castilla los hombres asistían al alumbramiento. De hecho, Juana estuvo rodeada por una multitud de hombres, que incluía al rey, su favorito Pacheco y varios otros altos dignatarios de la casa real[72]. Enrique, conde de Alva de Liste, la abrazó para que pudiera apoyarse en el momento de ponerse en cuclillas para dar a luz[73]. Después de prolongados esfuerzos, al final nació un bebé que fue motivo de alegría y decepción a la vez: en lugar de un varón, que habría sido un heredero indiscutible, Juana había tenido una niña. En Castilla esto era menos problemático que en otros lugares, donde a las mujeres les estaba prohibido reinar. La niña podría heredar el trono en caso de necesidad, aunque lo normal era que su marido gobernara en su nombre. Sin embargo, después de siete años de matrimonio estéril, el nacimiento también resultó ser un éxito. Enrique había demostrado que podía tener descendencia. Si había engendrado una criatura, era evidente que podía tener más. La corte lo celebró con justas, corridas y juegos de cañas, de origen musulmán, en los que grupos de jinetes montados en caballos al galope se lanzaban largas cañas unos a otros[74]. Ocho días después, la niña fue bautizada con el nombre de Juana, como su madre, en una ceremonia con la pompa de rigor. El poderoso arzobispo de Toledo, señor feudal eclesiástico y peso pesado en política, de la influyente familia de los Carrillo, bautizó a la niña. Isabel estuvo presente; la niña de diez años fue la madrina de su sobrina[75]. «Por todo el reyno se hicieron grandes alegrías», informó Castillo[76].

Al cabo de tres meses Enrique convocó Cortes en Madrid, formadas por procuradores (representantes) de diecisiete ciudades importantes, junto con la mayoría de los grandes señores, obispos y caballeros, para jurar la aceptación de Juana como heredera. Enrique les ordenó «que luego juréis aquí a la princesa Doña Juana, mi hija primogénita, e la prestéis aquella obediencia e fidelidad, que a los primogénitos de los reyes se suele e se acostumbra a dar, para que quando Dios nuestro Señor dispusiere de mí haya después de mis dias quien herede e reyne en aquestos mis reynos»[77]. Isabel y Alfonso fueron los primeros en jurar. Isabel se acercó a su sobrina recién nacida cuando estaba en los brazos del arzobispo de Toledo, pronunció el juramento y besó las diminutas manos de su futura rival. Algunos nobles, entre ellos Pacheco, afirmaron haber jurado en contra de su voluntad. Se firmaron documentos secretos en el mismo sentido, pero sin explicar por qué. Tiempo después, Isabel diría saber exactamente por qué se habían opuesto a prestar juramento, culpando a la reina Juana: «Esto procuró porque ya estaba preñada y, como aquella que sabía la verdad, prevenía para lo advenidero», dijo, refiriéndose a la paternidad supuestamente dudosa del bebé[78].

Es imposible demostrar o refutar la teoría que dio pie al apodo posterior de Juana, la Beltraneja, al atribuirse su paternidad a Beltrán de la Cueva, el mayordomo de Enrique[79]. Isabel luego amplificó y difundió la teoría, pero existen dos pruebas que revelan que es bastante probable que la niña fuera en verdad hija de Enrique. La más convincente es que Juana volvió a quedar embarazada al cabo de un año. En este caso de un niño, aunque la reina abortó a los seis meses. Una curiosa carta que le envió a Enrique un alto cargo de la casa de Juana, un tal Guinguelle, en la que este le informaba de lo que había sucedido en su ausencia, afirma que los médicos habían jurado que la reina podría volver a quedar embarazada muy pronto. El físico judío Samaya recibió el encargo de cuidar de Juana mientras esta se recuperaba del aborto en Aranda de Duero, en compañía de Isabel y del resto de su corte. Aranda era una villa ceñida de murallas y densamente poblada, a 160 kilómetros al norte de Madrid, cuyas casas se alzaban sobre

un laberinto de bodegas excavadas en el terreno que almacenaban lo que ya entonces era, y hoy sigue siendo, uno de los productos más preciados de la ribera del Duero: el recio vino tinto elaborado con las viñas locales, cultivadas en suelos calizos. Samaya hizo un buen trabajo. «Y por cierto, señor, él a curado mucho bien a la señora reyna, que su señoría está mucho sana y dize maestre Samaya que pornía su cabeza, si vuestra alteza hoy viniese, con la merced de Nuestro Señor, que la señora reyna sería luego preñada», decía en su carta Guinguelle[80]. Con su cánula de oro para la inseminación artificial, Samaya quizá había encontrado una manera de ayudar al rey a superar sus problemas físicos o los traumas psicológicos correspondientes. Sea como fuere, el hecho de que la pequeña Juana naciera dentro del matrimonio y de que Enrique no la repudiara nunca como hija biológica bastaba para asegurar su posición jurídica como heredera[81].

La preocupación por el asunto de la paternidad llegó a Roma, donde un memorial del papa Pío II a su secretario Gobellino, a los dieciocho meses del nacimiento, planteaba todas las posibilidades que se debatían en voz baja en la corte y que Isabel, que a la sazón tenía doce años, también debía de haber oído. «Dijeron que [la reina] se había casado con los mejores auspicios, y que fue fecundada sin perder la virginidad. Hubo quienes afirmaron que el semen derramado en la entrada [de la vagina] había penetrado en ella a los lugares más recónditos. Algunos creyeron había estado con otro siendo ya rey Enrique, quien deseaba ardientemente tener un heredero que se tuviera como suyo porque lo había dado a luz aquella mujer.»[82] Los rumores llegados a Roma proporcionaban a los problemáticos grandes una excusa para la rebelión[83]. Podían alegar que estaban imponiendo una falsa heredera a Castilla. Y tenían el deber de actuar.

4

Dos reyes, dos hermanos

Ávila, 5 de junio de 1465

La rebelión fue escenificada un día de verano frente a los torreones y almenas de la muralla de Ávila, una imponente masa de granito gris, con ochenta y siete robustas torres y más de tres kilómetros de perímetro, que circundaba la ciudad, situada en lo alto de una loma. Habían erigido un tablado de madera y la multitud se congregó a contemplar el espectáculo. Sentaron una efigie del rey, vestida de luto, en un trono falso. Lo rodeaban un puñado de grandes, encabezados por Pacheco, el belicoso arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, y los Manrique, otro poderoso clan de la nobleza[84]. «Tenía en la cabeza una corona, y un estoque delante de sí, y estaba con un bastón en la mano», informa el cronista Enríquez del Castillo, quien permaneció leal al rey. El arzobispo se acercó al monigote y le arrancó la corona, insistiendo en que ya no merecía tratamiento real. A continuación, Pacheco le arrebató el cetro, mientras otros le quitaban la espada[85]. Enrique había perdido el derecho a reinar o a administrar justicia, dijeron a la multitud. Luego propinaron un puntapié a la silla del rey y lo echaron a patadas del escenario. Algunos espectadores prorrumpieron en lágrimas, mientras el noble Diego López de Zúñiga y otros continuaban profiriendo insultos al juguete roto, al grito de: «¡A tierra, puto!»[86].

Con el pelele de Enrique tendido en el polvo, trajeron al nuevo rey al escenario. Era el hermano de Isabel, Alfonso, un muchacho que solo tenía

once años[87]. Demasiado joven para gobernar, era evidente que necesitaría que fueran los grandes quienes se encargaran de hacerlo en su lugar. Levantaron a hombros al chico mientras vociferaban: «¡Castilla por el rey Alfonso!». El país tenía ahora dos reyes. Su declaración daba lugar a la guerra civil.

Isabel no se encontraba ante las murallas de Ávila viendo cómo proclamaban rey a su querido hermano menor en junio de 1465. Todavía estaba con la corte de Enrique y Juana, pero su situación había cambiado. La batalla entre Enrique IV y Alfonso contaba con dos piezas secundarias de la máxima importancia —sus herederas respectivas, Juana e Isabel—, y tenerlas controladas era parte esencial del nuevo juego.

Antes de llegar a la farsa de Ávila, los nobles habían debatido varias excusas posibles para justificar sus ansias de poder. Una de las más absurdas era la propuesta de acusar a Enrique de herejía por haber intentado convertirlos en secreto al islam. Los más sensatos dijeron que era difícil que el Papa, a quien correspondería decidir sobre la acusación, fuera a tomársela en serio. Otros afirmaron que había que acusar a Enrique de romper con la presunta tradición de que los reyes de Castilla fueran elegidos históricamente por la nobleza y por aclamación pública[88].

Isabel era ahora una pieza importante en el complejo tablero de ajedrez de la política castellana. Había cumplido doce años en 1463, de modo que ya estaba en edad de casarse[89]. Quien la desposara se convertiría en uno de los hombres más poderosos del reino. Al dividirse Castilla en dos bandos, Enrique buscó el apoyo de Portugal, mientras que los nobles sediciosos tenían los ojos puestos en Aragón y en su rey, Juan el Grande. La mejor manera de sellar una alianza era con un matrimonio, especialmente si la novia era de sangre real castellana. En abril de 1464, Isabel fue llevada a un pueblo de la frontera lusa para encontrarse con el hermano de la reina Juana, de treinta y un años, el rey Alfonso V de Portugal. Parece que Isabel le habló en portugués, que había aprendido tanto en casa de su madre como

entre las damas de la reina Juana. Su hermosura cautivó a Alfonso «tan fuertemente que quiso hacerla de inmediato su esposa», relató el adulador Palencia[90].

Los conspiradores acusaron a Enrique de retener a Isabel y a su hermano contra su voluntad. Incluso trataron de secuestrarlos y llevárselos en el alcázar de Madrid, una intentona que fue fácilmente frustrada, al igual que una segunda tentativa al cabo de unos meses. La proclama de la facción rebelde de los nobles dada a conocer en mayo de 1464, en lo que supondría la salva inicial de la rebelión, afirmaba:

> Somos ciertos et certificados que algunas personas con damnado propósito tienen apoderado la persona del muy ilustre señor Infante don Alfonso et asimesmo la persona de la muy ilustre señora Infante doña Isabel et non solamente esto mas somos cierto que tienen fablado et acordado et asentado de matar al dicho señor Infante et casar la dicha señora Infante donde non debe ni cumple al bien et honra de la corona real destos regnos et sin acuerdo et consentimiento de los Grandes deste regno segund que se acostumbra quando los semejantes casamientos se fasen: todo esto á fin de dar la sucesión destos regnos á quien de derecho no viene ni le pertenesce.

Los nobles rebeldes exigían que los jóvenes infantes, a los que calificaban de legítimos herederos de la corona, fueran apartados de la reina Juana y puestos bajo su custodia[91].

El hundimiento de la autoridad real provocó que los supersticiosos castellanos comenzaran a ver malos presagios. Un tornado arrasó el sur de Sevilla, una ciudad dividida entre violentas facciones políticas, derribando edificios y matando a varias personas. Los asustados sevillanos pudieron contemplar en el firmamento lo que parecían filas de soldados dispuestas para la batalla. Muchos vieron su futuro pintado en el cielo tempestuoso que cubría la ciudad más poblada de Castilla. El pueblo llano sabía que, por mucho que los responsables de la rebelión fueran los nobles, serían los humildes los que sufrirían si se desataba el torbellino de la guerra. La inflación acelerada, las epidemias y las malas cosechas empeoraron las cosas. Tenían razón en estar preocupados. La guerra civil acabó por convertirse en realidad en septiembre de 1464, cuando Enrique se retiró tras las gruesas murallas de Segovia[92].

El bando de Pacheco amplió su memorial de agravios, que ya incluía el restablecimiento de la costumbre de que las noches de bodas reales fueran eventos públicos, con notarios y testigos. Ahora apuntaban a los conversos: acusaban a Enrique de rodearse de herejes. Además, para dar un toque de color a sus quejas, afirmaban que la guardia morisca del rey tenía por costumbre violar a las mujeres y, al mismo tiempo, deleitarse con prácticas homosexuales. También añadían que Enrique había fijado impuestos injustificados, no consultaba con sus nobles, había permitido que se rebajase la ley de la moneda, y su consiguiente depreciación, y no administraba recta justicia. Sobre todo, se quejaban de que era cautivo de su mayordomo, Beltrán de la Cueva. Por primera vez, se atrevían a afirmar abiertamente que el rey era un cornudo y su hija, fruto del adulterio. «A vuestra alteza y a él [Beltrán] es bien manifiesto ella no ser hija de vuestra señoría», decían. Esta primera acusación pública de ilegitimidad de Juana sería la clave para el futuro de Castilla y de Isabel[93].

Enrique estaba perdiendo un tiempo precioso. El anciano obispo de Cuenca, Lope de Barrientos, había reclutado un gran ejército y le urgió a luchar: «De tanto vos certifico que dende agora quedaréis por el más abatido rey que jamás ovo en España». Sin embargo, en un primer momento Enrique optó por ceder: renunció al derecho de Juana a heredar el trono y declaró sucesor a Alfonso. El niño fue entregado a Pacheco. Isabel, a quien le dijeron que contaría con su propia casa, debió de aferrarse por unos instantes a la promesa de que, además, podría volver junto a su madre en Arévalo; pero de pronto Enrique renegó de su palabra, exigió que le devolvieran a Alfonso y se preparó para la guerra. Isabel tuvo que permanecer en Segovia y sus esperanzas de reunirse con su madre se desvanecieron. Al contrario, quedó bajo la vigilancia de la reina Juana, mientras su hermano, llevado a hombros por los grandes en Ávila, era proclamado rey[94].

Pacheco pronto trató de sacar provecho personal del caos. Sus mensajeros le dijeron a Enrique que la mejor manera de comprar la lealtad de su familia y sofocar la rebelión era casando a Isabel con su hermano y compañero de revuelta Pedro Girón, un poderoso magnate andaluz y maestre de la orden militar de Calatrava. Girón estaba dispuesto a pagar un buen precio: contribuiría con tres mil lanceros y prestaría a Enrique setenta mil doblas (las monedas de oro de mayor valor de Castilla) y prometió que él y su hermano cambiarían de bando, traerían de vuelta «al príncipe su hermano» y le dejarían en sus manos. Enrique accedió e instó a Girón a «que se viniese lo más presto que pudiese». Era una jugada hábil y arriesgada a la vez: dejaba la corona al alcance de la mano de la familia intrigante y despiadada de Pacheco. Girón partió hacia Segovia con abundante dinero y una gran comitiva pensada para impresionar con su poderío y magnificencia a quienes la vieran[95]. Isabel, que se dio cuenta de que se había convertido en un simple objeto de trueque, iba a ser su premio.

La hermanastra de Enrique no había planteado ninguna objeción a la oferta de matrimonio con el rey de Portugal, probablemente porque casarse con un monarca no le parecía indigno de su condición. Sin embargo, ahora reaccionó con horror y suplicó de rodillas a Dios que la liberara del enlace con Girón. Sus plegarias surtieron efecto. Mientras Girón cabalgaba para reunirse con ella, cayó enfermo y a los diez días murió. Enrique se sentía abatido, pero Isabel, que acababa de cumplir quince años, estaba encantada. La boda portuguesa también cayó en el olvido, ya que el caos reinaba en ambos bandos en una disputa que ninguno de ellos era lo bastante fuerte para ganar. Parece que la experiencia marcó a Isabel, que sacó sus propias conclusiones sobre la conveniencia de que su destino lo decidieran los demás[96].

Mientras tanto, la guerra civil se prolongaba. Las batallas eran pocas e infrecuentes y, en comparación con otros conflictos parecidos en Europa, las bajas eran muy escasas. Al quedar en entredicho o desaparecer por completo la autoridad real, el reino entró en una espiral de luchas intestinas, en su mayoría de ámbito local. Algunas eran viejas rivalidades que se

reavivaban y otras reflejaban el nuevo enfrentamiento entre el rey y los grandes o la creciente intolerancia hacia los conversos, mientras que los pícaros y los nobles ambiciosos robaban o se apoderaban de todo lo que podían. Estallaron disturbios contra los conversos en Toledo, que había sido durante mucho tiempo un foco de rivalidad entre cristianos viejos y nuevos; ambos bandos empuñaron las armas y el fuego devoró parte de la ciudad. Dos líderes conversos fueron ahorcados por la multitud. «Esta es la justicia que manda hacer la comunidad de Toledo […] por cuanto fueron contra la Iglesia, mandándolos colgar de los pies, cabeza abajo: quien la hace, que tal pague», gritaba un pregonero mientras paseaban los cadáveres desnudos por la ciudad. Los nobles iban cambiando de bando y hasta intentaban tener un pie en cada lado, algo en lo que Pacheco era el maestro supremo. «Puesta la planta de un pie sobre el hombro de uno de los reyes y la otra sobre el de otro, nos riega en derredor con orina a todos los secuades de ambas partes», se quejó un noble[97].

En agosto de 1467, la batalla de Olmedo supuso una victoria pírrica para Enrique. En comparación con los demás enfrentamientos de esta guerra desordenada y a medio gas, fue una gran batalla…, en la que solo murieron cuarenta y cinco soldados. El arzobispo de Toledo, que dirigía el ejército de Alfonso, resultó herido. Al cabo de un mes, Alfonso se tomó la revancha al entrar en Segovia casi sin tener que luchar, después de que unos traidores abrieran las puertas a sus tropas. El palacio de San Martín se estremeció. La asustada reina Juana se precipitó hacia la catedral y luego hacia la seguridad fortificada del poderoso alcázar, una fortaleza de cuento de hadas con torreones puntiagudos que coronaba un espolón inexpugnable que se levantaba en la confluencia de los ríos Eresma y Clamores. Y, a los dieciséis años, Isabel se vio obligada a tomar una decisión importante por cuenta propia casi por primera vez sobre si se iba con Juana o si apoyaba a su hermano contra su hermanastro. No parece que la decisión le resultara demasiado difícil: era fiel en todo a su compañero de infancia de Arévalo y no a su débil, aunque amable, hermanastro, con el que se llevaba veintiséis años. «Contra la voluntad de la dicha reyna yo me quedé en mi palacio por

salir de su deshonesta guarda para mi honra y peligrosa para mi vida», se justificaría Isabel más tarde, con el toque justo de dramatismo. Su encuentro con Alfonso, que se presentó más tarde en el palacio de San Martín, fue feliz, según los cronistas: «Con muy alegre cara y gran contento»[98].

El hecho de apoyar a Alfonso era una decisión que iba a cambiar la vida de Isabel, aunque ella no lo supiera, y también una decisión atrevida; nadie sabía cómo iba a terminar la guerra civil, ni quién saldría más perjudicado; pero, por primera vez, Isabel mostró su genio. Estaba dispuesta a irse con su hermano, pero solo con ciertas condiciones, que expuso con claridad meridiana: los consejeros más importantes de Alfonso, entre ellos Pacheco y el arzobispo de Toledo, firmarían un documento en el que debían comprometerse a no obligarla a contraer matrimonio en contra de su voluntad. También exigió que se le permitiera regresar a la casa de su madre en Arévalo[99]. Había vivido con Juana en la corte de Enrique durante seis años, pero el modesto palacio de la reina madre y las torres mudéjares de Arévalo eran su verdadero hogar.

Enrique había perdido Segovia, su ciudad favorita. Era demasiado. Comenzó a negociar una vez más con Pacheco y sus aliados, quienes exigieron que les entregara a la reina Juana. Ese fue el final de la carrera política de la soberana, cuya reacción estuvo muy en consonancia con la reputación de que gozaba: entabló una larga relación con Pedro de Castilla, sobrino del hombre a quien la entregaron, el notoriamente desleal arzobispo de Sevilla, Alfonso de Fonseca. Juana quedó embarazada de su amante Pedro de Castilla y trató de esconder su estado con un corpiño de alambre, pero no le sirvió de nada; tuvo un hijo, Andrés. Y no acabó allí el asunto, porque tuvo un segundo hijo, que se llamaría Apóstol. Este comportamiento tan descaradamente escandaloso serviría de munición para los furibundos ataques de Isabel contra la reputación de su cuñada, pero a Enrique no pareció importarle demasiado y continuó enviando regalos a su esposa, incluidas una vajilla de plata e incluso una cama[100].

Isabel, por su parte, estaba disfrutando de su regreso a Arévalo. Cuando Alfonso cumplió catorce años el 17 de diciembre de 1467, lo celebraron en

casa de su madre, con una pantomima organizada por Isabel en la que esta se disfrazó de musa y pidió a Gómez Manrique, el gran poeta de la corte, que escribiera los versos que ella y sus damas representaron para su hermano. Permanecieron en Arévalo varios meses, pero un brote de peste provocó que Alfonso, Isabel y un contingente de soldados abandonaran precipitadamente la ciudad a finales de junio de 1468[101].

Se detuvieron a pasar la noche en la aldea de Cardeñosa, donde a Alfonso le sirvieron trucha empanada. Esa noche el hermano de Isabel durmió mal y, a la mañana siguiente, no podía hablar. Isabel permaneció a su lado durante parte de los cuatro días siguientes. Con el paso de las horas y las sangrías de los médicos, quedó claro que su hermano se estaba muriendo. Isabel tuvo tiempo de debatir con Pacheco y con el arzobispo de Toledo lo que debería suceder después. Ella misma escribió en una carta del 4 de julio:

> Segvnd lo que todos los físicos dicen, la vida suya por pecados deste reino está en grande peligro que se dubda poder escapar. […] E ya vosotros sabéis que en la ora que Nuestro Señor de su vida otra cosa dispusiese, la subcesión destos reinos e señoríos de Castilla y de León pertenescan a mí commo su legítima heredera y subcesora que soy[102].

5

Toros

Toros de Guisando, 19 de septiembre de 1468

Era un día fresco y claro en la llanura que se extendía al pie del cerro de Guisando, uno de los primeros y suaves contrafuertes meridionales de la sierra de Gredos, en el centro mismo de Castilla. En medio de lo que, dada la época del año, debía de ser un paisaje de hierbas y matorrales agostados, con los árboles todavía llenos de hojas y una línea de vegetación que seguía el curso serpenteante de un arroyo estrecho y de suave murmullo, se erguían cuatro toros gigantescos de granito. Era un lugar especial. Un puñado de monjes contemplativos de la orden de los jerónimos habían elegido refugiarse del mundo en un pequeño monasterio rústico situado en una frondosa colina de las inmediaciones. Nadie sabía qué hacían allí esos enigmáticos toros de lomo alargado, ni quiénes los habían tallado con tanto esmero y detalle en grandes bloques de granito sin pulir. Su presencia evocaba poderío físico y siglos de historia no escrita. Era un lugar apropiado para que Isabel sellara un acuerdo histórico.

La princesa cabalgaba a lomos de una mula elegantemente adornada, a la que llevaba de las riendas Alfonso Carrillo, quien avanzaba con recelo y desconfianza hacia el rey. El arzobispo de Toledo había acudido con doscientos de sus lanceros. Sin embargo, el encuentro no era bélico, sino que se trataba de traer la paz a un reino que había vivido en un estado de incertidumbre y angustia durante tres años. La reconciliación había sido una decisión personal de Isabel, quien, a pesar de su juventud y dependencia de

terceros, exhibía la confianza y la firmeza que a algunos ya les parecían inquietantes en una persona de su sexo y edad.

Enrique llegó con mucha mayor pompa, acompañado de más de mil jinetes. Las fanfarrias de sus trompetistas debieron de hacer que la fauna local huyera despavorida a esconderse en sus madrigueras, guaridas y matorrales, o que bandadas de pájaros se alejaran volando, sobresaltados. La demostración de poder era real, ya que Enrique tenía la capacidad de destruir a Isabel y a sus partidarios. Algunos deseaban que lo hiciera; pero también él prefería la paz, aunque eso significara plegarse a la voluntad de la joven que se acercaba a él en su espléndida mula. Estaba harto de problemas y, de todos modos, hacía tiempo que se esforzaba por evitar conflictos, armados o no. Isabel desmontó. Se acercó a Enrique, se agachó e hizo ademán de besarle la mano. Era una señal pública de obediencia, pensada para que la viese todo el mundo. Enrique, siguiendo tanto la costumbre como un guion previamente acordado, señaló que no era necesario. El mensaje estaba claro. Isabel no iba a disputarle a Enrique la corona, pero tampoco iban a humillarla[103].

Esta representación pública de septiembre de 1468 tuvo tres actos más que cambiarían la historia de Castilla. En primer lugar, se leyó una carta escrita por Enrique en la que reconocía a Isabel como la legítima heredera de su trono. Enrique pedía a todos los presentes que juraran el reconocimiento de la posición de Isabel como heredera, mientras que el nuncio papal Antonio Giacomo Venier los liberaba de su juramento de lealtad anterior a la Beltraneja. Sus palabras llevaban la autoridad del mismísimo Papa. Todos los presentes prometieron luego lealtad a Enrique. Carrillo, a petición propia, fue el último en hacerlo[104].

El obstinado arzobispo había intentado disuadir a Isabel de sellar este acuerdo con Enrique y había argüido en su contra hasta la noche anterior. Carrillo era primado de las Españas y un temible sacerdote guerrero que llevaba una capa escarlata brillante con una cruz blanca sobre la armadura cuando llevaba a sus hombres a la batalla. Su arzobispado le otorgaba un enorme poder temporal, con 19 000 vasallos en sus extensas tierras, así

como 21 castillos y un ejército de 2000 hombres. También era un conspirador inveterado y un aliado ocasional del rey Juan el Grande de Aragón. Sin embargo, Isabel se había mantenido firme contra uno de los hombres más poderosos de Castilla y había rechazado el ejército que le ofrecían el arzobispo y el nutrido clan de los Carrillo. Con el fin de atenuar el sentimiento de humillación del arzobispo y de aplacar el mal genio por el que era famoso, después de la misa matutina Isabel firmó un escrito por el que se comprometía a asegurarse de que Enrique y sus hombres no castigaran a Carrillo o a los suyos por su lealtad hacia ella. Esta decisión, y las otras que había tomado durante las negociaciones sobre el acuerdo, dieron a los participantes una primera idea de la fuerte personalidad de la joven a la que el destino había empujado repentinamente a la primera línea de la política de Castilla[105].

Es posible que Isabel pronunciara una breve plegaria esa mañana durante la misa. Años más tarde, sus propagandistas dirían que fue esta: «Si no tengo derecho, que no haya lugar de pecar por ignorancia, y si lo tengo, dame seso y esfuerzo para, con ayuda de Tu brazo, lo pueda proseguir y alcanzar y dar paz a este reino»[106]. El «seso y esfuerzo» nos sirven de guía para entender qué imagen tenía Isabel de sí misma, al menos en retrospectiva. La modestia en lo relativo a sus capacidades no era una de sus preocupaciones principales. El «brazo» al que se refería pertenecía a la entidad que ella pensaba que la había llevado a esta posición: Dios. La ayuda divina o, más bien, la aprobación divina de sus actos se convertiría en una postura habitual en la vida de Isabel. Era la base de su confianza y hacía innecesaria la falsa modestia, o incluso la auténtica. En su cabeza se perfilaba un razonamiento circular muy útil. Si la habían designado futura reina de Castilla, era por voluntad de Dios. Y si Dios la había elegido para que realizara su obra, entonces le bastaba con cumplir sus mandamientos para que él aprobara sus actos, que así recibían la sanción divina. En malas manos, era la fórmula perfecta para la tiranía. El único problema, de hecho, era saber exactamente cuáles eran esos mandamientos. Isabel sabía que el día del juicio que seguiría a la muerte sería real y aterrador. En busca de

orientación espiritual, se apartó de los clérigos mundanos como el arzobispo para recurrir, en cambio, a una serie de adustos frailes, varios de los cuales serían también sus confesores, que rechazaban los placeres mundanos y abrazaban las versiones más estrictas de la moral cristiana. Durante sus estancias en Segovia ya había conocido a uno de ellos, el ardiente prior del convento de los dominicos más antiguo de España, el de Santa Cruz. Se llamaba Tomás de Torquemada y tenía las ideas muy claras en cuanto a los males que afligían al reino, entre los que figuraban los judíos, los conversos que según él eran todavía criptojudíos, los adivinos, la simonía eclesiástica y los funcionarios municipales corruptos o ineptos[107]. El reino estaba enfermo, decía, y había que purificarlo, y para esos grandes males hacían falta grandes remedios.

Había algunas ausencias notables en los toros de Guisando: ni Juana la Beltraneja, de seis años, que había sido despojada de su legítima condición de heredera, ni su madre, la reina Juana, estaban presentes. Sus protectores de la poderosa familia de los Mendoza, que a veces actuaban más bien como sus carceleros, protestaron vehementemente contra el acuerdo. Unas semanas antes, la reina Juana había protagonizado una fuga digna de un cuento de hadas de la localidad de Alaejos. Ahora no podía ocultar el hecho de que estaba embarazada de siete meses de su amante Pedro de Castilla, pero su presencia era necesaria en la corte para las negociaciones sobre el futuro de su hija. Enrique envió a buscarla a mediados de agosto, pero Juana alegó que precisaba una escolta más numerosa y lucida por su condición de reina. Las versiones sobre lo que sucedió después son tan pintorescas y poco fiables como la que sin duda era la auténtica razón de su huida: que esta vez sí había engañado al rey. Según un relato, al cabo de unas noches la bajaron por la muralla de la ciudad dentro de una cesta, que se soltó al acercarse al suelo. La embarazada Juana, que salió relativamente indemne de la caída, fue recogida por Pedro de Castilla y un joven amigo que habían estado esperando con monturas. Cabalgaron de noche y

acabaron por instalarse en Buitrago, población que pertenecía a los Mendoza[108].

Con este enredo, Juana se exponía a un peligro de muerte. Las adúlteras podían ser asesinadas por sus maridos, padres, hermanos o primos para salvar la honra de la familia. Un tribunal de Murcia, por ejemplo, había perdonado a un hombre llamado Diego del Poyo por asesinar a su esposa después de que esta se acostara con otro. «Según la fama de aquella mala mujer lo que aquel hizo tuvo mucha razón para ello», señalaba la sentencia. Sin embargo, Enrique carecía del interés y la malicia necesarios para perseguir a su esposa. Puede que la hubiera animado realmente a tener amantes en el pasado y ahora le diese miedo lo que ella pudiera decir. O tal vez se sentía culpable por romper el vínculo político y sentimental más importante de su matrimonio, la pequeña Juana, cuya paternidad se había atribuido públicamente, con independencia de la verdad biológica. El comportamiento de Juana, de hecho, puede que le beneficiara, ya que impidió que se defendiera a sí misma y a su hija. El hijo de Juana, Andrés, no nacería hasta noviembre. La situación era tan insólita que en el derecho castellano ni siquiera se consideraba la posibilidad del embarazo adúltero de la reina[109].

El acuerdo alcanzado en Guisando se produjo después de que Isabel diera un giro de 180 grados. Algunos de sus partidarios daban por sentado que, tras la muerte de Alfonso, se proclamaría reina. Al fin y al cabo, ella misma, mientras esperaba a que su hermano falleciera, había enviado cartas en las que afirmaba que tenía esa intención. Inmediatamente después de la defunción de Alfonso, sin embargo, en sus escritos ya no reclamaba con la misma contundencia el trono. «Es notorio e manifiesto yo ser legitima heredera e derecha subcesora destos regnos —escribió a las autoridades de Murcia, una ciudad favorable a Alfonso— […]; quieran tener esa cibdad por mi como la tenían por el señor rey mi hermano.» No obstante, también debían enviar consejeros para ayudar a decidir qué sucedería después. Murcia respondió con una elaborada ceremonia fúnebre y prohibió a la gente que cantara, tocara música o usara ropa llamativa. Los dignatarios de

la ciudad se sentaron en torno a un lecho mortuorio ceremonial vacío antes de vestirse con telas de sarga y llevar un ataúd por las calles hasta la iglesia principal. En la procesión a la luz de las antorchas, acompañada de gemidos y lamentos, había cinco escudos ceremoniales, uno de los cuales lo llevaban representantes de los judíos de la ciudad y otro, los musulmanes. Las ciudades de Castilla y las oligarquías locales que las dirigían formaban un estrato político propio, al igual que los nobles o la Iglesia. Quienes habían apoyado a Alfonso permanecían expectantes. Murcia formó un concejo provisional, mientras que Jerez optó por no levantar la enseña de un rey o una reina hasta que todos estuvieran de acuerdo[110].

El realismo había obligado rápidamente a Isabel a evitar un choque frontal con su hermanastro. Ahora, a los diecisiete años, estaba en manos de los mismos nobles manipuladores que habían utilizado a su hermano para sus propios fines. Sin dinero ni garantías de que los rebeldes fueran a apoyar automáticamente a una mujer, optó por la cautela, el sentido común y, dentro de las limitaciones de su difícil situación, por seguir la ruta más independiente posible. En adelante sus reivindicaciones no irían más allá del título de «princesa y legítima heredera de estos reinos de Castilla y León». Sería heredera del rey Enrique, aunque, con una obstinación típica e incoherente, siempre insistiría en que su hermano Alfonso había sido el rey legítimo[111].

En lugar de disputarle la corona a su hermanastro con imprudente orgullo, Isabel decidió librar otro tipo de batalla. Quería escoger a su marido. Era un indicio de su precoz conciencia política que reconociera tan pronto este asunto como algo crucial para todos los implicados. Su partidario más poderoso, el arzobispo de Toledo, estaba de acuerdo con Juan el Grande de Aragón, que ya había contemplado a Isabel como la novia ideal para su hijo y heredero, Fernando. Sin embargo, Pacheco, que se encargó de gran parte de las negociaciones en representación de Enrique, esperaba en secreto casar a su hija Beatriz con Fernando, para así incrementar la dignidad de su familia. Una vez más, trataba de dividir, confundir y salir victorioso. La mejor manera de acabar con la rebelión, le

dijo a Enrique, era reconocer a Isabel como heredera, casarla con un príncipe extranjero y enviarla a una corte lejana[112]. Todo lo que Enrique tenía que hacer era asegurarse de que mantenía su derecho a elegir el marido de la joven.

Isabel se dio cuenta enseguida de que los nobles rivalizaban entre sí por tenerla bajo su control y, sobre todo, por la elección de su futuro esposo. Pacheco la puso en guardia contra el arzobispo, que también era su tío, a quien consideraba «terco por naturaleza y de dura cerviz». El arzobispo, por su parte, advirtió a Isabel de que su sobrino estaba planeando en secreto casarla con Alfonso de Portugal. Mientras todos los que la rodeaban conspiraban para casarla con sus candidatos favoritos, Isabel le dijo a su hermanastro que le parecía muy bien que le buscara marido, pero que la última palabra debería tenerla ella. Y el acuerdo tenía que ser por escrito. «Debe casarse con quien quiera que el rey decida, con la voluntad de la dama princesa y de acuerdo con el consejo del arzobispo de Sevilla, el maestro [de la orden de Santiago, Pacheco] y el conde de Plasencia, Álvaro de Stúñiga», según reza una versión del acuerdo[113]. Eso permitió que, cada uno por su lado, Isabel, Enrique y la facción de los grandes que encabezaba Pacheco se fueran convencidos de que acabarían decidiendo quién sería el futuro marido.

La sustitución de una heredera por otra fue mucho más que una cuestión de juramentos y promesas. Isabel insistió en que se le dieran todos los derechos y propiedades que correspondían a la heredera del trono de Castilla. Eso supuso que se convirtiera en princesa de Asturias, el título tradicional del sucesor. Con él vinieron tierras y rentas. También se le otorgaron derechos sobre las ciudades de Ávila, Úbeda, Alcaraz y Huete, así como sobre las localidades de Molina, Medina del Campo y Escalona y sus rentas. La nueva posición de Isabel hizo que, al menos en teoría, fuera económicamente independiente y le dio una base personal de poder. Todo ello había formado parte de las negociaciones realizadas por mensajeros e intermediarios, con la introducción de cambios de última hora después de

que Isabel y Enrique se instalaran en dos pueblos próximos, Cebreros y Cadalso, cerca de los toros de Guisando[114].

En el breve período transcurrido entre la muerte de Alfonso y el encuentro junto a los toros de Guisando, Isabel se había revelado digna de su nueva condición de heredera. Se había mostrado flexible a tiempo, sobre todo ante un poder superior, pero también había demostrado que sabía cuándo mantenerse firme. Puede que a su protector, el arzobispo de Toledo, no le gustara, pero ella había afirmado su autoridad y hecho gala de algunas de las cualidades que les habían faltado a Enrique y a su padre, Juan. Los observadores avisados se dieron cuenta de que algo estaba cambiando. Sin embargo, había pocos observadores de este tipo. Décadas de monarcas sumisos y siglos de mujeres igual de sumisas pesaban demasiado. Aunque sus posibilidades de ser reina habían aumentado enormemente, la mayoría estaban convencidos de que reinaría como poco más que una figura decorativa. Del gobierno se ocuparían su marido y sus consejeros. Ni Enrique ni Pacheco, los aparentes triunfadores de Guisando, ni los partidarios de Isabel, como el arzobispo, demostraron entender a la mujer con la que trataban. De hecho, la joven empezaba a manifestar un carácter de una gran fuerza, decidido y, a veces, inflexible. Sabía marcarse objetivos y, lo que es más importante, defenderse. La suya era una confianza basada en creencias sencillas y directas, que no se cuestionaba a sí misma, ni sentía la necesidad de añadir matices a lo que veía en blanco y negro.

Una pregunta incómoda, pero vital, seguía sin respuesta: ¿con quién se casaría Isabel? El tratado le daba a Enrique el derecho a elegir, mientras que los grandes aún se creían con derecho a aprobar esa elección, e Isabel, por su parte, había obtenido el derecho de veto. El acuerdo de Guisando también establecía que Isabel debía quedarse con Enrique y sus consejeros hasta que le encontrasen marido[115]. Cuando dieron la espalda a los toros de piedra para marcharse juntos los dos hermanastros y quienes estaban acostumbrados a imponer sus opiniones a Enrique tras haber restablecido en apariencia la unidad de Castilla y de la familia Trastámara, ya cada uno de ellos tenía ideas distintas sobre lo que eso podía significar.

6

La elección de Fernando

Colmenar de Oreja, 24 de octubre de 1468

Los cinco jinetes que entraron al galope en el pueblo de Colmenar de Oreja debían de parecer un grupo más de cortesanos que iban a unirse a Isabel y Enrique en la corte real de Castilla, que se había instalado felizmente en esta población y en la vecina villa de Ocaña para administrar un país recién pacificado. Los jinetes se dirigieron hacia la iglesia principal del pueblo, Santa María, y clavaron un documento en la puerta. Una vez logrado su objetivo, huyeron de nuevo al galope, porque sabían que las explosivas palabras de su texto, meticulosamente redactado, acabarían con la aparente calma que reinaba tanto en la corte como en el reino. La noticia de su contenido debió de correr como la pólvora, e Isabel habría sido de las primeras en enterarse[116].

Encabezaba a los jinetes el conde de Tendilla, una de las principales figuras del clan de los Mendoza y tutor legal de la princesa Juana, de seis años de edad, ahora rival de su tía y madrina Isabel. El conde había traído consigo al pueblo, situado a cincuenta kilómetros de Madrid, una protesta formal contra los acuerdos suscritos hacía un mes ante los toros de piedra de Guisando, de los que se había levantado discretamente acta notarial. Clavar su protesta en la puerta de la iglesia era una forma segura de hacerla pública equivalente a entregar una notificación a Isabel y Enrique. «Porque, segun es notorio y por tal lo alego la dicha señora princesa, mi parte, como hija legítima del dicho señor rey, fue habida ante mucho tiempo, al tiempo

de su nacimiento, y recibida por princesa y primogénita heredera de estos reinos», afirmaba el escrito, que recordaba a Isabel que su rival nunca había sido declarada ilegítima ni por su padre ni por su madre[117].

El conde recordaba asimismo a todos los congregados ante la puerta de la iglesia que la princesa Juana había nacido de matrimonio legítimo: «Es fija legítima del dicho señor Rey é de legitimo matrimonio nacida é aprobado por el nuestro muy santo padre Pío de notable memoria é recordación é por el nuestro muy santo padre Paulo segundo»[118]. Y eso significaba que no podía ser desheredada sin la aprobación directa del Papa, porque por este «fue avida é recebida é aprobada por legítima la dicha señora Princesa mi parte, para la dicha subcesion é primogenitura»[119]. El conde de Tendilla y sus compañeros[120] habían optado por clavar la carta en la puerta de la iglesia por temor a las represalias, según Del Castillo, porque «tal era el poder de aquellos a quienes se dirigía que, habida cuenta del contenido de la apelación, no se atrevían a entregarla directamente en persona»[121]. Era señal de que la convivencia en Castilla de un rey, una reina consorte, el amante de la reina, su futuro hijo ilegítimo y dos potenciales herederas de la corona, ambas en edad de merecer, era improbable que resultara sencilla.

La aparente estabilidad generada en Guisando era solo superficial y los grandes ya estaban maniobrando para minarla. Pacheco continuaba con sus intrigas egoístas, el iracundo arzobispo de Toledo preparaba una maniobra atrevida para recuperar a Isabel y los ambiciosos y ofendidos Mendoza pretendían sacar tajada del hecho de tener en su poder a la rival de Isabel, Juana. Aragón, Portugal y Francia observaban atentas, a la espera de pescar en aguas revueltas. La corte se había trasladado a Colmenar de Oreja y a la vecina villa de Ocaña porque eran las tierras de Pacheco, dominadas por la orden militar de Santiago, de la que era gran maestre. Pacheco nunca había sido tan poderoso ni Enrique, tan dependiente. Fue allí, según Palencia, donde comenzaron a conspirar para casar a Isabel con un príncipe

extranjero, entre los cuales el favorito seguía siendo Alfonso V de Portugal. Ninguno de los dos contaba con que Isabel fuera a disentir[122].

Isabel pasó la Navidad de 1468 en Ocaña con su pequeña corte de funcionarios y damas fieles a ella, prácticamente prisionera en el feudo de Pacheco. Había transcurrido menos de un año desde la muerte de su hermano, pero ya se veía obligada a tomar una de las decisiones más importantes de su vida. Debía inclinarse ante Enrique, aceptar el poder de los grandes sobre la monarquía y casarse con el rey portugués, un viudo cuyos hijos eran mayores que ella y que esperaba gobernar en su lugar[123], o bien rebelarse, casarse con el hombre que escogiera y arriesgarse a provocar otra guerra civil.

El candidato alternativo más evidente era el hijo precoz de Juan el Grande de Aragón, Fernando, que estaba a puno de cumplir diecisiete años. El intrigante monarca aragonés gobernaba una amalgama de reinos semiindependientes que solían mantener una relación problemática con su belicoso rey, envuelto a menudo en guerras fronterizas con Francia y con complejos intereses en Italia. Entre sus dominios italianos figuraban Cerdeña y Sicilia, que Juan el Grande había regalado a Fernando seis meses antes, en junio de 1468, permitiéndole usar el título de rey de Sicilia, aunque se había quedado en Aragón y había delegado en un virrey el gobierno del reino insular. Entre los motivos que había alegado para el nombramiento, Juan el Grande, que iba a cumplir setenta años al cabo de dos semanas, mencionaba el apoyo que Fernando ya le había prestado en «los sudores bélicos de la vejez». Ese mismo mes Juan había nombrado formalmente a Fernando lugarteniente suyo en todos sus reinos, lo que le permitía ejercer la autoridad real en ausencia de su padre. El soberano aragonés ya imaginaba a su hijo, con experiencia de combate y acostumbrado a tomar decisiones importantes, como futuro rey de buena parte de la Península. Solo Portugal, la pequeña Navarra y el reino musulmán de Granada estarían fuera de sus dominios. Con unas simples capitulaciones matrimoniales podría obtener muchísimo más que con las guerras de antaño entre su rama de la familia Trastámara y el padre de

Isabel. Se suponía que la futura esposa de Fernando se mantendría en un discreto segundo plano, y eso le permitiría gobernar solo. Juan envió a Castilla a Pierres de Peralta, el condestable de Navarra, con las talegas llenas de promesas en forma de oro para los consejeros más allegados a Isabel[124].

Mientras se celebraban negociaciones secretas en reuniones nocturnas con los enviados aragoneses en los aposentos de Isabel, el rey de Portugal envió al arzobispo de Lisboa a concluir unas capitulaciones matrimoniales que estaba convencido de que serían una mera formalidad. Pacheco agasajó espléndidamente a sus enviados, pero Isabel rehusó con mucho tacto comprometerse con ellos, aunque evitó darles un «no» rotundo. Con la presencia de los procuradores, que representaban a las ciudades, y los grandes, reunidos para las Cortes convocadas por Enrique en Ocaña, la localidad era un hervidero de conspiraciones. Todo el mundo parecía creer que se trataba de un momento histórico. El poder del rey continuaba debilitándose, y los rebeldes que habían elevado a Alfonso a la categoría de rival por el trono gobernaban ahora en nombre de Enrique. Algunas de las principales ciudades de Castilla habían depositado en Isabel sus esperanzas de futuro. Los procuradores que estaban preocupados por el aumento del poder de los grandes en las ciudades y en el reino encontraron a Isabel dispuesta a escuchar sus quejas, aunque no pudiera hacer nada al respecto. Ni siquiera se les ofreció la posibilidad de cumplir con el pacto de Guisando jurando públicamente lealtad a Isabel como heredera. Por añadidura, empezó una campaña de intimidación de la que se encargó un matón de la aristocracia llamado Pedro de Velasco, al que enviaron a amenazar a Isabel con la cárcel si no aceptaba el matrimonio con el rey de Portugal. «Habló el de Velasco con tan excesiva libertad que arrancó lágrimas a la doncella, la cual, llena de rubor, apeló al amparo del Omnipotente para librarse de tamaña vergüenza y rechazar tan cruel infamia», escribió Palencia, quien también afirmó que el enfurecido Enrique ordenó a sus soldados que detuvieran a cualquiera que cantara canciones proaragonesas por las calles de Ocaña[125].

Enrique debía de estar al tanto de la presencia de Pierres de Peralta, que se alojaba en la residencia del arzobispo de Toledo en la población vecina de Yepes. Lo habían enviado con hojas de papel en blanco firmadas por Juan el Grande; así de desesperado estaba el rey de Aragón por concluir el matrimonio. Troilo, hijo ilegítimo del arzobispo y yerno de Peralta, actuó como intermediario. Dice la leyenda que se celebró una reunión secreta entre Isabel y el intrépido embajador, que había cruzado el impetuoso Tajo al amparo de la oscuridad, en la que la futura reina juró finalmente que se casaría con Fernando. De hecho, es imposible precisar el momento exacto en que Isabel decidió casarse con Fernando, pero está claro que ya lo había resuelto a finales de enero de 1469, solo cuatro meses después de firmar el pacto de Guisando, cuando uno de los enviados de Juan el Grande escribió a su señor para informarle de la elección de la joven; sería él, Fernando, y ningún otro. Al cabo de unos días Isabel, que no estaba dispuesta a comprometerse por escrito por si la misiva era interceptada, redactó una nota críptica y le encomendó a un consejero de confianza, Gómez Manrique, que acompañara a Pierres de Peralta y se la entregara a Fernando, que se encontraba en la ciudad catalana de Cervera.

> Al senyor mi primo el rey de Sicilia, Senyor primo: pues que el condestable va allá, no es menester que yo más escriva, sino pedir os perdón por la respuesta ser tan tarde. Y por qué se detardó, él os dará a Vuestra Merced. Suplícoos que le deys fe y a mí mandéys lo que quisierdes que haga agora, pues lo tengo de hazer. Y la razón que más que suele para ello hoy dél la sabréis, porque no es para escrivir. De la mano que fará lo que mandardes. La princesa[126].

Enrique y su privado Pacheco seguían convencidos de que tenían dominada a la princesa de dieciocho años. Al fin y al cabo, el tratado de Guisando afirmaba que el rey debía elegir, que sus consejeros habían de aprobar la elección y que, solo entonces, Isabel podía expresar su conformidad o disconformidad con la propuesta de matrimonio. El rey y su comitiva partieron hacia Andalucía, después de obligar a Isabel a jurar que no se iría de Ocaña ni haría planes de matrimonio sin ellos. Sobornaron a algunos de los cortesanos de Isabel para que la espiaran y los hombres de Pacheco recibieron órdenes de asegurarse de que se quedaba. Como Isabel

conspiraba por cuenta propia, tenía una clara ventaja sobre los hombres con los que trataba, que simplemente eran incapaces de imaginar que una mujer joven, por azul que fuera su sangre, pudiera actuar prescindiendo de ellos. Y lo mismo puede decirse de quienes, como Palencia, estaban a favor del matrimonio con Fernando. No era un problema de Isabel en concreto, sino de todo el sexo femenino. «Las mujeres habían sido siempre la perdición de España», diría Palencia, atribuyendo la idea a los burgaleses[127].

Con el paso del tiempo surgió un relato idealizado de la elección de Isabel, que la presenta enamorándose locamente a distancia, como una adolescente, del joven y arrojado Fernando. Lo cierto es que ella era una estratega mucho más sagaz que eso. Su elección fue pragmática, no emocional. El enlace portugués la habría colocado por completo, y quizá para siempre, en manos de la cuadrilla de grandes que lideraba Pacheco, que le habían ofrecido en secreto a Alfonso de Portugal proclamarlo heredero a él y arrinconar a Isabel como simple consorte tan pronto como se casaran. Por otro lado, el matrimonio con Fernando conllevaba problemas parecidos. Isabel se colocaría en las interesadas manos de Juan el Grande y del arzobispo de Toledo, dos ancianos déspotas que también esperaban que cediera todo el protagonismo a su esposo. El reino de Aragón no permitía que las mujeres ocuparan el trono y Fernando, que era uno de los pocos hombres de la familia Trastámara que podían gobernar Castilla, era un rival directo de Isabel, no solo un aliado en potencia, incluso estando casados. Varios de sus principales consejeros, como Chacón y Gutierre de Cárdenas, habían sido generosamente sobornados por el rey aragonés, que necesitaba el matrimonio mucho más que Portugal, y eso reforzaba la posición negociadora de Isabel. La voluntad del arzobispo de Toledo y de sus aliados de conservar todo el poder posible en Castilla en vez de entregárselo a Aragón también jugaba en su favor. Al igual que los grandes que dominaban a Enrique, se imaginaban que serían ellos quienes lo ejercerían en lugar de Isabel. Por lo tanto, a la hora de negociar con Juan el Grande, seguro que defenderían con uñas y dientes los derechos de Castilla, que también eran los de Isabel[128].

Una vez más, la ayudó la creencia generalizada entre los hombres involucrados de que, con independencia de las promesas verbales o escritas, era inconcebible que, una vez casada, Isabel no fuera a entregar sin más el poder a su marido, a un consejo de los grandes o a ambos. Tampoco había nada en su actitud tranquila y aparentemente discreta —un disfraz con el cual Isabel estaba aprendiendo a disimular su carácter de acero— que pudiera inducirlos a pensar de otro modo. El 7 de marzo, exactamente dos meses antes de que Enrique partiera hacia Andalucía, se firmó en Cervera un acuerdo secreto de matrimonio[129] que permitía a Fernando, que a los pocos días cumpliría diecisiete años, administrar justicia en Castilla, pero todo lo demás tendría que ser pactado, firmado o hecho con el permiso de su esposa. Fernando ni siquiera podría salir de Castilla sin el permiso de Isabel. El príncipe aragonés, además, aportaría cien mil florines una vez consumado el matrimonio y un ejército de cuatro mil lanceros para defender a Isabel de los enemigos que se estaba creando. Asimismo, pagaría otros veinte mil florines por adelantado junto con un valioso collar de perlas y rubíes que los monarcas aragoneses, siempre escasos de efectivo, habían tenido que empeñar en Valencia[130].

Se intentó no herir en exceso el orgullo real de Enrique. En un primer borrador, firmado solo por Fernando y su padre, el joven príncipe había prometido: «Obseruaremos é guardaremos la paz fecha entre el dicho Señor Rey Don Enrrique su hermano y ella [Isabel], é que permitiremos é daremos lugar que su alteza reyne pacificamente por todos los dias de su vida sin nengun empacho». Tanto él como su padre se olvidaban de cualquier ofensa previa de sus antiguos enemigos de Castilla, incluido Enrique, y «por seruicio de Dios y contemplación de la dicha serenissima princessa perdonamos á todos». Enrique también debía recibir «toda filial obediencia» de su futuro cuñado. «Iremos personalmente á essos dichos Reynos á residir y estar en ellos con la dicha serenissima princessa, y que no partiremos ni saliremos dellos sin voluntad suya é consejo, y que no la sacaremos de los dichos Reynos sin consentimiento suyo é voluntad», había prometido Fernando, a lo que añadía que los hijos que tuvieran se quedarían

también en Castilla, «que nunca los apartaremos della, ni los sacaremos dessos, dichos Reynos»[131].

Desde el punto de vista aragonés, era un documento humillante. Dejaba a Fernando prácticamente prisionero de Isabel y sus consejeros. La idea de que un príncipe de Aragón y rey de Sicilia necesitara el permiso de su esposa para estar en sus reinos, o los de su padre, era absurda. Sin embargo, eso era solo el comienzo, y aún cabía suponer que el marido se impondría a la esposa. En cualquier caso, Juan y Fernando no estaban en condiciones de exigir más. De entrada, ni siquiera podían aportar el collar que debía entregársele a la prometida de Fernando. Aun así, Isabel tenía que mantener su parte del trato. Había hecho promesas, pero, en el mundo cambiante y turbulento de la política castellana, las alianzas se tejían y destejían con una facilidad exasperante. Aunque los mensajeros aragoneses tenían dinero para comprar apoyo entre la nobleza, Isabel debía demostrar su compromiso rebelándose abiertamente contra Enrique y huyendo de Ocaña. Su excusa para salir de la población fue que quería supervisar los preparativos de las ceremonias que iban a tener lugar en Arévalo, donde residía su madre, para conmemorar el aniversario del fallecimiento de su hermano Alfonso. Arévalo estaba ocupado por los aliados de Enrique, por lo que ambas viajaron a su pueblo natal, Madrigal de las Altas Torres[132]. Una vez más, Isabel optaba por volver a los paisajes, las personas y las simples certezas de su infancia.

La decisión, sin embargo, no tenía nada de infantil. Isabel había hecho trizas el histórico acuerdo de Guisando y la guerra civil era una amenaza muy real. Peor aún, se había aliado con Juan el Grande, un viejo enemigo tanto de Enrique como de su padre. Castilla recordaba todavía los horribles e inciertos días de las guerras contra los infantes de Aragón, y Juan el Grande, de setenta años, era uno de ellos. Sin embargo, el compromiso con Fernando se mantuvo en secreto, de modo que la reacción de Enrique a la desobediente partida de Isabel de Ocaña no fue tan agresiva como podría haber sido. Como no deseaba una confrontación sangrienta, el rey lo dejó en manos de Pacheco, que tan aficionado era a las situaciones ambiguas y

caóticas. Era en esos momentos cuando más lo necesitaba el rey y cuando más provecho podía sacar Pacheco de la situación.

En lugar de declararle la guerra a una princesa cuyo único delito hasta ese momento había sido desobedecer sus instrucciones y abandonar Ocaña, Enrique le envió una propuesta de matrimonio diferente. Esta vez provenía del rey Luis XI de Francia, que quería casarla con su hermano y heredero forzoso, el duque de Berry. Un embajador francés, el obispo de Arrás, llegó a Madrigal, con la esperanza de que el enlace matrimonial le ayudara a forjar una alianza con Castilla contra el rey de Inglaterra, Eduardo IV. El presuntuoso obispo irritó tanto a Isabel por su pomposidad, su arrogancia y sus agudos ataques a Fernando que apenas pudo contenerse; pero mantuvo la calma y respondió sin comprometerse a nada, aunque el obispo creyera haberle arrancado media promesa. Palencia afirmó más tarde que Isabel había enviado a su capellán, Alfonso de Coca, a echarles un vistazo tanto al duque francés como a Fernando. «Pintó el mensajero las inmensas ventajas que al primero llevaba D. Fernando, pues aun prescindiendo de la mayor extension de dominios y de la union de los reinos, el segundo era de gallarda presencia, con quien no podía comprarse el Duque [de Berry], al que afeaban no poco la extrema delgadez de sus piernas y cierta fluxión de los ojos tan ocasionada a la ceguera.» Palencia creía que la hinchada y soberbia Francia obligaría a Castilla a someterse a su voluntad, y advertía de que «las costumbres de Francia repugnaban a la gravedad castellana». Isabel, al parecer, sacó del encuentro una aversión al país galo que le duraría toda la vida. «Vuestra señoría […] qualquier otro casamiento menos provechoso ha mostrado desear que se concluyese porque se desatase el matrimonio del dicho Príncipe y Rey de Secilia, tan complidero y honroso como dicho es», le afearía Isabel a Enrique más tarde[133].

Mientras tanto, el propio Palencia fue elegido para ir a Aragón a recoger el collar de perlas y rubíes que le habían prometido a Isabel como anticipo de la dote. Fernando en persona fue a Valencia a mediados de julio para recuperar el enorme collar y entregárselo a Palencia. También hizo una caballerosa oferta que debió de causarle una buena impresión a Isabel y

que, sin duda, encajaba con su idea del comportamiento caballeresco. Cuenta Palencia: «Me llamó a solas y me preguntó si creía conveniente para más rápido y oportuno amparo que se pusiese en marcha para Madrigal llevándome a mí por guía y otros dos que le acompañasen, a fin de consolar con su presencia a la angustiada doncella, o correr el riesgo que ella corriese». El cronista debió de darse cuenta del peso tanto material como simbólico del collar a su regreso a Castilla. Los gruesos hilos de oro pesaban más de tres marcos (setecientos gramos) y de ellos colgaban siete grandes rubíes y ocho perlas ovaladas de color gris claro. Del centro pendía un enorme rubí acompañado de una hermosa perla en forma de pera[134]. Las joyas eran la prueba tangible del compromiso de Fernando.

Isabel debía de experimentar una inquietud extrema. Su futuro marido se encontraba a unos quinientos kilómetros, en los dominios de su padre. Para casarse con ella, tendría que adentrarse como fuera en Castilla, que en su mayor parte era territorio hostil. También Isabel corría peligro, y, al pedirles al puñado de grandes que estaban de su parte que enviaran tropas a Madrigal, el ambiente de su pequeña corte comenzó a enrarecerse. No todo el mundo quería unirse a su rebelión y algunas de sus damas huyeron, temiendo lo peor. Entre ellas estaban algunas de sus amigas más íntimas. «Sabían cómo vuestra señoría daba orden que yo fuese opresa y enagenada de mi libertad segund paresció por algunas cartas mensageras que vinieron á mi noticia, y por la carta patente que vuestra alteza mandó enviar al concejo de la villa de Madrigal, mandando que me detuviesen», le escribiría más adelante Isabel a Enrique. Finalmente decidió que era preferible salir de dicha localidad y emprendió un viaje cuyo destino final sería Valladolid[135]. Isabel quería un lugar seguro donde Fernando pudiera reunirse con ella.

7

El matrimonio con Fernando

Zaragoza, 5 de octubre de 1469

El joven de cabello oscuro y labios carnosos que salió por fin de Zaragoza disfrazado de humilde sirviente era un buen actor. Cabalgando con otros cinco acompañantes, Fernando interpretó su papel durante dos días y dos noches, sirviendo comidas y cuidando los caballos. El príncipe, de diecisiete años, había esperado impaciente una señal de Isabel para ponerse en marcha. Esta había llegado finalmente con la presencia de Palencia y Gutierre de Cárdenas, que se habían desplazado por caminos poco transitados y amparándose en la oscuridad de la noche para evitar a los espías de Enrique. Durante el trayecto habían constatado que los cien primeros kilómetros del recorrido de Fernando por Castilla atravesarían un territorio extremadamente hostil. Ya en Zaragoza, los enviados de Isabel actuaron como si no tuvieran nada que hablar con él; Cárdenas permaneció escondido en sus aposentos, mientras Palencia se aprestaba a mantener una reunión secreta con el joven príncipe en una celda del magnífico monasterio de San Francisco, cuya iglesia tenía una nave que medía 75 metros. Decidieron que Fernando dijera públicamente que iba a ver a su padre en Cataluña y que luego, disfrazado de sirviente, se incorporase a una presunta legación aragonesa que se dirigía a Castilla. Palencia y Cárdenas, por su parte, salieron de Zaragoza haciéndose los indignados y quejándose de que Fernando les había dicho que debía atender asuntos urgentes en Cataluña[136].

A los dos días, los jinetes llegaron a El Burgo de Osma, donde el duque de Treviño —casado con la antigua amante de Enrique, doña Guiomar— los esperaba con una escolta de lanceros. Fernando insistió en seguir adelante y se pusieron de nuevo en marcha a las tres de la madrugada. El 9 de octubre de 1469, el enérgico y joven príncipe estaba ya en Dueñas, donde lo saludó, entre otros, su tía Teresa Enríquez. Era un recordatorio de que Fernando era medio castellano por parte de madre. Cárdenas y Palencia continuaron hacia Valladolid, situada a unos veinticinco kilómetros, conscientes de que Isabel aguardaba ansiosa sus noticias. Al parecer, camino de Valladolid se pelearon por cuál de ellos debía atribuirse el éxito de la misión[137].

Fernando y su padre, de setenta y un años, que todavía luchaba contra los rebeldes del norte de Cataluña, corrían ahora un riesgo mucho mayor que Isabel. «El dicho señor rey no tiene otro fijo ni otro bien para su senectut en aqueste mundo, sino el dicho serenissimo rey de Sicilia, e en él, piende la salut, bien o sucesion de todos questos regnos —escribió el secretario de Juan, Felip Climent—. E solamente en sallirle de la boca el dicho señor rey que arisque el dicho señor rey de Sicilia de ir solo con tres o quatro fasta Valladolid, specialmente teniendo la poca securitat que dize que tiene del conde de Medina, crea el dicho señor rey de Sicilia que al dicho señor rey es tan duro e tan fuerte que no lo puedo dezir.»[138]

Enrique no tenía motivos para sorprenderse de la llegada de Fernando. Un mes antes, el 8 de septiembre de 1469, Isabel le había escrito desde Valladolid anunciando que estaba lista para casarse. Le recordaba que ella, Enrique y los nobles habían acordado estudiar cuatro posibles maridos para determinar cuál sería el mejor para el reino. Isabel mencionaba a los cuatro por este orden: Fernando, Alfonso V de Portugal, el duque francés de Berry y el futuro Ricardo III de Inglaterra. Reprendía a su hermanastro por intentar imponerle un matrimonio con el rey de Portugal, alegando que había negociado un acuerdo a sus espaldas, y culpaba a «ciertas personas»

—o sea, a Pacheco— de engañar al rey Alfonso para que creyera que estaba dispuesta a casarse con él. Sostenía que había sido ignorada la voluntad de los demás nobles y de los procuradores, mientras que a otros les habían arrancado el beneplácito al enlace portugués mediante coacciones. El derecho de Isabel a decidir sobre su propio futuro, con «libertad justa y debida», acordado en Guisando, también había sido ignorado[139].

Isabel, mientras tanto, aseguraba haber evacuado consultas con los nobles, «los quales me consejaron que yo oviese de casar con el Rey de Sicilia, Príncipe de Aragón, por las causas y evidentes razones que para ello me dieron», le escribía a Enrique. Las «evidentes» virtudes de Fernando, incluidas su edad y su sangre de Trastámara, estaban siendo manchadas deliberadamente por quienes rodeaban al rey con aviesas intenciones. Aún peor había sido el intento de imponerle al duque francés de Berry. Los franceses, argüía Isabel, tratarían a Castilla como una mera provincia y la utilizarían en sus guerras con Aragón[140].

La carta a Enrique deja entrever la ira y el carácter desafiante de Isabel, que pese a todo se daba perfecta cuenta de los problemas que estaba a punto de causar y del peligro que correrían tanto ella como el joven que se desplazaba a tierra extranjera para convertirse en su esposo contra los deseos del monarca. Fernando, según Isabel, venía en son de paz y como fiel servidor de Enrique. Le recordaba que tenían antepasados en común y que su propio abuelo, el rey Enrique III de Castilla, había pedido expresamente en su testamento que las líneas castellana y aragonesa de los Trastámara se casaran entre sí para mantener unida a la familia. Quienes sostuvieran que Fernando era conflictivo engañaban a Enrique. Y añadía:

> Por pacificar y sosegar el ánimo real de vuestra señoria si por semejantes inducimientos se conmueve, y por dar termino a tantos males y escándalos, como cada día mas intentan y crecen, yo por la presente desde agora me obligo dar tales saneamientos que vuestra alteza se deba tener por bien contento y seguro del complimiento de mis promesas y obedientes ofrecimientos y de la obediencia quel dicho Principe de Aragon debe y entiende prestar a vuestra señoria, si le quesiere recebir por obedient fijo[141].

Dicho de otro modo, Isabel quería rebelarse y que la perdonasen. Quizá Pacheco y Enrique no pensaban respetar el acuerdo de Guisando, pero no lo habían roto tan descaradamente.

Isabel volvió a escribir a Enrique el 12 de octubre para comunicarle que Fernando ya estaba en Castilla y para asegurarle que su futuro marido venía en son de paz. Esta vez le pedía su bendición: «Suplico que aya por bien su venida, y apruebe la intención de mi propósito». Enrique no se molestó en responder. En cualquier caso, era demasiado tarde para oponerse. Dos días después Isabel veía por primera vez a su futuro esposo. La única imagen que había visto de Fernando era un medallón grabado que mostraba un rostro joven y barbudo, y poco más. Gutierre de Cárdenas tuvo que señalar cuál de los jinetes llegados a Valladolid era el futuro cónyuge. Una historia apócrifa nos presenta a Isabel gritando emocionada: «¡Es él! ¡Es él!»[142], y debió de sentirse encantada por que Fernando hubiera conseguido reunirse con ella, máxime teniendo en cuenta el riesgo que había corrido para llegar hasta allí. El único retrato de Fernando conservado de esta época, original o copia, lo presenta con una barba de cabellos oscuros y finos que solo le cubre el mentón y las mejillas, mientras una melena de pelo grueso, negro y lacio le cubre las orejas —como en otros retratos— y le llega hasta la base del cuello. Los ojos castaños por debajo del flequillo añaden otra pincelada de morenez.

La tensión provocada por la presencia de un hijo de los temidos infantes de Aragón se dejó sentir de inmediato, incluso entre los seguidores de Isabel. Algunos de los nobles castellanos insistieron en que Fernando le besara la mano a su futura esposa para manifestar su reverencia y demostrar que él era el más favorecido con el enlace. Isabel estaba dispuesta a aceptarlo, pero el arzobispo de Toledo se escandalizó. Fernando ya tenía el título de rey (de Sicilia) y eso la elevaría a ella al rango de reina. Más importante aún, era un hombre. «Puso freno a la procaz e injuriosa adulacion haciendo manifiesta la insolencia con que pretendian inficionar el ánimo de la esposa, que había de obedecer en todo al marido y otorgar al varón las insignias del poder», escribió Palencia, quien coincidía con su

amigo el arzobispo en esto. Entonces leyeron en voz alta el insólito acuerdo firmado en Cervera, que apenas dejaba lugar a dudas sobre el papel subordinado de Fernando. Palencia afirmó que la joven pareja, de dieciocho y diecisiete años, sentía tanta pasión que solo la presencia del arzobispo durante las dos horas de su encuentro les impidió hacer algo impropio. Y, lo que es más importante, firmaron un documento junto con el arzobispo en el que reconocían que dependían de su apoyo y le nombraban su consejero principal: «Syn vos, el dicho arçobispo, non faremos nin dispornemos cosa alguna, mas todos tres de un acuerdo a determinacion faremos y gobernaremos, como sy un cuerpo e un anima fuesemos; e en dar ofiçios, merçedes y graçias seguiremos vuestro consejo e esperaremos a vuestro consentimiento y con él las faremos, y gobernaremos como sy un cuerpo y un alma fuesemos»[143]. El arzobispo se lo tomó al pie de la letra. Por lo menos a su juicio, era el privado de los futuros reyes, el verdadero poder que se ocultaba detrás del trono.

La ceremonia religiosa de la boda fue celebrada tres días después en presencia del arzobispo de Toledo, quien de alguna manera logró representar a la vez los intereses de Dios, Castilla, Aragón y los suyos. Fue una ceremonia discreta, sobre todo por la urgencia con que se celebró. Se leyó una vez más el acuerdo de Cervera, para recalcar la superioridad de Isabel, y de Castilla, en el matrimonio. La novia y el novio eran primos segundos, por lo que necesitaban la dispensa papal para contraer matrimonio; pero el papa Pablo II estaba del lado de Enrique. Solo cuatro meses antes había dado permiso por escrito a Isabel para casarse con otro primo lejano, Alfonso V de Portugal. El problema se resolvió con la lectura pública de una dispensa falsa, supuestamente otorgada por un papa anterior, Pío II. El nuncio papal Venier, con los bolsillos llenos de oro aragonés, mantuvo la boca cerrada y lo toleró. Era el único hombre cuya autoridad era superior a la del arzobispo de Toledo y que estaba facultado para denunciar la enorme mentira que acababan de escenificar. Quizá Venier pensara, como Juan el Grande, que el Papa otorgaría la dispensa una vez que se hubiera celebrado el enlace. Lo más probable, sin embargo, era que pensara en las

mil onzas de oro que iba a recibir todos los años del reino de Sicilia, en manos de Fernando, junto con la promesa de una diócesis aún más rica que la que entonces gobernaba, la de León[144].

Isabel fue cómplice del engaño. En una circular dirigida a Enrique al cabo de dieciocho meses, escribió: «Quanto á lo que su merced dice por la dicha letra que yo me casé sin dispensacion, á esto non conviene larga respuesta, pues su señoría non es juez deste caso, y yo tengo bien saneada mi conciencia, segund podrá parecer por bulas y escrituras auténticas donde y quando necesario fuere»[145]. Era mentira. Nunca había visto «escrituras auténticas» porque no existían. En esta etapa de su vida, Isabel no estuvo a la altura de su fama posterior de persona devota y escrupulosa en cuestiones jurídicas, activamente promovida por sus propagandistas; tampoco Fernando. La política y el poder eran lo primero. Y, en ambos, Isabel hacía gala de una maestría considerable.

8

Princesa rebelde

Palacio de Juan de Vivero, Valladolid, 19 de octubre de 1469

Las sábanas del tálamo nupcial fueron exhibidas, gloriosamente manchadas de sangre, a la muchedumbre que esperaba a la puerta del dormitorio de Isabel en el palacio de Juan de Vivero cerca de la puerta de San Pedro de Valladolid. La ropa de cama manchada había sido entregada al selecto grupo de funcionarios que habían inspeccionado la estancia antes de que la pareja entrara en ella y que luego habían aguardado fuera. «Estaban a la puerta de la cámara ciertos testigos puestos delante, los quales sacaron la sábana que en tales casos suelen mostrar, demas de haber visto la cámara dó se encerraron, la qual en sacándola, tocaron todas las trompetas y atabales y menistriles altos, y la mostraron a todos los que en la sala estaban esperándola, que staba lleno do gente», informó el cronista real Diego de Valera. Isabel estaba decidida a no repetir los errores de Enrique, que había roto la tradición real castellana al prohibir la entrada a su alcoba nupcial. Quería que se supiera que el matrimonio había sido consumado y que había llegado virgen a él. La sangre de las sábanas probaba ambas cosas. El restablecimiento de la tradición fue acogido con visible complacencia. «Se mostró cumplido testimonio de su virginidad e nobleza en presencia de jueces e regidores e caballeros según pertencia a reyes», señaló en su diario el doctor Toledo, su médico. También el esposo de Isabel estaba dispuesto a hacer público que su matrimonio no sufriría los problemas de alcoba que habían perjudicado el reinado y la reputación de Enrique. «Anoche, en el

servicio de Dios, consumamos el matrimonio», escribió al concejo de Valencia al día siguiente. Cuando Enrique difundió más tarde el falso rumor de que la consumación no se había producido, Isabel mantuvo la cabeza alta y se limitó a replicar: «Porque esta materia á las nobles mugeres es vergonzosa y aborrescible, pasaré por ella, que las obras de cada uno han dado y darán testimonio de nosotros ante Dios y ante el mundo»[146].

Los festejos nupciales duraron siete días, con bailes, hogueras y saraos en las calles de Valladolid que los espías de Enrique observaron con atención. Hubo procesiones callejeras y celebraciones públicas en todo Aragón e incluso en la lejana Sicilia. En el resto de Castilla, en cambio, los festejos fueron escasos o simplemente no hubo[147]. Un país que había vivido tres años de guerra civil volvía a encontrarse, tras un solo año de paz, al borde del precipicio, y la culpa era de una sola persona, Isabel, la heredera de dieciocho años, que había infringido el tratado de paz. Desde su punto de vista, quizá se tratara de una maniobra preventiva, pero había dejado preocupado e inquieto al resto del país.

Al despertarse en el palacio de Juan de Vivero el 20 de octubre de 1469, la mañana siguiente a la consumación de su matrimonio, puede que Isabel reflexionara satisfecha sobre cómo había conseguido imponer por completo su voluntad. La princesa rebelde no solía arrepentirse de sus actos. Había sido ella y nadie más quien había elegido a su marido. Había roto un acuerdo, pero hombres como el arzobispo de Toledo le repetían que eso no importaba. El rey lo había hecho antes, se decía Isabel, al tratar de casarla con príncipes que no le gustaban y que eran malos para el futuro de Castilla. Era un argumento muy forzado, pero esa sería la versión que se encargaría de difundir.

Sin embargo, Isabel también debía de darse cuenta de los principales puntos débiles de su posición. Las ciudades, con sus gruesas murallas de piedra, sus fortalezas, torres e impuestos, eran indispensables para quien quisiera dominar Castilla y sus zonas rurales. Isabel y su esposo solo

contaban con el apoyo de un puñado de urbes importantes y mantenerlo sería difícil. En Valladolid, donde se habían casado, ya se estaban produciendo enfrentamientos cada vez más tensos y potencialmente violentos entre los nobles de la localidad que querían controlarla, empezando por el bien relacionado Vivero, que era uno de los que luchaban por hacerse con el poder. Lugares notables como Tordesillas y Olmedo permanecían en su órbita, pero las presionaban para que cambiaran de bando, y las tierras que Isabel y Fernando controlaban directamente no abarcaban más que una mínima fracción de Castilla[148]. Las otras fuentes de poder eran la nobleza y la Iglesia, pero de ellos apenas cabía esperar apoyo. El poder real de Isabel provenía de las extensas tierras del arzobispo, sus rentas y su ejército particular, así como de las del abuelo castellano de Fernando, el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez. El poder en reserva de Aragón, al otro lado de su larga frontera con Castilla, estaba a su disposición en caso de emergencia, pero solo si Juan el Grande, que solía estar desbordado, disponía de medios y ganas. En otras palabras, la joven pareja dependía por completo de terceros.

Tres ancianos contemplaban satisfechos la situación: Juan el Grande, Fadrique Enríquez y el arzobispo de Toledo, todos ellos hombres de peso, experiencia y tradición. Su inusitada longevidad corría parejas con un vigor igual de notable. El arzobispo estaba a punto de cumplir sesenta años y los otros dos le llevaban un decenio o más. Habían nacido a finales del siglo anterior, antes de que el padre de Isabel accediera al trono. Los tres eran ricos y podían mantener sus propios ejércitos. En ese sentido, eran los clásicos potentados medievales, totalmente cómodos con su poder y seguros de él. La balanza entre ellos y los jóvenes príncipes en materia de experiencia, autoridad y fuerza militar se inclinaba descaradamente en su favor. Sin ellos, el matrimonio no se habría celebrado, y punto. Como si quisiera subrayar esta idea, Fernando le escribió a su padre para explicarle que estaban preocupados por el ataque del rey Enrique. El arzobispo Carrillo les había aconsejado que reuniesen un cuerpo de caballería de mil jinetes para su protección, pero no tenían dinero y necesitaban 40 000

florines con urgencia. «Y enviaron pedir este dinero al rey […] porque su hijo había ido a Castilla sin dinero, y tampoco lo tenía la princesa —apunta el gran historiador y cronista aragonés Jerónimo Zurita—; y habíase de hacer el gasto a su estado y darse los cien mil florines que estaba concertado.»[149]

El belicoso arzobispo, sobre todo, creía que tenía la situación controlada. Carrillo era terco, obstinado, caprichoso y calculador. No le gustaba que le llevasen la contraria y había acumulado un poder y unas riquezas inmensos, pero gastaba sin medida en un afán constante de fama y de gloria. Le gustaba, en definitiva, estar al mando, repartir órdenes y dádivas, que le obedecieran, le admirasen y, si era necesario, lo temiesen. A las fantasías acerca de su grandeza se añadían otras, como su fe en la alquimia, en que se pudiera amasar una fortuna infinita tras descubrir el secreto de la transmutación de los metales de baja ley en oro y plata. Esto lo convertía en presa fácil de pícaros y charlatanes que llamaban a la puerta de su gran palacio episcopal de Alcalá de Henares para pedirle que financiara sus intentos de descubrir tales secretos. «Era omme de gran corazón, e su principal deseo era fazer grandes cosas e tener gran estado, por auer fama e gran renombre —dijo de él Fernando del Pulgar, el futuro cronista real, próximo a la familia de sus rivales, los Mendoza—. La dádiva fecía con deseo de fama, y no con pensamiento de razón […] siempre estaua en continuas necesidades.» Como primado de las Españas, al frente de la diócesis más rica del país[150], había sido durante mucho tiempo uno de los hombres más poderosos del lugar, pero eso no era suficiente. Creía que el documento que había firmado con Isabel y Fernando poco antes del enlace matrimonial, en el que se comprometían a actuar al unísono, demostraba que los príncipes adolescentes estaban en sus manos. Habían prometido que «en dar ofiçios, merçedes y graçias seguiremos vuestro consejo e esperaremos a vuestro consentimiento»[151]. Nada podía decidirse sin él; o eso imaginaba.

Isabel y Fernando eran de otra escuela. Aunque muy jóvenes, eran audaces, expeditivos, inteligentes y maduros para su edad. Y, lo que es más

importante, enseguida cayeron en la cuenta de que juntos representaban algo mucho más grande de lo que eran por separado. Ambos eran muy conscientes de su condición real y de los peligros de permitir que otros ejerciesen el poder, por poco que fuese, en su lugar. Ya habían desafiado al rey de Castilla y ahora parecían alentarse mutuamente en su creciente rebeldía hacia el despótico obispo. El padre de Fernando le había aconsejado que obedeciese en todo, pero el joven príncipe no tardaría en informar enojado al arzobispo de que «no entendía ser gobernado por ninguno»[152]. Zurita explica que el aragonés ya tenía muy claro que a él y a su esposa no los iba a dominar la nobleza «y que ni el arzobispo ni otra persona tal cosa imaginasen, porque muchos reyes de Castilla se habían perdido por esto». Isabel era del mismo parecer y el arzobispo Carrillo culpó a sus funcionarios de la actitud de la joven pareja. Aún no se trataba del absolutismo real, ya que Isabel y Fernando no tenían un reino que gobernar y el concepto no se encontraba tan bien desarrollado como lo estaría en siglos posteriores, pero desde luego era una declaración de intenciones. La joven pareja, de hecho, se animaba mutuamente en su perseverancia. Juan el Grande apenas podía creer que se comportaran con tanta imprudencia, pero los consejeros que había enviado junto a Fernando le respondieron que también ellos estaban perdiendo influencia. «Él, Señor, es tanto fecho a su guisa que parece ninguna cosa le viene bien ni puede aprovechar, sino lo que a él le parece bien e se le antoja», se quejaron[153].

La joven pareja estaba asimismo cada vez más desesperada por conseguir dinero. Isabel ya había empeñado el collar de rubíes para pagar al servicio y ella y su marido se encontraban prácticamente en bancarrota. Fernando le escribió a su padre para advertirle de que algunos de los partidarios de Isabel «stán para me lexar e tomar otro partido»[154]. Si su situación empeoraba más, todo se iría al traste.

Isabel escribió cartas a otros nobles en las que les imploraba su apoyo, les instaba a que la ayudasen a aplacar las iras de Enrique y les recordaba que Fernando era de sangre castellana: «Pues sabeis que dicho Rey y Principe Fernando es natural destos reynos, y tan cercano descendiente de

los Reyes de Castilla, y es notorio en estos Reynos y fuera dellos esoger lo mas útil y provechoso a todos los estados dellos, y en lo así hacer, servir es mucho el dicho señor Rey»[155].

También aparecieron los primeros indicios de tensión entre las facciones castellana y aragonesa de la pequeña corte. Isabel discutía con su flamante esposo a causa de los funcionarios. Mayordomos, capellanes y confesores competían por el poder y el prestigio en su nueva empresa conjunta, en la que algunos de los cargos más altos tenían varios ocupantes. El pragmatismo de Isabel afectaba incluso a su suegro, que pronto descubrió que a su nuera no le gustaba que la atosigaran. Sin dinero propio, Isabel no conseguiría la independencia, por lo que insistió de inmediato en que Juan el Grande pagara el resto de su dote dándole tanto una parte de las rentas de Sicilia como de los impuestos pagados por las poblaciones aragonesas de Borja y Magallón y las localidades valencianas de El y Crevillent. Por último, Isabel envió sus propios funcionarios para que velaran por sus intereses en tierras aragonesas, y, cuando su apurado suegro trató de escabullirse de sus compromisos, insistió en que no había nada que negociar, que no cambiara «una sola jota» del acuerdo, y le advirtió de que no actuara sin su permiso en todo lo que a ella se refiriese: «Dejarme hacer en aquello que Vuestra Señoria me dio, lo que a mi pareciere que debo hacer, pues es cierto que no haré sino lo que fuera justo»[156].

La situación de Isabel y Fernando empeoraba por momentos. Como Valladolid era cada vez más inestable, se trasladaron a la población cercana de Dueñas el 8 de marzo de 1470. Fue una sabia decisión. A finales del verano estallaron disturbios, en el curso de los cuales la multitud atacó a los vallisoletanos conversos. Quien había sido anfitrión de Isabel y Fernando, Juan de Vivero, azuzó a los alborotadores, con la esperanza de ajustar cuentas con otros nobles que aspiraban a dominar la ciudad, incluido el protector de Isabel y Fernando, Fadrique Enríquez. Este último estaba dispuesto a «perder él un ojo porque Joan de Vivero perdiese los dos», en palabras de un observador que resumen las numerosas rivalidades que bullían entre los grandes de Castilla. Algunos de los partidarios del rey

amenazaron con asaltar la casa de Vivero, al considerar que los príncipes rebeldes podían ser el catalizador de un caos aún mayor en todo el reino. «Y no sin causa —alegó Del Castillo—, ca todos los pueblos estaban muy destruidos de las guerras pasadas, é temianse no viniesen otras.» Enrique y Pacheco también habían fomentado los desórdenes al ver en ellos la oportunidad de recuperar el control de la principal ciudad que apoyaba a Isabel, que fue exactamente lo que consiguieron a mediados de septiembre[157].

El arzobispo, entretanto, estaba cada vez más molesto con Isabel y su marido. Ambos se hallaban bajo su protección en la villa amurallada de Dueñas y, a su juicio, le debían gratitud y obediencia. Sabía que los jóvenes y agresivos príncipes no eran nada sin él, pero también que los derechos por los que peleaba eran los de Isabel, no los suyos. Recurrió a las amenazas al recordarles que en otros tiempos había sido leal a Enrique y que podía muy bien volver a ofrecerle su apoyo. Más adelante culpó directamente a Isabel y se mostró más descontento con ella que con Fernando. En las reuniones con los enviados de Juan el Grande, el arzobispo daba rienda suelta a su ira y, en una particularmente tensa, llegó a decirles «que si mucho le hacían, él daría a la princesa otra tal vuelta como dio al rey don Enrique su hermano». Isabel, por su parte, empezaba a ver Dueñas como una prisión[158].

No tenían muchos sitios adonde ir. El abuelo de Fernando, el almirante, les ofreció refugio en Medina de Rioseco, que pertenecía a uno de sus hijos, pero eso aún desagradaba más al arzobispo. La mayoría de los nobles apoyaban a Enrique o no se pronunciaban a la espera de acontecimientos. Isabel escribió repetidamente a su hermanastro y rey rogándole que aceptara el matrimonio. Al extenderse el rumor de que el monarca se disponía a actuar contra ellos, Isabel y Fernando volvieron a escribirle. Reconocían que se habían casado sin su consentimiento, pero le recordaban que antes le habían enviado emisarios prometiéndole obediencia y rogándole que «nos aceptara como verdaderos hijos». Proponían celebrar una cumbre en algún lugar neutral para dirimir sus diferencias. Las que no lograsen resolver podían ser sometidas al arbitrio de un consejo de sabios,

formado por los cuatro máximos responsables de las principales órdenes religiosas: los jerónimos, los franciscanos, los dominicos y los cartujos. De lo contrario, se daban cuenta de que podía estallar una guerra. «Y antes que los tales rigores se comiencen, los cuales serán malos de atajar despues de comenzados, y de ellos se podrían seguir grandes ofensas a Dios, y daños irreperables a estos vuestros Reynos, y aún creemos que se extendarían a muy grand parte la Christiandad, que a vuestra merced plega de nos oir», agregaron[159]. Enrique respondió a sus múltiples súplicas con el silencio o con vagas promesas de discutir el asunto con sus consejeros.

La joven pareja, mientras tanto, disfrutaba de la compañía mutua en la intimidad de la alcoba. Poco antes o después de trasladarse a Dueñas, hicieron un espectacular anuncio que obligó a todo el mundo a replantearse sus estrategias: Isabel estaba embarazada. Si daba a luz a un niño, los Trastámara de Castilla tendrían finalmente un descendiente masculino. Su hijo no solo ocuparía un lugar en la línea sucesoria del trono, sino que sería también un valioso futuro marido[160]. Empezaba un tenso pulso mientras todas las partes aguardaban a que naciera la criatura. Palencia nos informa de que el parto se esperaba con extraordinaria impaciencia debido a la importancia del nacimiento de un niño varón, hasta el punto de que incluso Pacheco y la mayoría de sus aliados refrenaron su hostilidad más de lo habitual.

La tregua terminó tan pronto como Isabel dio a luz el 2 de octubre de 1470. Fue una niña, a la que llamaron también Isabel. Casi todo el mundo se llevó una desilusión, menos Enrique. Poco se sabe de la reacción de Isabel, aunque debió de encantarle añadir el grandioso título de su hija —«infanta de Castilla y Aragón»— a las cartas que anunciaban su nacimiento. El hecho de que fuera una princesa en los dos principales reinos de España indicaba lo poderosa que podría llegar a ser su familia si Isabel ascendía al trono. Si había que valorar a la mujer por la forma en que diese a luz, Isabel ya estaba haciendo gala de su capacidad para superar incluso la más dolorosa de las pruebas físicas; «no decir ni mostrar la pena que en aquella hora sienten y muestran las mujeres», en palabras del cronista

Pulgar. Esta fortaleza devino legendaria. «Las doncellas que la atienden en su habitación me han asegurado que, ni en los dolores que padecía de sus enfermedades, ni en los del parto, que es cosa de grande admiración, nunca la vieron quejarse, antes con increíble y maravillosa fortaleza los sufría y disimulaba», diría más adelante alguien que estaba de visita en su corte. La propia Isabel se lo tomaba todo de un modo mucho más prosaico. «Gracias a la inmensa generosidad de Dios, mi salud estaba bien después del nacimiento», escribió en una carta. Entregó la niña a una institutriz y a un ama de cría, que debía ser de buena familia y tener una buena presencia física y leche en abundancia, según un comentarista de la corte[161].

Desde el punto de vista político, el nacimiento de una niña era un desastre. Palencia cuenta que los seguidores de Enrique que, a la espera de ver si Isabel daba a luz a un niño o a una niña, habían cesado en sus ataques violentos contra los príncipes, se lanzaron ahora abiertamente contra ellos. También existían dudas sobre la legitimidad de una hija nacida en el seno de un matrimonio entre parientes cercanos que la Iglesia aún no había sancionado. Isabel y Fernando sabían que pendían de un hilo en cuanto a la dispensa apostólica que decían poseer y que ahora trataban de conseguir los embajadores de Juan el Grande en Roma. Fernando estaba horrorizado: eso echaba por tierra el relato que habían puesto en circulación en Castilla, a saber, que ya les habían concedido la dispensa. Por eso le escribió a su padre: «He visto cómo […] procuravan de haver audiencia de nuestro Santo Padre, e, entre las otras cosas, entendían proposar e demandar la dispensación sobre el dicho matrimonio […]. Es por ende necesario […] que a todos los que tienen cargo en Corte Romana de los negocios de aquá, [el rey Juan] scriva e mande que […] non fagan, procuren ni insten sino lo que por mí les será scripto»[162].

Si el nacimiento fue una decepción, una caída de Fernando de su caballo debió de resultar profundamente perturbadora. El joven príncipe era un jinete entusiasta y experto muy aficionado al pasatiempo a veces peligroso de las justas. El juego de las cañas, en el que se enfrentaban dos equipos de jinetes a lomos de caballos veloces y ligeros, era otro de sus

entretenimientos favoritos. Su médico informó en noviembre de que Fernando había sufrido demasiadas caídas y de que estas le habían «corrompido la sangre». Temieron por su vida, pero se recuperó al cabo de unos días. Mientras tanto, la suerte de Isabel seguía su espiral descendente. No tardó en perder la importante ciudad comercial de Medina del Campo, que representaba una parte importante de su patrimonio personal, y sus funcionarios fueron expulsados por los seguidores de Enrique[163]. Sin embargo, todo esto no sería nada en comparación con el siguiente movimiento del rey.

Enrique había elevado a Isabel al rango de heredera y ahora estaba decidido a despojarla de él. En el ancho y fértil valle del Lozoya, a unos ochenta kilómetros al norte de Madrid, se llevó a cabo una ceremonia parecida a la que se había celebrado ante los toros de Guisando a finales de octubre de 1470[164]. Esta vez los que llegaron a rendir homenaje al rey fueron los poderosos Mendoza, junto con la reina Juana y su hija, la pequeña Juana, de ocho años. Más importante aún, había extranjeros presentes. Al volver a elevar a Juana al rango de heredera, Enrique no solo castigaba a Isabel por su insolencia y su desobediencia, sino que también trataba de establecer una alianza con Francia que lo ayudara a contrarrestar el regreso de los siempre problemáticos Trastámara aragoneses a su reino. Juana recibiría el marido que Isabel había rechazado, el mismo duque de Berry, ahora duque de Guyena, que era heredero de la corona de Francia. Había un centenar de franceses en la corte de Enrique y el mismo obispo francés de Arrás, el enviado que tanto había irritado a Isabel, ahora con el título de cardenal de Albi, supervisó la ceremonia en la que Enrique y Juana declararon que la niña era su hija y heredera legítima. Los nobles y los obispos formaron una fila para besar la mano de la pequeña. A continuación, el conde de Boulogne dio un paso al frente y, en representación del duque de Guyena, tomó de la mano a la niña mientras el cardenal de Albi los declaraba oficialmente comprometidos. El péndulo había vuelto al punto de partida.

Isabel ya no era princesa de Asturias[165] y un francés estaba bien situado para gobernar un día Francia y, por intermediación de su esposa, gran parte de España.

El texto del documento firmado por Enrique y la reina Juana (que presumiblemente había dejado a su hijo ilegítimo en otro lugar) no deja lugar a dudas sobre el futuro de Isabel. El rey comienza recordando que nombró a la pequeña Juana su heredera al poco de haber nacido por un motivo bien simple: «Según derecho divino é humano é las leyes de aquestos regnos, la herencia é suscesion é el principado dellos es debido é pertenesce á la Princesa doña Johana nuestra muy cara é muy amada fija legítima é natural [es decir, biológica]». El documento subraya repetidamente que Juana es su heredera no solo por ser hija de la reina, sino también por ser descendiente biológica de Enrique. La reina Juana, tocando con la mano derecha extendida la cruz que sostenía el cardenal de Albi, juró lo mismo: «Yo só cierta que la dicha Princesa doña Johana es fija legítima é natural del dicho Rey mi Señor e mia, é por tal la reputo é trato é tove siempre é la tengo é reputo agora»[166]. La princesa Juana había perdido su título, admitió Enrique, en los acuerdos de Guisando; pero la decisión de declarar heredera a Isabel la había tomado únicamente para evitar la guerra civil y llevaba aparejadas estrictas condiciones:

> Por atajar algunas guerras é divisiones que en estos dichos regnos por estonces avia é se esperaban, é porque la dicha Infante [Isabel] prometió é juró pública é solemnemente de estar siempre muy conforme conmigo é me obedecer é acatar é servir como á su Rey […] é de casar é que casaría con quien yo acordase é determinase […] mandé que la dicha Infante mi hermana fuese según que fué, intitulada é jurada por Princesa heredera destos dichos mis regnos […]. En grande deservicio é daño é menosprecio mío é en quebrantamiento de la dicha su fe e juramento é contra la dispusicion de las leyes destos dichos regnos y en grand turbación é escándalo dellos fiso e cometió todo lo contrario […] por lo cual é porqu'el juramento á ella fecho fué en daño é perjuicio de la dicha Princesa doña Johana mi fija é de su derecho, el dicho segundo juramentó é omenage fecho á la dicha mi hermana non valieron nin pueden nin deben ser guardados nin cumplidos nin conseguir efecto.

A los presentes se les ordenó que transfiriesen su lealtad a Juana, y el cardenal de Albi leyó una bula del papa Pablo II que los liberaba de su

anterior juramento a Isabel. «É de aquí adelante non intituledes nin nombredes nin llamedes nin ayades nin tengades á la Infanta doña Isabel por Princesa nin heredera nin subcesora de estos dichos mis regnos é señoríos en manera alguna», ordenó Enrique[167].

Un mandato real podía deshacerse con otro, y los que se habían reunido en el valle del Lozoya tenían claro lo que había sucedido. «[Isabel] se avia casado con el rey de Sicilia, principe de Aragón, siendole amonestado que no lo hiciesse —escribió un cortesano de la familia Mendoza—; por lo tanto, visto su poco acatamiento y menos obediencia que mostró en casarse por su propia autoridad sin su acuerdo y licencia, y por otras muchas causas que a ello le movian, por aquella presente carta [el rey] le desheredaba, la desheredó.» Un observador agudo podría haber reparado, sin embargo, en que lo único que unía a los grandes que se alineaban detrás del manipulador y nada de fiar Pacheco en el verde valle del río Lozoya era su aversión a los monarcas fuertes[168].

Isabel había recibido lo que, en toda justicia, se merecía por su rebelión. Enrique había maniobrado para vaciar de contenido el acuerdo de Guisando, pero la primera en infringirlo había sido Isabel, que ahora tenía un marido, pero había perdido su futuro reino; el camino que había escogido la conducía al desastre. Isabel seguía peleándose con el arzobispo Carrillo, el único hombre capaz de mantener a flote sus ambiciones. La relación se volvió tan tensa que Fernando y ella se mudaron finalmente de Dueñas a la ciudad amurallada de Medina de Rioseco[169], bajo la protección de los parientes castellanos de Fernando. El arzobispo lo consideró un insulto y se marchó con cajas destempladas a ocuparse de sus feudos.

Todo esto supuso una jugada maestra para el taimado rey de Francia, Luis XI, cuya fama de intrigante le había hecho acreedor del apodo «la Araña Universal». El nuevo acuerdo con Francia, en efecto, obligaba a Enrique a declararle la guerra a Inglaterra, medida que iba sin duda a enfurecer a los comerciantes y marineros de Castilla que operaban desde los

puertos del norte. El propio Enrique aguardaba con impaciencia la llegada de las tropas francesas dirigidas por el flamante prometido de Juana[170].

Isabel escribió indignada a su hermano; le afeó que la criticase por haber quebrantado sus promesas, «no haciendo memoria de las que á mí fueron juradas, y como todas aquellas me fueron quebrantadas: por manera que yo no era obligada á guardar nada de lo prometido». Su lista de quejas era larga y, en ciertos aspectos, fantasiosa. Aunque ella y Fernando habían mostrado intenciones pacíficas, Isabel sostenía que había sido desheredada sin poder defenderse y con la ayuda de nada menos que el «odioso y sospechoso» cardenal francés de Albi. Le recordó a Enrique que ciertos nobles (sin mencionar a Pacheco) habían protestado en secreto contra su juramento inicial de fidelidad a Juana. La idea de que la niña fuese hija legítima suya era una burda mentira. «Y si ella fué antes que nasciese ó después avida por fija suya generalmente, nin agora lo es, á los naturales destos regnos y de todos los comarcanos es manifiesto —escribió Isabel—. Por otras muchas aparencias y por testigos dignos de fe y por escrituras muy autenticas podia parecer lo contrario, y soy mucho maravillada porque en tan poco tiempo su merced aya querido mostrar tantas contrariedades —añadió—. Que grande infamia y vituperio es y será […] que vos den cobre por oro, y hiero por plata, y agena heredera por legítima sucesora.»[171] Sin embargo, los presuntos «testigos dignos de fe» y las escrituras pretendidamente auténticas de Isabel nunca salieron a la luz.

Isabel afirmaba haber heredado sus derechos de su hermano Alfonso. Entre las promesas incumplidas por Enrique figuraban que no hubiera pedido a las Cortes que prestasen juramento de fidelidad a Isabel, que no le hubieran entregado las tierras que le correspondían y que Enrique hubiera prometido divorciarse de la reina Juana y desterrarla. Isabel alegaba que no deseaba rebajarse a denunciar en detalle la vergonzosa conducta de Juana, al tiempo que afirmaba, falsamente, que podía mostrar la dispensa apostólica por su matrimonio con Fernando. Más importante aún, Enrique había tratado de ignorar la promesa de no obligarla a casarse. Uno de los motivos por los que había rechazado la propuesta de matrimonio del ya

maduro rey de Portugal era, según decía, que se habría convertido en madrastra de sus hijos adultos: «Porque si a todas las madrastras son odiosos los alnados y las nueras, quanto más lo fuera yo de quien tan gruesa herencia esperaba». En cuanto al candidato francés, era especialmente malo «por ser la nación francesa tan odiosa como siempre fue y es, a esta nuestra nación castellana», aducía, pasando por alto un largo historial de alianzas[172].

Con tantas promesas incumplidas, Isabel se había sentido libre de elegir a su marido, siguiendo el consejo de los nobles que le habían recomendado a Fernando. Según ella, su actuación había sido desinteresada porque su interés no era otro que el bien de Castilla. Insinuaba, además, que Fernando, por ser un Trastámara, debía ocupar el siguiente puesto en la línea de sucesión al trono después de ella. Isabel lo había elegido «por ser tan natural destos regnos [de Castilla] que si Dios de mí dispusiese alguna cosa, á él de derecho pertenescía la sucesión dellos, y por ser su edad conforme á la mía, y porque los regnos quel esperaba heredar, eran tan comarcanos y gratos á estos»[173].

Terminaba la carta con unas palabras que podían interpretarse como una advertencia o una amenaza: «Si asi continuades, y dello resultaren quemas y robos y muertes, Dios nuestro Señor lo demandará a los causadores y a vosotros como a consentidores de tan grande mal; el Príncipe mi Señor [Fernando] y yo y los que nos siguen y seguiran, seremos sin cargo, pues nos avemos sometido y sometemos a toda razón y justicia, como a todos es notorio y manifiesto». La carta fue ampliamente difundida por todo el reino. Clavaron un ejemplar en la puerta de la hermosa catedral gótica de Burgos, cuyas dos torres octogonales, decoradas con delicada tracería de piedra, se elevaban hacia el cielo. Burgos era el gran centro lanero de Castilla (y una de las ciudades que habían enviado representantes a la ceremonia del valle del Lozoya) y su imponente catedral rivalizaba incluso con las de París y Reims. La carta que clavaron a las puertas de la catedral era una exhibición de genio y mezclaba realidad con conjetura, fantasías y puras mentiras[174]. Sin embargo, también exponía los argumentos en los que Isabel se basaría

en el futuro para insistir en que era ella, y no Juana, la legítima heredera. Jamás renunciaría a ellos. Y que Dios la juzgara.

9

Los Borgia

Roma, 8 de agosto de 1471

Isabel y su esposo no eran los únicos españoles que intentaban situarse en los centros de poder de Europa. En Roma, en el verano de 1471, un avispado y acomodaticio cardenal valenciano llamado Rodrigo Borgia volvía a salirse con la suya. Aquel agosto fue elegido un nuevo Papa, Sixto IV, y en el cónclave que lo designó desempeñó un papel determinante el joven cardenal español. El papa Pablo II, famoso por sus intrigas y por su inmensa fortuna, había muerto dos semanas antes. Unos decían que había fallecido como consecuencia de un empacho de melón y otros afirmaban que había sufrido un ataque de corazón mientras lo sodomizaba uno de sus pajes. Sea como fuere, su muerte había sido una de las pocas noticias positivas que había recibido Isabel en Medina de Rioseco[175], donde estaba instalada con su esposo y su hija mientras Enrique IV se disponía a desheredarla. El anterior Papa había sido un firme aliado de Enrique, a quien había otorgado una dispensa para que Isabel pudiera casarse con Alfonso V de Portugal, pero no para que fuese legal su matrimonio con Fernando.

Rodrigo Borgia había sido ascendido al cardenalato a los veinticinco años por su tío, el papa español Calixto III, y el joven valenciano, aficionado a la buena vida, había demostrado con creces su astucia. Había disfrutado de los buenos y disolutos tiempos del papa Pablo II, pero sabía que soplaban vientos de austeridad que apuntaban hacia una figura de apariencia más

devota, el ostensiblemente piadoso monje franciscano Francesco della Rovere. Borgia se había comprometido en secreto a respaldar su candidatura al papado, aunque fingiera apoyar a un candidato diferente, hasta que su voto se convirtió en crucial, momento en el que cambió espectacularmente de bando. Por su temperamento, el nuevo Papa y el poderoso cardenal español podían parecer muy diferentes, pero tenían más en común de lo que saltaba a la vista. Sabían que lo más importante era estar en el bando ganador. Roma era un centro de poder, ambición y oportunidades. El Papa era el «Señor Supremo de Roma y de los Estados Pontificios», lo cual lo convertía en el monarca de un extenso territorio que abarcaba la cuarta parte de la península Itálica y que iba de costa a costa. Además, tenía las llaves del inmenso patrimonio de la Iglesia de Europa occidental. Las cincuenta y cuatro copas de plata llenas de perlas, junto con el oro, los diamantes y la plata que Borgia y los demás cardenales contemplaron en la sala del tesoro del castillo de Sant'Angelo, pocos días más tarde, eran prueba de ello[176]. El poder espiritual del Papa iba acompañado asimismo de poderes jurídicos extraordinarios. Era él quien presidía la Rota, el tribunal supremo en materia de derecho canónico, cuya jurisdicción se extendía a toda la cristiandad y que afectaba directamente a la vida de grandes y humildes, como muy bien sabía Isabel, que se había casado ilegalmente y que necesitaba una dispensa papal para corregir las mentiras que debilitaban su posición en Castilla.

Borgia era tan carismático como ambicioso. «Con solo mirar a las mujeres nobles, enciende en ellas el amor con maravilloso modo, y las atrae a sí con mayor fuerza que el imán atrae el hierro», escribió un observador contemporáneo. Los funcionarios de su corte afirmaban que era asimismo un hombre de «virilidad infinita». Un papa anterior, Pío II, se había sentido obligado a regañarle por los rumores de que él y otro cardenal habían asistido a una fiesta particularmente obscena en Siena. «Se nos dice que los bailes fueron lascivos y que las seducciones del amor no tuvieron límite y que tú mismo te comportaste como si fueras un vulgar joven mundano […].

Prohibisteis la entrada a los maridos, padres, hermanos y otros hombres que acompañaban a las jóvenes.»

Cuando Sixto IV fue coronado solemnemente, fue Rodrigo Borgia quien puso la tiara de Gregorio Magno en la cabeza del Papa, al que le recordó que era «el padre de los príncipes y los reyes, el gobernante del mundo, el vicario de nuestro Salvador Jesucristo en la Tierra» (aunque en la escandalosa Roma la solemnidad se viese empañada por el desenfreno de la multitud congregada en la plaza de San Juan de Letrán). Los cardenales que gozaban del favor del Papa sabían que dispondrían de unas riquezas y un poder inmensos. Para algunos, en realidad, su presencia en Roma no obedecía a otro fin. Borgia, cuya lealtad fue recompensada con el lucrativo obispado de Albano y la abadía de Subiaco, era el epítome de los codiciosos y mundanos traficantes de poder que engendraba el sistema. Como vicecanciller de la Santa Iglesia Romana desde 1457, ya era uno de los hombres más ricos y poderosos de Roma. «Su plato, sus perlas, sus ropas bordadas de seda y oro y sus libros de todos los ámbitos del saber son numerosísimos y magníficos todos», comentó el diarista romano Jacopo Gherardi da Volterra[177]. La palabra «nepotismo» (del latín *nepos*, «sobrino, descendiente») fue acuñada para describir el modo en que él y otros miembros de las familias de los papas fueron nombrados cardenales. Borgia era un «cardenal nepote», una categoría que había aparecido por primera vez en el siglo XI. Durante los dos siglos anteriores, casi todos los papas habían nombrado cardenal por lo menos a un sobrino u otro pariente cercano (y se creía que algunos «sobrinos» teóricos eran hijos ilegítimos). Varios papas, de hecho, habían sido cardenales nepotes. Borgia, que tenía cuarenta años, sabía que el papado estaba a su alcance, pero no tenía prisa. Para ser cardenal nepote no era necesaria la ordenación sacerdotal, que Borgia no recibió hasta doce años después de haber sido nombrado cardenal y diácono de la basílica romana de San Nicola in Carcere. Sin embargo, era un jurista y diplomático brillante. Y, además, algo fundamental para Isabel y su marido, español.

Los rumores acerca de las causas de la defunción de Pablo II eran casi con toda seguridad falsos, pero cuadraban con el ambiente de la época. Alfonso de Palencia había viajado a Roma en los primeros días del pontificado de Pablo II y había regresado asqueado; describió un panorama de corrupción y venalidad con su estilo habitual, desinhibido e hiperbólico. Es posible que le contara algunas de sus anécdotas a Isabel, que se indignaba a menudo con los acontecimientos de Roma. Pablo II, según Palencia, se pasaba el día contemplando los montones de monedas de oro y estatuas que había acumulado, sin que le importara la pureza moral de una Iglesia corrupta. Añadía Palencia que el Papa estaba más atento a celebrar espectáculos públicos que a corregir las costumbres. Organizaba «juegos escénicos a manera de las saturnales en que ganaban premios las rameras, los judíos y hasta los asnos que más corrían». En cierta ocasión, jóvenes desnudos corrieron por un campo de tierra que la lluvia había convertido en un cenagal, lo que les hacía resbalar y llegar a la meta cubiertos de barro, mientras los orondos cardenales y sus acompañantes, que habían dado buena cuenta de treinta bueyes, reían con alborozo[178].

Los cardenales habían multiplicado sus exhibiciones diarias de lujo con Pablo II, que les había ordenado que se vistiesen con túnicas de seda nuevas y birretes bordados de oro. «¿Y cuando se adopta esta extraña mudanza? —pregunta Palencia—. Precisamente en los dias en que menos debiera alardearse de todo vano ornato.» En tiempos de los últimos papas, la cristiandad había visto retroceder sus fronteras orientales en la misma medida en que se expandían los dominios de los turcos otomanos. Hacía solo dieciocho años de la caída de Constantinopla y los turcos ahora amenazaban con dirigirse hacia el norte y el oeste, adentrándose en el reino de Hungría. Para una castellana como Isabel, educada en la mentalidad de cruzada de un país que se encontraba en pleno frente de batalla contra los infieles, la decadencia de Roma explicaba que las fronteras de la cristiandad fuesen cada vez más reducidas. Palencia pintaba a los cardenales como Nerones que tocan la lira mientras arde Roma.

> Allá en tiempos en que casi el orbe entero obedecía la religion católica, los Prelados de la Iglesia llevaban decoroso atavío; y hoy, cuando toda el Asia, el Africa, y casi el tercio de Europa siguen la media luna; cuando el Gran Turco acosa a los católicos y cada dia los pone en más aprieto, y se hace temer hasta dentro de las murallas de Roma, varones ejemplares se abandonan al lujo, y cual señores del orbe, libres de todo cuidado, ocúpanse en los de un atavío escandaloso y se entregan a una disipación digna de todo vituperio[179].

Era un recordatorio del estado corrupto y lamentable del orbe cristiano y, para algunos, de la necesidad de nuevos líderes fuertes que pudieran revertir esa prolongada decadencia.

Con el apoyo de Rodrigo Borgia, el nuevo Papa se dispuso a unir la Europa cristiana para que pudiera defenderse y envió legados a negociar con los príncipes más poderosos de la época[180]. Fue fundamental que eligiese a Borgia como legado para España. Las simpatías naturales de Rodrigo debían de inclinarse por Aragón, su país natal, aunque Castilla fuera más poderosa. Borgia sabía que aquel tenía intereses importantes en Italia, tanto en Cerdeña y en Sicilia como en el extenso reino de Nápoles. Este último abarcaba la mitad de Italia situada justo al sur de los Estados Pontificios y sus soberanos eran una rama bastarda de la familia real de Aragón. Teniendo esto en cuenta, Sixto IV decidió apoyar a Isabel en lugar de a Enrique. En diciembre de 1471 firmó la dispensa para el matrimonio de Isabel, una decisión trascendental para la joven princesa, puesto que su hermanastro ya no podría acusarla de haber echado a perder para nada su virginidad y su honor[181]. Era un primer rayo de luz al final de lo que había sido un largo y oscuro túnel.

Con la ayuda de su suegro, Isabel luchó para retener a sus partidarios. Juan el Grande se había esforzado lo suyo por mantener de su parte al arzobispo Carrillo. Los dos ancianos compartían una visión similar del mundo y es fácil imaginarlos, a través de sus enviados, comentando en tono de desaprobación el comportamiento descarado e impetuoso de una generación a la que triplicaban en edad. Isabel había desairado públicamente al arzobispo de Toledo al trasladarse a tierras pertenecientes a la familia

materna de Fernando, pero, tras arduas negociaciones, accedieron a regresar a Dueñas a finales de 1471[182]. El nuevo compromiso estuvo a punto de caer al instante en saco roto después de que el supersticioso arzobispo sucumbiera al hechizo de un alquimista llamado Alarcón que afirmaba conocer el secreto de la piedra filosofal, la máxima recompensa que podía ofrecer la alquimia, que permitiría a su descubridor transmutar los metales en oro y plata e incluso curar todas las enfermedades y prolongar la vida.

El atrabiliario Palencia, que solía ser uno de los mayores aliados del arzobispo, afirmó que Alarcón había seducido a monjas, practicaba el incesto y era un polígamo que había dejado esposas en Sicilia, Chipre y Rodas, además de prometer a todos los que le prestaban dinero que compartiría con ellos el oro que pronto iba a producir. En realidad, decía Palencia, Alarcón había tendido una hábil trampa al arzobispo, cuya debilidad por la alquimia conocía muy bien. El pícaro hizo correr la voz de que temía que algún príncipe codicioso lo secuestrara para apoderarse del oro y de que creía que el único lugar en el que podría estar a salvo era en alguno de los lujosos palacios del arzobispo. El manirroto Carrillo quedó prendado de él. «Fue para el prelado el home mas acepto, mas amable y mas amado, despositario de toda la confianza», escribió Palencia, condenando sin paliativos la estupidez del arzobispo.

> No hay experimento positivo capaz de llevar el convencimiento de la verdad a la inteligencia de los atacados por esta enfermedad, pues en todas partes existen seres desdichados que en medio de su pobreza se creen poderosos soñando con futuros tesoros […]. En la falsa empresa iba disipando gran parte de sus cuantiosas rentas porque su natural largueza tocaba en prodigalidad con aquella esperanza [de un descubrimiento].

Palencia tenía razón al ver como un problema la prodigalidad de Carrillo. El caudal de dinero que entraba en su tesoro procedente de las tierras del arzobispado salía a un ritmo más rápido aún. Eso era lo que pasaba, comentó Juan de Lucena, un contemporáneo castellano, cuando «queriendo usar de tanta prodigalidat como reyes, por grande que sea la entrada, fazemos mayor la salida». El arzobispo se endeudaba cada vez más, convencido de las promesas de riqueza ilimitada que le hacía Alarcón y

consciente de que sus enormes deudas eran un problema tan grande para sus acreedores como para él. «Es tamaña nuestra ambicion que no contentos de nuestras rentas, pensando fazer el fierro oro, fazemos el oro fierro», dijo Lucena[183].

«Su exhausto tesoro [del arzobispo], sin embargo, no le permitía medir por su voluntad las crecidas sumas necesarias y asi hubo que recurrir a la princesa Doña Isabella, suplicándola que si en algo tenía los beneficios recibidos, se dignase conceder al alquimista [Alarcón] 500 florines aragoneses situados en las rentas de Sicilia», informó Palencia. Isabel cedió y, para contentar al arzobispo de Toledo, incluso permitió a Alarcón una audiencia diaria. Eso provocó duros enfrentamientos con fray Alonso de Burgos, el irascible confesor de Isabel. Ninguno de los dos sabía cómo retroceder y sus peleas se volvieron legendarias e incluso llegaron a la violencia[184].

No era de extrañar que a Isabel, que sentía una fuerte aversión por la brujería, la irritase la discordia que reinaba en casa del arzobispo, aunque fue la capacidad de fray Alonso a la hora de granjearse enemigos lo que acabó precipitando las cosas, cuando una reunión en la que tenían que limar asperezas estuvo a punto de terminar en desastre. «En Dueñas la princesa Doña Isabel miraba con malos ojos a los adictos al Arzobispo y a los contrarios de fray Alfonso, especialmente al mayordomo Pedro de Silva —escribe Palencia—, y como el Arzobispo lo llevase a mal y con ello aumentase el enojo de la Princesa, faltó poco para que de aquella junta saliese en vez de remedio mayor trastorno.»[185]

Mientras Enrique intentaba en vano ganarse al arzobispo, Juan el Grande enviaba sus representantes a ganar a otros nobles para la causa de Isabel y Fernando. Su objetivo principal era el poderoso clan de los Mendoza. Si los atraían, el equilibrio de poder se alteraría drásticamente. No hizo grandes progresos, pero una pequeña victoria en otro terreno sirvió para demostrar hasta qué punto podían cambiar las tornas. Cuando Enrique cedió a Pacheco los derechos reales sobre la localidad de Sepúlveda, lo que aumentaba aún más la riqueza de este, su decisión provocó una rebelión de los ciudadanos.

Fernando e Isabel enviaron un destacamento de lanceros, que fueron recibidos con gran júbilo y provocaron que Sepúlveda se declarase leal a Isabel. Los lugareños, de hecho, se habían rebelado contra la codicia de los nobles al ver que peligraban sus tradiciones. Era el reflejo de una rivalidad más amplia, entre los habitantes de las ciudades (o, a menudo, las oligarquías locales que las controlaban) y la nobleza. Un sentimiento de indignación parecido surgió entre los vascos, cuyos fueros locales estaba pisoteando el conde de Haro. Los vascos, además, veían con malos ojos el reciente acuerdo de Enrique con Francia[186]. Eran gente de frontera, que albergaba viejos odios y recuerdos de numerosas disputas fronterizas y de otra índole.

Cabe suponer que Isabel imploró la intervención divina para aliviar sus preocupaciones. Si fue así, pronto tuvo otras razones para estar agradecida a su Dios. Mientras Borgia se embarcaba hacia España, la muerte volvió a rescatarla. Ya la había liberado hacía tiempo de un posible marido indeseable —el hermano de Pacheco, Pedro Girón— y, más recientemente, le había brindado un Papa más favorable. Ahora la favorecía dejando caer su guadaña en Francia: el duque de Guyena murió en mayo de 1472, apenas dieciocho meses después del acuerdo del valle del Lozoya y antes de que hubiera logrado reunir el ejército que debía llevar a España. Juana la Beltraneja había perdido a su futuro esposo. Eso no alteraba su condición de heredera legítima, pero privaba a Enrique de un valioso aliado, ya que el interés de Francia por enviar un ejército para expulsar a Isabel se desvaneció[187].

Al cabo de unas semanas, Rodrigo Borgia llegó a Valencia. La ciudad portuaria se había enriquecido gracias al comercio mediterráneo. Dentro de sus murallas, albergaba palacios góticos impresionantes y una catedral magnífica, con una gran cúpula; pero casi nunca había presenciado la opulencia de que hizo gala el cardenal para impresionar a sus paisanos, hasta el punto de que el cronista de la ciudad se negaría a anotar cuánto se había gastado en fiestas «para no avergonzar a san Pedro»[188].

Borgia traía consigo un poder inmenso. Después de un mes de celebraciones partió hacia el norte, a Cataluña, donde se hallaba Fernando con su exultante padre, que estaba a punto de sofocar una rebelión que había durado muchísimos años, lo que permitió a Juan aumentar las rentas que su hijo percibía de Sicilia y ayudar así a aliviar la penuria de la joven pareja. El monarca también se sentía optimista en lo relativo a Castilla; creía que la posición de Isabel se estaba fortaleciendo y esperaban buenas noticias en breve. Fernando se reunió con Borgia a medio camino, en Tarragona, donde el cardenal español puso en sus manos el más precioso de los documentos: la bula papal que no solo permitía el matrimonio, sino que, en un añadido que confimaba la ilegalidad de lo que habían hecho Isabel y Fernando, los liberaba de toda amenaza de excomunión por haber quebrantado las leyes de la Iglesia. Parece que, en las reuniones con Fernando y su padre, Borgia prometió respaldar las aspiraciones de Isabel a la corona y, en especial, ayudarlos a atraerse a los Mendoza[189].

El cardenal comenzó su tarea con un hombre que no solo era un representante destacado de la familia, sino también el eslabón débil en su apoyo a Enrique: el obispo de Sigüenza, Pedro González de Mendoza. Escurridizo, arrogante y ambicioso, el obispo tenía los ojos puestos en su propio engrandecimiento. Quería lo que ya tenía Borgia: el capelo o galero, el sombrero de ala ancha y color rojo que llevaban los cardenales. Había frecuentado la corte de Enrique a la espera de que Pacheco cumpliera su promesa de hablarle en su favor al Papa precedente[190]. Sin embargo, el a la sazón pontífice prefería a Juan el Grande, de modo que el obispo de Sigüenza estaba dispuesto a cambiar de bando.

Fernando y Borgia acabaron reuniéndose con el obispo Mendoza en Valencia, una ciudad que se encontraba de fiesta casi permanente, primero en honor de Rodrigo Borgia y luego de Fernando, aunque el hundimiento de una tribuna durante una corrida hubiera deslucido las celebraciones. Cabe suponer que la ciudad les había dado la bienvenida con los sonoros despliegues de fuegos artificiales por los que ya entonces era famosa[191]. Mendoza trató de superarlos a su llegada con una espectacular procesión

precedida por dos africanos negros que tocaban unos tambores enormes y una ruidosa banda de trompeteros y más tamborileros. A cambio del capelo cardenalicio y de la promesa de Fernando de que su familia podría conservar las tierras castellanas que habían pertenecido a la rama aragonesa de los Trastámara, parece que el obispo les prometió en secreto la lealtad de los Mendoza a Isabel, por lo menos a la muerte de Enrique. Borgia, que estaba facultado para nombrar a dos cardenales españoles, también se cree que prometió que no daría el otro capelo al rival de toda la vida de los Mendoza, el arzobispo de Toledo. Mendoza comenzó a manifestar en público sus dudas sobre «si la princesa doña Juana era hija del rey, visto el disoluto vivir de la reina su madre»; los Mendoza, que habían cuidado de la reina durante su primer embarazo ilegítimo, probablemente sabían que volvía a estar embarazada de Pedro de Castilla[192].

Fueron días de vértigo en Valencia. La ciudad no tardó en volver a estar de celebración. Las campanas de la catedral repicaban por las noticias que habían llegado de Barcelona: después de una década de rebelión, los barceloneses reconocían de nuevo a Juan el Grande como su rey. Isabel estaba encantada, aunque la carta de felicitación que envió a su suegro revelaba que su idea acerca de la victoria entrañaba venganza y humillación; se alegraba «por la vengança que pueda por esta causa aver de todos aquellos que no quiren ni desean el próspero bien y acreciemiento de Vuestra Excelencia»[193].

La magnífica comitiva de Borgia, reforzada por el esplendor de los Mendoza, emprendió viaje hacia Madrid a finales de 1472. El arrogante arzobispo de Toledo, orgulloso y derrochador, no quiso ser menos y las repercusiones de la estancia de Borgia en su palacio de Alcalá de Henares se dejaron sentir a varios kilómetros de distancia; llevaron a Alcalá rebaños enteros de ovejas y bueyes para sacrificarlos y comérselos. Los pavos, los gansos y otras aves de corral llegaron en cantidades tales que Palencia bromeó diciendo que «apenas quedó gallo que no se mirase con espanto á la mañana solitario en los desiertos peldaños del gallinero». A Palencia le preocupaba que los catalanes y los valencianos que acompañaban a Borgia

se llevaran una mala impresión. «Todo a fin de que entre los catalanes, los más sobrios de los españoles, cundiese la fama de glotonería castellana», escribió[194].

Borgia alentaba a sus anfitriones a gastar alegremente. «No me detengo en referir todo aquello que el cardenal omitió o hizo contra lo exigido por la dignidad de su elevado cargo», escribió Palencia, antes de referirlo de todos modos. En primer lugar, destacaba «su afición al lujo y a otras desenfrenadas pasiones; la hinchada pompa en que se complacía y de que alardeaba». A Rodrigo Borgia le resultaba muy fácil recaudar grandes sumas; le bastaba con vender títulos, honores y la remisión de los pecados. «Sabían que los españoles, más aficionados al nombre que a la cualidad de las coasas, prodigaban gustosos el dinero por conseguir ambiciosos honores, y esta falsa liberalidad se encontraba en la curia romana», se quejaba Palencia. El dinero, no las reformas, era la prioridad de Borgia para alcanzar su objetivo principal de financiar una guerra contra los turcos. «Nada se negaba al dinero; con sacrificar una crecida suma se lograba cuanto apetecía, y su importancia era la medida para la remisión de pecados ó para la elevación á los honores menos mercidos. Los que fueron menos doctos recibían el título de doctores, desechado todo rigor de los exámenes.» Una bula típica de las que promulgaba Borgia prometía devolver al receptor «a la puresa e ynoçençia en que eras quando fuistes bautisado». Isabel fue una de sus compradoras[195].

Más importante aún, Borgia llegó con el cometido de solucionar la crisis hereditaria castellana, que amenazaba con mantener una parte importante de la cristiandad comprometida en una guerra civil en lugar de luchar contra la invasión musulmana. Logró convencer a Enrique para que lo nombrara mediador, pero chocó con dos escollos inamovibles. Uno era el arzobispo, que odiaba a los Mendoza y miraba con envidia al nuevo cardenal que había surgido de sus filas. La otra era la combinación de Isabel y Fernando, que no se fiaban ni de Pacheco, ni de quienes conspiraban continuamente para arrebatar el poder a la monarquía. Así que Borgia volvió a Roma cabizbajo.

No había conseguido resolver el problema, pero había contribuido de un modo fundamental a acercar a los Mendoza a Isabel[196].

Como la situación estaba estancada en Castilla, Isabel tenía pocos motivos para lamentarse de que Fernando corriese a ayudar a su padre, que tras su victoria en Cataluña intentaba recuperar los territorios fronterizos del Rosellón y la Cerdaña de manos de Francia. Por el contrario, animó a su maridov y hasta escribió al Consejo de Ciento de Barcelona que ella misma iría al Rosellón a ayudar a su suegro, de setenta y cuatro años, «habida cuenta de su edad». El ímpetu de la reina la ayudó a ganar partidarios en la ciudad portuaria catalana, que le escribió para agradecerle su entusiasmo. Cuando Fernando acudió al rescate de su padre en la ciudad de Perpiñán, sitiada por el ejército francés, este abandonó su propósito. «Es el comienzo de su imperio de las Españas», escribió un admirador[197], haciéndose eco de la creencia de que Fernando pronto reinaría tanto en Castilla como en Aragón.

El caos en Castilla iba en aumento, con «muertes, robos, quemas, injurias, asonadas, desafios, fuerças, juntamientos de gentes, roturas que cada dia se fazen abundanter», según Pulgar. En el sur de Andalucía prácticamente se desencadenó una guerra civil en la que los nobles luchaban entre sí por el poder y en todo el país se producían enfrentamientos parecidos. «No ay más Castilla; si no, más guerras auria.» Pulgar albergaba pocas esperanzas de cara al futuro y, al igual que otros castellanos, rezaba por que alguien salvara al país. «Si Dios *miraculose* no quisiesse reedificar este templo, tan destruydo [o sea, Castilla], no os ponga nadie esperança de remedio, si no de mucho peor *in dies*.» Los rumores acerca de terribles presagios continuaban extendiéndose. Se decía que dos lobos habían recorrido las calles de Sevilla para entrar en la iglesia de Santa Catalina, donde habían ensuciado con sus babas el hábito del sacerdote, antes de ser perseguidos y muertos a lanzadas. Aquello no auguraba nada bueno[198].

Palencia culpaba del caos a la debilidad del rey y a la intromisión de Pacheco, y así se lo dijo a Isabel cuando fue a Salamanca a informarlos a

ella y al arzobispo sobre la caótica situación que se vivía en Sevilla, donde nadie parecía tener el control de la urbe más poblada del reino de Castilla. «Comprendió la princesa la gravedad del caso», cuenta Palencia, quien de todos modos se sorprendió cuando Isabel le dijo que estaba dispuesta a ir a Sevilla sin Fernando para resolver los problemas de la ciudad. «No oculté yo las muchas incomodidades y obstáculos que tal resolución ofrecía, principalmente por ser impropia de la mujer la varonil actividad exigida por las circunstancias», escribió Palencia[199], que no estaba dispuesto a aceptar una realidad cada vez más evidente: que Isabel no consideraba necesario el apoyo de su marido y estaba perfectamente dispuesta a actuar por cuenta propia.

Entretanto, la situación entre el torticero Alarcón y el irascible fraile Alonso de Burgos llegó al límite. La arrogancia de Alarcón había chocado con una fuerza igual y de signo contrario en el temperamento irrefrenable de Burgos. Los encuentros de ambos pronto degeneraron en peleas a gritos. «Ardía el palacio en rencillas y murmuraciones de uno u otro bando», informó Palencia. Los llevaron en presencia de Isabel y allí se enzarzaron en una discusión tan violenta que comenzaron a pelearse a bastonazos. «Tan furiosamente se aporrearon que era imposible separarlos», escribió Palencia. Isabel y sus damas tuvieron que pedir ayuda y acudieron presurosos sus sirvientes, que separaron al hechicero y al fraile. Isabel estaba furiosa. «En cuanto la Princesa los vio desasidos, desahogó su reencontrada ira prohibiendo á fray Alonso la entrada en la cámara durante algunos días, y mandando arrojar á Alarcón del palacio», cuenta Palencia. El arzobispo se enfadó, pero tuvo que aceptarlo[200].

Las descripciones de Isabel que hace Palencia revelan el modo en que él mismo, el arzobispo y muchos otros veían ahora la relación entre la princesa y su marido. Palencia llama a Isabel «mujer del príncipe D. Fernando y legítima heredera de estos reinos». En otras palabras, era esposa primero y después heredera. En ausencia de Fernando, creían que seguiría el consejo de otros hombres; pero no parece que a su esposo eso le importara tanto. La familia real de Aragón tenía una larga tradición de

mujeres, especialmente esposas, que reemplazaban al monarca ausente y actuaban como sus representantes, o «lugartenientes generales», en algunos de sus distintos reinos. En su adolescencia, había visto a su extraordinaria madre, Juana Enríquez, ejercer el poder sin vacilaciones y con éxito como «reina lugarteniente» de su esposo en la conflictiva Cataluña. Ya debía de haberse dado cuenta de que Isabel era igualmente capaz de manejar sus asuntos sin él. Vino a confirmar la confianza de Fernando en su reparto de papeles un mensaje críptico que le envió su esposa aquel verano, en el que afirmaba que «todos los negocios de Castilla eran en manos de los príncipes». El príncipe, sin embargo, no tenía prisa por regresar. Planeó esperar hasta Navidad, pero a finales de noviembre le llegó la noticia de que se habían producido cambios radicales en Castilla[201].

En ausencia de Fernando, la situación de Isabel en Castilla comenzó a mejorar lentamente. La ciudad de Aranda de Duero le prestó juramento de lealtad e Isabel se instaló en ella un tiempo mientras avanzaban las negociaciones con un nuevo líder, Andrés de Cabrera, uno de los altos funcionarios de Enrique y antiguo encargado de los reales alcázares de Madrid y Segovia, lo que dejaba en sus manos las joyas y el tesoro de la corona, que primero había estado en Madrid y luego, a principios de 1471, fue trasladado a Segovia en una larga recua de mulas. La esposa de Cabrera, Beatriz de Bobadilla, era una de las damas de honor que habían abandonado a Isabel tan pronto como fue evidente que estaba a punto de casarse con Fernando. Sin embargo, su amistad se remontaba a muchos años atrás y se convirtió en el conducto por el cual Isabel logró un triunfo extraordinario, que golpeó a Pacheco y demostró que sabía aprovechar las ocasiones cuando las tenía a su alcance. Cabrera y Pacheco se habían peleado después de que Enrique pusiera al segundo al mando del alcázar de Madrid y, a continuación, ordenase lo mismo en Segovia. Acto seguido, Pacheco animó a los cristianos viejos de Segovia a atacar a los conversos, aparentemente para que Cabrera perdiera el control de la ciudad. Semejante enfrentamiento sembraría el caos y obligaría a Cabrera, que era un converso, a tomar partido; pero en su intento de aprovechar el agrio resentimiento de los

cristianos viejos como mecanismo para hacerse con el tesoro real, a Pacheco le salió el tiro por la culata: Cabrera ganó la partida y obligó a Pacheco a huir de Segovia en mayo de 1473[202].

Este enfrentamiento entre dos de los principales consejeros de Enrique era perfecto para Isabel, que llevaba casi un año entero cortejando a Cabrera y había mandado treinta y seis veces a su representante, Alfonso de Quintanilla, que cruzara las montañas que separaban Segovia de su base en Alcalá de Henares. A mediados de junio, Cabrera firmó una capitulación en la que se comprometía a mantener la ciudad (y el tesoro real) bajo su autoridad personal si Isabel y Enrique aceptaban reunirse en ella para negociar una reconciliación. También prometía explícitamente su apoyo a Isabel. Si Enrique no comparecía, Cabrera la serviría y la seguiría «con la dicha cibdad e alcázares della e con todo lo al que yo pudiere». En la práctica, Isabel acababa de hacerse con el valioso tesoro real de Castilla[203]. Enrique no tenía elección. Podía, o bien perder el tesoro y enfrentarse a una nueva revuelta de un sector importante de la nobleza, o bien seguirle el juego.

Tres días después de la Navidad de 1473, Isabel atravesó cabalgando la helada meseta desde Aranda de Duero hasta Segovia en compañía de Beatriz de Bobadilla. Fue un trayecto largo, agotador y frío. Habían pasado meses negociando y habían necesitado algunas adhesiones más a la causa de Isabel, pero al día siguiente se reuniría por fin con su hermanastro por primera vez en casi cinco años. Isabel encontró a Enrique encantado de verla, lo que demostraba una vez más su profunda aversión a los conflictos. Así se lo contó en una carta el arzobispo de Toledo a Juan el Grande:

> E después de comer vino a la ver en una sala donde la mandó servir e sacar lo más de las cosas que aquí tiene, e ovo muy gran plaser con su Señoría y fablaron mucho. E otro día vino a la veer e cenaron emtramos con gran servicio y plaser, e la señora Princesa dançó allí e el señor Rey cantó delante de ella, e estovieron en su gasajado gran parte de la noche, e dava gran priesa que el señor Príncipe viniese; e otro día siguiente después de comer, la levó por la cibdad porque todo el pueblo la viese, e la levava por la rienda. E desto va la nueva muy alegre por todo el reino.

Era la Nochevieja de 1473 y el pueblo recibió la noticia de que, por primera vez en siete años, la familia real de Castilla había sellado la paz[204].

Al día siguiente, Fernando, que se encontraba cerca de allí, fue invitado a la ciudad, y se sorprendió por la acogida que le dispensaron. Era la primera vez que veía al rey. Había habido «bona confederació e concòrdia», se jactó ante los concejos de Valencia y Barcelona. «El plaser que ovion fué muy grande e asi mismo todos. El señor Principe dançó en su presencia, de que ovo mucha alegría, que sería largo de contar», escribió el arzobispo[205]. Los primeros días de 1474 invitaron a los castellanos a imaginar una vez más que su futuro era la paz, no la guerra civil.

Isabel y su marido habían recibido consejos sobre cómo tratar con Enrique, empezando por su paladar. «Quando sera con sus privados y en su música, que lo dexen estar y no curar de ningunas faziendas —decían las instrucciones de uno de los aliados de su suegro, Vázquez de Acuña—, y como despare de ally, que le tengan su merendar presto, almojavanas de queso fresco, matyquillas y quesos de Buytrago, buñuelos y hojaldres y destas viandas tales, y con eso tenerlo an como querran.» A principios del nuevo año, los tres cabalgaron juntos por las calles de Segovia antes de ir a celebrar la Epifanía a casa de Cabrera, donde un mercader milanés quedó muy impresionado al ver que quien estaba al cargo de todo era una mujer, Beatriz de Bobadilla. La ubicación de los invitados había sido cuidadosamente establecida en función del rango, de modo que Enrique estaba situado en una tarima ligeramente más elevada que Isabel y Fernando. Cuando terminó la fiesta, se fueron a una sala aparte a escuchar música[206].

Durante el confuso período de negociaciones, durante el cual Isabel pareció estar a punto de recuperar la posición de heredera, el arzobispo de Toledo rompió por fin con la princesa y su marido. «El arzobispo no staba nin punto contento de los príncipes, antes el cardenal [Mendoza] staba metido en servicio dellos y ellos le davan de sí tan gran parte quanta él tomar quería, en manera que por todo se conoscía él gobernar a los dichos

senyores», nos informa una carta. Luego, en octubre, murió Pacheco, que dejó un vacío que resultaba imposible de llenar. Enrique IV había perdido a su mano derecha y amigo. «Fizo gran sentimiento de su muerte, mayor que nunca fizo de cosa», comentó un observador. Otros, en cambio, estaban encantados con el deceso. «¡Qué que tanta gargantería e hambre tuviste en este mundo, para abarcar señoríos!», escribió Del Castillo. Isabel vio un cambio histórico en la configuración del poder y envió una misiva a Fernando, que había regresado a Aragón. «La dicha serenissima princesa e otros que me scriven me dan gran priesa que yo vaya», le dijo a su padre en una carta fechada en Zaragoza en noviembre[207].

Palencia atribuyó al grandioso y poderoso alquimista Alarcón el comportamiento cada vez más errático del arzobispo, sobre todo después de que el primero se compinchara con otro farsante llamado Beato, a quien el primero afirmó haber visto levitar por los aires. Según Palencia, entre los dos embaucaban a jovenzuelas para que tomaran parte en misteriosas ceremonias de iniciación y el mismo Palencia observa que Alarcón, «con la confianza que le daba tan necia credulidad, había aumentado la demencia del Prelado, añadiendo patrañas á patrañas»[208].

Pronto hasta la muerte de Pacheco parecería un acontecimiento de escasa importancia. A la frágil salud de Enrique no la benefició en absoluto su abatimiento. El rey se refugió en los bosques de los alrededores de Madrid, adonde iba a cazar, sintiéndose como siempre a gusto con los animales salvajes y la naturaleza; pero estaba visiblemente agotado. Padecía intensos dolores de vientre, lo que dio pie al rumor de que lo estaban envenenando[209]. El 11 de diciembre de 1474, Enrique yacía en cama en el alcázar de Madrid y resultaba cada vez más evidente que se estaba muriendo. Se dice que sus confesores se le acercaron esperando que pronunciara el nombre de su heredera, pero, o bien Enrique no lo dijo, o bien, temiendo por sus vidas, los confesores se negaron a revelarlo. Según una versión sobre su muerte, Enrique le rogó a su médico que le concedieran más tiempo: «“¿Non podría bastar vuestro saber a me hazer

vevir dos horas?", y el físico le dixo que non podía hazerle vevir una». Al cabo de media hora, el rey expiró.

Sobre el papel al menos, la corona pertenecía ahora a la pequeña Juana, a la que los escépticos todavía se referían como «la hija de la reina» en vez de «la princesa». La ceremonia ante el cardenal de Albi en el valle del Lozoya lo había dejado meridianamente claro. El enorme y desaliñado cadáver de Enrique fue llevado sobre toscas tablas de madera, sin que se hiciera ningún intento de embalsamarlo. Incluso en su muerte consiguió evitar la pompa real que tanto le disgustaba en vida. El siempre rencoroso Palencia tacha su discreto funeral de «miserable y abyecto». El cuerpo, que fue exhumado para su estudio en el siglo XX, fue enterrado con su ropa de diario y polainas de cuero. La pelvis anormalmente ancha y el cráneo grande y redondeado confirmaron la rareza física de un rey amable cuya aversión a los conflictos y excesiva gentileza, por una cruel ironía, le habían convertido en un pésimo gobernante. Sin embargo, a pesar de tanta agitación y tantas quejas, la economía de Castilla había prosperado y en los ocho años anteriores se había evitado una guerra civil. Isabel había aprendido la lección. No compartía el carácter solemne ni la debilidad de Enrique por las medias tintas. Tampoco planeaba cometer los mismos errores[210].

10

Reina

Plaza Mayor de Segovia, 13 de diciembre de 1474

Isabel era la viva imagen del dolor. Al día siguiente de la muerte de su hermanastro, era ella el deudo más cercano en la catedral de Segovia, entonces situada justo delante del alcázar, en la ceremonia con que la ciudad conmemoraba el fallecimiento de un rey que había gobernado durante veinte años. Iba vestida de riguroso luto. Algunos dirían más tarde que lloró. Quizá Isabel derramara algunas lágrimas de genuino dolor. Ella y su hermanastro siempre habían disfrutado de la compañía del otro, aunque no hubieran tenido muchas oportunidades para ello. Sus recuerdos posteriores de los malos tratos recibidos en la corte se centraban en la reina Juana, no en el propio Enrique. Isabel «ove aquel enojo e sentimiento quel debdo a la rason quiere, porque non solo tenía a su señoría por hermano, mas en reputación de padre», comentó un observador[211].

La tristeza no le duró; tampoco el luto. En la Plaza Mayor de la ciudad erigieron a toda prisa un estrado. Al día siguiente, tras una nueva visita a la catedral, Isabel apareció sobre él con toda la pompa real. Palencia afirmó que se había cambiado al salir de la catedral y que había sustituido el negro luto por «riquísimo traje, y adornada con resplandecientes joyas de oro y piedras preciosas que realzaban su peregrina hermosura». Era evidente que se había ataviado para lograr el máximo efecto, para despertar la admiración que ahora necesitaba inspirar. Allí, delante de una muchedumbre de segovianos que desafiaban el frío de diciembre, fue

proclamada reina de Castilla. Juró proteger a su pueblo, respetar a la Iglesia y velar por la prosperidad de sus reinos. También se comprometió a respetar «los privilegios e libertades e esenciones que han e tienen los fijosdalgo e las cibdades y lugares», y a mantener unidos sus reinos y a su pueblo libre del yugo ajeno. Los audaces planes de Isabel para Castilla ya estaban revestidos de sus ropajes favoritos: el recurso a la tradición.

Al redoble de los tambores, sonaron trompetas, clarines y demás instrumentos[212]. Se alzaron pendones y banderas mientras resonaban gritos de «¡Castilla, Castilla, Castilla, por la reyna doña Isabel, e por el rey don Fernando, como su legítimo marido!». Fue entonces cuando Isabel sorprendió a algunos espectadores; recorrió las calles con sus vestiduras reales, precedida por algo que pocos podían haber imaginado. Así lo describió Palencia: «Iba delante un solo caballero, Gutierre de Cárdenas, que sostenía en la diestra una espada desnuda cogida por la punta, la empuñadura en alto, á la usanza española, para que, vista por todos, hasta los más distantes supieran que se aproximaba la que podría castigar á los culpados con autoridad Real. No faltaron algunos sujetos bien intencionados que murmurasen de lo insólito del hecho»[213].

La anhelante concurrencia también debió de hacer comentarios sobre el escaso número de grandes y obispos que habían asistido a un acontecimiento de tanta trascendencia. Aparte de Andrés de Cabrera —el hombre que tenía en sus manos el alcázar y el tesoro real— y de los funcionarios de la corte de Isabel, pocos eran los presentes. El asombro dio paso enseguida a las quejas de los tradicionalistas. Jamás ninguna mujer había asumido, no digamos ya exhibido, una autoridad tan absoluta o los símbolos de la violencia del Estado. Que Isabel lo hiciera estando casada, ignorando así la autoridad masculina de su marido, era aún peor. Les parecía «necio alarde en la mujer aquella ostentacion de los atributos del marido», dijo Palencia, que compartía sus preocupaciones[214]. Otros murmuraban sobre «algunas leyes que declaran acerca de las mugeres no aver lugar de juzgar», remachaba Valera.

Había otro problema aún mayor. Isabel no era la auténtica heredera de los reinos de Enrique. Dicho honor correspondía a Juana la Beltraneja, la joven de doce años a la que el rey había declarado, no hacía ni cuatro años, su «hija natural». Lo poco que sabemos acerca de sus últimas voluntades, aunque proceda de fuentes poco fiables y muy parciales, señala a Juana como la elegida. «En su lecho de muerte, el padre [Enrique] convocó a numerosos grandes y hombres de todas clases y, en su presencia, dispuso que era su última voluntad que su hija le sucediera en todos sus reinos», afirmó seis semanas más tarde Alfonso V de Portugal en una carta dirigida al rey Luis XI de Francia. Por su parte, el secretario real de Enrique, Juan de Oviedo, escribiría al cabo de cuatro meses que el rey, «aviéndose primeramente confesado, assí lo afirmó e certificó públicamente, e me dexó e estableció e instituyó por su fija única, legítima, natural, universal heredera e successora destos dichos mis reynos e señorios de Castilla e de León»[215].

Isabel se había enterado de la muerte de Enrique por un caballero llamado Rodrigo de Ulloa, que había cabalgado durante toda una gélida noche de diciembre para ir de Madrid a Segovia. Rodrigo le pidió, en nombre de la junta de nobles de Enrique, que no hiciera nada. No debía proclamarse reina, sino dejar que decidieran quién era el monarca legítimo; pero Enrique hacía tiempo que estaba enfermo e Isabel ya debía de haber preparado un plan. Sería la primera en mover ficha y lo haría de inmediato, con lo que pillaría a contrapié a los nobles de Enrique y a cualquiera que creyera que Juana la Beltraneja era la heredera legítima. (De hecho, parece que actuó con tanta precipitación que sus cronistas a sueldo se sintieron obligados a cambiar la fecha de la escena del duelo por su hermano en la catedral, un acontecimiento que, según los documentos del Archivo Municipal de Segovia, no se habría producido hasta varios días más tarde.) Después de la ceremonia de Segovia, Isabel escribió a las ciudades de Castilla como si no hubiera habido nada impropio en los juramentos y promesas que acababa de

recibir: «Reconosçiendo la fidelidad y lealtad que los dichos mis Reynos e la dicha cibdad me deven, como a su Reyna e señora natural e hermana, e legítima e universal heredera de dicho señor Rey, mi hermano, me dieron la obediencia e prometieron la fidelidad con las solemnidades e ceremonias acostumbradas, según las leyes de mi reyno lo disponen»[216]. Todo parecía sencillo y correcto.

Sin embargo, Isabel exigía ahora que las demás ciudades hicieran lo mismo: «Vos mando […] alcedes pendones por mí, reconosçiendome por vuestra Reyna y señor natural, e al muy alto e muy poderoso príncipe, el rey Don Fernando, mi señor, como a mi legítimo marido, con las solemnidades en tal caso acostumbrada». El mensaje estaba muy claro por lo que se refiere a Fernando: él era el rey consorte y ella, la soberana justa y legítima. Así lo la habían proclamado las gentes de Segovia. Las cartas de Isabel contenían una amenaza explícita: en ellas ordenaba a las ciudades y a los alcaides de las fortalezas que enviaran sus representantes a jurarle lealtad, porque «de otra guisa fesiendolo, yncurririades en las penas contenidas en las dichas leyes»[217].

Isabel era una usurpadora. Su proclamación era un ataque preventivo contra la legítima heredera que hacía inevitable la guerra civil. A pesar de la tensión y el caos que habían caracterizado a su reinado, Enrique había invertido considerables energías en evitar la guerra, pero Isabel debió de constatar que esta era ya ineludible y sabía que necesitaba actuar con presteza para consolidar su autoridad sobre la máxima extensión posible del país. Una Castilla inestable volvería a ser un premio en el inmenso tablero de juego de la política europea y sus vecinos —Francia, Portugal y Aragón — intentarían hacerse con el corazón demográfico y el motor económico de la Península. La ausencia de los grandes y de los prelados más ilustres en la proclamación de Isabel era una señal de debilidad, y Juana la Beltraneja estaba ahora en manos del hijo de Pacheco, Diego López Pacheco, que era el nuevo cabeza de familia, que había heredado la afición de su padre por las intrigas y que ya estaba reforzando sus castillos y fortalezas[218]. La rival

de Isabel era aún demasiado joven para ejercer la autoridad por cuenta propia.

Ninguna ausencia en Segovia fue tan evidente como la del marido de Isabel. Fernando se encontraba en Zaragoza, tratando de enderezar la desastrosa campaña de los aragoneses contra los franceses en el Rosellón. Palencia, que se enteraría por otros de los detalles de la proclamación de Isabel, estaba con Fernando para interceder por uno de sus clientes, el duque de Medina Sidonia, que quería ser el nuevo maestre de la orden de Santiago. La autodesignación de Isabel como reina y de su marido como rey consorte hacía inevitable el choque con los que creían que sería Fernando, y no ella, quien gobernaría Castilla. Entre ellos estaba el poderoso y conflictivo arzobispo de Toledo, que seguía quejándose de que Isabel lo había tratado mal[219]. Cinco años antes, como princesa, había utilizado su autoproclamada independencia para elegir esposo. Ahora, como reina usurpadora, tenía que asegurarse de que su marido se mantuviera a su lado, que los nobles, los obispos y las ciudades la apoyaran y que su independencia no se desvaneciera de pronto.

11

¡Y rey!

Zaragoza, 14 de diciembre de 1474

Gonzalo Albornoz se arrojó a los pies de Fernando en su palacio de Zaragoza, le tomó la mano derecha y le dio la gran noticia: «Esta mano que siempre fué deber mío besar, quiere la razón que hoy la bese una y cien veces, porque es ya la de mi Rey y Señor»[220]. Fernando se sorprendió por la aparición abrupta y teatral del caballero castellano, al que todavía se le notaba la celeridad con que había acudido cabalgando desde Madrid. «"¿Luego ha muerto el Rey?" "Las cartas os lo dirán, ilustrísimo Monarca", replicó Albornoz», y le entregó el mensaje que le había dado su amo, el arzobispo de Toledo. Alfonso de Palencia presenció la escena y dijo que Fernando reaccionó con una mezcla de tristeza y alivio ante la muerte de un hombre al que consideraba enemigo suyo y de su padre.

Sin embargo, a Fernando le molestó que el mensajero que llevaba tales noticias históricas hubiera ido de parte del arzobispo y no de su esposa. «Me manifestó su extrañeza por no haber recibido carta alguna de Doña Isabel sobre asunto tan importante», comentó Palencia. Fernando tuvo que esperar tres días antes de recibir una misiva de Isabel. Palencia relató su escueto contenido: «Decía que no sería inútil la presencia del Príncipe, pero que debería obrar como mejor le pareciera, atendidas las circustancias, pues ella no conocía bastante el estado de las cosas de Aragón». La carta le invitaba, aunque sin gran entusiasmo, a reunirse con ella, o así lo creyeron en Zaragoza, pero también tenía en cuenta la posibilidad de que Fernando

tuviera que salvar primero su futuro reino antes de ocuparse del de Isabel. Esta sabía que los franceses estaban atacando con fuerza y que la situación del Rosellón iba de mal en peor. En cuanto llegó la carta de su esposa, Fernando dio sus últimas instrucciones sobre lo que debía hacerse para salvar el Rosellón y emprendió el largo camino hacia Segovia en medio de un frío aguacero[221].

En el nido de víboras que era la sucesión al trono de Castilla, Fernando era uno de los mayores rivales de su esposa. Por un lado, podía aspirar a ser gobernante *de facto* si creía que el sexo de su esposa la incapacitaba para gobernar. La historia de Castilla, según le insistían sus consejeros, demostraba que el gobierno era asunto del marido. Isabel ya había reconocido que Fernando también podía reclamar directamente el trono por ser uno de los varones principales de la familia Trastámara, aunque se encontrara justo por detrás de su esposa en la línea de sucesión. Otros consideraban al rey Juan el Grande de Aragón como el principal representante masculino de la dinastía y justo heredero, con un hijo que podía gobernar en su nombre. Fuera como fuese, eran muchos los que suponían que Fernando reinaría en Castilla, incluidos su padre, el arzobispo de Toledo y Palencia. Este último ya había visto los acontecimientos de Segovia con profunda desconfianza. Isabel estaba recibiendo «mal acuerdo de sus consejeros, deseosos, según habían empezado a tramar en los primeros dias del matrimonio, de que la Reina tuviese el primer lugar en la gobernación del reino». Palencia veía con claridad meridiana lo que tendría que haber ocurrido: «Muerto don Enrique, á quien por derecho hereditario de marido de la reina Doña Isabella sucedió en los reinos de León y Castilla el ínclito príncipe de Aragón don Fernando»[222].

Fernando parecía estar de acuerdo, aunque las capitulaciones matrimoniales que había firmado dijesen algo muy diferente. La tardanza de su esposa en escribirle ya había molestado al joven príncipe. Algunos de los que rodeaban a Fernando se sintieron aún más inquietos, sobre todo cuando se enteraron de que Isabel había desfilado por las calles de Segovia precedida por la espada real. «Como ya nos había causado pésimo efecto, lo

lamentamos, seguros de que había de producir futuras rivalidades», comentó Palencia. El propio consejero de Fernando, Alfonso de la Caballería, advirtió a Juan el Grande de que el problema amenazaba con ir a más. «La primer [cosa] es que vós, Senyor, interposéys vuestras veces con su Alteza y con la senyora reyna, su muger enamorándolos de la unión y concordia dellos, sus beneficios que de aquesto resultan. Conminando y reprobando la discordia y differencias dentre ellos, los danyos inconvenientes que desto les podria seguir.»[223] Ya hacía tiempo que se habían plantado las semillas de la discordia, pero esta había quedado neutralizada por los esfuerzos de la joven pareja por sobrevivir en sus primeros años de matrimonio. Ahora que el premio estaba al alcance, afloraba a la superficie.

Al cabo de tres días, en Calatayud, camino de Castilla, los mensajeros de Isabel entregaron a Fernando una carta más larga que relataba con todo detalle las ceremonias de Segovia. Palencia afirma que Fernando se mostró conmocionado al leer la confirmación de que su esposa había desfilado por las calles de la ciudad con la espada real delante de ella, atribuyéndose así el derecho a impartir justicia mediante la violencia, y dijo, dirigiéndose a su consejero y a Palencia:

> Quisiera que Alfonso de la Caballería, como jurisconsulto, y tú Palencia, que leíste tantas historias, me dijeseis si hay en la antigüedad algún antecedente de una Reina que se haya hecho preceder de ese símbolo, amenaza de castigo para sus vasallos. Todos sabemos que se concedió á los Reyes; pero nunca supe de Reina que hubiese usurpado este varonil atributo. Acaso estoy ignorante de estas cosas por haber visto poco y leído menos.

Palencia le dijo a Fernando que Isabel había actuado en contra de la tradición castellana. «El joven Monarca se maravilló una y otra vez de la insólita acción»[224], insistió Palencia, preocupado por que eso proporcionara a los grandes munición para causar problemas.

No todo el mundo pensaba como Palencia. Martín de Córdoba, un distinguido fraile agustino, estaba en desacuerdo. En un libro que escribió para guiar a Isabel en el ejercicio de la autoridad, *Jardín de nobles doncellas*, afirmó que los ignorantes o desconocedores de la historia «avían

a mal guando algún reino o otra policía viene a regimiento de mugeres; pero yo, como abaxo diré, soy de contraria opinión […]. Pues que en el antiguo siglo las mugeres hallaron tantas industrias e artes, especialmente las letras, ¿por qué agora, en este nuestro siglo, las fembras no se dan al estudio de artes liberales e de otras ciencias, antes, parece como les sea vedado?»[225].

Fernando no pasó las Navidades con su esposa. Fue avanzando lentamente en medio de un frío invernal en dirección a Segovia, con un séquito cada vez mayor. El día de Navidad le sorprendió en Almazán, una localidad que estaba en manos de los Mendoza. Fernando parecía decidido a deslumbrar, pero necesitado de tiempo para reflexionar sobre la nueva situación. Palencia le envenenaba el oído. «La mayor parte de aquel día [de Navidad] empleó en hablar en secreto conmigo, pues el desarrollo de los sucesos le había hecho prestar mayor atención á mis repetidas amonestaciones encaminadas a declarar los muchos peligros á que se exponían sus mas íntimos por causa de los pérfidos consejos de los aduladores de la Reina, germen seguro de intestinas discordias», escribió[226].

El arzobispo Carrillo también hurgaba en el avispero de la discordia conyugal. A su llegada a Segovia, había exigido las mejores habitaciones del palacio y jurado lealtad a Isabel. Sin embargo, no ocultaba que su plan era seguir al rey, no a la reina, de lo que Palencia culpaba al cardenal Mendoza, el gran rival del arzobispo y por entonces uno de los más importantes consejeros de Isabel, mientras que «varios de los principales caballeros no cesaban de fomentar en el ánimo mujeril de la Reina la petulancia que habían empezado á infundirla». Mientras Fernando se dirigía a Segovia, el cardenal y sus hermanos ya habían sellado una alianza de nobles que se comprometían a proteger el supuesto derecho de Isabel al trono. Apoyarían a la reina, «nuestra Señora doña Isabel, como á Reina y Señora natural nuestra é de aquestos regnos, con el Rey don Fernando, su legítimo marido, nuestro Señor». Una vez más, lo colocaban en segundo lugar como consorte. El clan de los Mendoza se ponía a las órdenes de Isabel, a quien le recordaban que «Su Alteza debe ordenarnos que hagamos

lo que mejor le sirva». Palencia explicó que el temor al yugo aragonés se había extendido rápidamente por la corte castellana: «Movieron tales razones el animo de la Reina, al fin mujer, y en seguida hicieron mudar de opinión a muchos, antes muy contrarios a la arrogancia y prepotencia de Doña Isabel»[227].

Los aragoneses, por su parte, no disimulaban su alegría por haber conquistado Castilla sin derramamiento de sangre y se referían a «la benaurada successió nostra en aquestes nostres Regnes». La ciudad de Barcelona, por ejemplo, escribió para felicitar a Isabel, pero mencionándola en segundo lugar, por detrás de su marido, como herederos de Enrique, con la fórmula «el dicho señor rey [Fernando] y vos». En otra misiva, los funcionarios aragoneses no mencionaban en absoluto a Isabel, sino que se referían a Fernando como «successor del regne de Castella». Y su padre anunció que la sucesión de Castilla «és venguda al dit illustríssimo princep»[228].

Fernando tardó otra semana en llegar a Turégano, a solo dos leguas (es decir, dos horas a caballo) de Segovia. Era la víspera de Año Nuevo, y Segovia estaba atareada con los preparativos para la celebración. Pidieron a Fernando que esperara antes de entrar en la ciudad. Mientras tanto, un reguero de magnates salía de Segovia para visitarlo. El 2 de enero de 1475, el marido de Isabel hizo su entrada solemne en la ciudad. Los asistentes tenían motivos para creer que la relación entre Isabel y Fernando era totalmente armoniosa, en vista de la impresionante recepción que organizaron la ciudad y ella para su esposo. Los nobles que se habían reunido en Segovia lo esperaban fuera de las murallas. Fernando llevaba un largo manto negro, en señal de luto por Enrique, que se quitó con gran ceremonia para revelar un vistoso traje de hilo de oro forrado de pieles de marta. Entró bajo palio por la puerta de San Martín y allí juró respetar los privilegios y los derechos de la ciudad. Una procesión a la luz de las antorchas lo acompañó por la oscuridad del crepúsculo hasta la catedral para pronunciar sus plegarias y juramentos. No fue hasta ese momento cuando se dirigió al encuentro de Isabel, que lo esperaba en el patio exterior

del alcázar[229]. Mucho había cambiado la situación desde la última vez que se habían visto, ocho meses antes. Ahora, en vez de luchar contra la adversidad juntos, tenían que enfrentarse el uno a la otra. Castilla y los nobles reunidos en Segovia querían saber cómo planeaban gobernar un reino que Isabel reclamaba para sí.

Mientras los cortesanos de ambos lados intrigaban y discutían, Isabel y Fernando mantenían la calma. Él creía que una generosa dosis de amor conyugal ablandaría a su esposa y a los que pensaban que estaba siendo demasiado amable les pidió que esperasen. «Él respondía que confiaba más en vencer con aquella paciencia, y que estaba seguro de conseguir el triunfo satisfaciendo asiduamente las exigencias del amor conyugal, con lo que sin dificultad ablandaría la dura intransigencia que habían infundido hombres malvados en el ánimo de la mujer», escribió Palencia. Después de la fiesta que siguió a la proclamación de Fernando como rey, la joven pareja se escabulló[230].

Palencia estaba tan disgustado que se marchó, maldiciendo el orgullo de Isabel. Incluso el arzobispo de Toledo, ahora totalmente hechizado por Alarcón, le pareció que se había vuelto loco. Lo cierto es que la situación fue resuelta con facilidad. Fernando aceptó que el arzobispo, un tradicionalista, y Mendoza, un partidario de Isabel, fueran los árbitros. Los dos rivales hicieron su trabajo con eficacia. En un plazo de dos semanas, se redactó y se firmó una concordia. No difería mucho de las capitulaciones matrimoniales firmadas en Cervera en 1469, aunque hiciera algunas concesiones a Fernando. Como «legítima sucesora y propietaria de estos reinos», Isabel recibiría los juramentos de fidelidad, nombraría los cargos públicos (aunque ambos podían nombrar corregidores, es decir, representantes del poder real en las ciudades), otorgaría beneficios y emplearía las rentas de Castilla para pagar los gastos de su administración. El nombre de Fernando iría en primer lugar en los documentos y monedas en que figurasen ambos, pero las armas de Castilla tendrían precedencia sobre las de Aragón. Ambos podrían administrar justicia, juntos o por separado. Pulgar sostiene que Isabel convenció a su esposo con el

argumento de que, si insistía en que solo los hombres podían heredar la corona, colocaría a la única hija que tenían, Isabel, en una situación en que a ella también le impedirían gobernar. Afirma, además, Pulgar que los dos monarcas se daban cuenta de que gran parte de los consejos que recibían eran interesados y que ya habían decidido no permitir que los grandes los dividieran. Un compromiso fundamental, que respetarían en líneas generales en el transcurso de los años, se convertiría en la base de su acuerdo para repartirse el poder; nunca, aunque estuvieran separados, anularían lo que hubiera decidido el otro[231]. Se forjaba así una alianza excepcional entre dos personas que no solo eran marido y mujer, sino también socios políticos que representaban sus propios intereses. Todo dependería de cómo funcionara este acuerdo en la práctica y de cómo se comportaran ambos.

La concordia era una victoria de los castellanos sobre quienes pretendían que Isabel se mantuviera en un segundo plano mientras gobernaba Fernando; pero eso no significa que Fernando estuviera insatisfecho. No pretendía alcanzar la unidad completa de los reinos de sus dos dinastías, sino que esperaba, entre otras cosas, obtener ventajas para la Corona de Aragón, que era la de su familia, y sobre todo para sus descendientes. Uno de sus objetivos más inmediatos era reclutar un ejército en Castilla que pudiera acudir al rescate de su padre —y de su futuro reino— en el Rosellón. A los tres días, los castellanos ya se habían comprometido a enviar dos mil lanzas. Además, según Pulgar, Fernando tenía plena confianza en la capacidad de Isabel de gobernar sin él[232].

Los jóvenes monarcas podían sentirse satisfechos con sus logros de ese primer mes. La mayoría de los antiguos partidarios de Isabel se habían mantenido fieles. Se les habían unido los Mendoza, junto con otros nobles que les prometieron fidelidad en las semanas posteriores a la rápida proclamación de Isabel[233]. Sin embargo, la familia Pacheco y muchos otros grandes no les habían apoyado. Más importante aún, Juana la Beltraneja tenía todo el derecho a reclamar el trono. Aún era demasiado

joven para actuar por cuenta propia, pero solo era cuestión de tiempo que alguien abrazara su causa.

12

Nubarrones de guerra

Segovia, marzo de 1475

El arzobispo de Toledo estaba furioso. Aunque hubiera ocupado los mejores aposentos del alcázar de Segovia y hubiera desempeñado un papel importante en la consecución de la concordia entre Isabel y Fernando sobre cómo gobernarían, la nueva situación le desquiciaba. Isabel no le mostraba la debida cortesía. De hecho, opinaba que era francamente grosera. Había pasado años trabajando para la causa de Aragón y su intervención había sido indispensable para llevar a Fernando al lado de Isabel. La princesa y su marido habían jurado obedecerle y no nombrar a nadie sin consultárselo primero. A pesar de que su lealtad había vacilado hacia el final del reinado de Enrique IV, creía tener todo el derecho a esperar que lo convirtieran en el nuevo privado real, sucesor de figuras como Juan Pacheco y Álvaro de Luna, que habían gobernado Castilla durante buena parte de los cincuenta años anteriores. Sin embargo, Isabel no quería un privado y Fernando, tampoco. Al contrario, la aversión de Isabel por el arzobispo y su grotesca corte de hechiceros y farsantes crecía de día en día. «Solo se le oía quejarse frecuentemene de la ingratitud de la Reina al dar la preferencia á enemigos ciertos sobre amigos mucho más seguros», escribió Palencia[234].

Isabel estaba satisfecha de sí misma. Su marido había firmado una concordia que contentaba a los castellanos. Su estrategia, ya evidente en su enlace con Fernando, de actuar con audacia y obligar a los demás a enfrentarse a hechos consumados parecía dar sus frutos. Se habían adherido

a su causa nobles suficientes para consolidar su usurpación, al menos por el momento. Para desalojar a Isabel del trono se necesitaría una cantidad considerable de fuerza y dinero. Amanecía una nueva era en que la vacilante autoridad real de su hermanastro daría paso a algo mucho más potente: una monarquía autoritaria y semiabsolutista en la que la nueva reina y su marido podrían gobernar con una interferencia mínima por parte de los nobles, la Iglesia o cualquier otra persona. Los grandes y otros oligarcas eran necesarios para ayudarles a gobernar sus reinos y mantener el orden social existente y sus jerarquías, pero debían saber qué posición ocupaban. Fernando era el mayor aliado de su esposa en esta estrategia, aunque estuviera muy alejada de la tradición aragonesa y su complejo reparto del poder entre la corona y los distintos reinos y ciudades, que tan irritante le resultaba (como había puesto de manifiesto con una serie de ejecuciones sumarias que había ordenado en Zaragoza y Valencia sin consultar a las autoridades locales, lo que había despertado las iras de los burgueses). Fernando estaba de acuerdo en que también en Castilla era preferible una monarquía más fuerte y autoritaria que concentrase el poder en la corte real. Entre quienes jaleaban la mano dura de Isabel y su nuevo estilo de gobierno estaba fray Torquemada, el influyente prior cuyo monasterio de Santa Cruz se encontraba justo delante de las murallas de Segovia. En un memorándum en el que describía los males de Castilla, la invitaba a corregir los numerosos errores del gobierno en un reino que estaba dirigido por funcionarios ineficientes y avaros, donde imperaba la simonía eclesiástica y donde no se mantenía a raya a judíos y musulmanes. Sin embargo, muchos de los grandes potentados feudales tenían puntos de vista diametralmente opuestos y se consideraban con derecho a participar en el gobierno del reino. Si Isabel creía que aceptarían el cambio sin luchar, se equivocaba. El grandilocuente, altivo y belicoso arzobispo de Toledo albergaba fantasías extravagantes de vida eterna y riquezas infinitas. Era imposible que aceptara que lo degradasen a la condición de mero actor secundario en la política castellana[235].

El arzobispo Carrillo estaba furioso y no lo disimulaba. Había exigido siete de los cargos más importantes de la corte para él y su familia. Cada vez detestaba más a Isabel y le repetía constantemente a Fernando lo maravilloso e inteligente que era el hechicero Alarcón. «Se le suponía muy a devoción del Rey y partidario resuelto de su causa —escribió Palencia—. Pero en su seno abrigaba el virulento rencor inspirado por el pérfido Alarcón.» El apoyo del arzobispo a Isabel se remontaba a los primeros días tras la muerte de su hermano Alfonso y era él quien había llevado de las riendas a la mula que la conducía a la histórica entrevista con Enrique en los toros de Guisando. Quizá Isabel le conociera demasiado bien y se hubiera cansado de sus cambios de humor, excentricidades y misoginia, o acaso desconfiaba de él después de sus recientes fracasos. Sea como fuere, no era el momento de apartar de su lado a uno de los hombres más poderosos del reino. El éxito inicial de Isabel tenía los pies de barro. Había que consolidarlo con urgencia[236].

Isabel y Fernando, impulsados por una impetuosa audacia, pasaron las primeras semanas de su reinado celebrando con juvenil entusiasmo sus primeros triunfos. Fernando escribió cartas optimistas a Aragón en las que afirmaba que todo el reino los apoyaba y que solo era cuestión de tiempo que el ejército de Castilla compareciera y pusiera en fuga a los franceses. Isabel parecía no darse cuenta de la gravedad de la amenaza que suponían ella y su marido para una serie de personajes importantes, entre los que figuraban los reyes de Portugal y de Francia, que ahora se enfrentaban a una alianza entre las dos mitades de España que reforzaba su poder en las fronteras con ambos países. También se sentían amenazados los que más se habían beneficiado de la frágil monarquía de Enrique, sobre todo la familia Pacheco. Por último, pero no por ello menos importante, había una niña de doce años que la nobleza del país había acatado como heredera y que se encontraba en manos de los Pacheco[237].

El triunfo reciente de Fernando en Perpiñán parecía indicar que la combinación del poder de Castilla y Aragón suponía el surgimiento de un nuevo y poderoso actor en Europa. Enviaron cartas amenazantes al rey de

Portugal en las que le advertían de que provocaría las iras de ambas coronas si declaraba su apoyo a la causa de su sobrina Juana la Beltraneja. Sin embargo, la fantasía de la joven pareja de una alianza castellano-aragonesa que haría temblar a otros monarcas europeos se estrelló enseguida contra la dura realidad, con efectos devastadores. En febrero, los catalanes informaron de que, si no «despertaba la potencia del reino de Castilla», tendrían que volver a ceder Perpiñán a los franceses. A principios de marzo Fernando se vio obligado a decirles que las arcas reales estaban vacías y que Castilla era demasiado pobre para ayudarlos. El 10 de marzo de 1475 caía Perpiñán[238]. Cataluña estaba convencida de que era solo cuestión de tiempo antes de que terminara bajo el yugo francés. Fue un duro golpe para Isabel y su marido, solo tres meses después de que ella hubiera reclamado para sí la corona.

Solo una combinación de ingenuidad y arrogancia puede explicar por qué Isabel y sus consejeros no lograron detectar la velocidad a la que estaban forjando una alianza potencialmente devastadora sus enemigos y algunos a quienes ella consideraba amigos. Apenas dos semanas después de que Isabel se hubiera proclamado reina, y antes incluso de que Fernando llegara a Segovia, el rey de Portugal había comenzado a instar a otros a reconocer el «claro derecho» de la mujer a la que Enrique había declarado su heredera legal, Juana la Beltraneja. «Consideramos que la Reina doña Johana su fija nuestra sobrina, é toda su honra é estado fuera agora mas que nunca á nos otorgado, é nos obligado á le dar toda ayuda é favor á nos posible», escribió a Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz. El marqués era uno de los dos nobles (el otro era el duque de Medina Sidonia) que se habían enfrentado por el control de la rica Sevilla y su comarca, una zona donde la autoridad real prácticamente se había desintegrado mucho antes. Decía asimismo el rey de Portugal:

> Avemos por sin dubda que todos sus subditos que de la lealtad á que obligados son, quesieren usar, deben á ella conoscer é obedescer por Reina é á otra alguna persona non; quanto mas que sobre todo el Rey su padre, á la hora de su fallecimiento, presentes algunos Grandes de sus regnos é otros muchos que de presente estaban, la pronunció é declaró por su verdadera heredera é

subcesora de sus regnos como su legítima é natural fija encomendando á ellos que así la obedeciesen[239].

Una dinámica muy diferente a la imaginada por Isabel y su marido estaba empezando a remodelar Europa. El ambicioso Luis XI, apodado «la Araña Universal» por la forma en que cubría con su extensa telaraña el continente, se había visto rodeado por una serie de alianzas entre sus vecinos de Aragón, Inglaterra, Borgoña y Bretaña. Era probable que la nueva alianza de Castilla con Aragón lograse acorralarlo aún más, pero la reconquista de Perpiñán demostró que lo que algunos han calificado de Gran Alianza Occidental tenía los pies de barro y poco después el resto de sus integrantes habían firmado tratados de paz con él. Isabel parecía cada vez más aislada y Alfonso V decidió que Castilla, en las circunstancias adecuadas, estaba al alcance de Portugal. Tenía la excusa a punto, ya que los argumentos en los que se basaba Isabel para reclamar el trono eran discutibles, en el mejor de los casos. La insistencia de Alfonso en que Enrique, en su lecho de muerte, había proclamado heredera a Juana la Beltraneja se basaba también, casi con toda seguridad, en una mentira sin pruebas documentales que la corroborasen, pero no afectaba en lo esencial a una reivindicación más que justa[240]. Todo lo que necesitaba era suficiente apoyo tanto dentro como fuera de Castilla.

Dicho apoyo ya estaba tomando forma. Alfonso V, apodado «el Africano» después de haber ampliado los dominios de Portugal hasta Tánger y Arcila, en lo que hoy es Marruecos, había empezado a sondear a los nobles castellanos y al rey de Francia casi tan pronto como Isabel se había proclamado reina. El noble más poderoso del reino, López Pacheco, no había ido a Segovia a besar la mano de los nuevos monarcas. Además, la heredera legítima estaba en su poder. No tardó en conspirar con Alfonso, pero, hábilmente, también presionó a Isabel y a Fernando para que le permitieran dirigir la orden militar de Santiago, como si aún pudieran ganarlo para su causa. Mientras el segundo noble más poderoso, el arzobispo de Toledo, permaneciera al lado de la nueva reina, las intrigas de

López Pacheco con el rey portugués serían insuficientes. El arzobispo Carrillo lo sabía y, herido en su amor propio, decidió demostrarlo abandonando a Isabel de forma pública y notoria. Juan el Grande envió un representante con instrucciones para hacerlo volver a su lado. «Certificaba con este caballero que diversas veces había exhortado y encargado al rey su hijo que acordase que solo el arzobispo de Toledo con su autoridad y valor y gran prudencia y aun con su poder les había sustentado en Castilla a él y a la reina su mujer», cuenta Zurita. Sin embargo, el arzobispo dijo que había interceptado una carta que demostraba que alguien de la corte de Isabel planeaba asesinarlo. Los jóvenes monarcas, sobre todo Isabel, no les trataban a él ni a su gente con el debido respeto, insistió. Un alarmado Juan el Grande intentó mantener un encuentro personal con Carrillo[241], sin saber que el arzobispo llevaba tiempo negociando en secreto con Alfonso de Portugal, con López Pacheco de intermediario.

Un tercer grande, Álvaro de Stúñiga, reforzó la alianza contra Isabel. La joven reina podría haberlo atraído, pero Stúñiga quería conservar el ducado de Arévalo[242], que Enrique IV le había otorgado después de que la madre de Isabel fuera expulsada de la ciudad donde había pasado los días más dulces de su infancia. Para Isabel, aquello era una herida abierta. Stúñiga era sencillamente su enemigo y estaba encantada con que lo fuera porque esperaba vengarse de él algún día.

Los castellanos leales a Isabel presionaron al rey de Portugal y le pusieron en guardia contra sus aliados. Los Pacheco, el arzobispo de Toledo y Stúñiga «fueron aquellos que afirmaron por toda España, y aun fuera della publicaron, esta señora [la Beltraneja] ni tener derecho a los reinos de Don Enrique, ni poder ser su hija por la impotencia experimentada que del en todo el mundo por sus cartas y mensageros divulgaron», señaló Fernando del Pulgar en una carta, en la que, además, le recordaba a Alfonso que, antes de la muerte de Enrique, el monarca portugués había pretendido casarse con Isabel mientras rechazaba varias oportunidades de contraer matrimonio con la Beltraneja precisamente porque dudaba de su legitimidad; pero Juana la Beltraneja ya había sido llevada a Trujillo, en la

región fronteriza de Cáceres. El 1 de mayo, en una ceremonia a la que Alfonso V envió como representante al barón de Biltri, se prometieron formalmente, lo que permitió que el rey de Portugal, como recuerda indignado Palencia, comenzara a llamarla «mi esposa» y a sí mismo, «rey de Castilla y León»[243]. Soldados portugueses empezaron a concentrarse en la frontera. Se avecinaba la guerra.

13

Atacada

Valladolid, 3 de abril de 1475

Isabel apareció en una hacanea ricamente enjaezada, con la grupa cubierta con una falda de colores, mientras que la crin, el petral, la falsa rienda y las cabezadas estaban recubiertos de plata y flores de oro. Llevaba una corona y un deslumbrante vestido de brocado e iba acompañada por catorce damas, todas vestidas de tabardos que eran mitad de terciopelo pardo y mitad de brocado verde. Las mujeres de Valladolid se asomaban a las ventanas, decididas a no perderse la fastuosidad de su monarca y de su séquito mientras la ciudad se disponía a celebrar una semana de justas y festejos. «Vino la reyna con todas sus damas, tan ricamente vestida y tocada como a princesa tan alta pertenecia, y todas sus damas de tan diuersos, galanes y ricos trajes como jamás señoras en estos Reynos a fiestas salieron», dijo un cronista[244]. Había reclamado el trono apenas catorce semanas antes y había acudido a Valladolid, entre otras razones, para recabar apoyos frente a su rival, Juana la Beltraneja, y frente al rey de Portugal. Una de las mejores maneras de afirmar su esplendor y autoridad era luciendo su guardarropa y sus joyas. Cuanto más deslumbrante, magnífica y real se mostrase, mejor para su reputación, ya que así se propagaría de boca en boca por todo el país. Era una lección que Isabel había aprendido, como tantas otras, de los fracasos de su hermanastro Enrique IV. Así como a él lo habían despreciado por su desaliño, su humildad y su sencillez, ella quería ser grandiosa, admirada y temida. Así lo justifica un cronista: «Y como quiera que por esta

condición le era imputado algún vicio, diciendo ser pompa demasiada, pero entendemos que ninguna ceremonia en esta vida se puede hacer tan por extremo a los reyes que mucho más no requiera el estado real, el cual así como es uno y superior en los reinos, así debe mucho extremarse y resplandecer sobre todos los otros estados, pues tiene autoridad divina en las tierras».

La mujer que avanzaba por las calles de Valladolid, probablemente tan embarradas como de costumbre, tenía veintitrés años y se había vuelto a quedar embarazada durante las primeras noches que había pasado con Fernando en Segovia. «Esta reina era de comunal estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia —nos informa Fernando del Pulgar, el nuevo cronista que llegó a la corte con los Mendoza—. Los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre. Era mesurada en la continencia y movimientos de su persona; no bebía vino. Era muy buena mujer; placíale tener cerca de sí mujeres ancianas que fuesen buenas y de linaje.» En un presunto retrato de la joven reina pintado por un artista anónimo de estilo flamenco en la primera década de su reinado, destacan los ojos azules y el pelo castaño claro. También la representa con las pesadas joyas que le gustaba lucir en público: una gran cadena de oro adornada con esmeraldas verdes y grandes perlas, en la que el orfebre ha reproducido su emblema del haz de flechas varias veces en distintos tamaños, con delicadas varillas de oro con perlas en las puntas[245]. Más esmeraldas, perlas y enormes rubíes balajes ornan los grandes broches con los que sujeta tiras de seda blanca a su vestido de paño bordado de oro. Lleva, además, una gruesa ajorca de oro morisca con incrustaciones de piedras aún más preciosas. Isabel todavía tiene el rostro de contornos poco definidos propio de una muchacha, y luce las cejas delgadas y depiladas típicas de la época, aunque se atisba una firmeza en la mandíbula que se acentuaría con el paso del tiempo.

Isabel ya era una mujer independiente, segura de sus ideas y sus decisiones. «Placíale la conversación de personas religiosas y de vida

honesta con las cuales muchas veces había sus consejos particulares; e como quier que oía el parecer de aquellos e de los otros letrados que cerca della eran; pero por la mayor parte seguía las cosas por su arbitrio —afirma Pulgar—. Quería que sus cartas y mandatos fuesen cumplidos con diligencia […]. Y era firme en sus propósitos, de los cuales se retraía con gran dificultad.»[246] En otras palabras, no era una mujer a la que le gustara que se interpusieran en su camino. Tampoco estaba acostumbrada a obedecer, aunque seguramente fue en Valladolid donde intensificó su relación con fray Hernando de Talavera.

Como reina, Isabel procuraba que los demás tuvieran claro que estaban por debajo de ella, no solo en sentido figurado, sino también literal, de modo que en sus apariciones en público estaba sentada o de pie sobre un entarimado que la elevaba por encima de todos. Eso explica su sorpresa cuando de repente se vio obligada a arrodillarse y a aceptar una posición de inferioridad. Fue fray Talavera, su nuevo confesor, quien insistió en que Isabel se arrodillara. Los confesores precedentes, a los que estaba facultada para nombrar y sustituir, no se habían atrevido nunca a ordenar tal cosa. «Entrambos hemos de estar de rodillas», protestó la reina. «No señora, sino yo he de estar sentado y Vuestra Alteza de rodillas, porque este es el tribunal de Dios y hago aquí sus veces», replicó Talavera. Isabel quedó muy impresionada. «Este es el confesor que he estado buscando», dijo después. Esta anécdota fue relatada por primera vez en una historia de los jerónimos, la orden monástica favorita de Isabel junto con la de los franciscanos observantes, y seguramente es apócrifa, pero refleja la realidad de su relación con los sacerdotes devotos y honestos a los que eligió como confesores y, más tarde, como obispos, arzobispos y administradores. Eran hombres que podían darle lecciones sobre Dios y la moral, incluida la suya, pero no buscaban activamente el poder político ni la riqueza personal. Respetaban su poder —a diferencia, por ejemplo, del malhumorado e intrigante arzobispo Carrillo de Toledo— y, al mismo tiempo, exigían un respeto absoluto por su papel de hombres de Dios. Era el tipo de distinción nítida que le gustaba a Isabel. El de la soberana era un mundo en el que

cada hombre y cada mujer conocían su lugar. Y Talavera tenía ideas claras, inflexibles y tradicionales sobre el lugar exacto que correspondía a cada cual.

Talavera era un converso erudito, de una familia de cristianos nuevos, que había sido profesor de la Universidad de Salamanca. El austero fraile, delgado como un junco, tenía fama de jugar con la comida, de la que ingería la menor cantidad posible, acompañada de un vaso de agua con apenas unas gotas de vino. Además, llevaba una camisa de crin bajo el hábito de fraile y «hacía lo que predicaba e predicó lo que hizo», según un contemporáneo de la corte real. Como prior del monasterio de Santa María del Prado, situado cerca de Valladolid, era una eminencia dentro de su orden y un religioso importante en Castilla. Talavera se convirtió no solo en el confesor de Isabel, sino también en uno de sus consejeros más valiosos, encargado de ambiciosos y complejos proyectos, como la reforma de la Iglesia, las negociaciones de paz, la recaudación de fondos para la cruzada contra los musulmanes y la recuperación de tierras reales y rentas cedidas por el rey Enrique. Famoso como predicador que lograba conversiones, pertenecía a una escuela que fruncía el ceño ante las abjuraciones forzadas, algo discutible para un converso, ya que muchos judíos se habían cristianizado bajo la amenaza de la violencia a finales del siglo anterior[247]. Hernando de Talavera no solo predicaba la obediencia, sino también el amor y la caridad. Cuando Isabel tenía la conciencia intranquila, recurría a Talavera. De hecho, parecía tener más influencia que nadie sobre la reina —en la medida en que esta tenía fama de no cambiar a menudo de opinión—, a excepción de Fernando. Talavera la obligaba a cumplir los más elevados principios morales y le exigía que fuera ejemplar en todo.

Cuando ella o Fernando daban algún traspié en cuestiones morales, Talavera se lo reprochaba sin dudar. Pocos, o ninguno, se atrevían a enfrentarse a Isabel de una forma tan directa. A ella le gustaba, aunque no a Fernando; pero Talavera también competía con otros priores. En Segovia, a Tomás de Torquemada le bastaba con subir la empinada cuesta desde su convento de Santa Cruz, junto al río Eresma, para reunirse con la familia

real. Isabel fue pródiga en dádivas al convento, que pronto ornaron con el emblema del haz de flechas y se convirtió así en Santa Cruz la Real. Los dominicos, fundados en el siglo XIII en España, donde el de Santa Cruz había sido su primer convento, eran famosos como perseguidores de herejes y, al igual que los franciscanos, hacía tiempo que fomentaban el odio a los judíos y conversos. El principal implicado en estas actividades era Alfonso Hojeda, prior de un convento de los dominicos de Sevilla. Cuando el consejo o los métodos de Talavera parecían demasiado flojos, Isabel siempre podía recurrir a estos hombres, con sus dogmas inflexibles, su carácter suspicaz y su afición por las medidas duras, que recurrían al miedo, el castigo y, en caso necesario, la tortura. Torquemada era muy explícito sobre lo peligrosos que eran para España los judíos y los musulmanes. En el memorándum de «las cosas que deben remediar los reyes», que tuvo la osadía de enviar a Isabel y a su marido, les instaba a perseguir a los herejes entre los conversos y a separar a los judíos y a los musulmanes de los cristianos[248].

Talavera reprendió públicamente a las nobles coquetas de Valladolid que habían abrazado con entusiasmo el espíritu festivo y la afición a la moda de su joven reina y que hacían caso omiso del obispo de la localidad, que amenazaba con excomulgarlas por usar gorgueras y caderas anchas. «Assý se afeytan y visten en quaresma como en carnal, y assý van a las exequias de los defunctos, si no son parientes, commo si fuessen a bodas o a bateos», se lamentaba Talavera. Sus quejas encajaban a la perfección en su visión general de las mujeres como seres volubles y moralmente frágiles, «seyendo, como lo sois, naturalmente menguadas y flacas de entendimiento y de cuerpo»[249].

El devoto prior podía ser igual de severo con los hombres —aunque a título individual, no colectivamente— e incluso se sentía facultado para regañar a Fernando cuando creía que no estaba prestando suficiente atención a su esposa. «Mucho mas entero en el amor y acatamiento que a la excelente y muy digna compañera es debido», le dijo en cierta ocasión en

que, además, le recomendó que dedicara menos tiempo a los juegos[250]. El marido de Isabel no le hizo caso y siguió siendo un entusiasta de toda clase de pasatiempos.

La reputación de Fernando no era ni del todo buena ni del todo mala. Por un lado, lo consideraban más sensato y más experimentado de lo que le correspondía por su edad, como consecuencia de haber pasado los últimos años de su niñez yendo de una zona de conflicto a otra; pero también era aficionado a las fiestas y a las mujeres y tenía varios hijos ilegítimos. Escribe Pulgar:

> Este Rey era home de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos é llanos […]. Era de buen entendimiento, é muy templado en su comer é beber, y en los movimiento de su persona; porque ni la ira ni el placer facía en él alteración […]. De su natural condición era inclinado á facer justicia, é también era piadoso, é compadecíase de los miserables que veía en alguna angustia. E había una gracia singular, que cualquier que con él fablase, luego le amaba é le deseaba servir, porque tenía la comunicación amigable. Era ansimesmo remitido á consejo, en especial de la Reina su mujer, porque conocía su gran suficiencia […]. Placíale jugar todos juegos, de pelota é axedrez é tablas, y en esto gastaba algún tiempo más lo que debía; é como quiera que amaba mucho á la Reina su mujer, pero dábase á otras mujeres.

Dicho de otro modo, formaban una pareja que se entendía perfectamente en lo relativo a las tareas de gobierno, aunque a Isabel le costara aceptar las infidelidades de Fernando. Tras toda esa confianza en el terreno político subyacía un sustrato de inseguridad que, a su vez, revelaba una pasión por su marido que iba más allá de lo que cabía esperar de un matrimonio de conveniencia. «Amaba de tanta manera a su marido, que andaba sobre aviso con celos a ver si él amaba a otras y si sentía que miraba a alguna dama o doncella en su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y manera con que despedir a aquella tal persona de su casa», escribió Lucio Marineo, uno de los varios humanistas italianos atraídos a su corte. Era algo que Isabel trataba de reprimir en público, pero otros estaban de acuerdo en que «amaba mucho al rey su marido, y celábalo fuera de toda medida». Años más tarde, en efecto, sus hijas jurarían no sucumbir a los mismos ataques de celos destructivos que Isabel era a todas luces incapaz

de dominar. «La reina mi señora […] fue asimismo celosa —comentó una de ellas—. Mas el tiempo saneó a su alteza, como placerá Dios que hará a mí.»[251]

Valladolid les traía recuerdos muy especiales. Isabel y Fernando volvieron a instalarse en el palacio de Juan de Vivero, el mismo lugar donde habían celebrado la noche de bodas. Habían llegado procedentes de Medina del Campo, otra de las ciudades principales de Castilla la Vieja (la parte de Castilla situada al norte del Sistema Central), que ahora controlaban, empezando así un estilo de vida nómada que se prolongaría durante décadas. De hecho, uno de los espectáculos más llamativos para los castellanos de a pie durante el reinado de Isabel fue el de los desplazamientos de la corte real. En sus libros de contabilidad pronto aparecerían grandes desembolsos en acémilas, las bestias cargadas de fardos y cofres que caminaban tras ellos en largas recuas durante años mientras recorrían Castilla en un movimiento casi perpetuo. La corte de Isabel se mudaba con tanta frecuencia, de hecho, que una cuarta parte de su presupuesto se iba en transporte. Los viajes eran incómodos y los alojamientos, a veces, básicos. Las familias que los alojaban estaban obligadas a ceder más de la mitad del espacio (y del mobiliario) a la corte. La familia real se desplazaba en caballos y mulas, o los cargaban en literas llevadas por animales u hombres. Para la pequeña Isabel y los hijos que vendrían después, encargaron sillines de mula acolchados, unidos con clavos de oro y cubiertos con cojines de seda y mantas, para que también ellos pudieran acompañar a sus padres en su itinerancia. El cruce de las sierras de Castilla y de sus largos y anchos ríos entrañaba peligros al subir por los resbaladizos puertos de montaña o vadear aguas embravecidas. Por la cantidad de gente que viajaba con la corte, a veces era difícil encontrar provisiones, y las ciudades y aldeas por las que pasaban se veían obligadas a proporcionarles sustento. Al gallinero de Isabel, el hombre encargado de abastecer de pollos la mesa real (a Isabel le habían recomendado comer fruta por la mañana y verdura por la tarde, pero el alimento que consumía más a menudo era la carne de ave), se le consideraba «peor que el milano

para las aldeas e labradores e comarca por donde anda»[252]. Incluso la logística más básica podía ir mal en un país donde la tierra no siempre era productiva y el agua podía escasear. Un esclavo negro y dos mozos de espuelas murieron de sed en un viaje para visitar a la madre de Isabel en Arévalo[253].

Isabel creía que el pueblo tenía que ver al monarca y, hasta cuando la corte permanecía más tiempo de lo habitual en una ciudad o castillo, rara vez se privaba de montar a caballo con una comitiva más pequeña y cabalgar durante días para apagar los incendios políticos que estallaban en distintos rincones de su reino. Ni siquiera sus embarazos la detenían. Gracias al gobierno conjunto de la pareja, de hecho, pronto descubrieron que podían apagar dos fuegos a la vez; les bastaba con actuar cada uno por su lado. Si funcionaba era porque su relación política se basaba en un solo elemento esencial, la confianza.

Las justas de Valladolid se celebraron en un clima de excitación febril. «Porque el rey y reyna [estaban] en tan juuenil edad y en el comienzo de su reynar, mucho ellos quesieron mostrar su grandeza y los grandes su magnificencia y gastos más largamente que estimarlo podría», explicó un cronista. Al duque de Alba solo se le permitió justar dos veces después de que mientras practicaba se cayese del caballo con la armadura completa y se quedara sin conocimiento. Lo compensó ofreciendo la mejor fiesta de todas, que terminó cuando el sol ya despuntaba sobre la ciudad. El duque también compró y regaló tanta seda y brocado a las damas que provocó una carestía en Castilla e hizo que su precio se disparara. Vació sus arcas personales para costear pantomimas y fiestas en el transcurso de toda una semana en que Valladolid entró en un frenesí vertiginoso de justas y celebraciones. Alba ya había captado el espíritu de la nueva era al devolver a manos reales el importantísimo castillo de La Mota de Medina del Campo[254]. Había sido una de las muchas posesiones que Enrique había entregado a la nobleza para comprar su apoyo.

Todo el mundo sabía que los portugueses estaban preparando un ejército, pero la joven corte mantenía una actitud despreocupada. «Y allí se mostró

en quánto poco al rey de Portugal y a sus valedores tuuiesen, los quales estauan las noches y dias en dar aderego a las cosas de la guerra trabajando, y el rey y reyna en fiestas menospregiando quanto hazerles podían —informó un cronista local—; y asi, las voluntades llenas de plazer y descuydadas de temor, pasaron aquellos días.» Otros españoles estaban más inquietos, convencidos de haber sido testigos de presagios que indicaban que estaba a punto de estallar una guerra feroz. Se decía que una torada portuguesa se había escapado de su pastor y, tras vadear el río Guadiana, había atacado a unos toros españoles. Estos habían agachado la testuz y habían embestido en respuesta, y las pesadas bestias habían chocado en la riba española del río antes de que los astados portugueses regresaran trotando a la orilla lusa y volvieran a pastar tranquilamente. También circulaba la historia de una batalla aérea entre bandadas de urracas y tordos en Andalucía, considerada otro presagio de violencia. El severo Palencia acusó a Isabel y a su esposo de dedicarse a disfrutar de los placeres de la vida cortesana cuando tendrían que haber estado preparándose para la guerra: «D. Fernando y D.ª Isabel se detuvieron mucho en Valladolid, con grave perjuicio, pasando el tiempo inútil é imprudentemente, y muy en daño suyo si el enemigo á su vez y con igual desidia no hubiese consumido muchos días en infructuosas consultas»[255].

Los habitantes de Valladolid se devanaban los sesos intentando recordar algo semejante. Era una ciudad rica, centro de un próspero comercio de plata y rodeada de tierras fértiles, pero no habían visto tal demostración de grandeza en más de medio siglo. «Non solo en Castilla touo fama su grand franqueza, mas, como en Valladolid estauan muchos estrangeros, por el mundo sonaua su nombre y veian al rey y reyna y el pontifical de su corte, y non paregian reyes de Castilla segund los pasados, mas que Cesar era al mundo venido en grandeza y magnifigengia», escribió el cronista local. La obligación de impresionar se vio acrecentada por la presencia de embajadores de Francia, Inglaterra, Bretaña y Borgoña, todos ansiosos por tomarles la medida a la nueva reina y a su marido[256].

Los participantes en las justas competían por la gloria en la liza y en la magnificencia de sus ropas, sus caballos y las libreas de sus criados. Los corceles estaban cubiertos de paños bordados de hilo de oro y forrados de piel de marta[257]. La emoción de la liza, parecida a la del campo de batalla, era tal que los participantes podían continuar de noche a la luz de antorchas, aunque iba acompañada de su necesaria contrapartida, el amor cortés. Los justadores dedicaban sus proezas a sus damas favoritas y rivalizaban también a la hora de componer los lemas que más las impresionaran por su ingenio y agudeza. Fernando era un intérprete consumado del papel de caballero y, en una ocasión posterior, dedicaría públicamente sus justas a Isabel con estas palabras: «Qualquier prision y dolor / que se sufra es justa cosa, / pues se sufre por amor / de la mayor y mejor / del mundo y la mas hermosa». Sin embargo, esta vez, tras las derrotas en Aragón y a la espera de la invasión portuguesa, mantuvo una actitud deliberadamente sombría. Era buen jinete y experto justador, pero el lema que eligió demostraba que Isabel y él eran conscientes de que aquello constituía un interludio antes de pruebas más exigentes. Decía así: «Como yunque sufro y callo, por el tiempo en que me hallo»[258]. Portugal estaba a solo 130 kilómetros.

El monarca portugués, del que se decía que andaba sobrado de oro procedente de sus andanzas en África tras la conquista de Tánger y el envío de exploradores y navegantes para abrir rutas comerciales más al sur, estaba reclutando un ejército que hacía palidecer, en comparación, a los 2000 hombres que Castilla había planeado reunir, sin conseguirlo, en auxilio de Aragón: al menos 10 000 soldados de infantería y 5000 de caballería estaban en camino. Su embajador Ruy de Sousa viajó a Valladolid y pidió que Isabel y Fernando abandonaran el país. Recibió un brusco «no» como respuesta, junto con un recordatorio de que los nobles que ahora apoyaban a la Beltraneja eran los mismos que habían afirmado que era ilegítima. El arzobispo de Toledo seguía siendo de vital importancia. Si podían recuperarlo como aliado, el equilibrio de poder cambiaría drásticamente. Isabel y Fernando empezaron a actuar por separado. La reina partió de Segovia y se dirigió hacia el sur por los escarpados pasos de montaña que

separaban Castilla la Vieja de Castilla la Nueva para ver al arzobispo en su palacio principal de Alcalá de Henares[259]. A esas alturas, estaba claro que el blanco de sus iras era ella. «Es estado deliberado que la dicha Reyna, de quien mayor descontentamiento aquel tenía, vaya a él», le dijo Fernando a su padre[260]. Sin embargo, el arzobispo amenazó con abandonar Alcalá si se presentaba Isabel, según Zurita: «El arzobispo le envió a desengañar que no la vería, diciendo que no estaba ya para las cosas del siglo y que su fin era que le dejasen en su recogimiento»[261]. Así pues, Isabel, embarazada, se dirigió a la ciudad de Toledo, la mayor de Castilla la Nueva, cuyo apoyo quería asegurarse en una región dominada por dos señores hostiles, López Pacheco y el arzobispo. Comenta Pulgar: «Estovo allí varias dias proveyndo las cosas necesarias á la guarda de aquella ciudad, é de las cibdades de Andalusia, e de Extremadura, e de todas aquellas partes»[262].

Con Toledo en manos de sus partidarios, partió hacia Valladolid el 28 de mayo y cabalgó a un ritmo tan fuerte que, al cabo de tres días, sufrió un aborto y se vio obligada a detenerse en Ávila para recuperarse. Antes había firmado un nuevo documento que daba amplios poderes a su esposo. Las capitulaciones de Cervera, tan cuidadosamente redactadas, y la posterior concordia de Segovia habían quedado relegadas en vista de las circunstancias. Escribió Isabel en una carta abierta:

> Sepades que considerando por el buen regimiento, guarda y defension de los dichos mis Reynos e Señorios, conviene al Rey mi señor y a mi apartarle cada uno por su cabo en diversas partes de los dichos reinos; y por que cada uno donde fuera tenga poder de gobernar, regir y proveer, según pareciese a cada uno de nosotros. Por ende do poder al dicho rey, mi señor, para que donde quiera que fuese en los dichos reynos e señorios, pueda por si e en su cabo, aunque yo no sea ende, proveer, mandar, fazer y ordenar todo lo que fuera visto e lo que por bien toviese e lo que le paresciere cumplir al servicio suyo y mio, e al bien, guarda y defensión de los dichos reynos e señorios nuestros.

Ahora a Fernando le estaba permitido administrar ciudades, villas y fortalezas, tenencias, alcaldías y mercedes —en su mayoría dádivas de las rentas procedentes de impuestos reales— y designar funcionarios. «Segunt que por la presente [carta] le transfiero toda aquella potestad, e aún

suprema, alta e baxa, que yo tengo e a mi pertenece como heredera y legítima sucesora que so de los dichos reynos e señoríos.»[263] Teniendo en cuenta que el ejército portugués se estaba concentrando en la frontera, pocos se atrevieron a protestar[264]. Se estaba formando una monarquía dual única, que descansaba no solo en la confianza y en la intimidad, sino también en el respeto por la capacidad del otro.

De vez en cuando, el esposo de Isabel podía sufrir —o, por lo menos, parecerlo— ese gran clásico de la narrativa sentimental y de los sentimientos auténticos: los dardos del amor no correspondido. Después de que Isabel se hubiera marchado, la reprendió por no escribirle con suficiente frecuencia: «Tantos son los mensajeros que alla tenemos que sin cartas se vienen no por mengua de papel ni de no saber escrebir, salvo de mengua de amor y de altiva, pues estais en Toledo y nosotros por aldeas, pues algún dia tornaremos en el amor primero. Si por ál no lo yziere vuestra señoría, por no ser omecida me debe escrebir y azerme saber como se halla»[265].

El rey Alfonso de Portugal cruzó pausada y repetidamente la frontera con su ejército y llegó a Plasencia el 29 de mayo, fecha en que asistió en persona a su segunda boda con Juana la Beltraneja. Palencia afirmó que su llegada enojó a muchos de los habitantes de la ciudad, que culparon a Leonor Pimentel —la audaz y confiada esposa del amo de la ciudad, Álvaro de Stúñiga— de haberlos incorporado al bando de la Beltraneja en la guerra civil. También sostiene Palencia que el odio a la madre de la Beltraneja —la joven viuda Juana, que era asimismo hermana del rey Alfonso— era general. Si las mujeres habían sido siempre «la perdición de España», suspiró, esta vez «su hija era también centella de un vasto incendio»[266].

No hubo ningún intento de completar o consumar el matrimonio entre tío y sobrina, pero a partir de ese momento empezaron a usar los títulos que anunciaron al mundo entero desde un estrado construido en Plasencia: eran el rey y la reina de Castilla, León y Portugal. Las ciudades, villas y fortalezas del país pronto recibieron otra serie de cartas, esta vez firmadas por Juana, que recordaban a los destinatarios que Enrique la había

declarado su hija legítima: «Siempre en su vida dijo e publicó e juró en público y en secreto a todos los perlados e grandes de sus reinos que con él sobre ello platicaron y a otras muchas personas muy aceptas e fiables a él que sabía e conocía como yo verdaderamente era su fija». Tanto en el derecho canónico como en el civil, afirmaba Juana, no cabía duda. Eso era verdad. Más dudosa era su afirmación de que Enrique se lo había reiterado a su confesor, el jerónimo Juan de Mazuelo, en su lecho de muerte, nombrándola heredera. Tampoco merecen mayor crédito sus acusaciones de que Isabel y Fernando habían envenenado a Enrique[267]. Las ciudades, villas y fortalezas recibían por segunda vez la orden de rendir homenaje a una nueva reina, solo que esta vez se llamaba Juana, y se insistía en que debían tratar con dureza a la usurpadora Isabel: «Vos deudes todos leuantar, y ayuntar conmigo, é me seruir, é seguir, é dar fauor, é ayuda, para que este tan feo, é abdominable, é detestable caso sea muy grauemente punido, é escarmentado».

El rey de Portugal cometió esta vez un error estratégico al avanzar directamente hacia el corazón de Castilla cuando una ofensiva hacia el sur, con la inestable Sevilla como gran recompensa, le habría proporcionado una victoria relativamente fácil. Al norte, la ciudad de Burgos, cuya plaza fuerte estaba en manos de sus partidarios, podría haber sido otro buen objetivo. Era una de las principales puertas de entrada a Castilla la Vieja y estaba en la ruta que probablemente seguiría el rey de Francia, que se había comprometido a sumar sus tropas a las de Portugal (en lo que esperaba que sería un reparto entre los dos del botín que se obtendría tanto en Castilla como en Aragón). Sin embargo, Alfonso se dirigió a Arévalo, llevando consigo a la Beltraneja y esperando que su presencia despertara el entusiasmo de los castellanos leales o legalistas adondequiera que fueran. López Pacheco se unió a él con quinientos hombres, pero pronto tuvo que regresar al este, a sus tierras de Castilla la Nueva, para sofocar las rebeliones de los partidarios de Isabel y los ataques del vecino Aragón. Fernando se jactó de que podía desbaratar fácilmente la amenaza. «Creo dentro de pocos dias terne tal poder junto, que no cumplirá temer el dicho

Rey de Portugal», escribió a su padre desde Valladolid a mediados de mayo[268].

Desde el punto de vista geográfico, el partido de Isabel dominaba la mayor parte de Castilla la Vieja, en el norte, con importantes excepciones como Toro, Arévalo y, sobre todo, la fortaleza de Burgos. En una guerra civil en la que el principal objetivo estratégico era adueñarse de las ciudades, estas a veces se enfrentaban a las fortalezas que debían custodiarlas o incluso a las autoridades al mando de torres, puertas, puentes o cualquier otro lugar suficientemente fortificado para encerrarse en él y aprovechar sus gruesos y altos muros. Así, mientras que la ciudad de Toro y la fortaleza de Burgos se alineaban con la Beltraneja, la fortaleza de Toro y la ciudad de Burgos se alineaban con Isabel, que contaba también con el apoyo de buena parte del territorio situado al norte de Burgos, pasando por el País Vasco, hasta llegar a la frontera con Francia y el mar, mientras que la mayor parte de Galicia, donde la nobleza andaba enzarzada en disputas internas, se mantenía al margen del conflicto. Andalucía se encontraba en una situación cambiante y caótica debido a las luchas intestinas de la aristocracia. Las tierras limítrofes con la mitad norte de Portugal apoyaban en su mayoría a la Beltraneja. Castilla la Nueva, dominada por López Pacheco y el arzobispo Carrillo, suponía un problema evidente para Isabel, cuya posesión más importante era la ciudad de Toledo. Sin embargo, el rey Alfonso decidió quedarse en Castilla la Vieja y condujo sus tropas hacia el norte, a la relativa seguridad de la villa de Toro, mientras Isabel y Fernando acumulaban efectivos en los flancos del ejército portugués[269].

Tres días antes de que Fernando partiera hacia Toro para luchar contra el rey Alfonso, hizo testamento. Este mostraba su absoluta confianza en Isabel, a quien pedía que cuidara de sus hijos bastardos, Alfonso (su favorito y futuro arzobispo de Zaragoza) y Juana, así como de sus madres, «porque confío en su Real nobleza que ternán dellos mayor cuydado o aquel mesmo que yo podría tener». El testamento también contenía una sincera declaración de amor del esposo de Isabel, de veintitrés años, que pedía ser enterrado junto a ella, «ca yo mucho desseo que assy como

fuymos ayuntados por matrimonio y singular amor en la vida, asy no seamos apartados en la muerte»[270].

Un apartado extraordinario del testamento revela lo lejos que había llegado la pareja en su ambición de unificar España: Fernando dispuso que su hija de cuatro años, Isabel, fuera su heredera, a pesar de que las leyes aragonesas impedían a las mujeres gobernar:

> Instituyo por mi heredera universal en todos mis bienes, assy muebles como rayces a nuestra muy cara e muy amada hija, la dicha princesa doña Isabel. Especialmente la constituyo por mi heredera y legitima sucesora en los dichos mis reynos de Aragón e de Cecilia, no obstantes cualesquier leyes, fueros e ordenamientos y costumbres de los dichos reynos que defienden que hija no suceda en ellos. Ca yo suplico al rey mi señor, que Nuestro Señor conserve en mucha paz y prosperidad, que de su poderío real absoluto derogue y casse las dichas leyes, fueros y ordenamientos e costumbres, e yo en quanto puedo las derogo, casso e anullo por esta ves. Y esto no por ambicion […] mas quiérolo y ordénolo assy por el gran provecho que de los dichos reynos resulta y se sigue de ser assy unidos con estos de Castilla y de León, que sea un principe rey y señor y gobernador de todos ellos[271].

El testamento era notable no solo por su petición explícita de que Juan el Grande rompiera con la antigua tradición de Aragón (donde, a diferencia de Castilla, y a pesar de algunas polémicas ocasionales, era una práctica consolidada que el heredero de la corona fuera varón) y aceptara como sucesora a una mujer si fallecía su hijo, sino también por la magnitud de las aspiraciones de Isabel y Fernando: pretendían unificar deliberadamente Castilla y Aragón, mediante su descendencia, en una sola corona para crear, en la práctica, España. A continuación, Fernando partió hacia Toro con su ejército de vascos, gentes de montaña y nobles aguerridos. Isabel pronunció una última arenga para levantarles la moral[272]. Era hora de luchar.

14

«Aunque muger flaca»

Tordesillas, junio-agosto de 1475

A Isabel, la guerra y los desafíos que planteaba le resultaban estimulantes. También suponían un duro esfuerzo físico, especialmente en un país de escarpadas cordilleras y malos caminos como Castilla, donde coordinar sus fuerzas significaba subir y bajar continuamente mulas o caballos y cabalgar a la vez durante días. Había tenido un aborto mientras regresaba de Toledo para reunirse con Fernando y tuvo que guardar reposo en Ávila durante un mes; pero, aunque estuviera en cama, Isabel no podía dejar de participar activamente en los acontecimientos. Había vuelto a escribir a los nobles leales del país para ordenarles que hicieran la guerra a los partidarios de la Beltraneja, de modo «que podades ferir y matar libremente sin pena ni calunia alguna, y prender las personas por vuestra propia autoridad»[273]. La lucha debía incluir, en caso de necesidad, la demolición de edificios, la quema de cultivos, la destrucción de almacenes de víveres y bodegas y la tala de olivares y frutales. Todo esto, les dijo, era lícito porque constituía una «guerra justa».

Su reacción sorprendió a algunos, que pensaban que dejaría los asuntos bélicos en manos de su marido. Fue durante estos años difíciles de su reinado cuando los comentaristas empezaron a atribuirle ciertas cualidades masculinas como única explicación de un carácter tan dinámico, belicoso y enérgico en una mujer. «Como la reyna viese que en tan breue tiempo de su reynar non la dexauan vsar de justicja a que tanto era inclinada, [y] veya los

males encenderse más aviuadamente que nunca, no como muger, mas como esforzado varón toma bien en el alma el peso de tan grand cuydado», escribió un cronista anónimo que al parecer presenció cómo reclutaba su ejército[274]. Era una señal de que Isabel cruzaba los límites de la conducta femenina tradicional, lo que provocaba tanto perplejidad como admiración. Los castellanos empezaban a darse cuenta de que, con su personalidad enérgica y su mano firme, Isabel les obligaba a replantearse lo que podían hacer las mujeres o, por lo menos, las reinas. De momento, lo más fácil era creer, sencillamente, que se comportaba como un hombre.

Desde Ávila, Isabel se dirigió hacia el norte, a Tordesillas, con el gran ejército que había reunido en esta ciudad y en la vecina Segovia. La batalla o regimiento de Isabel, de 1500 hombres, capitaneada por figuras destacadas de su casa, llevaba por bandera su emblema, que muchos debieron de ver entonces por primera vez: el haz de flechas. Era julio de 1475 y solo había pasado un mes desde su aborto, pero Isabel se había involucrado de lleno en los preparativos de la guerra. Camino de Tordesillas, se encontró con el duque de Alba y su ejército privado. La complació ver que el duque tenía una primitiva lombarda para atacar fortalezas amuralladas junto con unos 8000 peones y 1200 soldados de caballería, que condujo a Tordesillas, junto con las tropas que habían reclutado otros nobles. El encuentro entre los dos cónyuges fue espectacular por el número de tropas que cada uno traía consigo. El 12 de julio se congregaron en Tordesillas cerca de 28 000 hombres, formando una clásica hueste feudal, una amalgama de distintas fuerzas, que iban desde peones —soldados de infantería sin experiencia, que cobraban un jornal y que constituían el grueso de las tropas— hasta lanzas de caballería, bien pertrechadas, pasando por nobles que iban a caballo y con la armadura al completo, así como hombres de armas. Los grandes y eclesiásticos más ilustres traían consigo ejércitos personales de más de mil jinetes cada uno, además de soldados de infantería. El principal consejero de Isabel, el cardenal Mendoza, encabezaba una fuerza de quinientos lanceros. Vestidos con sus mejores atuendos y joyas, los grandes rivalizaban en poderío militar

y en indumentaria. Se decía que Alfonso de Fonseca, señor de Coca, había superado a los demás con una capa italiana constelada de perlas y piedras preciosas, mientras que su corcel llevaba una cobertura a juego. Acudieron también las milicias de las ciudades, al igual que los valientes vascos y los rústicos de las altas cordilleras que se alzan sobre la costa cántabra, a menudo en familia. Algunos de los presentes habían estado recientemente en guerra unos con otros y entre las milicias persistía la desconfianza hacia los nobles, a los que consideraban, no sin razón, una pandilla de intrigantes poco de fiar. El ejército tuvo que esperar otros diez días, mientras se llevaban a cabo negociaciones de última hora para asegurar la presencia de varios grandes, entre ellos Beltrán de la Cueva, ni más ni menos que el presunto padre de la rival de Isabel, la Beltraneja. Había ahora cerca de treinta y cinco batallas diferentes, y «la obra era pesada y las tiendas y fardaje como si el mundo todo allí estoviera». Isabel quería ir con el ejército a Toro, pero finalmente se decidió que Fernando conduciría la amalgama de tropas hacia el oeste para enfrentarse al ejército del rey de Portugal, mientras ella se quedaba con las tropas de reserva en Tordesillas, a unos treinta y cinco kilómetros de distancia. En esta ocasión, tras haberlo meditado, Isabel se inclinó ante la opinión de que ese no era un cometido apropiado para mujeres[275].

El 16 de julio llegó la noticia de que Zamora, a poco más de treinta kilómetros de Toro aguas abajo del ancho Duero, había jurado lealtad a la Beltraneja y a su esposo portugués. Isabel y Fernando se sorprendieron por la gravedad de la decisión de Zamora de apoyar a su enemigo, ya que eso facilitaba al ejército del rey Alfonso un camino expedito desde y hacia la frontera portuguesa y hacía muy difícil expulsarlo. Su gran ejército avanzaba lentamente y se encontró con focos de resistencia el mismo día de su partida de Tordesillas, al negarse a rendirse una pequeña fortaleza situada en una isla del Duero. Los hombres de Fernando atacaron, con el joven rey al frente y con los recios vascos combatiendo cuerpo a cuerpo. Una lluvia de proyectiles y flechas procedentes de las máquinas de guerra del duque de Alba cayó sobre la fortaleza, cuyos defensores levantaron un banderín de

tregua dos veces pidiendo hablar, a lo que Fernando se negó, de modo que al final los capturaron a todos. Los que no fueron asesinados de inmediato a lanzadas por un grupo de vascos enfurecidos, deseosos de vengar la muerte en combate de sus parientes, fueron colgados de las murallas, «que jamás las personas que allí estavan vieron tantos ombres juntos enhorcados», escribe el cronista anónimo, que añade luego: «Y aquella noche fueron despojados, en carnes, de peones pobres, y así estovieron muchos dias, cosa muy espantable con los calores de ver, que estando en carnes, el infierno o su semejanza parecían»[276].

Fue una victoria irrelevante y particularmente cruel, pero Isabel estuvo encantada. Pronto se puso de manifiesto que los triunfos militares le causaban una profunda emoción. No solo eran una fuente de venganza gloriosa, sino también la prueba de que Dios estaba de su lado. La llegada del conde de Benavente con ochocientos caballeros bien pertrechados elevó todavía más la moral de Isabel, que se los envió de inmediato a Fernando. El caballo del conde, con su armadura cubierta de largas púas blancas y negras, era un espectáculo que un testigo comparaba con la estampa de un gigantesco puercoespín[277]. «[A] aquel cauallo no se osauan los otros llegar en la batalla, que él solo, suelto, heziera grand estrogo», observó el cronista anónimo.

Fernando se había puesto en marcha lleno de confianza, listo para asaltar Toro o atraer a los portugueses a una batalla en campo abierto. Sin embargo, la caída de Zamora le hizo cambiar de opinión. Estaba demasiado cerca de Toro y ello significaba que los portugueses y los demás partidarios de la Beltraneja podían hostigar fácilmente a sus hombres. En lugar de ello, Fernando desafió al rey Alfonso a combate singular. No parece que ninguno de los dos se lo tomara en serio, pero los códigos de honor les obligaban a fingir que negociaban las condiciones del duelo. Alfonso exigió que le entregaran a Isabel a cambio de Juana la Beltraneja mientras durase el combate. Fernando se negó y el asunto terminó en farsa cuando un heraldo portugués fue atacado por el incontrolable fray Alonso de Burgos, que, rabioso al ver que el heraldo llevaba los emblemas reales de Castilla y

olvidando las normas de la caballería y la inmunidad diplomática, lo derribó de su mula. Era una ofensa tan grave que Fernando tuvo que colmar de regalos al pobre enviado para compensarlo. Con gran indignación de los vascos y de los montañeses cántabros, Fernando decidió finalmente retirarse. Los norteños, molestos y animados por el vino peleón, irrumpieron en su campamento, alegando que el rey debía de estar cautivo en manos de nobles cobardes o traidores. Fernando en persona tuvo que sofocar el motín antes de dar la orden de volver a Tordesillas a su inmenso ejército, cuya presencia Isabel había solicitado para saquear el tesoro custodiado en el alcázar de Segovia y entregar en prenda a su hija Isabel a Cabrera y a su esposa, Beatriz de Bobadilla[278].

Las tropas regresaron de un humor pésimo, pero nadie estaba tan enfadado como Isabel, que salió de Tordesillas a la cabeza de un destacamento de su propia caballería en cuanto vio a los primeros soldados que regresaban. La enfurecida reina cabalgaba frenéticamente de acá para allá para detener lo que pensaba que debía de ser un ejército en desbandada. «Mandó alancear los cauallos de aquellos delanteros que venian y trabajó por los hazer tornar, deziendo palabras de varón muy esforzado más que de muger temerosa», dijo el cronista anónimo. Cuando aparecieron Fernando y los nobles, Isabel les lanzó una furiosa diatriba. «Toda aquella noche la reyna dixo a los grandes, quexandose dellos y de tan mala ayuda y consejo, palabras de grand sentimiento con ira y enojo asi como en las horas de la pasión se suelen dezir, y asimesmo con osadía habló al rey», escribe el mismo cronista. Isabel estaba tan enojada que tuvieron que posponer la reunión del consejo en la que estaba previsto debatir el asunto esa noche. Todavía echaba chispas cuando se celebró al día siguiente. El cronista que reprodujo —o, posiblemente, inventó— su discurso tal como lo recordaban los asistentes presenta a una reina que derrochó sarcasmo con los allí reunidos. «Ya sea que a las mugeres falte discreción para cognoscer y esfuerço para osar y aun lengua para dezir, yo he hallado que tenemos ojos para ver. Cierto es que yo vi partir de los campos de Tordesillas tan grand hueste, que, a mi parecer, yo, seyendo muger, osara con ella tomar la

empresa del mundo.»[279] Isabel se preguntó: «donde ivan tan buenos cavalleros, tales cavallos y atavios, tal peonaje, ¿a quál caso tan peligroso podieran ir que [el] temor les quitase aquel osar y cometer que suele criarse en el coraçon de los varones?».

> Porque si peligro grande ouiera, mejor fuera en vna hora, como xarope, tomarle, que con larga dolencja veuir […]. Y si me dixierdes que las mugeres, como non han de recebir los peligros, que non deuian hablar en ellos, porque siempre hablan en las cosas osadamente los que en las afruentas non ponen su persona, a esto digo que non se quién más que yo auenturase, que yo ponia al rey mi señor, que muy más que a mí y sobre todas las cosas del mundo amo, y ponía tantos y tan nobles caualleros y tantas gentes y riquezas que, ellos perdidos, se perdían todos estos Reynos[280] […]. Porque yo, avnque muger flaca, prouara ante a la fortuna si me fuera amiga o contraria, que huyr della haziendola enemiga sin prouarla […]. De aqui adelante, ante nos perdamos por furia que nos ganemos por templanza, que la guerra más quiere consejo de osados que de letrados; que [las] cosas se hazen cometiéndose, que después se marauilla el seso en pensarlas.

Y terminó disculpándose como mujer por atreverse a ser tan franca, pero afirmó que se sentía mucho mejor tras haberlo dicho[281].

Los nobles se quedaron sin habla; no se atrevían a replicar a su soberana. Solo respondió el propio rey, para alegar que habían hecho lo correcto al retirarse, pero que probablemente no había explicado bien los motivos. Alfonso tenía muchos hombres bien armados, dijo, y los portugueses eran buenos guerreros. Además, tenía a su favor las murallas, torres y puertas de la ciudad de Toro. Fernando insistió en que lo habría derrotado en una batalla a campo abierto, pero que tratar de expulsarlo de una ciudad tan bien defendida, que encima podía recibir refuerzos de Zamora, era inútil. La prudencia, en esas circunstancias, era preferible al valor.

> El caso de nuestro contrario no es irse a meter en los cierros, sinon señorear el campo —dijo. Y añadió—: En las guerras do no ay [buen] consejo, la furia que da de cabeça cae a los pies; esfuerço y tiempo ganan vitoria, que la locura, en mi tierra, átanla […]. Si [las cosas] liuianamente se miran, pesadas caydas se toman, como de muchos leemos y veemos, y si non prouamos la fortuna, para casos más iguales la queremos favorable, que para este tan cognoscido, avnque nos diera la fe de vitoria, por ser imposible, sabemos que nos la faltara[282].

A los allí presentes no les cupo ya duda de que, tras la apariencia normalmente tranquila y regia de Isabel, se escondía un carácter fuerte,

intransigente, al que la pasión podía empujar a una exigencia superlativa. Algunos nobles se sintieron inquietos por haber prometido lealtad a una reina obsesa de la guerra. El cronista, haciéndose eco de esta opinión, hizo que Fernando reprendiese públicamente a su esposa con estas ásperas palabras: «Por nascer está quien contentar os pueda»[283].

15

El momento decisivo

Burgos, diciembre de 1475-febrero de 1476

A pesar del gélido tiempo propio de enero, Isabel entró en Burgos entre bailes y cánticos infantiles. La joven reina había cabalgado seis días, desafiando tormentas de nieve y ventiscas, pero el viaje había valido la pena. Había ido a Burgos para presenciar una de sus primeras grandes victorias en la guerra contra Juana la Beltraneja y sus partidarios. La fortaleza de la ciudad se había rendido tras nueve meses de asedio y combate desigual. Muchos de sus defensores estaban heridos; otros, muertos desde hacía tiempo. Escaseaba la comida y las máquinas de guerra iban machacando las gruesas murallas de la fortaleza. Isabel en persona, a quien acompañaba ahora casi a todas partes el cardenal Mendoza, supervisó la capitulación de los resistentes. Las mieles del triunfo solo pudo saborearlas ella, ya que Fernando estaba ocupado en otro lugar. El 2 de febrero de 1476, la reina pudo recorrer a pie el interior medio en ruinas de la fortaleza, mientras la seguía el fiel pueblo de Burgos[284].

Al tomar posesión de la fortaleza, Isabel se había asegurado una de las principales ciudades de Castilla y había logrado obstaculizar el camino del rey de Francia en caso de que este se mantuviera fiel a su promesa de unirse al de Portugal en su contra. Burgos era una ciudad rica e industriosa que no se tomaba muy en serio su fama de sufrir todos los años «diez meses de invierno y dos de infierno»[285]. Las calles oscuras y estrechas bullían de actividad y sus comerciantes de lana, gracias a sus frecuentes viajes, se

contaban entre las gentes más cosmopolitas de Castilla. Ningún monarca podía controlar el reino sin Burgos.

La guerra se había ralentizado y vuelto difusa. Los dos grandes ejércitos maniobraban de vez en cuando, pero sin llegar a enfrentarse. Las ciudades, villas y fortalezas se habían declarado partidarias de un bando u otro, de modo que el éxito y el fracaso se medían por la captura o pérdida de posiciones estratégicas. Los jóvenes monarcas se habían marcado nuevos objetivos después de que las tropas, a su vuelta de Toro, se dispersaran airada y caóticamente. La fortaleza de Burgos era una prioridad y el hermanastro ilegítimo de Fernando, Alfonso de Aragón, ya famoso por su captura del castillo de Amposta, apareció con hábiles zapadores a finales de noviembre de 1475. Sus conocimientos, tácticas y artefactos les proporcionaron una victoria rápida. La excavación de un túnel bajo el castillo para cortar el suministro de agua fue la medida más eficaz. Los defensores capitularon al cabo de diez días, solicitando el plazo de gracia habitual de dos meses para ser rescatados o rendirse. La presencia de su cuñado era parte de la recompensa de Isabel por su alianza con Aragón, cuyos expertos soldados también hostigaban las tierras de López Pacheco en Castilla la Nueva[286]. Fue sin duda en este momento cuando pudo comprobar el acierto de su elección de marido y aliado.

Isabel desempeñó un papel importante en las maniobras militares que le permitieron conquistar la fortaleza de Burgos al impedir que el ejército portugués acudiera en su auxilio. «É porque sopo que el Rey de Portugal esperaba mas gente en Peñafiel para facer aquel socorro, mandó entretanto repartir la mas gente de pié é de caballo que con ella venía, en los lugares que estaban en torno de Peñafiel, para facer guerra al Rey de Portugal por todas partes, é quitarle los mantenimientos», informó Pulgar. Las tropas de Isabel mantuvieron ocupado al rey portugués hasta que acabó por regresar a Zamora, lo que dejaba a los defensores de la fortaleza de Burgos sin esperanza de socorro[287].

Isabel, para seguir hostigando al rey de Portugal, se trasladó a Valladolid, que se encontraba más cerca de la base del monarca portugués, en Zamora. «Siempre tovo tal diligencia en esta guerra, que el Rey, ó ella [la reina] ó sus Capitanes por su mandado, con gente de armas se ponian lo mas cerca que podian del lugar do el rey de Portogal estaba», señaló Pulgar. Los métodos utilizados para conquistar las fortalezas y los pueblos no siempre eran ortodoxos. La plaza de Valencia de Don Juan, por ejemplo, fue ganada cuando Juan de Robles, que apoyaba a Isabel, arrojó por la muralla del castillo a su cuñado, el duque de Valencia, partidario de Juana[288]. Este asesinato nada caballeresco quedó impune, lo que llevó a los observadores a suponer que el perpetrador debía de haber contado con el beneplácito de los jóvenes monarcas. Tanto Isabel como el rey Alfonso recurrieron a artimañas, como sobornar a los nobles para que cambiaran de bando. Cuando Isabel se enteró de que el alcaide de la fortaleza de la ciudad de León había estado negociando con los partidarios de la Beltraneja, se dirigió de inmediato hacia allí y, tras enfrentarse cara a cara con el alcaide ante las murallas del recinto, le prohibió volver a entrar hasta que se hiciera cargo de ella el sustituto que la reina traía consigo. «No cumple a mi servicio que os apartéis de aquí do yo estoy fasta tanto que yo sea apoderada de mi fortaleza.»[289]

Isabel también supervisó las negociaciones potencialmente cruciales con sus partidarios secretos en las localidades de Zamora y Toro, defensoras de Juana, que en el caso de la primera acabaron por dar fruto en diciembre. Los afectos a Isabel estaban dispuestos a abrir en secreto las puertas de la ciudad para que pudieran asaltarla. La reina envió de inmediato a Fernando y se aprestó a reclutar 2000 lanzas adicionales para agregar al ejército de más de 4000 soldados de caballería que ya estaba preparado. Le dijo a su esposo que fingiera estar enfermo y saliera de Burgos sin que nadie lo supiera. Este dejó a su hermanastro al mando y cabalgó en secreto al encuentro de Isabel en Valladolid. Dos partidarios clandestinos de esta, que ocupaban altos cargos en Zamora, Francisco de Valdés y Pedro de Mazariegos, se ofrecieron a dejarle cruzar un puente fortificado que estaba

bajo su mando y que conducía directamente a la ciudad. Era una oportunidad de oro para capturar a la Beltraneja, pero alguien alertó al rey de Portugal, que envió sus hombres a asaltar el puente. Cuando fracasó, el arzobispo Carrillo, uno de los principales aliados castellanos de Portugal, advirtió de que les acechaba un peligro inminente. «Conozco el Rey y la Reyna de Sicilia —dijo, negándose a referirse a Isabel como reina de Castilla—, que, o vernán ellos presto, o embiarán tanta gente, que puje a la gente que tenéis para pelear; e no es vuestra honra que peleemos por las calles de Zamora, do ternemos a todos los vecinos della por enemigos.»[290] El monarca portugués se dio cuenta de que no había tiempo que perder y ordenó a sus tropas que evacuaran la ciudad y se dirigieran a Toro antes de que aparecieran las isabelinas. Cuando Fernando llegó a la ciudad, Zamora ya era suya, aunque la guarnición del castillo, favorable a Juana, cerró las puertas y juró resistir hasta que volviera a manos de esta. Que los zamoranos de a pie apoyaran a Isabel era otro indicio de la coincidencia natural de intereses entre la reina y la ciudad. Esta última quería sacudirse el yugo opresor de los nobles, mientras que Isabel quería aumentar el poder real en todos los sentidos que pudiera. En Burgos, esta comunidad de intereses había sido aún más evidente. Antes de aceptar la rendición, Isabel firmó un documento en el que prometió a la ciudad que la fortaleza permanecería bajo la autoridad real y no sería devuelta a la familia Stúñiga, que la había mantenido durante cuatro generaciones y que había encabezado las rebeliones contra la autoridad real[291].

Estas fueron dos victorias importantes, pero no alteraron definitivamente el equilibrio de la contienda. De hecho, la balanza comenzó a decantarse del lado contrario cuando otros dos grandes ejércitos se aprestaron a invadir Castilla en la primavera de 1476. En Francia, Luis XI había estado ocupado con los ingleses durante el verano anterior, pero había ganado esa guerra y ahora estaba listo para enfrentarse a Castilla[292]. En Portugal, mientras tanto, el hijo del rey, Juan, estaba preparando un nuevo ejército para ayudar a su padre. Juntos planteaban una amenaza considerable para Isabel, que aún no tenía asegurada la corona de Castilla.

Isabel se ocupó una vez más de reclutar tropas, mientras Fernando se disponía a luchar contra los refuerzos llegados de Portugal. El 30 de diciembre de 1475, la reina escribió a su suegro desde Valladolid: «Es fama quel Principe de Portugal junta gente para entrar en aquestos Reynos, y por esso el Rey, mi senyor, no ha querido partir de Çamora para esperarle […]. Yo estoy aquí en aquesta villa y apercibo cuanta gente puedo, por si necessario será, la pueda enviar al Rey, mi senyor, y pueda proveer en todo lo otro que necessario fuere»[293]. Isabel y Fernando establecieron una relación militar que, una vez más, se basaba en la división inteligente del trabajo y que les sería útil en más de un conflicto bélico. Fernando lideraba el ejército, mientras Isabel reclutaba tropas, cuidaba de las reservas y actuaba de intendente general del ejército, manteniéndolo armado y alimentado. La estrategia general sobre el curso de la guerra la decidían conjuntamente, y, cuando era necesario, Isabel también contaba con un pequeño ejército propio.

Estuvieron a punto de tener una segunda oportunidad de atrapar a la Beltraneja y a su esposo portugués en Toro, gracias a un acuerdo parecido al que alcanzaron con los partidarios secretos de Isabel en Zamora. Sin embargo, los espías infiltrados en el ejército de Fernando informaron a los portugueses de la trama y, cuando llegó el momento, las puertas de la ciudad no se abrieron. Los conspiradores isabelinos fueron capturados, torturados y ahorcados. Fernando fue incapaz de impedir que el príncipe Juan cruzara la frontera y llegara a Toro el 8 de febrero de 1476. El ejército portugués era ahora lo bastante grande como para arriesgarse a una batalla a campo abierto e Isabel, que se había trasladado a Tordesillas, cerca de Toro, seguía reclutando tropas a medida que se acercaba el choque frontal. Su suegro, Juan el Grande, aconsejó prudencia y los instó a evitar el enfrentamiento directo y a concentrarse, en cambio, en ganarse a los grandes que estaban del lado de Juana. Tal vez estuviera pensando en Pedro de Stúñiga, que trató de convencer a Isabel de que su padre, el conde de Plasencia, era demasiado mayor para tomar decisiones y había decidido seguir a la Beltraneja a raíz de los consejos de su madrastra, Leonor

Pimentel. Pedro se había mantenido leal a Isabel en lo que parecía una estrategia familiar de juego a dos barajas. Si Isabel podía perdonar a su padre, Pedro le dijo que cambiaría de bando con el resto de la familia. Pulgar comenta que a Isabel le resultaba muy difícil perdonar a la gente y, además, en este caso, se trataba del hombre cuya estirpe se había apoderado de las tierras de su madre en Arévalo. Sin embargo, se impuso el sentido común; Isabel accedió y los Stúñiga renunciaron al título de condes de Arévalo[294]. Fue el primer cambio de bando importante en su favor de entre aquellos de los grandes que eran sus enemigos, y la familia entera, incluida Leonor Pimentel, se convirtió en una aliada clave[295].

A esas alturas, el rey Alfonso le había dicho a Isabel que podía comprarlo, aunque el precio sería alto. Quería Toro, Zamora y el antiguo reino de Galicia, las tierras de Castilla que se extendían desde la frontera norte de Portugal hasta el mar Cantábrico. Otros habrían considerado tentadora esta oferta. Si el ejército francés invadía Castilla mientras aún luchaban contra los portugueses, las fuerzas de Isabel y Fernando se verían desbordadas. Sin embargo, no había llegado tan lejos para empezar a regalar tierras que pertenecían a Castilla desde hacía siglos. «La Reyna, oida esta demanda que el Rey de Portugal fizo, respondió que […] antes pornía todo en las manos de Dios para que dispuesiesse de ellos a su voluntad, que en sus dias consintiese apartar dellos ni sola una almena», escribió Pulgar[296].

El monarca portugués y su hijo partieron con su ejército desde Toro hacia la vecina Zamora, con el objetivo de sitiar la ciudad y socorrer al castillo, que todavía estaba en manos de sus partidarios; pero, cuando Isabel envió parte de sus tropas para amenazar sus líneas de abastecimiento, Alfonso decidió que estaba demasiado expuesto y regresó a Toro. Fernando, que había tardado en ponerse en marcha, se lanzó en su persecución. Finalmente, alcanzó al enemigo a una hora de marcha de Toro, en un lugar conocido como Peleagonzalo. Las tropas castellanas hostigaron a la retaguardia, lo que forzó al ejército portugués a dar media vuelta y a contraatacar. Las agotadas tropas de Fernando habían cabalgado a toda

velocidad, dejando atrás a muchos de sus soldados. Discutieron si estaban realmente preparados para la batalla, pero al final se dio la orden de atacar. Entre las razones que más tarde adujo Fernando para hacerlo estaba su fe «en la justicia que yo e la serenissima Reyna mi muy cara e muy amada muger tenemos á estos nuestros reynos». Ya era tarde y, aunque las fuerzas de Fernando capturaron el estandarte real de Alfonso y obligaron al cuerpo central y a un ala de su ejército a retirarse hacia Toro, la otra ala, capitaneada por el príncipe Juan, se mantuvo firme y derrotó a sus enemigos. Las tropas de Fernando persiguieron a los que huían, incluidos los hombres del arzobispo de Toledo, hasta llegar al puente que daba acceso a Toro, donde se luchó cuerpo a cuerpo. «La figura del prelado, tan grande en los demás encuentros en los que había tomado parte, aparecía ahora rebajada en el campo portugués», comentó su antiguo amigo Palencia[297], quien escribió asimismo, sin que se sepa con qué fundamento, que los portugueses perdieron quinientos hombres frente a solo cinco del lado de Fernando. Sin embargo, el día declinaba, amenazaba lluvia, faltaban tropas de infantería y los soldados se entretenían saqueando sin ninguna disciplina lo que los portugueses dejaban atrás, por todo lo cual la derrota no podía ser completa. Mantener el control de las tropas resultaba cada vez más difícil, y hubo un momento en que Fernando se encontró solo con tres caballeros. Por la noche ambos bandos se retiraron y los dos se atribuyeron la victoria, aunque esta correspondiera, por un estrecho margen, a los castellanos. Se cree que el rey portugués se escondió en la fortaleza de Castronuño, no muy lejos de Toro, y el pánico se adueñó de sus hombres, que desconocían su paradero, hasta la mañana siguiente. «Estovimos en el campo por espacio de tres ó quatro horas rigiendo el campo, e assi me volvi con vitoria e mucha alegría a esta cibdad de Zamora, donde llegué á la una después de la media noche», contó Fernando en una misiva a su padre[298].

Isabel esperaba inquieta en Tordesillas, al este de Toro. Fue una noche lluviosa y, para la reina, muy larga. A la mañana siguiente llegó un mensajero de Fernando anunciando la victoria. «Fago vos saber que en esta hora me llego una nueva, cómo ayer, viernes primero deste mes [marzo de

1476] […], el rey mi señor venció, y fue desbaratado el dicho adversario y sus gentes», escribió de inmediato en una carta para que se difundiera con urgencia por todos sus reinos. Esa noche Isabel se dirigió a pie, descalza, al monasterio de San Pablo en compañía del clero de la ciudad en acción de gracias. «Describir el gozo de la Reina sería imposible», cuenta Palencia. Al cabo de unos días, la reina se reunió con su marido en Zamora, donde los defensores del castillo pronto se rindieron también. No fue una victoria aplastante ni rotunda, pero resultó decisiva. En un mundo en el que los triunfos militares eran considerados pruebas de la aprobación divina, el de Toro podía interpretarse como una señal de que Isabel no solo tenía derecho a la corona, sino que contaba con el aval de Dios. En otras palabras, el derecho de una usurpadora quedaba validado por la sangre de sus oponentes. Isabel se aseguró de que se propagara de inmediato su versión sesgada de los hechos, a saber, que el combate se había saldado con una rotunda derrota de sus enemigos. No solo necesitaba la victoria en el campo de batalla, sino también en el de la propaganda, así como convencer a los castellanos de que esta era la prueba de que Dios la había elegido para reinar sobre ellos. Se organizaron celebraciones en todos sus dominios y se erigieron una nueva iglesia y un nuevo monasterio en Toledo para conmemorar la victoria[299].

Este triunfo vino acompañado, casi de inmediato, de otras buenas nuevas. Los vascos habían detenido la invasión francesa, que se había quedado en el mero sitio de la fortaleza de Fuenterrabía, justo al otro lado de la desembocadura del río Bidasoa, que marcaba la frontera entre Castilla y Francia. Luis XI había esperado a ver si Carlos el Temerario, duque de Borgoña, respetaba un tratado de paz o lo atacaba, algo que proporcionó a Isabel y a Fernando tres importantes victorias —en Burgos, Zamora y Peleagonzalo— que les permitieron ayudar a los vascos a organizar la defensa de la relativamente estrecha frontera entre Castilla y Francia. El sitio de Fuenterrabía fue levantado a los dos meses y, aunque Alfonso V de Portugal viajó más tarde a Francia para tratar de convencer a Luis XI de que volviera a invadir Castilla, este ya no estaba por la labor. Así pues, Isabel y

sus partidarios habían puesto fin a las amenazas externas a Castilla, lo cual constituía, sin duda, un alivio. Sin embargo, el conflicto era asimismo una guerra civil, que no terminaría hasta que enemigos como López Pacheco y el arzobispo de Toledo reconocieran a Isabel como reina. Y, después de décadas de gobierno débil, la caótica Castilla aún no había sido domeñada[300].

16

El sometimiento de los grandes

Madrigal de las Altas Torres, 6 de mayo de 1476

Los orígenes de la disputa entre marido y mujer eran bastante simples. Con el ejército portugués en desbandada y la victoria a la vista, Fernando necesitaba descansar antes de combatir contra los franceses en las fronteras del reino de su padre, algo que a Isabel no le gustaba en absoluto, pero, si su esposo la dejaba al mando del ejército, entonces sería ella quien diera las órdenes. Fernando había pactado mantener un alto el fuego en la localidad sitiada de Cantalapiedra, fiel a la Beltraneja, mientras él estuviera ausente, pero la impetuosa Isabel quiso actuar por cuenta propia. Uno de los agentes de Juan el Grande en la corte real presenció el anuncio de un repentino y polémico cambio de planes. Mientras esperaba para ver a Fernando, el agente se sorprendió al oír cómo el estridente y belicoso fray Alfonso de Burgos, uno de los consejeros más allegados a Isabel, informaba en voz alta a un grupo de personas de que la reina había decidido que el sitio debía continuar. «La Senyora reyna sabe que tomada Cantalapiedra el rey de Portugal es del todo destruydo —dijo Burgos— […] é assi, los senyores reyes no quieren que pase nada de lo que ses fecho, sino que se esté el sitio e se conbata Cantalapiedra y se tome.» Isabel estaba dispuesta a correr mayores riesgos que Fernando y había encontrado un aliado en el comandante del sitio, el hermanastro de su esposo, Alfonso de Aragón. Este último irrumpió en los aposentos de Fernando e insistió en que no abandonaría Cantalapiedra hasta que cayera. Al monarca, airado, le entraron

de pronto unos ardientes deseos de salir a cazar con algunos de los 120 cetreros a sueldo de la real pareja. Isabel, por su parte, se encerró en sus aposentos e indicó que no quería recibir a nadie. Su intento de imponer su voluntad había puesto a prueba su relación conyugal, que solía ser bastante tranquila, y parece que luego cedió ante Fernando[301]. O quizá este ejemplo tan poco común de una discusión pública nos dé un indicio de cómo, en momentos de tensión, el matrimonio funcionaba en privado.

Isabel aún no había firmado la paz, pero ya parecía que hubiera ganado la guerra. Burgos y Zamora eran suyos. La invasión francesa solo había penetrado ligeramente en sus tierras antes de ser detenida por los vascos y los portugueses habían sufrido una derrota ignominiosa ante Toro. Noventa años antes, Castilla había sido humillada en el campo de batalla por Portugal en Aljubarrota. Ahora se había tomado la revancha, que era un regalo de Dios. El rey Alfonso V de Portugal salió de Castilla el 13 de junio de 1476; se llevó consigo a Juana la Beltraneja, pero dejó sus tropas en Toro y las fortalezas vecinas[302]. Isabel estaba en una posición privilegiada para negociar un acuerdo de paz, pero era demasiado ambiciosa para eso. Veía ya su reinado en términos históricos y mesiánicos, como el de la mujer que devolvería a Castilla la grandeza que se merecía y haría que los demás la temieran y respetaran. Quería una victoria clara y absoluta, en vez de una paz ambigua que permitiese que ciudades como Toro o Zamora fueran objeto de disputas durante las décadas venideras. Eso significaba expulsar definitivamente a los portugueses y anular a los grandes partidarios de la Beltraneja.

Poco después de que Alfonso se marchara, Isabel ordenó que asaltaran Toro. Sus capitanes le habían dicho que ahora solo había trescientos soldados portugueses en la ciudad. Tenía la oportunidad de lograr lo que Fernando no había conseguido cuando se había retirado de Toro con su enorme hueste y había despertado las iras de Isabel un año antes. Lanzaron el ataque, pero las murallas de la ciudad eran tan altas y gruesas que los portugueses lograron derrotar a los castellanos, que se retiraron con sus muertos y heridos tras cuatro horas de lucha[303]. Isabel había probado la

derrota, pero seguía decidida a conquistar Toro y Cantalapiedra a la primera oportunidad.

La monarca también necesitaba imponer su autoridad en dos focos de poder ajenos a la realeza y a menudo rivales: las ciudades y los nobles. Entre estos últimos, los grandes poseían un enorme poder político, riquezas y todavía un mayor orgullo. A un visitante italiano le asombró comprobar que «viven espléndidamente y con gran lujo […]. Tienen gran mesa y se hacen servir con tantas ceremonias y reverencias como si cada uno fuera un rey […]. En una palabra, se hacen adorar»[304]. Sin embargo, los grandes y otros nobles eran egoístas y volubles, más proclives a cambiar de bando y más fáciles de manipular que las ciudades. Los Stúñiga habían sido de los primeros partidarios de la Beltraneja en cambiar de partido; pero los dos principales apoyos de su rival eran López Pacheco, marqués de Villena, y el arzobispo de Toledo. Si Isabel podía atraerlos a su causa o derrotarlos, Castilla sería suya. El clan de los Pacheco era una de las familias más poderosas del territorio e Isabel adoptó con ellos la estrategia del «divide y vencerás», al ofrecer el perdón real a algunos miembros de la estirpe para debilitar a López Pacheco. El primero que se unió a su bando fue un primo de este último, Juan Téllez Girón, conde de Urueña, que juró fidelidad a Isabel en mayo de 1476. El hermano de Girón, Rodrigo, maestre de la orden militar de Calatrava (una de las tres grandes órdenes militares, junto con las de Santiago y Alcántara), siguió su ejemplo el mismo mes[305].

Isabel no se mostró tan generosa con el propio López Pacheco, ni con el arzobispo, a quienes consideraba que había que amonestar con dureza y en público. Al principio ambos creyeron que podrían negociar si conservaban gran parte de su poder en el momento de adherirse al partido isabelino. Así se habían hecho las cosas en tiempos de Enrique IV, cuando sus familias cambiaban continuamente de bando, por lo que recibían como recompensa aún más tierras; pero Isabel no estaba dispuesta a nada de eso. Cuando López Pacheco y Carrillo se negaron a rendirse sin más, Isabel lanzó una ofensiva frontal contra ellos y sus posesiones. Fernando había intentado convencer a los hombres de López Pacheco de que se volvieran contra su

líder, presumiblemente con la combinación habitual de sobornos y amenazas, mientras que Isabel prefería la contundencia de la guerra. Así pues, dio permiso y facultad a sus seguidores en Murcia para que «podades fazer y fagades guerra, todo mal y daño que pudieredes al dicho marqués de Villena y a los otros susodichos […] para que los podades ferir y matar libremente, sin pena ni calunia alguna, y prender las personas por vuestra propia abtoridad y ponerlos en cárceles». Y añadió que no los recibiría en su servicio hasta que renunciasen a todo cuanto habían tomado y ocupado de la corona en su reino. Su marido podía andarse con sutilezas, pero Isabel quería aplastarlos[306].

López Pacheco se dio pronto cuenta de que estaba en el bando perdedor y reconoció formalmente a Isabel como reina. «Prometía de servirlos en público y en secreto de allí adelante con toda lealtad y fidelidad, así contra el adversario de Portugal y contra su sobrina y contra los franceses y sus aliados, como contra todas las otras personas, como bueno y leal vasallo», escribió Zurita. También se comprometió a izar las banderas de Isabel y Fernando en todas sus ciudades y castillos y a acatar a su hija, la infanta Isabel, como legítima heredera. Isabel lo perdonó, pero también lo castigó haciendo que perdiera muchas de sus propiedades; sobre todo, las que ya le habían sido arrebatadas por la fuerza. La de los Pacheco seguía siendo una de las grandes familias de Castilla, pero el daño a su poder y prestigio fue enorme[307]. Ya no era una amenaza para la monarquía. Con este castigo ejemplar, Isabel hirió de muerte el sistema de gobierno mediante privados que tan bien les había ido a Álvaro de Luna y al padre de López Pacheco, Juan. En lo sucesivo, el poder sería más difuso, al ejercerlo un amplio cuerpo de funcionarios y cargos oficiales, y, al mismo tiempo, estaría más concentrado en manos de los monarcas a los que estos servían.

El hombre que en otro tiempo aspirara a ser el privado de Isabel, el arrogante arzobispo Carrillo, también se dio por vencido. Lo hizo con menos magnanimidad y, fiel a su carácter, murmurando sobre su desgracia y el respeto que se le debía. Juan el Grande trató de interceder en nombre de su viejo amigo, pero Fernando se lo impidió, alegando que Isabel no

toleraría intromisiones; estaba harta de la doblez y del empecinamiento constantes del arzobispo. El religioso, de sesenta y seis años, era el mismo cascarrabias de siempre, pero en septiembre de 1476 reconoció finalmente la autoridad de Isabel. Se le perdonó, pero también accedió a permitir que los monarcas le indicaran qué propiedades y otras mercedes ofrecidas a su familia por Enrique IV había que devolver a la corona. El arzobispo firmó luego un documento crucial en el que reconocía que Enrique IV había muerto «sin dexar fijo nin fija legítimos», confirmando así que la Beltraneja había perdido a su último gran partidario en Castilla. Isabel ninguneó por completo al arzobispo, algo que le hirió aún más el amor propio y le llevó a quejarse de que la reina no cumplía con su parte del trato[308].

A mediados de septiembre, un pastor que vivía en Toro informó a uno de los capitanes de Isabel de que entraba y salía a diario de la ciudad con sus ovejas por el talud alto y escarpado que la protegía por un lado sin que se hubiera encontrado nunca con centinelas portugueses. Era evidente que estos creían que el terreno era demasiado abrupto para un asalto y eso permitió que el pastor guiara en secreto a setenta de los hombres de Isabel hasta la ciudad, cuyas puertas abrieron. La guarnición portuguesa huyó a Cantalapiedra después de asegurarse de que María Sarmiento, la viuda del hombre que había declarado en un primer momento el apoyo de la ciudad a Juana la Beltraneja, se encerraba en el castillo con los suyos. Isabel logró, pues, entrar satisfecha en la ciudad que su marido no había podido conquistar y, a continuación, ordenó que pusieran sitio al castillo. Para ello contaba con la pericia de Alfonso de Aragón, y Palencia cuenta que a la reina le gustaba deslizarse por las trincheras y galerías que socavaban las murallas de la fortaleza para ver cómo avanzaba el asedio, mientras la bombardeaban con grandes balas de cañón y fuego graneado de catapultas. «Doña Isabel […] muchas veces entraba en las minas hasta el foso del castillo y presenciaba los combates desde los ángulos.»[309] Pronto recibió un mensaje de María Sarmiento, en el que rogaba que le perdonaran los pecados de su difunto esposo y ofrecía la rendición de esa y tres fortalezas

más que estaban en manos de su familia. Al mes de iniciarse el ataque, Toro se encontraba ya del todo en manos de Isabel.

En las afanosas idas y venidas de Isabel por sus reinos, un viaje en particular adquirió tal urgencia que, a principios de diciembre de 1476, tuvo que cruzar los puertos de montaña cubiertos de barro y nieve en dirección a Castilla la Nueva. Unas semanas antes, había muerto el maestre de la orden militar de Santiago, Rodrigo Manrique. Había sido un firme aliado y había vencido a López Pacheco y al arzobispo de Toledo en la batalla por el castillo de Uclés, donde la orden tenía su sede. Su fallecimiento dejaba vacante un cargo de gran importancia que tradicionalmente era cubierto, con el permiso del Papa y del monarca, previa votación de los trece caballeros que formaban el capítulo de la orden. Quien se hiciera con el maestrazgo —que había estado en manos de Pacheco durante el reinado de Enrique IV— controlaba sus inmensas tierras y sus rentas. Isabel tomó posesión directa del monasterio de Uclés y forzó al capítulo —en el que los dos candidatos principales parecían dispuestos a ir a la guerra para dirimir la pugna— a aceptar como administrador temporal a su marido, Fernando, que podía resolver primero los problemas internos de la orden y, luego, si era necesario, ayudar en el nombramiento de un nuevo maestre. López Pacheco fue uno de los que aceptó. Las principales tierras de señorío de Castilla la Nueva —es decir, las que no eran propiedad de la corona—, que eran las de las órdenes militares, las de la familia Pacheco y las del arzobispo de Toledo, acataban ahora las disposiciones de la soberana[310].

La autoridad de Isabel era indiscutible y, para probar que la situación había cambiado, ella y Fernando, que había regresado junto a la reina, se trasladaron a la principal ciudad de la región, Toledo, que, como antigua capital de la España cristiana visigoda, tenía una gran importancia simbólica. Situada en un cerro de granito rodeado por tres lados por el río Tajo, la ciudad era famosa por el oro, la plata y las joyas que su catedral atesoraba en grandes y pesados cofres, así como por los numerosos sacerdotes que recorrían sus empinadas calles. Seguía siendo una de las ciudades más importantes de Castilla, con unos 30 000 habitantes

encajonados dentro de sus muros. «En España Toledo es rica, Sevilla es grande, Santiago [de Compostela] es fuerte y León es hermosa», rezaba una copla recogida por el viajero alemán Hieronymus Münzer unos años más tarde. Toledo conservaba las murallas y algunas de las puertas construidas por los musulmanes antes de ser tomada por los cristianos, en uno de los episodios más importantes de la Reconquista, en 1085. Los soberanos organizaron una brillante entrada ceremonial concebida para provocar asombro y demostrar que incluso allí, en una de las urbes más divididas y problemáticas de los reinos de Isabel, eran ellos quienes estaban al mando. La reina ordenó a las autoridades de la ciudad que se vistieran con sus ropajes más preciosos y coloridos. Algunos tuvieron que desempolvar sus mejores galas, pero allí estaban, esperando a Isabel y a Fernando con un gran palio de seda, mientras la pareja hacía su entrada por la puerta de Bisagra. «El sonido era grande de las trompetas e atabales e gentes, con alegría, que parecía que los cielos e la tierra destellavan en aquella hora alegría de corazón», relató un testigo, el Bachiller Palma[311]. Entre el retumbar de trompetas y tambores, una muchacha los esperaba a la puerta de la catedral de Santa María, la iglesia primada de España y panteón de muchos de sus principales reyes. Llevaba una corona de oro en la cabeza para indicar que representaba a la madre de Cristo[312]. Era el último viernes de enero de 1477, pero las nubes se abrieron y brilló el sol. Las joyas de Isabel, que servían al mismo tiempo de adorno y de símbolo de poder, resplandecieron como correspondía a la ocasión.

Al cabo de dos días, Isabel regresó a la imponente catedral gótica, considerada la más bella de España, con una corona de oro tachonada de joyas y un collar de balajes que, según la leyenda, había pertenecido al rey Salomón. Desfilaron ante ellos, a lo largo de una nave que, según Münzer, medía doscientos pasos, los trofeos traídos por Fernando del campo de batalla de Toro, los estandartes del rey Alfonso de Portugal y la armadura de su abanderado, que colgaron sobre la tumba del rey Juan I para indicar que se había restablecido el honor de Castilla tras la histórica derrota de Aljubarrota en 1385. «Asi fue vengada la deshonra y caymiento quel rey

don Juan recibiera», comentó Palma[313]. El mensaje era claro y sencillo: Isabel devolvía a Castilla su esplendor pretérito, aunque este fuera puramente imaginario. Repararía los agravios cometidos contra sus antepasados, por muchos siglos que hubieran transcurrido.

El espectáculo de Toledo era típico del afán de Isabel de recurrir a toda clase de propaganda para transmitir su mensaje. Así, las victorias modestas se convertían en grandes hazañas, los actos de usurpación, en declaraciones de legitimidad y la rutina de gobierno, en lecciones magistrales de sabiduría real. Al fin y al cabo, el usurpador de la corona necesita convencer a todos de que él no lo es. Isabel sobresalía especialmente en el uso de la palabra escrita, aunque no fuera ella en persona quien escribiera, ya que hacía tiempo que contaba para este menester con cronistas reales que actuaban como propagandistas a sueldo. Pero fue el primer soberano español que recurrió a la imprenta, que llegó a Castilla el mismo año en que Isabel usurpó la corona. Este salto tecnológico ofrecía posibilidades de control social e intelectual desconocidas hasta entonces. Le permitió remodelar el pasado, manipular el presente y elaborar un relato de su vida y su reinado que quedaría para la posteridad.

Se utilizó enseguida la imprenta para difundir los resultados de sus primeros grandes actos legislativos, a raíz de las convocatorias de Cortes en Madrigal en 1476 y, cuatro años más tarde, en Toledo. Fueron acontecimientos importantes en los que ella y Fernando dejaron la impronta de su autoridad en el reino y pusieron en marcha un gobierno casi absolutista. Los procuradores de las diecisiete ciudades representadas en las Cortes eran demasiado débiles para resistirse a Isabel y a su marido, aunque los jóvenes monarcas estaban todavía dispuestos a cortejar sus favores como contrapeso de la nobleza. Tanto en Madrigal como en Toledo, los reyes impusieron su voluntad, recaudaron dinero, reformaron la hacienda y extendieron los tentáculos del poder real en las ciudades, aldeas y campos de Castilla mediante el recurso a una fuerza policial a menudo despiadada,

la Santa Hermandad. La reina nombró cronistas para que escribieran relatos de estas Cortes que impresionaran a sus nuevos súbditos y en los que se pasaba por alto, por ejemplo, que en Madrigal participaron procuradores nombrados fraudulentamente por los reyes en representación de las localidades fieles a la Beltraneja, como Madrid, Córdoba y Toro. Las crónicas tampoco mencionaban que, en las Cortes de Toledo, la decisión de Isabel de recompensar a su fiel aliado Cabrera con tierras que pertenecían a Segovia había provocado las protestas de dicha ciudad. En cambio, los cronistas presentaron estas asambleas como momentos de gran consenso nacional, cuyo epítome sería la ceremonia de jura de Isabel, hija de los monarcas, como heredera del trono en Madrigal. Las Cortes, según las crónicas, eran la demostración de que todo el reino apoyaba a Isabel y a su nuevo estilo de gobierno[314].

Isabel buscaba no solo la legitimidad, sino también la fama. En la mentalidad de la época, únicamente los santos, los reyes victoriosos, los caballeros célebres y las grandes figuras de la ficción caballeresca —incluidos Merlín y Arturo— perduraban en la imaginación popular más allá de sus vidas. Isabel, como muchos monarcas, estaba decidida a perdurar.

Los cronistas fueron el principal instrumento de Isabel para proyectar su propaganda en la historiografía posterior. No había nada nuevo en esos cronistas «reales», que iban desde eruditos respetables hasta sinvergüenzas sensacionalistas, a los que «más les place relatar cosas extrañas e maravillosas, que verdaderas e ciertas, creyendo que no será avida por notable la historia que no contare cosas muy grandes y graves de creer», según el poeta Fernán Pérez de Guzmán. Isabel les aumentó el salario en un 60 por ciento y alentó la competencia creativa para ver quién escribía las obras más útiles[315].

Los desencantados, como el gruñón y testarudo Palencia, acabaron marginados. Los que se plegaban sin rechistar tenían trabajo asegurado de por vida, así como alojamiento, manutención, acceso a los documentos, la atención del monarca y la garantía de que se publicarían sus obras. Todo por un módico precio: su versión de los hechos tenía que contar con el visto

bueno de Isabel o de sus funcionarios. «Yo iré a vuestra alteza segund me lo enbia a mandar e levaré lo escrito fasta aquí para que lo mande examinar», le aseguró el hombre que sustituyó a Palencia, Hernando del Pulgar. Otros leían sus escritos en voz alta durante las comidas reales, mientras los burócratas de la corte hacían comentarios y correcciones. Isabel no quería que su punto de vista fuera aplicado solo a los hechos de su reinado, sino a toda la historia de España, que hubo que reescribir para que encajase en un relato que narrara la pérdida de la gloria de Castilla y su restablecimiento gracias al liderazgo mesiánico de Isabel y su marido. Así fue como la *Crónica abreviada de España*, de Diego de Valera, que despellejaba sin piedad a Enrique IV, se convirtió en una de las primeras historias populares del país, de la que se hicieron ocho reimpresiones entre 1482 y 1500. Valera, que había estado al servicio tanto del padre de Isabel como de su hermanastro Enrique, sabía muy bien que su papel debía ser, como dijo otro de los cronistas de la reina, el de «evangelista temporal» que la inmortalizara. Sin embargo, de los cronistas e historiadores que ella y Fernando contrataron, ninguno igualó a Giovanni Nanni, cuyos «Comentarios» inventaron toda una línea de antiguos reyes españoles basándose en textos enteramente ficticios[316]. Sin embargo, la familia real los adoptó rápidamente como prueba del añejo pedigrí de los monarcas (y de España).

Algunos historiadores creen que se creó todo un departamento o taller real encargado de perfeccionar las artes oscuras de la tergiversación y la propaganda, cuyos productos escrupulosamente elaborados eran sometidos a la aprobación real antes de ir a imprenta[317]. Es más probable, sin embargo, que el afán de Isabel por mantener la información bajo el control de la corona fuera un reflejo natural de su administración autoritaria. Algunas crónicas permanecieron guardadas en el archivo real durante décadas antes de ser expurgadas a fondo y publicadas.

La primera visita de Isabel a Toledo no solo cumplió su objetivo de difundir este nuevo relato para Castilla, sino que también trajo la pacificación final a la ciudad. Sus funcionarios recibieron la orden de disolver los gremios armados y las ligas rivales que habían sido durante mucho tiempo fuente de sangrientas disputas que periódicamente estallaban en forma de guerras de bandas, disturbios y saqueos. «Todos los ciudadanos eran cómplices de maldades y crímenes, y pervertido el corazón del pueblo», dijo Palencia. Las distintas facciones se turnaban al mando de la ciudad o se veían obligadas a exiliarse y luchaban por regresar. «No sé por que pecados aquella noble cibdad rescibe tan grandes y espera recibir mayores puniciones», había escrito Pulgar después de una refriega. Isabel dejó tras de sí un mensaje a quienes creían que podían continuar con las trifulcas: Juan de Córdoba, alcaide del puente fortificado de Alcántara sobre el río Tajo, fue ahorcado por desobediencia[318].

Así como la autoridad real había sido débil en el corazón de Castilla durante el reinado de Enrique IV, era casi inexistente en partes de la periferia del reino, como la lejana Galicia, en el verde y lluvioso noroeste, y Extremadura, en la frontera con Portugal. Los nobles de esos territorios pasaban gran parte del tiempo peleándose por las tierras, reconocían solo de palabra la autoridad de Isabel o se habían aliado directamente con Portugal. Todo eso era anatema para Isabel, que detestaba la debilidad, las medias tintas o hacer la vista gorda, y expresó su descontento confiscando todas las propiedades de Fernando de Pareja, un destacado noble gallego que había apoyado al rey luso. En Extremadura, Isabel decidió ocuparse personalmente de los últimos rebeldes. Al igual que en Galicia, las ambiciones personales se habían solapado con las alianzas con Portugal para tejer una densa maraña de conflictos espinosos e interrelacionados. Sus consejeros la advirtieron de que no fuera, porque no tendría dónde esconderse si las cosas salían mal. «É por estas razones decían, que ni el Rey ni la Reyna debían ir á aquellas partes de Estremadura fasta tanto que la tierra estoviese más pacificada», informó Pulgar. La respuesta de Isabel fue, como de costumbre, categórica y beligerante. «Oir continamente la

guerra que los portugueses como contrarios y los castellanos como tiranos facen en aquellas partes, e sofrilo con disimulación no sería oficio de buen Rey, porque los reyes que quieren gobernar han de trabajar […]. A mí me parece que el Rey mi señor debe ir a aquellas comorcas allende el puerto [o sea, a Cantalapiedra y las últimas fortificaciones que resistían cerca de Toro], y yo a estotras partes de Estremadura, para proveer en lo uno y en lo otro.» Así que Isabel se marchó de todos modos a Extremadura, donde tomó decisiones draconianas siempre que fue necesario. En las zonas cuya nobleza no le parecía digna de confianza, ordenó que derribaran sus castillos y fuertes. En las ciudades, comprobó que la mejor estrategia era aliarse con las familias principales. En Cáceres es fama que resolvió mediante un sorteo la disputa de dos clanes que reclamaban el control de la ciudad, que obtuvieron a perpetuidad los afortunados ganadores[319].

El desafío más importante pendiente de resolver era Andalucía, una de las regiones más jóvenes del reino, que había sido reconquistada gradualmente de manos de los musulmanes desde principios del siglo XIII y donde vivía casi la quinta parte de los habitantes de Castilla. Era un territorio fronterizo, ya que limitaba al sudeste con el reino nazarí de Granada. Era asimismo fértil y rico. No solo Sevilla era la ciudad con más habitantes de la España cristiana, sino que Córdoba y Jaén se contaban entre las mayores del reino. Dos nobles, el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz, se disputaban el poder en la ciudad hispalense y sus alrededores. Ambos habían apoyado de boquilla la candidatura de Isabel al trono, pero estaban más interesados en su rivalidad y apenas habían intervenido en la guerra civil. Una vez más, algunos consejeros creyeron que Andalucía era una tarea demasiado grande para que Isabel pudiera abordarla por su cuenta. «Otros censuraban a la Reina por haberse adelantado a don Fernando, y pronosticaban la insufienciencia de las resoluciones de una mujer para asuntos de tanta monta», escribió Palencia. Sin embargo, habían dicho lo mismo sobre Extremadura y los éxitos de

Isabel habían alimentado su natural audacia. La reina se fue una vez más sin su marido[320].

17

Justicia expeditiva

Sevilla, julio de 1477-octubre de 1478

El pueblo de Sevilla estaba consternado. Muchos de los hombres más ilustres de la ciudad, entre los que no habían huido, comparecían ante Isabel para implorar clemencia. La reina estaba sentada impasible sobre un trono elevado, cubierto de paño de oro, en uno de los salones del Real Alcázar, la impresionante fortaleza construida por los musulmanes antes de que la ciudad fuera conquistada por los cristianos hacía más de dos siglos. Los prelados y altos cargos se sentaban en filas situadas debajo de Isabel, mientras esta se disponía a escuchar las excusas de los temerosos sevillanos. El obispo de Cádiz, Alfonso de Solís, que habló en nombre de estos, reconoció que se habían cometido asesinatos, actos de violencia y robos durante el reinado de Enrique IV y más tarde, al comenzar el reinado de Isabel, en los primeros compases de la guerra civil. Se alegraban de que la reina hubiera llegado en julio de 1477 para restablecer el orden. Las ejecuciones públicas de los principales infractores y el número de personas que habían huido antes de que los capturasen lo demostraban. Lo único que le pedían era que fuese menos severa[321].

«Estos caualleros e pueblos desta vuestra cibdad vienen aquí ante vuestra real majestad, e vos notifican que cuanto gozo hovieron los días pasados con vuestra venida a esta tierra, tanto terror e espanto ha puesto en ella el rigor grande que vuestros ministros muestran en la execución de vuestra iusticia, el cual les ha conuertido todo su placer en tristeza, toda su alegría

en miedo, y todo su gozo en angustia y trabajo», dijo Solís. A continuación, el obispo admitió que a veces se habían burlado de la ley en las décadas anteriores, pero culpó de ello a las incesantes hostilidades en la ciudad entre el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz y sus seguidores respectivos. Dijo el obispo:

> No podemos por cierto negar que en aquel tiempo tan disoluto no fuéron cometidas algunas fuerzas, muertes é robos, é otros excesos por muchos vecinos desta cibdad é su tierra, los quales causó la malicia del tiémpo, é no excusó la justicia del Rey, y estos son en tanto número, que pensamos haber pocas casas en Sevilla que carezcan de pecado, quier cometiéndolo, quier encubriéndolo, é seyendo en él participantes por otras vias é circunstancias […]. E si entonces, muy excelente reina e señora, estaua en punto de se perder porla poca iusticia, agora está perdida e muy caída por la muchae muy rigurosa que vuestros jueces e ministros en ella executan: de la cual todo este pueblo ha apelado, e agora apela para ante la clemencia e piedad de vuestra real magestad, e con las lágrimas e gemidos que agora vedes e oís se humillan ante vos, y os suplican […] que vuestras entrañas reales se conpadescan de sus dolores, de sus destierros, de sus pobrezas, e de sus angustias y trabajos que continuamente padescen, andando fuera de sus casas por miedo a vuestra iusticia.

El obispo añadió una breve nota moralizante sobre lo poco cristiano que era excederse en el castigo: «El rigor de la iusticia engendra miedo, y el miedo turbación, y la turbación algunas veces desesperación e pecado […]. Reina muy excelente, tomando aquella dotrina mansa de nuestro Saluador e de los reyes santos e buenos, tenplad vuestra iusticia e derramad vuestra misericordia e mansedunbre en vuestra tierra»[322].

No parece que a Isabel le causara un gran efecto ni que creyera que fuese el momento de la «dotrina mansa». Ya sabía que Sevilla sería una ciudad difícil de domeñar (un visitante alemán calificó a sus habitantes de groseros, necios y avaros, pero astutos) y había pasado mucho tiempo ablandándola antes de su llegada, para lo cual había recurrido a una herramienta que acababa de caer en sus manos: las milicias locales conocidas como «hermandades». Estas se encargaban de vigilar las carreteras y las zonas rurales, pero también recaudaban dinero y reclutaban soldados en tiempos de guerra. Las hermandades de las distintas ciudades (y sus comarcas) que apoyaban a Isabel también habían enviado milicianos para ayudarla en la lucha contra los partidarios de Juana. Sin embargo,

Isabel las convirtió en algo muy diferente: una red nacional de policía y magistrados que podía convertirse en una herramienta para la imposición de la autoridad real. Anteriormente las hermandades solo podían actuar en el campo o en los pueblos de menos de cincuenta habitantes, pero ahora la Santa Hermandad, como se llamaba la red de ámbito nacional, podía decidir por cuenta propia en qué tipo de delitos era competente, casi con total independencia de dónde se hubieran cometido. También podía emplearse para reclutar un ejército nacional, tanto para defender al monarca como para atacar a sus enemigos. Isabel aprovechaba una vieja institución castellana, pero las funciones que quería atribuirle suponían una enorme expansión del poder real sobre la vida de sus súbditos. Así era como cambiaría las cosas, tomando las instituciones existentes —a menudo en nombre de la historia y de la tradición— para convertirlas en instrumentos más duros y afilados, pisoteando costumbres y derechos adquiridos si era necesario, pero apelando siempre a Dios y a la grandeza o la pureza de Castilla[323]. Gracias a las hermandades, Isabel disponía ahora de un arma crucial que podía usar para imponer la justicia o, si así lo deseaba, la tiranía.

La afiliación era obligatoria para todas las ciudades y la corona tenía sus propios magistrados en cada hermandad provincial, que reunía las ciudades, pueblos y aldeas de cada provincia. Algunas urbes se mostraron claramente reacias a unirse, al ver en ello una amenaza a su independencia y, debido a los impuestos necesarios para financiar las hermandades, a sus arcas. Sevilla era una de ellas. En los meses previos a la llegada de Isabel, habían enviado varios funcionarios reales —entre ellos Palencia, que fue nombrado procurador general de la Santa Hermandad— para que se asegurasen del establecimiento de la hermandad en Sevilla. El hombre fuerte de la ciudad, el duque de Medina Sidonia, reaccionó tan airadamente a la idea que amenazó con matar a los emisarios de Isabel, dos de los cuales se ocultaron. «Amenazó a Juan Rejón con la horca y a Pedro del Algaba con degollarlo», informó Palencia[324]. Cuando las autoridades sevillanas accedieron finalmente a la creación de la Hermandad, lo hicieron con la displicencia

que les caracterizaba. Isabel les escribió furiosa para ordenarles que pusieran fin a sus dilaciones:

> Vos enviamos mandar que ficiedes Hermandad en esa dicha cibdad, é su tierra, é billas y lugares de su Arzobispado […] porque los robos, fuerzas, muertes é otros grandes daños é males que fasta aquí se han fecho é cometido en estos mis Regnos cesasen […], é los caminos fuesen seguros […]. Agora soy informada, que como quiera que habeis fecho la dicha Hermandad, no se ha fecho tan enteramente como cumplió de se facer […], de que soy mucho maravillada, por no haber puesto en esto aquella diligencia que cumplia á servicio de Dios, é mio, é al bien é pro común […], por lo qual mando á vosotros, é a cada uno de vos, que luego como vos fuera mostrada, sin dilacion ni otra escusa alguna fagais la dicha Hermandad[325].

Estaba previsto que la Santa Hermandad durara dos años. Al final fueron veinte. La justicia que impartía era a menudo expeditiva. Un viajero borgoñón se sorprendió al descubrir que la Hermandad prefería ejecutar a la gente con venablos o flechas en vez de con la horca:

> Apenas si hacen colgar en España; pero atan a los malhechores merecedores de la muerte a un poste, y les ponen una marca de papel blanco en el sitio del corazón. Luego la justicia ordena a los mejores ballesteros que se encuentran disparen sobre ellos mientras no hayan muerto; y, si el malhechor sabe que algún amigo suyo es un buen ballestero, requiere a la justicia para que le haga tirar, a fin de morir antes. Y, de no hacerlos morir de ese modo, los tienden sobre el suelo, y les ponen la cabeza sobre un bloque, y se la cortan con un hacha[326].

A otros viajeros les asombró que en las afueras de muchos pueblos hubiera una alta columna de piedra con cuatro brazos en la parte superior, siempre a punto para ahorcar a la gente o para exhibir a los ejecutados de alguna otra forma. En sus cinco meses de viaje, Münzer se encontró dos veces con el macabro espectáculo de cadáveres colgando de estas columnas. «Fuera ya de las murallas [de Almería], vimos una alta columna de cal y canto, en la que pendían por los pies seis italianos convictos de sodomía», escribió. Un castigo parecido había sido impuesto por el mismo delito en Madrid, ante cuyas puertas «vimos dos hombres colgados por los pies y con los genitales atados al cuello», relató Münzer[327].

Isabel se había presentado por primera vez en Sevilla el 25 de julio, a bordo de un barco que la había llevado Guadalquivir abajo hacia la Torre del Oro, cuya fachada dodecagonal revestida de mortero mezclado con paja brillaba a la luz del sol veraniego. La habían erigido hacía doscientos cincuenta años como torre de vigilancia sarracena y estaba unida al alcázar de la ciudad por una muralla. En el sitio donde se levantaba la mezquita principal de la ciudad estaban construyendo una catedral gótica, aunque conservando algunos elementos de la primera, como el esbelto minarete llamado la Giralda y el patio de los Naranjos, con sus cipreses, palmeras, limoneros, naranjos y cidros. Los sevillanos observaban a la reina que se adentraba a caballo en la ciudad y, según Palencia, se preguntaban de qué artimañas podrían valerse para esquivar su pleno dominio y prolongar la anarquía en la que prosperaban. Debió de ser entonces cuando, a la vista de la indumentaria de la duquesa de Medina Sidonia, que había cometido la imprudencia de intentar eclipsar a la monarca, Isabel se quejó de que el pueblo sevillano no parecía quererla mucho. «No se [re]para que tienen deseo en Sevilla ny en el Andaluzia de ver a la Reyna, pues que tantas hay en ella», le dijo al duque de Medina Sidonia, al parecer refiriéndose a su esposa, a lo que este repuso, nervioso: «Señora, Reina no hay en Castilla ny en el Andaluzía mas que una; y eslo Vuestra Alteza después de Dios por mí»[328].

Como otros visitantes, a Isabel debió de impresionarle la ciudad, con sus amplias calles, sus jardines y sus palacios varios, pertenecientes a la nobleza local. «La admiracion que la causó el inmenso gentío de sus calles y la magnificencia del Real Alcázar […] la hicieron confesar no haber imiginado jamas la grandeza de tan insigne ciudad», informó Palencia, que se encontraba allí[329]. El alcázar era maravilloso, lleno de la mejor albañilería ornamental, celosías de estuco y cerámicas de colores de los cinco siglos en que la ciudad había estado gobernada por los musulmanes. Uno de los predecesores de Isabel, Pedro el Cruel, era tan entusiasta del palacio que había gastado dinero a espuertas en él, ampliando el edificio original con la ayuda de artesanos mudéjares. El agua llegaba a las

habitaciones y baños y patios estaban adornados con mármol y oro, mientras que un denso huerto de naranjos ofrecía el aroma del azahar a finales de la primavera y un refugio de fresca sombra en los meses de verano. Los frisos de letras gótica y cúfica eran un recordatorio más de la a veces delicada convivencia entre cristianos y musulmanes durante siete siglos. Una leyenda popular sobre el patio de las Doncellas afirmaba que los gobernantes musulmanes habían exigido en otro tiempo un tributo anual de cien doncellas cristianas.

Sevilla se encontraba en una fértil llanura, a orillas del Guadalquivir, ancho y navegable, cuyas aguas subían y bajaban con la marea. Así la describió Münzer: «En una extensa y hermosa planicie, la llanura más grande, mayor que ninguna de las otras ciudades de España que visité y cuyo campo produce en abundancia prodigiosa toda clase de frutos, especialmente aceite y excelente vino». Al viajero alemán le impresionó la forma en que se distribuía el agua dulce por una ciudad que, vista desde la Giralda, duplicaba en tamaño a Núremberg. «Hay en Sevilla mucha agua potable y un acueducto de trescientos noventa arcos, […] y presta muy buen servicio para el riego de jardines, limpieza de calles y viviendas, etc.» Las aceitunas eran del tamaño de las ciruelas, añade, y, con los viñedos de Jerez a escasa distancia, su vino era mejor incluso que la malvasía blanca, dulce y enriquecida de Italia[330].

Según Palencia, que había hecho de Sevilla su hogar adoptivo, casi todos los grandes de Andalucía se oponían ahora a Isabel, a la que consideraban una amenaza a su dominio tradicional sobre las ciudades. Medina Sidonia era uno de los que «preferiría como los demás nobles, el triunfo del rey de Portugal, a ver dominar en Sevilla la suprema autoridad, más y más ensoberbecida después de la batalla de Zamora, y empeñada en la venganza contra los magnates investidos con cargos públicos»[331]. Los nobles estimaban la campaña de Isabel contra ellos como un pésimo ejemplo de «resolución femenil», mientras que el propio Palencia la acusaba de cometer una locura al creer que podía expulsar de sus ciudades a los potentados locales. Los que dudaban de la fortaleza de Isabel se llevaron un

buen chasco. Sevilla era una ciudad donde la ley no siempre se acataba y, en ocasiones, no se respetaba en absoluto. Era habitual que quedaran impunes delitos de toda clase, desde el robo hasta el asesinato, cometidos a veces a instigación de los grandes. «Era tanto el número de malhechores en Sevilla antes de que fuese el rey —señaló Münzer— que las gentes no se atrevían a andar de noche por las calles; muchos había que durante esas horas introducíanse enmascarados en las casas, llevábanse el dinero, las alhajas, todo, en fin, lo que topaban a su alcance, y nadie podía estar seguro, ni dentro de la ciudad, ni fuera de sus muros, ni en toda aquella comarca.»[332] La lista de los que buscaban justicia en Sevilla era larga. Para desatascar la situación, Isabel ordenó que todas las quejas fueran resueltas en tres sesiones y el castigo, cuando fuera pertinente, aplicado de inmediato. Los peticionarios acudían a ella en persona en las audiencias semanales de los viernes, en las que Isabel se sentaba en el trono y despachaba los casos con la máxima rapidez. Se dictaban sentencias de muerte que se ejecutaban en el acto. Se confiscaron propiedades para devolverlas a sus legítimos dueños. Durante los dos primeros meses de su estancia, la reina impuso medidas draconianas y unas 4000 personas huyeron a Portugal o al reino musulmán de Granada. «La excesiva severidad hizo huir inmediatamente de la ciudad, no solo á los homicidas, sicarios y ladrones, sino á sus amigos y cómplices», observó Palencia[333]. Sin embargo, no fue solo en Sevilla donde se dejó sentir el peso de la estricta justicia de Isabel o la dura disciplina impuesta por la Santa Hermandad. «Era muy iniciada a hacer justicia, tanto que le era imputado seguir más la vía de rigor que de la piedad; y esto facía por remediar a la gran corrupción de crímenes que falló en el Reyno quando subcedió en él», explicó su principal apologista, Fernando del Pulgar[334].

Lejos de amar a su reina, los sevillanos refunfuñaban. Pandillas de jóvenes hispalenses luchaban con los jóvenes de la corte, a los que llamaban «ganseros» por su costumbre de pasear gansos, a lo que los aludidos respondieron llamando «jaboneros» a aquellos por su uso supuestamente excesivo del jabón, una tradición que databa del tiempo de los musulmanes

y que pervivía en Triana, donde una almona con enormes tinas de aceite de oliva hirviendo, sosa, cal y cenizas producía un jabón duro y blanco que era exportado a Inglaterra, Flandes y otros lugares[335]. Medina Sidonia se convirtió en el aglutinante de los descontentos, pero el 10 de septiembre, ante la llegada inminente de Fernando y sus tropas, el duque accedió a entregar a la corona el control del alcázar y otros puntos de relevancia estratégica[336].

Isabel acabó decretando una amnistía general para los delitos más graves, incluidos la traición, el asesinato, la lesa majestad y la violación, poco antes de que su esposo llegara, el 13 de septiembre de 1477. Menos gente de lo esperado acudió a presenciar su entrada, lo que el cáustico Palencia atribuyó al hecho de que coincidió con la hora de la siesta. El mismo Palencia había urgido desesperadamente a Fernando a que viajara a Sevilla y corrigiera lo que consideraba los errores de Isabel. «Los andaluces todos tenían puestas sus esperanzas en su venida desde que […] habían conocido de cuán poco les había servido el gobierno de una mujer», escribió[337]. Sin embargo, cuando Fernando llegó por fin, enseguida se convenció de que la reina tenía razón. Los sevillanos que pensaban que la justicia real se ablandaría estaban furiosos y se quejaban de que el soberano estaba dominado por su esposa. Incluso Palencia empezó a lamentarse de que lo poco de bueno que se hacía era gracias a Isabel, no a Fernando. En un incidente entre jaboneros y ganseros, arrojaron piedras y profirieron insultos contra Fernando. Corrió el rumor de que el duque de Medina Sidonia estaba involucrado en los hechos y de que lo habían encarcelado. Mientras los furibundos sevillanos se preparaban para el tumulto, cientos de soldados de la caballería real salieron a proteger las puertas del palacio; pero la durísima actuación de Isabel en Sevilla no tardó en dar lugar a una segunda e importante victoria que aceleraría el proceso de sumisión de la arisca Andalucía al yugo real. El rival del duque de Medina Sidonia, el marqués de Cádiz, entró secretamente en Sevilla en agosto, pidió perdón por haberse opuesto a los monarcas y les cedió el control de Jerez y otros puestos estratégicos importantes.

Isabel lo celebró subiendo a bordo de una embarcación en la que recorrió los 80 kilómetros de aguas caudalosas y turbias del Guadalquivir hasta alcanzar su desembocadura, donde cumplió un sueño largamente anhelado. Llegaron a las marismas y playas arenosas del Atlántico «con gran contento de la reina, que antes de arribar quiso ver el océano y aun pretendía salir a alta mar; pero se lo impidió el temor al mareo, por sospechas de embarazo», informó Palencia[338]. El duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz se disputaron a partir de entonces el favor de los jóvenes monarcas y el primero les entregó otras cinco plazas fuertes. Se llegó a un acuerdo parecido en Córdoba, ciudad considerada la segunda o tercera en tamaño (después de Sevilla y tal vez Toledo) de los reinos de Isabel, donde hacía tiempo que las facciones encabezadas por Álvaro de Aguilar y el conde de Cabra se disputaban la hegemonía. Unos años antes, durante el reinado de Enrique, se habían producido disturbios después de que una conversa arrojara accidentalmente agua por la ventana al paso de una procesión que llevaba una estatua de la Virgen. Un herrero afirmó que era orina, lo que provocó un estallido de violencia de dos días de duración, durante los cuales la multitud asesinó, violó y robó a los conversos y quemó sus hogares[339].

Fernando, mientras tanto, viajó a Madrid para obtener una prórroga de tres años de la Santa Hermandad. Isabel se aburría, «preocupada por realizar algo útil», según Palencia, de modo que se dedicó a erradicar los últimos focos de resistencia de Andalucía, incluida la toma del castillo rebelde de Utrera, situado en una colina a unos 30 kilómetros de Sevilla. La guardia personal de Isabel dirigió el ataque. Varios de sus miembros resultaron muertos o heridos y, cuando la guarnición se rindió por fin, Isabel no tuvo piedad. A los soldados de leva les dejaron en libertad, pero los demás fueron ahorcados o decapitados por orden de la reina y sus cuerpos, colgados en las afueras de Sevilla «para que sirvieran de escarmiento a la multitud». A esas alturas, incluso Palencia no tuvo más remedio que aceptar que Isabel se estaba ganando la reputación de aplastar por sí misma a sus oponentes: «Se comprobó justamente el talento de la

ilustrísima reina en tener a raya las insolencias de los rebeldes durante la ausencia de su marido»[340].

Los poetas de la corte, cuando no adornaban a Isabel con atributos masculinos para explicar su ascendiente sobre ellos, recurrían al melancólico lenguaje del amor cortés, una de las pocas formas en que los hombres podían expresar su inferioridad o temor ante una mujer. Así, uno de ellos escribe:

Socorredme que yo muero
que todo el mundo adiuina
que Vos sois la mediçina
deste mi dolor tan fiero.

Y balbuce atropellada o incoherentemente ante ella:

Si quiero hablar no oso,
si quiero callar no puedo;
como hijo temeroso,
ante el padre rrençilloso,
me cubro de vuestro miedo.
Como piden la clemençia
los condenados a crimen,
ansi con gran rreverencia,
ante la vuestra presençia
todos mis sentidos trimen.

El temor, la admiración y la lealtad eran difíciles de expresar, sobre todo cuando se combinaban en un todo. «Una cosa es de notar —escribió otro poeta de la corte, aparentemente sorprendido—, que temer y amar / estén juntos sin rifar.»[341] A Isabel no parecía importarle. Al fin y al cabo, eran exactamente las emociones que un soberano triunfante tenía que suscitar. Ante la famosa pregunta planteada posteriormente por Maquiavelo acerca de si era mejor ser amado que temido o temido que amado, Isabel había llegado a todas luces a la conclusión de que, si bien lo mejor era conjugar ambas cosas, ser temido era desde luego lo más útil.

En su larga estancia en Sevilla, Isabel no se limitó a impartir rigurosa justicia, ni a obligar a los nobles a aceptar su autoridad. Fernando había

llegado el 13 de septiembre de 1477. La obsesión popular con los embarazos de la reina era tal que, en una carta dirigida a Isabel, el remitente afirmó que ya debía de estar encinta apenas dos días después de la llegada de su esposo. No andaba muy desencaminado. Habían transcurrido varios años desde su última gravidez y la reina había consultado con un médico judío, Lorenzo Badoç, a cuyos servicios Fernando atribuiría en parte el nuevo embarazo. Todo el mundo estaba a la expectativa de lo que depararía el futuro ocho años después de haber dado a luz a Isabel. «Una sola esperanza brillaba para el futuro en el corazón de los castellanos: el parto de la reina Isabel tanto tiempo deseado», escribió Palencia, quien dijo que la reina esperaba tener un varón. Fernando, consciente de que pronto sería rey de Aragón, también rezaba por un niño, pero se preocupaba más por su esposa. «Y como aquel embarazo daba muchas señales indicadoras del peligro de aborto cuando le llegara su hora a la reina, se angustiaba de una manera especial el rey, movido por el indecible amor a su esposa, prefiriendo a toda otra clase de venturas el que ella saliese incólumne de su trance.» Otros podrían haber antepuesto el nacimiento de un heredero varón. Quizá Fernando se asustara por el tamaño cada vez mayor del vientre de Isabel y por los peligros que suponían para ella el embarazo y el parto. Corrió el rumor de que había mandado decapitar a un hombre que había bromeado diciendo que «la reina ha de parir o reventar: no podrá escapar»[342].

18

Adiós, Beltraneja

Sevilla, 30 de junio de 1478

Una comadrona de Sevilla, apodada la Herradera, trajo al niño al mundo en los aposentos de la reina en el alcázar, ante un grupo de funcionarios de la ciudad. A buen seguro tenía las manos finas y los dedos largos que se consideraban necesarios para su profesión. Era el 30 de junio de 1478, exactamente nueve meses y diecisiete días después de la llegada de Fernando. Esta vez fue un niño, al que llamaron Juan. Al cabo de nueve días, una gran procesión recorrió las calles de la ciudad hasta la catedral de Santa María la Mayor. Llevaba al bebé su aya, mientras que los obispos y los grandes lo acompañaban a pie o a caballo al son de chirimías, sacabuches y trompetas. Las cruces de las iglesias de Sevilla fueron desfilando ante el recién nacido y sus acompañantes[343]. Un cardenal y el nuncio papal estaban presentes para supervisar el bautismo de un niño aparentemente destinado a convertirse en uno de los reyes más poderosos de Europa. La alegría y el alivio se extendieron rápidamente por Castilla y Aragón.

El recién nacido recibió el nombre de sus dos abuelos, aunque algunos hicieron notar que los Juanes anteriores habían traído mala suerte a Castilla. Le saludaron con presagios de gloria mesiánica, como si fuera una combinación de san Juan Bautista con el legendario Gran Monarca, tan largamente esperado. «Pagado ha la reina a este reino la debda de la subcesión viril que era obligada de le dar», observó Pulgar, que ahora

decidió que el nacimiento era una prueba definitiva de que Dios había elegido a Isabel por encima de sus hermanos para elevar de nuevo a España a la gloria. «No escogió de la tribu de Alfonso ni de Enrique, pues este rechazó el tabernáculo de Dios, sino que, en su lugar, eligió a la tribu de Elisabeth, que él amaba.»[344] La reacción se explicaba, en parte, por el hecho de que España tenía ahora un príncipe cuyo destino previsible, como futuro rey de Castilla y Aragón, era gobernar la mayor parte de la península Ibérica, desde los puertos atlánticos de Castilla occidental hasta la costa mediterránea de Cataluña y Valencia. «Esta es la unión de los reinos», escribieron los entusiastas consejeros de Barcelona[345]. Un escritor de Toledo estaba tan encantado que creía saber exactamente qué efecto había tenido el nacimiento en Isabel. «La reyna, nuestra sennora, quedó muy alegre por ser librada del peligro del parto, e por el nascimmento del señor principe, segunt el evangelico vervo diziente: “La muger, cuando pare, tristeza tiene; mas desque pare fijo varon, no se acuerda de la presura, por el gozo que há, porque nascido es homme y principe en el mundo”.»[346] No sabemos si Isabel experimentó alguna «presura» o no, pero debió de pensar que ese auspicioso nacimiento era la gloriosa culminación de sus primeros años triunfales como reina. Castilla, salvo algunos aspectos problemáticos, estaba bajo su control. Isabel era tradicionalista y no tenía ningún interés en cambiar las reglas sucesorias para favorecer a las mujeres o en equiparar sus derechos a los de los hombres. Ella gobernaba Castilla como reina, con la ayuda de su esposo, pero su reinado se veía claramente reforzado por la existencia de un heredero varón que podría evitar disputas futuras sobre la conveniencia de que una mujer se sentara en el trono. Ahora tenía que asegurarse de que el sucesor tuviera algo estable, puro, fuerte y grandioso que heredar.

Isabel no volvió a aparecer en público hasta un mes después, cuando se puso un vestido de seda tachonado de perlas y montó un caballo blanco con la silla decorada con oro para ir a la iglesia, mientras el pequeño Juan iba

con su aya, una vez más, en una mula. Lo único que estropeó las celebraciones fue un eclipse que ocultó hasta tal punto el sol que pudieron contemplarse las estrellas, «el más espantoso que nunca los que fasta allí eran nacidos vieron», informó el cronista Andrés Bernáldez. Los súbditos de Isabel eran cristianos, pero también profundamente supersticiosos y algunos debieron de murmurar acerca de los malos augurios. En Aragón, a Juan el Grande le inquietaba tener que dejar a su precioso nieto en Castilla. Dos generaciones de monarcas castellanos habían sido capturados y criados por los privados en su infancia, convirtiéndolos en débiles alfeñiques. El rey de Aragón no quería que los funcionarios de Isabel hicieran lo mismo con el pequeño Juan. Las grandes familias que ahora se agrupaban alrededor de su madre, compitiendo en visibilidad y participando en el oficio del bautismo, eran la prueba de que el peligro todavía subsistía. «Lo más presto e lo más cautamente que podáys, lo fagáis trasferir en estos mis reynos de aquá, e creer en nos que esta es la salut de vuestros stado e fechos», le recomendó Juan el Grande a Fernando. Al parecer, el cada vez más anciano monarca aragonés seguía creyendo que era su hijo, y no Isabel, el verdadero rey de Castilla, y daba por sentado que su nieto heredaría la corona del reino solo cuando hubiera muerto su padre[347]. Se equivocaba en ambas cosas.

Isabel no estaba dispuesta a entregar su precioso hijo a nadie y, en vez de ello, instalaron a Juan con su ama de cría, María de Guzmán, en la corte de Isabel. Teniendo ya cerca y seguro al recién nacido, la reina pudo dedicarse de nuevo a los asuntos de Estado. Castilla aún estaba, al menos en teoría, en guerra con Portugal. Quedaban unos cuantos reductos puntuales de rebeldes partidarios de la Beltraneja, sobre todo en Extremadura. Una de sus figuras más importantes era una hija bastarda de Juan Pacheco, la condesa de Medellín, que había heredado la sed de poder del padre y, a raíz de una leyenda según la cual había encerrado a su joven hijo en una torre del castillo durante cinco años, su fama de cruel[348].

En octubre de 1478 Isabel abandonó Sevilla para dirigirse hacia la frontera, al principio con su esposo, con quien tramaba sus ataques contra Portugal. En Navidad estaban en uno de los lugares favoritos de Isabel, el

santuario de Guadalupe. Hieronymus Münzer lo describió así: «Según vamos de Salamanca a Sevilla, hacia el mediodía, cierra de pronto el paso una altísima sierra de siete o de ocho leguas de longitud. Una multitud de fieras tiene en ella sus guaridas y abunda en barrancos y precipicios. En medio de esta sierra y como si fuera el centro de aquel círculo de montañas, levántase el monasterio de Guadalupe, nombre que toma del pequeño río [el Guadalupejo] que pasa junto a sus muros». Ubicado en unas montañas donde no faltaba el agua y con vistas a la llanura, el recinto monacal estaba rodeado de viñedos y olivares, donde, para sorpresa de Münzer, en pleno enero todavía anidaban aves canoras. Los visitantes acostumbraban a dejar regalos exóticos como agradecimiento por las plegarias atendidas. Un rey de Portugal había traído una piel de cocodrilo, mientras que también había un enorme caparazón de tortuga y un colmillo de elefante procedentes de África. Con sus doscientos sacerdotes y monjes, y provisto de huertos, cocinas, hospitales, una herrería, talleres de costura y zapateros, el monasterio era en sí mismo un pequeño pueblo. «La reina gusta sobremanera de este monasterio al que llama su paraíso, y cuando reside en él reza todas las Horas canónicas en su magnífico oratorio, construido sobre el coro», observó Münzer[349].

Isabel todavía estaba en Guadalupe el 10 de enero de 1479 cuando ella y Fernando firmaron la paz con Francia, que se comprometió explícitamente a no apoyar a Portugal, aunque dejaba en el aire el futuro de las tierras que se disputaba con Aragón (el Rosellón y la Cerdaña). Ello demuestra que para Fernando Castilla era lo primero, presumiblemente para gran disgusto de su anciano padre. Fue allí también donde el arzobispo de Toledo aceptó finalmente un humillante acuerdo de paz. El intrigante redomado había propuesto a Alfonso V de Portugal que lanzara una nueva invasión. Varios grandes se habían comprometido asimismo a respaldar al rey portugués si llevaba más lejos su relación con la Beltraneja y consumaba un matrimonio que, de lo contrario, sería fácilmente anulado. «O fariam se de todo me tevesen casado e atado», reconoció Alfonso. Sin embargo, Isabel y Fernando golpearon primero con la toma de las fortalezas del arzobispo, al

que desposeyeron de buena parte de su poder temporal[350]. Así se quitaron de en medio al personaje más problemático de Castilla, el último de una generación de grandes altaneros. La nueva invasión portuguesa, lanzada con el apoyo de la condesa de Medellín —dueña de un castillo impresionante con vistas al río Guadiana— y de un puñado de otros nobles extremeños se reveló efímera. Una sola batalla, a orillas del río Albuera el 24 de febrero, fue suficiente para acabar con los sueños portugueses de conquista y anexión[351].

El nuevo año apenas había comenzado cuando llegaron noticias trágicas e históricas desde Barcelona. Juan el Grande había muerto el 20 de enero de 1479, a la avanzada edad de ochenta años. Fernando era ahora rey de Aragón. La pareja sopesó la idea de autointitularse «reyes de España», pero optaron por agregar los nuevos reinos a la ya larga lista de sus dominios, que pasó a incluir los que reflejaban —como el ducado de Atenas— el poderoso imperio mediterráneo de Aragón. Eso también significaba que los reyes respetaban la composición tradicional de Aragón como un mosaico de reinos bajo una misma corona, más que como un Estado al estilo de Castilla, más unificado. La poderosa alianza entre los dos grandes reinos españoles se había convertido en una realidad doméstica en el hogar nómada de Isabel y su hijo recién nacido era el heredero de todo ello. Una nueva y poderosa, aunque laxa, entidad política llamada simplemente «España» estaba a punto de nacer.

Con su alianza con Francia desbaratada y su ejército vencido, el rey portugués reconoció finalmente que su aventura en Castilla había sido un desastre. La paz, como pronto resultó evidente, la iban a negociar dos mujeres. La tía portuguesa de Isabel, la infanta Beatriz de Braganza, que también era hermana del rey de Portugal, hizo la primera aproximación. Ella y el hijo y heredero del rey, Juan, habían presionado con fuerza para alcanzar la paz, y ahora instó a Isabel a reunirse con ella en la ciudad fronteriza de Alcántara para poder iniciar conversaciones[352]. Isabel fue sin Fernando y esperó a que su enfermiza tía llegara a la frontera. Sabedora de que su posición era más fuerte, la envalentonada reina de Castilla exigió

que los portugueses le enviasen por escrito sus propuestas antes de empezar las conversaciones. Isabel tenía que comprobar qué precio estaba dispuesta a pagar por borrar para ella y sus descendientes el estigma de su dudosa legitimidad como heredera del trono, de lo que la Beltraneja era un penoso recordatorio. Isabel consideraba que sus victorias militares eran la prueba de que «a su divina providencia plogo de mostrar mi justiçia»[353], pero eso no era garantía de que la Beltraneja no volviera a aparecer en el futuro con un marido y un ejército. Aparte de la paz, Isabel tenía un objetivo que la obsesionaba: quería eliminar para siempre a la Beltraneja como rival.

Isabel y su tía hablaron durante tres días, en unas conversaciones que se prolongaban hasta bien entrada la noche[354]. Beatriz comenzó pidiendo el perdón real para los partidarios castellanos de la Beltraneja y que Castilla se hiciera cargo del coste de la guerra. También propuso que el recién nacido príncipe Juan se convirtiera en el futuro cónyuge de la Beltraneja y exigió que Isabel reconociera públicamente el derecho de su rival al título de princesa[355]. En paralelo con el compromiso anterior, la hija de la reina Isabel se prometería con Alfonso, el hijo de cuatro años de Juan, príncipe heredero de Portugal. Ambas jóvenes vivirían medio cautivas en un castillo de la frontera, vigiladas por Beatriz, hasta que se cumplieran las condiciones de la paz[356]. Sin embargo, Isabel quería que la Beltraneja estuviera mucho más custodiada. De hecho, quería que se la entregaran, bien para casarla con alguien bien para enviarla directamente a un convento de clausura, que era otra forma de prisión. La reina insistió con firmeza en que entrara en un convento castellano, según un informe oficial sobre las conversaciones que orillaba cuidadosamente la cuestión de la paternidad de la Beltraneja al referirse a ella como «la hija de la reina [Juana]». Podría considerar unas capitulaciones matrimoniales, pero prefería volver a la guerra antes que reconocer el derecho de la Beltraneja a cualquier título castellano, ya fuera como infanta o princesa, «porque dándole título de infante es confesar que es hija de rey e de reyna. Y la reyna [Isabel] paresce que no se le deve dar en ninguna manera, y que por solo esto se deve dexar de hablar en concordia», observaron sus funcionarios.

El objetivo principal de Isabel era privar de toda legitimidad a las aspiraciones de Juana a un trono que ella había conquistado por la fuerza de las armas. Esa fue su mayor preocupación durante las negociaciones. Desde luego, no quería pagar íntegramente el costo de la guerra, pero estaba dispuesta a compartirlo. Y podía perdonar a los nobles que habían apoyado a Portugal, pero, no sin artería, pidió que antes le entregaran una lista con sus nombres. El rey de Portugal mantuvo a Beatriz a la espera de instrucciones, hasta que a Isabel se le agotó la paciencia y dijo: «Estos dias tomo por postrero termino para saber su determinacion y voluntas, sy quiere la paz o la guerra; poniendoles delante las muertes e robos y quemas y males y daños, que de la guerra se siguirían; y sy fueren mayores que los de fasta aquí, seran a su cargo, pues que por el queda de se fazer la paz»[357].

Las arduas negociaciones duraron seis meses[358]. Isabel dio las gracias a su tía, que estaba sinceramente a favor de la paz[359], y culpó al rey Alfonso de todos los retrasos. Quedó a la espera de la respuesta de su tía, primero en Alcántara y luego en Trujillo, e ignoró las advertencias de que las posiciones de los rebeldes en Mérida, Medellín y otros lugares la ponían en peligro. «Yo he deliberado de estar aquí fasta ver el cabo de la guerra que facemos, ó de la paz que tratamos», dijo, según Pulgar[360]. Así pues, se preocupó de enviar instrucciones diarias sobre el sitio de las plazas mencionadas. Al final, Isabel nombró representantes para negociar un acuerdo con dos partes distintas, aunque íntimamente relacionadas: un tratado de paz y un convenio sobre la cuestión de qué hacer con la Beltraneja. Siguió supervisando obsesivamente las negociaciones sobre el futuro de esta, garabateando con furia al margen de cualquier documento oficial en el que viera que la trataban con benevolencia. El acuerdo definitivo fue generoso con Portugal, pero muy duro con la Beltraneja. Ambas monarquías acordaron abandonar sus reivindicaciones, mientras que Castilla también reconoció las posesiones portuguesas de las Azores, Cabo Verde, Madeira y su creciente lista de enclaves en África occidental, incluida la Guinea portuguesa, el valioso puerto comercial y minero de Mina de Oro (la actual Elmina, en Ghana), y se comprometió a no explorar

al sur del cabo Bojador, un punto de la costa africana situado justo al sur de las islas Canarias. Estas últimas fueron las únicas tierras significativas del Atlántico —un océano en cuya exploración y conquista rivalizaban ahora ambas naciones— que los portugueses reconocieron como pertenecientes a Castilla. Portugal recibió también una indemnización en forma de la abultada dote que acompañó al compromiso de la pequeña Isabel con el príncipe Alfonso, que selló el acuerdo de paz uniendo a las familias reales en las generaciones futuras[361].

Isabel fue asimismo generosa con los rebeldes —como la condesa de Medellín— que se mantuvieron al lado de Portugal hasta el fin y los perdonó. «Como reyna e señora natural, non reconosçiente superior en lo tenporal, remito e perdono […] todas las cosas de qualquier natura, calidad e gravedad que sean, por ellos e por cada uno e qualquier dellos fechas e cometidas en deserviçio del rey mi señor e mior despues del fallesçimiento del señor rey don Enrique, mi hermano», prometió[362]. Isabel tenía tendencia a enseñar músculo y vengarse de sus enemigos, pero entonces sus prioridades eran otras, y, si ese era el precio de una paz duradera y el fin del desafío de la Beltraneja, ya le parecía bien.

En el acuerdo definitivo, a primera vista, parecía que Portugal hubiera obligado a Castilla a aceptar condiciones humillantes. Isabel indemnizó a la parte perdedora y, además, se comprometió a no sacar partido de su victoria, y a respetar las fronteras de Portugal, así como entregarle tierras en África aún por descubrir. A cambio, insistió en que la Beltraneja o bien aceptaba convertirse en la futura de su hijo recién nacido (que podía renunciar al compromiso cuando cumpliera catorce años, si así lo deseaba) y pasaba más de diez años en un régimen de semiconfinamiento mientras esperaba a que su prometido tuviera la edad indicada, o bien profesaba como monja e ingresaba en un convento de clausura portugués. La joven, de dieciocho años, eligió el mal menor de la vida en un convento, aunque más adelante resultaría ser una monja rebelde que, de vez en cuando —la primera, con la excusa de ponerse a salvo de una epidemia—, se refugiaba en el palacio de la condesa de Abrantes. Isabel también se aseguró de que su

rival no pudiera viajar a terceros países, con el argumento de que «quedando Juana libre para ser fuera de Portogal, nos quedara guerra abierta con aquella donde se fuese»[363]. Estaba dispuesta a hacer un sacrificio para asegurarse de que la Beltraneja permaneciera al margen para siempre. Su propia hija de diez años, Isabel, viviría en la localidad de Moura en régimen de tercería —es decir, como rehén, privilegiada y bien atendida—, en prenda del cumplimiento de las condiciones de paz. El 4 de septiembre de 1479, todavía en ausencia de Fernando, Isabel (que estaba embarazada de siete meses de una niña que se llamaría Juana) aprobó un tratado que resolvía la disputa con Portugal, pero le aportaba poco más, excepto la aniquilación política definitiva de la Beltraneja.

Isabel se trasladó a Toledo, donde dio a luz a Juana en noviembre de 1479, aunque como era habitual en ella se las arregló para asegurarse de que el parto no interfiriese en sus asuntos. Fernando había pasado los cuatro meses anteriores en sus nuevos reinos de Aragón y apareció en Toledo con un elefante que le había regalado una embajada procedente de Chipre[364]. Él y su esposa estaban ahora firmemente instalados en sus tronos y podían celebrar, once años después de su enlace matrimonial, el éxito de gobernar conjuntamente sobre la mayor parte de España. Fernando se volcó en las celebraciones, lo que le valió una poco habitual regañina de su esposa. Isabel estaba en las últimas semanas del embarazo y, como es natural, pensó que su marido debía dedicar más tiempo a las tareas de gobierno[365]. En un mundo en el que los burócratas de la corte trabajaban solo seis horas al día[366], Isabel ya había demostrado ser una trabajadora infatigable, capaz de convocar unas Cortes en Toledo que se reunieron apenas un mes más tarde del nacimiento de Juana. Cuando no se dedicaba a visitar los rincones más lejanos de sus tierras, celebraba audiencias los martes y los viernes, durante las cuales los peticionarios comparecían directamente ante ella y Fernando. Su interés por las minucias del gobierno, sobre todo de la tesorería, indicaba una naturaleza controladora, algo obsesiva. Isabel mantenía un estricto registro sobre los gastos de su casa; estos no suponían nunca más del 15 por ciento de los ingresos ordinarios, e Isabel reprendía a

los funcionarios si la factura en materia de víveres era excesiva[367]. Las deudas la inquietaban y hasta incluso en el lecho de muerte se preocupó por lo que debía.

Fue en las Cortes de Toledo donde Isabel se propuso unificar las leyes de Castilla en una recopilación en varios volúmenes y a su inquietud por la eficiencia en la administración de la justicia se debió la creación de dos tribunales permanentes en Valladolid y, mucho después, en Granada. Por encima de todo, fue su inteligente elección de funcionarios lo que le permitió construir una administración central nueva y eficaz. Una docena de estos funcionarios, en su mayoría de una nueva clase de letrados con formación universitaria, se convirtieron en sus asesores más importantes y se incorporaron al consejo real, del que también formaban parte algunos grandes y obispos. Muchos eran conversos. Los burócratas más fieles llevaban con ella desde sus tiempos de princesa y permanecieron a su lado durante las primeras décadas de su reinado. Entre ellos estaban Gutierre de Cárdenas, el hombre que sostenía la espada real cuando Isabel se proclamó reina, y el menudo, pero alegre, Chacón, que de niña le llenaba la cabeza de historias sobre Juana de Arco. A este último le sucedería el igualmente leal Cabrera. Ambos dirigían una corte que oscilaba de entre cuatrocientas a mil personas (mayor que la de su marido). El núcleo duro de funcionarios y sacerdotes de Isabel duplicó sus efectivos hasta alcanzar los 430 miembros, aunque la reina tenía anotados en un libro los nombres de los hombres que creían que podían serles útiles y lo consultaba cuando ella y Fernando tenían que elegir candidatos para puestos oficiales vacantes[368]. Ahora que habían puesto a buen recaudo a la única candidata rival al trono, esos hombres pudieron dedicar todas sus energías a reforzar la autoridad de Isabel sobre Castilla.

Sin embargo, no fue hasta finales de 1480 cuando su rival se puso finalmente el hábito de monja y el 11 de enero de 1481 la pequeña Isabel cruzó la frontera. Su madre, preocupada por la cuestión de los derechos de visita durante las negociaciones del tratado, pidió que en él se incluyera una cláusula que permitiese intercambiar temporalmente a la niña por otro de

sus hijos, pero en la práctica había entregado como rehén a su hija durante veintiocho meses para garantizar su seguridad como reina y la de su hijo como heredero[369]. En cuanto la Beltraneja hubo elegido el convento de la orden de Santa Clara en Coímbra (uno de los cinco que Isabel consideraba lo bastante seguros, porque se decía que eran «los más ençerrados que hay»), la reina envió embajadores para comprobar que, en efecto, estuviera allí. En su versión edulcorada de los hechos, Pulgar, siempre leal a Isabel, los presenta como si hubieran ido a asegurarle a la Beltraneja que podía cambiar de opinión y optar por casarse con Juan si así lo prefería. Sin embargo, la realidad quedó reflejada en una frase escalofriante que pronunciaron los enviados de Isabel: «Ya sois atada». La reina seguiría preocupándose por la situación de su rival durante años, en los que importunaría a varios papas para que se aseguraran de que permaneciera en el convento y recordaría a cada nuevo monarca que ascendiera al trono de Portugal los términos del acuerdo, a los que acabaría añadiendo una nueva cláusula: que se impidiera a la Beltraneja contraer matrimonio. Al igual que había instado a sus partidarios a hacer la guerra «a fuego e a sangre […] tomando e deuastando e destruyendo qualesquier villas» que apoyaran a su rival, Isabel estaba dispuesta a insistir hasta asegurarse de la total aniquilación de la Beltraneja[370].

Con esta recluida a cal y canto en un convento, Isabel pudo acompañar a su marido a Aragón. Habían pasado siete años desde su audaz autoproclamación como reina. Ahora la corona era indiscutiblemente suya. La guerra civil le había dejado poco tiempo para ocuparse del reino de Fernando, pero en ese momento se dirigían hacia el este, al otro lado de la frontera, llevando con ellos al pequeño Juan. En abril, la corte aragonesa juró como heredero al joven príncipe, en sustitución de su hermana mayor. Isabel también viajó por primera vez a una de las mayores ciudades de la Corona de Aragón, Barcelona, con la que había mantenido una relación amorosa a distancia desde su matrimonio con Fernando. La peste había afectado tanto a la urbe como al conjunto de Cataluña, cuya población se había reducido a la mitad, y eso había permitido que la ciudad de Valencia

la alcanzase como principal emporio comercial del Mediterráneo. Las recientes disputas de Barcelona con Juan el Grande habían agotado aún más sus recursos. La gran ciudad de antaño, rodeada de espléndidos monasterios, parecía «ahora casi muerta comparándola con lo que antes fué», según Münzer, mientras que el diplomático y escritor italiano Andrea Navagero encontró sus calles sorprendentemente vacías y no vio ni un solo barco en sus famosas atarazanas[371]. Las relaciones con Fernando tampoco habían sido siempre fáciles y los concejales de la ciudad contemplaban a Isabel como un aliado crucial en sus tratos con el nuevo rey. La reina hizo todo lo posible para mitigar lo que consideraba el punto débil de la corona aragonesa: su obligación constante de llegar a acuerdos con las Cortes de sus diferentes reinos. Era un sistema del que desconfiaba por naturaleza porque era demasiado resistente al poder real y, según ella, alentaba la rebelión. «Aragón no es nuestro. Hay que volver a reconquistarlo», se dice que afirmó, irritada por las reticencias de las Cortes[372]. Los reinos de Fernando también tenían leyes propias y distintas para cada uno; así, el viajero alemán Nicholas von Popplau manifestó su asombro al enterarse de que en Cataluña los señores conservaban el derecho de pernada, «lo cual es muy poco cristiano»[373].

Sin embargo, Isabel había intercambiado numerosas cartas con las autoridades de Barcelona y se había comprometido a ser su «defensora y protectora». El sentimiento de alegría era correspondido, como pudo comprobarse cuando, rompiendo con la costumbre, los funcionarios de la ciudad fueron a recibirla ante la puerta de Sant Antoni antes de que desfilara por sus calles y plazas bajo un palio escarlata. Desde lo alto de un recargado escenario, un niño que representaba a la patrona de la ciudad, santa Eulalia, le pidió que ayudara a Barcelona a recuperarse de los efectos de la ruinosa guerra que había sostenido contra el padre de Fernando. «Fue recibida la reina en aquella ciudad con el mayor triumpho y fiesta que nunca rey lo fue en los tiempos pasados, en lo cual se quisieron señalar los catalanes sobre todos», escribió Zurita[374]. Una fuente de la que manaba vino alegró a un buen número de barceloneses. Trescientas antorchas iluminaron el camino

de Isabel, a la que acompañaron a un monasterio cercano como colofón de las ceremonias. Esto no significaba, sin embargo, que disfrutara de los mismos poderes en Aragón que su marido en Castilla. Fernando seguiría llamándola su «otro yo» y «corregente, gobernadora y administradora de sus tierras», pero eran poderes que ella rara vez ejercía[375].

A su regreso a Castilla en noviembre de 1481, les acompañó un representante del Consejo de Ciento de Barcelona, Joan Bernat Marimon. Isabel estaba ahora embarazada de gemelos y Marimon la veía «un poch aflequida ab lo camí e lo prenyat» («un poco cansada por el camino y el embarazo»)[376], pero se animó cuando visitaron al pequeño príncipe. «Me alegró verlo, y la reina me pareció aún más mostrárselo», dijo. Pasaron la Cuaresma y la Pascua en Medina del Campo, la ciudad comercial que tanto le gustaba a Isabel, contemplando las procesiones religiosas y contando los efectivos que comenzaban a concentrarse para una campaña contra los musulmanes de Granada. En mayo, la enorme plaza central y las calles vecinas se llenaron de mercaderes y compradores venidos de toda la Península y del resto de Europa, que vendían y adquirían de todo, desde lana, paños, seda y útiles de costura hasta especias, zapatos, armas y libros. Isabel también se encontraba cada vez más ocupada con un problema que le había llamado la atención durante su estancia en Sevilla. Puede que Castilla estuviera a salvo, pero aún no era pura.

19

La Inquisición: populismo y pureza

Sevilla, invierno de 1480

Isabel ya había advertido a las autoridades municipales de Sevilla de que prepararan suficientes cadenas y cepos y se cerciorasen de que había espacio en las mazmorras, cárceles y otros lugares para la avalancha de nuevos presos que se esperaba que se produjera en la ciudad. Ahora, además, había guardias en las puertas de Sevilla para capturar a quienes trataran de escapar de un terror hasta entonces desconocido, provocado por un nuevo tipo de tribunal religioso que habían inventado Isabel y su esposo: la Inquisición real o estatal. «Vos mando á todos y á cada uno de vos, que quando supieredes que alguno de los tales susodichos se ausentan ó quieren ausentarse de los lugares donde viven, para ir fuera de nuestros Reynos, no los acojais ni defendais, antes los prendais y fagais prender cuerpos y los tengais presos», ordenó la reina. Sevilla ya había sufrido los estragos tanto del durísimo sistema judicial de Isabel como de la peste; pero esta vez el éxodo fue aún mayor. Muchas de las casas de los comerciantes de la calle Génova, así como algunas cerca de la puerta de Minjohar (o Minjao) y de la parroquia de San Bernardo u otras zonas donde vivían los cristianos nuevos o conversos, quedaron vacías. Fueron abandonadas tres mil viviendas y un observador afirmó con entusiasmo que la ciudad estaba «casi desierta»[377].

Durante su estancia en Sevilla Isabel había oído contar con todo lujo de detalles cómo las familias conversas que habían abjurado del judaísmo durante el siglo anterior se aferraban secreta y obstinadamente a su antigua

fe. El prior dominico Alonso de Hojeda repetía con particular insistencia y rotundidad muchas de las calumnias que ya habían llegado a oídos de los anteriores monarcas castellanos. Grupos de criptojudíos celebraban sus reuniones clandestinas en la mismísima ciudad, ante sus propias y reales narices, insistía el dominico. Continuaban encendiendo velas y poniéndose ropa limpia el sábado, se negaban a comer carne de cerdo y en su lecho de muerte se daban la vuelta para expirar de cara a la pared. También enterraban secretamente a sus muertos en suelo cristiano, pero de acuerdo con los ritos judíos. «A mi es fecha relación —escribió Isabel— que en esa cibdad de Sevilla avía e ay ciertos corrales junto con los monasterios de San Bernardo e de la Trinidad e San Agustín, e en los quales diz que se acustumbraron enterrar los conversos de la dicha cibdad, e que se enterravan con ritos e çeremonias de judíos, buscando la tierra que fuese virgen, e con ábitos de judíos, e los brazos tendidos e non puestos en cruz, en gran aprobio e denuesto de nuestra santa fe católica.» Si eso era verdad, tal como ella desde luego creía, había que adoptar medidas y desenterrar a los muertos. «Proçedades de vuestro ofiçcio […] quanto con derecho devieredes e, sy por vuestra sentencia los dichos corrales con sus edificios e sepulturas fueren confiscados e aplicados a la mi camara, es mi merced que el prior e frayles del monasterio de Santo Domingo de Porta-Colei, de la orden de los predicadores [*sic*], ayan para sy e para el dicho monastrio el dicho corral de San Bernardo, con toda la piedra e ladrillo de las sepulturas que en el se fallaren», dijo[378]. Los cadáveres en descomposición y los huesos de los herejes muertos podrían ser quemados en público.

No cabe duda de que un reducido número de criptojudíos continuó practicando su fe en la clandestinidad. Eran muchos más los que aún no habían abandonado del todo sus tradiciones familiares ni habían aprendido debidamente las reglas y códigos de la nueva religión. En las décadas anteriores, sin embargo, cualquier investigación sensata había llegado siempre a la conclusión de que los casos de «judaizantes» (el término

genérico para quienes observaban alguna forma de ritual o costumbres judíos) eran más bien pocos[379]. Un número significativo de conversos mantenían diferencias sutiles, pero perceptibles, en sus tics lingüísticos, prácticas culinarias y otros hábitos culturales. Muchos aún vivían en los viejos barrios judíos o cerca de estos, sobre todo en las grandes ciudades con numerosos conversos, y a veces se referían a ellos, e incluso a sí mismos, como si se tratara de una nación, una raza o un pueblo distintos dentro de España. Algunos tenían parientes cercanos que seguían siendo judíos; pero eso no los convertía en herejes. Los miembros de algunas familias de conversos —sobre todo las élites— se habían casado con cristianos viejos. Otros habían hecho carrera en profesiones de prestigio, como notarios, jueces, sacerdotes o funcionarios públicos. De hecho, a finales del siglo XV, por las venas de la mayoría de las familias nobles de Castilla y Aragón corría sangre judía, de lo que algunos se sentían orgullosos. «¿Hay alguna otra nación mas noble [que la judía]?», se interrogaba Diego de Valera, un converso que era también uno de los cronistas más fieles de Isabel[380]. Se rumoreaba que incluso el marido de Isabel, Fernando, tenía sangre judía[381], supuestamente a través de una misteriosa tatarabuela de Guadalcanal, cerca de Sevilla, llamada doña Paloma. Y muchos de los altos cargos de su corte, como Andrés de Cabrera o el confesor Alonso de Burgos, también pertenecían a familias de cristianos nuevos. La gran mayoría de los conversos, cuya cifra exacta es difícil de determinar, pero que representaban hasta uno de cada quince españoles, se integraron bien en la Iglesia católica, entre otras razones porque los rechazaban los judíos. Puede que no todos siguieran al pie de la letra las normas de la Iglesia, pero en una época de ignorancia generalizada sobre cuál era el comportamiento apropiado para los cristianos, pocos lo hacían. Sin embargo, los frailes extremistas y sus rivales amargados seguían azuzando el odio popular y los brotes de violencia eran cada vez más frecuentes. El conflicto entre cristianos viejos y nuevos se había convertido en un problema social importante, por lo menos en las ciudades. Aun así,

mientras que los monarcas anteriores habían percibido la envidia económica o los prejuicios raciales que se ocultaban tras el odio a los conversos, Isabel veía motivos fundados de preocupación. «No pudimos menos fazer, porque nos dixeron tantas cosas del Andaluzía», se justificaría más tarde Fernando[382].

La Iglesia había contado durante mucho tiempo con un mecanismo para tratar con los herejes. Siempre que fuera necesario, el Papa podía poner en marcha una inquisición papal o «medieval» en un obispado en particular o en un país entero. En Aragón había existido una durante mucho tiempo y el maestro general de los dominicos nombraba a los inquisidores, aunque era una inquisición de escasa envergadura, que nunca se interesó demasiado por los conversos. El nuncio papal en Castilla, Niccolò Franco, había llegado en 1475 con instrucciones de usar la inquisición tradicional para averiguar si los conversos eran un auténtico problema, pero Isabel buscaba algo más firme y contundente. Quería una inquisición con el aval del Estado y cuyos máximos responsables los designara la corona, para que ella pudiera utilizar conjuntamente el poder moral de la Iglesia y la violencia del Estado contra esta amenaza a la pureza cristiana de España. El papa Sixto IV promulgó en 1478 una bula que permitía a Isabel y a su esposo designar inquisidores, aunque no la utilizaron hasta septiembre de 1480, cuando nombraron a los dos primeros inquisidores y les ordenaron buscar herejes en Sevilla[383].

La elección de la ciudad no fue en absoluto casual. A finales del siglo anterior, Sevilla poseía la que casi con toda seguridad era la mayor población judía del mundo, con 23 sinagogas y hasta 35 000 personas en la judería. Los pogromos desatados por toda España en 1391 desembocaron en Sevilla en la más terrible de todas las matanzas, con un balance de cuatro mil asesinatos[384]. «Mataron a una multitud», señala una fuente judía bien informada[385]. «Por los múltiples tormentos y aflicciones, muchos de Sefarad dejaron completamente la ley de Moisés, nuestro maestro. En particular, la gran comunidad de Sevilla, donde muchos de ellos abandonaron su honor», corrobora otro escritor judío, que consideraba la conversión un acto de cobardía[386]. Por lo tanto, Sevilla era donde vivía el

mayor grupo de conversos de Castilla, que representaban más de un tercio de la población de la ciudad[387]. Lo que se daría en llamar la Inquisición española los convirtió en su primer objetivo.

El antiguo confesor de Isabel en Segovia, el dominico Tomás de Torquemada, cuyo corazón y alma «la gracia de nuestro Señor […] alumbró e inspiró […] contra la herética pravedad», había estado tratando de convencerla de que esta nueva forma de inquisición era necesaria. Ya al principio de su reinado le había advertido contra los herejes y había sido explícito sobre la necesidad de mantener a los cristianos alejados de la influencia corruptora de judíos y musulmanes, a los que deseaba confinar en aljamas, medida que Isabel adoptó en 1480[388]. «Vuestra alteza debe dar cómo con generales penas en todos vuestros reinos que los judíos y moros so generales penas sean apartados y non vivan entre los cristianos y que traigan sus señales», le instó en un memorándum que se cree que escribió en 1478[389]. Eran ideas que le había estado murmurando al oído desde que se conocieron cuando Isabel era una adolescente en Segovia. «La conjuró en nombre de nuestro Señor que cuando Dios la ensalzase en la dignidad real, volviese por su gloria y honra y de tal manera mandase proceder contra el delito de la herejía que aquello se tuviese por el más principal negocio de su estado real», dijo Zurita[390], pero contaba con la oposición del confesor en quien más confiaba Isabel, Talavera, que creía que cualquier desviación de la ortodoxia entre los conversos se debía a su mala formación religiosa, y de prelados como el cardenal Mendoza, a los que sencillamente no les gustaba la idea de que el Estado se inmiscuyera en los asuntos religiosos[391].

Isabel se mantuvo a la espera mientras Talavera trataba de solucionar el problema mediante la predicación, pero se le agotó la paciencia cuando le enseñaron el manuscrito de un converso judaizante que abogaba por una religión sincrética que combinara lo mejor del cristianismo con lo mejor del judaísmo, lo que, según él, evitaría la idolatría y la corrupción de la Iglesia. Una furibunda Isabel le llevó el texto a Talavera, que se encontraba en Valladolid. «Vuestra real mano fue la primera que me lo comunicó dentro

de este vuestro y nuestro monasterio», dijo en su respuesta por escrito al manuscrito[392]. La afirmación del autor de que hablaba en nombre de todos los conversos era una falsedad evidente, pero había puesto negro sobre blanco lo que debían de pensar algunos de ellos. Era la prueba más tangible de que la herejía existía de veras, aunque fuera de alcance reducido, y Talavera escribió una rápida y airada réplica en la que condenaba al autor, al tiempo que se curaba en salud con una advertencia a la inquisición estatal que ahora parecía inevitable. «La inquisición de este crimen detestable y mayor de todos los crímenes fue reservada a la jurisdicción ecclesiástica, prohibida y vedada a la seglar», afirmó. Isabel no se dio por enterada.

Andrés Bernáldez, un cronista ferozmente antisemita[393], párroco de la vecina ciudad de Palacios y capellán del arzobispo de Sevilla, enumeró los delitos de los conversos, que iban desde observar la Pascua judía hasta seducir a monjas.

> De aquí ovo comienzo este nombre «converso» por convertidos á la Santa Fe, la cual ellos guardaron muy mal —afirmaba— […]. Habéis de saber que las costumbres de la gente común de ellos ante la Inquisición, ni mas ni menos que era de los propios hediondos judíos, y esto causaba la continua conversación que con ellos tenian; ansí eran tragones y comilones, que nunca perdieron el comer á costumbre judaica de manjarejos, é olletas de afinas, manjarejos de cebollas é ajos, é fritos con aceite, y la carne guisaban con aceite, é lo echaban en lugar de tocino é de grosura por escusar el tocino; y el aceite con la carne es cosa que hace muy mal oler el resuello; y ansí sus casas y puertas hedian muy mal á aquellos manjarejos; y ellos ese mesmo tenian el olor de los judíos […]; guardaban las pascuas y sábados como mejor podían; enviaban aceite á las sinagogas para las lámparas; tenian judíos que les predicaban en sus casas en secreto, especialmente á las mugeres muy de secreto[394].

Bernáldez vio con buenos ojos la introducción de la Inquisición. «De todo lo sobre dicho fueron certificados el Rey y la Reyna estando en Sevilla», informó. Habían pedido al obispo de Cádiz que estudiara el problema con la ayuda del radical Hojeda, de la misma orden de los dominicos que Torquemada. El informe que recibieron, como era de prever, estaba lleno de siniestras advertencias sobre la terrible herejía. «Visto que en ninguna manera se podían tolerar ni enmendar sino se facía inquisición sobre ello, denunciaron el caso por estenso a sus Altezas, e faciéndoles

saber cómo y quién y dónde se hacían las judaicas ceremonias, y cómo cabían en personas poderosas y en muy gran parte de la ciudad de Sevilla», señaló Benáldez[395].

Estaba claro que se esperaba que los inquisidores de Isabel encontraran pruebas de herejía. Después de asegurarse de que se instalaban adecuadamente, la reina escribió una carta en la que avisaba al asistente de la ciudad (que era el título que en Sevilla equivalía al de corregidor, el magistrado que ejercía la jurisdicción real en las ciudades, cuyos poderes Isabel iba aumentando a medida que su dominio se extendía sobre cada vez más aspectos de la sociedad castellana) de que estuviera alerta ante los disturbios y el malestar que era de suponer que provocara la llegada de los inquisidores. «No consintáis que persona alguna promueva bullicio […] sobre lo susodicho. Y si alguno lo ficiere los prendáis los cuerpos y les embarguéis todos sus bienes muebles y raíces», ordenó la reina. Los inquisidores apenas tardaron unos días en causar tumultos, ya que quisieron hacer una demostración de autoridad persiguiendo en primer lugar a los conversos más ilustres. «En muy pocos días por diversos modos y maneras, supieron toda la verdad de la herética pravedad malvada, é comenzaron de prender hombres é mugeres de los más culpados, é metíanlos en San Pablo; é prendieron luego algunos de los más honrados é de los más ricos», escribió Bernáldez. Con tantos conversos considerados sospechosos, las cárceles se llenaron rápidamente y, de resultas de ello, los inquisidores tuvieron que pedir prestado el castillo de Triana, en la otra orilla del río Guadalquivir, al que llevaban a los prisioneros por una pasarela de pontones llamada Puente de Barcas[396].

Los sevillanos pronto se acostumbraron al humo y al olor de las hogueras de la Inquisición, que quemaron a sus primeras víctimas el 6 de febrero de 1481, sobre una pira al lado de la cual se alzaban cuatro estatuas de yeso que representaban a los profetas. «E sacaron á quemar la primera vez á Tablada seis hombres é mujeres que quemaron. E predicó frai Alonso Hojeda de San Pablo, celoso de la fe de Jesucristo, el que más procuró en Sevilla esta inquisición —informó Bernáldez—. E dende á pocos dias,

quemaron tres de los principales de la cibdad é de los mas ricos.» Entre las víctimas figuraban Pedro Fernández Benadeba, mayordomo de la catedral, y un respetado juez magistrado llamado Juan Fernández Abolasia. «Nunca les valieron los favores ni las riquezas», dijo Bernáldez, quien señaló que entre los quemados a lo largo de los ocho años siguientes también se encontraban tres sacerdotes y cuatro monjes conversos[397].

Los dos primeros inquisidores, los dominicos Juan de San Martín y Miguel de Morillo, no eran de tan alta categoría como el Papa seguramente imaginaba para un papel tan importante, pero les acompañaba, al menos al principio, el prior de la gran colegiata de Medina del Campo, tan querida por Isabel, Juan Ruiz de Medina, que ascendería rápidamente en el organigrama tanto de la corte como de la Iglesia. Sus poderes eran extraordinarios. En enero de 1481, apenas tres meses después de comenzar, tuvieron la osadía de amenazar a uno de los magnates de la ciudad, el marqués de Cádiz, acusándolo de proteger a los conversos que habían huido a sus tierras. El marqués debió de creer al principio que se las tenía con dos humildes frailes, pero la advertencia de estos era otro golpe para los grandes, ya que bien con toda la intención, bien por una afortunada coincidencia, la nueva Inquisición, que contaba con el apoyo de la corona, también servía a los fines autoritarios de Isabel y Fernando de menguar el poder de la aristocracia. «Vos aperzevimos, que lo contrario desto faciendo, procederemos contra vos e contra cada uno de los otros sobredichos por todas las vías e formas […] como contra factor e receptador e defensor e amparador e incubridor de herejes», amenazaron los inquisidores al marqués[398].

Los que «confesaban» y se arrepentían, los llamados «reconciliados», quedaban en libertad tras pagar una multa, pero antes pasaban por la humillación de los autos de fe, unas ceremonias públicas y concurridísimas. Hasta quinientos reconciliados a la vez fueron desfilando por las calles de la ciudad vestidos con harapos —los sambenitos— y cucuruchos de cartón cubiertos de tela en la cabeza, los capirotes. Los inquisidores «sacáronles y echáronles cruces é unos San Benitillos colorados atrás, y adelante, y ansi

anduvieron mucho tiempo», dijo Bernáldez[399]. A los que huían de Sevilla por lo general los condenaban en rebeldía y se incautaba de sus bienes el tesoro real, que recibió un considerable impulso gracias al ingreso de dinero procedente de las multas y propiedades fruto de las confiscaciones. La Iglesia no podía derramar sangre humana, por lo que los culpables eran entregados al llamado «brazo secular», es decir, las autoridades civiles, que llevaban a cabo las ejecuciones mediante el fuego o el garrote. Este último era el «afortunado» destino de quienes confesaban camino del ajusticiamiento. Ahora bien, la promotora de las muertes en la hoguera, que no formaban parte del ordenamiento jurídico de Castilla, fue la Iglesia, que argumentaba que así hacía un favor a las víctimas, ya que el castigo del fuego en este mundo podía salvarlos de la condenación al fuego eterno en el otro[400].

Con el paso del tiempo las hogueras llegaron a incinerar no solo a los vivos, sino también a los difuntos, como los de los cementerios de Sevilla, sobre los cuales Isabel había escrito a sus inquisidores. Estos eran desenterrados y sus huesos, arrojados a la hoguera. Sus descendientes recibían las notificaciones correspondientes y se les invitaba a defender a sus antepasados, algo que la mayoría declinaban porque se arriesgaban a acabar también procesados. De todos modos, los vivos se veían a menudo obligados a pagar multas por los supuestos delitos de sus antepasados fallecidos, desenterrados y carbonizados, aunque hubieran muerto hacía setenta años. Las instrucciones que recibieron más adelante los inquisidores de Sevilla no dejaban lugar a dudas. «Otrosi que ni por los procesos de los vivos se deben de dejar de facer los de los muertos e los que se fallaren aver seydo e muerto como herejes ó judios los deben desenterrar para que se quemen y dar lugar al fisco para que occupe los bienes segun que de derecho se debe facer», proclamaban las instrucciones, firmadas por Torquemada, a quien nombraron inquisidor general en 1483 y que se convirtió en el principal impulsor de la Inquisición. Entre los que recibieron propiedades incautadas a los conversos de Sevilla figuraba Martín de Escalada, criado de Torquemada, a quien dieron las casas confiscadas a

Juan Pinto, el Sordo. La quema de los muertos iba acompañada de un gran ceremonial. Confeccionaban monigotes, amortajados a la usanza judía, a los que luego leían los cargos de los que se les acusaba en el curso de grandes autos de fe, tras lo cual los declaraban culpables y los arrojaban a las llamas junto con los huesos. Cuatrocientos difuntos fueron condenados y quemados ritualmente en un mismo auto en Toledo[401].

Palencia, que también era de una familia de conversos, cifra en 16 000 los sevillanos que tuvieron que vérselas con la Inquisición en sus primeros años; es decir, la mitad de la población conversa de Sevilla y uno de cada seis de sus habitantes. Como muchos otros, parecía ansioso por distanciarse de los afectados expresando su apoyo a la Inquisición y culpando a algunos conversos por sus delirios de grandeza. «Extraordinariamente enriquecidos por raras artes, ensoberbecidos y aspirando con insolente arrogancia a disponer de los cargos públicos, después que por dinero y fuera de todo regla habían logrado la orden de caballería hombres de baja extracción, acostumbrados a los mas viles menesteres», escribió[402]. En otras palabras, su delito era ser recién llegados a la comunidad cristiana que, tras convertirse, habían aprovechado la agudeza de ingenio y la adaptabilidad propias de los marginados para tener acceso a los privilegios y prebendas de la mayoría cristiana dominante.

Como los inquisidores sevillanos demostraron con tanta rapidez y eficacia que había supuestos judaizantes por todas partes, era inevitable que la Inquisición ampliara pronto su radio de acción a otras ciudades no solo de Andalucía, sino también del resto de Castilla y Aragón, lo que la convirtió en uno de los primeros proyectos comunes de la nueva coalición de reinos españoles creada por Isabel y Fernando. Las confesiones forzadas de los supuestos criptojudíos de Sevilla sirvieron para convencerlos de que la herejía era una epidemia. «Se supo por sus confesiones, como todos eran judíos; y súpose en Sevilla de los judíos de Córdoba, Toledo, Burgos, Valencia y Segovia, y toda España», dijo Bernáldez. La Inquisición se

convirtió así en una maquinaria que se autoalimentaba y se autoperpetuaba. Mediante falsas confesiones arrancadas bajo tortura o coacción, creó un número de herejes tan grande que enseguida se dio por sentado que muchos de los conversos eran en realidad criptojudíos. Y cuantos más conversos veían que no tenían más escapatoria que confesar, más pruebas daban a los inquisidores. Declararse inocente, como hacían los conversos más orgullosos y devotos, era una estrategia arriesgada que podía terminar en la cámara de tortura. Si los ricos, los privilegiados e incluso los eclesiásticos eran incapaces de defenderse, los humildes artesanos y comerciantes que constituían la mayor parte de la población conversa lo tenían aún peor. Quienes denunciaban a los sospechosos de judaizar tenían garantizado el anonimato, lo que dificultaba tremendamente la tarea de defenderse. Un documento de la Inquisición, de 150 años después, expone de forma exhaustiva las conductas sospechosas que los buenos cristianos debían denunciar de inmediato:

> Si sabeís, o [h]aveis oydo decir que alguna o algunas personas [h]ay [h]an guardado algunos sábados por honra, y guarda, y observancia de la ley de Moysén, vistiéndose en ellos camisas limpias, y otras ropas mejoradas, y de fiestas, poniendo en las mesas manteles limpios, y echando en las camas sábanas limpias, por honra de el dicho sábado, no haziendo lumbre, ni otra cosa alguna en ellos, guardándolos desde el viernes en la tarde […]. O que [h]ayan comido carne en Quaresma y en otros días prohibidos por la Santa Madre Iglesia. O que [h]ayan ayunado el ayuno mayor, que dizen del perdón, andando aquel descalzos. O si rezassen oraciones de judíos, y a la noche se demandasen perdón los unos a los otros, poniendo los padres a los hijos la mano sobre la cabeça, sin los santiguar, ni dezir nada, o diziendo: «De Dios, y de mí seas bendecido» […]. O si alguna muger guardarse quarenta días después de parida sin entrar en el templo. O si quando nacen las criaturas las circuncidassen, o pusiessen nombres de judíos. O si los hiziessen raer la chrisma, o lavarlos después de bautizados donde los ponen el olio y chrisma. O si quando está alguna persona en el artículo de la muerte, la bolviessen a la pared a morir, y muerto le lavassen con agua caliente, rayéndole la barva, y debaxo de los braços, y otras partes de el cuerpo[403].

Gracias a la garantía del anonimato, la Inquisición se convirtió en un instrumento para las venganzas particulares y para el odio popular. Los cristianos viejos ya no necesitaban provocar disturbios ni atacar los barrios de los conversos, a los que también insultaban con el nombre de «marranos», o sea, «cerdos». Bastaba con inventarse historias. La

Inquisición era, en este sentido, una forma eficaz de mantener el orden público (algo que preocupaba a Isabel, como sabían muy bien los sevillanos), aunque cargando las culpas y el castigo sobre las víctimas. Incluso algunos judíos, que tachaban a los conversos de traidores, participaban en el juego, ofreciéndose como testigos —falsos o no— contra personas cuyas familias habían rechazado su propia fe o que, sencillamente, eran sus enemigos personales. Un médico judío fue uno de los deponentes en un caso juzgado en Soria, en el que señaló a los inquisidores que uno de los acusados había llamado al inquisidor jefe Tomás de Torquemada «el más perro hombre del mundo, y hereje cruel»[404]. Los judíos fueron sometidos a una intensa presión. «En todas las sinagogas se publicaban proclamas para que todo hombre o mujer que supiera algo sobre la conducta de los marranos informara de ellos, con independencia de la mayor o menor gravedad de su delito», escribió un historiador judío que se dirigía a la comunidad en el exilio[405]. Isabel en persona anuló algunos de los falsos testimonios dados contra los conversos en Toledo y ordenó que se detuviera y se torturase a los calumniadores[406].

Un escritor judío veía la codicia detrás de muchas de las denuncias, ya fueran de cristianos viejos, conversos o judíos. «Si una mujer deseaba los vasos de plata y de oro de su vecina o de una mujer que vivía en el mismo edificio que ella, y dicha mujer se negaba a entregárselos, la denunciaba.»[407] Otro autor, un judío portugués, coincide en este punto: «Ouve alguns delles naquelle tempo, que entregavam em poder deste cruel monstro a seus yrmãos, e dos mais destes a pobreza dava esforço e coor a suas maldades, porque hiam em casa de algum confesso rico, e dizendolhe de sua necessidade lhe pidiam cincoenta ou cem cruzados emprestados, e tanto que lhos negava, daly o hiam acusar dizendo que judaizava com elles»[408]. Dos conversos de Huesca, Simón de Santángel y su esposa, fueron quemados en Lleida después de haber sido denunciados por su propio hijo.

Cuando los inquisidores no estaban seguros de la culpabilidad del acusado o deseaban obligarlo a declarar, recurrían a una práctica ya

extendida en Europa: la tortura. Es muy elocuente un documento que instruye a los torturadores, a los que proporciona una guía minuciosa sobre cómo usar el potro para estirar las extremidades hasta casi descoyuntarlas y aconseja que vayan despacio para que la víctima tenga la oportunidad de hablar entre cada sesión de tortura[409]. Las víctimas debían estar atadas al potro con una cuerda alrededor de cada extremidad, que también podía apretarse para interrumpir la circulación de la sangre. «Deven entender vuesas señorías que estas divisiones del modo de dar tormento se dirigen a ir buscando el mayor dolor del reo para conseguir su confesión por medio de lo más sensible, transitando por los miembros —explicó el autor anónimo—. Pueden elegir lo mas proporcianado, que yo apunto lo que he alcanzado en esto.» Era más fácil confesar que resistir.

Como la conducta sospechosa a menudo giraba en torno a los hábitos domésticos, en la cocina y en el resto de la casa, detenían a muchas más mujeres que hombres[410]. Cuando la esposa de un comerciante de especias de treinta y dos años llamada Marina González, que se encontraba enferma en cama, recibió la visita de un escribano de la Inquisición en su casa de Almagro, reconoció que seguía ciertas costumbres y ritos judíos, culpó a sus dos cuñados y pidió perdón. «De oy mas [prometo] de bivir e morir e acabar en la santa fe catolica con la qual me abraço en su defendimiento por todos los dias de my vyda», dijo. Sin embargo cuando la detuvieron y el carcelero de la Inquisición de la ciudad, Pedro González, el Chato, la llevó ante el tribunal de Toledo, este decidió que debían torturarla para averiguar si había cumplido su promesa[411]. Sus abogados señalaron que Marina nunca descansaba en sábado, poseía una figura de santa Catalina, comía carne de cerdo, mataba las aves estrangulándolas y comía «todas las otras viandas de cristiana sin distinçion alguna». Vivía, vestía y hablaba como una buena mujer cristiana «oyendo misas e comulgando e ayunando los ayunos de la Yglesia», declararon, y se quejaron de que las acusaciones eran vagas, sin fechas ni lugares. «E aunque traya como trae una puerta colorada e unas faldrillas de paño colorado deziocheno, non era defendido por vuestras reverencias, salvo que no fuese grana.»[412]

A Marina González se le dio la oportunidad de confesar, pero insistió en su inocencia y fue enviada a la cámara de torturas.

> Fue desnudada en sus faldetas viejas e puesta en la escalera, e con cordiles atados braços e piernas y apretados, e por la cabeça puesto un cordel e apretado […] e [con] un jarron que cabía tres quartillos, poco mas o menos, le començaron a dar agua. E aviendole dada fasta un quartillo, el señor liçençiado le pregunto si fizo alguna cosa; la qual dixo que no. Continuaron a más agua e dixo que ella diria la verdad; la qual no dixo cosa alguna. Tornáronle a dar más agua e dixo que ella diria la verdad e que no le diesen más; la qual no dixo cosa alguna. Su reverencia mandóla dar más agua fasta que se acabó el dicho jarron de tres quartillos, e nunca dixo cosa alguna.

De vez en cuando le desataban la cabeza para que pudiera sentarse y la invitaban a hablar. Al principio se negó, pero acabó por acusar a un vecino de observar los ayunos judíos. Devuelta a la cárcel, Marina González se negó a comer y este fue su último error. La declararon culpable de intentar matarse de hambre «por no confesar sus herrores». La hicieron subir a un cadalso situado en la plaza del Zocodover de Toledo, mientras leían en voz alta la sentencia: «La devemos declarar y declaramos por hereje e apostata, relapsa, e aver yncurrido en sentençya dexcomunion mayor e [en] confiscaçion e perdimiento de todos sus bienes, e que la devemos relaxar e relaxamos a la justiçia e braço seglar [las autoridades civiles, responsables ante la Corona, que ejecutaban los castigos]». Eso significaba la muerte[413].

Los conversos de Sevilla reaccionaron con rabia a la brutalidad de la Inquisición, exigiendo justicia de verdad y la intervención de Isabel y Fernando. Los conversos se consideraban en su mayor parte —y lo eran— cristianos tan buenos, si no mejores, que los que no tenían sangre judía.

En teoría, todos los cristianos estaban en pie de igualdad ante Dios y no podían entender por qué las víctimas de la Inquisición eran «solamente los cristianos convertidos a la Fé del linaje de los judíos, e no otros». La herejía de otros tipos no era abundante en España, pero los españoles en general no solían ser cristianos buenos y escrupulosos. «De trescientos vecinos apenas se hallarán treinta que sepan lo que está obligado a saber», escribió un fraile

dominico sesenta años después, señalando que los ricos eran tan ignorantes como los pobres. El secreto y la tortura distorsionaban los procesos judiciales, se quejaban los conversos, y a los que erraban en la fe había que corregirlos, no quemarlos. «Decían que era ynhumana y cruel llevar al fuego ninguno que llamava el nombre de Cristo, e confesava ser cristiano, e quería bivir como cristiano», escribió Pulgar[414].

Hombres como Pulgar, que veían claramente en todo ello la mano de «la reina cristiana», sabían que era un error castigar a la mayoría por los pecados de la minoría o, en sus propias palabras: «Una forma se ha de tener con los pocos rrelasos y otra con los muchos»[415]. Pulgar también se daba cuenta de que los errores de los conversos, si los había, solían ser un reflejo de los de los cristianos viejos. Teniendo en cuenta la ausencia de buenos ejemplos que seguir, no era extraño que algunos conversos no observaran correctamente la doctrina de la Iglesia: «Como los viejos sean allí tan malos Christianos, los nuevos son tan malos judíos […]. Quemar todos estos sería cosa crudelíssima».

Después de que llegara a Roma un aluvión de quejas de los conversos sevillanos, el Papa revocó su decisión sobre la naturaleza real de la Inquisición, alegando que le habían engañado haciéndole firmar un documento que no acababa de entender.

> Según me cuentan han encarcelado a muchos injusta e indeliberadamente, sin atenerse a ordenación jurídica alguna; los han sometido a espantosas torturas, los han declarado injustamente herejes y han arrebatado sus bienes a los condenados al último suplicio —escribió[416], después de que Fernando hubiese reformado la antigua Inquisición aragonesa siguiendo el modelo castellano para que pudiera nombrar allí a sus propios inquisidores—. La Inquisición lleva tiempo actuando no por celo de la fe y la salvación de las almas, sino por codicia de la riqueza, y muchos verdaderos y fieles cristianos, por culpa del testimonio de enemigos, rivales, esclavos y otras personas bajas, han sido encerrados, torturados y condenados como herejes relapsos, privados de sus bienes y propiedades, entregados al brazo secular para ser ejucutades, con peligro por sus almas, dando un ejemplo pernicioso.

En otras palabras, se había convertido en una forma de terror. Sixto IV pensaba que los excesos de la Inquisición eran el resultado de haber dejado el nombramiento de los inquisidores en manos de Isabel y Fernando. Por lo

tanto, la Inquisición real instaurada en Sevilla fue suspendida temporalmente en enero de 1482, al revocar el Papa el derecho de los soberanos a nombrar inquisidores, invalidar las acusaciones anónimas y permitir que se apelara a Roma. Sin embargo, Isabel y su esposo no estaban dispuestos a renunciar a una herramienta tan poderosa. Fernando respondió al Papa con una airada carta en la que insistía en que «estamos decididos a no permitir jamás que otros contra nuestra voluntad ejerzan ese oficio [de inquisidor]»[417]. Sixto IV pronto se echó atrás. Primero se permitió que los inquisidores originales continuaran en Sevilla y luego se autorizó que la Inquisición ampliara su ámbito de acción a toda Castilla con las normas originales tal como las habían concebido Isabel y Fernando[418].

Una bula papal enviada a Isabel en febrero de 1483 apenas deja lugar a dudas sobre su apoyo al tribunal. En la carta, el papa Sixto IV trata de apaciguar los temores de la reina ante la posibilidad de que la Inquisición, a los ojos de terceros, parezca una simple excusa para hacer dinero despojando a los conversos de su patrimonio y enriqueciendo con él a la corona.

> La duda que parece asaltarte de que acaso Nos estemos pensando que, cuando te preocupas de proceder tan severamente contra aquellos pérfidos que disfrazándose bajo el nombre de cristianos blasfeman y, con insidia judía, crucifican a Cristo […] que te mueves más bien por la ambición y por ansia de bienes temporales que por celo de la fe y de la verdad católica o por el temor de Dios; sepas con certeza que nunca jamás hemos albergado ni la más mínima sospecha de ello[419].

Así pues, Isabel había escrito al Papa porque la preocupaba su imagen, no la institución. Al crearla, insistió Isabel, había hecho simplemente lo correcto por Dios. No era la primera vez, y ciertamente no sería la última, que Isabel descargaba en él la responsabilidad de sus acciones.

El entusiasmo de Isabel por la Inquisición lo ponen aún más de manifiesto dos cartas que escribió a otro Papa diez años después de su fundación, cuando sus víctimas mortales ya superaban con creces el millar. A esas alturas, prelados como Juan Arias Dávila[420], el obispo converso de Segovia, habían visto cómo atacaban a sus familias, y por eso hacían gestiones discretas contra la Inquisición en Roma, donde un nuevo Papa,

Inocencio VIII, estaba preocupado por el poder que dicha institución otorgaba a los monarcas españoles. «Puede aquella considerar quanta turbación he recibido y recibo en ver que tanto impression haya fecho en el animo de vuestra beatitut la información de hun obispo, cuya ida en essa corte se muestra bien no solo haver sido por trabajar que la verdad no se viesse en las causas de los dichos sus padres y parientes con color de defenderlas, mas principalmente por impedir y destorbar el sancto officio de la inquisición, diffamando los ministros della», escribió Isabel en una de las cartas mencionadas[421]. Según la reina, la bula fundacional de la Inquisición establecía que tales casos no debían ser atendidos en Roma. Cuando la primera misiva no provocó la reacción deseada, redactó una furiosa epístola en la que insistía en que los poderes de la Inquisición no menguaban la autoridad del Papa:

> Serya más lesa su prehemynençia, honrra y fama porque según este delycto de heregya es muy publico y notoryo en estos rreynos, sy la justiçia dél fuere en alguna manera turbada o por yndyrecto desvyada serya causa de no quedar syn castygo […]. Allá [en Roma] no se puede saber la verdad deste negocio […]. Y en esto mas debe vuestra santydad creer a los que ge la dizen movidos por solo zelo del enxalçamyento de nuestra fe católyca y dolyéndose de verla caer, que a los que no la dyzen y son fautores de hereges y que procuran de contynuo en desazer la ynquysiçión y son parte formada contra ella, como el obyspo de Segovya y otros tales.

Isabel estaba visiblemente molesta, como atestiguan las nerviosas tachaduras que abundan en esta carta autógrafa. Acababa disculpándose por si había ido demasiado lejos en sus palabras, pero dijo que pensaba que era su deber, por muy «desconpuesto de rrazones y de mala letra» que fuera su alegato. La Inquisición era algo muy importante para ella y la autoridad personal que la reina y su esposo ejercían sobre ella era clave, porque así la mantenían operativa. Buena parte de sus súbditos cristianos eran ahora el blanco de una persecución cruel y a menudo arbitraria, pero Isabel seguía convencida de que estaba haciendo la obra de Dios.

La prueba más convincente de que los conversos no eran criptojudíos nos la dan los verdaderos judíos de España. Los que se habían aferrado a su fe abominaban de quienes no habían seguido su ejemplo y eran ahora «enemigos nuestros sin darse cuenta»[422]. «Siguen voluntariamente las leyes de los gentiles», observó un judío abatido, poco después de las primeras conversiones[423]. En tiempos de Isabel, solían referirse a esos conversos como *meshumadim* («conversos convencidos») en lugar de *anusim* («conversos forzados») e Isaac Abravanel, uno de los judíos contemporáneos de Isabel más ilustres, tachaba a la inmensa mayoría de los conversos de «pecadores» y «criminales»[424]. De hecho, el ardor con el que muchos abrazaban al mismo tiempo el cristianismo y el antisemitismo indica que a muchos les impulsaba realmente «la fe del converso»[425]. «Aunque ellos [los conversos] y sus descendientes en pos de ellos se esforzarán por ser como absolutamente gentiles, no lo conseguirán», escribió Abravanel, que se daba cuenta de que «los naturales de las naciones los llamarán siempre judíos, los marcarán como israelitas contra su voluntad y los acusarán falsamente de judaizar en secreto; crimen por el cual los quemarán al fuego»[426]. Otro autor judío consideraba la Inquisición como la manera de castigar a los conversos por abandonar una fe sin abrazar por completo la otra, mientras que el hecho de que la mayoría de las víctimas eligieran la opción menos dura de arrepentirse y morir ejecutados mediante el garrote con la cruz en las manos, en lugar de ir a la hoguera, demostraba que muy pocos eran judíos de verdad[427].

Las dos comunidades —allí donde todavía existían como tales— vivían puerta con puerta y era inevitable que se mezclaran en el mundo de los negocios y mediante lazos de sangre. El obispo de Segovia tenía una hermana que vivía con él y que era judía y una ilustre familia judía de Aragón, los De la Cavallería, se dividió después de que varios hermanos se convirtieran, mientras que dos no lo hicieron.

Irónicamente, la propia Inquisición habría dado pie a un movimiento criptojudío, aunque muy reducido, entre los que se sentían desamparados en su cristianismo, aunque no todos los judíos les acogieron con los brazos

abiertos y hasta incluso algunos les negaron el derecho a regresar a la comunidad. Estos criptojudíos renacidos seguramente representaban uno de cada doscientos conversos[428].

Era la raza, tanto como la religión, lo que convertía a los conversos en sospechosos. Quizá el apelativo más revelador que les dedicaban sus enemigos era el de «cuarto género» de Castilla (presumiblemente después de los castellanos, los gallegos y los vascos), pero, mientras que los tres últimos eran castellanos «naturales», la nación de los conversos no lo era, sino que se trataba de un pueblo extranjero infiltrado entre las filas de los cristianos[429].

Otra prueba del odio racial que sustentaba a la Inquisición y otras medidas religiosas aprobadas por Isabel nos la da la lenta difusión de los estatutos de «limpieza de sangre», que vetaban a los conversos el acceso a las instituciones de la élite, las órdenes monásticas y otros puestos, con el único argumento de su sangre judía. La mezcla de la sangre (o la cultura) de los conversos con la de los cristianos viejos, según este razonamiento, haría a las generaciones posteriores más propensas a la herejía. La primera institución en vetar a los conversos fue un colegio de la Universidad de Salamanca, en la misma época en que se puso en marcha la Inquisición, alrededor de 1482, seguido de otro colegio de Valladolid. Torquemada prohibió a todos los conversos el ingreso en el convento de los dominicos que fundó en Ávila y, aunque no se velara estrictamente por el cumplimiento de estas reglas, la orden de los jerónimos, a la que pertenecía el monasterio favorito de Isabel, Guadalupe, también los vetó en 1493. Se dice que Isabel acogió la noticia con la misma satisfacción con que procuró que la Inquisición aplicara una variante de los estatutos de limpieza de sangre que castigaba a los descendientes de sus víctimas; entre las reales órdenes que aprobó figuraba la prohibición en 1501 de que los hijos y los nietos de los reconciliados de Sevilla ocupasen cargos públicos o reales[430].

Aunque Isabel y Fernando actuasen movidos por los prejuicios generalizados, así como por las fantasías de algunos dominicos radicales, fueron ellos los verdaderos fundadores de la Inquisición. Fue la pareja real quien se quejó al Papa de los falsos conversos de sus reinos y pidió permiso para nombrar inquisidores a fin de «arrancar de raíz en los mencionados reinos tan perniciosa secta». En Castilla Fernando era visto a menudo como el instigador, mientras que en Aragón solían echarle la culpa a Isabel. Quizá, teniendo en cuenta lo desagradable de una actuación que combinaba elementos de limpieza religiosa y étnica, lo más fácil era que en cada reino le atribuyesen la responsabilidad al cónyuge de su soberano, cuando lo cierto es que los reyes estaban completamente de acuerdo en este asunto, aunque fuera Isabel quien velaba de cerca por el bienestar de sus inquisidores y se aseguraba de que recibieran generosos ingresos[431].

La búsqueda de la pureza religiosa por parte de la reina no terminó allí y la Inquisición de Sevilla pronto tuvo una dramática consecuencia en la ciudad. Varios miles de judíos se aferraban a su religión a pesar de los estallidos esporádicos de violencia y de la creciente hostilidad social que padecían. Los judíos habían sido un elemento importante de la sociedad sevillana durante siglos. Isabel decidió que debían ser expulsados de casi toda Andalucía, alegando que constituían un peligro moral para los conversos y que los animaban a judaizarse. Arrogándose unos poderes extraordinarios que situaban bajo su autoridad a un grupo religioso que no formaba parte de la Iglesia cristiana, la Inquisición se hizo cargo del proceso y el 1 de enero de 1483 ordenó a los judíos que abandonaran las diócesis de Sevilla, Córdoba y Cádiz[432]. Alrededor de cinco mil personas tuvieron que desplazarse durante los meses siguientes. «Se dirigieron sobre todo a Toledo y Castilla la Vieja», informó Isaac ibn Faradj, cuyos padres se fueron a Medina del Campo[433]. Era la primera vez que se ordenaba una expulsión en Castilla. No sería la última.

20

La cruzada

Zahara de la Sierra, 27 de diciembre de 1481

Isabel estaba ya acostumbrada a la victoria, por lo que la noticia de una derrota en la frontera de Granada debió de disgutarle mucho. Dos días después de la Navidad de 1481, una partida de soldados musulmanes salió del reino de Granada y, en una sigilosa incursión nocturna, escalaron los muros de la fortaleza de Zahara de la Sierra, un pequeño pueblo encaramado en lo alto de un escarpado espolón rocoso, en el extremo norte de la sierra de Grazalema. Mataron a la mayor parte de la guarnición, tomaron prisioneros a los habitantes e instalaron en el castillo su fuerza de arqueros y jinetes bien pertrechados, con lo que desplazaron las fronteras del reino hacia el interior del territorio cristiano[434].

Isabel podría haberlo considerado otro revés menor en una frontera de cerca de mil kilómetros en la que hacía mucho tiempo que las escaramuzas, el contrabando, las algaradas y el comercio eran la norma. El reino de Granada todavía ocupaba una superficie no mucho menor que la actual Bélgica. Había pasado bastante tiempo sin que variase sustancialmente la frontera, y la misma Isabel había procurado mantener la paz con los granadinos, mientras se enfrentaba a Portugal y a Juana la Beltraneja. Un segundo frente de guerra la habría debilitado en exceso; pero la pérdida de Zahara era un recordatorio de que, antes incluso de que comenzara a reinar, había jurado que expulsaría a los musulmanes de España. Esa aspiración constaba por escrito en las capitulaciones matrimoniales de Cervera,

firmadas con Fernando en 1469[435]. Ella y su marido reaccionaron con ecuanimidad a la pérdida de Zahara. «Ovimos mucho enojo e sentimiento y si se puede dezir que ovimos plazer desto que ha pasado, lo diremos porque nos dé ocasión para poner en obra muy prestamente lo que teníamos en pensamiento de hazer […]. Nos entendemos luego en dar forma cómo la guerra se faga a los moros por todas partes de tal manera que esperamos en Dios que muy presto no solo se recobrará esta villa que se perdió, mas se ganarán otras que Nuestro Señor sea servido y su santa fe sea ensanchada», escribieron en una carta a la ciudad de Sevilla[436]. Esos planes eran aún vagos y su reacción inicial, caótica, pero Isabel y su marido necesitaban encontrar algo que mantuviera entretenido y libre de tentaciones al ejército de partidarios que habían ayudado a la reina a conquistar el trono. Una guerra contra los musulmanes les sería de gran utilidad.

Durante la guerra civil, Isabel y Fernando habían firmado dos tratados de paz con el reino de Granada para mantener tranquila la frontera sur y, mientras se encontraban en Sevilla, habían comenzado las negociaciones de un tercero. Al hombre con el que negociaban sus emisarios no le asustaba ni le intimidaba el poderío de sus vecinos cristianos. Abū al-Hasan ’Alī ben Saad, conocido por los cristianos como Muley Hacén, era un monarca enérgico y de éxito. Su reino era rico, densamente poblado, fértil, aguerrido, apoyado por sus correligionarios musulmanes del norte de África y, dato muy importante, estaba orgulloso de su religión. Después de haber enterrado generaciones de antepasados musulmanes en el fértil suelo de una amplia franja del sur de la península, surcada por montañas, los musulmanes de España no se sentían inferiores a sus vecinos del norte, por muy poderosos que estos fueran. Pese a haber padecido sangrientas luchas internas, la dinastía nazarí de Muley Hacén llevaba mucho más tiempo instalada en el marco privilegiado del complejo palaciego de la Alhambra, que habían construido en Granada, que los Trastámara en el trono de Castilla. Bien es verdad que el reino nazarí era en teoría vasallo de Castilla, pero constituía una relación con altibajos y los granadinos a menudo ignoraban las exigencias castellanas de tributo[437].

Muley Hacén era el paradigma temible de setecientos años de caudillos musulmanes que no solo habían demostrado sus cualidades en la guerra, sino que, siglos atrás, habían promovido un esplendor intelectual que había hecho que sus vecinos cristianos parecieran no solo infieles en el plano religioso, sino bárbaros en materia de cultura. Un cronista árabe anónimo resumió así las virtudes del monarca: «Proclamó el imperio de los preceptos religiosos, atendió a mejorar el estado de los castillos y dio gran desarrollo al ejercito; lo cual determinó que los cristianos le temiesen y firmasen con el tratados de paz, tanto por mar como por tierra, Multiplicose la riqueza, aumentaron los viveres y bajaron los precios; extendióse la seguridad publica por todas las tierras de Andalucía y un bienestar general reinó durante todo este tiempo»[438]. Por lo menos, así era como había comenzado su reinado Muley Hacén, un decenio antes de que Isabel ascendiera al trono, aunque en el caso del primero fuera tras destronar a su padre (quien, a su vez, había tomado el poder tras asesinar a su propio tío). Tenía fama de ser implacable y despiadado con sus enemigos[439].

Según el ya citado cronista árabe anónimo, los males empezaron cuando Muley Hacén quiso disfrutar en exceso de las riquezas y el éxito. «El rey se dedicó a los placeres, se entregó a sus pasiones y se dio a divertirse con cantoras y danzaderas. Sumido en el mayor ocio y descuido, destrozó el ejército, del cual suprimió gran número de esforzados caballeros. Por otra parte, abrumó el país con tributos y a los zocos con impuestos.»[440] Sin embargo, su peor pecado fue caer en manos de Isabel de Solís, una joven esclava cristiana que barría los suelos de los aposentos de una de las hijas que Muley Hacén había tenido con su aristocrática esposa Fátima. Isabel había sido capturada durante una incursión transfronteriza cuando no tenía más de doce años y, convertida al islam, la llamaban Zoraya[441]. «Este [rey] tenía por prosupuesto lleuar todas las donzellas de su casa por un rrasero», escribió Hernando de Baeza, un hombre de la frontera que hablaba árabe y que se convertiría en amigo íntimo y traductor del hijo del rey, Mohammed ben Abū al-Hasan ’Alī, conocido por los cristianos como Boabdil[442]. Un paje actuó como intermediario secreto, pero una noche,

después de que Zoraya saliera de la habitación del rey, las damas de la reina le tendieron una trampa: «Aguardaronla á la buelta, y con las chancas de sus pies le dieron muchos golpes, hasta que quedó casi muerta». La furiosa respuesta de Muley Hacén fue convertir a Zoraya en su nueva reina y darle la espalda a Fátima. «Desde allí adelante hizo vida con ella, y fue tenida por rreyna, y nunca jamás habló ni vido á la rreyna su muger», cuenta Baeza. El extenso complejo de palacios de la Alhambra era lo bastante grande como para que las dos familias reales convivieran sin coincidir. Fátima y sus hijos fueron trasladados a unas dependencias situadas cerca del patio de los Leones, mientras que Muley Hacén llevó a Zoraya, quien pronto le dio dos hijos, a sus aposentos del imponente palacio de Comares, con su magnífica torre y sus habitaciones que se reflejaban en el espejo de agua de la alberca y los suelos de mármol del patio de los Arrayanes. Los conversos al islam despertaban el mismo tipo de suspicacias que los conversos en la España cristiana; en especial los que, como la familia del poderoso alguacil mayor de Granada, Abulcacim Venegas, ostentaban cargos de importancia. Zoraya sería siempre la *romía*, término que en un principio se aplicaba a las personas que habían vivido bajo el derecho romano[443].

Si Isabel no había olvidado las promesas hechas en Cervera, algunos de sus nobles demostraron estar aún más dispuestos a contraatacar después de la pérdida de Zahara. Las rivalidades transfronterizas no eran solo entre reinos, sino entre los señores que controlaban ambos lados de la frontera. La respuesta inmediata a la pequeña victoria sarracena fue la audaz incursión en el mismo centro del reino de Granada de un ejército reclutado por el marqués de Cádiz, que penetró sigilosamente hasta unos cincuenta kilómetros de la capital y pilló desprevenida a la guarnición de la estratégica ciudad de Alhama a finales de febrero de 1482. Como la localidad estaba bien fortificada y encaramada en lo alto de un acantilado sobre una curva del río Alhama, sus habitantes daban por sentado que era inexpugnable y habían bajado la guardia. Un grupo de soldados del marqués escaló los muros de madrugada y abrió una brecha para que entrasen el resto de las tropas. Hubo combates feroces cuerpo a cuerpo

mientras los habitantes del pueblo corrían a levantar barricadas en las calles. Muley Hacén, furioso, compareció con su propio ejército, pero se vio obligado a sitiar una ciudad con sólidas fortificaciones del tipo que a él tanto le gustaba construir o mantener. Los ocupantes cristianos arrojaron al otro lado de las murallas los pestilentes cadáveres en descomposición de los musulmanes que habían muerto durante el asalto, para que los perros hambrientos los despedazaran[444]. Hacén contempló indignado cómo sus mejores arqueros iban abatiendo uno a uno a los animales a flechazos.

Isabel y Fernando, que estaban en Medina del Campo, recibieron la noticia al cabo de doce días y enseguida ordenaron el envío de refuerzos. «Conosçiendo quanto es serviçio Suyo [de Dios] e nuestro e cosa muy provechosa tener e sostener la dicha villa para la conquista del dicho reyno de Granada, la qual nos entendemos fazer e proseguir con todas nuestras fuerças e poder, nos enbiamos luego a esas fronteras la mas gente de cavallo que podemos aver», escribieron los reyes al concejo de Sevilla, para ordenarle que reuniese tropas y artillería[445] e indicarle que Fernando acudiría pronto en persona. Decenas de miles de soldados cristianos y musulmanes emprendieron la marcha hacia Alhama. Al cabo de unas semanas, Muley Hacén se enfrentaba a un ejército cristiano de cerca de cuarenta mil hombres, capitaneado por el eterno rival del marqués de Cádiz, el duque de Medina Sidonia, que había ido a reforzar la guarnición. Hacén se vio obligado a retirarse y Fernando llegó poco después, reabasteció la ciudad y dejó una guarnición de relevo[446]. Isabel pudo saborear encantada un nuevo proyecto que podía ayudarla a unir sus díscolos reinos, como ponía de manifiesto la colaboración entre el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia; una cruzada contra las tierras musulmanas de España haría que los problemáticos nobles dejaran a un lado las disputas y aglutinaran el reino, aún afligido y dividido, en torno a una misma causa común. Inmediatamente ordenó que las tres principales mezquitas de Alhama fueran convertidas en iglesias, a las que envió cruces, platería litúrgica, ornamentos y todos los libros necesarios para celebrar el culto cristiano donde, semanas antes, oraban los musulmanes. Fue su aportación a un

golpe de audacia independiente que dio un nuevo empujón a una campaña que duraba desde hacía siete siglos y que pretendía expulsar a los musulmanes de su reducto más antiguo en Europa occidental. No solo los conquistadores habían dejado los cuerpos hediondos de sus enemigos pudriéndose al pie de las murallas de la ciudad, sino que ella había plantado la cruz de Jesucristo en el corazón del reino musulmán.

Alhama fue una gran hazaña bélica, pero también constituía un problema. Los consejeros de Isabel le advirtieron de que la ciudad podía convertirse en una carga, ya que abastecerla y mantenerla requería un gran esfuerzo, en el que debían participar recuas inmensas de hasta cinco mil mulas, obligadas a cruzar territorio enemigo cada dos o tres meses. Era como si quisiera conquistar el reino de Granada empezando por el centro, en lugar de hacerlo por una frontera que tenía detrás una inmensa extensión de territorio cristiano. «Fasiendose [la conquista] por la mitad del reyno es muy difiçil e trabajoso e costoso de sostener lo que se ganó», escribió Diego de Valera, instando a los monarcas a comenzar la conquista por los puertos mediterráneos, que podían recibir refuerzos de mercenarios y «guerreros santos» del norte de África. Lo mejor que podía hacer Isabel era ordenar que arrasaran Alhama y la dejaran convertida en una pila de escombros inútiles. A la reina no le gustó la idea y replicó que «bien conocia como en todas las guerras se recrecian gastos é trabajos, é con aquel prosupuesto el Rey y ella habian deliberado de proseguir la conquista contra el Reyno de Granada. É pues aquella cibdad [Alhama] era la primera que se había ganado, entendia que seria imputado á mengua si se desamparase», cuenta Pulgar[447]. Así, ella y Fernando se dispusieron no solo a reabastecer Alhama, sino también a atacar a los granadinos en otros lugares.

Fernando propuso como objetivo Loja, una ciudad sólidamente fortificada en el valle del Genil que ocupaba un lugar clave en la ruta hacia Alhama y, en última instancia, hacia la ciudad de Granada. Isabel, embarazada de gemelos, estaba ya en avanzado estado de gestación, pero también debió de participar en los consejos de guerra de Córdoba en los que

se acordó el plan de Loja. Al poco, enviaba órdenes a los rincones más alejados de sus reinos, como el País Vasco, para reclutar tropas que participaran en la expedición. Poco más podía hacer. El día antes de que su marido fuera a partir, dio a luz a su cuarto hijo, una niña llamada María. En lo que fue seguramente el parto más doloroso de Isabel, el gemelo de la niña nació muerto un día y medio después. Y luego se marchó su marido, camino de otra guerra, mientras, según Pulgar, Isabel continuaba supervisándolo todo a una distancia prudente[448].

Isabel y Fernando ya habían comprobado en Alhama que defenderse era mucho más fácil que atacar. Si habían capturado la ciudad era porque la habían tomado por sorpresa; pero ahora los musulmanes los esperaban. La construcción y la defensa de ciudades, castillos, fortalezas y otros edificios de grandes y sólidos muros era una de las estrategias militares principales y más eficaces desde hacía siglos. A falta del efecto sorpresa, el esfuerzo que precisaban los atacantes en hombres, armas, suministros y raciones era muchas veces superior al de los defensores, previamente abastecidos de provisiones y con el ganado dentro de los muros. Los hombres de la frontera que custodiaban Loja eran combatientes expertos y Muley Hacén ya había hecho correr la voz por el norte de África, en busca de voluntarios para defender el islam contra los cristianos infieles. Fernando no tenía gran experiencia como comandante en este tipo de guerra y ni él ni Isabel tenían los conocimientos estratégicos o logísticos para organizar un gran sitio en territorio enemigo. Fernando calculó mal sus posiciones, sus suministros y la capacidad bélica de sus oponentes. Concentró sus tropas en un campamento que era demasiado pequeño y que estaba demasiado expuesto, situado en una hondonada entre olivares y campo abierto que se encontraba a tiro de los cañones de Loja. Tampoco pudo impedir que entraran refuerzos en la ciudad que duplicaron su guarnición. Debido a un error directamente atribuible a Isabel, que era la persona encargada de los suministros, el pan se acabó en el campamento de los sitiadores a los dos días y no había hornos para hacer más. El experto comandante musulmán de Loja atacó repetidamente a las tropas de Fernando, con salidas diarias para hostigarlos

y luego retirarse tras las sólidas murallas de la ciudad. Una de las víctimas más ilustres fue el joven maestre de la orden de Calatrava, Rodrigo Téllez Girón, quien murió después de que dos jabalinas le traspasaran la armadura. La confusión fue en aumento y la moral se desplomó. Al cabo de solo cinco días, Fernando ordenó a sus hombres que abandonaran el campamento (algunos, en vista del desorden, ya lo habían hecho) y en la caótica retirada dejaron atrás muchos de sus suministros[449].

Loja fue un fracaso aleccionador e Isabel, cuya tarea principal era supervisar la intendencia, compartió la culpa. «Pesóle mucho, así porque con gran diligencia había trabajado en todas las cosas necesarias para el proveimiento de aquel real, como por el orgullo que los Moros tomaban en verse tan presto libres del trabajo que recelaban», escribió Pulgar[450]. Sin embargo, Isabel había aprendido mucho desde que reprendiera en público a Fernando y a sus tropas por volver de Toro con las manos vacías siete años antes, y esta vez «ninguno pudo conocer en sus palabras ni autos el gran sentimiento que tenía». Por el contrario, se comprometió de inmediato a seguir esforzándose para enviar a su marido a Loja con un ejército aún más fuerte y mejor organizado.

Isabel no podía saber que, mientras ella digería, mal que bien, la derrota de Loja, en el palacio de la Alhambra se plantaban las semillas del éxito futuro. La tensión cada vez mayor entre Muley Hacén y los hijos de Fátima, encabezados por Boabdil, había estallado. «El mismo dia de la victoria llegó a oídos de los que estaban en Loja la noticia de que los dos hijos del emir Abul Hasán, Mohamed [Boabdil] y Yusuf, habían huido de la alcazaba [de la Alhambra] por temor a su padre», dijo el cronista árabe anónimo. Fátima se había sumado a los enemigos de Muley Hacén, encabezados por los abencerrajes, un clan que había caído en desgracia. La leyenda dice que buscaban venganza porque a treinta y seis de los principales miembros del clan los habían degollado después de que Hacén los convocara a una falsa reunión que debía celebrarse en una estancia anexa al patio de los Leones, que más tarde sería conocida como el salón de los Abencerrajes[451].

Hubo presagios de que la suerte de Muley Hacén podía cambiar. El pueblo de Granada recordaba con horror que un desfile militar o alarde que él había dispuesto en 1478 había acabado en desastre debido a una tormenta de lluvia, rayos y truenos. Las precipitaciones habían arrastrado troncos de árboles hasta el río Darro, donde habían obstruido los arcos de un puente y habían formado una presa que, a su vez, había provocado una inundación terrible. Los cordobaneros, sederos, sastres y otros comerciantes de la ciudad habían contemplado cómo las aguas se llevaban por delante sus productos y medios de subsistencia. La aparición de un cometa alteró aún más a los supersticiosos. Sin embargo, no serían Isabel y su esposo quienes provocarían la caída de Muley Hacén. Boabdil y su hermano Yusuf habían huido bajando de noche por los muros de la Alhambra, tras lanzar un delgado cordón a un grupo de caballeros abencerrajes que les esperaban y que lo ataron a una cuerda que luego amarraron a su vez a una columna. Los hermanos huyeron a las ciudades de Guadix y Almería, respectivamente, donde el pueblo se rebeló en su favor. Seis meses más tarde, los habitantes de Granada y del barrio amurallado del Albaicín —situado justo al otro lado del escarpado valle del río Darro— se sublevaron también en favor de Boabdil y, tras un intento fallido de recuperar la ciudad, Muley Hacén tuvo que retirarse a Málaga con su hermano, Zagal[452]. Las luchas intestinas supusieron un alivio para Isabel y Fernando, cuya campaña había empezado con tan mal pie. Ahora se centraron en retener la única población que habían conquistado, Alhama. Como había dicho la reina, su pérdida habría hecho que el ejército cristiano pareciera débil, aún más después de la absoluta ignominia de Loja.

Mientras Isabel, su marido y sus nobles pensaban en maneras de continuar la campaña al año siguiente, tenían muy en cuenta el ejemplo de Alhama, audaz e inesperado, que pronto se convirtió en una gesta legendaria, entre otras cosas porque muchos de los que participaron en ella se hicieron ricos gracias al pillaje. Tal vez por eso la campaña contra Granada de 1483 comenzó con un intento de infiltración entre las traicioneras y escarpadas montañas de la Axarquía de Málaga, una región

de terreno abrupto y árido, laderas empinadas, peñas y peñascos y profundos barrancos. Era una ruta difícil y algunos guías locales experimentados la desaconsejaron, pero quizá eso hizo que el plan se pareciera aún más a la marcha aventurera sobre Alhama. Cualesquiera que fueran las razones, un grupo de nobles dirigidos por el marqués de Cádiz y el maestre de Santiago, Alfonso de Cárdenas, partió con unos tres mil hombres, la mayoría a caballo, por los angostos valles productores de seda del norte de Málaga. Fernando se encontraba en esos momentos liquidando a los últimos rebeldes de Galicia e Isabel, a varios días de distancia, en Madrid, por lo que no pudo o no quiso detenerlos[453].

Cabalgaron un día y una noche por el difícil terreno solo para descubrir que las aldeas y pueblos que pretendían atacar los estaban esperando. Los aldeanos se habían refugiado en atalayas fortificadas o se habían escondido en las sierras abruptas y escarpadas, desde las cuales, en pequeños grupos, realizaban acciones de guerrilla por sorpresa, aprovechando su conocimiento del terreno, que les permitía escoger los mejores puntos para tender emboscadas. Los exhaustos caballeros, superados por sus adversarios, tuvieron que dar marcha atrás. Emprendieron la retirada en desorden, siguiendo una ruta alternativa que pasaba cerca de Málaga, el puerto más importante del reino de Granada, que la mayoría no había visto jamás. Eso permitió que el hermano de Muley Hacén, Zagal, se uniera con sus hombres a la persecución del ejército en desbandada y, al caer la noche, las tropas cristianas se perdieron en un territorio de valles escabrosos y cauces de ríos secos. El anónimo cronista musulmán celebró lo que fue, en principio, la victoria de unos pocos campesinos mal armados sobre lo que se suponía que era una fuerza bien organizada, encabezada por algunos de los más ilustres aristócratas de Castilla[454]. «Apenas llegaron a aquellos parajes, comenzaron a apellidarse nos a otros las gentes de la comarca, reuniéndose un tropel de hombres que, a pie y con exclusión de toda caballería, cerraban el paso y combatían a los cristianos en los desfiladeros, asperezas y angosturas, haciendo en ellos espantosa matanza», escribió[455]. Los cristianos «quedaron completamente derrotados en aquellas alquerías,

barrancos y asperezas; pasos peligrosos en los cuales ellos mismos daban de bruces como atontados, del mismo modo que se precipitan moscas y mariposas en el fuego». Lanzas y rocas caían sobre ellos, mientras permanecían atrapados en las ramblas o en angostos valles en fila de a uno, sin poder siquiera volver la grupa a sus monturas. Los ágiles musulmanes corrían por las alturas, lanzando sus armas rústicas, aullando, encendiendo fuegos y aterrándolos aún más por resultarles en gran parte invisibles y parecerles mucho más numerosos de lo que realmente eran.

El marqués de Cádiz acabó abandonando a sus hombres y sus adalides lo llevaron a sitio seguro. Se perdieron más de dos mil hombres, la mitad de ellos como cautivos. Entre los que el marqués dejó atrás, estaban dos de sus hermanos y tres sobrinos[456]. Fernando concluyó más tarde que habían bastado apenas un centenar de soldados granadinos a caballo, con la ayuda de los campesinos locales, para destruir la expedición. Bernáldez lo atribuyó a la avaricia: «Pareció que nuestro Señor lo consintió, porque es cierto que la mayor parte de la gente iba con intención de robar é mercadear, más que no de servir á Dios»[457]. En vez de eso, se encontraron encerrados en la alcazaba de Málaga, donde quienes carecieran de parientes ricos que pudieran pagar su rescate permanecerían cautivos durante años. Isabel se llevó un disgusto, pero eso no le impidió negar el permiso para que las familias más ricas compraran la libertad de sus familiares. Eso iba en contra de la tradición y debió de escandalizar a más de uno, pero la reina alegó que el rescate proporcionaría al reino de Granada recursos que usaría contra ella. Pulgar escribió al conde de Cifuentes, uno de los cautivos, para pedirle que tuviera paciencia: «Las nuevas de lo que la Reina face y quiere facer, tan bien os las dirán los moros de allá como los cristianos de acá, y por eso no las escrivo»[458].

Isabel, por su parte, se lo tomó todo con notable serenidad. La expedición había sido organizada por los nobles, no por los monarcas, y los caídos lo habían sido al servicio de Dios. «He sabido largamente el caso acaescido con los moros; de lo qual me ha desplazido mucho —dijo—. Pero como esto non sea nuevo en las guerras, y los casos semejantes son en las manos

de Nuestro Señor, non podemos nin devemos otra cosa faser sinon darle graçias por ello.» Sin embargo, se habían perdido muchos altos cargos, de modo que Isabel ordenó a las autoridades de Sevilla que permitieran a los hijos u otros parientes de los que habían caído muertos o prisioneros que los reemplazaran automáticamente. La tarea de cubrir las vacantes de más responsabilidad tendría que esperar al regreso de Fernando de Galicia, «porque es necesaria la presencia de su señoría para que ambos juntos lo fagamos con aquella abtoridad y deliberación con que se fizo la ley»[459].

La familia real nazarí, una vez más, demostró enseguida su habilidad para convertir un éxito espectacular en un desastre. La victoria en la Axarquía había correspondido a la facción de Muley Hacén, por lo que ahora Boabdil se sentía obligado a buscar su propio triunfo, para lo cual salió de la Alhambra al frente de una fuerza expedicionaria en abril de 1483. Uno de sus estandartes se partió al darse un golpe contra el arco de la puerta de Elvira, lo que provocó un escalofrío a los más supersticiosos. La muerte, a causa de una flecha perdida, de un zorro que se había lanzado a la carrera entre sus tropas fue considerada otro mal agüero. Boabdil cometió esta vez el mismo error que los cristianos y salió mal preparado para cruzar la frontera en su intento de apoderarse de la ciudad de Lucena, cuya guarnición capitaneaba un joven de diecinueve años inexperto, pero inteligente, Diego Fernández de Córdoba. Este fue capaz de mantener a raya a los diez mil hombres de Boabdil el tiempo suficiente para la llegada de refuerzos, que los sorprendieron cuando se sentaban a comer[460]. Los granadinos se dispersaron rápidamente y casi la mitad de ellos resultaron capturados o muertos. Así la describió el cronista árabe anónimo: «Fue, en verdad, vergonzosa aquella derrota, en la qual quedó mucha gente muerta o prisionera […]. Lo mas vergonzoso es que allí quedara prisionero el emir [Boabdil]»[461]. El granadino llevaba una capa de seda roja con dibujos florales y un casco de estilo centroeuropeo grabado con intrincados motivos enrejados. Esta vez la fortuna sonreía a Isabel.

Con Boabdil en manos cristianas, los musulmanes volvieron a proclamar rey a su padre, mientras que su madre huyó a la lejana Almería, que se

mantuvo fiel a Boabdil. Isabel y Fernando, que sabían que les había caído un regalo del cielo, mostraron con Boabdil un cuidado exquisito y se aseguraron de que sus captores le dieran el trato más regio posible, aunque la monarca no pudo evitar regodearse por la victoria cuando le enviaron como presente tres de los pendones del granadino[462]. «La Reyna nuestra senyora ovo muy grand plazer con los tres pendones e añafieles que, señor, enbiastes, y más lo ovo con la escritura de la batalla», escribió el cardenal Mendoza a la esposa de uno de los comandantes victoriosos de Lucena[463]. Los relatos de triunfos militares le encantaban. Cuando una intrascendente incursión de los musulmanes fracasó en Lopera ese mismo año, Isabel demostró su alegría haciendo que enviaran todos los años a la esposa del vencedor la ropa que ella misma había usado en el aniversario de la batalla. Las negociaciones con la madre de Boabdil culminaron con un tratado de paz por el que este obtuvo la libertad a cambio de convertirse en vasallo y aliado. Se firmó una tregua de dos años, pero Boabdil tuvo que prometer que combatiría contra su propio padre. También accedió a dejarle a Isabel como rehén a su hijo pequeño, Ahmed. Este, que se cree que tenía unos dos años de edad y al que llamaban con el diminutivo de Infantico, en lugar de ser un simple cautivo fue quien cautivó a Isabel en las visitas de la reina a sus aposentos[464].

Boabdil era ahora un aliado, pero controlaba solo una pequeña parte del reino. Isabel y Fernando se dieron cuenta de que el espíritu heroico de Alhama ya no surtía efecto. La división dentro del reino de Granada debilitaba a su enemigo y Alhama constituía un valioso puesto de avanzada desde el que interrumpir los movimientos de los musulmanes, pero no había nada que pudiera sustituir el proceder metódico de la guerra medieval, con el asedio paciente de ciudades amuralladas, plazas fuertes y castillos. La guerra a campo abierto era algo poco habitual, como se había visto en la guerra civil, pero quizá pudieran ir debilitando el reino de Granada con la captura de uno en uno de los castillos y pueblos situados a lo largo de sus límites, acompañada de la quema de los cultivos de secano y la destrucción de los regadíos. La tecnología, en forma de una artillería más

perfeccionada, lo facilitaba y, en Burgos y otros lugares, durante la guerra civil, los monarcas españoles habían atesorado cierta experiencia en sitios. Sin embargo, la guerra civil también había demostrado que el proceso podía ser de una lentitud exasperante. Los asedios en territorio enemigo requerían un esfuerzo logístico inmenso, algo en lo que Isabel empezaba a ser experta. Después de compensar el desastre de Axarquía con la captura de Boabdil, Fernando se embarcó en una incursión clásica en el territorio de Granada. Su objetivo era reabastecer Alhama, arrasar tantas tierras de labranza como fuera posible, quemar cultivos y talar frutales para reducir los suministros del enemigo y, de paso, tomar el pueblo y el castillo de Tájara. El éxito del ejército de Fernando dependería tanto de la habilidad logística y de la construcción de maquinaria para el sitio como del combate cuerpo a cuerpo o la pericia con el arco de los combatientes. Los carpinteros construyeron enormes escudos y pantallas con los que proteger a las tropas al pie de las murallas de la fortaleza. Los defensores reaccionaron arrojando balas de fuego de lino y cáñamo empapados en aceite y alquitrán. La potencia de los atacantes, entre los que figuraban mercenarios suizos, era tal que el castillo de Tájara cayó con una rapidez relativa y Fernando ordenó que no dejaran piedra sobre piedra[465].

Aunque también Zahara fue reconquistada, el balance de la costosa campaña militar de 1483 no era muy favorable a Isabel y Fernando. Habían conservado Alhama y tomado Tájara, pero apenas habían ganado territorio, lo que mermaba su capacidad de recompensar a los combatientes con nuevas tierras y, a su vez, de ganarse a los aristócratas potencialmente rebeldes con la promesa de las riquezas futuras que pudieran obtener en Granada. La captura de Boabdil se debió a la suerte y a su temeridad. En un momento dado, los reyes de Granada creyeron que podrían volver a firmar el tratado de paz habitual, en el que se ofrecían a pagar grandes cantidades de oro en forma de un tributo anual. Fernando escribió a Isabel, que había ido al norte, a Vitoria, para pedirle su opinión. La reina se mostró contundente: no solo no toleraría un alto el fuego, sino que también quería evitar que Granada recibiera dinero o provisiones de quienes trataran de

comprar la libertad de los parientes capturados en la temeraria incursión de la Axarquía. «Embió decir que su parecer, si a él plugiese, sería que aquella tregua no se otorgase a los moros», informa Pulgar[466]. También ordenó que vigilaran atentamente las fronteras para impedir que se utilizara ganado, tela o aceite para el pago en especie de rescates. «La reina no dava lugar que grande ni pequeña cantidad de preveymientos se llevase a los moros por el rescate de ningun cristiano», añadió Pulgar. En el lado cristiano de una frontera considerablemente difusa, los llamados alfaqueques, cuya profesión era negociar el pago de rescates por ambas partes, vieron dificultada su tarea[467]. La cruzada de Isabel había comenzado y no iba a detenerse, aunque significara que los cautivos cristianos tendrían que sufrir en las mazmorras que albergaban los gruesos muros de la alcazaba de Málaga.

Con la llegada de la primavera de 1484, quedó claro que Isabel era el motor que impulsaba la cruzada. La familia real había pasado la Navidad de 1483 en el norte, haciendo planes para el año siguiente; pero Aragón tenía sus problemas, sobre todo la disputa tradicional con Francia por el Rosellón. Fernando decidió que aquella era su prioridad. Isabel, en cambio, se dirigió al sur, a Córdoba, para prepararse para la campaña de ese año en Granada. Si su marido no podía organizarla, lo haría ella misma. Isabel admiraba a Juana de Arco, de cuya crónica tenía un ejemplar en su biblioteca con una dedicatoria anónima que la instaba a luchar contra la «dañada se[c]ta» de los musulmanes[468] y le recordaba que la francesa también había devuelto la grandeza a la corona, aunque Isabel no tenía la intención de guiar en persona las tropas a la batalla, algo para lo que contaba con mandos suficientes. Sin embargo, los generales necesitan un comandante supremo que fije los objetivos y reclute tropas; e Isabel estaba más que dispuesta a desempeñar ese papel si su marido creía que él tenía cosas mejores que hacer.

21

«Lo asolaron ciudad por ciudad»

Córdoba, mayo de 1484

Isabel se despidió de su marido en Tarazona, una localidad situada en el noroeste de Aragón, a finales de marzo de 1484. Se había mostrado implacable en su determinación de reanudar la guerra de Granada y Fernando accedió a reunirse con ella en cuanto hubiera resuelto sus asuntos en Aragón[469]. En su viaje hacia el sur, Isabel pasó por Las Navas de Tolosa, donde se había obtenido una gran victoria en 1212, cuando los ejércitos combinados de Castilla, Aragón y Navarra derrotaron a los musulmanes en una batalla a campo abierto en la que participaron más de treinta mil hombres. Entre los que la acompañaban estaba el cardenal Mendoza, un prelado aristocrático a la antigua usanza que estaba dispuesto a comandar las tropas de la reina si Fernando no se presentaba a tiempo. La larga recua de caballos y mulas pasó primero por la garganta del río Despeñaperros, con sus paredes de cuarcita, por donde se decía que un pastor había guiado a los ejércitos cristianos en su ataque por sorpresa en Las Navas de Tolosa. A continuación, llegaron a la cresta de Sierra Morena, desde donde emprendieron el suave descenso por la vertiente meridional de las montañas. Isabel se desplazó hasta Córdoba, que estaba dominada por una enorme y antigua mezquita cuyos 365 arcos de herradura descansaban sobre cientos de columnas de jaspe, mármol y granito. Hacía 250 años que la habían consagrado como lugar de culto cristiano, pero la catedral aún no ocupaba más que una mínima parte del interior del edificio.

Córdoba, como Sevilla, era un lugar donde Isabel podía apreciar el refinamiento de aquellos a los que se disponía a conquistar. Se alojaba en el alcázar, cerca de la antigua mezquita y con vistas al ancho Guadalquivir y un largo puente de dieciséis arcos de piedra provisto de gruesos contrafuertes, un recordatorio de que, antes de que los musulmanes o los visigodos fueran los amos de la ciudad, España formaba parte del Imperio romano. Las ruedas de los molinos aprovechaban la corriente del río. El chapoteo de las palas en el agua y el crujido de los engranajes no dejaban dormir a la reina, quien, según cuentan, ordenó detenerlas por la noche. Esa había sido una de las ciudades más problemáticas durante los días de debilidad del poder real, en los que a menudo se producían enfrentamientos entre conversos y cristianos viejos y un puñado de nobles locales se disputaban la hegemonía. Muchos de los conversos habían sido víctimas de la Inquisición, cuyos voluminosos archivos se alojaban en una de las torres del alcázar; pero, con la cruzada ya a punto, la ciudad dirigía su atención hacia la guerra santa.

Isabel había escrito a Sevilla para exigir que se reclutaran tropas para la próxima campaña. No solo quería caballeros, arqueros y soldados de infantería, sino que, según sus previsiones, los técnicos, los ingenieros y los obreros eran tan importantes como los combatientes para la tarea que tenían por delante. Era tan probable que sus soldados tuvieran que construir carreteras y tender puentes para que pasara la artillería —o que talaran frutales y arrasaran cultivos— como que tuvieran que disparar flechas, arrojar lanzas o blandir espadas. Así, más de la mitad de los 8400 hombres que Isabel pidió a Sevilla tenían que ir equipados no solo con armas, sino también con herramientas. Isabel dio órdenes detalladas: «E que los 2500 de los dichos peones traygan demás de sus armas cada vno vna hoçe, e los 500 dellos demás de sus armas cada vno vn destral para cortar leña, e los otros 2000 peones demás de sus armas traya cada vno vn cochillo grande de cortar leña». Además, pedía cien picapedreros, también con sus utensilios[470]. Todo esto había que pagarlo y las bulas de la Santa Cruzada que el Papa promulgaría cada tres años supondrían una nueva fuente de

financiación. De este modo, la venta de indulgencias por parte de la Iglesia —una forma de pagar por librarse del castigo por los pecados— contribuía a financiar la guerra.

Isabel estudió los últimos avances en artillería y contrató a expertos franceses y alemanes que la asesoraron sobre qué armas y municiones comprar. Mientras que el ejército que había luchado contra Portugal durante la guerra civil apenas tenía cuatro lombarderos —o sea, artilleros—, el que ahora preparaba Isabel para la cruzada acabaría contando con noventa y uno[471]. Además, la reina ordenó que una flota patrullara el Mediterráneo para impedir que llegaran refuerzos y suministros procedentes de África a la costa del reino de Granada. No fue hasta finales de mayo cuando se presentó Fernando, una vez resueltos sus problemas en Aragón. El rey capitaneó las tropas en el asalto a la villa de Álora, situada en lo alto de una peña. La localidad estaba bien fortificada y los defensores no habían creído necesario evacuar a sus mujeres y niños. Pulgar los acusó de haberse vuelto blandos: «Viven los moros muy supeditados a sus mujeres; el tierno amor de los hijos los hace cobardes, y como procuran afanosamente la propagacion y el sustento de la prole, todas las casas estaban llenas de seres indefensos». Habían precedido al ejército los trabajadores y peones camineros, en cuyo reclutamiento la reina había hecho tanto hincapié, que abrieron caminos para la artillería y esta empezó a castigar las torres y almenas del castillo de Álora. Los defensores respondieron disparando con espingardas, cañones pequeños que se sujetaban con el brazo, y arrojando jabalinas envenenadas a los atacantes, pero contemplaron impotentes el desmoronamiento de sus defensas por el bombardeo. Isabel también se había dado cuenta de que la atención médica en primera línea del frente podía salvar vidas y elevar la moral y envió al ejército lo que daría en llamarse «el hospital de la reina», grandes tiendas de campaña y un equipo de cirujanos primitivos. Se convertiría en algo habitual. «Para curar a los heridos y dolientes, la Reyna enbiaua siempre a los reales seis tiendas grandes, e las camas de ropa neçesarias para los feridos e enfermos; y enbiaua çerujanos y físicos e medecinas e onbres que los sirviesen […]. E

estas tiendas, con todo este aparejo, se llamaua en los reales el Hospital de la Reyna», cuenta Pulgar[472].

Al cabo de apenas una semana los maltrechos defensores salieron a parlamentar y accedieron a abandonar la ciudad fortificada a cambio de sus vidas y del precio de los cereales que tenían almacenados. Como siempre, una de las primeras acciones de los conquistadores fue consagrar la mezquita de la ciudad como iglesia. Fernando, muy satisfecho, ordenó que reparasen las murallas y guarnicionaran la ciudad y se dispuso a volver con sus tropas junto a Isabel; pero esta no quiso en modo alguno dejar así las cosas. Se había preparado para una campaña más larga. Habían organizado recuas de mulas y habían comprado enormes cantidades de cebada y harina. Tenían casi ochocientas acémilas para la entrega semanal de suministros y todo estaba a punto para que siguieran haciéndolo durante siete semanas enteras[473]. Como recuerda Palencia, «la Reyna, que todos los días trabajava enbiando dinero y gentes, a recua e mantenimientos, e facía continuos aparejos para aquella guerra, oydo cómo el Rey deliberava tan presto dexar la guerra e salir con toda su hueste de tierra de moros, enbió a decir al Rey que si le plugiese devía hazer la tala de la Vega, e poner sitio sobre alguna otra villa, pues avía aún asaz tiempo del verano en que se podía hazer». Eso fue exactamente lo que hizo Fernando; sus tropas irrumpieron en la fértil Vega de Granada y destruyeron los huertos, los almacenes y los regadíos que habían ayudado a llenar los estómagos de los musulmanes durante siglos. Al regresar el ejército de Fernando, Isabel le escribió a diario para asegurarse de que llegaran los suministros a una expedición similar dirigida por el duque de Medina Sidonia[474].

Los monarcas invernaron en Sevilla, convertida en el corazón del esfuerzo bélico, pero devastada por la expulsión de sus judíos, la persecución de sus conversos y los brotes ocasionales de peste. Habían vuelto a uno de los lugares favoritos de Isabel, el Real Alcázar, que le traía recuerdos felices del engendramiento del pequeño Juan y de su posterior nacimiento; pero algunos miembros de la casa real comenzaron a morir de peste e Isabel huyó con su familia a un clima más saludable. El brote fue

tan grave que, cuando volvió a enviar a Fernando a la guerra a principios del año siguiente, prohibió a los sevillanos que se unieran a él[475]. «Por la presente mando e defiendo que ninguna ni algunas personas, así de la çibdad de Sevilla como de las villas e lugares de su tierra y arçopbispado donde falleçen de pestilençia, non sean osados de yr ni enbiar al real donde el Rey mi señor está o estouiere.»[476] Estaban marcando la pauta que seguir durante la guerra. Los inviernos eran para descansar, planificar e incluso dar a luz; la cuarta y última hija de Isabel, Catalina de Aragón, nació en la pausa que siguió a la campaña de 1485. Los combates podían reanudarse en primavera, con nuevas tropas y provisiones. En cada expedición, el peso de la artillería y la importancia de los peones camineros, los pontoneros y los obreros iban en aumento para que los pesados cañones que arrastraban por los paisajes ora desérticos, ora lluviosos de Andalucía pudieran bombardear con saña las ciudades y castillos musulmanes. Esa primavera, en su marcha hacia la espectacular Ronda —una plaza estratégica situada sobre una meseta cortada por un profundo tajo, al norte de Málaga—, a Fernando le siguió una fuerza de artillería transportada en 1500 carros[477].

El doble juego, el uso de los aliados musulmanes y la buena suerte acudieron en su ayuda. Sin embargo, las claves del éxito fueron las técnicas de asedio cada vez más sofisticadas y los convoyes de suministros que Isabel velaba por que llegaran con regularidad a los campamentos donde se congregaban más de diez mil soldados hambrientos. La soberana lo observaba todo desde una distancia prudencial, preocupándose siempre de que su programa de reabastecimiento funcionara correctamente. La victoria decisiva se produjo cuando, después de un breve asedio y de un bombardeo de dos semanas, se alcanzó un trato secreto con algunas de las familias principales de Ronda. Todos los que habían luchado por la supremacía en el litoral mediterráneo del sur de España, desde los iberos hasta los musulmanes, pasando por los fenicios, griegos, cartagineses y romanos, se habían establecido aquí. Con Ronda cayeron un gran número de pueblos de la zona cuyos habitantes decidieron que era mejor aceptar la condición de

mudéjares —musulmanes en la España cristiana— que luchar hasta morir o ser capturados y esclavizados[478].

Isabel y Fernando estaban cambiando la forma de hacer la guerra. A medida que los cañones de artillería que utilizaban se volvían cada vez más pesados y numerosos —y aumentaba el número de peones camineros e ingenieros capaces de allanar valles, abrir caminos en las montañas o construir puentes sobre los ríos— los grandes bastiones defensivos de la estrategia militar medieval, los castillos y las murallas de las ciudades, se derrumbaban ante ellos. Ya no era necesario esforzarse por bloquear las rutas de entrada y salida de las ciudades y esperar a que los sitiados murieran de hambre. Este nuevo tipo de ejército, en el que la artillería y la infantería reemplazaban a los caballeros y a sus escuderos a caballo como elementos principales, vio cómo cundía el pánico ante las tropas de Isabel y Fernando cuando estas, en palabras de un poeta musulmán, «acamparon en nuestro territorio y lo asolaron ciudad por ciudad utilizando grandes cañones que demolían sus inaccesibles murallas sitiándolas, atacándolas durante días y meses, con celo y obstinación»[479]. El arsenal real pronto tendría unos 180 cañones grandes y medianos, así como varias fundiciones para abastecerlos. «Y así de esta entrada dio Nuestro Señor en manos del Rey y de la Reina las sobredichas villas y fortalezas […] en obra de un mes; que en otro tiempo la menor era bastante tenerse un año y no poderse tomar sino con hambre», señaló Bernáldez[480]. Se lanzaron miles de balas de cañón de hierro o piedra contra muros antes considerados inexpugnables. Las más grandes eran pedruscos tallados de sesenta kilos, aunque las más devastadoras eran las balas incendiarias hechas a base de cáñamo, pez, azufre y pólvora, que arrojaban llamas al caer y rociaban de fuego extensas zonas[481]. Los defensores que trataban de reparar los daños se encontraban expuestos al bombardeo intenso de cañones de menor calibre, flechas o espingardas, cada vez más numerosas en las filas del ejército cristiano.

Un asalto típico, tal como lo describe Pulgar, en el caso de la ciudad de Setenil, duraba apenas tres días:

> Asentadas las lombardas gruesas, el Rey mandó que tirasen á dos torres grandes que estaban en la entrada de la villa. É como tiraron por espacio de tres días, luego las derribaron con un gran pedazo del muro. Y entretanto los otros tiros de cebratanas é pasabolantes é ribadoquines [piezas de artillería más pequeñas] tiraban á las casas de la villa, é mataban los homes é mugeres é niños, é derribaban las casas. É tan gran temor pusieron los tiros de pólvora, é tanto daño y estrago facían en los Moros, que no lo podían sofrir, ni tenían vigor para pelear, ni para se defender[482].

No es de extrañar, pues, que muchas ciudades ni siquiera esperaran a que comenzara el bombardeo, sino que se rendían mientras el enemigo preparaba los cañones. Las huestes castellanas tradicionales, formadas por una amalgama de reclutas, milicias regionales de las hermandades, ejércitos de los señores feudales, mercenarios, técnicos y grupos bien organizados de las órdenes militares, fueron agrupándose en unidades disciplinadas de unos ochocientos hombres. Su núcleo fundamental acabaría convirtiéndose en el mayor ejército permanente de Europa[483].

La guerra civil de Granada, por su parte, continuaba de forma intermitente, debilitando aún más al enemigo. Muley Hacén fue derrocado por su hermano Zagal antes de fallecer en 1485 y Boabdil seguía siendo un aliado rebelde y poco de fiar. Isabel y Fernando lo ayudaron en su lucha y en un momento dado se presentó en Murcia, donde fue agasajado por sus aliados cristianos. En 1486 el barrio del Albaicín, situado en una colina frente al complejo palaciego de la Alhambra, se rebeló en su favor y fue bombardeado con cañones y catapultas desde el otro lado del valle del Darro. Sin embargo, Boabdil se alió con su tío Zagal y se hizo cargo de la defensa de Loja, el escenario del primer y fallido intento de Fernando de asediar una ciudad amurallada. «Ahora vais a sufrir otra derrota semejante a la que en este mismo sitio sufristeis no ha mucho», increpó a los cristianos su intérprete mudéjar, Abrahím de Robledo; pero el desdichado Boabdil perdió la ciudad casi de inmediato cuando las murallas se derrumbaron bajo el intenso fuego de artillería y pellas de fuego incendiaron las casas. Volvieron a capturarlo y tuvo que jurar de nuevo vasallaje a Isabel y a Fernando y enemistad a su tío[484].

A esas alturas, las noticias de la cruzada de Isabel habían circulado por toda Europa. Se presentaron voluntarios de países lejanos, incluido el

aristócrata inglés al que los cronistas llaman «lord Scales» —en realidad, seguramente el cuñado de Eduardo IV, Edward Woodville—, acompañado por más de cien arqueros y peones ingleses armados con hachas y lanzas. Su intervención en la batalla final por Loja fue considerada decisiva, aunque el propio Scales perdió dos dientes a causa de una pedrada y temió que eso afeara su físico. Fernando le dijo que se sintiera orgulloso de esa herida de cruzado y que los dientes perdidos «más le facían hermoso que disforme», e Isabel lo colmó de regalos por un valor superior a dos mil doblas, entre ellos «una muy rica cama, e dos tiendas, e seis azémilas muy grandes e fermosas, e cuatro cavallos». Scales entusiasmó a Isabel cuando esta llegó a la localidad recién conquistada de Íllora y el noble inglés la saludó vestido de blanco, con un sombrero del mismo color con plumas y su caballo castaño ataviado con paramentos de seda azul, acompañado por un séquito con una indumentaria parecida. Scales y el corcel realizaron una exhibición de doma y saltos para los espectadores, que aprobaron visiblemente la excéntrica manifestación de pompa aristocrática[485].

La visita de Isabel a Íllora, destinada a elevar la moral, estaba pensada en parte para agradecer su participación a los voluntarios que habían llegado de toda Europa. Los que se habían rendido acababan de salir de la localidad e Isabel, acompañada por sus damas y su hija mayor, Isabel, de quince años, fue recibida por el estruendo de trompetas, sacabuches, chirimías y tambores. El ejército de Castilla inclinaba sus pendones al paso de la reina, que iba montada en una mula cubierta con un paño carmesí y orladuras de oro. Isabel llevaba un vestido morisco con un sombrero negro de brocado, un homenaje nada sutil a la tierra que sus ejércitos y su marido estaban conquistando. Fernando, que también llevaba una espada curva parecida a una cimitarra árabe, saludó a la comitiva con un beso en la mejilla a su esposa y otro en la boca a su hija[486].

Isabel seguía de cerca al ejército conquistador. En Moclín, que fue tomada a finales de julio de 1486, dieciocho lombardas mayores bombardearon la población de forma tan sostenida «por espacio de dos noches é un dia […] que espacio de un momento no había en que no se

oyesen sonidos»[487]. Al final, un cañonazo provocó el estallido del polvorín de la población, lo que precipitó una victoria que salvó al ejército de Isabel de los disparos que los defensores efectuaban desde las murallas. Mientras Fernando arrasaba las tierras de cultivo de la Vega de Granada ese verano de 1486, Isabel se trasladó a la localidad conquistada y pronto se encontró también negociando la capitulación de la vecina Montefrío. Como en otros lugares, los habitantes se rindieron sin luchar y se fueron con sus posesiones a la ciudad de Granada[488].

22

«¡Dios salve al rey Boabdil!»

Málaga, 1487

La guerra de Granada se había convertido desde hacía años en la principal preocupación de Castilla, aquella a la que más tiempo y energías dedicaba Isabel, pero las pruebas más duras estaban aún por venir. En 1487 ella y Fernando decidieron sitiar la segunda ciudad en importancia del reino, Málaga. Era un puerto enorme, bien fortificado, que exigía una fuerza militar mucho mayor que la que Isabel había conseguido armar hasta la fecha. Se formó un gran ejército de 53 000 hombres, incluidos 13 000 soldados a caballo, que marchó primero sobre Vélez-Málaga a principios de abril. Zagal también reunió un ejército y partió hacia dicha localidad, lo que hizo temer a Isabel que no hubiera reclutado suficientes hombres. Sin embargo, en ese punto, su estrategia de dividir a la familia real nazarí para convertir a Boabdil en su vasallo demostró su utilidad[489]. Ella y Fernando incluso habían enviado tropas cristianas en apoyo de Boabdil después de que este se presentara delante de la Alhambra para adueñarse del Albaicín el otoño anterior. «El enemigo auxiliaba al señor del Albaicín con toda clase de recursos: hombres, cañones, pólvora, trigo, piensos, bestias, oro y plata —escribió el cronista musulmán anónimo después de que el conflicto estallara al otro lado del estrecho valle del Darro[490]—. […]. Con ello logró el enemigo lo que tanto había esperado, que prendiese el fuego de la lucha intestina.»[491]

Inquieto, Zagal había hecho que el pueblo de Granada jurara no levantarse contra él mientras conducía sus tropas hacia Vélez-Málaga, pero, en cuanto se hubo ido, un anciano musulmán se encerró dentro de una de las torres de la ciudad y subió por las escaleras hasta lo más alto. Se quitó la toca que llevaba en la cabeza, la ató a una lanza y empezó a gritar: «¡Dios salve al rey Boabdil!»[492]. Este último se apoderó de inmediato de la ciudad. A las dos de la madrugada, mientras acampaba cerca de Vélez-Málaga, le llegó la noticia a Zagal, quien, con el camino de vuelta a Granada bloqueado, se dirigió por el este hacia sus fortalezas de Baza y Guadix. Los habitantes de Vélez-Málaga, al ver que su rey se alejaba mientras Fernando preparaba sus potentes cañones, tardaron solo diez días en rendirse. Boabdil, por su parte, agradeció a Isabel su ayuda enviándole un cautivo cristiano de Úbeda junto con un cáliz de oro y varios perfumes exóticos. También le escribió para explicarle que había degollado a algunos de los partidarios más importantes de su padre en la ciudad y le pidió a Isabel que le recordara a Fernando que le enviara más refuerzos[493]. «Sepa vuestro alto estado que nos matamos de nuestros enemigos quatro mayores de los alcaydes, que estos eran los mayores enemigos nuestros —le dijo Boabdil—. Quiçá Dios aparejará esto mismo para los que quedan de los enemigos.»[494] Fernando le envió tres mil soldados y se ordenó a los comandantes cristianos de la frontera que le ayudaran a hacer la guerra contra Zagal siempre que fuera posible. Boabdil devolvió más tarde el favor atacando a una hueste musulmana enviada por su tío para reforzar Málaga[495].

Isabel y Fernando tal vez esperaran que Málaga, donde una clase mercantil rica y antojadiza vivía del comercio marítimo entre Granada y el norte de África, capitulase sin dificultad. Sin embargo, la urbe era también el punto de unión más importante con los partidarios del reino en la orilla sur del Mediterráneo. Así la describe Palencia: «La grandeza de la ciudad, la opulencia de sus moradores, la mayor seguridad ofrecida por sus costas y el considerable y variado tráfico de mercancias hacían de ella un magnífico emporio para ganancia de todas las naves que allí arribaban, y el principal

socorro para los granadinos. Allí fondeaban embarcaciones de egipcios, tunecinos, númidas [beréberes] o sitifenses [cabileños] y hasta de árabes de la próxima costa frontera, y llevaban a los granadinos hombres, caballos y numerario. Particularmente traían un socorro en dinero recogido en las diversas regiones del África»[496]. Málaga también tenía una gran fuerza de gomeres, una tribu de guerreros beréberes que, movidos por la religión, el dinero o ambas cosas, aportaban combatientes decididos a salvar el reino de Granada de la embestida cristiana. Con el apoyo de Zagal, los gomeres ayudaron a un veterano comandante llamado Hamet el Zegrí a hacerse con el mando. Entre los más decididos a resistir estaban un reducido grupo de antiguos cristianos convertidos al islam —que temían por su futuro al ser apóstatas— y los salvajes bandidos monfíes de la serranía que habían jurado luchar hasta la muerte. Eso hizo que el sitio, que comenzó en mayo de 1487, fuera mucho más complejo que los que habían emprendido antes Isabel y Fernando[497].

La tarea de abastecimiento de Isabel se vio facilitada por el hecho de que los bienes, especialmente la artillería, pudieran llegar por mar, aunque las tormentas de primavera embarraran los caminos y agitaran las aguas. Esta vez los monarcas traían fuerzas de más lejos, con la llegada de voluntarios extranjeros en busca de la aureola de prestigio de los cruzados victoriosos y de nobles aragoneses que se incorporaron a sus filas junto con sus propios hombres. El emperador Maximiliano envió dos barcos cargados de artillería, aunque casi con toda seguridad cobró por la ayuda[498].

Los hombres de Isabel y Fernando, que en su mayoría nunca habían visto Málaga, quedaron impresionados por su tamaño y por sus defensas. Pulgar fue uno de los que se dio cuenta de que no se parecía a ninguna otra ciudad de las que se habían encontrado antes:

> Está asentada en un lugar llano, al pie de una cuesta grande, e es cercada de un muro redondo, fortalecido de muchas torres gruesas, e cercanas unas de otras; e tiene una barrera alta e fuerte do asimismo ay muchas torres. E al cabo de la çibdat, e al comienço de la subida de la cuesta está fundado un alcáçar, que se dize el Alcaçaba, cercado con dos cercas podimos contar fasta treynta e dos torres gruesas, de maravillosa altura e artificio conpuestas. E allende destas, tiene en el çircuyto de los dos muros fasta otras ochenta torres medianas e menores, çercanas vnas de otras.

Desde allí, dos muros más protegían un camino que, por la empinada cuesta, conducía directamente hasta la cima de la colina, donde se encontraba el castillo de Gibralfaro, con vistas a las zonas de donde podía proceder cualquier ataque. Algunos consejeros de Isabel y Fernando pensaron que un sitio sería demasiado arriesgado, que podrían asfixiar lentamente Málaga desde lejos, ahora que todos los pueblos y castillos vecinos estaban ocupados. Otros proponían con temeridad lanzar un asalto directo. Sin embargo, incluso tomar posiciones estratégicas alrededor de la ciudad era difícil, ya que hubo que conquistar las colinas una a una, luchando cuerpo a cuerpo, y los musulmanes demostraron ser combatientes muy motivados. La tienda de Fernando, mal situada en lo alto de una colina, tuvo que ser retirada después de que los musulmanes la divisaran y la convirtieran en blanco de su artillería[499].

Al final fue Isabel quien, según Pulgar, tomó la decisión definitiva de llevar a cabo un clásico asedio de desgaste y evitar un ataque frontal. Cavaron un foso enorme en torno a la ciudad, con empalizadas como obstáculo adicional para impedir cualquier intento de salida. La idea era matar de inanición a los defensores, mientras los bombardeaban con la reforzada artillería. Construyeron muros y cercas para cubrir a los atacantes. Excavaron túneles para acercarse a las murallas de la ciudad. La llanura de Málaga empezó a llenarse de máquinas para el sitio, en gran parte construidas sobre el terreno. Levantaron enormes torres con ruedas para empujarlas hasta las murallas y para que las tropas pudieran así escalarlas, junto con ingeniosos refugios móviles a prueba de fuego; pero los ataques lanzados contra las brechas abiertas en los muros por el bombardeo se saldaban siempre con derrotas. Y los hombres de Zegrí, deseosos de luchar con sus sitiadores, hacían frecuentes salidas a caballo, pasando por encima de las empalizadas. Grupos de musulmanes excavaban contraminas hacia el exterior de las murallas para crear sus propias barreras defensivas o para ir en busca de los túneles excavados por los cristianos. Todos los que se ponían a tiro sabían que les dispararían los arqueros o los artilleros. El sitio se prolongó y, a diferencia de otros, tuvo un alto precio en vidas humanas.

Los sitiadores perdían treinta hombres al día, mientras que los defensores moriscos sufrían aún más, unas cincuenta bajas. Los habitantes de la ciudad vivían igual de aterrados, tanto por el ejército cristiano como por los despiadados gomeres, y cualquiera que osara proponer negociaciones se arriesgaba a que lo ejecutaran por cobarde y traidor. A medida que aumentaba el número de heridos, crecía también el tamaño del hospital de Isabel, que al final del asedio había sido ampliado, pasando de las seis tiendas originales a dos grandes pabellones y otras quince tiendas más pequeñas. Isabel vio que su ejército se quedaba sin pólvora y envió barcos a Valencia y a Sicilia para que trajeran más, así como una carta al rey de Portugal suplicando su envío; pero el mar era el mejor aliado de la reina. Significaba que podía mandar víveres y pólvora con relativa facilidad, para que luego los descargaran en un muelle construido a la vista de las murallas de la ciudad, presumiblemente para exasperación de unos defensores que empezaban a quedarse sin provisiones[500].

En los días en que, debido a la mala mar y al mal estado de los caminos, los suministros no llegaban al campamento, se desataban los rumores y empezaba a hablarse de una retirada. En vista del sufrimiento de sus soldados, Isabel decidió visitarlos en el frente. Sus anteriores visitas a poblaciones recién conquistadas habían impulsado la moral de inmediato y, a pesar de los peligros evidentes de un lugar donde docenas de sus hombres morían en la lucha diaria, Isabel se desplazó a Málaga en mayo. Estableció su campamento a una distancia prudencial, en una colina que dominaba la ciudad. Llegó acompañada por su corte, entre ellos el cardenal Mendoza y su hija mayor, Isabel, junto con cantantes, músicos y sus propios artistas, cuya tarea era inmortalizar el asedio mediante la pintura. «Fué recebida […] por todas las gentes de la hueste con gran placer, porque su venida les pareció ser alivio de los trabajos pasados, é se esforzaron más para los continar», cuenta Pulgar[501].

Isabel quería comprobar en persona cómo iba el asedio y si las provisiones eran suficientes, así como acallar los rumores de que el miedo a la peste fuera a provocar la orden de levantar el sitio. Fernando, desde

luego, necesitaba que Isabel subiera la moral y esperaba que su presencia se la debilitara a los defensores para que «los moros por experiencia viesen la voluntad que él y ella tenian de permanescer en aquel çerco, é de lo no alzar por ninguna cosa que ocurriese fasta ganar la çibdad». Hubo quien señaló que la guerra era cosa de hombres y que, aunque hubiera ido a Íllora el año anterior, la reina no tenía por qué estar allí, pero el efecto general de Isabel en las fuerzas sitiadoras fue electrizante. «A los más plazía mucho porque la reyna era muy amada e temida de todos», informó el cronista particular del marqués de Cádiz. El orgullo militar hizo que muchos estuvieran ansiosos por demostrarle de qué eran capaces. «Todos los del real pensaban que por la venida de la reina se avían de dar los moros», escribió Bernáldez; pero, aunque su presencia envalentonara a sus hombres, no hizo nada para debilitar la resolución de los defensores. «Como personas de España […] esforzadamente salían a pelear —comentó con admiración Bernáldez, reconociendo así la españolidad común a musulmanes y cristianos—. É ninguna mención facian de entender en partido, sino de pelear é defender su ciudad, ofendiendo cuanto más podían, é recibiendo ellos también muchos daños é muertes.»[502]

Dentro de las murallas de Málaga, los devotos santones predicaban el credo de la resistencia a ultranza, mientras que los gomeres imponían la disciplina y organizaban salidas. Uno de los gomeres más ardientes fue Abraén Algerbí, un vehemente predicador que había viajado desde la isla de Yerba, en el Túnez actual. Pronto encontró a un grupo de seguidores, seducidos por su ardor guerrero, las invocaciones al Profeta y la convicción de que la victoria era posible. Algerbí encabezó una audaz misión para socorrer Málaga con cuatrocientos de sus seguidores, que pillaron desprevenidos a los sitiadores de noche, saltaron la empalizada de madera que estos habían erigido y entraron por mar en la ciudad. Unos doscientos de sus hombres llegaron a Málaga, pero Algerbí se quedó fuera, ostentosamente hincado de rodillas y rezando. Los asombrados sitiadores lo detuvieron y lo llevaron a ver al marqués de Cádiz. Algerbí afirmó ser un santón que traía un mensaje secreto para Isabel y Fernando que explicaba

cómo tomar la ciudad. Lo enviaron al recinto real, pero Isabel ordenó que lo hicieran esperar fuera de sus tiendas hasta que Fernando se despertara. Cuando Algerbí vio acercarse a dos personas que creyó que eran el rey y la reina, sacó un alfanje que llevaba escondido bajo la ropa y los atacó. Sin embargo, se equivocó de blanco; Beatriz de Bobadilla, dama de la corte de Isabel, y Álvaro de Portugal, a quienes había confundido con los soberanos, se salvaron al parecer porque el arma de Algerbí chocó con una cuerda de la tienda[503]. Según Palencia, el asesino tuvo un final truculento; los guardias lo abatieron a puñaladas y luego llevaron el cuerpo a una catapulta y lo lanzaron sobre las murallas de Málaga, presumiblemente para que se estrellara en un tejado o calle de la ciudad.

Al empeorar la situación en el interior, los comandantes militares de Málaga requisaron la mayoría de los alimentos, lo que condenó a morir de inanición a muchos judíos atrapados en la ciudad, que pronto empezaron a comerse burros, caballos y ratas; pero, a pesar del hambre, los combatientes se mantuvieron fieles a la causa de su guerra santa. En una última demostración de valentía temeraria, salieron de la ciudad y lanzaron un ataque suicida que acabó con la muerte de varios de sus mejores comandantes. El cabecilla de los gomeres supervivientes llevó entonces sus tropas a la alcazaba y les dijo a los malagueños que había llegado la hora de negociar. Mientras estos se morían de hambre, Isabel y Fernando se reunieron con representantes de los catorce grupos principales de la ciudad, quienes exigieron que, como en los pueblos que habían cedido sin oponer tanta resistencia, les permitieran salir en libertad, aunque tuvieran que abandonar todas sus posesiones. La exigencia iba unida a una amenaza en caso de que fuera rechazada. Cuenta Pulgar: «Colgarían de las almenas de la çibdat fasta quinientos omes e mugeres cristianos que tenían catiuos, e puestos los viejos e mugeres e niños en la alcaçaua, pornían fuego a la çibdat, e saldrían todos a morir matando cristianos, porque al fin el Rey e la Reina oviesen la victoria sangrienta […] de tal manera, que el fecho de la çibdat de Málaga fuese nonbrado a todos los biuientes y en todas las edades que el mundo durase»[504]. Sin embargo, Isabel y su esposo ya no estaban

interesados en negociar. Esa opción solo se encontraba al alcance de quienes se negaran a pelear. Y si mataban a los cautivos cristianos, todos y cada uno de los habitantes de la ciudad serían degollados. «Dadlos al diablo», respondió Fernando[505].

Cuando llegó la capitulación definitiva, los miles de supervivientes fueron recluidos en el mismo corral donde habían retenido a los quinientos cautivos cristianos mientras se decidía su futuro. Ellos, o sus parientes, podrían comprar su libertad por treinta doblas de oro, o unos trece mil maravedís por cabeza[*], aunque tendrían que marcharse enseguida al norte de África. Los que no pudieron pagar el rescate se convirtieron en esclavos. Varios de los defensores más fanáticos, incluidos algunos cristianos renegados, quedaron excluidos del acuerdo. Y los conversos que se habían instalado en Málaga después de huir de la Inquisición de Sevilla y otros lugares se encontraban ahora de nuevo en sus manos. Muchos fueron quemados. La docena de cristianos traidores que capturaron en la ciudad recibieron una muerte especialmente dolorosa: los ataron a postes y los acañaverearon, es decir, los atormentaron con cañas cortadas en punta a modo de saetas hasta que murieron desangrados[506].

Málaga era una ciudad en ruinas; sus calles estaban impregnadas del hedor de cadáveres en descomposición. De sus murallas salió una comitiva de quinientos desdichados, con las piernas aún cubiertas de grilletes. Ante ellos hicieron desfilar en procesión una cruz. Isabel había ordenado instalar una gran tienda con un altar en el interior para que estos cautivos cristianos —muchos de los cuales llevaban allí desde la desastrosa incursión de la Axarquía— pudieran ser liberados con toda solemnidad de sus grilletes, vestidos y bendecidos. Isabel y Fernando se negaron a entrar en la ciudad hasta que la hubieran limpiado de cadáveres y el hedor hubiera disminuido. Entonces fueron en procesión hasta la mezquita principal, ya consagrada como iglesia, para dar las gracias y completar la expulsión ritual del islam de una ciudad que había sido musulmana durante más de siete siglos[507].

El alud de 11 000 prisioneros de Málaga era tan enorme que Isabel tuvo que enviar cartas en las que ordenaba a los habitantes de Sevilla que los

acogieran en sus casas. El pago por su mantenimiento saldría de la venta de esclavos y de los rescates. «Vos mando que de los mrs [maravedís] que [se] reçibieren e cobraren de los moros que se vendieren en esa dicha çibdad, paguéys e fagáys pagar a las tales personas que así han tenido los tales moros e moras que se vendieron los mrs que montare, al dicho respecto, en los días que los han tenido», escribió a las autoridades de la ciudad. Los prisioneros fueron divididos en tres grupos[508]. Uno fue entregado a los caballeros, capitanes e hidalgos que habían participado en la campaña, mientras que otro fue utilizado para los intercambios con cristianos que se llevaban a cabo en el norte de África. El tercer grupo, el más numeroso, fue para Isabel y su marido, y fueron vendidos para recaudar fondos para un tesoro agotado por los costes de la guerra.

Los prisioneros musulmanes también sirvieron de espléndidos regalos. Cien de los guerreros gomeres fueron enviados al Papa. La reina de Nápoles recibió cincuenta mozas de Isabel y la reina de Portugal, treinta más. «E la Reyna fizo merçed e repartió otra gran cantidat de moras por algunas dueñas de su reyno, e por otras que continuavan en su palaçio», escribió Pulgar. El destino de los 450 habitantes judíos de Málaga lo resolvió la comunidad judía de Castilla, que pagó 22 000 doblas, o alrededor de 8 millones de maravedís, por su libertad[509].

Isabel y Fernando mantuvieron un estricto control sobre el botín de Málaga. «Ninguna cosa se perdió de valía de dinero, que todo lo ovieron el Rey e la Reina», comentó el autor de una crónica sobre el marqués de Cádiz. Isabel distribuyó tres mil cautivos entre los nobles y los comandantes de las tropas, lo que le sirvió para saldar las deudas que había contraído con muchos de ellos[510]. «E todos lo ovieron por bien, y más el marqués, porque pudiesen salir de la vergüenza que podían rescebir no pudiendo pagar lo que debían […]. E por esto sus altezas rescibirion los sobredichos moros e facienda, e con ellos cumplieron con aquellos que les habían prestado», observó el mismo cronista del marqués, pasando por alto, casi con toda seguridad, las inevitables disputas por el botín de guerra.

Fue una victoria histórica. El antiguo reino de Granada había perdido su segunda ciudad y principal puerto. Algunos de sus guerreros más valientes y duros habían sido sometidos por la fuerza de las armas o del hambre. Y el resto del territorio todavía en manos musulmanas estaba dividido en dos bandos enfrentados, con Boabdil y Zagal como enemigos acérrimos. De los dos, quien había salido mejor librado era Boabdil, que era vasallo de Isabel y Fernando. Estos podían ahora centrar todas sus energías en Zagal y sus tierras del este. Un fragmento de un nuevo tratado con Boabdil, que se conserva entre los documentos del secretario de Isabel Hernando de Zafra, demuestra que había prometido ayudarlos: «[…] que el dicho Rey Muley Bavdili, su vasallo, ayude a sus Altesas e a sus gentes, fiel e verdaderamente, contra dichos moros, a todo su poder. E que todavía el dicho rey de Granada quede obligado a entregar la dicha ciudad de Granada e fuerças, cada e cuando pudiere»[511]. A cambio, se le otorgarían muchas de las tierras de Zagal que ahora planeaban conquistar y se le devolvería a su hijo Ahmed, por aquel entonces rehén en la fortaleza de Moclín, bajo la atenta mirada del patrón de Hernando de Baeza, Martín de Alarcón. Según los términos del tratado, los habitantes del Albaicín —que durante mucho tiempo habían demostrado ser los más favorables a un acuerdo con los cristianos— disfrutarían de una tregua de diez años que les permitiría mantener sus mezquitas y su modo de vida, o mudarse libremente al norte de África. Y a los más importantes de ellos también se les otorgaban privilegios, incluido el derecho a vender sus pertenencias a los cristianos. «Si fuere o viniere […] contra lo en esta escriptura contenido, o contra cosa alguna dello, quel Rey e la Reyna, mis señores, non sean obligados a complir conmigo cosa alguna de lo aquí contenido», añadió Boabdil[512]. Isabel debió de sentir la tentación de creer que la guerra de Granada estaba a punto de terminar.

Boabdil dependía cada vez más de Isabel y Fernando, pero, dado que las tierras que debía recibir a cambio de Granada eran tan claramente inferiores

en extensión e importancia, tampoco tenía mucha prisa por llevar el tratado hasta su conclusión lógica. «A este rey moro proveía la Reyna cada mes de dinero, para el mantenimiento suyo e de los que con él estavan», explicó Pulgar[513]. En un momento dado Boabdil, en respuesta a una carta de Isabel, escribió una lisonjera misiva de agradecimiento, en la que agotó su lista de calificativos para alabar a la reina de Castilla, «la princesa, sultana, la excelsa, la magnífica, la excelente, la liberal, la famosa, la ilustre, la grande, la noble, la virtuosa, la benéfica, la honorable, la princesa de reyes y la más grande y noble de ellos». Y añadió:

> Tambien hemos recibido vuestros auxilios y mercedes, con vuestro servidor el caballero Guzmán y con mis servidores y caballeros. Los aceptamos con todo agradecimiento […]. Estamos a vuesto servicio; nuestro pueblo y nuestras vidas se sacrificarán en vuestro honor […]. ¡No tenemos, después de Dios, otros auxilios que vuestra casa y vuestra real alteza! Para sostenernos en esta capital, oh príncipes de sultanes, necesitamos muchas cosas y no tenemos de donde nos venga una moneda ni cosa alguna útil, como no sea de vuestra casa y de vuestra real alteza. ¡Quiera Dios que vuestra real alteza no cese de ampararnos ni nos olvide![514]

Durante los dos años siguientes Isabel y Fernando desplazaron el foco de la guerra hacia las fronteras orientales de Granada, donde la ciudad de Almería —antaño el puerto principal del reino musulmán y capital de una importante zona productora de seda— y bastiones como Baza y Guadix eran la clave para hacerse con una región con rutas de navegación fáciles y frecuentadas desde y hacia el norte de África. Zagal resultó ser un enemigo astuto y los hombres de la región eran luchadores famosos; así, Palencia alega que los hijos de Baza «eran reputados por los más fuertes y aguerridos de todos los granadinos, como ejercitados desde niños en las artes de la guerra y forzosamente consagrados a ella por su constante batallar con los cristianos fronterizos»[515]. El primer año conquistaron grandes extensiones de territorio, pero no lograron desalojar a Zagal y a sus comandantes de las villas y ciudades principales, que combatían a los atacantes, entre otras cosas, con calderas de aceite hirviendo[516].

A medida que el verano de 1489 tocaba a su fin, Isabel se encontraba cada vez más preocupada. La temporada de hostilidades estaba a punto de

concluir, pero el cerco de Baza entraba en su sexto mes y la moral caía en picado. Los correos de posta, que iban cambiando de caballo a lo largo de su recorrido cada vez que las monturas se fatigaban por el calor, tardaban unas diez horas en llevarle mensajes. Cuando los sitiadores se plantearon abandonar, Isabel, una vez más, les instó a la lucha con este sencillo mensaje: «Si acordavan de continuar el real sobre aquella çiudad, segund que al principio todos conformes lo avían acordado, ella, con la ayuda de Dios, daría orden para que fuesen bien proveídos de gentes, dineros, provisiones e de todas las cosas que fuesen neçesarias, fasta que aquella çibdat se tomase», escribió Pulgar[517]. Sin embargo, tuvo que recurrir a las amenazas para reclutar más hombres de Sevilla y, cuando algunas de las tropas de Fernando comenzaron a abandonarlo, se apresuró a ordenar que se encarcelara a los desertores. Las malas cosechas y el mal tiempo, mientras tanto, interrumpieron sus cadenas de suministro. «Ha avido e ay en el real mucha falta de mantenimientos», escribió, y mandó que se enviasen suministros adicionales por los caminos enfangados y tortuosos que llevaban a Baza. Dichas provisiones tenían que ser entregadas «antes que las aguas carguen e los caminos sean más trabajosos para lo llevar»[518].

Los hombres de Zagal siguieron resistiendo e Isabel decidió que ya era hora de que ella en persona fuera al frente, adonde llegó con sus damas y una escolta de caballeros —entre ellos, un marinero genovés llamado Cristóbal Colón— y músicos. Su hija favorita, Isabel, que ya era una mujer y no se separaba de su madre, cabalgaba con ellos[519].

En el clima de cruzada religiosa y con una autoridad real cada vez mayor, era peligroso, cuando no imposible, discrepar o criticar una guerra que constituía una sangría para las arcas de Castilla. Las críticas directas a Isabel o a la guerra eran raras, o se formulaban en secreto, o, por lo menos, sin dejar constancia por escrito. Mientras que los ingenios de la corte y los poetas populares se habían reído de sus predecesores, ahora mantenían sus lenguas en un escrupuloso silencio. La Santa Hermandad y la Inquisición contribuían a marcar el nuevo tono de conformidad controlada. Uno de los pocos que se atrevieron a criticar en público a Isabel con sus coplas satíricas

fue el poeta Fernando de Vera, que pronto fue condenado a muerte[520]. En el estudio de un escribano de Jerez amigo de Vera, este leyó su cáustica poesía a un reducido grupo, que presumiblemente se rio con ganas de sus ácidas críticas a la reina. Pintaba a los castellanos como ovejas que Isabel esquilaba con regularidad:

As sacado lana tanta
que si te dieras la maña
hubieras hecho una manta
que encubriera toda España.

O tu vienes engañado
o piensas que somos bobos
trayendo, por perros, lobos
que nos matan el ganado.

Vera estaba expresando la rabia generalizada ante la carga de los impuestos de guerra, especialmente en las ciudades. Cuando las autoridades jerezanas se enteraron de su alevosa sátira, detuvieron al escribano y a otros. Vera huyó a bordo de un galeón hacia las islas Canarias y se le condenó a muerte en rebeldía, mientras que el hombre que lo delató fue capturado y ejecutado. Seis años más tarde Isabel y Fernando, gracias a los contactos familiares de Vera, conmutaron la pena de muerte por una de galeras.

Pulgar escribió que los consejeros del rey, que querían que renunciara al asedio, estaban demasiado asustados para decirlo en público, porque la reina no lo aprobaría. Esperaban que, al llevar a Isabel a Baza, podrían hacerle comprender lo difícil que era la situación:

> Considerando los trabajos continos que la Reyna había pasado en fornescer de gente, é dineros, é mantenimientos al real, é al fin de tanto tiempo no conseguirse el fruto que se esperaba, receleban de consejar en publico lo que al Rey consejaban en secreto. É porque la Reyna viese las peleas continas, é las muertes é feridas que todos los días había en el real, […] insistían suplicándole que todavía viniese al real, porque veyendo en persona lo que oía por informaciones, que le placería que el real se alzase, dexando guardniciones de gente en circuito a la cibdad, informó[521].

Otros, en cambio, temían que la presencia de tantas mujeres podría debilitar a las tropas[522].

Sin embargo, la llegada de Isabel tuvo el efecto contrario. Los sitiadores, cansados y aburridos, se sacudieron de encima seis meses de tedio y creciente apatía. El impacto en los defensores aún fue mayor. Observaban desde las torres y los muros de la ciudad cuando llegó la ruidosa comitiva de Isabel, al son de bastardas, clarines, trompetas italianas, chirimías, sacabuches, dulzainas y atabales. Durante años de guerra, la enorme reputación de Isabel como enemiga feroz e implacable había crecido hasta tal punto que su mera presencia era suficiente para doblegar la resistencia de los musulmanes de Baza. Mientras que, dos años y medio antes, los defensores de Málaga habían ignorado su presencia, Pulgar juró que en Baza la llegada de la reina silenció los cañones de los musulmanes para siempre:

> No podemos pensar si creyendo que venia para facer asiento fasta tomar la çibdad, ó movidos por alguna otra imaginación, pero de cualquier caso digno de admiracion ver la súbita mutacion que en su propósito se vido. E porque fuimos presentes e los vimos testificamos verdat delante de Dios que la sabe y delante los onbres que lo vieron, que después del día que esta Reyna entró en el real pareçió que todos los rigores de las peleas, todos los espíritus crueles, todas las intençiones enemigas e contrarias, cansaron e çesaron, e pareçió que amansaron. De tal manera, que los tiros de espingardas e ballestas, e de todo género de artillería, que sola una ora no çesavan de se tirar de la una parte a la otra, dende adelante no se vido ni oyó, ni se tomaron armas para salir a las peleas que todos los días antepasados fasta aquel día se acostrunbravan tomar[523].

Las negociaciones se iniciaron pronto y el comandante de la ciudad obtuvo permiso para consultar con Zagal en Guadix. Se alcanzó un acuerdo enseguida, por el que Zagal renunciaba a todo su territorio —incluidas Baza, Guadix y Almería— a cambio de garantizar considerables derechos personales y la condición de mudéjares (parecida a la de las antiguas comunidades musulmanas de Castilla la Vieja) para su pueblo[524]. A Isabel y Fernando les quedaba poco por conquistar, excepto la ciudad de Granada y su comarca, que, por lo menos en teoría, debía serles entregada de acuerdo con las capitulaciones pactadas con Boabdil.

Isabel y Fernando proclamaron el fin de la guerra. Habían capturado los importantes puertos de Málaga y Almería y habían derrotado a Zagal. Boabdil, ahora señor de (casi) todo lo que quedaba de Granada, era su vasallo. El 8 de enero de 1490, escribieron a Sevilla: «Despues de muchas fatigas e trabajos e gastos ha placido a la misericordia de Nuestro Señor dar fin a la guerra del reyno de Granada […]. E porquel rey Muley Babdili, que al presente tiene la ciudad de Granada, tiene asentado e concertado de entregar a nos e a nuestras gentes la dicha ciudad de Granada, al qual nos avemos enviado nuestros mensajeros […] la respuesta e asiento desto non se podrá dilatar a lo más de veynte días primeros»[525]. Más de siete siglos de dominio musulmán en España habían terminado; o eso creían ellos. Se equivocaban.

23

Los Tudor

Medina del Campo, 14 de marzo de 1489

Isabel esperaba a los enviados ingleses en el salón noble de su palacio de Medina del Campo. Habían levantado un palio dorado bajo el cual estaba sentada con Fernando, mientras los atónitos embajadores recorrían en procesión, a la luz de las antorchas y con el frío cortante del crepúsculo, las calles de la gran capital de la lana y del comercio textil de la meseta. La guerra de Isabel contra los musulmanes de Granada se acercaba a su triunfal culminación, tal y como debían de haberle contado al rey Enrique VII voluntarios ingleses como lord Scales. A diferencia de la recién instaurada dinastía Tudor del rey inglés, la corona que Isabel se había asegurado definitivamente tras el retiro forzado de Juana la Beltraneja en un convento ya no tenía rivales. Isabel estaba decidida a evitar que se repitiera la humillación que había sufrido durante una visita previa del embajador inglés a su corte a principios de 1477. En esa ocasión, en los albores de la guerra civil, la tarima que habían construido para el enviado, Thomas Langton, se había hundido cuando este se encontraba en pleno discurso, aunque el flemático embajador se levantó y prosiguió como si nada hubiera pasado[526].

Una corte que solía encontrarse en perpetuo movimiento o en guerra no era lugar para ostentaciones diarias de grandeza y lujo, ni para los gastos que estas suponían. Sin embargo, cuando era necesario, Isabel se aseguraba de que la corte de Castilla fuera famosa por su fastuosa hospitalidad. Era

una manera segura de transmitir el mensaje de que la suya era una monarquía rica y poderosa, capaz de competir en magnificencia con las demás cortes europeas. Su gran cruzada contra los musulmanes de Granada ya había realzado la posición de Castilla en el orbe cristiano, pero, ahora que ya casi había concluido, ella y Fernando comenzaron a mirar más allá de las fronteras de sus reinos conjuntos, hacia otros países que pudieran convertirse en aliados. Enrique VII había enviado a sus embajadores para negociar dicha alianza, que se vería reforzada por el compromiso matrimonial entre la (cuarta) hija de tres años de Isabel, Catalina de Aragón, y el hijo de dos años y heredero del rey de Inglaterra, el príncipe Arturo. Isabel quería que volvieran a casa impresionados. Los embajadores, el doctor Thomas Savage, futuro arzobispo de York, y sir Richard Nanfan, quedaron asombrados por la hospitalidad con que fueron agasajados[527]. «La gente habla del honor dispensado a los embajadores en Inglaterra; desde luego, no se puede comparar con el honor que se hace a los embajadores en el reino de Castilla, y sobre todo en el tiempo de estos nobles rey y reina», escribió su heraldo, Roger Machado[528].

Del mismo modo que Isabel había sabido cuándo despojarse de las vestiduras negras de luto para deslumbrar a los segovianos con sus regias y espléndidas ropas, ahora también se entregaba a la fastuosidad en el vestir. Machado relató que la reina llevaba «un vestido de paño de oro cubierto por un manto con capucha de terciopelo negro, con grandes agujeros a través de los cuales mostraba el paño de oro del que iba vestida». La capucha estaba adornada con rectángulos de hilo de oro con incrustaciones de joyas «tan ricas que nadie vio jamás nada igual». Su cinturón de cuero blanco con faltriquera, que Machado consideró un toque extraño y varonil, estaba ornado con un «rubí balaje del tamaño de una pelota de tenis, cinco espléndidos diamantes y otras piedras preciosas del tamaño de una habichuela»[529].

Las joyas de la reina hablaban aún más elocuentemente de la riqueza y del poder.

> Llevaba en el cuello un rico collar de oro compuesto enteramente de rosas blancas y rojas, cada rosa adornada con una gran joya. Además, le colgaban dos cintas a cada lado del pecho, adornadas con grandes diamantes, balajes y otros rubíes, perlas y cien o más joyas de gran valor. Por encima de todas estas ropas vestía un manto corto de fino satén carmesí forrado de armiño, de aspecto hermosísimo y brillante. Lo llevaba cruzado sobre el lado izquierdo [de modo informal]. Iba con la cabeza descubierta, salvo un tocado en la nuca, y nada más[530].

A Isabel le habría gustado saber que Machado anotaba minuciosamente todo lo que veía —y todo lo que vestía la reina— durante las fiestas, justas, corridas y bailes que se celebraron a lo largo de las dos semanas siguientes para informar a Enrique VII. Incluso hizo una estimación del valor de las joyas que llevaba encima: unas 200 000 coronas de oro. La familia y las damas de Isabel también iban magníficamente vestidas, pero a nadie se le permitía eclipsar a la monarca. Unas estrictas leyes suntuarias lo regulaban todo, desde el uso de la seda y los brocados hasta el empleo del oro y la plata en espadas y espuelas de cualquier persona que no perteneciera a la familia real. El informe incluía descripciones de los complejos ceremoniales de las fiestas y, algo de capital importancia, la disposición de los asientos en actos formales que demostraban (según la proximidad física a los soberanos, con el cardenal Mendoza siempre cerca de Isabel) quién tenía el poder en la corte.

Francia había sido durante mucho tiempo aliada de Castilla, pero Isabel estaba dispuesta a cambiar esa situación, sobre todo porque el reino de Fernando, Aragón, mantenía constantes disputas fronterizas con la potencia vecina. Inglaterra, cuyos monarcas se habían autointitulado reyes de Francia durante mucho tiempo (y que todavía conservaban la soberanía de la región de Calais), era un aliado perfecto. Los embajadores, como gran parte de Europa, estaban fascinados por la relación entre Isabel y Fernando. Fue entonces cuando el heraldo Machado dio su enrevesada explicación de cómo la pareja real podía gobernar conjuntamente Castilla: «Quizá algunos me afeen que hable de “monarcas” [en plural], y acaso algunas personas se pregunten, asombradas: “¡Cómo! ¿Hay dos monarcas en Castilla?”. No [digo yo], pero escribo “monarcas” porque el rey es rey por razón de la reina, por derecho de matrimonio, y porque se llaman a sí mismos

“monarcas”, y firman sus cartas “De parte del rey y la reina” porque ella es la heredera [del trono]»[531].

El viaje a Medina del Campo, una urbe de largas y gruesas murallas, dominada por un castillo imponente, había sido largo y arduo. El tempestuoso y traicionero golfo de Vizcaya había devuelto dos veces a los emisarios ingleses a Southampton a causa de unos vientos que habían escorado tanto su navío que «le había entrado tanta agua como si uno de los costados hubiera permanecido sumergido durante un buen rato, y la vela mayor había quedado por completo empapada de agua de mar». Se habían refugiado en el puerto de Laredo mientras las tormentas de nieve blanqueaban la cordillera Cantábrica y bloqueaban los caminos. Cuando finalmente emprendieron la marcha para cruzar las montañas y buscaron un lugar donde pasar la noche, se encontraron con una señora irascible que les ordenó que salieran a la intemperie por haberse atrevido «a entrar en su casa sin permiso». Después de insultarlos a gritos llamándolos «grandes diablos» y «miserables villanos», les permitió regresar y pasaron una noche incómoda antes de levantarse a primera hora y huir a Medina del Campo, donde Isabel les tenía preparados unos acogedores aposentos adornados con tapices preciosos[532].

El primer encuentro de Isabel con los ingleses estuvo tan cuidadosamente organizado como cada una de las reuniones que siguieron en el transcurso de los diecisiete días posteriores. Un grupo de grandes, obispos y «personajes ilustres» acompañaban a los deslumbrados embajadores cada vez que salían de sus aposentos para dirigirse a palacio. Isabel y Fernando se sentaban en asientos separados. «La reina estaba acompañada de treinta y siete grandes damas y doncellas de noble alcurnia, todas ricamente vestidas a la manera del país, de paño de oro con distintos y ricos materiales cuya descripción resultaría aburrida de contar», observó Machado. Se hicieron los besamanos y discursos de rigor, aunque los visitantes ingleses no lograran entender el latín macarrónico del venerable Diego de Muros, obispo de Ciudad Rodrigo, quien habló en nombre de los soberanos españoles. «El buen obispo era tan viejo y sin dientes que a duras penas se

le entendía», observó Machado[533]. No regresaron a sus aposentos hasta las dos de la madrugada, tras comprometerse a celebrar otra reunión al día siguiente.

Dicho encuentro fue de índole más práctica. El afán de Isabel por tener hijos y, sobre todo, por alumbrar un heredero, no había estado exento de dificultades y se había visto interrumpido por los rigores de su estilo de vida nómada y por el compromiso de planificar y abastecer a sus ejércitos; pero ahora tenía un heredero, Juan, y cuatro hijas. Aunque siempre hubiera deseado un niño y mostrase particular devoción por el pequeño Juan, no podía decirse que no prestara atención a sus hijas. Siempre las tenía cerca y las crio siguiendo un conjunto de criterios estrictos y conservadores en cuanto a la moral individual y la imagen pública, a la par que innovadores y progresistas en cuanto a su educación. Su formación, en latín, las vidas de santos, música y observancia religiosa, impartida por tutores extranjeros profundamente impregnados del humanismo italiano, no obedecía a propósitos puramente altruistas. Sus hijas también eran instrumentos políticos, como demostraría al año siguiente al entroncar por matrimonio a la mayor, Isabel, con la familia real portuguesa. Sus otras hijas le brindaban la oportunidad de sellar tres alianzas más mediante sendos casamientos. «Si otras dos fijas o tres acá nos dais, antes de veinte años verés vuestros fijos e nietos señores de toda la mayor parte de la cristianidad», le había escrito Pulgar en una carta premonitoria[534].

Enrique VII estaba entusiasmadísimo con la idea de casar a su heredero con la hija de mujer tan magnífica, y llegó a decir que estaba dispuesto a renunciar a la mitad de su reino si Catalina era como su madre[535]. El fundador de la dinastía de los Tudor necesitaba el enlace más que Isabel y Fernando. Su corona seguía estando amenazada por enemigos interiores y exteriores. La pequeña Catalina no solo le proporcionaba un aliado en el flanco sur de Francia, sino también influencia en Roma, y al recibir la aprobación de su hijo como un marido apropiado le demostraba una confianza preciosa. Los compromisos de esta índole, de todos modos, no

eran considerados nunca inquebrantables; podían y solían romperse cuando se presentaba un mejor partido.

Isabel no tenía prisa por sellar las capitulaciones, sino que pretendía ganarse poco a poco a los embajadores, continuando con la exhibición de magnificencia que había iniciado la noche anterior. En esa ocasión, relata Machado, Isabel iba vestida «con un precioso paño de oro y sobre este, igual que la vez anterior, una capucha de terciopelo negro, adornada con una orla de oro batido punteada con rosas rojas y blancas del mismo material y tachonadas de piedras preciosas. Lucía un espléndido collar ornado con grandes rubíes y carbunclos, de gran valor». Había llegado el momento de presumir de familia. Mandaron entrar a Juan, de diez años, e Isabel, de dieciocho, acompañados por cuatro doncellas, pero de momento no a Catalina, para despertar la impaciencia de los ingleses. «El príncipe vestía una túnica de rico terciopelo carmesí, forrada de armiño, y en la cabeza un sombrero negro a la francesa con un ala de color púrpura muy estrecha, como la rama de un árbol —proseguía Machado—. Y la infanta iba con un vestido de paño de oro, con la túnica por encima a la moda del país y una cola larga de preciosísimo terciopelo verde. Llevaba un tocado de hilo de oro y seda negra en forma de red, adornado con perlas y otras piedras preciosas.» Volvieron a besarse las manos y a pronunciarse más discursos y les prometieron que más tarde verían a la pequeña Catalina[536].

El domingo, al cabo de cuatro días, fueron invitados a la capilla real para la oración de las completas, las últimas del día, antes de retirarse a un gran salón, donde había música y ya estaban bailando los jóvenes de la corte. La infanta Isabel se presentó con uno de sus profesores de baile portugueses. Machado escribió:

> La princesa doña Isabel […] vino muy bien y ricamente vestida y se sentó junto al rey su padre, a su derecha, a poca distancia del mismo. Desde luego era un magnífico espectáculo contemplar a la reina y a su hija tan bien vestidas, y veintiséis damas y doncellas, todas hijas de grandes nobles, la mayoría ataviadas con tela, terciopelo y seda, hermosísimas. La reina llevaba un vestido de paño de oro, con tocado también de oro y un collar precioso adornado con grandes perlas y grandes y finísimos diamantes en el centro. A continuación los soberanos ordenaron a la princesa su hija que

bailara. Y ella se levantó de inmediato y fue a tomar una joven dama que era portuguesa […]. Esta jovencita, que llevaba un vestido espléndido, bailó con ella[537].

En las justas que se celebraron al cabo de unos días, Machado constató que la reina Isabel iba vestida con una mantilla española, «con rombos de terciopelo negro y carmesí, en cada uno de los cuales había una gran perla […] [y] un magnífico rubí balaje del tamaño de un hayuco […]. Jamás se vio nada igual»[538]. Dos rubíes «del tamaño de un huevo de paloma» y una gran perla de 12 000 coronas colgaban de su tocado. Machado no daba crédito. «Tan rico era el vestido que llevaba ese día que no hay quien pueda imaginar siquiera su valor», escribió.

Al cabo de poco se produjo un encuentro informal, aunque evidentemente preparado, con Catalina y la tercera hija de Isabel, María, de seis años. Los reyes, junto con sus tres hijos mayores, llevaron a los embajadores a una galería decorada con sus mejores tapices (muchos de los cuales debían de haber viajado con ellos en recuas de mulas), donde coincidieron con la pequeña corte de sus hijos menores. «La reina llevaba riquísimos ropajes. Y todas sus hijas igual, y las dos hijas ya mencionadas, la infanta doña María y la infanta doña Catalina, princesa de Inglaterra, tenían catorce doncellas […]. Todas ellas vestían de paño de oro, y todas eran hijas de nobles —relató Machado—. La mayor no tenía más de catorce años.» Catalina era demasiado joven para bailar, pero la pequeña María lo hizo con «una joven de su misma edad y altura a la que llevó a bailar». Machado no menciona, en cambio, a la enana que Isabel había contratado para que entretuviera a sus hijas.

Al día siguiente, los embajadores presenciaron lo que ya era una parte esencial de las fiestas reales españolas, los toros. Se toreaba a caballo y los jinetes atacaban con lanzas a los astados. Era un espectáculo sangriento que a Isabel no le gustaba, no por los toros, sino porque a veces morían hombres. Una de las cosas que más lamentaba era el derramamiento innecesario de sangre cristiana[539]. Los embajadores también presenciaron simulacros de batalla y carreras de perros «a imagen y semejanza de como

luchan con los sarracenos». Machado se pasaba la mayor parte del tiempo observando a Isabel, que tenía a la pequeña Catalina junto a ella, maravillándose de lo afectuosa y atenta que era. «Era hermoso ver cómo la reina abrazaba a su hija menor», señaló[540].

Dos días después, el 27 de marzo, se firmó el tratado de Medina del Campo. Inglaterra y España eran aliados y Francia quedaba relegada[541]. Los embajadores permanecieron unos días más en Medina y fueron colmados de regalos, entre ellos un corcel español, otro caballo más pequeño de raza árabe, un par de mulas, seda y sesenta marcos de plata para cada uno; pero antes salieron hasta unos «dos tiros de flecha» de distancia de Medina para acompañar a Isabel y su familia cuando la errabunda corte emprendió la marcha, junto con más de cien nobles, caballeros, obispos y escuderos. Fernando y Juan iban delante e Isabel encabezaba su propio grupo de hijas, damas y doncellas. Tal vez, mientras recorría la meseta, Isabel sintiera el ardor de la venganza al recordar lo ofensivos que se habían mostrado los embajadores franceses que habían ido a pedir su mano. Desde entonces, se había mantenido firme en su opinión de que Francia era «tan odiosa como siempre fue y es, a esta nuestra nación castellana». Su marido debió de sentirse aún más encantado de tener a Castilla definitivamente a su lado en la larga pugna de Aragón con los galos.

24

La toma de Granada

Moclín, mayo de 1490

Las doce relucientes doblas castellanas que Isabel entregó a Juan indicaban que su hijo y heredero, que estaba a punto de cumplir doce años, se hacía mayor y estaba listo para ir a la guerra. Las pesadas monedas de oro eran para que Juan las ofreciese durante la misa que señalaba su nueva condición de caballero, adquirida en una ceremonia solemne oficiada junto a la Acequia Gorda —uno de los principales canales de la compleja red de regadío creada y mantenida por los musulmanes de Granada—, tras la cual Juan siguió a su padre, Fernando, que por entonces, en mayo de 1490, se disponía a arrasar las tierras de labor que rodeaban la ciudad. Allí el joven príncipe había sido armado formalmente caballero y había recibido su cota de malla, su puñal, su casco y sus botas de campaña. Juan podía ahora cabalgar junto a su padre y aprender a su lado el arte de la guerra, aunque no tuviera que luchar en el frente. Hasta entonces Isabel había supervisado la educación de su hijo y seguiría siendo su «tutora y curadora y administradora legitima» durante dos años más, pero la mayor parte de lo que tenía que hacer por él ya lo había hecho[542].

Debía de sentirse orgullosa, no solo de su hijo, sino también del legado que estaba preparando para él como futuro soberano de casi todos los reinos de España. Isabel se había instalado en el trono con una firmeza sin precedentes. Su singular alianza con Fernando había creado una monarquía dual que no solo abarcaba la mayor parte de la península Ibérica, sino que

había ampliado su territorio con buena parte del reino de Granada, al tiempo que demostraba ser la defensora más eficaz de la cristiandad en su constante pugna con el islam expansionista. Además, libraba en paralelo una batalla para purificar Castilla imponiendo el orden y la justicia, persiguiendo a los presuntos herejes entre los conversos y reformando la Iglesia, aunque todavía quedara mucho por hacer. Juan sería el heredero de todo eso. No es de extrañar que, en un momento en que los augurios mesiánicos seguían circulando por la Península[543], muchos lo vieran como el prometido Gran Monarca, el hombre que terminaría la tarea iniciada por sus padres y expulsaría la herejía musulmana del norte de África y, finalmente, de Tierra Santa[544]. En tres años, Juan estaría en edad de casarse, darle nietos a Isabel y asegurar la continuidad de su labor para las generaciones venideras.

Este no fue el único acontecimiento familiar importante del año. Pocas semanas antes, su hija mayor, Isabel, se había casado por fin con el sucesor de la corona de Portugal, el príncipe Alfonso, de quince años de edad, cuyo padre, Juan II, había heredado el trono en 1481 poco después del final de la guerra con Isabel. El matrimonio cumplía las cláusulas del tratado de Alcáçovas que había puesto fin a la guerra civil, consolidando una paz duradera con Portugal y manteniendo a buen recaudo a Juana la Beltraneja, que seguía empecinada en firmar sus cartas como «Yo, la reina»[545]. Esa primavera, las celebraciones en Sevilla con motivo de la «boda por poderes» de su hija (cuando llegaron los representantes portugueses para confirmar las capitulaciones matrimoniales definitivas) y de la despedida de esta —con destino a Portugal, donde se celebrarían propiamente los esponsales— habían durado quince días. La reina había comprado un ajuar impresionante y no había reparado en gastos para los festejos. Hubo justas, representaciones y torneos y el joven Juan intervino tanto en el escenario como en la liza. El esposo de la joven Isabel era cinco años menor que ella, pero la infanta, desde los diez o doce años, había pasado dos recluida con él en Portugal en cumplimiento del tratado que había puesto fin a la guerra entre ambos reinos. Los festejos de Sevilla servían en parte para celebrar la pujanza de un reino que suscitaba admiración, respeto y temor en otras

partes de Europa. La reputación personal de Isabel también estaba en alza. Habían transcurrido dos años desde la caída de Málaga y, aunque la guerra aún no había terminado, era solo cuestión de tiempo antes de que concluyera su cruzada para expulsar a los musulmanes[546].

En junio de 1490 Isabel cabalgó de Moclín, donde había estado disfrutando de la compañía del hijito de Boabdil, el infantico Ahmed, a Córdoba. Granada, la ciudad más poblada de la Península, aún no era suya. Boabdil había demostrado ser un aliado tan poco de fiar para los monarcas españoles como lo había sido para su padre y su tío. Esperaban que aceptara la región de Baza y Guadix a cambio de las llaves de la Alhambra y de la ciudad, pero la esplendorosa Granada, símbolo de siglos de historia musulmana, era un premio al que resultaba difícil renunciar. Boabdil no solo se mostraba reacio a entregar el complejo palaciego que su dinastía, la de los nazaríes, había construido con tanto primor, sino que también se daba cuenta de que la ciudad y los miles de refugiados que habían recalado allí durante los últimos doce años no estaban dispuestos a aceptar lo que para ellos era el fin de la historia: la entrega de un lugar cuya tierra contenía los restos de treinta generaciones de antepasados. En vez de renunciar a Granada, Boabdil reemprendió la guerra[547].

Los reyes no tenían prisa. Cuando se reanudaron las hostilidades en mayo de 1490, obligaron a Zagal a ayudarlos. Este, encantado de vengarse de su sobrino rebelde, puso en práctica uno de los ardides más ingeniosos de la campaña de ese verano cuando sus hombres tomaron una torre fortificada fingiendo que llevaban ganado y cautivos cristianos a Granada. Pidieron refugio en la torre y, una vez abiertas las puertas, atacaron y capturaron a los guardianes, a los que luego mandaron de vuelta a Granada. No fue hasta abril del año siguiente cuando la campaña para conquistar la ciudad propiamente dicha recibió los recursos económicos y humanos necesarios. Isabel, nunca tan paciente como su esposo, adoptó medidas radicales: ordenó una leva en masa con la que pretendía lograr una superioridad abrumadora. Sabía que el sitio podía ser largo y una de las decisiones más importantes que tomó fue construir algo mucho más sólido que el

campamento de asedio habitual, formado por tiendas de campaña y chozas rudimentarias. El de Santa Fe, levantado delante de Granada, era una pequeña ciudad fortificada, unida a un campamento mucho mayor compuesto por tiendas y rodeado de zanjas y barreras, cuyos edificios estaba previsto que permanecieran en pie después de la guerra. En apenas unos meses, ante los ojos de los granadinos, apareció una urbe de planta cuadrada y muros encalados, con torres y otras defensas que la mantendrían operativa durante el invierno. Era un símbolo de la determinación real, un mensaje para los granadinos que dejaba claro que Isabel, Fernando y sus ejércitos habían llegado para quedarse. Isabel estaba tan orgullosa de su pequeña ciudad improvisada que mandó tejer un tapiz que la representara para enviarlo a la corte de Portugal. Al igual que en Málaga, ya no podía soportar estar lejos de la acción. Se mudó a Santa Fe a principios de julio, dos meses después de que su esposo comenzara a levantar el cerco[548]. Una vez más, trajo consigo su hospital de campaña, a cuyo cargo puso a una de sus damas, Juana de Mendoza.

Como en cualquier campamento militar, la vida cotidiana en Santa Fe combinaba momentos esporádicos de peligro y heroísmo con largos períodos de aburrimiento y frustración jalonados por luchas internas, accidentes autoinfligidos e incluso deserciones. En la noche del 14 de julio de 1491, Isabel y Juana, su segunda hija, todavía no se habían mudado a una casa propiamente dicha y dormían en la espaciosa tienda que les había prestado el marqués de Cádiz. Se trataba de un gran pabellón del tipo conocido como «alfaneque», de estilo morisco —un elemento más de la cultura árabe que los españoles cristianos habían adoptado sin ninguna dificultad—, y era el más lujoso de todo el campamento. «La Reina mandó quitase una vela á una doncella en su tienda de un cabo, y poner en otro á la hora de dormir, porque le impedía la lumbre», escribió Bernáldez; pero «cayó sobre la vela alguna cosa, que encendió la tienda é alzó llamas de fuego». Las llamas se propagaron de inmediato a las otras tiendas y chozas contiguas, con cubiertas de paja o madera. «Como la Reina lo sintió, salió huyendo de su tienda, e fuese á la tienda del Rey, que estaba allí cerca de la

suya, e recordó al Rey, que dormía, e cabalgaron luego ambos á caballo», añadió Bernáldez[549].

Mientras sus hijos también huían del fuego y los hombres hacían frente al incendio, el marqués de Cádiz salió a caballo con sus hombres para formar una línea defensiva por si el campamento era atacado; pero Isabel tenía claro lo que había sucedido, según Bernáldez: «La Reina dijo que no pensasen otra cosa, sino que una doncella suya lo había puesto [el fuego] no queriéndolo hacer, salvo por mal recaudo»[550]. Las cortinas de seda, los valiosísimos tapices y la ropa de cama quedaron reducidos a cenizas. Una de las versiones de la historia cuenta que Isabel cogió todos sus documentos secretos antes de huir con ellos en brazos, seguida de la infanta Juana, su segunda hija[551]. Los monarcas aceleraron el ritmo de construcción de los edificios de Santa Fe, pero Isabel y Juana tuvieron que esperar algún tiempo antes de que su casa estuviera lista en un campamento donde, en pocos meses, tomarían decisiones históricas que afectarían al futuro de Castilla, de España y de partes del mundo aún por descubrir.

Los cercos son aburridos y solo la idea de que estaban escribiendo una página épica de la historia de la cristiandad mantenía alta la moral. En el campamento, poetas y sacerdotes convertían las escaramuzas casi diarias con el enemigo en heroicas gestas de caballería magnificadas por la gloriosa recompensa que esperaban. Los defensores, mientras tanto, salían a atacar los reductos y las líneas de suministro de los cristianos, con tanto éxito que en Granada abundaba la carne barata. Sin embargo, cada incursión costaba la vida de algunos que, teniendo tan poco que perder, estaban dispuestos a luchar hasta el final. Y, al no llegar refuerzos, el número cada vez menor de soldados disponibles para la defensa de la ciudad se convirtió en un problema por lo menos igual de grave que la falta de alimentos que había puesto de rodillas a Málaga. Al cabo de ocho meses, solo quedaba en Granada la décima parte de los combatientes a caballo iniciales[552]. Muchos huyeron por Sierra Nevada para adentrarse en los impenetrables y abruptos valles y sierras de la vecina comarca de las Alpujarras, una ruta

que también permitía el suministro de aceite, cereales, frutos secos y forraje a la ciudad sitiada.

La propia Isabel fue al parecer el desencadenante de la mayor batalla entre sitiadores y sitiados, al pedir que la llevaran más cerca de Granada para poder examinar mejor la ciudad. Acompañada por Fernando, Juan y Juana, se desplazó a caballo hasta la aldea de La Zubia, que era poco más que un conjunto de chozas. Allí, desmontó y subió al segundo piso de una casa para contemplar Granada y, por encima de ella, los muros rojizos del complejo de la Alhambra. Una excursión tan arriesgada de casi toda la familia real hizo necesaria la escolta de una gran fuerza de caballería y peones de infantería, que se extendieron en formación defensiva frente a La Zubia. Puede que los granadinos se dieran cuenta de que los reyes estaban cerca o, simplemente, llegaran a la conclusión de que una fuerza de ese tamaño era una amenaza para la ciudad. Sea como fuere, un contingente de tamaño parecido salió enseguida de Granada, provisto de cañones. Isabel y su hija, según la tradición, pasaron gran parte de la batalla rezando arrodilladas, aunque la afición de Isabel por las novelas de caballerías apunta a que quizá prefiriese ver a sus caballeros en acción. Desde dondequiera que contemplase la batalla, vio morir a alrededor de seiscientos granadinos, pues «no ovo allí caballero Christiano aquel día de aquellas batallas, que no fincase su lanza en moro». Los cristianos se alzaron con la victoria e Isabel se comprometió a construir un convento en el lugar desde donde había presenciado los combates. Un grupo de sitiadores fue capturado mientras trataba de tender una emboscada a los que iban a recoger a los muertos y heridos. Esta vez, los granadinos utilizaron la sofisticada red de canales de regadío de los campos situados fuera de la ciudad para inundar la tierra y atraparlos[553].

Con la llegada inminente del invierno, la decisión de Isabel de construir una villa desde la que poder asediar Granada parecía cada vez más sensata. El cerco había comenzado en abril de 1491 y todavía duraba en noviembre, mientras los días se acortaban, empezaba a helar y el manto blanco que cubría Sierra Nevada se iba extendiendo hacia cotas cada vez más bajas.

«Llegó el invierno, por lo cual la nieve que había caído en el monte cortó las comunicaciones con las Alpujarras —explicó el cronista anónimo musulmán—. Produjose entonces tal escasez de víveres en los mercados musulmanes de Granada que fue mucha la gente que padeció hambre, y los mendigos proliferaron por doquier.» Al controlar los sitiadores las tierras fértiles situadas extramuros, los musulmanes no podían sembrar sus campos y se hizo evidente que sus provisiones serían aún más escasas al año siguiente[554].

Hernando de Baeza cuenta que Boabdil, tras recibir la noticia de que los cristianos se disponían a asaltar la ciudad, se preparó para la batalla final, en la que saldría con su ejército a campo abierto, frente a las murallas de Granada. El rey se puso la armadura y le pidió a su madre, Fátima, que lo bendijese. Luego cumplió con el rito tradicional de besar a las mujeres y a los niños de su familia, incluidos su hermana, su esposa y uno de sus hijos más pequeños, y pedirles que le perdonaran por cualquier ofensa que les pudiera haber causado. Cuando su asustada madre exigió saber lo que pasaba, Boabdil le explicó que esa podría ser la batalla final, en la que todos lucharían hasta la muerte.

A lo qual respondió su madre:

—Pues hijo ¿á quién encomendáis vuestra triste madre, y muger, y hijos y hermana, parientes, y criados, y toda esta çibdad, y los otros pueblos que os son encomendados? ¿Qué cuenta daréis á Dios dellos poniendo en ellos tan mal rrecaudo como ponéis, dando la horden que dais para que todos muramos a espada, y los que quedaren sean cautiuos? Mirad bien lo que hacéis, que en las grandes tribulaciones an de ser los grandes consejos[555].

El rrey rrespondió:

—Señora, muy mejor es morir de una vez, que viviendo morir muchas veces.

La madre le dixo:

—Verdad es, hijo, lo que decís, si solamente vos muriesedes, y todos se saluasen, y la çibdad se libertase; mas tan gran perdición es muy mal hecho[556].

Baeza debió de oír esta versión de la historia de labios del propio rey musulmán, aunque no se sabe nada de la batalla que siguió, si es que la hubo. En cualquier caso, la historia ilustra el problema al que se enfrentaba Boabdil, que tenía que decidir si la Granada musulmana iba a morir luchando o a negociar condiciones favorables para la rendición.

Cuando se agotaron los suministros en la ciudad helada, una delegación de granadinos ilustres fue a ver a Boabdil para exponerle lo siguiente:

> De nuestros hermanos musulmanes que viven en la costa de Marruecos ninguno viene en ayuda y socorro nuestro, a pesar de las comisiones que les hemos enviado. Mientras tanto, nuestros enemigos han levantado construcciones, en las cuales habitan, para mejor atacarnos. Ellos aumentan en fuerzas, nosotros en debilidad; ellos reciben ayuda de su tierra, nosotros carecemos de toda ayuda. El invierno acaba de entrar; con ello las fuerzas enemigas acampadas quedan dispersas y debilitadas, y hasta han suspendido las hostilidades contra nosotros. Si ahora entramos en tratos con el enemigo, aceptará nuestras propuestas y accederá a todas nuestras demandas. Pero si aguardamos a que llegue la primavera, se reunirán los ejércitos bajo su mando, con lo cual, y atendida además nuestra debilidad y escasez, ya no aceptará entonces lo que de él solicitemos[557].

Boabdil escuchó atentamente y les hizo caso. De hecho, había estado negociando desde septiembre y había mantenido en secreto las conversaciones para evitar que los granadinos se volvieran contra él. La entrega constante de mensajes y regalos al príncipe prisionero Ahmed en Moclín proporcionó una excusa para las idas y venidas de los negociadores. Las negociaciones incluían, como siempre, dos elementos: por una parte, las condiciones para la población en general y, por otra, las que afectaban a los propios negociadores y a las demás familias de la élite de la ciudad. «Yo vos pido poco —escribió uno de ellos, Abulcacim el-Muleh—; pidáis a sus Altezas para mí el alhóndiga del pescado, de derechos y provechos, y si non fuese esto sea la plaça de los zapateros y el provecho del degollar de los ganados del aduana de Granada.»[558] También quería 10 000 castellanos (una moneda de oro equivalente a 465 maravedís) para él y otro negociador, Abén Comixa, así como 30 000 para Boabdil. Mientras tanto, Isabel y Fernando satisficieron su deseo de recibir las caras telas con las que estaban acostumbrados a vestirse. Encargaron paño aceituní verde, carmesí y

morado de Florencia, gruesas sedas de color negro, verde y azul, grana de Londres, terciopelos verdes y negros, brocados y otras telas para las aljubas, jubones, sayos, ropas, capuces, bonetes y calzas de la orgullosa aristocracia de Granada. Este material probablemente lo entregara el traductor Baeza o el negociador principal, Hernando de Zafra, que visitó con frecuencia la Alhambra antes de que se acabara firmando un acuerdo en Santa Fe el 25 de noviembre de 1491[559]. Boabdil prometió entregar la ciudad a principios de enero a condición de que los musulmanes de Granada tuvieran casi los mismos derechos que las viejas comunidades mudéjares de Castilla y de que tanto él como las élites de la ciudad recibiesen un trato preferente.

Un poeta granadino evocó el momento —y toda la guerra— con vergüenza, recordando que sus esperanzas de ser rescatados por sus compañeros musulmanes del norte de África se habían visto frustradas[560]:

Los cristianos nos atacaban por todas partes, cuerpo de ejército tras cuerpo de ejército como un vasto torrente,
barriéndonos con su empuje como bandada de langosta en su multitud de caballería y armas.
A pesar de todo resistimos a sus ejércitos durante largo tiempo exterminando grupo tras grupo,
aunque su caballería crecía por momentos mientras que la nuestra disminuía y escaseaba.
Entonces, cuando nos debilitamos, acamparon en nuestro territorio y lo asolaron ciudad por ciudad,
utilizando grandes cañones que demolían sus inaccesibles murallas
poniéndolas sitio, atacándolas durante días y meses, con celo y obstinación.
Por eso, cuando nuestra caballería e infantería hubieron perecido, y cuando vimos que ninguna ayuda nos venía de nuestros hermanos
y que nuestras vituallas habían disminuido haciendo nuestra situación realmente dura, nos plegamos, en contra de nuestra voluntad, a sus demandas por miedo a más calamidad…

Los granadinos habían decidido entregar la ciudad porque, «por falta de víveres, comían caballos y perros y gatos», escribió con aprobación un cronista inglés, antes de añadir una descripción vistosa, aunque inexacta, del exótico botín entregado a Isabel y a su esposo[561]. «En una de las estancias donde vivían el rey y la reina de Granada, las paredes de la sala y la alcoba eran de mármol, cristal y jaspe, con piedras preciosas, y más allá se hallaban grandes e innumerables riquezas.» Francia envió un embajador a presenciar la entrega y varios italianos también viajaron para ser testigos

del trascendental acontecimiento[562]. La cruzada de Isabel había terminado —por lo menos en suelo castellano, porque sus ambiciones también se extendían al norte de África— y las promesas que había hecho en las capitulaciones matrimoniales de Cervera, cuando era una novia de diecisiete años y una simple aspirante al trono de Castilla, habían sido cumplidas. Las fronteras de la cristiandad, que en otras partes se encogían, se habían extendido hacia el sur. A ojos de sus contemporáneos, era una hazaña épica.

25

Traspaso de poderes

Granada, 2 de enero de 1492

A Isabel siempre le había gustado el estilo árabe de vestir, pero las túnicas, capas y zapatillas que llevaba por su comodidad o calidez estaban reservadas en su mayor parte para la intimidad de sus aposentos. Para ese día histórico, 2 de enero de 1492, sin embargo, optó deliberadamente por mostrarse en público vestida a la morisca[563]. Había escogido una aljuba de seda y brocado, con la parte superior estrecha y abotonada, mangas largas y falda hasta la rodilla. Su esposo, sus hijos y muchos de los nobles que les acompañaban mientras se preparaban para entrar en Granada también iban vestidos con aljubas y marlotas, una especie de sayos baqueros atados por la espalda. Era un día de celebración por el triunfo y un buen pretexto para olvidar la ropa negra de luto que llevaban desde que recibieran la noticia de que su hija Isabel había enviudado a raíz de una caída de caballo de su joven esposo, el príncipe Alfonso de Portugal, tras apenas ocho meses de matrimonio.

Boabdil salió de la Alhambra montado en una mula, acompañado por cincuenta de sus sirvientes, con la cabeza bien alta, pero su rostro reflejaba la tragedia de la derrota. Al encontrarse con Isabel, los dos monarcas cumplieron un ritual sencillo y preestablecido por el que Boabdil interpretaba al humilde rey derrotado e Isabel, al magnánimo vencedor. Aquel se quitó el sombrero, sacó un pie del estribo y agarró el pomo de la silla como si estuviera a punto de desmontar para besarle la mano. La reina,

que tenía al lado a su hijo Juan, le hizo ademán de que no era necesario y de que no desmontara. Isabel «le habló y consoló y le ofresció su amistad y ayuda, y él se lo agradesció mucho y le respondió para sí ninguna cosa había en el mundo que le pudiese aprovechar, que los que le quisieren hacer bien que harto había en qué, en la señora reyna su madre y los ynfantes sus hermanos», escribió un testigo. Isabel siguió el protocolo acordado en las negociaciones, durante las cuales Boabdil y su madre habían insistido en evitar la humillación de tener que besarles las manos, a lo que la propia Isabel había accedido[564].

Mientras tanto, la monarca esperaba la aparición de los cuatrocientos cristianos que habían permanecido cautivos en la Alhambra. Al igual que en Málaga, se presentaron encadenados, siguiendo tres cruces y una estatua de la Virgen María, mientras entonaban el salmo *Benedictus Dominus Deus Israel*. «La reina los recibió con gran reverencia y ordenó que fueran llevados a la fortaleza de Santa Fe», dijo Bernardo del Roi, un veneciano que se había desplazado hasta allí para presenciar el gran momento. Se derramaron lágrimas cuando, al pasar algunos prisioneros por delante del ejército vencedor, sus parientes los reconocieron. Al mismo tiempo, los cristianos entregaron su cautivo más importante, el infantico Ahmed, ahora de nueve años, a la madre que no había visto durante la mayor parte de su vida[565]. Formaba parte del acuerdo de capitulación. Con Granada en sus manos, los reyes ya no lo necesitaban, aunque Isabel trataría de no perder el contacto con el niño cuya educación había supervisado a distancia y por el que sentía un afecto casi maternal.

Luego el ejército cristiano entero desfiló ante la ciudad y cruzó el río Genil. Desde allí Isabel contempló las murallas de la Alhambra y vio que en una de sus torres más impresionantes, la de Comares, habían plantado una cruz, junto a la cual ondeaban el estandarte de Santiago —apodado Matamoros debido a la leyenda de que había guiado milagrosamente al ejército cristiano hacia la victoria sobre los musulmanes en Clavijo, en el norte de España, en el siglo IX— y los estandartes reales de Isabel y

Fernando. «¡Granada! ¡Granada! ¡Por el rey Fernando y la reina Isabel!», gritaron los soldados. «Vista la cruz por la Reyna, los de su capilla que allí estaban cantaron el *Te Deum laudamus*. Fue tanto el placer, que todos lloraban», escribió un cronista. Los lugareños comenzaban su nueva vida como mudéjares, súbditos musulmanes de la reina cristiana de Castilla[566]. Ninguno de los antepasados de Isabel había sido tan poderoso, aunque esto era solo el principio de lo que sería un año trascendental para España y la cristiandad.

A continuación, tuvo lugar la ceremonia de entrega de las llaves de la ciudad, que fueron puestas en manos del príncipe Juan como futuro rey destinado a gobernarla[567]. Hecho esto, Boabdil siguió su camino hacia las Alpujarras, las abruptas estribaciones meridionales de Sierra Nevada, que le habían cedido como recompensa por entregar su reino. La leyenda dice que se detuvo a llorar y contemplar por última vez la ciudad que sus antepasados habían gobernado durante dos siglos y medio en un lugar que se conocería como el puerto del Suspiro del Moro. Cuando llegó allí Washington Irving, el escritor estadounidense del siglo XIX que idealizó literariamente la caída de Granada, la colina que conducía al paso ya se llamaba la Cuesta de las Lágrimas. Irving inmortalizó en un cuento las palabras con las que Fátima, la madre de Boabdil, reprendió a su hijo: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre».

Isabel aún no se atrevía a entrar en la ciudad. De hecho, las capitulaciones prohibían explícitamente al ejército cristiano entrar en Granada, aunque tendrían que ocupar sus murallas, puertas y torres para hacerse con el control militar. Los negociadores de Boabdil habían pedido que el traspaso a manos de los cristianos fuese gradual, comenzando con la alcazaba y el resto de la Alhambra, adonde se podía entrar por sus puertas orientales sin pasar por la ciudad propiamente dicha. «Que no entren por dentro de la ciudad la gente que ha de recibir la dicha Alhambra al tiempo de dicha entrega», les había dicho uno de los negociadores de Boabdil[568].

El acuerdo original con Boabdil preveía la entrada de las tropas cristianas en Granada para el 6 de enero; pero cinco días antes el granadino les había comunicado que estaba a punto de perder el control de la ciudad. Unos quinientos rehenes musulmanes de las mejores familias, que habían accedido a permanecer en Santa Fe hasta que finalizara el proceso de entrega, se marcharon el 1 de enero, pero ello desató las iras de los que se oponían a rendirse. «El rey moro lo enbió hazer saber al rey e a la reina nuestros señores, y concertó que esa noche enbiasen persona que la recibiese, porque desque los moros viesen que estavan apoderados en ella los cristianos avrían por bien de abaxar las cabeças lo que de otra manera no harían sin mucho escándalo, y aun peligro, si de día los viesen entrar por la çibdad a la reçebir», escribió un testigo ocular llamado Cifuentes[569].

En menos de una hora Gutierre de Cárdenas, el mismo que había llevado la espada de la justicia real ante Isabel el día en que esta se proclamó reina, recibió la orden de preparar a sus hombres para que salieran de noche hacia la Alhambra. «Partió del real a la media noche, con ciertos capitanes y gente de las guardas y algunas peones: espingarderos y vallesteros y lanceros», cuenta Cifuentes, que se unió a la expedición[570]. Luego los llevaron en secreto, siguiendo una ruta que evitaba los caminos y senderos habituales, hasta llegar a campo abierto en los Alixares, en la parte oriental de la colina de la Alhambra, que quedaba fuera de la vista. Abrieron una puerta y pudieron entrar en el complejo palaciego sin que la población de la ciudad se enterase. «Llegamos a la Alhanbra en amaneciendo», escribió Cifuentes[571]. La mayoría quedaron aturdidos por lo que vieron. «Granada es la más señalada y principal cosa del mundo, asy en grandeza como en fuerça y en riqueza de aposentamiento, que lo de Seuilla no es syno casa pagiza para con el Alhanbra», proseguía Cifuentes[572]. Y el veneciano Del Roi, que había acompañado a la expedición, se mostró de acuerdo: «Este palacio es de tal magnitud que la mayor parte suya resulta mayor que todo el de Sevilla».

En sus aposentos de la torre de Comares los esperaba Boabdil, quien, después de hacerse besar las manos por los principales nobles castellanos,

les entregó las llaves de las puertas de la Alhambra y les pidió que firmaran un documento que dejara constancia de que así se había hecho. A continuación, Boabdil y sus hombres salieron por una de las puertas que daban a la ciudad, mientras los soldados cristianos tomaban posiciones en las murallas y torres. Se erigió un altar y, entre lágrimas, los soldados y algunos de los cautivos cristianos que estaban retenidos en la Alhambra celebraron una misa en el refinado entorno de los palacios construidos tan amorosamente por generaciones de reyes nazaríes. Al finalizar el día, el conde de Tendilla se había instalado en la Alhambra con seis mil hombres, mientras Boabdil salía de la ciudad para reunirse con Isabel y Fernando y marcharse para siempre[573].

Isabel y Fernando volvieron a Santa Fe, fieles a su promesa de no desfilar jactanciosamente por la ciudad, y se aseguraron de que sus tropas entrasen en la Alhambra por las puertas de atrás[574]; sin embargo, es difícil creer que en los siguientes días tampoco visitaran a escondidas la Alhambra para contemplar su tan ansiado premio. El complejo palaciego que descubrieron entonces, o en visitas posteriores, era de mayores dimensiones y más colorido de lo que acabaría siendo, tras siglos de abandono y vandalismo en manos de los cristianos, a lo que hay que sumar los estragos del paso del tiempo y la naturaleza. «No creo, en fin, que en Europa se halle nada semejante —escribió Münzer—, puesto que es todo tan magnífico, tan majestuoso, tan exquisitamente obrado, que ni el que lo contempla puede cerciorarse de que no está en un paraíso.» Los antiguos gobernantes musulmanes no habían mantenido como corresponde algunos de los numerosos palacios y jardines del enorme complejo de la colina, pero la impresión seguía siendo de un esplendor abrumador. Por ejemplo, los mármoles, los mosaicos y las lámparas de plata de la Gran Mezquita Real se habían hecho acreedores del elogio de los poetas musulmanes, y entre los palacios que más adelante desaparecerían estaban el de los Abencerrajes y

otro decorado con muebles tapizados de seda, que adoptaría como propio el hombre que se quedaría a gobernar la ciudad, el conde de Tendilla[575].

Isabel estaba acostumbrada al Real Alcázar de Sevilla, pero debió de impresionarle el juego sutil entre la complejidad ornamental y la sencillez arquitectónica de los palacios nazaríes, concebidos como lugares de contemplación. «Entra con compostura, habla con ciencia, sé parco en palabras y sal en paz», rezaba una inscripción árabe. El mármol resplandecía por doquier, tanto en el interior como en el exterior, en columnas y suelos, en grandes losas de cinco metros de largo por dos y medio de ancho. El agua cristalina corría mansamente por los cuidados jardines de limoneros y arrayanes y entraba en las estancias del palacio mediante un sistema de tuberías y canales que no se parecía a nada que Münzer hubiera visto antes. «Y una pieza de baños maravillosamente abovedada.» Los baños tenían cuartos para el agua caliente, la templada y la fría[576].

Los techos estaban pintados de colores vivos. «Las bóvedas y techumbres de las salas y cámaras son de oro, lapislázuli, marfil y ciprés, formadas de tan varias labores que no pueden propiamente describirse», anotó Münzer. Los techos de mocárabes de estuco entrelazado o cedro formaban estalactitas que parecían flotar por encima de las cabezas de los que caminaban por debajo[577]. Incluso las criaturas de piedra que custodiaban una fuente en el Patio de los Leones estaban pintadas de colores brillantes. El cielo nocturno de las estrellas se reflejaba en las superficies de las albercas del patio como en un espejo, mientras que las losas de mármol blanco del Patio de los Arrayanes arrojaban un tenue resplandor de ensueño a la luz de la luna[578].

Los jardines del Generalife se convertirían en uno de los lugares favoritos de Isabel. Münzer describe un jardín «verdaderamente regio, con fuentes, estanques y arroyuelos, hecho por los moros con inusitada bizarría», mientras que otro visitante lo vio como un lugar para «disfrutar de una vida de reposo y tranquilidad». Una cascada caía desde una altura de diez brazas a un tanque, salpicando con refrescantes gotitas de agua a los que se

acercaban. Entre los arrayanes saltaban los conejos y había agua por todas partes, traída mediante un acueducto y hábilmente distribuida por cañerías y canales, que confluían hacia la Alhambra y que también estaban cortados en forma de escalones y barandillas de piedra de una escalinata llamada la Escalera del Agua. La gracia estaba en esperar a que un grupo de personas bajara por la escalera y entonces hacer que corriese por ella el agua y que así se les empaparan los pies y las manos. Podía ponerse en práctica un truco parecido en un patio ajardinado que podía ser inundado discretamente de modo que, según un visitante italiano, quien estuviera en él, «sin saber cómo, ve el agua subir bajo sus pies hasta mojárselos, para luego desaparecer sin que por allí se vea a nadie»[579].

Isabel y Fernando no solo habían conquistado el ejemplo más extraordinario de arquitectura islámica en Europa, sino que su prestigio en todo el continente era ahora incuestionable. La cristiandad, por fin, había dado un golpe de fuerza histórico contra el siempre expansivo islam y podía abrigar la esperanza de que su suerte fuera a mejorar. Los testigos europeos de los últimos días del cerco de Granada escribieron y enviaron relatos entusiastas a sus países de origen[580]. Cristóbal Colón, que había estado persiguiendo el apoyo castellano a sus proyectos personales, era uno de ellos. «Este presente año a 2 días del mes de enero por fuerza de armas vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de Alfambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, vide salir al Rey Moro á las puertas de la ciudad y besar las Reales manos de Vuestras Altezas y del príncipe mi señor», les recordaría al cabo de unos meses. El rey de Inglaterra ordenó que se cantara expresamente un *Te Deum* en la catedral de San Pablo de Londres y Rodrigo Borgia ofició las celebraciones en Roma, donde hubo corridas de toros y procesiones.

Isabel y Fernando habían sido generosos en la victoria. Si las negociaciones de la capitulación no resultaron arduas fue, en gran parte, porque a Boabdil le dieron prácticamente todo lo que pidió. El depuesto rey obtuvo el control de gran parte de las Alpujarras, con el derecho a vendérselas a Isabel y a Fernando cuando quisiera. También recibió 30 000

castellanos de oro y se le permitió conservar las tierras y molinos que había heredado de su padre, mientras que a su esposa, su madre y su hermana también las autorizaban a retener sus tierras. Tenían derecho a marcharse cuando quisieran, llevando sus mercaderías con ellos en dos grandes carracas genovesas que Isabel pagaría con cargo al Tesoro y que les llevarían a Alejandría, Túnez o cualquier otro lugar al que desearan ir. Se les permitió llevar a las Alpujarras sus armas, excepto las de fuego. Antes de partir, Boabdil ordenó que exhumaran los huesos de sus antepasados del cementerio de la Alhambra y enviados a un nuevo camposanto en tierras musulmanas de las Alpujarras; pero no se quedó allí mucho tiempo. Antes de un año, él y su familia estaban ocupados vendiendo sus posesiones y empujado sultimente por Isabel y Fernando, haciendo los preparativos para pasar a África. Finalmente Boabdil envió emisarios a Isabel y Fernando para venderles sus tierras. La esposa de Boabdil, Moraima, murió en agosto de 1493, después de una enfermedad que ralentizó los planes de marcha. Boabdil, su madre, sus parientes y muchos de sus cortesanos se embarcaron rumbo al norte de África en octubre. «Todos ellos, emir y acompañantes, embarcaron en las naves aprestadas, bien atendidos, respetados y honrados de los cristianos —comentó el anónimo cronista musulmán—. Como final de su navegación, desembarcaron en Melilla, en la costa de Marruecos, desde donde continuaron a Fez.» Boabdil se instaló en esta ciudad, donde mandó construir alcázares de estilo andaluz para que vivieran en ellos sus parientes. En menos de un siglo, algunos miembros de su otrora insigne familia se verían reducidos a la mendicidad[581].

A Isabel le disgustó la partida del infantico Ahmed. «De la yda del rey moro habemos habido mucho placer, y de la yda del infantico su hijo mucho pesar —escribió, lamentando no haberse esforzado más para impedir que el niño, al que deseaba convertir al cristianismo, se marchara con su padre[582]—. Paréceme que allá donde está lo debemos siempre cebar, visitándolo con color de visitar su padre y embiándole algo», añadía la reina, en cuya opinión el traductor Baeza sería la persona ideal para dicho cometido.

Isabel había ofrecido condiciones cada vez más generosas a la mayoría de los pueblos y ciudades capturados a medida que avanzaba la campaña de Granada. Al principio, los que lucharon contra sus ejércitos no solo se vieron forzados a vivir fuera de las murallas de su villa o fortaleza, sino que también perdieron sus tierras y propiedades. Donde no hubo resistencia, se les permitió conservarlas. Los que más lucharon, sobre todo en Málaga, recibieron el peor castigo posible: el cautiverio o, si nadie los redimía, la esclavitud. A partir de 1488, sin embargo, incluso a los que habían combatido se les permitió mantener sus tierras, gracias a lo cual resultaba más fácil convencerlos de que se rindiesen. Incluso recibieron dinero a cambio de sus cautivos cristianos y les permitieron conservar sus caballos y armas blancas (pero no de fuego). Si posteriormente se rebelaban, como hicieron algunos, la confiscación era automática. Y tras la confiscación se procedía a la repoblación con cristianos procedentes de otras partes del reino[583].

Granada y las Alpujarras recibieron el mejor de los tratos. Isabel había negociado varias de las capitulaciones anteriores, pero es evidente que tanto ella como Fernando se dieron cuenta de que se enfrentaban a circunstancias excepcionales. Granada estaba superpoblada, sin suministros ni apoyos; pero no era el momento de humillar a un pueblo derrotado al que habría que gobernar. Hasta cien mil personas, entre ellas muchos refugiados de territorios previamente conquistados, se hacinaban en la ciudad o vivían en los valles de las Alpujarras. Habría sido imposible mantenerlos cautivos y ruinoso expulsarlos. Una guerra más prolongada habría costado más vidas, muchas de ellas cristianas. El mero mantenimiento del orden en Granada, una ciudad grande y densamente poblada, de calles y callejones estrechos, suponía un esfuerzo titánico. Más de siete siglos de historia, el orgullo musulmán y el sentimiento de humillación que producía el ser gobernado por gentes de una fe presuntamente inferior eran hechos que no podían ignorarse. A lo máximo que Isabel podía aspirar, de entrada, era a ocupar la Alhambra y otros puntos estratégicos de la ciudad que ahora consideraba la joya de su corona, confiando en que los habitantes mantuvieran el orden

público mediante sus añejas instituciones locales. Lo mismo se había hecho en Almería y en la villa de Purchena en 1489[584].

Así, ella y Fernando aceptaron las condiciones de los negociadores de Granada casi hasta la última coma[585]. Estos querían conservar sus propiedades, sus leyes y su religión. Querían poder llamar a los fieles a la oración desde los minaretes de la ciudad y ser juzgados por los mismos funcionarios y las mismas leyes a los que estaban acostumbrados[586]. Y no estarían sujetos a las leyes de Castilla sobre el uso de distintivos en sus ropas que indicaran que eran mudéjares. La venganza y las indemnizaciones, por daños de guerra o por la venta de esclavos cristianos en África, no se podían ni plantear. Los cristianos no podrían entrar sin permiso en sus casas y, si lo hacían, los musulmanes podrían matarlos sin ser castigados por ello. Incluso a los cristianos que se habían convertido al islam, llamados elches, había que dejarlos en paz. A los judíos del reino tenían que aplicárseles las mismas condiciones y a los cristianos convertidos al judaísmo, incluidos probablemente antiguos conversos que habían huido a Granada, se les permitiría salir pacíficamente del país sin ser perseguidos por la Inquisición. Los propios musulmanes podrían vender sus bienes y propiedades a precios de mercado y trasladarse a las tierras musulmanas del norte de África, sin perder por ello el derecho a regresar durante algunos años. Y estarían autorizados a comerciar libremente tanto con África como con el resto de Castilla.

Los negociadores de Isabel acortaron el plazo para el traspaso de poderes, que adelantaron de marzo a enero, y el período en que los granadinos podían marcharse libremente al norte de África fue reducido de cinco años a tres. Solo se consideraron inaceptables un puñado de demandas. El derecho a matar a los cristianos que entraran sin permiso en las casas de los musulmanes se convirtió en el compromiso de la corona de perseguir a los cristianos que lo hicieren. Y las disputas jurídicas entre cristianos y musulmanes no debían dirimirlas solo jueces musulmanes, como estos querían, sino tribunales que incluyeran también a jueces cristianos. Podían conservar sus espadas, cuchillos y arcos, pero, como en el

resto del reino, las armas de fuego estaban prohibidas. Unas pocas cláusulas fueron redactadas de modo deliberadamente vago, como la que permitía la llamada a la oración, que eliminó cualquier referencia a que se hiciera «con voces». Sin embargo, las negociaciones también vieron satisfechas algunas demandas en condiciones aún más generosas de lo que cabía esperar. Isabel y Fernando, por ejemplo, se comprometieron a dejar los bienes propios y las rentas de las mezquitas y sus escuelas «para siempre jamás»[587]. Y las disposiciones contra el afán de venganza de los cristianos se hicieron extensivas al botín de guerra y al maltrato de esclavos y cautivos.

Algunas de las cláusulas añadidas al acuerdo reflejan la conciencia de Isabel y Fernando de que, al menos numéricamente, sus soldados estarían en absoluta inferioridad en Granada, mientras que otras trataban de impedir que los cristianos provocaran sin querer una rebelión. Los quinientos rehenes de las familias más insignes de la ciudad permanecieron en su poder mientras los cristianos se instalaban en la Alhambra y en la fortaleza de la alcazaba y reparaban los daños ocasionados a muros y defensas. Otras cláusulas protegían a los musulmanes de la conversión forzada o del pago de impuestos adicionales. «Que a ningund moro nin mora no fagan fuerza a que se torne cristiano ni cristiana», era el compromiso que recogía el documento final[588]. Esa promesa se hacía extensiva a los elches y a los hijos de las romías, mujeres como la madrastra de Boabdil, Zoraya, nacida cristiana. Algunas enmiendas iban dirigidas a resolver los problemas potenciales de la convivencia de musulmanes y cristianos. La compleja red de distribución del agua de Granada, que llevaba agua potable al corazón de la ciudad, debía ser respetada. Ni los cristianos ni los musulmanes podían cortar el suministro ni lavar sus ropas en ella.

Isabel se mantuvo fiel a la historia de Castilla y a las tradiciones de las tres culturas. Un reino cuyo mayor grupo no cristiano había sido durante mucho tiempo el de los judíos tenía ahora una gran población mudéjar; de 25 000 mudéjares antes de la guerra habían pasado a quizá unos 200 000, aunque cerca de 100 000 se habían ido o estaban a punto de hacerlo. Sumándole la numerosa comunidad mudéjar de las tierras aragonesas de

Fernando, la población musulmana que ambos monarcas gobernaban conjuntamente estaba formada por casi 300 000 personas, o sea, uno de cada veinte españoles[589].

Sin embargo, algunos veían esto como una manera de mantener tranquilos y en paz a los musulmanes de Granada mientras se aplicaban sutilmente medidas para convencerlos de que abandonaran el país, como recuerda Cifuentes: «Tal partido, muy provechoso fue para los moros, mas quando se acaban las cosas con honra y provecho, acabarles de qualquier manera que sea es bien. Agora que sus altezas tienen a Granada, que es lo que deseavan, en lo otro que queda ellos se darán buena maña, y los moros son tales, que sin quebrarles lo capitulado les harán dejar la ciudad»[590].

No obstante, es posible que los nuevos musulmanes castellanos creyeran que tenían poco que temer después de firmar una capitulación tan generosa. No había ningún motivo para pensar que Isabel pudiera cambiar las antiguas normas españolas que respetaban los derechos de las minorías religiosas; pero no sabían lo que aguardaba a los judíos de Castilla.

26

La expulsión de los judíos

Santa Fe, 1492

La reina escuchaba a los acaudalados suplicantes, hombres a los que conocía bien de sus años en la corte como fieles funcionarios y colaboradores suyos. El más destacado de ellos era don Isaac Abravanel, que se había desgañitado de tanto suplicar y razonar con todo aquel que quisiera escucharle. No tenemos constancia de las palabras exactas que dirigió a Isabel, pero seguramente fueran las mismas que usó con Fernando: «¿Por qué obras de este modo con tus subditos? Imponnos fuertes gravámenes; regalos de oro y plata y cuanto posee un hombre de la casa de Israel lo dará por su tierra natal»[591]. Sin embargo Isabel no se inclinaba ante el dinero. Los judíos de España, cuyas raíces se remontaban a una época anterior a la llegada del cristianismo a la Península, tenían que convertirse o abandonar la tierra que hacía por lo menos diez siglos que habitaban.

Isabel no dio el brazo a torcer, afirmando que cumplía la voluntad de Dios. «¿Creéis que esto proviene de mí? El Señor ha puesto ese pensamiento en el corazón del rey —dijo al grupo de patricios judíos que tenía delante, entre los que se hallaban algunos de sus más firmes defensores en su lucha por el trono—. El corazón del rey es una corriente de agua en manos del Señor. Él lo dirige adonde quiere.»[592] Isabel, según esta versión de los acontecimientos, estaba cargando la culpa en hombros ajenos, empezando por los de su marido, que, como simple mortal, era

impugnable; pero los otros hombros eran los de Dios, cuya palabra era absoluta. Lo que no dijo la reina fue cómo había llegado a su corte el mensaje de Dios para cambiar siglos de política real en Castilla. Pese a todo, era un método eficaz para ordenar a Abravanel y a los judíos principales del país que renunciaran a cualquier intento de evitar la expulsión. No sabemos si la idea fue más de Isabel que de Fernando. Una de las ventajas de una monarquía dual era que, siempre que conviniera políticamente, la responsabilidad o la culpa podían hacerse recaer en la pareja; pero Isabel reapareció cuando los líderes judíos trataron, una vez más, de disuadir a Fernando de hacer efectiva la medida. «Trabajamos con ahínco, pero no tuvimos éxito. No tuve tranquilidad, ni descanso. Mas la desgracia llegó —dijo Abravanel—. También la Reina, que estaba a su derecha para corromperlo, le inclinó con poderosa persuasión a ejecutar su obra empezada y acabarla.»[593]

Un historiador español del siglo XVI dio un nuevo giro al relato al introducir en la escena a uno de los hombres más temidos de España, Tomás de Torquemada. El inquisidor general, de setenta y dos años, reaccionó airadamente al ver que Isabel —con quien trataba desde que era una adolescente— y su marido vacilaban ante el grupo de judíos notables, a algunos de los cuales la pareja conocía bien. Torquemada apareció con un crucifijo y dijo: «Judas vendió a Nuestro Señor por treinta monedas de plata; Vuestras Majestades vais a venderlo de nuevo por treinta mil»[594]. Los reyes no se atrevieron a desafiarlo. La historia probablemente sea apócrifa, pero refleja bien el íntimo vínculo entre dos inventos infames supervisados por Isabel, la Inquisición española y la expulsión de los judíos. Las víctimas de esta purga eran muy conscientes de la presencia amenazadora de Torquemada y de su influencia en Isabel. «Fue en España donde un frayle aborrecía mucho a los Iudíos, y qualquiera que los afligía era estimado —observó Salomón ibn Verga, que tuvo que exiliarse en Portugal—. Este era confessor de la Reyna, y persuadiola a que forçasse a los Iudíos a trocar de ley y si no quiziessen los matassen.»[595]

Los judíos de España a veces decían ser descendientes de la tribu original de Judá que fue expulsada de Jerusalén y sus tierras por el rey babilónico Nabucodonosor seis siglos antes de Cristo. De hecho, probablemente llegaran en cantidades apreciables en el siglo I d. C., tras el saqueo de Jerusalén y cuando Hispania todavía formaba parte del Imperio romano. Tras siglos de matrimonios mixtos, se volvieron étnicamente indistinguibles de los demás hispanorromanos y siguieron viviendo en la Península durante centurias en que se fueron sucediendo los cambios religiosos. Los reyes visigodos que se hicieron con el poder tras la caída del Imperio romano se convirtieron al cristianismo en los siglos VI y VII y parecían empeñados en perseguirlos. A continuación, a principios del siglo VIII, los musulmanes conquistaron la península Ibérica. Al principio, se mostraron tolerantes con las minorías religiosas y a veces recurrieron a los judíos para las guarniciones de castillos y fortificaciones urbanas. En el transcurso de los siglos, los judíos, al igual que la minoría cristiana, se arabizaron por completo, tanto en lo que respecta al idioma como en numerosas costumbres. Muchos probablemente se convirtieron al islam, como se calcula que hizo el 80 por ciento de la población cristiana. Algunos ocuparon cargos de importancia y en numerosas ciudades se desarrollaron comunidades florecientes. Había una, Lucena, que era mayoritariamente judía. Entre la población judía, surgieron grandes filósofos y científicos como Maimónides, cuya *Guía de perplejos* trataba de resolver los conflictos entre la fe y la razón. Cuando una oleada de fanatismo religioso recorrió los territorios musulmanes con la llegada de los almohades beréberes y su califato fundamentalista en el siglo XII, muchos judíos se vieron obligados a convertirse o huyeron a los reinos cristianos del norte. El mismo Maimónides, que escribió en árabe su primera versión de la *Guía de perplejos*, fingió que se convertía antes de partir hacia el ambiente más relajado de El Cairo, donde fue médico del sultán. Los reinos musulmanes

de España estaban mucho más avanzados culturalmente que los reinos cristianos del norte y los judíos trajeron consigo esta riqueza cultural cuando cruzaron la frontera. Fueron fundamentales en la denominada Escuela de Traductores, un amplio movimiento cuyo centro se hallaba en la próspera Toledo, que empezó a traducir al latín y al castellano muchos de los textos árabes que se hallaban en las bibliotecas de la ciudad recién conquistada y que incluían traducciones o adaptaciones de obras griegas perdidas, así como de tratados científicos basados en fuentes persas e indias, lo que ayudó a Europa a recuperar los conocimientos olvidados durante los tiempos intelectualmente sombríos que algunos llamarían más adelante la Edad de las Tinieblas. Toledo, un potente núcleo cultural y económico, se convirtió en el centro de una edad de oro judía. Un reducido grupo de judíos puso su riqueza al servicio de la Reconquista, como se había dado en llamar el lento avance de los cristianos hacia el sur; así, la gran victoria de Las Navas de Tolosa fue financiada en parte con un prestamo de Joseph ibn Salomón ibn Shoshan[596]. Es difícil dar cifras exactas, pero hacia finales del siglo XIV, momento en que la población alcanzó cotas máximas, España podía presumir de albergar la comunidad judía más numerosa del mundo[597]. En Castilla es probable que llegara a 250 000 almas, es decir, uno de cada quince castellanos.

La convivencia del cristianismo, el judaísmo y el islam hizo de España un caso único. Uno de los predecesores de Isabel, Fernando III el Santo, se había denominado a sí mismo «rey de las tres religiones» en la primera mitad del siglo XIII y la inscripción de su tumba en Sevilla, que Isabel debía de haber visto, estaba en cuatro idiomas: castellano, latín, árabe y hebreo[598]. En esta última lengua se le llamaba «conquistador de Sefarad», nombre que los judíos habían dado a la península Ibérica; pero la tolerancia tenía sus altibajos. En realidad, esta coexistencia incluía estallidos esporádicos de violencia interreligiosa y social, además del ya mencionado enriquecimiento cultural.

Sin embargo, España constituía un anacronismo. Mientras aquí los judíos contribuían a un renacimiento cultural que ayudaría a Europa a despertar de un período de relativo sopor intelectual, en el resto del continente los perseguían. Inglaterra los expulsó en 1290, mientras que en Francia se habían producido cinco expulsiones distintas antes de 1394. En algunos territorios de lengua alemana hubo pogromos terribles a principios del siglo XV y en los seis años anteriores a 1492 los judíos habían sido obligados a abandonar la ciudad suiza de Ginebra, territorios italianos como Perusa, Parma y Milán y enclaves alemanes como Wurzburgo y Heilbronn (cuyo ejemplo seguirían Pomerania y Mecklemburgo en 1492)[599]. Solo ocho años antes, el viajero alemán Nicholas von Popplau se había quedado boquiabierto y consternado por la presencia de musulmanes y judíos en Castilla y Aragón. «Algunos condenan al rey de Polonia porque permite en sus dominios vivir a varias confesiones religiosas; sin embargo, los reinos de España están habitados por los judíos bautizados y convertidos, y también por sarracenos infieles», escribió[600]. Solo podía haber una explicación a la presencia de judíos: según él, «la reina es protectora de los judíos e hija de una judía». Tenía razón en lo primero, porque los judíos gozaban de la protección real, pero no en lo segundo.

Fue vital para la supervivencia de los judíos en la España cristiana el amparo de los monarcas tanto de Castilla como de Aragón, que les permitía vivir según sus propias leyes y con sus propios tribunales, que incluso podían dictar sentencias de muerte para los *malsines*, judíos que hubiesen denunciado o difamado a su comunidad. Un monarca castellano, Alfonso X, defendió que «viviesen como en cautiverio para siempre y fuesen remembranza a los hombres que ellos vienen del linaje de aquellos que crucificaron a Nuestro Señor Jesuchristo»[601]. Pagaban impuestos especiales directamente a los monarcas que los protegían, en concepto tanto de tributo como de custodia, necesaria para mantenerlos a salvo de la violencia de las turbas que optaban por creerse las mentiras y bulos que corrían sobre los judíos, como que asesinaban ritualmente a niños cristianos

o que habían conspirado con los musulmanes para permitir la conquista de Toledo en el siglo VIII. Tenían profesiones tan variopintas como las de los cristianos[602], pero los miembros de la élite a veces trabajaban directamente para los reyes, incluso como recaudadores de impuestos y médicos. «Los judíos eran muy amados en España por los reyes, sabios, intelectuales y otras clases sociales, salvo del pueblo y los monjes», observó Salomón ibn Verga[603]. Eso hacía que fueran vulnerables y necesitaran la protección real.

Lentamente, sin embargo, la intolerancia, tanto oficial como extraoficial, se fue extendiendo. En el siglo XIII, los judíos perdieron el derecho a poseer tierras de cultivo, lo que los empujó a las ciudades. Entre las profesiones urbanas que ejercían se encontraba la de prestamista, con tipos de interés que los reyes fijaron en el 33 por ciento en Castilla y el 20 por ciento en Aragón. La gran mayoría, sin embargo, trabajaban en otras especialidades, como artesanos o comerciantes[604]. Los recaudadores de impuestos y los financieros son fáciles de odiar; también las minorías religiosas. En tiempos de crisis política o económica, los judíos se convirtieron en víctimas de la rabia del pueblo, aunque cualquiera que los atacase se arriesgaba a atraerse las iras del monarca o, a veces, de los grandes y otros nobles bajo cuya protección vivían. La misma Isabel tenía muy clara la situación de los judíos. «Todos los judíos de mis reinos son míos y están so mi protección y amparo y a mí pertenece de los defender y amparar y mantener en justicia», proclamó en 1477[605]. Repitió las instrucciones en Sevilla ese mismo año: «Recibo en mi guarda y so mi amparo y defendimiento real a los dichos judíos de las dichas aljamas y a cada uno de ellos y a sus personas y bienes les aseguro de todas y cualesquier personas de cualquier estado que sean […] y les mando y defiendo que no se hieran, ni aten, ni lisien, ni consientan herir, ni matar ni lisiar»[606].

Los judíos eran especialmente vulnerables durante las crisis económicas o de otra índole y cuando la protección real se debilitaba. El vacío político causado por la muerte del rey Juan I en 1390 permitió que las masas, cuya

cólera y prejuicios habían sido azuzados por predicadores populistas, desencadenaran los ataques que provocaron una oleada de conversiones forzadas al año siguiente. A Juan lo había sucedido Enrique III, un niño de once años de edad. «No habiendo miedo del rey, por la edad pequeña que había […] aconteció este mal —comentó el entonces canciller López de Ayala—. Todo esto fue codicia de robar, según pareció, más que devoción.»[607] Tras una segunda tanda de conversiones, con menos violencia, en 1414, su número se redujo considerablemente y puede que apenas quedaran unos cincuenta mil. En esa ocasión otro fraile, al que se tenía por santo, Vicente Ferrer, recorrió España predicando la no violencia contra los judíos, pero solía acompañarle una multitud que resultaba intimidatoria y que no tenía ningún escrúpulo en imponer su voluntad a los judíos predicando en sus sinagogas. Fue él quien convirtió la sinagoga de Ben Shoshan de Toledo en una iglesia que aún hoy se llama Santa María la Blanca[608]. La sinagoga, de paredes blancas, ya era un monumento a la compleja mezcla cultural de España, con sus arcos de herradura, paredes blancas, pilares de ladrillo y capiteles esculpidos[609].

Mientras rabinos como Moisés Arragel se jactaban de la superioridad en «linaje, riqueza, virtudes y sabiduría» de los judíos españoles, empezó a extenderse un pesimismo cada vez más intenso. Algunos rabinos habían huido, mientras que otros pasaron a ser destacados conversos. La ruptura con las tradiciones intelectuales judías conllevaba el surgimiento de un misticismo desaforado y, al mismo tiempo, la desesperación por el hecho de que el mesías aún no hubiera llegado. Pronto las grandes comunidades judías no fueron más que una sombra de lo que habían sido. Hacia 1424, Barcelona consideró innecesario delimitar un barrio judío y se cree que la antigua judería de Toledo solo contaba con cuarenta hogares en 1492. En Burgos, donde Salomón Halevi, después de su conversión, llegó a obispo de la ciudad con el nombre de Pablo de Burgos, los que se negaron a cambiar de religión vieron que los conversos se volvían en su contra; «los judíos que agora se tornaron christianos los persiguen e les facen muchos males», se quejaban[610]. Sin embargo, en poblaciones más pequeñas los judíos aún

superaban en número a los cristianos. En la localidad de Maqueda, cerca de Toledo, había cinco judíos por cada cristiano. Mayor relevancia tiene que ya no fueran tan importantes desde el punto de vista económico; en conjunto, solo aportaban un maravedí de cada trescientos que ingresaban las arcas reales[611].

En el momento en que Isabel llegó al trono, los judíos restantes —en su mayoría reafirmados en su fe y endurecidos por casi un siglo de agresiones cristianas— se habían adaptado a su reducido peso dentro de Castilla y España. Aún tenían sus propios tribunales, pagaban sus impuestos especiales, tenían una especie de parlamento propio en Castilla y el monarca nombraba a un rab (rabino) mayor que era el juez supremo de todas las aljamas del reino[612]. Las comunidades sobrevivieron en más de doscientas ciudades, pueblos y aldeas, donde constituían entre el 1 y el 10 por ciento de la población[613]. Había unos ochenta mil judíos en Castilla, es decir, uno por casi cincuenta cristianos, y otros diez mil en la Corona de Aragón, el 1 por ciento de los súbditos de Fernando en sus dominios peninsulares[614]. Con un número tan reducido, la presencia de los judíos se había vuelto mucho más discreta y menos molesta para quienes buscaban chivos expiatorios por los males sociales o económicos. El odio racial popular, de hecho, se centraba ahora en sus consanguíneos, los conversos. Isabel, al principio, protegió activamente a los judíos. Desde Sevilla, en 1477, había dado instrucciones para proteger a los «buenos judíos» del castillo fronterizo de Huete en la disputa económica que mantenían con sus vecinos cristianos. También envió una dura advertencia a la gente de Trujillo cuando atacaron la aljama local ese mismo año: «Vos mando a todos y a cada uno de vos que de aquí adelante no consintades ni deis lugar que […] personas algunas de esta ciudad ni fuera de ella constringan y apremien a los dichos judíos […]. [Ni] vayan a mondar sus establos ni a lavar sus tinajas […] ni que aposenten ni den en sus casas rufianes ni mujeres de partido ni otras personas algunas contra su voluntad»[615].

Incluso en 1490, dos años antes de la expulsión, Isabel cumplía su papel real de protectora de los judíos. «De derecho canónico y segund leyes

destos nuestos reynos los judíos son tolerados y sufridos y que nos los mandamos tolerar y sufrir y que biban en nuestros reynos como nuestros súbditos y naturales», advirtió a los burgueses de Bilbao después de que se negaran a permitir que los judíos pernoctaran en la ciudad, con lo que obligaban a los comerciantes de esa fe a buscar alojamiento en la inseguridad del campo[616].

Por otra parte, había un puñado de judíos importantes con Isabel en la corte. Yucé Abranel era el responsable de los impuestos al ganado en Plasencia. Samuel Abulafia había sido uno de los principales administradores de Isabel en la intendencia de las tropas durante la guerra de Granada. Abraham Seneor, el rab mayor, era el tesorero de las hermandades[617] y también uno de los siete selectos miembros del consejo de la reina, cuya importancia había crecido al administrar —con la ayuda de los secretarios reales— los nuevos poderes que Isabel concentraba en su corte. Isaac Abravanel, que anteriormente había servido en la corte portuguesa, lamentaba que su carrera en la corte hubiera significado que «todos los días que estuve en las cortes de los reyes y sus desplazamientos, ocupado en su servicio, no tenía descanso para ver ni conocer un libro, y consumía en vanidad mis días y mis años, con prisas para hacerme con riqueza y honor»[618]. Los judíos principales seguían siendo protegidos o patrocinados por los grandes, otros nobles u obispos; así, por ejemplo, el obispo de Salamanca amparó al célebre astrónomo Abraham Zacuto, que inventó un astrolabio de cobre que permitió a los marinos crear mejores tablas náuticas, como acabarían comprobando los grandes navegantes portugueses y españoles[619]. En un ámbito más íntimo, Isabel había consultado al médico judío Lorenzo Badoç en sus intentos de engendrar un hijo varón. Los monarcas expresaron su inmensa gratitud a Badoç tras el nacimiento del príncipe Juan, y uno de los rumores que corrían sobre los padres de Fernando era que lo habían engendrado llevando ambos hojas de palma en las manos por recomendación de una mujer judía[620].

Los judíos eran propiedad de la reina, al igual que las reglas por las que se regían, de modo que podía cambiarlas a voluntad. A principios del

siglo XV se habían aprobado, pero no aplicado, medidas que les obligaban a vivir separados en sus propias aljamas o a llevar marcas distintivas. Ahora, mientras Isabel planeaba su ofensiva contra los conversos por medio de la Inquisición, decidió también mostrarse más estricta con «sus» judíos[621]. Entre los que la animaban a ello se hallaba el adusto y austero Tomás de Torquemada, que evitaba comer carne y seguía usando un simple hábito de fraile a pesar de los ingresos que conllevaba su posición como uno de los clérigos más destacados del entorno de Isabel.

Fue Torquemada quien la instó a recluir a los judíos y musulmanes en aljamas[622]. Eso fue exactamente lo que ordenaron las Cortes de Toledo de 1480, el confinamiento de los judíos en guetos urbanos o aljamas, a menudo amurallados[623]. En algunos lugares eso supuso una tarea ingente, al implicar cambios drásticos en el trazado de la ciudad. La operación, que duró más de los dos años previstos, acarreó el desplazamiento de poblaciones judías y cristianas, la construcción de muros y el corte de numerosas calles. El objetivo era evitar «grand pecado e mengua de nuestra fe», según Isabel y su esposo; pero también constituía una forma de asfixiarlos[624]. Quienes desearan mayor libertad podían optar por la apostasía. Ya era obligatorio que los judíos llevaran distintivos de color en el hombro derecho y, en virtud de una orden emitida dos años antes, tenían prohibido llevar vestidos de seda y joyas de oro y plata porque, de lo contrario, podrían ser confundidos con clérigos o abogados ricos[625].

La Inquisición demonizó aún más a los judíos. Si su misión consistía en erradicar el judaísmo de los corazones de los cristianos nuevos, era lógico que considerara a los judíos como un cáncer en el cuerpo de España. Esa fue, desde luego, la conclusión a la que llegaron los primeros inquisidores e Isabel cuando expulsaron a los judíos de gran parte de Andalucía nueve años antes, en 1483[626]. Isabel quería que la medida sirviera de advertencia para impedir que tentaran a los miembros de familias de conversos para que volvieran a su antigua fe. «Las quales dichas aljamas e judíos dellas fueron mandados salir del dicho arçobispado a causa de la herétyca pravidad —se

justificaron ella y su esposo—. Quisímonos contentar con mandarlos salir de todas las ciudades y villas y lugares de Andalucía donde parecía que habían hecho mayor daño, creyendo que aquello bastaría para que los de las otras ciudades y villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos cesasen de hacer y competer lo susodicho.»[627]

La expulsión, pues, estaba íntimamente ligada a la Inquisición y, sobre todo, a los fervorosos frailes y sacerdotes que la servían. Fue Torquemada, como inquisidor general, quien firmó la primera orden de expulsión en 1492, con lo que se adelantó a Isabel y Fernando en once días, aunque su orden se circunscribía a los judíos de la diócesis de Girona[628]. «Con voluntad y consentimiento de sus altezas, acordé de dar y doy esta carta, por el tenor de la cual mando a todos y a cualesquier judíos y judías, de cualquier estado que sean, de la dicha ciudad u obispado de Gerona y de todas sus villas y lugares a cada uno y a cualesquier dellos, que hasta en la fin del mes de julio […] salgan y se ausenten y vaguen de la dicha ciudad y de todo su obispado y villas y lugares de todos sus hijos e hijas, familiares, criados y criadas, e no vuelvan», escribió[629]. Alegaba que la Inquisición había descubierto que la presencia de los judíos era una de las principales causas de la herejía y, «si la causa principal no se quitase», la situación empeoraría.

Constituía un pronunciamiento claro, aunque en su mayor parte falso. Pese a todo, seguía la lógica de la época, que Isabel compartía plenamente. En la imaginación del siglo XV, las naciones se veían a menudo como cuerpos, cuya cabeza era el monarca; pero los cuerpos también podían caer enfermos y una forma de curarlos era purgándolos. Torquemada tuvo la precaución de mencionar que Isabel y su marido estaban de acuerdo con él. Y apenas once días después, el 31 de marzo de 1492, ambos firmaban la orden de expulsión general, redactada con un lenguaje tan parecido al utilizado por Torquemada que es difícil no ver su mano en ella[630]. En este caso, sin embargo, el decreto tuvo unas consecuencias mucho más trágicas, amplias y catastróficas.

Isabel y Fernando afirmaban que la orden de 1480 de aislar a los judíos en aljamas no había logrado su objetivo principal: restringir la comunicación entre aquellos y los cristianos y así frenar a los judaizantes. «Consta y parece el gran daño que a los cristianos se ha seguido y sigue de la participación, conversación, comunicación que han tenido y tienen con los judíos, los cuales se prueba que procuran siempre, por cuantas vías y maneras pueden, de subvertir y sustraer de nuestra Santa Fe católica a los fieles cristianos», decían[631]. Los inocentes estaban contaminados con la misma culpa. «Cuando algún grave y detestable crimen es cometido por algunos de algún colegio y universidad, es razón que el tal colegio y universidad sean disolvidos y anuiquilados y los menores por los mayores, y los unos por los otros punidos», agregaban. Isabel y su esposo afirmaban, a continuación, que habían pensado que bastaría con expulsar a los peores infractores de Andalucía, pero que se habían equivocado, por lo que «acordamos de mandar salir a todos los dichos judíos y judías de nuestros reinos y que jamás tornen ni vuelvan a ellos ni a alguno dellos»[632].

La orden era tajante, aunque tuviese también la intención de provocar una nueva tanda de conversiones. Se aplicaba a los judíos de todas las edades y de cualquier parte de sus reinos. «Mandamos […] que si no lo hicieren y cumplieren así y fueren hallados estar en los dichos nuestros reinos y señoríos o venir a ellos en cualquier manera, incurran en pena de muetre y confiscación de todos sus bienes para nuestra cámara y fisco.»[633]

Aunque la justificación de todo esto fuese religiosa, la Inquisición también servía para atizar el fuego de la intolerancia racial, entre otras cosas, mediante la repetición de viejas calumnias. Las acusaciones que circulaban por Europa de que los judíos llevaban a cabo matanzas rituales de niños cristianos eran absurdas, pero en 1491 la Inquisición afirmó haber descubierto un caso real. Por alguna razón inexplicable, en la cárcel de la Inquisición de Segovia había un zapatero judío llamado Yucé Franco. Esto ya era en sí mismo un abuso de su poder, ya que la Inquisición no tenía jurisdicción sobre los judíos, pero los torturadores obtuvieron una extraña confesión. Franco les dijo que había participado en la crucifixión de un niño

cristiano en la ciudad de La Guardia, cerca de Toledo, un Viernes Santo de hacía unos quince años[634]. Habían mezclado la sangre del niño y parte de su corazón con una hostia consagrada y habían pronunciado conjuros para intentar provocar una epidemia de peste. Diez años más tarde, a un viajero borgoñón le contaron una versión corregida y aumentada de la historia apócrifa. «Ocho o diez personas, fingiendo ser cristianas, raptaron secretamente a un niño de siete años y lo llevaron a una montaña que estaba a una legua del pueblo y allí lo crucificaron en una cueva como a Jesucristo […]. Luego le hirieron en el costado con una pequeña lanza […]. Pero el niño, al ir a morir, habló con tanta sabiduría que vieron claramente que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Después, ya muerto, lo retiraron de la cruz y, cuando le hubieron arrancado el corazón, enterraron el cuerpo; luego redujeron a cenizas dicho corazón.»[635]

El niño nunca tuvo nombre, ningún padre lo reclamó, no encontraron ningún cuerpo y el caso fue juzgado en Ávila en lugar de en Toledo, casi con toda seguridad para que Torquemada pudiera supervisarlo. A pesar de todo, el zapatero Franco, otro judío y tres conversos fueron declarados culpables de asesinato ritual de niños y quemados en la hoguera tras un auto de fe el 16 de noviembre de 1491. Era una prueba de lo lejos que había llegado la Inquisición en el ejercicio del poder, la paranoia y su capacidad de convertir en reales crímenes imaginarios[636]. Para los que buscaban la expulsión de los judíos, el momento no podía ser más oportuno; he ahí judíos conchabados con los conversos para cometer el más vil de los crímenes. La indignación que provocó el caso, tanto en la corte de Isabel como en las calles de las ciudades de Castilla, debió de ser considerable y contribuyó, sin duda, a que la reina se decidiera.

27

El valle de lágrimas

Monasterio de Santa María,
Guadalupe, 15 de junio de 1492

Isabel debió de presenciar con satisfacción la escena que se desarrollaba en la capilla de su monasterio favorito, el ubicado en Guadalupe. El hombre que tenía ante ella era un estrecho aliado judío, pero eso estaba a punto de cambiar. Abraham Seneor era uno de los doce hombres que formaban su círculo más íntimo de consejeros, personas a las que consultaba con frecuencia y cuyo apoyo buscaba. Entre ellos se encontraban su querido fraile Hernando de Talavera, dos cardenales y los leales administradores Cabrera, Chacón y Gutierre de Cárdenas. Seneor y su familia estaban a punto de convertirse al cristianismo. Isabel estaba presente, junto con su esposo, en el marco gótico y mudéjar de Guadalupe, para actuar como madrina. Vertieron agua bendita sobre ellos. Seneor, que contaba ochenta años, cambió su nombre por el de Fernando Pérez Coronel, mientras que su cuñado Meir Melamed, el principal recaudador de impuestos de Castilla, y sus dos hijos tomaron el mismo apellido[637]. La población hebrea de la Península, que seguía siendo la mayor del mundo si a los judíos de España se les sumaba los del vecino Portugal, se vio reducida en consonancia[638].

El historiador judío del siglo XVI Elías Capsali, oriundo de Creta, cuyo tío había sido rabino mayor en el Imperio otomano, afirmó que Seneor y Melamed no habían tenido más remedio que convertirse al insistir Isabel en que necesitaba los servicios de ambos. «He oído el rumor de que la reina

Isabel había jurado que si don Abraham Seneor no se convertía, aniquilaría todas las comunidades y que don Abraham hizo lo que hizo para salvar a los judíos, pero no de corazón», escribió después de hablar con exiliados que acabaron encontrando un refugio seguro en tierras otomanas[639].

Se equivocaba. De hecho, Seneor había sido aliado de Isabel desde que él y Cabrera habían conseguido que la ciudad de Segovia la apoyara a ella frente al privado de Enrique IV, Juan Pacheco. Su actuación, que incluyó lograr una reconciliación temporal con su hermanastro, había sido crucial para el futuro éxito de Isabel. Y ambos se habían mantenido fieles. Seneor había financiado a Isabel y la posterior campaña contra Granada con casi dos millones de maravedís. Luego sería nombrado rab mayor de los judíos castellanos y tesorero de la Santa Hermandad. Era uno de los hombres más acaudalados de Castilla y su familia, lo bastante ilustre como para estar exenta de las normas que prohibían a los judíos usar seda y grana. Algunos de los miembros de la comunidad judía sentían una profunda aversión por la familia de Seneor, quien, desde luego, no tenía inconveniente en recurrir al juego sucio, como cuando acusó al converso Juan de Talavera de brujería —un caso que sirvió en bandeja a la Inquisición— después de que este último dijera de él que cosía a impuestos a los judíos españoles para luego apropiarse de una parte[640]. Otros judíos tampoco se mostraron comprensivos sobre su conversión; por ejemplo, un anciano rabino de Málaga, Abraham Bokrat HaLevy, denunció indignado la abjuración de Melamed. «Se llamaba Meir [“el que da luz”], pero no había luz en él en absoluto […]. Su nombre es en realidad la más oscura de las tinieblas.»[641]

Otro autor de una importante familia de judíos aragoneses consideraba a Seneor, Melamed y un grupo de rabinos convertidos unos traidores que, peor aún, arrastraron consigo a algunos menos doctos. «La gente que no entendía lo que debía hacer seguía a estos líderes que habían usado su sabiduría para hacer el mal, y ellos también abandonaron el redil», se lamentó[642]. Sin embargo, mientras que Seneor y otros miembros destacados de la élite judía se convirtieron y continuaron sus vidas casi como antes, parece que la mayoría de los judíos no lo hicieron[643]. Y con

razón. Sus familias habían sobrevivido a los pogromos de cien años antes. Habían sido lo bastante valientes y firmes como para atenerse a su fe. También habían visto la actitud suspicaz y violenta de la Iglesia católica hacia los conversos. Los cadáveres carbonizados de las hogueras de la Inquisición eran prueba de ello. «Los judíos se desesperaban y estaban todos asustados —escribió Abravanel[644]—. Cada uno le decía al otro: "Fortalezcámonos unos a otros en nuestra fe y la Torá de nuestro Dios contra el enemigo que blasfema y quiere destruirnos. Si nos deja vivir, viviremos, y si nos mata, moriremos, pero no profanaremos nuestro pacto y no nos rendiremos".»[645]

Las últimas celebraciones de la Pascua judía en España comenzaron dos días después de la firma del decreto de expulsión. Los que recibieron la noticia antes del comienzo del Pésaj quedaron conmocionados, se vistieron con tela áspera de saco y cenizas el primer día y se negaban a comer o beber. «Incluso los que comían lo hacían con el sabor de las hierbas amargas en la boca», informó Capsali[646]. Otros veían alarmados cómo sus parientes lejanos, ahora conversos, se unían al movimiento para expulsarlos. En Aragón, los miembros de la familia De la Cavallería comprobaron con horror que un primo que llevaba su mismo apellido encabezaba la ofensiva contra ellos. «Alfonso [de la Cavallería] pensaba mal de la nación de Dios, él y un grupo de sus amigos […] conspiraban para borrar el nombre de Israel de la tierra», escribió un cronista[647].

Así fue como los judíos comenzaron a recoger las pocas pertenencias que se les permitía llevar consigo. Los rabinos que se mantuvieron fieles a su religión trataban de animarlos. «Les predicaban sus rabíes […] é los esforzaban y ponían esperanzas vanas, y les decían que supiesen por cierto que aquello venía por parte de Dios, que los quería sacar de cautivos, y llevarlos á la tierra de promisión; y que en esta salida verían como Dios hacia por ellos muchos milagros, y los sacaría de España ricos y con mucha honra.»[648] También les recordaban otro gran éxodo anterior en la historia de los judíos, cuando habían huido de Egipto. «Una riada humana salió del país: viejos y jóvenes, hombres y mujeres […] en busca de un refugio

seguro», escribió Capsali[649]; pero los refugios seguros eran pocos y estaban lejos unos de otros. El Imperio otomano, al que normalmente solo se llegaba después de recorrer tierras menos hospitalarias, les dio la bienvenida, al igual que, en un primer momento, los reinos de Nápoles y Portugal (aunque más adelante serían expulsados de ambos países). Algunos acabaron en el territorio de los sultanes mamelucos de Egipto o en el reino de Fez[650].

En el edicto de expulsión de los judíos, Isabel y Fernando garantizaban su seguridad física y les imponían fuertes restricciones:

> E porque los dichos judíos é judías puedan, durante el dicho tiempo fasta en fin del dicho mes de Julio, dar mejor disposicion de sí é de sus bienes é hacienda, por la presente los tomamos é recibimos só el seguro é amparo é defendimiento real […] para que durante el dicho tiempo fasta el dicho día final del dicho mes de Julio, puedan andar é estar seguros é puedan vender é trocar é enajenar todos los muebles é raices, é disponer libremente á su voluntad é que durante el dicho tiempo non les seya fecho mal, nin daño, nin desaguisado alguno en sus personas, ni en sus bienes […]. Damos licencia é facultad á los dichos judíos é judías que puedan sacar fuera de todos los dichos nuestros reinos é señoríos sus bienes é faciendas por mar é por tierra, en tanto que no sean oro nin plata, nin moneda amonedada, ni las otras cosas vedadas por las leyes de nuestros reinos, salvo mercadurías que non sean cosas vedadas ó encobiertas[651].

Aunque las garantías solo fueron respetadas parcialmente, las restricciones se aplicaron al parecer con todo rigor.

Los judíos eran ahora blancos fáciles para todo, desde los negocios fraudulentos hasta el robo y el asesinato. Isabel los protegió en los casos particulares que llegaron a su conocimiento, pero la orden de expulsión dio pie a abusos a gran escala y desató el odio. «Los judíos eran malos é descreídos», señaló Bernáldez. Habían maltratado a Jesucristo y ahora estaban recibiendo su justo merecido. «Con malicia lo persiguieron é mataron; é, el yerro hecho, nunca se arrepintieron», remachó[652].

Las promesas de protección de Isabel debían de parecerles, en el mejor de los casos, puramente de boquilla a quienes, por codicia u odio, se abatían sobre los débiles y desesperados judíos de España, que, en el caso de lograr vender sus propiedades, lo hacían a precios de saldo. Incluso Bernáldez, que aprobaba la expulsión, admiraba el coraje con que los judíos se habían

puesto en marcha e informó de cómo los maltrataban los súbditos cristianos de Isabel. «Aparejaron su viaje los chicos é los grandes, mostrando grande esfuerzo é esperanza de haber próspera salida é cosas divinas —escribió— y en todo ovieron siniestras venturas; cá ovieron los Christianos sus faciendas muy muchas, é muy ricas casas é heredamientos por pocos dineros, é andaban rogando con ellas, é no hallaban quien se las comprase, é daban una casa por un asno, y una viña por un poco [de] paño ó lienzo, porque no podian sacar oro ni plata.»[653] Un viñedo en Santa Olalla, valorado en 10 000 maravedís, fue trocado por un burro que valía solo 300, mientras que una casa en el mismo pueblo se vendió por una décima parte de su valor real[654].

Los caminos que llevaban a Portugal, pasando por Zamora, Badajoz, Benavente, Alcántara o Ciudad Rodrigo, pronto se llenaron de desplazados. Se establecieron puestos de control para asegurarse de que no llevaran oro ni plata. Tragarse los metales preciosos era la única manera de pasarlos de contrabando. «Los tragaban é sacaban en los vientres, é en los pasos donde habían de ser buscados, é en los puertos de la tierra é de la mar, é en especial las mujeres tragaban más, ca a persona le acontecía tragar treinta ducados de una vez», informó Bernáldez. Se celebraron bodas organizadas a toda prisa para asegurarse de que las muchachas no viajaran como solteras[655].

Comitivas de judíos cruzaban las fronteras de Portugal y Navarra o iban hasta el puerto cántabro de Laredo, al norte, o hacia el sur para embarcarse en Málaga o Cádiz. La mayoría de los judíos aragoneses —porque, al igual que la creación de la Inquisición, esta fue una de las primeras medidas que afectaron realmente a ambos reinos— se dirigieron a los puertos mediterráneos[656]. «Los más ovieron siniestras fortunas, robos é muertes en la mar é en la tierra por donde iban é arribaban, ansí de los cristianos como de los moros», observó Bernáldez[657]. A algunos les flaqueó la voluntad en el último instante. «Decenas de miles de judíos se convirtieron, incluidos algunos que se iban o que habían abandonado el país, al ver el terrible destino que les esperaba en sus viajes», explicó Capsali[658].

La expulsión en sí no era en absoluto el último de sus sufrimientos. Los afortunados se marcharon directamente al Imperio otomano o a los pocos refugios para judíos que había en Provenza y las posesiones papales en Aviñón[659]. Sin embargo, algunos no sobrevivieron al viaje. «En la mar […] por falta de mantenimientos, y multitud de ladrones y de los marineros, como traidores, los vendían a las islas apartadas, y dezían que los avían tomado en la guerra. Y quantos hecharon a la mar, diziendo que estavan enfermos, por quitarles sus bienes», relató un exiliado[660]. A los pasajeros de un barco los obligaron a desembarcar a varios kilómetros de la localidad más cercana después de que estallara una epidemia a bordo. En tierra también los trataban como apestados o los mantenían alejados, ya que, al presentarse en un número tan grande, la población local temía quedarse sin víveres[661].

Los que llegaron al norte de África y al reino de Fez (que abarcaba gran parte del Marruecos actual) acabaron viviendo en poblados de chabolas que pronto fueron pasto de las llamas o atacados por turbas[662]. El fundador de la dinastía wattasí de Fez, el rey Abu Abd Allah al-Sheij Mohammed ibn Yahya, sin embargo, se mostró generoso, al menos en espíritu. «Acogió a los judíos españoles en todo su reino y los recibió con gran solicitud», y tras algunos años difíciles surgieron prósperas comunidades en las ciudades de Fez, Tlemecén (en la actual Argelia) y Alcazarquivir, donde «construimos espaciosas casas artísticamente decoradas y con terrados y hermosas sinagogas», según cuenta un rabino originario de Zamora, el escritor Abraham Saba[663].

Navarra también sufrió presiones y expulsó a sus judíos en 1498, de modo que seis años después de la expulsión muchos tuvieron que volver a ponerse en marcha o regresar a su país de origen, desesperados y dispuestos a convertirse. Las historias más terribles son las de Fez, lo que tal vez refleja los prejuicios de los autores cristianos. «Salieron los moros y los desnudaban en cueros vivos —escribió Bernáldez, que trató con muchos de los que volvieron[664]— y se echaban con las mujeres por fuerza, y mataban los hombres, y los abrían por medio, buscándoles el oro en el vientre,

porque supieron que lo tragaban.» Les abrían la boca y les metían las manos por los pantalones o los orificios del cuerpo, entre otros relatos de abusos a mujeres y a jóvenes.

En Portugal, el rey Juan II pensó primero en cerrar las fronteras a los judíos castellanos, pero al parecer decidió que era mejor extorsionarlos. Sus consejeros le advirtieron de que no dejara entrar en el país a los judíos españoles e invocaron los casos de Francia e Inglaterra, de donde se había expulsado a los judíos muchos años atrás y donde la fe cristiana era ahora floreciente y perfecta[665]. Al final Juan permitió que seiscientas «casas» (es decir, familias) ricas se instalaran en su reino, mientras que el resto tendrían que partir antes de ocho meses o, de lo contrario, se convertirían en esclavos. Los refugiados tenían que pagar un impuesto de entrada de unos 2900 maravedís por cabeza, una cifra que equivalía, aproximadamente, al sueldo anual, por ejemplo, del médico del concejo de una ciudad importante como Medina del Campo. Los aranceles con que gravaban los bienes y productos que cruzaban la frontera llegaban al 30 por ciento. Con un alud de más de 25 000 refugiados (seguramente fueran muchos más), era un negocio redondo. A ambos lados de la frontera, funcionarios vigilaban con celo para impedir que saliera dinero de Castilla o para quitárselo a los que llegaban a Portugal. En el lado luso de la frontera empezaron a levantarse campamentos de refugiados con chabolas construidas deprisa y corriendo porque muchas localidades se negaban a aceptar a los judíos[666]. El rey Juan tuvo que escribir al concejo de Évora, situada en una de las rutas hacia Lisboa, para recordarle que no había prohibido a los judíos castellanos la entrada en la ciudad. «No os hemos ordenado que actuéis así, sino que solo hemos ordenado a las poblaciones fronterizas que no acojan judíos de las partes de Castilla donde estén muriendo [de peste]. Os ordenamos que dejéis entrar en la ciudad a los judíos que no sean de esos lugares», escribió[667]. Mientras tanto, las epidemias asolaban los campos abarrotados e insalubres y provocaban numerosas muertes.

Las seiscientas «casas» ricas fueron distribuidas por todo el país y continuaron pagando la carga tributaria cada una por su cuenta. Saba se

trasladó a la modesta Guimarães, a más de cincuenta kilómetros de la frontera, con su esposa, dos hijos casados y al menos parte de su biblioteca de varios cientos de libros. La población portuguesa, de cerca de un millón de habitantes, aumentó de pronto en casi un 3 por ciento, y su comunidad judía se duplicó. En ciudades como Santarém, al sur de Lisboa, los castellanos pasaron de repente a representar casi la cuarta parte de la población[668].

En menos de ocho meses, la gran mayoría de estos judíos —excepto las seiscientas «casas»— se embarcaron rumbo a los puertos portugueses de Tánger y Arcila, en ruta hacia el reino de Fez. Incluso el historiador real de Portugal, Damião de Góis, admitió que en dichas naves los abusos eran la norma. «Además del mal trato que les infligían, seguían rutas más largas de lo debido para perjudicarlos y venderles viandas, agua y vino al precio que les parecía, y les hacían otras afrentas tanto a ellos como deshonrando a sus mujeres e hijas», informó[669]. En uno de los actos más crueles, Juan ordenó el secuestro de unos dos mil niños cuyos padres al parecer no habían pagado los impuestos y los envió a poblar las islas de Santo Tomé y Príncipe, que Saba llamó «las islas de los Lagartos», en la costa occidental de África, donde muchos morirían. Entre ellos se encontraba uno de los nietos de Abravanel, que había entrado clandestinamente en el país con su nodriza después de que su padre oyera el rumor de que planeaban secuestrarlo en Castilla para obligar a su rica familia a convertirse[670]. Salomón ibn Verga, que también era un refugiado, contó la historia de una mujer a la que le habían arrebatado seis hijos y que, tras arrojarse a los pies del caballo del rey un día a la salida de la misa, imploró su merced, a lo que el monarca se dice que repuso: «¡Dexadla, que es como la perra quando le quitan sus cachorrillos!»[671].

Judá ben Jacob Hayyat, un profesor de derecho que tenía entonces cuarenta años, se embarcó en Lisboa tras ser expulsado. Fue capturado por unos corsarios vascos que lo llevaron a Málaga, donde todos los días subían a bordo predicadores españoles. «Cuando se dieron cuenta de la devoción y la tenacidad con la que nos aferrábamos a nuestro Dios, el obispo les

prohibió que nos dieran pan, agua o alimentos de ninguna clase […] por lo que cerca de cien almas apostataron en un día […]. Entonces mi querida e inocente esposa, la paz sea con ella, falleció de hambre y sed, junto con doncellas y jóvenes, viejos y jóvenes; en total, cincuenta almas.»[672]

Otros regresaron a España al preferir el bautismo al sufrimiento que habían encontrado en diferentes lugares. El hambre, la enfermedad, la desesperación y el fallecimiento de sus familiares los empujaban a volver, dispuestos a aceptar las condiciones que fuesen. En las localidades fronterizas y portuarias por las que retornaban, sacerdotes como Bernáldez tenían que estar bautizando constantemente a los repatriados. «Aquí en este lugar de Los Palacios, aportaron cien ánimas, que yo baptizé, en que había algunos Rabíes», escribió, y antes había anotado: «No cesaron de pasar de allende acá en Castilla para volverse cristianos»[673]. Los que regresaban de Fez llegaban descalzos y llenos de piojos, muertos de hambre, con abundantes relatos de las calamidades que habían sufrido. «Era dolor de los ver», confesó Bernáldez, que bautizó personalmente a diez rabinos de los que habían vuelto[674]. En noviembre de 1492, Isabel y Fernando firmaron un documento que permitía a los repatriados comprar de nuevo las propiedades que hubieran vendido y al mismo precio[675]. «Muchos […] se convirtieron más por necesidad que por fe, y volvieron a Castilla pobres y deshonrados», relató un cronista portugués[676]. Al menos una ciudad castellana, Torrelaguna, vio a la mitad de sus judíos volver como conversos. Entre los retornados se encontraba Samuel Abulafia, el antiguo recaudador de impuestos de Isabel, que se convirtió al cristianismo en Portugal, junto con gran parte de su familia. Regresó en 1499 y, salvo por una estancia de cuatro meses en las mazmorras de la Inquisición diez años después y una nueva detención en 1534, tuvo una segunda y brillante carrera con el nombre de Diego Gómez. Isabel y Fernando intentaron proteger a los repatriados; pero estos volvían a un mundo de intolerancia y se encontraban con los mismos asaltos, asesinatos y robos que habían padecido en el extranjero, esta vez a manos de sus antiguos vecinos de los pueblos a los que regresaban[677].

La cuestión del número exacto de judíos que se marcharon, que volvieron y que se convirtieron no está resuelta. «De los rabinos de España y de sus líderes, muy pocos se mostraron dispuestos a santificar el nombre de Dios muriendo por Él o a soportar cualquier otro castigo», escribió Abraham ben Salomón[678], que culpó de ello sobre todo a Seneor y a su familia, porque «la multitud tenía los ojos puestos en ellos, y por culpa de ellos la multitud pecó»[679].

El odio hacia Isabel, la mujer que había proclamado no mucho antes que «todos los judíos de mis reinos son míos»[680], era furibundo. «Merecía que la llamaran Jezabel por el mal que hizo ante los ojos de Dios», afirmó Capsali, que añadía: «Isabel siempre odió a los judíos, a lo que la animaron los curas, que la convencieron de que profesara un odio visceral hacia ellos»[681]. Según esta versión de los hechos, la pérfida Isabel era la culpable de la expulsión, mientras que su marido no pasaba de ser un pelele en sus manos. «La reina Isabel estaba claramente por encima de él, y siempre se hacía su voluntad», escribió Capsali.

Sin embargo, también cundió el fatalismo entre la gente que se había tenido que exiliar por voluntad de la soberana. Si los habían expulsado, ello se debía, en última instancia, a que Dios quería castigarlos. «Dios decidió que había llegado el momento de que los judíos abandonaran España —concluyó Capsali—. Y, una vez tomada la decisión, nada podía impedir que se cumpliera, pues todo está escrito en el libro.»[682] Salomón ibn Verga recopiló una larga lista de pecados por los que estaban siendo castigados, entre ellos comer y beber con los cristianos, codiciar su dinero y sus mujeres y la soberbia que les había hecho sentirse superiores y aspirar a «ser señores de los gentiles»[683].

Si el objetivo de Isabel había sido empujar a los últimos judíos a convertirse de forma pacífica, en buena medida había fracasado. De hecho, la expulsión acabó resultando casi tan terrible como los pogromos desencadenados por las turbas incontroladas del siglo anterior. Era una prueba más de que la monarquía moderna, sedienta de poder, en cuya construcción trabajaba la reina, podía ser por lo menos igual de cruel que el

difícilmente manejable orden medieval que iba desmontando poco a poco. Para Isabel, expulsar a los judíos era solo otro paso en el proceso de construcción de una sociedad religiosamente pura, homogénea y ordenada, que fuera un ejemplo brillante, más que una excepción, para Europa y la cristiandad. El precio, en términos de sufrimiento humano y pérdida de vidas, no le preocupaba mucho[684].

28

La carrera hacia Asia

Santa Fe, 17 de abril de 1492

Isabel debió de sonreír una vez más ante el excéntrico y entretenido marino italiano que había ido a venderle sus sueños. Cristóbal Colón no pasaba desapercibido. Alto, con ropas extravagantes y la efervescencia y exagerada confianza en uno mismo que esconden una profunda inseguridad, hacía siete años que iba y venía por su corte vendiendo sus estrafalarios planes para un viaje hacia lo ignoto, rumbo al oeste, a través de un océano Atlántico que entonces aún era conocido simplemente como «la mar océana». En sus encuentros anteriores, Colón se dirigió a la reina con un acento que, al parecer, debía mucho al ceceo del sur de Andalucía, pero presumiblemente con las dificultades de expresión propias de un hombre para quien el castellano no era más que su tercera o cuarta lengua. Las conversaciones con él eran difíciles de olvidar. Colón se había sentado por primera vez frente a ella mientras caía la lluvia durante los días húmedos y embarrados de enero de 1486, en Alcalá de Henares, en las semanas posteriores al nacimiento de su hija menor, Catalina de Aragón. Había sido entonces, en el palacio del arzobispo de Toledo, cuando el genovés había iniciado su lenta y dilatada campaña de persuasión y seducción, para lo cual le había enseñado sus mapas del mundo conocido, le había contado historias acerca de rutas secretas para llegar por poniente a las tierras productoras de especias, oro, plata y perlas de Asia y le había explicado cómo su empresa ayudaría a Isabel y a su esposo a lanzar la cruzada que

permitiría recobrar definitivamente Jerusalén y Tierra Santa. Como tantos otros, Colón creía en fantasías milenaristas como la del Gran Monarca, que reconquistaría esas tierras y convertiría el mundo al cristianismo antes de entablar la batalla final con el Anticristo. Isabel y Fernando, según Colón, podrían contribuir al menos en parte a esa tarea. Era un personaje divertido al que resultaba difícil tomarse en serio[685].

Colón «les hizo relación de su imaginación, a la cual tampoco daban mucho crédito, y él les platicó, y dijo ser cierto lo que decía y les enseñó el mapa mundi», nos informa Bernáldez[686]. La idea era descabellada, por no decir impracticable. Esa fue la conclusión a la que un comité de expertos de la corte castellana, encabezado por Hernando de Talavera, el fiel fraile de Isabel, llegó finalmente después de que Colón pasara la mayor parte de los dos años siguientes importunando a la corte itinerante[687]. Los sabios, marinos curtidos y abogados a los que pidieron que examinaran los planes de Colón, tanto en aquel entonces como en años posteriores, casi siempre negaban con la cabeza, escépticos y admirados ante su ambición extravagante de navegar rumbo a lo desconocido. Lo que decía Colón «no podía ser cierto», alegaban. Y no les faltaba razón.

El marino genovés había vuelto a asomar entre la reducida y variopinta comitiva que acompañaba a Isabel, mientras esta hacía su entrada triunfal en el campamento de Baza durante el cerco de 1489, cuando al parecer había asustado tanto a los musulmanes sitiados que se habían rendido. En alguno de sus encuentros de esos años habló del Gran Khan —el rey de reyes del Oriente misterioso, célebre gracias a Marco Polo— y de la leyenda de cómo había rogado que enviasen predicadores cristianos para iluminar a su pueblo. Era una petición que había sido ignorada, señaló Colón, pero que Isabel y Fernando podían atender enviándole a él para que, siguiendo su propia y audaz ruta, llegara a Levante navegando hacia Poniente. Isabel no había leído a Marco Polo —o, desde luego, no poseía ningún ejemplar de su obra en las postrimerías de su vida—, pero sí conocía los escritos del falso viajero John Mandeville, más conocido en Castilla como Juan de Mandevilla. Tenía dos ejemplares de los viajes de este último

y quizá conocía un tratado popular de historia oriental que sirvió de fuente a Mandeville, *La flor de las historias de Oriente*, del monje y noble armenio Haitón de Córico[688].

Sin embargo, Colón, un hombre con amigos influyentes en Sevilla, no cejaba en su empeño, hasta llegar a hacerse pesado y monotemático. Había plantado una semilla en la mente de Isabel y se negaba a aceptar que no brotara y creciera. Colón volvió a su corte, entonces instalada en el campamento de Santa Fe, mientras Isabel reflexionaba sobre la trascendencia de la victoria de Castilla sobre el reino de Granada y la enorme tarea que suponía administrar las tierras recién conquistadas y su población musulmana. El aventurero genovés, con una fuerte vena mística y un misterioso pasado marítimo en Portugal y en otros lugares, argumentó que su audaz proyecto se ajustaba a la grandeza de los monarcas cruzados que habían «echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos»[689], eran «enemigos de la secta de Mahoma» y, gracias a la Inquisición, perseguidores implacables de la herejía. Si le enviaban a explorar una nueva ruta a las Indias, encontraría «la manera que se pudiera tener para la conversión dellas á nuestra Santa Fe», al tiempo que tomaría posesión de ellas, y de sus riquezas, en nombre de Castilla. Desde luego, el momento histórico era excepcional. Hacía menos de cuatro meses de la toma de Granada y la orden de expulsión apenas tenía dos semanas. Colón debió de creer que había llegado la hora de convencer a Isabel y a su marido de que apoyaran su ambicioso y audaz proyecto.

No está claro de dónde sacó Colón exactamente la idea de que podía llegarse a Oriente navegando hacia poniente. Era un marino experto cuyos viajes previos le habían llevado a recorrer casi todos los confines occidentales del mundo conocido, de Islandia a la Costa de Oro africana. Casi todo el mundo aceptaba que la Tierra era redonda, por lo que la idea no parecía ridícula, pero discrepaban en cuanto al tamaño de la circunferencia terrestre. Y la información sobre lo que había al otro lado del Atlántico se basaba en leyendas, fantasías, rumores, conjeturas y los pocos datos

aportados por los viajeros, así como por los desechos flotantes arrastrados por las corrientes oceánicas.

Quienes imaginaban que entre Europa y Asia solo se interponía el océano no podían aducir ningún motivo de peso que lo justificara, aunque resultaba igualmente difícil argumentar lo contrario. Lo desconocido era eso, desconocido. Donde algunos veían el mar abierto, otros veían un continente lejano, aún por descubrir, las legendarias Antípodas, que bloqueaba el paso. Más aún, se imaginaban que las islas conocidas como Antillia, Brasil, San Borondón o la isla de las Siete Ciudades se encontraban en la ruta hacia Asia. El principal defensor de la ruta directa a Asia era un cosmógrafo florentino llamado Paolo del Pozzo Toscanelli, con quien Colón se puso en contacto mientras reflexionaba sobre la idea de navegar hacia poniente. El florentino respondió con entusiasmo, convencido de que Colón contaba con el respaldo de Portugal, donde el genovés había vivido y se había casado con Felipa Perestrello, hija de uno de los exploradores que descubrieron y se convirtieron en señores de la isla de Porto Santo, cerca de Madeira. Toscanelli le envió un mapa que había dibujado, en el que podía apreciarse «el muy breve camino que hay de aquí á las Indias, adonde nace la especiería, por el camino de la mar más corto que aquel que vosotros hacéis para Guinea [África]». El florentino hablaba con entusiasmo no solo del viaje, sino también de las riquezas que podrían encontrarse. Situó Cathay, la China de Marco Polo, a solo 5200 millas náuticas[690]. «Esta patria es digna cuanto nunca se haya hallado», escribió Toscanelli, que, además, afirmaba haber encontrado viajeros chinos en Roma muchos años antes. Y proseguía: «É no solamente se puede haber en ella grandísimas ganancias é muchas cosas, mas aún se puede haber oro é plata é piedras preciosas é de todas maneras de especería […]; hombres sabios y doctos, filósofos y astrólogos, y otros grandes sabios, en todas artes de grande ingenio, gobiernan la magnífica provincia é ordenan las batallas». Cipango, el actual Japón, estaba mucho más cerca, a 3000 millas náuticas. «Sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales», precisó el cosmógrafo. Sin embargo, Colón se las arregló para reducir aún más esta distancia mediante sus

propias observaciones en alta mar y los cálculos del cosmógrafo árabe del siglo X Al-Farghani, o Alfraganus, que encogían el tamaño del globo de tal modo que el genovés creía que la distancia que le separaba de Japón era de solo 2400 millas náuticas, la cuarta parte de la cifra real[691].

Anteriormente, en 1484, Colón había buscado el apoyo de Portugal, un país que ya tenía un historial impresionante de navegación y descubrimientos en África occidental y el Atlántico, donde había tomado posesión de las Azores y de Madeira. Los navegantes portugueses estaban a punto de dar con la ruta oriental hacia Asia tras doblar el extremo meridional de África, pues Diogo Cão ya había superado la desembocadura del Congo para alcanzar la costa de la actual Angola. En 1488 el rey Juan volvió a invitar a Colón a Lisboa. En su carta, el rey portugués utilizaba algunos de sus nuevos y grandilocuentes títulos —señor de Guinea (nombre con el que se designaban las regiones recién descubiertas de África occidental) y rey «de aquende y allende el mar de África»— para recordarle los éxitos recientes de su país y su rivalidad con la Castilla de Isabel. Colón estaba en Portugal en diciembre de 1488, cuando Bartolomeu Dias regresó por primera vez del extremo sur de África, el cabo de Buena Esperanza, aunque los portugueses no habían llegado aún a la India, ni a sus lucrativos mercados de especias[692]. El hermano menor de Colón, Bartolomé, un cartógrafo inteligente, culto y hábil, al parecer acompañó a Dias en este viaje.

Un comité de sabios portugueses, incluido el eminente cosmógrafo judío Joseph Vizinho, determinó que la obsesión de Colón con Cipango y su supuesta proximidad era, en el mejor de los casos, poco realista. El marino genovés envió entonces a su hermano a Inglaterra para recabar el apoyo de Enrique VII, que presuntamente mostró cierto interés, después de que Bartolomé le dibujara un mapa inspirado en el de Toscanelli, y, a continuación, le pidió que probara fortuna en Francia[693]. Mientras tanto, después de años de insistir entre los más allegados a Isabel y Fernando, a finales de 1491 le llegó la noticia de que le darían una última oportunidad

para convencerlos. Los reyes se estaban preparando para la inevitable caída de Granada, así que parecía un buen momento para volver a insistir. La euforia de la ocasión y la prueba de que las grandes misiones históricas podían ser llevadas a cabo con éxito los harían más receptivos al proyecto ambicioso, aunque de apariencia fantástica, de Colón.

La llave que esta vez abrió la puerta de Isabel fue un antiguo confesor, el fraile franciscano Juan Pérez, por entonces instalado en el convento de La Rábida, en el extremo sudoeste de Castilla. Construido en un promontorio que domina el lugar donde los ríos Odiel y Tinto juntan sus aguas antes de desembocar en el Atlántico en la costa sur de España, se trataba de una comunidad religiosa célebre entre los navegantes. La vista desde los terrenos del convento se extendía por el océano aparentemente infinito por el que Colón quería navegar, mientras que en sus claustros de arcos de herradura mudéjares los frailes demostraban su pericia como cartógrafos y coleccionistas de mapas y relatos de marinos. Dentro de sus gruesos muros, los frailes conocían todas las historias sobre lo que podía haber más allá del horizonte. El convento de franciscanos observantes había sido durante mucho tiempo uno de los refugios de Colón y fue Pérez quien recomendó una vez más al marino y aventurero genovés a Isabel. Él y otro fraile importante, el astrólogo Antonio de Marchena, eran de los pocos defensores perseverantes de Colón, y el italiano había vivido con ellos al acabársele el dinero[694]. Esta vez la reina respondió enseguida, animando a fray Pérez a que alquilara una mula y fuera a verla a Santa Fe. Le pidió «que dejase con esperanza a Colón de buena respuesta en su negocio»[695]. Poco después, extendió una invitación parecida al propio Colón e incluyó una generosa suma de dinero para que pudiera vestirse apropiadamente para la corte.

Colón era un seductor, tan tenaz en su búsqueda de apoyo como de nuevas tierras. Con el paso de los años debía de haber analizado a Isabel y su corte para encontrar el modo de impresionarla[696]. El navegante italiano adoptó una mezcla de galantería, audacia y fervor religioso, sabedor de que Isabel, dentro de unos límites muy estrictos, se prestaba a los juegos del amor cortés y la caballería. Una carta posterior a Isabel está llena de

sensuales elogios a la mujer que tiene las «llaves» de su voluntad, cuyo «olor» y «gusto» la invita a probar[697]. La propuesta de Colón contenía muchos de los ingredientes propios de las leyendas que tanto entusiasmaban a Isabel: hombres audaces que partían en pos de grandes aventuras, valientes y con una fe inquebrantable en que Dios les apoyaba. No había nada falso en esto, ya que las ambiciones personales de Colón estaban enmarcadas exactamente en los mismos códigos sociales y de caballería. Este hijo de un tejedor genovés convertido en posadero buscaba, sobre todo, gloria y posición social. En el marco socialmente estricto de la sociedad castellana no era fácil ascender hasta los peldaños superiores, reservados a la nobleza o, en tiempos de Isabel, a los fervorosos sacerdotes y a los letrados que salían de sus universidades; pero había varios ejemplos de exploradores que se habían catapultado hasta los escalones más altos de la sociedad gracias a sus hallazgos. El propio suegro de Colón, Bartolomeu Perestrello, lo había conseguido al «descubrir» Porto Santo para Portugal y convertirse en su gobernador[698], y el explorador normando Jean de Béthencourt se había autoproclamado rey de las islas Canarias. El descubrimiento y la conquista de nuevas tierras —sobre todo islas— eran otro de los elementos que daban color a los libros de caballerías como la popular novela valenciana *Tirant lo Blanc*, que se encontraba en la biblioteca de Isabel y entre cuyos personajes figuraba un rey de Canarias, mientras que en el posterior *Quijote*, de Cervantes, el caballero epónimo le promete a su compañero Sancho Panza el gobierno de una isla o «ínsula».

Colón era un lector voraz, pero sin formación universitaria. El cronista Bernáldez lo definió como un «hombre de muy alto injenio, sin saber muchas letras»[699]. Sus conocimientos eran extensos, aunque heterogéneos, fruto de la experiencia y de sus numerosas, pero acríticas, lecturas de ciencias, mitos, rumores y leyendas contenidas en las obras de los filósofos, historiadores, astrólogos, viajeros y geógrafos de la antigua Grecia, la Europa medieval y el mundo árabe. En cuanto tuvo claro lo que quería, Colón hizo un uso selectivo de estos libros para demostrar que tenía razón. Él e Isabel formaban, en este sentido, una pareja perfecta. Ambos estaban

enamorados de la acción audaz, de la justificación divina y, en sus momentos de debilidad, de la locura romántica. De hecho, es difícil no encontrarle un punto quijotesco a Colón, un caballero errante obsesionado por conseguir la gloria o la muerte, cuya Dulcinea sería la reina Isabel. Y, por si esto fuera poco, el genovés añadía a la aventura un toque de gloria mesiánica para España al pedir «que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalen»[700]. Con ello daba a entender que se trataría de dar continuidad a los éxitos de Isabel y de Fernando en su cruzada.

Cuando volvió a ver a Isabel en Santa Fe, la campaña de Colón para conseguir el apoyo de Castilla duraba desde hacía ya siete años. Había convencido a las prósperas comunidades comerciales y bancarias genovesas y florentinas de Andalucía, había atraído a su causa a los frailes de La Rábida y trabado amistad con grandes como Medina Sidonia y el duque de Medinaceli. Ninguna de estas personalidades podía ofrecerle su patronazgo, pero formaron un valioso coro de partidarios que ayudó a mudar la opinión de la corte. Colón no solo sedujo a los hombres que rodeaban a Isabel y Fernando, sino también a las mujeres. Al parecer, cantaba las alabanzas de la «miel rosada», un jarabe medicinal hecho de miel y agua de rosas que preparaba la institutriz del príncipe Juan, Juana de la Torre[701] —que le surtiría para sus viajes—, y también es posible que pusiera en su punto de mira a la influyente Beatriz de Bobadilla, una de las damas de la corte más próximas a Isabel y esposa de su antiguo aliado Andrés Cabrera. Un poeta afirmaría más adelante que «Bobadilla había sido causa principal» de que el genovés lograse el apoyo de Isabel (aunque quizá se refiriese a uno de sus parientes)[702].

Colón tenía un sentido de la autopromoción y de la propaganda tan agudo como Isabel. La historia de cómo obtuvo el permiso —y la financiación— para navegar la escribió él mismo, como tantas otras. Está impregnada de la grandilocuencia y el tono autojustificativo en los que tan a menudo se deleitaba, pero en lo esencial es cierta. Colón recordó su visita triunfal a la corte de los reyes de una manera típicamente vivaz y teatral. Volvió a

comparecer ante un comité de expertos, y quizá ese fuera el momento en que decidió explicar, tal y como señalaba en el margen de uno de sus libros, que él mismo ya había encontrado gentes extrañas del océano occidental que habían sido arrastradas por la fuerza de la corriente a las costas de Europa. «Hombres de Catayo vinieron al Oriente. Nosotros hemos visto muchas cosas notables y sobre todo en Galway, en Irlanda, un hombre y una mujer en unos leños arrastrados por la tempestad de forma admirable.» Casi con toda seguridad, presentó los argumentos de escritores y científicos como Toscanelli, Pierre d'Aylli, el papa Pío II —que afirmaba que todos los océanos eran navegables y, por lo tanto, que la mayoría de las tierras eran accesibles— y Al-Farghani[703]. Sin embargo, una vez más los expertos decidieron no creer sus afirmaciones de que el océano era relativamente pequeño o de que Asia se hallaba a una distancia navegable en dirección oeste. Ni siquiera la alternativa de encontrar las islas míticas de las Antillas o las Antípodas logró convencerlos[704]. «Hobiéronse informaciones de filósofos, y astrólogos, y cosmógrafos […] y todos á una voz decían que era todo locura y vanidad, y á cada paso burlaban y escarnecían dello —informó su editor Bartolomé de Las Casas, que a menudo parafraseaba las palabras de Colón, en su obra *Historia de las Indias*—. Llegó á tanto el no creer ni estimar en nada lo que Cristóbal Colón ofrecia, que vino en total despedimiento, mandando los Reyes que le dijesen que se fuese en hora buena.»[705] Las Casas culpó a Talavera —que era, una vez más, el encargado de aconsejar a Isabel que no apoyara a Colón— y a los demás de ser incapaces de entender el proyecto; pero al comité tampoco le gustó la arrogancia del aventurero genovés. Al fin y al cabo, ese extranjero exigía un conjunto extraordinario de títulos castellanos. Quería el de almirante, en pie de igualdad con los almirantes de Castilla —un cargo hereditario lucrativo e influyente que pertenecía a la familia materna de Fernando, los Enríquez—, así como los de virrey y gobernador a perpetuidad y que sus hijos le sucedieran[706]. Como había ocurrido antes en Portugal, los sueños de grandeza de Colón eran aún más fuertes que su sed de aventura y al principio frustraron sus posibilidades de cumplirlos. Isabel había escuchado

a sus asesores y había coincidido con ellos en que la idea era demasiado excéntrica, los riesgos, demasiado grandes y las exigencias, demasiado altas.

Colón volvió a preparar el equipaje. Ya hacía casi diez años que recorría Europa vendiendo sus sueños y, mientras se alejaba, el infatigable navegante empezó de inmediato a pensar en dónde encontraría apoyo. Eso era precisamente lo que su hermano Bartolomé trataba de hacer en Inglaterra y en Francia[707]. Sin embargo, cuando Colón comenzaba a reconsiderar sus planes, Isabel cambió radicalmente de parecer. En Santa Fe, ordenó que enviaran un mensajero a Colón. El italiano se había ido una hora antes, pero no tenía prisa. Solo hacía dos que se había puesto en marcha cuando oyó el sonido de los cascos de un caballo detrás de él y el mensajero le dijo que se detuviera[708]. La reina, según le informó, había cambiado de opinión.

Se había tomado una decisión trascendental, aunque nadie se dio cuenta de su importancia. No tenemos constancia de por qué Isabel cambió de opinión. Se ha atribuido a sus damas de compañía, a los muchos amigos que tenía Colón en la corte y a Fernando y sus asesores. El proyecto, desde luego, encajaba con el espíritu de la época. Además, se dio en el contexto de la creciente rivalidad con Portugal por la expansión territorial, el comercio y las colonias. España, o más bien Castilla, estaba perdiendo esa batalla. El globo terráqueo más antiguo del mundo, confeccionado el año siguiente en Núremberg por Martin Behaim, muestra la bandera ajedrezada de Portugal plantada en numerosos puntos a lo largo del Atlántico oriental, mientras que solo en una enseña, en las islas Canarias, aparecen los leones y las torres de Castilla. El papado había dado su aprobación a las pretensiones de Portugal, lo que levantaba una barrera adicional a Castilla que Isabel reconoció formalmente en el tratado de paz firmado en Alcáçovas en 1479, aquel que puso fin a las pretensiones de Juana la Beltraneja al trono[709].

Sin embargo, por encima de todo, el proyecto de Colón era barato. El marino genovés solo necesitaba tres naves y noventa marineros[710]. Una pequeña inversión para las arcas reales podía generar una cantidad

potencialmente ilimitada de oro, especias y otros bienes, o bien, siguiendo el modelo canario, esclavos, plantaciones de azúcar y otros cultivos. Eso era especialmente tentador después de que la guerra de Granada hubiera vaciado el Tesoro real y lo hubiera dejado sin las importantes aportaciones en forma de tributos que pagaba el reino musulmán. Al final, seguramente fuera Luis de Santángel, un converso valenciano que era uno de los máximos responsables financieros de Fernando, quien convenció a Isabel de que llamara a Colón. Las probabilidades de éxito eran escasas, pero las eventuales pérdidas podrían asumirse. El presupuesto total era de solo 2 millones de maravedís, el equivalente, en palabras de un historiador, a «más o menos los ingresos anuales de un aristócrata de provincias»[711], de los cuales la corona aportaría directamente más de la mitad. El resto lo pagarían en especie el puerto de Palos, que debía dinero de una multa que podía abonar aportando los buques para el viaje, y el propio Colón y otros a través de un crédito sindicado que les concedería un comerciante y financiero florentino instalado en Sevilla, Giannotto Berardi[712]. Isabel y Fernando consiguieron 1,14 millones de maravedís que les envió Santángel con cargo a los fondos que se obtendrían de la venta de indulgencias de una bula de cruzada en Extremadura[713]. Se trataba de un uso abusivo del dinero destinado a la cruzada contra los infieles, pero encajaba con la idea de Colón de que la suya era una aventura de inspiración divina a mayor gloria y abundamiento de la cristiandad. Isabel también se sentía obligada a continuar su cruzada para ampliar los dominios de la cristiandad, después de la caída de Granada, y el proyecto le proporcionaba una manera poco gravosa de conseguirlo. Tal como recordaba un funcionario de la corte, «ninguna certinidad abía más de lo que el Colón deçía, y al fin, con un poco de gasto», se hizo[714].

La tarea de ultimar los detalles se confió a Talavera, al fraile Diego de Deza (otro futuro inquisidor general), tutor del príncipe Juan, y al camarero de Fernando, Juan Cabrero. Colón demostró la misma tenacidad al negociar los términos y condiciones de su viaje que en la búsqueda del apoyo real. A otros quizá les parecieran ridículas sus exigencias de ser almirante, virrey y

gobernador general, pero eso era lo que le otorgaban las capitulaciones de Santa Fe, el documento firmado por Isabel y su esposo el 17 de abril de 1492. Las capitulaciones señalan que los monarcas sabían que se trataba de una expedición extraordinaria; pero los términos eran también ambiguos, al conceder a Colón unos títulos rimbombantes sin detallar exactamente lo que significaban. A la postre fue Talavera quien recomendó firmar el documento final alegando que se «debía mandar hacer esta experiencia, aunque se gastase alguna cantidad, por el gran provecho y honra que se esperaba de descubrirse las dichas Indias»[715].

Era algo excepcional que Isabel, que había concentrado el máximo de poder en la monarquía, estuviera dispuesta a hacer todas estas concesiones. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si ella y Fernando pensaron que se trataba simplemente de una merced —un privilegio real o concesión de las rentas de la corona que podía ser otorgado, pero también cancelado— o bien de un contrato vinculante. Quizá no prestaran mucha atención. Al fin y al cabo, los derechos que otorgaban se referían a tierras que la mayoría de la gente pensaba que no existían y que, en el supuesto de que Colón descubriera la costa oriental de Asia, ya estarían bajo la soberanía de algún poderoso monarca como el Gran Khan. Era igual de probable que Colón desapareciera en el horizonte y no regresara o que volviera con las manos vacías. A Isabel se la puede perdonar por no discutir demasiado con un hombre al que daba una cantidad de dinero relativamente escasa y que estaba dispuesto a asumir riesgos clarísimos en su nombre (porque la empresa era de Castilla, no de Aragón). De hecho, el texto de las capitulaciones tiene todo el aspecto de haber sido redactado por el propio Colón con algunas correcciones mínimas por parte de los funcionarios reales. Fernando explicó con toda claridad, veinte años más tarde, por qué el genovés consiguió unas condiciones tan generosas que luego parecerían impensables: «Todo lo que agora se puede descubrir es muy fácil de descobrir y no mirando estando todos los que hablan en descobrir quieren tener fin a la Capitulación que se hizo con el Almyrante Colon y no piensan como entonces nynguna esperança avía de lo que se descubrió»[716].

Los modelos de expansión territorial y de exploración naval que tenía Isabel eran los que ella misma ya había supervisado en las islas Canarias, junto con la amplia experiencia de Portugal a lo largo de la costa de África y en aguas del Atlántico. Las Canarias, arrebatadas a los indígenas guanches, que a veces luchaban únicamente con palos y piedras, eran un ejemplo de verdaderas colonias: tierras lejanas incorporadas a la corona de Castilla y ocupadas por castellanos. Las islas se utilizaban para cultivar caña de azúcar y sus puertos eran puntos seguros desde donde comerciar o explorar el resto del océano Atlántico. Madeira y las Azores desempeñaban un papel parecido en Portugal, mientras que sus factorías, situadas a lo largo de la costa africana, desde Ceuta hasta Cabo Verde y la Costa de Oro, eran fuentes importantes de esclavos y oro. Aragón tenía una tradición imperial diferente y más antigua en el Mediterráneo, donde sus dominios de los siglos XIII y XIV se habían extendido hasta Sicilia, Nápoles e incluso Atenas, lo que proporcionó a Colón los modelos de los títulos de virrey o gobernador que codiciaba[717].

Isabel había proseguido con energía la conquista de las islas Canarias, situadas a 650 millas náuticas al sur de España y a solo 70 de la costa occidental de África. Por razones históricas, los miembros de la familia Herrera-Peraza eran los señores feudales de cuatro de ellas —Lanzarote, Fuerteventura, La Gomera y El Hierro— y les habían otorgado el derecho de conquista de las islas más densamente pobladas de Tenerife, Gran Canaria y La Palma. No obstante, el consejo de Isabel, una vez consultado, encontró rápidamente una fórmula que le permitiría a la reina recuperar el derecho de conquista de las islas que los Herrera-Peraza aún no habían invadido. La familia recibió una indemnización y el derecho volvió a la corona[718].

La conquista de la isla de Gran Canaria fue larga y sangrienta. Fueron necesarios cinco años, a partir de 1478, para derrotar a los nativos, conseguir que se declarasen aliados de Castilla o, en algún caso más dramático, y posiblemente apócrifo, que se suicidaran arrojándose a las

profundidades de un barranco[719]. Cuenta el autor de la crónica llamada Ovetense: «Sus prinsipales armas eran piedras, que la que salía de sus manos la metían donde querían». Según otro cronista, su valentía lo compensaba todo[720]. Isabel recibió a uno de los jefes canarios, Tenesor Semidán, que fue bautizado y se convirtió en un aliado[721]. El jefe canario la visitaría más de una vez durante el proceso de evangelización de los isleños que la reina llevó a cabo, para el que recurrió a métodos crueles que provocaron la práctica destrucción de su sociedad, de tal modo que los supervivientes tuvieron que adaptarse enseguida a los modelos castellanos, al tiempo que sus jefes, al igual que algunos musulmanes o judíos conversos, recibían una atención especial y privilegios. «Les llevamos muchas ventajas [a los habitantes de las demás islas] en todas e hablamos e somos habidos por propios castellanos», dijo uno de ellos[722]. Se calcula que hasta un 85 por ciento de los más de sesenta mil isleños fueron asesinados o deportados, a menudo después de convencerlos con engaños para que embarcasen[723]. La conquista del resto de las islas resultó también difícil y lenta, de modo que ni Tenerife ni La Palma estaban por entero en manos de Isabel cuando Colón emprendió su quijotesca aventura.

Gran Canaria era, pues, el único modelo real con que Isabel contaba de la conquista de islas habitadas del Atlántico antes de la partida de Colón, con las conversiones como uno de sus objetivos principales. El principio de que solo se podía esclavizar a quienes lucharan contra los ejércitos de Isabel o se levantaran contra la autoridad de la corona hizo poco por detener el tráfico generalizado de guanches canarios y de otros pueblos. Estos fueron obligados a trabajar en lo que fuera, desde cortar caña de azúcar hasta limpiar suelos, pasando por la prostitución. Por los esclavos canarios se pagaban entre 8000 y 10 000 maravedís en Sevilla, Valencia, Barcelona, Lisboa e incluso en ciudades tan lejanas como Venecia[724]. En la casa de un tratante de esclavos, Münzer se encontró con un grupo de setenta y tres guanches, de un total de ochenta y siete, catorce de los cuales habían muerto en la travesía. «Son muy morenos, pero no negros […]; las mujeres bien proporcionadas, de miembros fuertes y largos.»[725] Isabel hacía lo que

podía para proteger a los que se habían convertido pacíficamente al cristianismo.

> Somos ynformados que algunas personas han traydo […] algunos canarios de las yslas de Canaria, que son cristianos e otros que están en camino para se convertir a nuestra Santa Fe Católica, e los quieren repartir antre sí e los venden por esclavos —escribieron ella y Fernando a las autoridades de Palos en 1477 después de que empezaran a aparecer indígenas gomeros en los mercados de esclavos[726]—. E porque lo tal sería cosa de mal enxemplo, e dar cabsa a que nynguno se quisiere convertir a la Santa Fe Católica, nos queriendo remediar ello […] acordamos mandar esta nuestra carta, por la cual mandamos que todos y cualesquier persona que […] son traydos […] no consyntais que se vendan.

Al año siguiente una iracunda Isabel escribió a los máximos responsables de la conquista de Gran Canaria para exigirles que los esclavos de La Gomera que habían vuelto con la fuerza expedicionaria fueran embarcados y devueltos a su isla de origen en lugar de ser retenidos en Gran Canaria. «Yo los mandé tornar de poder de quien los tenya e darlos por libres e quitos […] e non los avéys querido llevar nin enviar a sus casas a la dicha ysla de La Gomera, como por mí vos fue mandado.»[727] No parece que su insistencia sirviera de mucho. Al cabo de veinte años seguía recibiendo denuncias de esclavos canarios o del procurador de los pobres —una especie de defensor del pueblo—, en las que se quejaban de la rapacidad de los colonos. Una de las denunciantes, una nativa de La Palma llamada Beatriz, alegaba que no habían tenido en cuenta su condición de cristiana cuando la vendieron a un tal bachiller de Herrera en Sevilla, «el qual dis que le dio tantos açotes e heridas que llegó a punto de muerte», declaró el tribunal en nombre de los reyes.

Las islas Canarias habían pertenecido, en la imaginación de los castellanos, a sus reyes visigodos, y el objetivo declarado de Isabel era «sojuzgarla[s] a su corona real, e […] expeler, con el favor de Dios, toda superstición y heregías que allí y en algunas otras islas de infieles usan los canarios y otros paganos»[728]. No se trataba de una mera reconquista, sino de una cruzada religiosa, al igual que la guerra contra los musulmanes de Granada. A efectos prácticos, significaba que podía financiarse de la misma

manera, con la ayuda del Papa y la venta de bulas de cruzada promulgadas por el pontífice[729]; pero los habitantes de las Canarias no eran como los musulmanes, sino que se les consideraba inocentes desde el punto de vista religioso. También fue, en cuanto a la financiación, un precedente al que se recurriría para el viaje de Colón.

El atrevido y temerario proyecto del genovés no sentó bien entre los marinos de Palos a los que se les ordenó que proporcionaran barcos y tripulaciones. «Era publico e se desya que no avía tierra de aquella parte, porque se avía ydo a buscar de Portugal muchas vezes», recordaba uno de ellos, Bartolomé Colín. Y añadía otro, Martín González: «Muchos onbres sabios de la desyan que corriendo por el oeste […] nunca hallarían tierra aunque andovieran dos años». De hecho, el enfado entre la población local por haber sido escogida como el puerto que debía suministrar los buques y la marinería era tal que incluso atacaron al hombre que había alquilado su mula a fray Pérez para que pudiera reunirse con Isabel. «Muchas personas hazían burla del dicho almirante, de la empresa que tomava en yr a descobryr las dichas Yslas, e se reyan dello, e aun cupavan a este testigo porque avía dado la mula», declaró el dueño de la bestia, Juan Rodríguez Cabezudo. Fray Pérez tuvo que insistir machaconamente y convencer a muchos marineros curtidos para poder reunir la pequeña flota[730].

En una expedición tan abierta y arriesgada como la que proponía Colón, Isabel probablemente no tenía ningún objetivo concreto más allá de aumentar su riqueza y poder y, en la medida de lo posible, la influencia del cristianismo. En el primer viaje no acompañaron a Colón ni colonos ni sacerdotes, por lo que puede afirmarse que Isabel lo consideraba pura exploración, en busca de islas y del continente. Las instrucciones reales incluían órdenes explícitas de evitar la factoría portuguesa de La Mina, en la actual Ghana, y de respetar los tratados vigentes, que daban a Portugal derechos de conquista sobre Fez, la posesión de sus islas atlánticas y la prioridad en el comercio con las tierras de África occidental conocidas con el nombre de Guinea. Un documento firmado por los monarcas como salvoconducto para Colón en caso de que cayera en manos extranjeras

dejaba claro lo que esperaban encontrar: «Enviamos al noble Cristóbal Colón con tres carabelas [en realidad eran dos carabelas, *La Pinta* y *La Niña*, y una nao más grande y robusta, la *Santa María*] por la mar océana hacia la región de la India». Colón incluso contrató a un traductor oriental para que le acompañara[731].

Personalmente, Isabel apenas debió de acordarse de Colón después de que este se marchara de Santa Fe en mayo. Se entiende que estuviera más interesada en la conquista de las islas Canarias. En los cinco meses previos había puesto punto final a la cruzada de España contra los musulmanes y había adoptado la drástica medida de expulsar a los judíos. No es probable que la fortuna de los tres barcos que zarparon de Palos, no lejos del convento de La Rábida, el 3 de agosto de 1492, le preocupara en exceso[732].

Colón puso rumbo primero a las Canarias, donde reaprovisionó sus naves y, según se rumorea, vivió un breve romance con la cruel y tiránica viuda del señor de La Gomera, otra Beatriz de Bobadilla, sobrina de la dama de Isabel del mismo nombre, que había ido a parar a la remota isla después de que la celosa monarca la casara con su señor feudal, Hernán Peraza, para mantenerla alejada de Fernando. A continuación, el 6 de septiembre, el genovés partió de San Sebastián de La Gomera y se dirigió hacia poniente a través del desierto océano. La mayoría de los exploradores que se dirigían a lo desconocido optaban por navegar de ceñida, porque así les bastaba con virar para que el viento los empujara de nuevo al punto de partida. En cambio, Colón buscaba los alisios, dominantes en estas latitudes. Los que vieron desaparecer sus velas en el horizonte, y la reina que lo enviaba, debieron de preguntarse si encontraría el camino de vuelta[733].

29

Mujeres alegres

Barcelona, 1492

Era una versión original y cómica del noble deporte de las justas, y los que estaban sentados frente al mar con Isabel después del largo banquete con sus invitados franceses en la gran lonja de Barcelona se reían a carcajadas. Así nos lo cuenta uno de los pajes del príncipe Juan, Gonzalo Fernández de Oviedo:

> É hacían de esta manera: que en la proa de un batel iba un hombre en pié, é llevaba una lanza enristrada é una pavesina con que se cubría al tiempo de encontrar con otro justador que venía contra él. É cada barco llevaba veinte remeros, é la mar era tranquila, é partía el un barco con su justador contra el otro con mayor velocidad que les era posible, é encontrábanse los justadores, é á veces iban al agua ellos é los paveses, é hacíanse encuentros que causaban mucha risa é placer.

El banquete, celebrado en el gran edificio coronado de una cúpula donde los comerciantes de la ciudad se reunían a diario para cerrar tratos y hablar con sus banqueros, había sido solo uno de varios interludios festivos que habían tenido lugar mientras los embajadores franceses concluían un tratado de paz que devolvería la Cerdaña y el Rosellón a manos españolas. Varios festejos, en los que habían participado la familia real entera, la corte, sus visitantes y los barceloneses más ilustres, habían terminado en bailes, corridas de toros y juegos.

Hernando de Talavera, el austero fraile jerónimo que «hacía lo que predicaba», no estaba contento. Isabel no solía discrepar de Talavera, ni estaba acostumbrada a que la reprendieran, ni en público ni en privado. Sin

embargo, eso era lo que había hecho su confesor, por entonces arzobispo de Granada, y la reina estaba decidida a convencerlo de que las críticas mordaces del fraile a su comportamiento durante las celebraciones que habían acompañado la llegada de una embajada francesa estaban fuera de lugar. «No se hizo cosa nueva, ni en que pensásemos que abia hierro», replicó[734].

No era eso lo que había oído Talavera. En la corte de Isabel, los hombres y las mujeres solían comer por separado, pero esta vez se les había permitido sentarse juntos. También eran blanco de sus iras el hecho de que Isabel bailase, la forma en que sus damas habían ido acompañadas de los visitantes franceses y las sanguinarias corridas que les ofrecieron como espectáculo. Así se lo había escrito Talavera en tono desdeñoso:

> No reprehendo las dádivas y mercedes, aunque también aquellas para ser buenas y meritorias deben ser moderadas; no las honrras de cenar y hacer collación á vuestra mesa y con vuestras altezas, no la alegría de los exercicios militares, no el gasto de las ropas y nuevas vestiduras, aunque no carezca de culpa lo que en ello ovo demasiado. Mas lo que á mi ver offendió á Dios *multiphariam multisque modis*, fué las danzas, especialmente de quien no debia danzar, las cuales por maravilla se pueden hacer sin que en ellas intervengan pecados […] y más la licencia de mezclar los caballeros franceses con las damas castellanas en la cena, y que cada uno llevasse á la que quisiesse de rienda […]. Pues ¿qué diré de los toros, que sin disputa son espectáculo condenado? […] sin provecho ninguno de alma ni de cuerpo, de honrra ni de hacienda, se ponen allí los onbres á peligro[735].

Talavera, por supuesto, también había expresado su desaprobación por las fiestas y lidias con que la reina había celebrado el matrimonio de su hija Isabel con el hijo del rey de Portugal hacía dos años en Sevilla. El fraile lo aprovechó para recordarle a Isabel que todos esos festejos habían sido en vano, dado que el príncipe Alfonso había muerto a los ocho meses de la boda. Era un golpe bajo e Isabel respondió con una rabia inusual, si bien controlada.

Daba gran importancia a su reputación moral, algo que las críticas de Talavera ponían en tela de juicio. «Pienso si dixeron alia que danze yo, y no fue, ni pasó por pensamiento», insistió Isabel. El gasto en ropa había sido mínimo, aunque no había podido resistirse a encargar un vestido nuevo para

ella. «Los trajes nuebos no hubo ni en mí ni en mis damas, ni aun vestidos nuebos […] solo un bestido hize de seda y con tres marcos de oro el mas llano que pude.»[736] Reconocía que los hombres habían llevado trajes costosos, pero precisaba que eso se había hecho en contra de sus instrucciones.

Isabel se preocupaba no solo de su reputación, sino también de la de sus damas, que tenían que reflejar su propia imagen de feminidad virtuosa. Por medio de sus propagandistas, forjó la imagen de su presuntamente perversa cuñada, la reina Juana —cuyas damas portuguesas habían causado tanto escándalo—, como ejemplo de todo lo que no debía ser una monarca. «El llevar las damas de rienda, hasta que vi vuestra carta, nunca supe quien las llebó, ni agora sé», le dijo a Talavera. Sin embargo, esa no había sido la primera vez que se relajaba la norma de comer hombres y mujeres por separado para complacer a los visitantes. «El cenar los franceses á las mesas es cosa muy usada, y que ellos muy de contino usan —se justificó—. Acá cade vez que los principales comen con los Reyes, comen los otros en las mesas de la sala de damas y caballeros, que assí son siempre, que allí nunca son de damas solas. Y esto se hizo con los borgoñones quando el bastardo, y con los ingleses y portugueses.»[737]

La única queja razonable, según Isabel, era la que se refería a las corridas. «De los toros sentí lo que vos dezís, aunque no alcanze tanto; mas luego allí propuse con toda determinazión de nunca veerlos en toda mi vida», dijo, aunque reconociendo que no podía prohibir una tradición de la que disfrutaba, entre otros, su propio esposo[738]. A ella no le importaban los animales, sino los hombres que podían sufrir sus cornadas. Isabel no cumplió lo prometido, y más tarde se arrepentiría. Al año siguiente, presenció la muerte por cornadas de dos hombres y tres caballos en una corrida celebrada en Arévalo, a lo que reaccionó con la promulgación de una nueva norma para que los astados fueran menos peligrosos cubriéndoles los pitones[739]. «Mandó que á los toros en el corral les encajasen otros cuernos de bueyes muertos en los propios que ellos tenían, é que así puestos se los clavasen porque no se les pudiesen caer; et como los

insertos volvían los extremos de ellos sobre las espaldas del toro, no podían herir á ningún caballo ni peón», recordó Oviedo. Era como si, de repente, los cuernos del toro hubieran crecido curvándose hacia dentro como los de una cabra, de modo que solo podían golpear con ellos, pero no clavarlos.

Isabel era rigurosa en los asuntos de su casa, cuyas mujeres tenían que comportarse o por lo menos, si no se portaban bien, llevarlo con discreción. Sobre todo había que evitar el escándalo. «Aborrecía mucho a las malas», afirma Pulgar[740]. Por regla general a los dos sexos se los mantenían rigurosamente separados. «Criaba en su palacio doncellas nobles, hijas de los grandes de sus reinos […]. Hacía poner gran diligencia en la guarda dellas y de las otras mujeres de su palacio», escribió asimismo Pulgar[741]. Solían comer separadas de los hombres e Isabel actuaba como una madre superiora, velando por que las muchachas que tenía a su cuidado estuvieran siempre vigiladas. Los funcionarios y médicos varones tenían que esperar a la entrada de los aposentos de Isabel hasta que todas sus hijas y las damas que dormían con ellas estuvieran vestidas y listas[742]. Las damas, en parte, servían de escudo protector. «Hasta no ha mucho, cuando el rey estaba ausente, la reina dormía con sus doncellas y con los chiquillos; pero ahora, cuando acontece ausencia de su esposo, duerme con sus hijas y con algunas dueñas. Usa de esta costumbre con el fin de conservar incólume la reputación de su honestidad.»[743] Un enviado inglés cuyo anfitrión desapareció para ir a comer con su esposa señaló que fuera del palacio real se aplicaban normas parecidas. «No es costumbre en este país que las mujeres vengan a comer en compañía de desconocidos», explicó[744].

Las damas de Isabel seguían la rutina diaria de su señora, con largas e intensas sesiones dedicadas a la administración intercaladas con comidas y visitas regulares a la capilla. En esta, la riqueza cultural y material de los instrumentos musicales, el coro, el incienso, las vestiduras talares de los sacerdotes, los manteles de altar y los brillantes ornamentos de oro y plata representaban un agradable cambio de aires. Los sonidos, imágenes y olores de los oficios diarios eran un festín que revitalizaba los sentidos y contrastaba con la relativa monotonía del mundo exterior. La capilla de

Isabel era un lugar para meditar no solo sobre asuntos espirituales, sino también sobre la ideología cristiana que impulsaba muchas de sus decisiones políticas. «Aunque muy ocupada en grandes y arduos negocios de la gobernación de muchos reinos, pareció que su vida era más contemplativa que activa», dijo de ella un italiano, quien señaló que rara vez se saltaba los oficios[745]. Sin embargo, sería un error considerar la corte de Isabel como un lugar enclaustrado, parecido a un convento, reservado solo a mojigatos y piadosos. También tenía cabida en ella la diversión. Enanos, bailarinas y músicos la entretenían durante las tardes y las comidas. Había juegos de mesa, de naipes, canciones y bailes. Los acróbatas también eran populares, y uno de ellos asombró a los invitados a una boda haciendo juegos malabares con bolas, espadas y campanas sobre la cuerda floja, de la que acabó colgado por los dientes. En la intimidad de los aposentos de la reina, sus damas jugaban con gatos y conejos mientras adornaban a sus perritos con cascabeles y collares, y para satisfacer sus apetitos literarios tenían apasionadas novelas sentimentales y romances de caballeros y damiselas cantados por trovadores[746]. La encargada de la casa de la reina era su «hermana de leche» Clara Alvarnáez, cuya madre había sido ama de cría de Isabel en Madrigal. A la hora de elegir sus doce damas, Isabel combinaba a mujeres mayores y bien educadas con muchachas de la nobleza, y la búsqueda de un marido adecuado para estas últimas se convirtió en uno de los pasatiempos favoritos de la reina[747]. Sus damas la ayudaban a administrar el hospital de pobres que viajaba con ella, una muestra de la caridad real que, además, servía para aumentar la popularidad de Isabel mientras recorría sus dominios. Las damas tenían que ser un reflejo de la propia Isabel: formales, pero deslumbrantes cuando la pompa de la ocasión lo exigía. Al igual que la reina, debían ir bien arregladas, aseadas y perfumadas. Aparte de los jabones y perfumes con que contaban, disponían de un limpiador de dientes siempre a su servicio y de esclavas para lavarles el pelo.

El contacto limitado entre los sexos significaba que, cuando se relajaban las restricciones, la corte entraba en un frenesí de amor cortés. La habilidad

de los cortesanos españoles para exagerar su interés amoroso iba desde la adoración pura y simple hasta el desfallecimiento, y al anciano duque de Alba, que más tarde acompañó a Catalina de Aragón a Inglaterra, tuvieron que sacarlo de una fiesta después de que se desmayara al ver a una dama inglesa[748]. Un borgoñón que estaba de paso por la corte castellana se escandalizó al ver en un banquete a una joven coqueteando a la vez con tres pretendientes aparentemente enamorados. «Habló lo menos hora y media con el uno que estuvo de rodillas, descubierto, todo ese tiempo; al segundo, un cuarto de hora, y al tercero, una buena hora. Hablaba al uno, lanzaba miradas al otro y tenía su mano sobre el hombro del tercero. Así les satisfizo a los tres; porque, a causa de que no las ven a menudo, se muestran muy contentos al ver las damas de que están enamorados.» Los borgoñones estaban escandalizados y querían saber por qué la joven jugaba con ellos de ese modo. Esta les respondió: «Hacemos nuestro gusto, en tanto estamos para casarnos, tratándolos de ese modo; pues cuando estamos casadas, nos encierran en una habitación y en un castillo. De este modo se vengan del buen tiempo en que hemos estado solteras»[749]. A Talavera le habría parecido perfecto; según él, el día de la boda de una mujer era aquel en que «perdistes vuestra libertad». Las mujeres casadas estaban destinadas a quedarse en el hogar, ya que «están y fueron hechas para estar encerradas y occupadas en sus casas y los varones para andar y procurar las cosas de fuera». Como Eva, creía Talavera, las mujeres eran intrínsecamente insensatas y fáciles de descarriar. Isabel estaba tan decidida a proteger a sus damas de la tentación que, cuando encontraron a un infeliz joven llamado Diego Osorio bajo la ventana de sus aposentos, armado solo con una cuerda y, presumiblemente, deseoso de escalar hasta ellos, lo condenaron de inmediato a muerte[750].

Las hijas de Isabel eran las otras grandes abanderadas de su reputación. De las infantas se esperaba que supieran hilar, coser, tejer y bordar, ya que incluso las reinas se enorgullecían de coserles las camisas a sus maridos[751]. Los propagandistas y hagiógrafos de Isabel, comprensiblemente, alababan las virtudes de sus hijas, consideradas puras,

honorables, cariñosas y sumisas a sus esposos. La torpeza y la lujuria eran sus «enemigas», según un contemporáneo[752]. Más importante aún, también eran extremadamente cultas. Isabel había recibido una educación formal bastante escasa, pero pronto se dio cuenta de su importancia y, ya de adulta, aprendió por su cuenta el latín, el idioma de la alta cultura y de la misa. Mandó llamar a una brillante latinista, Beatriz Galindo, apodada la Latina, para que le diera lecciones, y la mantuvo en la corte para que se lo enseñara a sus hijas, al tiempo que contrataba a humanistas italianos como preceptores[753]. Juana «respondía en latín al instante a quienes le hacían preguntas en esa misma lengua, según costumbre entre los nuevos príncipes cuando van de pueblo en pueblo. Lo mismo comentan los británicos de su reina Catalina, hermana de Juana. Todo el mundo traslada los mismos elogios a las otras dos hermanas que murieron en Portugal», escribió el humanista contemporáneo Luis Vives. Incluso el humanista Erasmo de Róterdam quedó impresionado, aunque adular a la realeza era una de sus especialidades. Catalina estaba «bien instruida, no solo en relación con su propio sexo», comentó tras reunirse con ella, a lo que añadió: «Y no es menos respetable por su piedad que por su erudición»[754].

Isabel tenía una biblioteca llena de obras devocionales, vidas de santos y manuales piadosos que le enseñaban la mejor manera de criar a sus hijas[755]. Los autores de estos últimos eran frailes u otros religiosos sin experiencia de ningún tipo en la crianza y solían considerar que las mujeres adolecían por naturaleza de una serie de vicios. Eran envidiosas, cotillas y codiciosas que corrían el peligro de caer en la más terrible de todas las debilidades femeninas, la «locura de amor»[756], y, cuando las mujeres se descarriaban, el mundo temblaba. «Uno de los usados pecados es el amor desordenado, especialmente de las mugeres, por do se siguen discordias, omecillos, muertes, escándalos, guerras e perdiciones de bienes […] e mucho más peor, perdición de las tristes de las ánimas por el abominable carnal pecado con amor junto desordenado», escribió Alfonso Martínez de Toledo, conocido como el arcipreste de Talavera, en su *Reprobación del amor mundano*. El amor era «burla, locura, y desvarío y perdición de

tiempo […]. Empero, de lujuria e impúdico deshonesto amor, cabeza es y consejador el diforme Satanás, enemigo mortal de la salvación de la humana criatura». De todas estas obras, una de las más influyentes era el *Carro de las donas*, versión del *Llibre de les dones* del fraile franciscano Francesc Eiximenis, menos radical en su juicio sobre los defectos «naturales» de las mujeres, aunque creyera necesario recurrir a la mano dura cuando se portaban mal. «Castíguenlas e hiéranlas (y no por la cabeça, mas en las espaldas), con alguna verdasca», aconsejaba[757]. El autocontrol y la discreción eran las cualidades distintivas de las jóvenes bien educadas, que debían llevar rosarios y pasarse parte del día rezando. También debían aprender a evitar a los no cristianos, rechazar los alimentos que estos les ofreciesen y mantenerse lejos de los hombres judíos o musulmanes.

Isabel cultivó a propósito una imagen de virtud y recato femeninos para aparecer en público como una figura majestuosa e impasible a la vez. Como en el caso de muchos otros abstemios, para ella el dominio de uno mismo era primordial. «Era mesurada en la continencia e movimientos de su persona; no bebía vino», observó Pulgar. Esto dificultaba la interpretación de sus gestos y expresiones y resultaba inquietante, al tiempo que hacía que sus demostraciones públicas de afecto o alegría parecieran mucho más entrañables. Sin embargo, la vida en lo que sus contemporáneos ingleses habrían llamado «la morada de la reina» en la corte no consistía solo en gramáticas, oraciones y bordados. Sus hijas aprendían cetrería, equitación y caza, recibían lecciones de baile de maestros portugueses y tocaban instrumentos musicales de todo tipo. Durante la cena se cantaba y se recitaban en voz alta libros de caballerías[758], que eran los favoritos de Isabel, en cuya biblioteca también figuraban las leyendas del mundo mágico y misterioso de Merlín y Lancelot[759], aunque estas fueran condenadas por un contemporáneo, que las calificó de «tratados vanos e fabulosos, llenos de mentiras e fundados en amores e luxuria e fanfarronerias […] e mueven […] a las mugeres flacas de sienes a caer en errores lividinosos e incurrir en pecados que no cometieran si esas liciones no oyeran»[760]. El picante *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, con sus mujeres descaradas y su

sexualidad terrenal, también figuraba en la biblioteca de la reina. Quizá, a puerta cerrada y en el mundo enteramente femenino de su corte privada, se tolerasen las alusiones escatológicas a los órganos sexuales, el vello púbico y las funciones corporales que contienen algunas de las canciones más subidas de tono del *Cancionero de Palacio*. No faltaban músicos bien pagados que las interpretaran[761].

Esta desvergüenza, desde luego, no era exhibida en público. Y la idea de que durante las fiestas de Barcelona los caballeros franceses fueran de la mano de sus damas, a las que tan celosamente vigilaba, no debió de gustarle a Isabel. Las quejas de Talavera no pasaron desapercibidas. Mientras esperaba la llegada de su futura nuera Margarita de Austria, con su corte de borgoñones, Isabel dio orden de que se redujese «la costumbre de la familiaridad y común trato y llana comunicación de que usaban las reinas y princesas de la casa de Austria, y Borgoña y Francia», y, en lugar de ello, se recibiera a los visitantes con «la gravedad y autoridad de nuestros príncipes: a la usanza de España»[762].

30

Una noche infernal

Palacio Real Mayor de Barcelona, 7 de diciembre de 1492

Un mediodía gris y nublado de diciembre de 1492, después de haber pasado la mañana escuchando las súplicas de sus súbditos catalanes, Fernando empezó a bajar por la empinada escalinata de piedra que se abría en abanico desde la esquina de lo que ya se consideraba el antiguo palacio real de Barcelona. Debió de ver brevemente a un campesino llamado Joan de Canyamars cuando este salió de una capilla situada junto a la entrada y luego se apartó para dejar pasar al rey, que llevaba al cuello uno de los pesados collares de oro que tanto le gustaban. Apenas había descendido Fernando un par de peldaños cuando Canyamars se abrió paso a través de la comitiva del rey, se acercó a él, sacó un largo machete de laboreo y le asestó una cuchillada en el cuello. El arma penetró en la base del lado izquierdo del cuello del rey, aunque la clavícula y las gruesas anillas del collar pararon en parte el golpe. Los acompañantes de Fernando desenvainaron sus puñales y espadas y pronto ambos hombres yacían en el suelo sangrando. Volvieron a llevar a Fernando al palacio, mientras le manaba sangre por un corte de cinco centímetros[763].

Isabel se encontraba en otro palacio con vistas a la playa. Cuando se enteró del ataque, automáticamente dio por sentado que estaba en marcha algún tipo de golpe. Quería ir corriendo hacia donde se hallaba Fernando, pero su mente se centró de inmediato en las consecuencias del regicidio. Ordenó que preparasen barcas de remos para que su hijo Juan, de catorce

años, pudiera abandonar la ciudad por mar. Si su marido moría, Juan heredaría los reinos de la Corona de Aragón. Eso le convertía en el siguiente objetivo de cualquier conspirador. Sus cortesanos castellanos tomaron las armas y se pusieron en guardia, dispuestos a repeler cualquier tentativa de secuestro[764]. Los rumores, sobre musulmanes o navarros u otros que querían ver muerto a Fernando, corrían por Barcelona como un reguero de pólvora y el pueblo parecía inquieto.

Isabel nunca había sentido tanto miedo. «Y aunque el Rey, mi señor, se vio muy cerca, y yo la [muerte] gusté más veces y más gravemente que si de otra causa yo muriera, ni puede mi alma tanto sentir al salir del cuerpo. No se puede dezir ni encarecer lo que sentía: y por si esto antes que otra vez guste la muerte, que plega á Dios nunca sea por tal causa», le escribió a fray Talavera. Al principio, Fernando no le permitió visitarlo mientras él se preparaba para morir con sus sacerdotes, según Isabel. «Su señoría no quiso que viniese yo entanto que se confessava.» Pere Miquel Carbonell, cronista y archivero del vecino Archivo Real, corrió al palacio, pero encontró las puertas del salón cerradas con el rey dentro. Así lo recordaba: «Dijeron unos que habían herido al Rey; otros que lo habían degollado con una espada y no sabían qué era […]. Creí desmayarme; pero recobré ánimo […] y aunque tanto lo trabajé y solicité, tantos fueron los empujones de la gente que no lo pude ver».

El voluminoso collar de oro de Fernando «sostuvo el golpe e impidió no le amputara [Canyamars] la cabeza de un solo tajo», pero parecía haber sufrido una herida mortal, según Pedro Mártir de Anglería, un humanista italiano que Isabel había contratado para dirigir la escuela de la corte para los jóvenes nobles[765]. Anglería informó de que para salvar la vida del rey reclutaron «una legión» de médicos y cirujanos, que limpiaron la herida y retiraron el pelo y las astillas de hueso antes de coserlo con siete puntos[766]. «Desconfían los médicos si el Rey escapará con vida o no», escribió Anglería más adelante. Isabel temía perder al hombre al que amaba con una pasión celosa y con quien había alcanzado la cima de la gloria. Su asociación única, y los frutos que podría traer en el futuro, pendían de un

hilo muy fino. «Llevamos cuenta de los días y andamos luchando entre el miedo y la esperanza», escribió Anglería al día siguiente, mientras la corte se preparaba para el luto[767]. En Barcelona y en todos los reinos de Fernando, la gente rezaba por su recuperación y hacía los votos más extravagantes. El día siguiente, al atardecer, Fernando comenzó a mostrar los primeros y esperanzadores síntomas de mejoría, pero una semana después volvía a estar en peligro, tras sucumbir a una infección. Se le hinchó la lengua, el corazón le palpitaba desbocado y el rostro se le enrojeció[768]. Así lo recordaba Isabel: «Fue la herida tan grande, según dize el doctor de Guadalupe (que yo no tuve corazón para verla), tan larga y tan honda, que de honda entrava quatro dedos, y de larga cosa que me tiembla el corazón en dezirlo […]. Fue noche del infierno». Un cortesano sugirió que su sufrimiento parecía mayor que el del rey.

El miedo se apoderó una vez más de Barcelona. Las iglesias se llenaron. Había «más priesa de confessar que nunca fue en Semana Sancta, y todo esto sin amonestación de nadye», le escribió Isabel a Talavera. El día de Navidad 1492, aunque débil, Fernando ya estaba fuera de peligro. Todavía no podía abandonar el palacio, pero se asomó por una ventana para tranquilizar a los congregados bajo ella y que vieran que se estaba recuperando[769]. «Mas hízolo Dios con tanta misericordia, que parece que se midió el lugar por donde podía ser sin peligro, y salvó [del golpe] todas las cuerdas y el hueso de la nuca y todo lo peligroso, de manera que luego se vio que no era peligrosa», le contó la reina a Talavera. Ahora Isabel ya estaba a punto para ir con su marido a otra casa donde pudiera descansar mejor. «Ya él se levanta y anda acá fuera, y mañana, placiendo á Dios, cabalgará por la ciudad a otra casa donde nos mudamos. A sido tanto el placer de verle levantado quanta fue la tristeza, de manera que á todos nos a resuscitado.»

Isabel no fue la única persona que atribuyó la supervivencia de Fernando a la intervención divina. Nada más providencial que salvarse debido al collar de oro, símbolo de la autoridad real ejercida por la gracia divina. El hecho de sobrevivir al atentado, en realidad, reforzó la reputación del

matrimonio real como siervos elegidos de Dios, destinados a restablecer la autoridad del cristianismo más allá de sus fronteras. Los que habían prometido peregrinar en acción de gracias si el rey se recuperaba cumplieron su palabra. Montserrat, la montaña sagrada de Cataluña, recibió a fieles que trepaban por sus escarpadas y peligrosas laderas, algunos descalzos o de rodillas. Isabel y sus hijos también subieron en agradecimiento por las empinadas y sinuosas sendas de la montaña y al menos parte del recorrido lo hicieron a pie. «Toda clase de gentes anda en peregrinación por montes, valles, costas y cualquier sitio donde hay algún santuario», informó Anglería[770].

Los temores de una conspiración pronto se disiparon. Canyamars había actuado en solitario. Este payés de un pueblo cercano a Barcelona sufría un brote psicótico; estaba convencido de que, si mataba a Fernando, la corona sería suya. Lo torturaron para averiguar si formaba parte de un complot, pero se mantuvo fiel a su historia[771]. «No se halló indicio ni sospecha ni cosa que otro supiesse ni supiese dello mas de aquel solo que lo hizo», informó Isabel. Canyamars sostenía que unos veinte años atrás le había hablado el Espíritu Santo o el diablo, que le había dicho que sería rey. La principal preocupación de Isabel era que el atacante se negara a confesarle sus pecados a un sacerdote antes de morir y pusiera en peligro su alma, de modo que envió sus propios frailes a convencerlo y Canyamars acabó por ceder. «Y en determinando de confessarse, antes que se confessase, luego conoció que era mal hecho lo que avía hecho, y que le parecía que despertaba de un sueño, que no avía estado en sí: y ansí lo dixo siempre después al confessor, y que le pidiesse perdón al Rey y á mí», le comentó Isabel a Talavera. El consejo real lo condenó a muerte y solo la intervención de la monarca impidió que lo entregasen a la multitud para que lo linchasen. La reina insistió, como acto de misericordia, en que lo mataran ahogándolo[772]. Lo llevaron en procesión por la ciudad en un carro, luego lo ahogaron (aunque algunas crónicas afirman que le dieron garrote) y lo descuartizaron. «Le cortaron la mano derecha con quelo fizo e los pies

conque vino a lo fazer, e sacáronle los ojos con quelo vido e el corazon con quelo pensó», escribiría un historiador local un siglo más tarde[773].

Isabel creía que el atentado contra Fernando podía ser un castigo por los pecados que ella había cometido, aunque, en vez de enumerarlos, le pidió a su confesor, en una rara muestra de remordimiento, que elaborara una lista de los que hubiera podido cometer en su ascenso al trono. «Y esta era una de las penas que yo sintía, ver al rey padecer lo que yo merecía, no mereciéndolo el que pagaba por mí: esto me matava de todo.»

31

Un mundo nuevo

Océano Atlántico, 14 de febrero de 1493

A los cinco meses de zarpar, Cristóbal Colón no estaba seguro de si volvería a ver Europa o a la reina que había apoyado su expedición. Mientras lidiaba con las tormentas del Atlántico y se preocupaba por la posibilidad de que su barco se hundiera a cientos de kilómetros de tierra firme, trazó un plan especial para asegurarse de que Isabel y su esposo estuvieran informados del viaje. Sabía muy bien que los descubrimientos no existen si los descubridores perecen sin habérselos comunicado a nadie. Por eso, según él mismo contó, el genovés escribió un largo documento en el que explicaba todo lo que le había sucedido desde que abandonara La Gomera. Dicho documento fue luego envuelto firmemente en un paño impermeabilizado y sellado a su vez en un bloque de cera antes de introducirlo en el equivalente de una botella de vidrio: un barril de madera que fue arrojado por la borda. Era el objeto que tenía más probabilidades de sobrevivir si el barco y su tripulación iban a parar al fondo del océano. Dentro del barril había también una nota que ofrecía una recompensa de 1000 ducados a quien lo entregara, con el sello intacto, a Isabel y a Fernando[774]. «Hice otro envoltorio semejante y le puse en lo alto de la popa, porque si se sumergía el navío quedase el barril sobre las ondas, á arbitrio de la fortuna», explicó después. Si alguien lo encontraba, quedaría constancia de que había descubierto nuevas tierras. El barril no fue hallado, o por lo menos nadie reclamó el dinero, pero el documento debía de ser muy parecido a la carta que, por una

ruta más ortodoxa, llegó a las manos de Isabel al mes siguiente durante la larga estancia de la familia real en Barcelona[775]. Colón la había enviado por vía terrestre desde Lisboa y contenía una declaración solemne: «Yo bengo de las Yndias con la armada que Vuestras Altezas me dieron, a donde yo pasé en treinta y tres días después que yo partí de vuestros rreinos»[776]. Según el marino genovés, se trataba del momento más importante del reinado de Isabel hasta la fecha: «Aquel eterno Dios que a dado tantas victorias a Vuestras Altezas agora les dio la mas alta que hasta oi a dado a prinçipes».

La carta de Colón prometía «tanto oro como abrán menester» y «esclauos tantos que no ay número», mientras que «toda la Christiandad deve hazer mui grandísimas fiestas […] por auer fallado tanta multidumbre de pueblos tan allegados, para con poco trauajo se tornen a nuestra sancta fe». A Isabel debió de parecerle muy lógica su afirmación de que el gran premio de Castilla provenía de Dios, que «quiso hordenar que yo hallase y ouiese de hallar oro y minas del y espeçeria y gente sin numero dispuestos para ser Christianos». Colón, por supuesto, no había llegado a la India, sino que había dado con las islas del Caribe. Ni había descubierto minas de oro ni, como les contó a Isabel y su marido, islas pobladas enteramente por mujeres. Sin embargo, había cruzado lo que ahora conocemos como el océano Atlántico y la noticia de que había otras tierras —y otros pueblos— mucho más allá de donde se ponía el sol era impresionante. Una de las hazañas náuticas más audaces, o más temerarias, de la historia había concluido con un triunfo para Castilla. Se trataba de una carta extraordinaria y, para Isabel, por partida doble: no solo era una de las primeras personas de todo el orbe cristiano que oía hablar de las tierras lejanas y exóticas que Colón describía tan vagamente en su carta, sino que, además, sabía que a partir de ese momento eran suyas.

Habida cuenta de la espectacularidad y el pintoresquismo de las descripciones de Colón, es comprensible que Isabel se creyera reina de algo

parecido al Jardín del Edén. Decía la carta que las islas «son en tanta fertilidad, que aunque yo lo supiese dezir, no hera marauilla ponerse dubda en la crehençia; los aires temperatisimos, los arboles y frutos y yeruas son en estrema fermosura y mui diuersos de los nuestros, los rrios y puertos son tantos y tan estremos en bondad de los de las partidas de christianos ques marauilla; todas estas yslas son popularisimas de la mejor gente, sin mal ni engaño, que aya debaxo del çielo. Todos, ansí mugeres como hombres, andan desnudos como sus madres los pario». Una de las islas que había descubierto, y que había bautizado como La Española, le pareció mayor que la misma España, mientras que, según sus cálculos, una segunda isla, que bautizó con el nombre de Juana (más adelante Cuba), era más extensa que Gran Bretaña. «Esta mar [el Caribe] es la mas dulçe para nauegar que ay en el mundo y con menos peligro para naos y nauios de toda suerte», leyó Isabel[777].

Al parecer, Colón utilizó un cuaderno de bitácora para escribir una narración mucho más larga y más completa del viaje que le llegó a Isabel más tarde. Sin embargo, se trataba también de un informe subjetivo y tendencioso destinado a convencer a la reina y a su marido de que habían invertido bien su dinero y de que nuevas inversiones les proporcionarían ganancias adicionales. El texto original se perdió, pero las palabras de Colón se conservan en parte en una versión de aquel que recoge Las Casas, un contemporáneo que se convirtió en el primer historiador de lo que pronto se dio en llamar «las Indias». Las Casas empleó el relato del navegante para elaborar un texto conocido como *Diario del primer viaje*[778] y para escribir su propia *Historia de las Indias*. Otros fragmentos de textos originales de Colón los recoge una obra mucho más tardía, *Historia del almirante*, atribuida a su hijo Hernando[779]. En una introducción dirigida a Isabel y a su esposo, Colón decía: «Allende de escrevir cada noche lo que el día passare, y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hazer carta nueva de navegar; en la qual situaré toda la mar e tierras del mar Occéano en sus proprios lugares debaxo su viento y más componer un libro y poner todo por el semejante por pintura por latitud del equinocial y longitud del

Occidente; y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar porque así cumple, las quales serán gran trabajo».

Isabel se enteró de que Colón, que comandaba su diminuta flota desde la *Santa María*, de dieciocho metros de eslora, había empezado a mentir a su tripulación casi de inmediato, ya que le preocupaba que se amotinara si se percataba de lo lejos que estaban de Europa. Fingía que la distancia recorrida a diario era más corta de lo que era en realidad, «porque si el viaje fuese luengo no se espantase y desmayase la gente». Después de diez días en alta mar, vieron caer en el océano «un maravilloso ramo de fuego», lo que alarmó a los tripulantes más supersticiosos, que comenzaron «á estimar que eran señales de no haber emprendido buen camino»[780]. Sin ninguna tierra a la vista, murmuraban que el viento nunca los llevaría de vuelta a España.

Recorrían a diario una buena distancia; el 10 de octubre, por ejemplo, al cabo de más de un mes de zarpar, Colón calculó que ese día habían navegado 62,5 leguas, pero a la tripulación le dijo que habían sido solo 46. En el mar Mediterráneo o en las rutas del litoral atlántico, era raro que los marineros pasaran mucho tiempo sin ver tierra y en las naves ya se respiraba un ambiente de inquietud, próximo al amotinamiento, pero Colón dejó muy claro que no habría vuelta atrás. Escribe Las Casas: «Su fin dél y de los Reyes habia sido y era, venir á descubrir, por aquella mar occidental, las Indias, y ellos para ello le hablan querido acompañar, y que ansí lo entendía proseguir con el ayudado nuestro Señor, hasta hallarlas»[781]. Al día siguiente sucedió el milagro: comenzaron a divisar flotando a su alrededor troncos y ramas de árboles, así como restos de objetos que eran obra visible de manos humanas[782]. A las diez de la noche, Colón creyó ver una llama en la lejanía. «Era como una candelilla que se alzaba y bajaba.»[783] En secreto, llamó al veedor de Isabel, Rodrigo Sánchez de Segovia, uno de los hombres a los que habían enviado como observadores independientes de la expedición. Sin embargo, aunque otro funcionario real llamado Pedro Gutiérrez creyó divisar también luces, Sánchez de Segovia no vio nada y decidieron no contárselo a la tripulación. No habría sido la

primera vez que un avistamiento de tierra resultaba falso. Colón más tarde reclamó para sí el premio de 10 000 maravedís que Isabel había prometido a la primera persona que viera tierra, aunque ese honor probablemente correspondiera a Juan Rodríguez de Bermejo, más conocido como Rodrigo de Triana, el vigía de la rápida *La Pinta*, quien hizo el primer avistamiento confirmado después de que su buque se adelantara a los demás durante la noche[784].

Se acercaron lentamente a la isla desde *La Pinta* y vieron a gente desnuda en la playa. Colón hizo que lo llevaran en barca a tierra, acompañado de un grupo de hombres armados y los estandartes reales que usaría para tomar posesión de la isla en nombre de la reina de Castilla y de la cristiandad. Mientras plantaban los estandartes con los castillos de Castilla y la cruz de Cristo en esa tierra nueva y exótica, Colón estaba convencido de que la frondosa vegetación, los abundantes ríos y arroyos y los extraños frutos que contemplaba eran una señal de que estaba cerca de Asia. En realidad, lo más probable es que hubiera llegado a la isla de San Salvador o Watling, en las Bahamas orientales[785].

Los nuevos súbditos de Isabel, decía Colón en su carta, eran de buen carácter, inocentes y sencillos. Habían rodeado con gran animación a los recién llegados, extrañamente hirsutos y abrigados en exceso, de rostros pálidos y barbudos.

> Porque cognoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con amor que no por fuerça, les di a algunos d'ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos a donde nos estávamos, nadando. Y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidrio y cascaveles.

Colón quedó muy impresionado por esas personas a las que se refería como «indios», aunque en su mayoría eran taínos, un pueblo de origen arawak que habitaba las islas del Caribe y la actual Florida[786]. Eran «muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos», aunque el hecho de que viera muy

pocos ancianos le llevó a pensar que no vivían muchos años. Tenían caras anchas con hermosos ojos y las llevaban pintadas de distintos colores: negro, blanco, rojo y «de lo que fallan». Algunos se pintaban el cuerpo entero. El color natural de la piel era de un moreno amarillento y Colón le comentaba a Isabel que le recordaba el color de los indígenas canarios que la habían visitado en la corte, aunque los taínos eran de tez ligeramente más clara. Algunos, en efecto, eran «harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían casi tan blancos como en España».

Isabel leyó que los taínos tenían el cabello tan grueso, lacio y negro que a Colón le recordaba la cola de un caballo y el genovés pronto se daría cuenta de que en las distintas islas se usaban peinados diferentes. Algunos hombres lo llevaban corto, con mechones largos colgando por la espalda. Otros, extendido, por detrás y con un flequillo recto a la altura de las cejas, o se lo dejaban crecer «como mugeres» y lo recogían con una redecilla con vistosas plumas de papagayo. Todos iban más o menos desnudos, sin ningún pudor, aunque algunos llevaban pequeños taparrabos o faldones de algodón atados a la cintura. Colón quedó impresionado no solo por su físico y su aparente inocencia, sino por su destreza para la navegación, especialmente la manera en que manejaban canoas talladas en un solo tronco que podían transportar hasta cuarenta hombres. Arcos, flechas y primitivas mazas eran las únicas armas que portaban, aunque algunos presentaban cicatrices de cortes y golpes recibidos en combate.

Isabel debió de leer encantada la opinión de Colón de que sería fácil conquistar, convertir y convencer a esa gente para que lo guiaran hasta donde hubiese oro. No habían visto nunca espadas como las que les enseñó Colón, que, según pudo leer la reina, «tomavan por el filo, y se cortavan con ignorançia». Su inocencia parecía extenderse a la religión, y «ligeramente se harían cristianos, que me pareçió que ninguna secta tenían». Colón se comprometió a regresar con media docena de ellos para enseñárselos a Isabel y a su marido, aunque al principio no dijo si planeaba hacerlo convenciéndolos o apresándolos.

Sus nuevos súbditos llevaban pequeños adornos de oro colgando de las narices y «por señas pude entender que yendo al sur o bolviendo la ysla por el sur que estava allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho». Colón creía de veras que había tropezado con las islas de la periferia de Asia y soñaba con llegar a Japón. En su navegación de isla en isla, aparecían siempre nativos en las playas, o nadaban hacia los tres barcos, mientras la exótica vegetación tropical, los peces deslumbrantes y los puertos aparentemente perfectos continuaban sorprendiendo a los visitantes. A medida que Isabel seguía leyendo, el tono de la descripción que hacía Colón de aquel paraíso terrenal se volvía más apasionado y colorista. «Son estas yslas muy verdes y fértiles y de ayres muy dulçes, y puede aver muchas cosas que yo no sé porque no me quiero detener por calar y andar muchas yslas para fallar oro», decía. Incluso los peces —que en el mundo de Isabel eran casi siempre plateados, grises, marrones o rosa, con distintos matices— eran deslumbrantes, «de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mill maneras; y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville».

La reina también se enteró de que el viernes 19 de octubre Colón había avistado una isla que bautizó con su nombre, La Isabela (después de que hubiera bautizado otra con el nombre de Fernandina, por Fernando, y dos más como San Salvador y Santa María de la Concepción)[787]. Mencionaba también Colón «un cabo y a qui yo llamé el Cabo Hermoso que es de la parte del güeste. Y así es fermoso, redondo y muy hondo», antes de lamentarse de que le llevaría cincuenta años explorar estas nuevas tierras. Una vez más, Colón se mostraba fascinado por lo que le parecían relatos sobre monarcas inmensamente ricos. «Y yo de mañana quiero yr tanto avante que […] vea o aya lengua con este rey que, según estos dan las señas, él señorea todas estas yslas comarcanas, y va vestido y trae sobre sí mucho oro […]. Yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podría fazer en çinquenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo

pudiere para bolver a Vuestras Altezas, a Nuestro Señor aplaziendo, en abril.»

No obstante, puede que Isabel se diera cuenta de que, a pesar de toda la belleza y la ingenuidad encantadora de la gente, Colón se sentía cada vez más frustrado. Había erigido cruces en las islas que había descubierto, tomando posesión de ellas en nombre de Castilla y de Cristo. Sin embargo, aún no había encontrado pruebas de que aquella fuera el Asia que había prometido descubrir, ni había hallado cantidades apreciables de oro, especias u otros bienes que pudieran hacerlos ricos a él y a Castilla. «Mas todavía tengo determinado de yr a la tierra firme y a la çiudad de Quisay [en China] y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella», escribió en su diario el 21 de octubre.

Cuando llegó a Cuba —que confiaba fuese Japón—, su ansiedad e incapacidad para comprender a los nativos dieron pie a que su fértil imaginación interpretara las palabras y gestos de los indígenas del modo más optimista y alejado de la realidad, hasta el punto de creer que le habían dicho que los barcos del Gran Khan llegaban hasta la isla en diez días de navegación desde el Asia continental. «Entendió más: que dezían que avía naos grandes y mercaderías y todo esto era al sueste. Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo, y otros con hoçicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre, y le cortavan su natura.»

El entusiasmo de Colón ante la ingenuidad de los nativos no le impidió secuestrar a cinco de los hombres más confiados que llegaron a bordo de su barco, la *Santa María*, ni ordenar a sus hombres que capturasen a siete mujeres de una casa. Si Isabel y Fernando querían conversos, dijo, esa era la mejor forma de empezar. Los cautivos podían aprender español y las costumbres de Castilla, recibir instrucción religiosa y regresar como intérpretes. «Esta gente no tiene secta ninguna ni son ydólatras —escribió —, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender.» También creían que Colón y sus hombres eran mensajeros de Dios y estaban «muy prestos a cualquier oración que nos les digamos que digan y

hacen el señal de la cruz». Isabel y su esposo debían «determinarse a los hazer cristianos, que creo que si comiençan en poco tiempo acabará[n] de los aver convertido a nuestra sancta fe multidumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España».

Colón se peleó con su tripulación y con Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, que navegó por su cuenta durante más de un mes. El nuevo «almirante» de Isabel, mientras tanto, continuaba explorando y cantando las alabanzas de los lugares y los pueblos que encontraba. Así, Isabel se enteró, por ejemplo, de que, incluso para un marino curtido, las islas del Caribe ofrecían puertos incomparables. «Yo e andado veynte y tres años en la mar sin salir della tiempo que se aya de contar, y vi todo el levante y poniente que dize por yr al camino de septentrión que es Inglaterra, y e andado la Guinea, mas en todas estas partidas no se hallará la perfección de los puertos, fallados siempre lo mejor del otro», escribió después de encontrar otra bahía rodeada de vegetación frondosa y verde y en la que desembocaban las aguas cristalinas de un río.

Isabel leyó que esas nuevas tierras eran «así suyas como Castilla» y que sus habitantes serían fáciles de dominar y aún más fáciles de poner a trabajar:

> Yo con esta gente que traygo que no son muchos, correría todas estas yslas sin afrenta, que ya e visto solos tres destos marineros desçender en tierra y aver multitud destos yndios y todos huyr sin que les quisiesen hazer mal. Ellos no tienen armas y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas […] y así son buenos para les mandar y les hazer trabajar, sembrar y hazer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.

El día de Navidad de 1492 ocurrió un desastre. Era una noche tranquila y Colón se acostó en su catre mientras un marino de menor rango tomaba el timón. La suave corriente arrastró silenciosamente el barco, la *Santa María*[788], hasta que encalló en un banco de arena o unos escollos frente a una isla cuyos nativos llamaban Heiti[789] (La Española, hoy dividida entre la República Dominicana y Haití). La sacudida del timón y el alboroto de los marineros, en estado de pánico, le despertaron. Tras abandonar todos la nave, Colón apeló a la caridad de un cacique local llamado Guacanagari,

quien «manifestó gran sentimiento y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navio toda la gente de su pueblo en muchas y grandes canoas, con lo cual ellos y nosotros en poco tiempo descargamos toda la cubierta». Los nuevos súbditos de Isabel se comportaron con una generosidad natural que, de haber sido conscientes de su nueva situación a los ojos de sus visitantes castellanos, habría sido menos acogedora. «En ninguna parte de Castilla habría tan buena disposición y gobierno de nuestras cosas […]. Certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no ay mejor gente ni mejor tierra. Ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulçe del mundo, y mansa y siempre con risa.» Aunque anduvieran desnudos, Colón se apresuró a asegurarle a su mojigata reina que eso no conllevaba que hubiera nada de inapropiado en el comportamiento de los hombres hacia las mujeres, o viceversa, que se mantenía dentro de los límites de la decencia.

Los españoles intercambiaron baratijas por productos locales, pero lo que más impresionó a los nativos fueron las armas de fuego de Colón. Cuando este ordenó que dispararan una lombarda y una espingarda, los indios que lo presenciaban cayeron al suelo sorprendidos y conmocionados. «Y a esto […] vinieron tantas cosas a la mano, que verdaderamente no fue aquel desastre salvo gran ventura —decía el documento que Colón había redactado para Isabel—. Porque es çierto […] que si yo no encallara que yo fuera de largo sin surgir en este lugar.» La intervención divina era algo que encajaba a la perfección con las creencias de Isabel. El almirante no había planeado en principio dejar allí una colonia, pero decidió construir un fuerte de madera, con una pequeña dotación de 39 hombres[790]. «Y dize [Colón] que espera en Dios que, a la buelta que él entendía hazer de Castilla, avía de hallar un tonel de oro que avrían resgatado los que avía de dexar, y que avrían hallado la mina del oro y la espeçería», a lo que añadía que las ganancias de su empresa serían tales que Isabel y Fernando podrían emprender antes de tres años la conquista de Tierra Santa. Así les recordaba su excéntrica demanda —concebida, sin duda, para halagar el espíritu de cruzada de Isabel— de que cualquier dinero generado por su expedición

debía destinarse a la conquista de Jerusalén, «y Vuestras Altezas se rieron y dixeron que les plazía y que sin esto tenían aquella gana».

El 4 de enero de 1493, Colón mandó levar anclas y, con una leve brisa, zarpó rumbo a Europa, dejando en el asentamiento improvisado —bautizado como La Navidad— a la pequeña guarnición, que incluía a un inglés al que llamaban Tallarte de Lajes y a un irlandés conocido como Guillermo Ires (William Irish)[791]. Les suministró provisiones para un año (galletas y vino), parte de la artillería y mercancías que les dio orden de que trocaran por oro. Entre sus instrucciones para la primera colonia europea en el Caribe figuraba la estipulación de que fueran amables y solícitos con los nativos y mostrasen especial respeto por su jefe, Guacanagari. La lista de prohibiciones incluía evitar cualquier tipo de violencia, robo o enfrentamiento con sus anfitriones y, sobre todo, que «se guardasen y huyesen de hacer injuria ó violencia á las mujeres, por donde causasen materia de escándalo y mal ejemplo para los indios, é infamia de los cristianos»[792]. Dos días después, se reunió una vez más con Pinzón, quien reaccionó con indignación ante la noticia de que habían dejado en La Española a 39 de los hombres que había ayudado a reclutar en Palos.

Así comenzó la colonización española de América y se inauguró un nuevo período de expansión europea hacia Occidente. La cristiandad volvía a estar en auge y lo que más tarde se convertiría en la «civilización occidental» entraba en una fase de crecimiento acelerado cuya influencia aún perdura en la actualidad. Fue un inicio casual, debido a la encalladura de la *Santa María*, ya que Isabel no había ordenado que acompañaran a Colón colonos potenciales. Sin embargo, ahora que el genovés había plantado su bandera en varias islas del Caribe, Isabel era la soberana de lugares y pueblos que nunca había visto. La reina de Castilla, que acababa de expulsar a un grupo de súbditos, se disponía a incorporar a otros y tenía que decidir exactamente cómo había que tratarles.

El progreso tecnológico no basta para explicar el éxito espectacular e histórico de la empresa atlántica de Isabel. Los cuadrantes, los astrolabios, las tablas de latitud y las cartas portolanas no eran fiables, se utilizaban mal

o eran inexactos. Navegantes como Colón todavía confiaban en las estrellas, el sol, las brújulas, tablas defectuosas y su propia experiencia o intuición. Tampoco sus barcos eran mucho mejores que modelos anteriores, aunque la adición de velas triangulares significaba que las carabelas podían navegar mucho más ceñidas al viento[793]. La suerte y la Reconquista, en cambio, habían situado a la Castilla de Isabel a la entrada de un sistema de vientos regulares y corrientes oceánicas que permitían ir a América y volver. Eran los mismos vientos y corrientes que desde tiempo atrás llevaban sus naves en dirección sur hasta las Canarias, desde donde Colón había aprovechado los vientos alisios, que soplaban del nordeste hacia el ecuador para luego desviarse en dirección oeste hacia América y el Caribe. Estos vientos, a su vez, formaban parte de una enorme corriente circular, el giro del Atlántico Norte, que rotaba en el sentido de las agujas del reloj alrededor del océano. Así, al acercarse a América se volvía hacia el norte y luego en dirección este al pasar por delante de las costas de Norteamérica, donde los vientos dominantes de poniente habían impulsado los barcos de Colón de vuelta al punto de partida.

Dicho de un modo más sencillo, el nuevo almirante de Isabel había descubierto que una gran rueda de vientos y corrientes podía llevar un barco desde Castilla hasta el Caribe y de vuelta a Europa. Cuando, gracias a la Reconquista, Castilla consiguió el puerto de Palos y un tramo de costa atlántica orientado hacia el sur a mediados del siglo XIII, los marinos castellanos accedieron a este sistema circular. Nadie sabía hasta dónde llegaba ni cómo funcionaba realmente, pero los marinos portugueses, para regresar a su país desde África, ya se adentraban primero en el Atlántico para aprovechar las corrientes y los vientos adecuados en una maniobra que llamaban *volta do mar largo*[794]. Sin embargo, hacía falta mucho valor para imaginar que esos mismos vientos y corrientes fueran a empujar a los veleros hasta el otro lado del Atlántico y, sobre todo, de vuelta. Solo a alguien con las considerables destrezas de navegación de Cristóbal Colón,

una gran dosis de autoestima y una imaginación despierta se le habría ocurrido siquiera emprender tal aventura.

La Castilla de Isabel también dio su salto de gigante a través del océano porque era una cultura acorralada, sin ningún lugar adonde ir. La cristiandad estaba bloqueada en el este y, por varias razones, los planes para conquistar parte del norte de África nunca habían funcionado. Sin embargo, incluso con esto en mente, la empresa parece poco menos que una locura. Tal vez la mejor explicación de por qué sucedió sea el carácter ambicioso de los participantes, sobre todo Isabel y Colón. La reina creía firmemente en un ideal caballeresco que elevaba la aventura a la categoría de virtud moral, lo que fomentaba la asunción de riesgos[795]. Y Colón pensaba igual. Un siglo más tarde, el castellano Miguel de Cervantes crearía el célebre don Quijote de la Mancha, obsesionado por el honor, cuyos únicos intereses —fiel reflejo de los valores de la época de Isabel— eran la gloria y la fama. Fueron el afán de aventura y el espíritu competitivo de Isabel, unidos a la búsqueda de la gloria a cualquier precio, lo que permitió que este hecho trascendental tuviera lugar bajo su patrocinio. El impacto de esta audaz expedición castellana rumbo a lo desconocido en los cinco siglos posteriores de la historia universal sería espectacular, al inclinar la balanza del poder en detrimento del refinado Oriente y en favor de un Occidente que acabaría usando el descubrimiento como plataforma para la supremacía mundial.

32

Indios, loros y hamacas

Palos de la Frontera, 15 de marzo de 1493

La Niña aprovechó la pleamar para rebasar la barra de Saltés y adentrarse en las plácidas aguas del estuario del Odiel y el Tinto el 15 de marzo de 1493 al mediodía. Había estado fondeada frente a la costa durante la noche y los frailes de La Rábida debían de haber visto entusiasmados su llegada desde el mirador privilegiado que tenían a escasa distancia del mar. Quizá habían tenido ya noticia del regreso de Colón a Europa junto con los hombres de los puertos locales de Palos y Moguer, ya que las tormentas le habían obligado a buscar puerto seguro en las Azores primero y luego en Lisboa, adonde llegó el 4 de marzo, y donde su exótico cargamento de nativos, pájaros, animales y alimentos tropicales había atraído la envidiosa atención del rey Juan II, apodado el Príncipe Perfecto. Desde la capital portuguesa[796] había escrito Colón su primera e histórica carta a Isabel y su marido, anunciándoles su «más alta» victoria.

De hecho, Colón no fue la primera persona que envió a Isabel noticias de América, ni la que completó primero la travesía de vuelta a Europa. Ese honor correspondió a Pinzón, cuya carabela *La Pinta* se había separado de *La Niña* al toparse con una tormenta el 14 de febrero. Pinzón desembarcó en el puerto de Bayona y, al cabo de unos cuatro días, escribió a Isabel y Fernando para informarles de su llegada, descansó durante dos semanas y luego navegó a Palos, en cuyo puerto entró el mismo día que Colón, pero más tarde, tras lo cual se dirigió rápidamente a una casa de la localidad

vecina de Moguer para evitar encontrarse con el hombre con el que se había enemistado tan violentamente durante el viaje. La carta de Pinzón llegó a la corte de Isabel unas dos semanas antes que la de Colón, aunque no se ha conservado. Tampoco duró mucho más Pinzón, que estaba muy enfermo. A los pocos días lo acogieron los frailes de La Rábida, pero no lograron curarlo[797]. Cuando Isabel le escribió para pedirle que acudiera a la corte, ya había muerto.

Colón era el mismo de siempre: fanfarrón y teatral, consciente de la importancia de difundir y exagerar su triunfo con el máximo estrépito posible; pero también era desconfiado, rencoroso e inseguro, pues sabía que no había encontrado ninguna mina de oro y que mucha gente aún no creía que hubiera descubierto las Indias. En una descripción de sus hazañas escrita con posterioridad, les recordó a Isabel y a su esposo la incredulidad con que habían acogido al principio sus planes. «A tanto tiempo que estoy en la Corte de Vuestras Altezas con opósito y contra sentençia de tantas personas prinçipales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla, el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente aya jamás apareçido.»[798] A su llegada a Palos, él y su tripulación habían ido directamente al convento de Santa Clara para cumplir la promesa de que darían las gracias por haber vuelto sanos y salvos. A continuación, desfiló por las calles de Sevilla para mostrar al público sus «indios» taínos, loros multicolores y baratijas caribeñas. El mismo espectáculo fue representado en numerosos lugares por los que pasó camino de Barcelona, para ver a Isabel y Fernando. En un principio había planeado ir por mar, pero al final prefirió atravesar Castilla en una marcha triunfal que le permitiera aumentar aún más su reputación. Así pues, partió el 9 de abril en un recorrido que le llevó trece días[799].

A Bartolomé de Las Casas, que entonces era un niño de ocho años, lo llevó su padre a ver a los indios en la casa donde se hospedaban en Sevilla, cerca de la iglesia de San Nicolás. «Se partió de Sevilla llevando consigo los indios, que fueron siete los que le habían quedado de los trabajos

pasados, porque los demás se le habían muerto […] —escribió Las Casas —. Llevó papagayos verdes muy hermosos y colorados, y guayças, que eran unas carátulas hechas de pedrería de huesos de pescado, á manera puesto de aljófar [perlas pequeñas], y unos cintos de lo mismo fabricado por artificio admirable; con mucha cantidad y muestras de oro finísimo, y otras muchas cosas, nunca otras antes vistas en España ni oídas.»[800] Las minúsculas guaízas, máscaras también hechas de concha, eran una prueba pequeña, pero significativa, de que los nuevos súbditos de Isabel eran algo más refinados de lo que suponía su «almirante»[801].

Colón había procurado dar el máximo eco posible a su llegada. Al cabo de menos de una semana de haber desembarcado, por ejemplo, los concejales del cabildo de Córdoba comentaban entusiasmados la noticia y esperaban que Colón pasase por su ciudad. En una carta firmada conjuntamente con su marido el 30 de marzo, Isabel se mostraba inquieta, emocionada y exasperada. Al ver que acaso se avecinaba una carrera con Portugal por la colonización de las nuevas tierras, algo agravado por el hecho de que Colón hubiera hecho escala primero en Lisboa, Isabel y Fernando le ordenaron que compareciera ante ellos cuanto antes. «Porque queremos que lo que habéis comenzado con el ayuda de Dios se continúe y lleve adelante, y deseamos que vuestra venida fuese luego, por ende, por servicio nuestro, que dedes la mayor priesa que pudiéredes en vuestra venida, porque con tiempo se provea todo lo que es menester y por que como vedes el verano es entrado, y no se pase el tiempo para la ida allá, ved si algo se puede aderezar en Sevilla ó en otras partes para vuestra tornada á la tierra que habeis hallado», escribieron. Colón tenía que darles instrucciones acerca de lo que necesitaba para emprender un nuevo viaje a las Indias en cuanto volviera de Barcelona. Ese mismo día firmaron una orden real en la que se prohibía navegar a las Indias sin su permiso. «Sepades que nos nuevamente avemos fecho descobrir algunas yslas e tierra firme en la parte del mar Oçeano a la parte delas Yndias —decían, dando crédito aparente a Colón, que afirmaba haber llegado a Asia—; y porque podría ser que algunas personas quisiesen tentar de yr a las dichas

yslas a tratar en ellas, e traer algunas mercaderías e cosas de las que alia ay, lo qual nos non queremos que se faga sin nuestra licencia e especial mandado para ello.»[802] La carta debía pregonarse en las plazas de todos los pueblos y ciudades del país.

El avance de Colón se vio frenado por las multitudes que le daban la bienvenida adondequiera que iba. «No solamente de los pueblos por donde pasaba salía el mundo á lo ver, sino muchos de los pueblos, del camino por donde venía, remotos, se vaciaban, y se henchían los caminos por irlo á ver, y adelantarse á los pueblos á recibirlo», escribió Las Casas[803]. Se maravillaban de los loros, las pequeñas hutías, que parecían conejos, y los pavos salvajes; pero sobre todo iban a contemplar asombrados lo que todos suponían que eran «indios».

Era, en parte, un espectáculo de feria, pero también una exhibición sorprendente de color y novedad que iluminaba la gris existencia del árido interior de España. El mundo cultural, sensual y estético de la mayoría de los europeos resultaba, en el mejor de los casos, limitado y predecible. Pocos conocían algo que no fuera lo que veían a diario en su pueblo o aldea, así como la paleta de colores de las estaciones del año y del paisaje. Los españoles no vestían de modo caprichoso —o eso creían los viajeros italianos—, pero la indumentaria variaba de una región a otra y el lugar de origen de la gente podía reconocerse por su ropa, por lo que Isabel ordenaba a sus sastres que le confeccionaran vestidos al estilo de las distintas regiones que visitaba. «Un día aparecía en Galicia como una gallega y al día siguiente en Vizcaya como una vizcaína», escribió un historiador español un siglo después[804]; pero, sobre todo, se trataba de un mundo repetitivo y de experiencias sociales y sensuales limitadas. Los olores, sonidos e imágenes de las iglesias y las procesiones religiosas, así como los encuentros con musulmanes o judíos, eran las vivencias más exóticas que llegaban a experimentar la gran mayoría de los españoles que residían fuera de las principales ciudades comerciales.

Isabel pudo por fin contemplar con sus propios ojos a sus nuevos súbditos, tan efusivamente descritos en las cartas de Colón, a finales de

abril. No está del todo claro si el encuentro tuvo lugar en la misma Barcelona o en el monasterio de Sant Jeroni de la Murtra, en la cercana Badalona. Una vez más, la multitud salió a la calle para ver a Colón y su colección de animales y seres humanos. «Salió toda la gente y toda la ciudad, que no cabían por las calles, admirados todos de ver aquella venerada persona ser de la que se decía haber descubierto otro mundo», cuenta Las Casas[805].

Isabel y Fernando estaban igual de emocionados, según Francisco López de Gómara, que escribió sesenta años después:

> Presentó a los Reyes el oro y cosas que traía del otro mundo; y ellos y cuantos estaban delante se maravillaron mucho de ver que todo aquello, excepto el oro, era nuevo como la tierra donde nacía. Elogiaron los papagayos [Colón se llevó cuarenta, pero no sabemos cuántos llegaron], por ser de muy hermosos colores: unos, muy verdes, otros, muy colorados, otros amarillos, con treinta pintas de diversos colores; y pocos de ellos se parecían a los que de otras partes se traen. Los hutías o conejos eran pequeñitos, con orejas y cola de ratón, y de color gris. Probaron el ají, especia de los indios, que les quemó la lengua, y las batatas, que son de raíces dulces, y los gallipavos, que son mejores que pavos y gallinas. Se maravillaron de que no hubiese trigo allá, sino que todos comiesen pan de aquel maíz.

Canoas, tabaco, piñas y hamacas estaban entre los elementos exóticos que Colón fue capaz de describir o mostrar a Isabel y a su marido, que se horrorizaron al oír sus informes sobre caníbales[806]; pero lo que realmente les asombró fueron los indígenas taínos. «Lo que más miraron fue los hombres, que llevaban zarcillos de oro en las orejas y en la nariz, y que ni fuesen blancos, ni negros, ni morenos, sino como ictericiados o membrillos cocidos. Los seis de los indios se bautizaron, pues los otros no llegaron a la corte», observó asimismo Francisco López de Gómara. Isabel, Fernando y su hijo Juan fueron los padrinos[807].

El destino que Isabel tenía en mente para los judíos, musulmanes e indios era el mismo: que se convirtiesen a la verdadera fe cristiana. Sin embargo, mientras que a los judíos y a los musulmanes había que convencerlos, engatusarlos, amenazarlos o, si se resistían, expulsarlos, los pueblos indígenas del Caribe planteaban un problema distinto. No residían en la parte continental de Castilla, ni habían oído hablar del cristianismo. No

eran, en este sentido, herejes ni infieles, aunque, si Colón hubiera pasado más tiempo con ellos o aprendido sus lenguas, podría haber comprendido que tenían sus propias religiones[808]. Y eso planteaba la cuestión de la forma adecuada de tratarlos.

Un problema más urgente para Isabel, sin embargo, era Portugal. El embajador especial de Juan II llegó incluso antes que Colón, quejándose de la posible violación del tratado de Alcáçovas de 1479 que había sellado el fin de la guerra por la corona de Castilla. Isabel y los espías de Fernando en Lisboa pronto descubrieron que el rey portugués ya estaba planeando enviar barcos al sur y al oeste de las Canarias, a las tierras que podría reclamar más fácilmente de acuerdo con las cláusulas de dicho tratado. A su vez, a los pocos días de la llegada de Cristóbal Colón a Barcelona, enviaron un embajador a Lisboa para exigir a Portugal que se mantuviera fuera de los nuevos territorios y que se limitara a las zonas que le correspondían en África y sus alrededores. También ordenaron al duque de Medina Sidonia que tuviera naves a punto para atacar cualquier barco portugués que zarpara rumbo a las Indias. Y, lo que es más importante, sus embajadores en Roma desplegaron una actividad frenética para que en solo dos días de principios de mayo el Papa otorgara dos breves apostólicos y una bula en los que confirmó que las islas encontradas por Colón pertenecían a Castilla, así como todos los territorios que descubriese en futuras expediciones. Del mismo modo en que Portugal había conseguido convencer al Papa para que le otorgara derechos sobre gran parte de África occidental, Castilla obtuvo para sí todo lo que pudiera descubrir al otro lado de un océano que aún no se llamaba Atlántico[809]. Las autorizaciones papales también dejaban claro que una de las tareas que se esperaba de los exploradores de Isabel era la conversión al cristianismo de los nativos de las nuevas tierras.

Las crónicas sobre las nuevas tierras incorporadas a la corona de Isabel pronto empezaron a circular por el resto de Europa. A los pocos días de la llegada de Colón, ya se tenía constancia de que la noticia del descubrimiento corría de boca en boca en Siena, junto con rumores de que abundaba el oro[810]. La famosa carta que supuestamente Colón escribió a

Santángel, publicada en Barcelona a raíz de su llegada, agotó tres ediciones. Fue traducida al latín y publicada en Roma al cabo de unos meses, y ese mismo año se reeditó en París, Amberes y Basilea. Fue uno de los primeros superventas internacionales de la historia de la imprenta y reforzó el creciente prestigio de la Castilla de Isabel, después de la conquista de Granada del año anterior[811]. La misiva la había reelaborado antes otra persona y existen pruebas de que se hizo siguiendo instrucciones de Isabel y de su esposo, que se daban perfecta cuenta del potencial que tenía para favorecer su imagen[812]. Entre otras cosas, la carta contaba a los lectores rumores sensacionalistas sobre la presencia de caníbales, de mujeres parecidas a las amazonas, que vivían sin hombres, y de hombres mono, «gente con cola», si bien reconociendo que «en estas islas fasta aquí no he hallado ombres mostrudos como muchos pensauan mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento ni son negros como en Guinea saluo con sus cabellos corredios».

Advertía, sin embargo, del hecho de que no todos eran pacíficos; había «una ysla que es aquí en la segunda a la entrada de las Yndias que es poblada de una iente que tienen en todas las yslas por muy ferozes, los qualles comen carne umana —escribió Colón o quien reescribió su carta—. Estos son aquellos que tratan con las mugeres de Matinino, que es la primera ysla, partiendo de España para las Indias, que se falla, en la qual no ay hombre ninguno. Ellas no usan exercicio femenil, saluo arcos y frechas […] y se arman y cobigan con launes de arambre de que tienen mucho».

La carta también informaba a los lectores de los pingües réditos que le esperaban a Castilla, ya que un marinero había logrado que «por una agugeta» los ingenuos indios le dieran oro por valor «de dos castellanos y medio» (es decir, 1200 maravedís), «y otros, de otras cosas que muy menos valían, mucho más». Asimismo, explicaba que los diferentes grupos de taínos que Colón había encontrado tenían lenguas y costumbres parecidas o, por lo menos, lo bastante para que se entendieran entre ellos mientras navegaban diestramente de isla en isla. Eran gentes «de muy sotil ingenio y ombres que nauegan todas aquellas mares que es marauilla la buena cuenta

quellos dan de todo». Los nativos que Colón había secuestrado, según la carta, estaban convencidos de que el genovés era divino y las personas que se había encontrado «andauan corriendo de casa en casa y a las villas cercanas con bozes altas: "¡Venit, venit a uer la gente del cielo!"».

La fama de Isabel y Fernando aumentaba a medida que el documento circulaba por Europa, y la carta insistía en que el descubrimiento les proporcionaría riquezas inmensas. «Pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro quanto ovieren menester con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán; agora speciaría y algodón quanto Sus Altezas mandaran cargar […] y esclauos quantos mandaran cargar», señalaba. Las islas producirían innumerables y valiosos manjares, como mástique, ruibarbo y canela, que aumentarían aún más su riqueza y posición, insistía. «Nuestro Redemtor dio esta victoria a nuestros illustrisimos rey e reyna e a sus reynos famosos de tan alta cosa adonde toda la christiandad deue tomar alegría […] por el tanto enxalçamiento que haurán en tornándose tantos pueblos a nuestra sancta fe y después por los bienes temporales que no solamente la España mas a todos los christianos ternán aquí refrigerio y ganancia.»

La noticia del descubrimiento fue circulando por todo el continente. Marinos, comerciantes, monarcas y aventureros estaban fascinados. La península Ibérica, con Castilla dirigiéndose hacia el oeste y Portugal hacia el sur y el este tras rodear el cabo africano de Buena Esperanza, era ahora el centro de la exploración y expansión marítima europea; pero los italianos también desempeñaban un papel fundamental, sobre todo a través de sus comunidades de mercaderes en España. Otro navegante italiano llamado Amerigo Vespucci, por ejemplo, fue uno de los que se enteraron de la noticia en Sevilla y pronto se convertiría en amigo y colaborador de Colón. Un marino e ingeniero naval veneciano llamado Giovanni, o Juan, Caboto también tuvo conocimiento del descubrimiento en España. Caboto trabajaba en el proyecto de un puerto cerca de Valencia y pronto se mudaría a Sevilla para comenzar a trabajar en un puente que sustituyera el de Barcas, de

pontones, que cruzaba el Guadalquivir para llegar a Triana[813]. Al igual que Vespucci, cuyo nombre de pila acabó convirtiéndose en el del nuevo continente, Caboto también decidió explorar por su cuenta el Atlántico occidental. Al final recabaría el apoyo de Enrique VII de Inglaterra, lo que provocó que el embajador español enviara informes alarmantes sobre «un hombre como Colón» que pretendía organizar «otra empresa como la de las Indias»; sin embargo, no fue hasta varios años después del regreso de Colón cuando Caboto zarpó de Bristol rumbo al noroeste con una sola nave y sin fondos del rey para descubrir la inhóspita Terranova, envuelta en niebla, con bancos de bacalao tan enormes que podían sacar los peces del agua a cestas llenas.

Isabel y su marido tenían prisa. Mientras que el primer viaje de Colón había sido financiado con poco dinero y representaba una apuesta a ciegas sobre algo desconocido, ahora tenían un objetivo concreto: tomar posesión de tierras que, pese a lo limitado de las exploraciones de Colón, ya sabían que eran extensas (el almirante se equivocaba al decir que La Española era más grande que España y que Cuba lo era más que Gran Bretaña, pero esta última sí que era más extensa que el territorio peninsular de Aragón). Había comenzado una carrera y, ya que iban en cabeza, estaban decididos a ganarla. Las Canarias, cuya conquista era tan reciente, proporcionaron el modelo administrativo y jurídico. Los días de la expansión al estilo feudal, en que las tierras conquistadas se convertían en feudos personales de los conquistadores, habían terminado. Cualquier nueva tierra descubierta por Colón y sus habitantes pertenecerían indiscutiblemente a la corona de Castilla o, en otras palabras, a Isabel. El genovés podía atesorar un conjunto extraordinario de títulos —almirante, virrey y gobernador—, pero seguía siendo su servidor[814]. Ya el 7 de mayo de 1493 los reyes ordenaron a un contador real llamado Gómez Tello que se preparara para unirse a Colón en un segundo viaje «para que rescibáis en nuestro nombre todo lo que allá hoviere en cualquier manera que pertenezca a Nos»[815]. Otro burócrata real, Juan Rodríguez de Fonseca, fue nombrado responsable de organizar la expedición conjuntamente con Colón, mientras que las aspiraciones

nobiliarias de este último se vieron parcialmente satisfechas con la concesión formal de un escudo de armas cuarteado que ahora podría lucir como propio y en el que figuraban «unas islas doradas en ondas de mar». El 23 de mayo, ordenaron a Colón y a Fonseca que inspeccionaran los puertos de Sevilla y Cádiz en busca de naves adecuadas para comprarlas o fletarlas —y armarlas— para el viaje[816].

Esta vez la expedición incluiría soldados, colonos, jueces, sacerdotes y toda la parafernalia de la colonización. Contrataron técnicos expertos en riego, ganadería y minería. Isabel y Fernando promulgaron la exención de impuestos y aranceles para las mercancías que se adquiriesen para el nuevo viaje. Se decretaron penas para los que se negaran a vender sus productos a Colón y a sus hombres. Hubo que comprar provisiones en la gran feria de Medina del Campo e incluso en los puertos septentrionales de Vizcaya. Los monarcas querían tener un control estricto sobre la flota, formada por 17 buques y entre 1200 y 1500 hombres y mujeres, de modo que los cargamentos y las tripulaciones, tanto a la ida como a la vuelta, tenían que inspeccionarlos los contadores reales. Todo debía controlarlo y registrarlo minuciosamente la burocracia real en expansión, que tenía que enviar copias de sus informes a Isabel y su esposo. Se iba a organizar en Cádiz un despacho aduanero especial para recibir los tesoros que enviaran a Castilla, aunque se tratase de un monopolio real del que Colón debía recibir una octava parte de los beneficios. El viaje tenía dos objetivos. El primero era colonizar y extraer oro o cualquier otra riqueza que pudiera ser descubierta, extraída o cultivada; y el segundo, ganar almas. «Trate a los indios bien y amorosamente, sin molestarlos de ninguna manera», era el claro precepto. Un fraile catalán que había ejercido cargos importantes, Bernat Boïl, lideraría el intento de ganar conversos. En la aduana de Cádiz se guardarían los futuros tesoros[817].

Solo se pudieron conseguir directamente 15 000 ducados de oro (5.625 000 maravedís), que se sacaron de la tesorería de la Santa Hermandad. Era casi el triple del presupuesto del primer viaje, pero todavía resultaba insuficiente[818]. Los funcionarios reales buscaban liquidez y su

mirada se posó sobre una nueva fuente de ingresos para las arcas reales: los bienes incautados a los judíos cuya expulsión había sido completada el agosto anterior, apenas una semana después de que Colón zarpara en su primer viaje[819]. Fueron enviados agentes reales a puntos situados en la frontera con Portugal o sus inmediaciones, donde decenas de miles de judíos, al pasar al país vecino, habían sido registrados por celosos funcionarios locales que se incautaron de su oro, su plata y otras pertenencias que se les prohibía llevar consigo. A financieros judíos como Rabí Efraím y Bienveniste de Calahorra les habían confiscado casi 2 millones de maravedís, suficiente para haber financiado el primer viaje, antes de sumarse al éxodo forzado, así como una suma al menos dos veces superior a esta, que aún les debían varios deudores. Entre los objetos incautados a los judíos y utilizados para recaudar fondos estaban los de oro o plata, entre ellos monedas, anillos, joyas, mondadientes, hilos, broches, hebillas, tazas y cucharas. Al parecer, para recaudar fondos también se vendió un lote compuesto por tela de seda, mantones, mantas, tres cubiertas de Torá y al menos veinte Torás. Isabel y su esposo querían asimismo que las 580 monedas de oro encontradas en una misteriosa bolsa de cuero, aparentemente abandonada en Zamora por un grupo de judíos expulsados, fueran localizadas y entregadas[820].

Gran parte de estos recursos ingresaron en las arcas del segundo viaje. Así pues, los judíos proscritos de España, cuyo destino el propio almirante había vinculado con su primera expedición, proporcionaron más de 5 millones de maravedís, o sea, la financiación de cinco de las diecisiete naves. Era la misma cantidad que Isabel y su marido habían podido recabar de sus propios fondos, a través de la Santa Hermandad. El resto lo obtuvieron a crédito. Sin embargo, el dinero era escaso y esta vez el desembolso era grande, ya que los costos incluían el suministro de armaduras, armas, ballestas y lanzas cortas a 230 soldados. A bordo cargaron vacas, ladrillos, mortero, plantas y grandes cantidades de avena, cebada, centeno y trigo antes de que la flota saliera de Cádiz al son de tambores, trompetas y salvas de algunos barcos venecianos recién llegados

de Inglaterra. Los terneros, las cabras, las ovejas, los cerdos, los pollos, la madera, el azúcar y las semillas que iban a introducirse en las islas fueron recogidos en Canarias, donde eran más baratos y para que los animales no necesitaran tantos días de comida tras zarpar de El Hierro el 13 de octubre. Muchos de los integrantes del viaje tendrían que esperar uno, dos o más años para que les acabaran de pagar por sus servicios[821].

Era «la armada que mandamos haser para enviar a las yslas e tierra firme que tenemos en la parte de las Yndias e las que allí se van a descobrir», escribieron Isabel y Fernando[822]. Además, también había una flota defensiva, formada por barcos vascos, por si los portugueses decidían salir a explorar por su cuenta.

Colón efectuó la segunda travesía mucho más deprisa que la primera; tardó solo veintiún días en alcanzar (y descubrir) la isla de Dominica. La flota navegó lentamente hacia La Española y el asentamiento de La Navidad y descubrió otras islas a lo largo del camino, entre ellas Guadalupe, donde los huesos de piernas y cráneos colgados en las puertas de algunas casas parecían una prueba de la práctica del canibalismo. Siguieron el arco de las Antillas hasta llegar a Puerto Rico[823], y Colón puso rumbo a La Española, ansioso por dirigirse a La Navidad y reunirse con Rodrigo de Escobedo, el hombre que había dejado al cargo. A Escobedo le había ordenado que le guardara las «cuatro casas grandes y la cinco chicas»[824] que le había regalado Guacanagari.

El 22 de noviembre llegaron a La Española y, aunque los nativos todavía se mostraban amistosos y dispuestos a intercambiar productos, el descubrimiento de los cadáveres en descomposición de dos hombres no identificados, uno con los brazos atados a un tablón de madera, provocó un creciente nerviosismo. Cuando al día siguiente encontraron un cadáver con barba —algo que nunca habían visto en ninguno de los nativos—, supieron que por lo menos algunos de los españoles estaban muertos. Los mensajeros de Guacanagari afirmaron que todos los españoles habían desaparecido, algunos víctimas de enfermedades y otros tras dirigirse al interior con un grupo de mujeres. Cuando Colón llegó finalmente a La Navidad, solo

encontró los restos carbonizados del asentamiento y algunas ropas viejas[825]. Los lugareños culparon a otros dos jefes de la isla, Caonabo y Mayreni, de la matanza, que había tenido lugar apenas un mes antes. La avidez de los españoles y la búsqueda de mujeres habían provocado, según ellos, el ataque de Caonabo. Guacanagari afirmó primero entre sollozos que había sido herido por los atacantes y luego, después de visitar a Colón en su buque insignia, ayudó a escapar a algunas de las mujeres que habían recogido en otras islas y desapareció con ellas. La idea que se había hecho Colón de los indígenas, intimidados por su tecnología y convencidos del origen celestial de sus visitantes, había quedado hecha trizas. Y, lo que era más importante, había perdido a los hombres que debían recabar información que le permitiera encontrar oro, aunque no parecía que hubieran hallado mucho, ya que no descubrieron nada después de que Colón mandara inspeccionar el pozo del asentamiento (donde había ordenado que guardaran en secreto el oro que pudieran conseguir)[826].

Esta vez, sin embargo, contaba con las tropas de Isabel y Fernando[827]. Si no lograban convencer a los nativos con buenas palabras y regalos para que colaborasen, o si se resistían enérgicamente, podían recurrir a la fuerza.

33

El reparto del mundo

Barcelona y Tordesillas,
5 de septiembre de 1493-7 de junio de 1494

Isabel necesitaba un mapa. Había que trazar una línea en el océano que dividiera el mundo en dos. Las nuevas tierras descubiertas en un lado de esta línea que iba de norte a sur les pertenecerían a ella y a Castilla[828]. Las de la otra mitad, a sus rivales de Portugal. También necesitaba un registro de las tierras encontradas hasta el momento para que lo utilizaran sus funcionarios y, en caso de necesidad, otros capitanes a los que pudiera enviar a la orilla oeste del Atlántico. «La carta del marear que habíades de faser, si es acabada, me enviad luego; y por servicio mío deis grand priesa en vuestra partida para que aquella, con la gracia de nuestro Señor, se ponga en obra sin dilación alguna, pues vedes cuánto cumple al bien del negocio; y de todo de allá nos escrebid é fased siempre saber», le había escrito a Colón desde Barcelona en septiembre de 1493, poco antes de que este emprendiera su segundo viaje.

Colón había defendido la conveniencia de trazar una línea divisoria situada a cien leguas de las islas portuguesas de Cabo Verde y creía que así había sido acordado, pero Isabel sostenía que el asunto estaba aún por convenir[829]. «En el negocio de Portugal, no se ha tomado con estos que aquí están determinación, aunque yo creo que el Rey se llegará á razón en ello», decía la reina en la misma carta, sin saber que Juan II de Portugal estaba decidido a poner peros al acuerdo. Al cabo de un año, Isabel seguía

obsesionada con las líneas divisorias, al parecer porque también quería una en el este, un proyecto que resultó imposible. «En lo de la raya ó límite […] querríamos si ser pudiese que vos os hallásedes en ello; […] ved si vuestro hermano ó otro alguno tenéis ende que lo sepa, é informadlos muy bien por escripto, y por palabra y aun por pintura, y por todas las maneras que mejor pudieren ser informados, é inviadnoslos acá luego con las primeras carabelas que vinieren», le pidió Isabel[830].

La reina también tenía muy claro que las nuevas tierras les pertenecían a ella y a Castilla y no a los reinos aragoneses de su marido. «Las islas e tierra firme del mar Océano e islas de Canaria fueron descubiertas e conquistadas a costa de estos mis reinos y con los naturales de ellos —escribió al final de su vida— e por esto es razón que'l trato e provecho d'ellas se aya e trate e negoçie d'estos mis reynos de Castilla e León e en ellos e a ellos venga todo lo que de allá se traxiere; por ende, ordeno e mando que así se cunpla, así en las que fasta aquí son descubiertas como en las que se descubrieren de aquí adelante, e no en otra parte alguna.»[831] Sin embargo, ni siquiera ella podía saber lo extensas que acabarían resultando las tierras «que se descubrieren de aquí adelante».

En Cristóbal Colón, Isabel había encontrado un magnífico explorador y un administrador desastroso; pero Colón acumulaba títulos —de almirante, virrey y gobernador— y, como tal, era casi un monarca en sus nuevas tierras. Seguía decidido a demostrar que había descubierto una Arcadia llena de oro en el extremo oriental de Asia. Tras encontrar La Navidad en ruinas y después de que su aliado Guacanagari huyera, volvió a zarpar en busca de un lugar más próximo a la presunta fuente de oro en la región de El Cibao, donde pudiera construir una ciudad como es debido. Al final, Colón escogió un puerto azotado por el viento junto a la desembocadura del río Bajibonico, donde levantaría una ciudad que llamaría La Isabela. Sin embargo, envió en primer lugar a uno de sus capitanes en un viaje de cuarenta y cinco días por la isla para cartografiar el litoral, obedeciendo así las instrucciones de Isabel de que le proporcionara un mapa[832].

Colón tenía prisa por explorar más territorio y, sobre todo, encontrar minas de oro. Necesitaba desembarcar a su gente y enviar parte de la flota a España. Sus descripciones del lugar donde se hallaba La Isabela eran idílicas: cerca de un río de agua dulce, bien protegida por la selva, con campos que podían cultivarse fácilmente y con un enorme puerto; también eran exageradas: el puerto, por ejemplo, estaba expuesto a fuertes vientos del norte, de modo que las naves a menudo tenían que fondear a más de media milla de la costa y el agua potable se encontraba a casi dos kilómetros de distancia. El emplazamiento escogido para La Isabela era inapropiado, porque, en lugar de pensar en la geografía, Colón basó su elección en su convencimiento de que era un buen lugar para encontrar minas de oro[833].

Los colonizadores emprendieron con brío la construcción del primer poblado europeo en América, utilizando buena piedra local para los edificios públicos. Entre los más importantes estaba uno destinado a uso mixto como aduana y arsenal, donde, además, se alojarían los funcionarios de Isabel, que constituía un símbolo de su autoridad sobre este punto verde exuberante. En menos de un mes, levantaron una iglesia que Isabel llenaría de estatuas y ornamentos litúrgicos de plata enviados desde Castilla, así como un mantel de altar de su colección personal. Entre los primeros edificios públicos también figuraban la residencia del gobernador, a la que llamaron Palacio Real, y un hospital. Los nombres eran majestuosos, pero lo más probable es que sus dimensiones no lo fueran tanto. Al mismo tiempo, la burocracia de Isabel se había propuesto establecer el sistema y las instituciones que debían regir y administrar los beneficios que se suponía que iban a proporcionar las nuevas tierras. Dichos beneficios tenían que proceder, sobre todo, del oro. Colón despachó una expedición de veinte hombres hacia el interior, convencido de que se hallaban a solo tres o cuatro días de marcha de donde se imaginaba que estaban las minas de oro. Volvieron sin haber encontrado minas de ningún tipo, pero con pepitas que les habían proporcionado los indios de la zona junto con la información de que el metal precioso podía obtenerse bateando el agua de los ríos[834].

El 4 de febrero de 1494, Colón envió la mayor parte de la flota —doce de los diecisiete buques más trescientos hombres o más— de vuelta a España. La flota estaba capitaneada por Antonio de Torres, al que se le dieron instrucciones por escrito sobre qué debía decirles a Isabel y Fernando a su llegada. La verdad era que Colón tenía poco de que ufanarse. Para muchos de sus hombres, la gran aventura se había echado a perder. Las enfermedades, la dureza del trabajo y la escasez de provisiones hacían que la vida en La Española fuera de lo más arrastrada. «Sobreveníales a sus males la gran angustia y tristeza que concebían de verse tan alongados de sus tierras y tan sin esperanza de haber presto remedio, y verse defraudados también del oro y riquezas que se prometió a sí mismo», comentó Las Casas. Al estar La Navidad destruida y sus habitantes, muertos, Colón se había visto obligado a empezar desde cero el proceso de exploración de La Española, que era casi tan grande como el territorio peninsular de Portugal. Tenía poco más que enseñarles a Isabel y su marido que sus mapas de la zona, algunas frutas tropicales, sus pintorescas descripciones y una ínfima cantidad de oro. Los buques efectuaron la travesía de vuelta sin problemas y llegaron a Cádiz el 7 de marzo. Isabel y Fernando, entusiasmados, ordenaron inmediatamente a Torres que fuera a verlos a Medina del Campo[835].

Las instrucciones de Colón acerca de lo que Torres debía contarles a Isabel y su esposo demuestran lo desesperado que estaba por presentar de forma atractiva lo que era un desastre a todos los efectos. Torres dijo que muchos de los hombres habían caído enfermos, que otros se negaban a obedecer las órdenes y que estaban desesperados por la falta de comida, vino y remedios de Castilla. La tierra supuestamente fértil no producía lo que querían; el oro era, según él, fácil de encontrar, pero por alguna razón misteriosa no habían podido obtenerlo. Y los pacíficos nativos estaban resultando mucho más belicosos de lo que creían, sobre todo los que encabezaba un cacique llamado Caonabo. Colón necesitaba más hombres, más suministros y más especialistas en bateo[836], porque no había encontrado minas[837]. No tenía nada con que pagarles, excepto el único

producto exportable para el que seguramente encontraría una salida fácil: los esclavos.

A pesar de todo, Torres informó a Isabel y su marido de que el éxito parecía asegurado. La Isabela estaba bien emplazada, dijo, y se encontraba en una rica región cuyos ríos se hallaban llenos de oro, por lo que las minas no podían estar muy lejos, mientras que las especias serían, sin duda, otra lucrativa fuente de ingresos. «Diréis a Sus Altezas, como quiera que ya se les escribe, que yo deseaba mucho en esta armada poderles enviar mayor cantidad de oro del que acá se espera poder coger, si la gente que acá está nuestra, la mayor parte súbitamente no cayera doliente —escribió Colón en sus instrucciones, agregando que sus hombres se arriesgaban a ser atacados si no salían con protección—. Así que diréis a Sus Altezas que estas son las causas porque de presente no se ha detenido el armada, ni se les envía oro más de las muestras.»[838]

Al explicar que sus hombres estaban enfermos, Colón quería que Isabel y Fernando entendieran las dificultades que tenía para construir un poblado bien defendido y que, aunque los indígenas pareciesen del todo pacíficos, no se atrevía a bajar la guardia. Por eso Torres debía decirles a los reyes que «así hicieron a los otros que acá quedaron [después del primer viaje] por su mal recaudo, los cuales, por pocos que fuesen y por mayores ocasiones que dieran a los indios de haber y de hacer lo que hicieron, nunca ellos osaran emprender de dañarles si los vieran a buen recaudo». Colón atribuía al cambio de aire y agua las enfermedades que afligían a los hombres y mujeres que le acompañaban. Echaban de menos su dieta habitual a base de carne fresca, pan y vino, por lo que el almirante pedía que le enviasen miel, azúcar, pasas y almendras para ayudarlos a recuperar sus fuerzas. También esperaba que el oro que enviara bastara para pagar por entero o en parte dos carabelas cargadas de vino, trigo y otras mercancías que tenía que mandarles un mercader sevillano[839].

Prácticamente no tenía nada más que enviar. Hasta ahora los intentos de crear explotaciones agrícolas autosuficientes habían fracasado. Las perspectivas para el cultivo de caña de azúcar, que había demostrado su

importancia en Canarias y las Azores, parecían prometedoras, pero eso llevaría tiempo. Mientras tanto, la colonia costaba más de lo que producía y eso no permitía otro comercio fácil y lucrativo que el de seres humanos. Colón justificó su decisión de enviar los esclavos afirmando que la gente que había capturado eran caníbales y que, por lo tanto, era lícito esclavizarlos. Se enviaban «de presente con estos navíos así de los caníbales, hombres y mujeres y niños y niñas, los cuales Sus Altezas pueden mandar poner en poder de personas con quien puedan mejor aprender la lengua, ejercitándolos en cosas de servicio», debía decirles Torres a Isabel y su marido, precisando que «más presto aprenderán allá que no acá, y serán mejores intérpretes». Así, a primera vista, Colón actuaba movido por su deseo de ofrecer a los cautivos un curso de inmersión en la lengua castellana e impedirles devorar a otras personas, pero sus cartas a España revelaban las necesidades económicas que había detrás de sus actos:

> Cuanto más allá se llevasen sería mejor; y en ello podrían Sus Altezas ser servidos de esta manera: que visto cuánto son acá menester los ganados y bestias de trabajo para el sostenimiento de la gente que acá ha de estar, y bien de todas estas islas, Sus Altezas podrán dar licencia y permiso a un número de carabelas suficiente que vengan acá cada año, y traigan de los dichos ganados y otros mantenimientos y cosas para poblar el campo y aprovechar la tierra, y esto en precios razonables a sus costas de los que les trajeren, las cuales cosas se les podrían pagar en esclavos de estos caníbales, gente tan fiera y dispuesta, y bien proporcionada y de muy buen entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos, la cual luego perderán que sean fuera de su tierra; y de estos podrán haber muchos […] y aun de estos esclavos que se llevaren, Sus Altezas podrían haber sus derechos allá[840].

En otras palabras, Isabel podría obtener mucho dinero por el simple procedimiento de capturar personas y enviarlas a Europa como esclavas. En principio, Colón prefería no esclavizar a ninguno de los amistosos taínos de La Española, que eran «vasallos de Sus Altezas», pero sí a sus enemigos caribes, que vivían en las islas y que, según él, eran caníbales[841].

La respuesta de Isabel y Fernando a la misiva de Colón fue, sobre todo, para asegurarle que sus decisiones les parecían correctas y aceptar sus demandas, incluida la trata de esclavos, aunque su aprobación se expresaba

de un modo que revelaba ciertas dudas. «Decirles habréis lo que acá ha habido en lo de los caníbales que acá vinieron —escribieron los reyes, seguramente en alusión al debate sobre si dicha esclavitud era legítima o no —. Que está muy bien, y así lo debe hacer, pero que procure allá cómo, si ser pudiere, se reduzcan a nuestra santa fe católica, y asimismo lo procure con los [taínos] de las islas donde está.»[842]

La confusión de Isabel en lo relativo a la esclavitud es evidente en las instrucciones contradictorias que daban ella y Fernando. El 12 de abril de 1495, escribieron a Sevilla para decir que los esclavos que debían llegar con Torres «se podrán vender allá mejor en esa Andalucia que en otra parte», pero cuatro días después suspendieron temporalmente la venta hasta que Colón les aclarase su situación (a buen seguro para determinar si eran prisioneros de guerra, caníbales o simples cautivos), porque «nos querríamos informarnos de letrados, teólogos o canonistas, si con buena conciencia se pueden vender». Una orden posterior de pagarle en esclavos el salario al capitán de navío Juan de Lezano indica que al menos algunos eran aceptables, aunque al final ordenaran enviar a los demás a su lugar de origen[843].

Los detalles del debate esclavista en Castilla son escasos, pero pueden ser reconstruidos fácilmente. Las bulas papales emitidas a comienzos del siglo para los portugueses que emprendían la conquista de parte del norte de África les habían otorgado amplios derechos que les permitían esclavizar a los musulmanes, idólatras y caníbales, algo que no era nada raro. En las constantes hostilidades entre cristianos y musulmanes, ambas partes consideraban la esclavitud un destino aceptable para los cautivos. La propia Isabel tenía esclavas musulmanas a su servicio, incluidas costureras y doncellas de sus hijas. Las cuentas de la reina muestran que encargó ropa para una docena de esclavos, mientras que en su epistolario leemos que compra una esclava porque «sabe muy bien faser conservas» y ordena que sus otras siervas estén bien alimentadas y les den «que faser de manera que non estén oçiosas»[844]. Veinte años más tarde, el ilustrador flamenco Christopher Weiditz dibujó imágenes de esclavos musulmanes en España

con cadenas de hierro en las piernas y la cintura. A los portugueses les habían dado rienda suelta, en parte, debido al temor creciente de que los cristianos estuvieran perdiendo la batalla contra el islam tras la toma de Constantinopla y la posterior expansión de los turcos por Grecia, Bulgaria y Serbia. Las bulas papales que sancionaban la campaña no distinguían entre los beréberes y otros musulmanes del norte y los africanos negros subsaharianos, que tenían sus propias religiones «paganas», tal vez porque el islam ya se estaba extendiendo hacia el sur por el imperio de Malí, rico en oro, y otros territorios. «A ti y a tus sucesores los Reyes de Portugal, te concedemos […] a perpetuidad y según tus usos y los de tus sucesores, de invadir, conquistar, apoderarte, subyugar y reducir a esclavitud perpetua a los sarracenos, paganos y otros infieles y a los enemigos de Cristo cualquiera que sean y sus reinos en cualquier parte que estén establecidos», afirmaba una bula papal. Otra se refería en concreto a «guineos y otros negros, capturados por la fuerza, y también algunos […] por otro contrato legítimo de compra»[845], e instaba a los colonos a «hacer guerra continua a los pueblos gentiles o paganos que por allí existen profundamente influidos de la secta del nefandísimo Mahoma». No es de extrañar que los portugueses, que en principio buscaban oro y especias, así como una ruta a la India circunnavegando África, consideraran que con esto veían aprobadas tanto la colonización como la lucrativa trata de esclavos. Hasta 1481, varios papas reiteraron los mismos derechos.

Sin embargo, la posición del papado no estaba del todo clara. Las instrucciones dadas al obispo de Canarias, por ejemplo, prohibían esclavizar a los guanches y a otros pueblos indígenas convertidos al cristianismo o que, en virtud de los tratados de paz, estuvieran en condiciones de convertirse, aunque fueran paganos. Como consecuencia, la propia Isabel trató de limitar la esclavitud en las islas[846]. A grandes rasgos, pues, el debate se centraba en si los nuevos súbditos de Isabel podían ser tratados como los africanos negros y convertidos automáticamente en esclavos o si había que tratarlos como a los guanches no beligerantes de las Canarias, es decir, como cristianos en potencia a los que no se podía esclavizar. El

desconcierto de la propia Isabel al respecto induce a creer que había escuchado los argumentos de ambos bandos. Talavera probablemente defendía la aplicación de una normativa más laxa, mientras que Colón y los demás colonizadores eran los principales partidarios de la mano dura que ya se estaba aplicando en África.

El virrey y gobernador de Isabel seguía mostrando su incapacidad para la gestión de los recursos humanos. Hacía tiempo que se había acostumbrado a mentir con desdén a sus tripulaciones y ahora muchos de los que estaban a sus órdenes se mostraban perezosos, reacios a obedecer o tan horrorizados por su actitud que querían directamente regresar a Castilla o declararse en abierta rebelión. En cualquier caso, el almirante parecía mucho más interesado en seguir navegando para descubrir más tierras, en parte porque necesitaba encontrar oro o alguna fuente de riqueza más allá de los esclavos, pero también porque esa era su pasión y talento auténticos. Las personas a las que dejaba al mando no siempre lo hacían bien y se peleaba estrepitosamente con casi todos los que nombraba, pasando de la admiración y los elogios al odio virulento en un abrir y cerrar de ojos. Ya en 1493 se quejaba de que los soldados de caballería que había traído de Granada eran perezosos y se negaban a prestar a los demás sus caballos cuando ellos caían enfermos. Isabel y Fernando prometieron investigar sus quejas y no vieron razón alguna para culpar a su nuevo almirante y virrey por estos problemas. Más importante aún, le enviaron de inmediato una flotilla de tres naves con provisiones, capitaneada por su hermano Bartolomé, que no había podido regresar a tiempo de Francia para participar en el segundo viaje de Colón[847].

Era inevitable que las noticias que les llegaban a Isabel y Fernando estuvieran ya obsoletas. A Colón se le continuaban acumulando los problemas. Poco después de la partida de Torres, ardieron dos terceras partes del poblado de La Isabela (construcciones hechas en su mayor parte de madera y paja por los hombres para sí mismos). Después, se produjo un motín encabezado por Bernal Díaz de Pisa, durante el cual un grupo de hombres intentó apoderarse de los cinco barcos restantes de la flota, lo que

obligó a Colón a arrestarlos y a trasladar todas las armas de a bordo a una sola nave vigilada por hombres de su confianza. Su hijo Hernando lo atribuyó a una mezcla de codicia, pereza y enfermedad. Así, en su *Historia del almirante* escribe:

> Habiendo ido muchos en aquel viaje en la opinión de que apenas bajasen a tierra se cargarían de oro y volverían ya ricos, siendo así que el oro, donde allí se encuentra, no se recoge sin fatiga, industria y tiempo, por no sucederles como esperaban, estaban descontentos y fatigados por la construcción del nuevo pueblo y extenuados por las dolencias que les traía la calidad del país, nuevo para ellos.

El auténtico motivo de la rebelión, sin embargo, fue que muchos más hombres —incluido Díaz de Pisa— habían querido volver a Castilla con Torres, pero no se lo habían permitido[848].

Colón partió en busca de las minas de El Cibao con un ejército de cuatrocientos hombres, listos para pelear con Caonabo si era necesario, y construyeron un fuerte en el interior. Los indios huían o eran acogedores y casi siempre estaban dispuestos a trocar con ellos sus objetos de oro (normalmente pequeños). La fiebre del oro entre los hombres era tal que muchos ocultaban el que conseguían, por lo que Colón impuso castigos que incluían la mutilación de las orejas o narices de los culpables. Se obtuvieron con esta medida unos 3000 castellanos de oro, pero no se descubrieron minas. En La Isabela, el almirante obligó a los hidalgos aventureros que le acompañaban a realizar muchas de las mismas tareas manuales que los soldados y obreros comunes, con el argumento de que necesitaban todas las manos disponibles. Ello contravenía las normas del sistema de clases de Castilla, o eso pensaban los hidalgos y otros caballeros privilegiados. El descontento creció y Colón se planteó enviar a casa a la mayoría de los hombres y mantener un retén de solo trescientos. Los codiciosos soldados que había dejado en el fuerte del interior, Santo Tomás, pronto comenzaron a robar el oro de los indios locales y llegó la noticia de que Caonabo se disponía a atacar de nuevo. Colón no se preocupó, sobre todo porque los indios solían huir presas del pánico al ver caballos, desconocidos para ellos y aparentemente enormes y aterradores, pero mandó una fuerza hacia el

interior con la orden de capturar a Caonabo. Luego navegó con tres naves para explorar la costa de Cuba, que decidió que formaba parte del continente asiático[849].

En Cuba también los «indios» eran hospitalarios y salían remando en sus canoas para ofrecer regalos a los hombres que iban a bordo de lo que, para ellos, eran naves enormes. Sin embargo, les dijeron que no había oro en la isla y apuntaron que quizá lo hubiera en otra situada a cinco días de navegación (para ellos). Colón ya había oído hablar de esa tierra, que llamó Jamaica, y prosiguió su viaje. Los indígenas de dicha isla no se mostraron ni por asomo tan cordiales y atacaron a los hombres de Colón, pero fueron fácilmente puestos en fuga con la ayuda de un pequeño cañón y uno de los perros del almirante. A mediados de mayo de 1494, sin embargo, Colón se percató de que allí no había oro ni metales preciosos y dio orden de volver. De nuevo en Cuba, se encontró con un cacique local que le informó, de modo algo confuso, de que por «infinito» que le pareciera aquel territorio, estaba recorriendo la costa de una isla. Aún así, Colón se aferró a sus fantasías y, cuando uno de los suyos se topó con un hombre vestido con una larga túnica blanca, se preguntó si no sería el famoso Preste Juan, el mítico monarca de un perdido, pero rico, reino cristiano que se creía que estaba en algún lugar de Asia. Colón siguió navegando a lo largo de la costa de Cuba y, justo antes de alcanzar su extremo occidental, dio media vuelta, tras hacer jurar a todos sus hombres que aquello no era una isla. Su desesperación era tal que también amenazó con azotar o cortarle la lengua a quienquiera que más adelante declarara lo contrario[850].

Torres había llegado a España con las cartas de Colón a tiempo para ayudar a Isabel y Fernando a cerrar el acuerdo con Portugal sobre la línea de demarcación que separaba sus ámbitos de exploración y soberanía. No era buen momento para enfrentarse a la potencia lusa. La tensión creciente con Francia, la presencia turca cada vez más agresiva en el Mediterráneo y las incursiones de los piratas berberiscos ya eran problemas suficientes. El rey portugués quería que la línea, que iba de polo a polo, llegara lo más al oeste posible para aumentar sus posibilidades de encontrar nuevas tierras.

Había exigido que se desplazara de 100 a 370 leguas al oeste de Cabo Verde para que sus buques tuvieran margen de maniobra en el viaje de regreso desde África, ya que navegaban hacia el oeste para recoger los vientos y las corrientes que los empujaban de vuelta a la península Ibérica. Esta división del globo significaba que Castilla no podía navegar o explorar las costas africanas o navegar hacia el este en dirección a Asia, mientras que los portugueses no podían cruzar más allá de esa línea a 370 leguas; pero el mapa que Torres había traído parecía demostrar que las tierras que había descubierto Colón se hallaban a 750 leguas de distancia[851]. Isabel debió de quedar convencida de que todas las tierras nuevas que descubrirían estarían ubicadas, sin duda, en su lado de la línea y, por lo tanto, pertenecerían a Castilla. Desde luego, no podía saber que, mucho más al sur de donde había llegado Colón, el continente americano se prolongaba hacia el este, de modo que gran parte del actual Brasil se encontraba en el lado portugués. El tratado de Tordesillas fue firmado el 7 de junio de 1494 y con él se garantizó la paz con Portugal y que la aventura de Colón continuara sin obstáculos.

Isabel se dispuso entonces a asegurarse de que sus nuevas tierras estuvieran adecuadamente abastecidas. Esta había sido su especialidad durante la guerra de Granada y el hombre de Colón en Sevilla, el florentino Giannotto Berardi (que se describía a sí mismo como un comerciante de «mercaderías, esclavos y esclavas»)[852], le escribió directamente para proponerle que se ofreciese a mantener a cada nuevo colono durante dos años, para darles tiempo de ser autosuficientes. También debería permitir que salieran libremente los barcos de La Española para explorar otras islas, pero siempre que llevaran a bordo un funcionario de Isabel, a fin de que tomara nota de los productos obtenidos y se pudiera llevar un control estricto de todas las mercancías para que ella recibiera la parte que le correspondía, «y dando esta libertad y franqueza a la gente que está en la dicha isla y a los que allá fueren, creo que se poblará mucho, e se descobrirán las otras y irán oficiales y descobridores, de mineros y de otros ofiçios con cobdiçia del provecho que se les puede seguir, de la cual causa

Vuestra Altesa recibirá servicio». Además, eso evitaría que la gente a la que le debían su salario tuviera tanta prisa por volver a casa. «Me paresçe que Vuestra Altesa no puede descobrir las islas con menos costa que esta y que no se faga agravio a los indios, ni se dañe el rescate de las dichas islas […]. Espero en Dios que en cabo de los seis meses Vuestra Alteza habrá recibido tanto de los quintos, que serán sus oficiales satisfechos de los diez ó doce cuentos [entre 10 y 12 millones de maravedís] del sueldo que habrán de pagar á la gente, é ellos quedarán contentos é aprovechados.»[853] Era un indicio de que Isabel estaba dispuesta a romper el monopolio de Colón, pero también reflejaba su temor de que el almirante hubiera muerto y no regresara de su viaje de exploración a Cuba y Jamaica[854].

Al aumentar la frecuencia del contacto con sus nuevas colonias, Isabel comenzó a recibir noticias preocupantes. Los españoles no solo habían perturbado la existencia de los indígenas de La Española, sino que estaban destruyendo rápidamente el antiguo estilo de vida de unos pueblos mal preparados para sus extrañas y cada vez más agresivas demandas. Los taínos empezaban a abandonar sus cultivos cuando huían o eran capturados y eso significaba menos comida para todos, incluidos los colonos. La desnutrición se había generalizado y muchos de los colonos no podían luchar contra las enfermedades que asolaban sus filas, hasta el punto de que la mitad fallecieron. Colón entregó el mando de los asentamientos de La Española a sus hermanos Bartolomé y Diego, que resultaron impopulares. Algunos de los hombres de mayor rango intentaron reclamar su antigüedad y tanto fray Boïl como el comandante del fuerte del interior, Pere Margarit, habían abandonado La Española en septiembre de 1494 y habían vuelto a casa con muchos de los lanceros que eran la columna vertebral del pequeño ejército de Colón. La guarnición de la fortaleza interior se descontroló y se dedicó a raptar a las mujeres de los indios[855]. «No podían abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares a la vista de sus padres, hermanos y esposos; dados a estupros y rapiñas, habían perturbado los ánimos de los indígenas —informó Las Casas— […]. No faltaban bofetadas y palos, no solo a la gente común, pero también a los hombres nobles y

principales.»[856] Cuando regresó Colón, le dijeron que un grupo de caciques locales había formado una alianza para luchar contra los colonos de Isabel. Colón llevó consigo sus mejores armas: veinte perros de presa que, como sus caballos, desataron un pánico absoluto entre los indios. Pronto hizo un sorprendente descubrimiento: los indios habían destruido sus víveres y habían dejado de plantar con la esperanza de que eso obligara a los españoles a marcharse. A medida que se adentraba en la isla, encontraba indios que se morían de hambre. Derrotó fácilmente a la alianza de caciques —capturó a más de mil personas— e impuso un tributo, pagadero en oro, a los demás, aunque eso tampoco reportó cantidades significativas del codiciado metal. La conquista tuvo un precio terrible y los contemporáneos calculan que al menos cincuenta mil nativos murieron a causa de las heridas, el hambre o las enfermedades después de que su existencia sencilla y relativamente armoniosa se viera caótica y violentamente interrumpida[857].

Solo el regreso de Torres, con cuatro buques llenos de provisiones y hombres de refresco, permitió a la colonia recuperar cierta apariencia de estabilidad. Torres también traía cartas de Isabel y Fernando, en las que apuntaban que, tras el reparto del Nuevo Mundo con Portugal, podría establecerse un servicio regular de al menos un buque en cada dirección. También ordenaban a todos los que se encontraban en las islas (no hacían referencia a ningún continente) que obedecieran las órdenes de Colón, «como si Nos en persona vos lo mandásemos, so las penas que vos pusiere é mandare poner de nuestra parte»[858]. Colón temía que Boïl y Margarit, al llegar a España, destruyesen la imagen prometedora, cuando no idílica, que había divulgado de las tierras que había descubierto, así que envió a Torres de vuelta. También mandó cuatrocientos esclavos, una cuarta parte de los 1600 indios que tenía cautivos después de sus enfrentamientos con la alianza de caciques; en su mayoría eran taínos, en vez de los caribes supuestamente caníbales que había prometido al principio. A los colonos les permitió escoger sus propios esclavos entre los demás, mientras que al resto (unos cuatrocientos, presumiblemente más débiles o mayores) los liberaron.

La mayoría de los hombres que habían viajado a Cuba con Colón coincidieron en que el juramento que les había hecho prestar, consistente en declarar que aquello era territorio continental, era falso. Un abad aventurero y erudito de Lucerna que se les había unido utilizó sus conocimientos de cartografía para rebatir los argumentos de Colón, y «por esta razón el señor almirante no le ha querido dejar venir a España con nosotros», escribió Michele de Cuneo, uno de los que habían participado en la exploración de Cuba. Colón también impidió que los bateadores de oro volvieran a casa, confiando en que pudieran serle de utilidad[859].

Boïl y Margarit habían llegado a España en noviembre de 1494 y habían descrito ante Isabel y Fernando unas Indias muy alejadas de la imagen ofrecida por Colón. «Informaron, y con sus relaciones, atibiaron a los reyes en la esperanza que tenían en la riqueza destas Indias, diciendo que era burla, que no era nada el oro que había en esta isla [La Española] y que los gastos que sus altezas hacían eran grandes, nunca recompensables, y otras muchas cosas en deshacimiento del negocio y del crédito que los reyes tenían del Almirante, porque luego, en llegando, no se habían vuelto cargados de oro en los navíos en que habían venido», escribió Las Casas. Además, como Colón no había vuelto de su viaje de exploración a Cuba y Jamaica cuando Boïl y Margarit emprendieron el viaje de regreso, lo más práctico era suponer que había muerto. Solo cuando Torres reapareció con su flota en abril de 1495 se dieron cuenta de que todavía estaba vivo. Torres traía esclavos (la cuarta parte de los cuales habían muerto en la travesía) y las declaraciones de Colón de que había descubierto el continente en Cuba. Un informe anónimo enviado a Isabel recomendaba el algodón como cultivo apropiado y lucrativo[860].

Isabel y su esposo se percataron de que había llegado el momento de cambiar de táctica. Enviaron a un funcionario de alto rango, Juan Aguado, con la siguiente flota, tras otorgarle amplios poderes para investigar a Colón[861]. Asimismo, emitieron órdenes que permitían a otros navegar con independencia de Colón y del patrocinio real para explorar, asentarse y comerciar en las nuevas tierras[862]:

> Que cualesquier personas que quisieren ir á vivir é morar en la dicha Isla Española sin sueldo puedan ir é vayan libremente, é que allá sean francos é libres, é non paguen derecho alguno, é ternán para sí é por suyo propio é para sus herederos, ó para quien dellos hobiere causa, las casas que ficieren, é las tierras que labraren, ó las heredades que plantaren […] é que á las tales personas […] se les dará mantenimiento por un año; […] é demás queremos […] hayan para sí la tercia parte del oro que hallaren é cogieren.

Aguado había formado parte de la segunda expedición, pero había sido uno de los primeros en volver a España, por lo que debía de ser consciente de la distancia que mediaba entre la realidad y las descripciones que Colón enviaba. El regreso de Aguado a La Española fue recibido con alegría por casi todo el mundo, excepto por la familia de Colón[863]. Aguado y Cristóbal Colón se enfrentaron y ambos decidieron regresar a España, pero un huracán destrozó la flota en el mal protegido puerto de La Isabela y los cuatro barcos que Aguado había traído consigo, además de otros dos, se fueron a pique. Esto permitió a Colón ganar un tiempo precioso porque uno de sus hombres, que había huido tras una pelea con los sirvientes de Bartolomé, había atravesado la isla de norte a sur para volver con noticias esperanzadoras. Dicho hombre, Miguel Díaz, se había convertido en el huésped y amante de una apasionada cacica que le había enseñado filones de oro en los alrededores del río Hayna, que proporcionaban un mineral de una calidad claramente superior al que habían visto en otros lugares. Díaz volvió con la noticia y fue indultado de su pelea con el hombre de Bartolomé. Colón ya se había dado cuenta de que La Isabela, expuesta a los vientos del norte, era un mal puerto y envió a Díaz de vuelta para que fundara un asentamiento, la futura capital de la República Dominicana, Santo Domingo, mientras él preparaba los dos barcos restantes para el viaje de vuelta a España. Tardó tres meses en completar la travesía, pero Cristóbal Colón arribó por fin a Cádiz en junio de 1496[864].

El nuevo almirante de Isabel regresó decidido a derrotar a los pesimistas, que sostenían que sus viajes eran una pérdida de tiempo y dinero. Vestía uno de los trajes de hombre favoritos de Isabel, el hábito de fraile franciscano, además de lo cual se envolvió en una embriagadora mezcla de religiosidad mesiánica, interpretaciones interesadas de las Escrituras,

sabiduría erudita, historia y mito. Traía asimismo consigo una pepita de oro, o un trozo de mineral de dicho metal, del tamaño de un puño que le había entregado un cacique local[865]. Caonabo, el jefe que había aniquilado el primer asentamiento en La Navidad, viajó con Colón junto con su hermano y otros treinta taínos. El cacique murió durante la travesía, pero al cabo de unos meses Isabel conoció a su hermano, a quien habían bautizado con el nombre de Diego. Llevaba una cadena de oro de 600 castellanos o unos 2760 gramos[866]. Isabel pronto se vio bombardeada con memorandos que defendían los proyectos de Colón e insistían en sus derechos personales como almirante, gobernador, virrey y descubridor. El genovés dedicó gran parte de sus esfuerzos a asegurarse de poder transmitir todos estos títulos a sus descendientes, lo que consolidaría su posición entre las familias más ilustres del reino, al tiempo que amenazaba veladamente con volver con su familia a Génova. Sus desorbitadas reclamaciones económicas, que ascendían a la cuarta parte de la riqueza extraída de las Indias, parecían secundarias. La gloria, la autojustificación y el rango eran lo que más le preocupaba[867]. Tampoco se ahorró alguna que otra alusión llena de resentimiento al escepticismo hacia su proyecto que mostraron al principio los soberanos. «Sus Altezas me dieron aver y poder para conquistar y alcançar, después de Dios Nuestro Señor, este mayorazgo, bien que yo los vine a convidar con esta impresa en sus reinos y estuvieron mucho tiempo que no me dieron adereço para la poner en obra», escribió en el documento en el que establecía las condiciones por las cuales debían transmitirse sus títulos[868].

Isabel siguió recibiendo quejas de Colón sobre el hecho de que ciertas personas de su corte hubieran comenzado a criticar y menospreciar «la empresa comenzada en ello, porque no había yo enviado luego los navíos cargados de oro, sin considerar la brevedad del tiempo, y lo otro que yo dije de tantos inconvenientes». Por eso había ido a verlos a ella y a Fernando, para hablarles «de los pueblos que yo habia visto, en qué ó de qué se podrían salvar muchas ánimas, y les truje las obligaciones de la gente de la

Isla Española, de cómo se obligaban á pagar tributo é les tenían por sus Reyes y señores»[869].

Le recordó a Isabel todos los otros grandes monarcas y emperadores, desde Salomón hasta Nerón, que habían buscado en vano las tierras orientales que ahora estaba convencido de haber encontrado. La Castilla de Isabel, le planteaba Colón, había logrado algo que las grandes civilizaciones anteriores —los romanos, los griegos y los egipcios— no habían conseguido. «Todo no aprovechó para con algunas personas que tenían gana y dado comienzo á mal decir del negocio […] ni valía decir que yo nunca habia leído que Príncipes de Castilla jamás hobiesen ganado tierra fuera della, y que esta de acá es otro mundo en que se trabajaron romanos y Alejandre y griegos, para la haber con grandes ejercicios, ni decir del presente de los Reyes de Portugal, que tovieron corazón para sostener á Guinea, y del descubrir della.»[870]

Isabel y Fernando ya se habían dado cuenta a esas alturas de que el proyecto que habían iniciado cuando enviaron a Colón en su primer viaje tenía un gran potencial, sobre todo porque parecía evidente que había nuevas tierras por descubrir. Le estaban agradecidos, reconocían sus dotes excepcionales como navegante y no les preocupaban demasiado las quejas que habían recibido. «Respondiéronme vuestras Altezas riéndose y diciendo que yo no curase de nada porque no daban autoridad ni creencia á quien les mal decia de esta empresa», recordó Colón[871]. Sin embargo, eso no significaba que él fuera la persona adecuada para seguir liderando la impresionante expansión de los dominios de Isabel.

34

Un continente nuevo

Sanlúcar de Barrameda, finales de mayo de 1498

Los reclusos que subieron a bordo de los barcos de Colón en Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, la última semana de mayo de 1498, eran la prueba de que la fiebre del oro que había acompañado los viajes anteriores a las nuevas posesiones de ultramar se había atenuado. Isabel y Fernando habían rebajado las condenas a los convictos que se unieran a su flota para encontrar hombres dispuestos a ir a un lugar cuya reputación empeoraba con cada barco lleno de colonos descontentos que regresaba a Castilla. Esta vez no se habían apresurado tanto a enviar a Colón de vuelta, sino que lo habían tenido un par de años en España, donde trazaba planes nuevos y extravagantes, que enviaba a Isabel y a su marido, para navegar a Calcuta o lanzar una cruzada contra La Meca[872]. Seguramente no contribuyeron a aumentar la confianza de Isabel en el aventurero genovés, al que pese a todo seguía tratando con amabilidad, hasta el punto de que, al escribirle por otros asuntos, le calificaba de «mucho especial é fiel servidor mío» y le agradecía sus consejos, así como «la voluntad e aficion con que lo decís, la cual siempre se ha conoscido de vos, en todas las cosas de mi servicio»[873].

Colón dividió su flota en dos. Cinco barcos transportaron suministros directamente a La Española, donde Bartolomé gobernaba en su ausencia, mientras él dirigía personalmente una flotilla de exploración que puso rumbo al sur, a la misma latitud que Sierra Leona, donde los portugueses

habían encontrado oro, siguiendo la teoría de que las tierras situadas a lo largo del mismo paralelo solían ser parecidas. Corría también el rumor (que Colón afirmaba haber oído de boca del mismísimo rey de Portugal, Juan II) de que al sur de las islas que él había descubierto se hallaba otro continente. «Nuestro Señor me guíe y me depare cosa que sea su servicio y del rey y de la reina, nuestros señores, y honra de los Christianos, que creo que este camino jamás lo haya hecho nadie, y sea esta mar muy incógnita», escribió. En cuanto a lo último, Colón estaba en lo cierto. Comenzó como otro viaje agotador. Pasaron ocho días de calma chicha y calor sofocante, tras los cuales navegaron hacia poniente todo lo que Colón osó sin avistar tierra, pero a la postre el almirante decidió poner rumbo al norte, hacia las islas que conocía. Sorprendentemente, estaba en lo cierto por segunda vez acerca de la existencia de tierras desconocidas en esa masa de aguas ignotas. Cuando, finalmente, divisó tres montañas en el horizonte y llegó a una isla que llamó Trinidad, en el extremo sur del arco de islas que más tarde recibirían el nombre de Antillas, penetró en el estuario del inmenso Orinoco, en la costa norte de la actual Venezuela. Al principio Colón se sintió desconcertado por la presencia de aquel torrente de agua dulce, que creaba fuertes corrientes. Entonces se dio cuenta de que semejante caudal solo podía proceder de una extensión de tierra de tamaño considerable, aunque no coincidiera con la ubicación de Asia que él había previsto. «Yo estoy creído que esta es tierra firme grandíssima, de que hasta yo no se a sabido», escribió en su diario mientras proseguía su viaje, dejando así constancia del descubrimiento de Sudamérica por los europeos. Aún así, Colón no estaba seguro y, aunque sus hombres se convirtieron en los primeros europeos en pisar el nuevo continente cuando desembarcaron en la península de Paria, el almirante partió enseguida hacia el norte rumbo a La Española, prometiendo volver más tarde. No podía saber lo vasto que era el continente, ni la extensión de las tierras que acabaría proporcionando a España. A esas alturas, Colón se había quedado casi ciego de tanto mirar al mar con los ojos entrecerrados e inyectados en sangre y tenía que recurrir a sus marineros y pilotos para que le informaran de cuanto viesen[874].

Colón capitaneaba algo más que un simple viaje de exploración y colonización. La vida del capitán de mar puede ser solitaria, sobre todo si este está acostumbrado a ocultarle secretos a la tripulación o a enfrentarse constantemente a sus hombres de confianza. En momentos de gran tensión, Colón apelaba a fuerzas superiores. El gran navegante se veía cada vez más como un agente de Dios, especialmente elegido para ayudar a difundir el cristianismo y recuperar Jerusalén[875]. La España de Isabel y Fernando, declaró, había sido escogida para cumplir la profecía de un renacimiento de la cristiandad que ya había formulado Isaías en el Antiguo Testamento, «afirmando que de España les sería divulgado su sancto nombre»[876]. Seguían preocupándole el oro y las especias, pero, una vez consolidada su posición como miembro de la nobleza de Castilla, parecía más interesado en su papel singular en los planes divinos que en los engorrosos detalles administrativos del gobierno de una colonia. «No llevo estas fatigas por atesorar ni fallar tesoros para mí, que, cierto, yo conozco que todo es vano cuanto acá en este siglo se hace, salvo aquello que es honra y servicio de Dios, lo cual no es de ayuntar riquezas ni soberbias ni otras cosas muchas que usamos en este mundo, en las cuales más estamos inclinados que a las cosas que nos puedan salvar», escribió. Empezó a imaginar asimismo que estaba a punto de descubrir el Jardín del Edén, que la tradición solía ubicar en algún lugar de Oriente[877].

Pocos de los que viajaban con Colón compartían su visión mesiánica, sus ideales románticos o su carácter a veces delirante, como se puso de manifiesto en cuanto regresó a La Española, donde se encontró con una rebelión. El hombre al que Colón había nombrado alcalde mayor de La Isabela, Francisco Roldán, se había amotinado y había convencido a los colonos de que el almirante y sus hermanos —que, al fin y al cabo, eran extranjeros— les impedían deliberadamente regresar a España. Fundó un asentamiento alternativo informal en Jaragua, «teniendo cada uno las mujeres que quería, tomadas por fuerza ó por grado á sus maridos, y á los padres sus hijas para camareras, lavanderas cocineras, y cuantos indios les parecía», según Las Casas[878].

Colón envió de vuelta a Castilla una flota de cinco buques con seiscientos esclavos indios a bordo, a pesar de que Isabel y su marido, por supuesto, no habían terminado de consultar a los expertos en derecho canónico sobre los pros y contras de la esclavitud. También les escribió para decirles que los rebeldes eran una amenaza para su soberanía. «Este Roldán y los que con él eran y los otros que ya estavan de su parte, tuvieron forma de los emponer que se passesen con ellos, porque no trabajarían e ternían rienda suelta y mucho comer y mugeres e sobre todo libertad a hazer todo lo que quisiesen», les contó[879].

A Isabel y a Fernando les pidió que le suministraran con regularidad hombres de refresco, así como un puñado de frailes de confianza para mejorar la moral de los colonos. «Nuestra gente en ella no ay bueno ni malo que no tenga dos o tres indios que los sirvan y perros que le caçen y bien que no sea para dezir y mugeres atán fermosas, que es maravilla», les informó[880]. Los hombres pensaban que el oro y las especias les caerían del cielo. «Tanto los tenía çiegos la coudiçia; e non pensavan que, bien que oviese oro, que sería en minas, y los otros metales, y las especias en los árboles, y que el oro sería necessario cavarlo, y las especias cogerlas y curarlas […] lo cual todo les predicava yo en Sevilla.»[881]. Sin embargo, la realidad de la vida en la colonia de Colón era mucho peor de lo que se imaginaban los colonos más aguerridos y la tasa de mortalidad en la medio ruinosa La Isabela era terrible. La sífilis estaba extendidísima y afectaba hasta al 30 por ciento de la colonia. Dicha enfermedad sería otra novedad, aunque no deseada, introducida en Europa por los colonos que regresaban de La Isabela[882]. La viruela, el tifus, el sarampión y el cólera viajaron en sentido contrario, con efectos devastadores.

A Colón le entró el pánico al pensar en los mensajes que llegarían a Isabel y su esposo. Acusó a la facción de Roldán de decir mentiras y apeló a los instintos más bajos de Isabel al culpar de la rebelión a los colonos conversos y su sangre judía[883]. «No fuera así si el autor del descubrir d’ello fuera converso, porque conversos enemigos son de la prosperidad de

vuestras Altezas y de los christianos […] —escribió— y estos que son con este Roldán que agora me da guerra, dizen que los más son d'ellos.»[884].

Las historias que Isabel oía contar por otras fuentes eran muy diferentes. Los colonos que habían vuelto se habían mostrado indignados y habían denunciado ante ella el proyecto de las Indias como un monumento a la ilusa vanidad de Colón. Isabel y Fernando ya habían empezado a autorizar otras exploraciones, la primera de las cuales llegó en mayo de 1499[885]; e incluso antes de que Colón partiera para su tercer viaje, los dejó asombrados al reaccionar airadamente a la visita de un funcionario real, Jimeno de Briviesca, al que propinó «muchas coces y remesones». Las Casas reconocía que el almirante había ido demasiado lejos. «A mi parecer, por esta causa principalemente, sobre otras quejas que fueron de acá y cosas que mururaron contra él […] los reyes muy indignados proveyeron de quitarle la gobernación, enviando al comendador Francisco de Bobadilla que esta isla y todas estas tierras gobernase», escribió[886].

En mayo de 1499, Isabel y Fernando firmaron los documentos que nombraban gobernador a Bobadilla —cuya tarea original había sido limitarse a investigar la rebelión de Roldán— y le ordenaban que trajera consigo a algunos de los esclavos; pero, incluso llegados a este punto, Isabel y Fernando vacilaron y Bobadilla tuvo que esperar un año a que le dieran permiso para partir. Tal vez esperaran que Colón, que mantenía una relación mucho más íntima con Isabel que con Fernando, resolviera por su cuenta los problemas o, con su indudable destreza como navegante, descubriera nuevas tierras que proporcionaran las riquezas que les había prometido[887].

Bobadilla llegó a Santo Domingo en agosto de 1500, acompañado de solo diecinueve de los esclavos indios liberados. Los cuerpos sin vida de dos hombres se balanceaban en los patíbulos colocados a ambos lados de la boca del río. Pronto descubrió que siete hombres habían sido ahorcados por rebelión esa semana y que otros cinco aguardaban su turno, mientras que los hermanos Colón habían emprendido expediciones para capturar a más rebeldes. Bobadilla anunció que llegaba con órdenes de pagar todos los

salarios pendientes, una medida que le aseguraría el apoyo de los colonos. Colón volvió a Santo Domingo de su expedición en septiembre, fue interrogado por Bobadilla, arrestado y enviado a España. «Esperando navíos para venir á su alto conspecto con victoria y grandes nuevas del oro, muy seguro y alegre, fui preso y echado con dos hermanos en un navío, cargados de fierro[s], desnudo en cuerpo, con muy mal tratamiento», recordaba Colón en una carta posterior a Isabel y Fernando[888]. El almirante, al parecer, rechazó la oferta de que le quitaran las cadenas porque quería llevarlas a su llegada como prueba del maltrato que padecía. Mientras tanto, Bobadilla interrogó formalmente a veintidós testigos, a los que preguntó si Colón había intentado organizar una resistencia armada, planeaba entregar la colonia a una potencia extranjera o retenía deliberadamente a los indios bautizados para esclavizarlos[889].

Isabel debió de escandalizarse por el contenido del informe de Bobadilla. Los testigos afirmaron que Colón se negaba a menudo a autorizar que los sacerdotes bautizaran a los indios porque los quería como esclavos. También se había opuesto a permitir que bautizaran a las compañeras embarazadas de varios colonos, con el fin de impedir los matrimonios mixtos, en teoría siguiendo instrucciones de Isabel y Fernando. Nada de eso había evitado que los colonos cohabitaran con mujeres indias, entre las que las más solicitadas eran las hijas de los caciques o jefes locales, para ganarse así poderosos aliados[890]. Ahorcaban a los hombres por robar o por desobedecer. Uno se libró de la soga, pero al precio de que le cortaran la nariz y las orejas. A una mujer que hablaba mal de Colón le sajaron la lengua y a otra la ataron a un burro y la azotaron porque creían que estaba embarazada.

El descubrimiento de Bobadilla de que Colón también había frenado el ritmo de bautismos demuestra que el pragmatismo se había impuesto a la ética en el debate sobre la esclavitud. Algunas de las incursiones contra los indios no parecían tener otra finalidad que capturarlos, lo que también iba en contra de las versiones más restrictivas de lo que era aceptable. Además, a Colón le parecía apropiado esclavizar a los indios que no le pagaran los

tributos que exigía, utilizando engaños y falsas promesas de amnistía para capturarlos. La mayoría de los esclavos se encontraban en la propia La Española, donde pudo exigir que cada colonizador le diera uno o dos en 1499 para enviarlos a Castilla. Al cabo de un año, el colono Juan Vallés no recordaba si había entregado tres o cuatro, lo que sugiere que tenía muchos más. Colón había visto que los portugueses vendían negros africanos en Cabo Verde por 8000 maravedís y creía que por los nativos que enviaba a la metrópoli se pagarían por lo menos 5000. Soñaba con vender cuatro mil de ellos. Era un negocio fácil y lucrativo, siempre y cuando no murieran durante la travesía, como a menudo ocurría. Colón pensaba que lo mejor era darles raciones escasas. Comían poco, decía, «y si se hartan, se enfermarían»[891].

Al final, a Isabel se le agotó la paciencia cuando descubrió que Colón estaba regalando esclavos a sus propios colonos. «¿Qué poder tiene mío el almirante para dar a nadie mis vasallos?», clamó. Sin embargo, el paupérrimo cargamento de diecinueve repatriados que llevaba consigo Bobadilla era una ínfima parte de los 1500 esclavos que ya habían sido enviados antes de 1500 y hubo que emprender una investigación para averiguar su paradero; pero en 1501 Isabel y Fernando continuaban otorgando permisos para esclavizar caníbales[892]. Isabel volvió a concederlos al cabo de dos años, alegando que los caníbales que se negaban a rendirse y reformarse «los puedan captivar e […] traer y traygan a estos mis reynos e señorios […] pagándonos la parte que dellos Nos pertenezca»[893]. Sin embargo, dieron orden de poner fin a la esclavitud de los taínos de La Española porque en la isla no había caníbales, como confirmó Isabel en 1501, en una carta al nuevo gobernador Nicolás de Ovando: «Otrosí, procuraréis como los indios sean bien tratados e puedan andar siguramente por toda la tierra e ninguno los faga fuerza nin los roben, nin fagan otro mal nin dampno». Había que tratar a los indios «como nuestros buenos subditos e vasallos —insistió—. E si dende aquí adelante alguno les ficiere algún mal o dampno o les thomasen por fuerza algo de los suyo, que vos lo fagan saber, porque vos los castigareis [a los culpables] en

tal manera que dende aquí adelante nenguno sea osado de les facer mal nin dampno a otro»[894].

Los indígenas de La Española, sin embargo, debían de pensar que la situación apenas había cambiado, ya que se introdujo un sistema de trabajos forzosos llamado «encomienda», por el cual los indios pagaban a un encomendero español con trabajo o en especie a cambio de su «protección»[895]. Al cabo de una década, el vehemente fray Antonio Montesinos resumía la situación en una furibunda homilía predicada en Santo Domingo:

> Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué auctoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muerte y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren y, por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quién los doctrine y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos?[896]

Con el paso del tiempo, el problema de la esclavitud desapareció de la peor forma posible. La aniquilación de los habitantes indígenas a causa de la guerra, el hambre y la enfermedad llegó a tal punto que pronto no había suficientes nativos para trabajar la tierra. La gripe porcina, al parecer, exterminó a la cuarta parte de la población de La Española en los dos años posteriores a la vuelta de Colón en su segundo viaje, y, al cabo de cincuenta, había menos de quinientos indios en la isla, de los cien mil que la habitaban en 1492[897]. Para entonces, en el Caribe, en vez de haber sido eliminada, la esclavitud se había consolidado con la introducción de esclavos africanos. La administración de Isabel emitió la primera licencia para transportar esclavos africanos a las Indias, como una forma de reemplazar a la población nativa desaparecida, en 1501, solo nueve años después del primer viaje de Colón. Era el comienzo de un desplazamiento forzoso y en masa de africanos a América que duraría siglos.

Después de su humillante llegada a España como prisionero, Colón compareció ante Isabel y Fernando en Granada. Los reyes estaban molestos

por el trato que habían dado al almirante y habían ordenado su liberación y que se le abonaran 2000 ducados para que pudiera prepararse para la audiencia en la corte. Su hijo Hernando, o quien escribiera en su nombre, afirmó más tarde que Isabel y Fernando le recibieron con «semblante alegre y dulces palabras». Colón emprendió una campaña de envío de cartas, con la que consiguió que algunas de ellas fueran entregadas a la corte antes de que llegase el informe de Bobadilla, que había viajado en la misma flota que Colón[898].

Una de estas misivas iba dirigida a Juana de la Torre, aya del príncipe Juan, que con toda seguridad transmitiría su contenido a Isabel, su auténtica destinataria. La reina, decía Colón, había sido la benefactora decisiva de sus viajes de descubrimiento, más que Fernando.

> En todos ovo incredulidad, y a la Reina, mi Señora, dio [Nuestro Señor] d'ello el espíritu de intelligencia y esfuerzo grande y lo hizo de todo [lo descubierto por Colón] heredera, como a cara y muy amada hija. La possessión de todo esto fui yo a tomar en su real nombre. La ignorancia en que avían estado todos, quisieron enmendallo traspassando el poco saber a fablar en inconvenientes y gastos. Su Alteza lo aprobava, al contrario, y lo sostuvo hasta que pudo[899].

El misticismo extremo de Colón iba acompañado de una falsa modestia, pues alegaba que había emprendido su tercer viaje solo para complacer a Isabel. «Yo mucho quesiera despedir del negocio, si fuera onesto para con mi Reyna. El esfuerço de Nuestro Señor y de Su Alteza hyso que yo continuase», escribió[900]. Para situarse en un plano de superioridad moral, ofrecía una imagen tremenda de sus propios colonos como traficantes de niñas: «Oy en día que se falla tanto oro, ay división en qué aya más ganançia: yr robando o yr a las minas; por una muger también se falla çient castellanos, como por una labrança; y es mucho en uso, y ay hartos mercaderes que andan buscando muchachas: de .IX. a .X. [de nueve a diez años] son agora en preçio».

Los que lo habían detenido tenían motivos ocultos, le insistía Colón a Isabel a través de Juana de la Torre[901]. «Yo he sido muy mucho agraviado en que se haya enviado pesquisidor sobre mí, que sepa que si la pesquisa que él enviare fuere muy grave que él quedará en el gobierno.» Según el

almirante, había tenido que recurrir a la mano dura debido a los rigores de la vida en la colonia y porque los indios —cuyo talante pacífico e inocente había alabado con anterioridad— eran muy belicosos. «Yo devo de ser judgado como capitán que fue de España a conquestar fasta las Indias, a gente belicosa, y mucha, y de costumbres y seta á nos muy contraria […]; y adonde por voluntad divina he puesto so el señorío del Rey e de la Reyna nuestros Señores otro mundo; y por donde la España, que hera dicha pobre, es la más richa.» Era un panorama muy distinto del paraíso terrenal descrito en sus primeras cartas.

«Al tiempo que yo pensé de haber mercedes y descanso, de improvisto fui preso y traído cargado de fierros, con mucho deshonor mío y por servicios de sus altezas. La causa fue formada en malicia», escribió Colón en otra misiva, que se supone que iba dirigida al Consejo de Castilla[902]. Había abandonado a su mujer y a sus hijos para servir a la Castilla de Isabel, y «agora, al cabo de mi vida, fui despojado de mi honra y de mi hazienda sin causa».

A Isabel y a su marido no hacía falta que les convencieran de que Colón había sido maltratado por Bobadilla. «Como sus servicios eran señalados, aunque en algo se huviese desordenado, no pudo comportar la real magestad de tan agradescidos príncipes que el almirante fuese maltratado; e por tanto le mandaron luego acudir con todas las rentas y derechos que acá tenía, que se los habían embargado e detenido, cuando fue preso. Pero nunca más dieron lugar que tornase al cargo de la gobernación [de las islas]», escribió Oviedo, paje del príncipe Juan, que sería otro de los primeros historiadores de las Indias. Isabel y Fernando ordenaron que restituyeran a Colón su parte de los beneficios comerciales junto con sus propiedades. Bobadilla, que fue sustituido al cabo de diez meses, recibió instrucciones de devolver las muestras del mineral de oro que le había quitado a Colón y pagarle las que hubiera vendido[903].

A finales de 1501, Isabel recibió otra carta de Colón, esta vez dirigida solo a ella, en la que el genovés adoptaba el tono de un caballero andante que le escribiera a su dama.

Christianíssima Reina: Yo soy el siervo de Vuestra Alteza. Las llaves de mi voluntad yo se las di en Barcelona. Si le prueba, fallerá cresçido olor y gusto en ella y non poco. Yo voy de continuo pensando en su descanso. Si le plogiese de probar mi industria, pudería ser que pareçería algo de mi deseu. Una confiança grandíssima que yo tengo en Aquel piadoso Redemptor Nuestro me da esta oxadía, y non abilidad ni esfoerço que de mí cognosca. Yo me di en Barçelona a Vuestra Alteza sin desar de mí cosa, y ansí como fue el ánima, ansí fue la honra y hazienda. Fray Johan Peres [del convento de La Rábida] lo diría y el ama [Juana de la Torre], y ansí me estoy más firme de continuo.

Isabel empezaba a sufrir largos períodos de enfermedad y Colón consideraba que su debilidad era la causa de que las dificultades que él padecía fueran cada vez mayores.

Los otros muchos [asuntos] que Vuestra Alteza tiene, con su indisposición, non da lugar que el regimiento d'este vaya perfeto. Esto me contrista por dos cabos: el uno es por lo de Yerusalem, de que suplico a Vuestra Alteza que non le tenga en poco, ni que yo fablé en ello por arte; el otro es que yo he miedo que este negoçio se pierda. Yo suplico a Vuestra Alteza que non me tenga en esto ni en otra cosa alguna por parte salvo por servidor suyo, y que sin engaño estoy inclinado con todos los sentidos a le dar descanso y alegría y a le acresçentar su alto Señoríо[904].

Isabel no se tomó muy en serio su propuesta de reconquistar Jerusalén para la cristiandad, aunque estaba dispuesta a enviarlo de vuelta al Nuevo Mundo, pero bajo condiciones muy estrictas que incluían no recalar en La Española, cuyo flamante gobernador, Nicolás de Ovando, había llegado con una poderosa flota de treinta y dos navíos. Las Casas había acompañado a Ovando y encontró a los colonos de buen humor, ya que habían descubierto una cantidad razonable de oro[905], mientras que una «revuelta» de los indios les ofrecía la excusa perfecta para capturar más esclavos.

Colón se embarcó por fin en su cuarto y último viaje en abril de 1502 con una flotilla relativamente modesta de cuatro barcos y acompañado por su hermano Bartolomé y su hijo de trece años, Hernando. Ya entonces otros exploradores, entre ellos Amerigo Vespucci, habían navegado a las Indias y habían ampliado los territorios descubiertos y cada vez había más pruebas de la existencia de un continente situado al sur de las islas que Colón había explorado en las Antillas. Esta vez, la misión de Colón era encontrar un canal que lo llevara a Asia. Hizo caso omiso de las instrucciones de Isabel

de no dirigirse al puerto principal de Santo Domingo y no le dejaron entrar en él[906]. «Para mí [la respuesta] fue mandarme de parte de ahí que yo no pasase ni llegase a la tierra —escribió en la que probablemente fuera su última carta a Isabel—; cayó el corazón a la gente que iba conmigo, por temor de los llevar yo lejos, diciendo que si algún caso de peligro les viniese que no serían remediados allí.»[907] Colón se sintió profundamente humillado, sobre todo después de que sus barcos tuvieran que capear fuera del puerto una tormenta de cuya llegada él les había avisado. Sus cuatro naves y su hijo enfermo se salvaron, pero la flota saliente, que regresaba a Castilla y no quiso escuchar las advertencias de Colón, perdió diecinueve buques. Se fueron a pique alrededor de 200 000 castellanos de oro (el mayor cargamento de oro hasta la fecha, por valor de 100 millones de maravedís, que incluía una enorme pepita encontrada en el lecho de un río que se creía que valía 3600 pesos de oro, o sea, más de 1,5 millones de maravedís) junto con quinientos hombres. Su antagonista Francisco de Bobadilla y el exrebelde Francisco Roldán figuraban entre los que se ahogaron. «Perecieron con ella las veinte velas o naos, sin que hombre, chico ni grande, dellas escapase, ni vivo ni muerto se hallase —informó Las Casas, quien añadió que los edificios de madera y paja que componían gran parte de Santo Domingo también se habían hundido—: no parecía sino que todo el ejército de los demonios se habían del infierno soltado.»[908]

Colón puso proa hacia América Central y la actual Honduras, donde se le comunicó que a solo nueve días de marcha se hallaba otro mar (el océano Pacífico), pero decidió no buscarlo, ya que estaba más interesado en el oro y en las rutas que lo llevaran a Asia. Sus intentos de establecer nuevas colonias fracasaron y, después de tener que huir de los indios de lo que es hoy Panamá, acabó encallando en un remoto rincón de Jamaica[909]. Fue allí desde donde Colón escribió la carta final a Isabel, en que le decía que había oído hablar de nuevas minas de oro, al tiempo que reflexionaba sobre por qué no había logrado uno de sus principales objetivos, hacerse rico. «Oi día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer o dormir no tengo, salvo al mesón o taverna, y las más vezes falta para pagar el escote.»[910] Colón

también amonestaba a Isabel y a su marido. «Extrangero he sido fasta agora. Siete años estuve en su Real corte, que á cuantos se fabló de esta empresa todos á una dijeron que era burla; agora fasta los sastres suplican por descubrir. Es de creer que van á saltear, y se les otorga, que cobran con mucho perjuicio de mi honra y tanto del negocio.»[911] Y añadía una última queja, al exigir que los monarcas intervinieran para restablecer su honor:

> Yo vine a servir de 28 años, y agora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquellos, y me fue tomado y vendido, y a mis hermanos fasta el sayo, sin ser oído ni visto, con gran deshonor mío. Es de creer que esto no se hizo por su Real mandado. La restitucion de mi honra y daños, y el castigo en quien lo fizo, fará sonar su Real nobleza.

No sabemos cómo reaccionó Isabel, una persona para la que el honor (es decir, su reputación y el respeto debido a ella) también era muy importante, pero se le agotaba el tiempo. Solo después de que dos de sus hombres consiguieran llegar remando con una canoa a La Española, pudo salir Colón de Jamaica, aunque ya entonces había pasado un año entero encallado. Era junio de 1504. Regresaría a Castilla ese mismo año con la reputación mancillada, enfermo, endeudado y a punto de morir. Ni él ni Isabel alcanzaron a darse cuenta del inmenso impacto que tendrían en el mundo sus viajes y su amor compartido por la gran aventura.

35

Las bodas de los Borgia

Palacio del Vaticano, 12 de junio de 1493

Mientras Isabel trataba de imponer una moral estricta en su corte, su Iglesia y los territorios en expansión de Castilla, un nuevo Papa ignoraba las reglas más elementales de buena conducta con un descaro que la enfurecía y la exasperaba. El nuevo Papa era un español, nada menos que Rodrigo Borgia, el astuto y poderoso cardenal que había ayudado a Isabel en su lucha por convertirse en la heredera de su hermanastro en el trono de Castilla. Lo habían elegido cuando contaba sesenta y un años, en agosto de 1492, y había adoptado el nombre de Alejandro VI. Pronto llegó a conocimiento de Isabel que el nuevo pontífice había introducido en el Vaticano su versión personal del nepotismo y una moralidad más que dudosa. El acontecimiento más escandaloso de todos fue la comitiva nupcial que recorrió las suntuosas estancias pontificias en junio de 1493, encabezada por la hija del Papa, Lucrecia Borgia, de trece años. Famosa por sus ojos de color avellana, su delgado cuello y su cabellera rubia, Lucrecia había heredado de su padre el aplomo y los labios carnosos. Sus contemporáneos masculinos también elogiaban su busto «admirablemente proporcionado». Una criada negra le sujetaba la cola del vestido de novia y, detrás de ellas, caminaban más de un centenar de las damas principales de Roma ataviadas con sus mejores galas[912]. Buena parte de la conversación habría sido en catalán o en español, las lenguas que el enorme clan de los Borgia y sus amigos habían traído consigo a Roma. A su cabeza estaba la morena y vivaz Giulia

Farnese, de diecinueve años, también conocida como Giulia Bella, «la bella Giulia», o, en un tono menos elogioso, como «la concubina del Papa».

Así entroncaba por matrimonio la hija bastarda del Papa con una de las familias más poderosas de Italia, los Sforza de Milán, mientras su concubina hacía de primera dama ante los ojos de otro puñado de hijos suyos, asimismo bastardos. De todos ellos, el más destacado era el inmaduro, consentido, despiadado y ambicioso César. Era el mayor de los cuatro hijos nacidos de Vannozza dei Cattanei, algunos de los cuales habían sido reconocidos. A pesar de que solo tenía dieciocho años y aún no había sido ordenado, César ya estaba a punto de recibir de su padre el capelo cardenalicio[913].

Lucrecia fue conducida al Salón Real, donde su padre la esperaba sentado con toda la majestuosidad pontificia en un trono rodeado de tapices y colgaduras de terciopelo. Su hermano Juan Borgia, que llevaba el título español de duque de Gandía, entró con Lucrecia en la sala, donde ella y el novio, Giovanni Sforza, de veintiséis años, se arrodillaron sobre unos cojines ante el Papa. Un tercer hermano, Jofré, de doce años, seguramente anduviera también cerca. Johann Burchard, el maestro de ceremonias de Borgia, veía con desaprobación la caterva de mujeres que seguían a Lucrecia, la mayoría de las cuales se olvidaron de hacer la genuflexión ante el Papa. Se pronunciaron los votos, le pusieron un anillo en el dedo a Lucrecia y comenzó la fiesta. «Criados y pajes sirvieron doscientas bandejas con dulces, mazapanes, frutas confitadas y vinos variados —observó Burchard—. Al final, los invitados arrojaron grandes cantidades de dulces a la gente que se había congregado fuera.»[914] En España, Isabel pronto oiría con desaprobación rumores de que la celebración había sido desenfrenada y tumultuosa; los invitados lanzaban dulces a los escotes de las jóvenes y «cada cardenal tenía a su lado una muchacha. El ágape se prolongó hasta mucho después de medianoche, con comedias y tragedias subidas de tono que hicieron reír a todos —escribió Burchard—. Se cuentan muchas otras cosas, pero no las anoto porque no son ciertas, y si lo fueran, de todos modos parecerían increíbles». Esta observación final, enigmática y

dicha como quien no quiere la cosa, recordaba que Roma se alimentaba del escándalo y del chismorreo tanto como de la religión y que el propio papa Borgia era el protagonista de muchas de las anécdotas picantes favoritas que circulaban por la ciudad. Alejandro VI era un hombre en quien «prevalecía por encima del desprecio y de cualquier otro sentimiento un afán desmedido de enaltecer a sus hijos —escribió el historiador italiano Francesco Guicciardini, que tenía veinte años cuando murió el Papa—, a los que amaba con pasión. Él, en lugar de hacer como muchos otros pontífices que, para disimular su infamia, solían llamarlos sobrinos, fue el primero en llamarlos hijos y presentarlos como tales a todo el mundo»[915].

Cuatro años antes, Giulia, que a la sazón tenía diecisiete, se había casado con un miembro de la poderosa familia Orsini. Rodrigo Borgia, que entonces tenía cincuenta y ocho y aún no era Papa, fue el anfitrión del banquete nupcial. Según un observador, era «de alta estatura, de color mediano; sus ojos son negros y su boca algo gruesa. Goza de una salud robusta, y tolera sobre todo cuanto puede pensarse, todo género de fatigas. Es extraordinariamente elocuente, y toda incultura está lejos de él». Giulia quedó fascinada, fue seducida o hizo sus cálculos[916], pero, sea como fuere, pronto se convirtió en la amante del cardenal. Borgia estaba muy satisfecho con la relación, y otorgó a la joven un papel tan destacado que puso de manifiesto a los ojos de todos su condición de «concubina». Incluso hizo que pintaran con su cara el fresco de la Virgen María que, junto al niño Jesús, decoraba la puerta de su dormitorio en el Vaticano. Era el tipo de cosas que enfurecían a Isabel.

Rodrigo Borgia no hacía ningún esfuerzo por separar su vida y sus ambiciones privadas de las del papado. Cuando en septiembre de 1493 propuso el nombramiento de trece nuevos cardenales, una cifra sin precedentes, suscitó la indignación de los que ya lo eran. Uno de los que designó era su hijo César y otro, Alessandro Farnese, hermano de Giulia. «Jamás se vio tal discordia», escribió el embajador de Mantua[917]. Rodrigo, por su parte, respondió que «les enseñaría quién era el Papa y que en Navidad nombraría más cardenales, les gustara o no».

Isabel debió de enterarse de los detalles de la boda de Lucrecia por boca de sus propios embajadores, que habían llegado a Roma una semana antes, lo que había provocado que el nuevo Papa se negase a cancelar la procesión del Corpus Christi por las terribles lluvias pues quería impresionar a los embajadores españoles. Al fin y al cabo, sus monarcas eran vitales para las ambiciones personales y políticas de Alejandro VI. Por todas partes podían verse recordatorios del poder que ostentaban Isabel y Fernando, incluso delante de los muros de Roma, en la puerta que conducía a la Via Appia, donde se alzaba un campamento de refugiados judíos españoles (a los que pronto echarían la culpa de un brote de peste)[918].

Aunque la elección de Rodrigo Borgia fue vista como una prueba más del poder creciente de Isabel y Fernando —así, cuatro mil nobles romanos con sus hijos recorrieron en procesión las calles de la ciudad, a la luz de antorchas y al grito de «¡España! ¡España!»—, la reina condenaba el comportamiento escandaloso de la familia Borgia y desaprobaba rotundamente la progenie del pontífice; pero lo que más detestaba era que el Papa español fuera tan desvergonzado. Era perfectamente normal que los papas tuvieran hijos, pero por lo general eran discretos. Para Isabel, evitar el escándalo público de quienes ostentaban el poder resultaba tan importante como la buena conducta en sí.

Había intentado evitar que Borgia entregara el título de arzobispo de Valencia al adolescente César. También la irritaban los ambiciosos planes del nuevo Papa en España para su hijo Juan, duque de Gandía. Cuando se enteró de que, además, planeaba nombrar cardenal a César, Isabel se quedó de piedra y convocó al nuncio papal, Francesc Desprats, a un encuentro en privado.

> Me ha dicho […] que si alguna vez me refiriesen algunas cosas que su majestad decía de las cosas de vuestra beatitud, estuviese seguro que no las decía con mal ánimo, sino con todo amor, pero que la obligaban a hablar algunas cosas que de su beatitud oía, de las cuales, por el bien de vuestra santidad, recibía gran disgusto y desplacer […] y me especificó […] las fiestas que se hicieron en los desposorios de doña Lucrecia y la creación de los cardenales, esto es, del cardenal de Valencia […]; y que yo, de parte de su majestad, escribiese sobre ello, suplicando a vuestra beatitud que quisiese mirar mejor en esas cosas de modo que no diese lugar a algún inconveniente;

> y que vuestra santidad no mostrase tanto calor en las cosas del duque [de Gandía] y de sus hermanos.

El nuncio había respondido a Isabel y le había revelado algunos de los actos más escandalosos de los papas recién fallecidos, Inocencio VIII y Sixto IV: «Le respondí […] que no tenía razón de estar tan disgustada de las cosas de vuestra santidad, pues no eran tales que de ellas hubiese de temer ningún inconveniente; y que bien parecía que su majestad no había querido comprender la vida de los otros pontífices predecesores de vuestra beatitud, como la de vuestra santidad». Los detalles escabrosos que reveló —entre ellos seguramente el nepotismo de Inocencio hacia sus propios hijos bastardos o la media docena de sobrinos que Sixto nombró cardenales, así como la pasión al parecer incontrolable de este último por los jóvenes hermosos— demostraban «cuánto más dignamente se portaba Vuestra Santidad que los sobredichos»[919].

De todos modos, las ventajas políticas eran más importantes para Isabel que la conducta de los Borgia. El ambicioso Rodrigo Borgia se veía a sí mismo como *pontifex imperator*[920], «Papa emperador», y estaba decidido a reforzar los Estados Pontificios. Había enfrentado entre sí a los territorios italianos vecinos y hecho auténticos equilibrios a la hora de apoyar las ambiciones contrapuestas del joven rey francés Carlos VIII y de los poderosos nuevos monarcas de Castilla, todos ellos con los ojos puestos en el gran reino meridional de Nápoles, gobernado por una línea bastarda de la familia real aragonesa.

Borgia entendía a la perfección a Isabel y a Fernando. Se dio cuenta de que los soberanos españoles estaban mucho más preocupados por el reparto del Nuevo Mundo, la reforma eclesiástica en sus reinos y la rivalidad con Francia que por el infame comportamiento de su propia familia. Había sido rápido en emitir bulas que les otorgaban derechos sobre el Nuevo Mundo poco después del primer viaje de Colón. También hizo concesiones en cuanto a la reforma de la Iglesia y les dio un alto grado de control sobre un proceso que era de suma importancia para Isabel. Los reyes, a su vez,

aceptaron a César como arzobispo y acordaron el matrimonio de una de las primas de Fernando, María Enríquez, con otro de los hijos de Borgia, Juan. Desde luego, la *Realpolitik* era más importante para Isabel que el hedor moral que exhalaba Roma[921].

Desde su victoria en la guerra de los Cien Años contra Inglaterra unos sesenta años antes, Francia se había convertido en la nación dominante en Europa. Una nueva potencia, España, aspiraba ahora a ese papel, pero antes Isabel y su esposo necesitaban recuperarse de los gastos y esfuerzos realizados durante la campaña de Granada. En enero de 1493 firmaron un pacto de no agresión con Carlos VIII, por el que se comprometían a no oponerse a sus intentos de apoderarse de Nápoles a cambio de la devolución a la corona aragonesa de los territorios fronterizos del Rosellón y la Cerdaña[922]. El pacto quedó invalidado un año después de la muerte del rey Fernando I de Nápoles, tras 46 años en el trono, cuando los franceses anunciaron sus planes de invadir Italia. En septiembre de 1494, a los veinticuatro años, Carlos VIII tenía un ejército de cincuenta mil hombres en el norte de Italia y al cabo de cuatro meses Rodrigo Borgia se veía obligado a abrirle las puertas de Roma[923].

Eso ya era excesivo para Isabel y, sobre todo, para su marido. Fernando presentó también formalmente su candidatura al trono de Nápoles, para lo que necesitaba la ayuda del Papa si quería sobrevivir a la embestida francesa. Isabel y su esposo enviaron un pequeño ejército de dos mil peones y trescientos soldados de caballería ligera, capitaneados por un distinguido veterano de la guerra de Granada, Gonzalo Fernández de Córdoba, que pronto se convertiría en una de las figuras militares más importantes de Europa y se haría acreedor del apodo de El Gran Capitán. Al mes siguiente Carlos llegó a Nápoles con la esperanza de que el Papa le proclamara rey; pero en marzo de 1495 se había formado una liga antifrancesa, encabezada por España y con el apoyo de Alejandro VI[924]. Fue la primera gran aventura militar de Isabel y Fernando fuera de la península Ibérica y la señal de que una nueva España, segura de sí misma, creía que podía desplegar sus fuerzas mucho más allá de sus fronteras (aunque hacía tiempo

que Sicilia y Cerdeña eran posesiones aragonesas y lo seguirían siendo)[925]. Clavaron una nota anónima en las puertas del Castel Sant'Angelo de Roma en la que advertían a los españoles de que «vendría un tiempo que todos serían puestos a cuchillo»[926]. Se dice que Carlos VIII prometió que «él procuraría, con todo su poder, romper aquella cadena [de la liga], aunque fuese más fuerte que el diamante». Había empezado la rivalidad por el dominio de Italia y, por extensión, por el papel de máxima potencia de Europa.

36

Todos los tronos de Europa

Almazán, julio de 1496

En Almazán, la localidad fortificada a orillas del Duero, cerca de la frontera aragonesa, donde Isabel le estaba preparando al príncipe Juan su propia casa y corte, la reina se sentó a escribir ante una hoja en un código especial que transformaba las palabras en grupos de números romanos y redactó laboriosamente un mensaje secreto para su embajador en Inglaterra, el converso Rodrigo González de Puebla. Este debía insistir en que Enrique VII se uniera a una alianza contra Francia que ya incluía al Papa, España y las tierras gobernadas por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Maximiliano. «El rey de Francia reúne un ejército tan grande como puede —escribió el 10 de julio de 1496—. Habida cuenta de la debilidad de Italia, no cabe duda de que la conquistará muy pronto si el rey de Inglaterra y el rey y la reina de España no la ayudan en lo sucesivo […]. Debéis pedirle, en nombre de todos nosotros, que envíe auxilio sin demora, y no permita que la Iglesia sea pisoteada. Debéis dirigiros no solo al rey, sino a todos los británicos.» A cambio, Isabel no solo ofrecía casar a su hija Catalina con Arturo, el príncipe de Gales, sino también ayudar al rey Tudor a eliminar la amenaza que representaba Perkin Warbeck, que decía ser el duque de York y a quien Isabel llamaba «el muchacho que ahora está en Escocia». «Tenemos fuerzas suficientes para ayudarlo», señalaba[927].

Isabel había recibido una carta de Warbeck en septiembre de 1493, en la que afirmaba ser uno de los dos hijos desaparecidos de Eduardo IV, los

llamados «príncipes de la Torre». Su hermano mayor, que se habría convertido en Eduardo V, había sido asesinado, afirmaba Warbeck, pero al hombre al que habían ordenado que lo matara discretamente le había resultado imposible y lo había mantenido oculto. Después de una infancia errante había recibido promesas de apoyo de Francia, Dinamarca y Escocia, así como del emperador Maximiliano. «Muchos de los principales notables de Inglaterra, cuya indignación ha despertado la conducta inicua del usurpador, Enrique Richmond [Enrique VII], han hecho lo mismo en secreto —le había contado a la monarca—. Espero que la reina Isabel, que no solo es pariente mía, sino también la más justa y devota de las princesas, se apiade de mí e interceda en mi favor.»[928]

Isabel no se tragó el cuento, pero seguía preocupada por la solidez de la nueva dinastía Tudor con la que su hija iba a entroncar. Una vez más, sus cuatro hijas casaderas eran un recurso precioso que le permitiría, en palabras de Pulgar, ver a sus hijos y nietos «señores de toda la mayor parte de la cristianidad» o, por lo menos, en todos los tronos de Europa. Catalina de Aragón llevaba mucho tiempo comprometida con el hijo mayor de Enrique VII, Arturo (lo que, según algunos, daría origen a una cancioncilla infantil inglesa que decía que «la hija del rey de España vino a verme, y todo gracias a mi pequeño palo santo»); pero el matrimonio aún no había sido formalizado e iba a convertirse en uno de los pilares de la alianza contra Francia[929]. En julio de 1496 Isabel oyó que los embajadores de Enrique en Roma habían convenido en que Inglaterra debía adherirse a la liga antifrancesa[930]. «Si ello es así que haya entrado [en la liga], devéis mucho apretar la negociación en lo del deudo y amistad de forma que […] nos hayamos especialmente de valer y ayudar con igualdad en cosas que toquen a nuestros estados contra quien quiera», escribió a finales de agosto. Isabel maniobró rápidamente para atar corto al rey de Inglaterra y el futuro de Catalina quedó formalmente sellado en un tratado firmado en Londres el 1 de octubre de 1496[931]. Se casaría cuando Arturo, que acababa de celebrar su décimo cumpleaños, tuviera catorce.

Una segunda hija, Juana, también sirvió para reforzar la alianza. Ya estaba comprometida con Felipe de Borgoña, señor de extensos e importantes territorios a orillas del mar del Norte y, como hijo de Maximiliano, heredero de los dominios alemanes de su padre, de la casa de Habsburgo. Juana debía partir en el verano de 1496 e Isabel se encontró ocupada preparando la gran flota que acompañaría a su hija, de dieciséis años, y un ajuar para cuyo transporte a Flandes harían falta 96 mulas[932].

El convencimiento de Isabel de que la liga necesitaba con urgencia el respaldo de Inglaterra resultó equivocado. El Gran Capitán ya estaba a punto de infligir la derrota al ejército francés en el reino de Nápoles. Las lecciones aprendidas en Granada, como el uso de la artillería para tomar castillos, habían sido perfeccionadas y mejoradas con la ayuda de los italianos y el descubrimiento de que tropas con armas ligeras y capaces de efectuar movimientos ágiles podían derrotar a la caballería francesa, con sus pesadas y engorrosas armaduras. El dominio de España sobre el mar y su actividad diplomática en Italia y en otras partes ayudaron a aislar a Carlos VIII. Esta fue la primera gran victoria española en el inicio de más de un siglo de guerra; la supremacía francesa en la Europa continental se debilitaba al mismo ritmo que la de España iba en aumento. Al final del año, en señal de reconocimiento, Alejandro VI otorgó a Isabel y a Fernando el título de «Reyes Católicos» por la conquista de Granada, la expulsión de los judíos, la promesa de combatir a los turcos y la oposición a las ambiciones francesas en Italia[933]. Con ello reconocía su poder, no su devoción.

Una vez ya comprometidas Juana y Catalina, Isabel se ocupó de sus otras hijas. Sus vástagos demostraron ser tan vehementes y tercos en lo relativo a sus cónyuges como lo había sido su madre, cuyos celos eran públicos y notorios. El breve matrimonio de su hija mayor, Isabel, con el príncipe Alfonso, heredero del trono de Portugal, había marcado la pauta. Aunque se trataba de una unión política, se enamoraron apasionada y lujuriosamente.

Ella tenía veinte años y él, apenas quince, y el matrimonio acabó en tragedia después de solo ocho meses con la muerte repentina de Alfonso en julio de 1491. Como las heroínas trágicas de las primeras novelas sentimentales españolas que empezaban a producir las flamantes imprentas de Burgos y otras ciudades —incluido el popular *Tratado de los amores de Arnalte y Lucenda*, dedicado a las damas de la reina, que debían de figurar entre las lectoras más ávidas de dichas novelas—, la joven reaccionó radicalemnte[934]: se cortó la magnífica cabellera rubia rojiza y se puso el hábito de monja clarisa. «No quiere conocer a ningún otro hombre», contaba Pedro Mártir de Anglería[935]. Hacer que comiera se convirtió en un reto y, al igual que su hermana Catalina, debía de sufrir algún tipo de trastorno alimentario, lo que sugiere un carácter perfeccionista y quizá una madre exigente. El ayuno y las vigilias la habían dejado «más flaca que un árbol seco» y había jurado llevar luto el resto de su vida, de modo que, cada vez que se le planteaban los temas del matrimonio o los hijos, se enfadaba y se asustaba[936]; pero Isabel rechazó su petición de ingresar en un convento. Sus hijas eran una parte crucial de su política exterior y ella y Fernando necesitaban a la infanta para afianzar sus alianzas dinásticas. «Sus padres tratan de persuadirla, le ruegan y suplican que procree y les dé los debidos nietos —relató Anglería[937]—. Ha sido sorprendente la entereza de esta mujer en rechazar las segundas nupcias. Tanta es su modestia, tanta su castidad de viuda, que no ha vuelto a comer en mesa después de la muerte del marido […]. Ruborizada, se pone nerviosa siempre que se provoca la conversación sobre el matrimonio.» La misma Isabel reconocía que tenía problemas con su hija mayor. «Vos decimos que la princesa nuestra fija esta muy determinada de no casar», le escribió a su embajador en Londres el 18 de agosto de 1496[938].

Un visitante italiano se sorprendió al ver a la hija de la reina «con hábito de viuda», aunque al parecer no era nada raro que las viudas españolas mostrasen su dolor de forma muy exagerada.

> Notad ocasionalmente que, cuando muere un español, su viuda, en el día de su solemne funeral, o su parienta más próxima […] se lamenta, y se tira de los cabellos, gritando: «¡Oh, Dios! ¿Por qué me has arrebatado a este hombre, que era de los mejores del mundo?» —contó un sorprendido visitante del norte de Europa—. Y continúa con otras mil varias palabras, locas y perdidas; y si no hacen eso ellas mismas, alquilan mujeres para que lo hagan, las cuales muestran el mismo sentimiento que las otras habrían de mostrar. Parece ser que su dolor es más grande en la apariencia que en el corazón[939].

La infanta Isabel, al igual que sus hermanas, también era consciente de que un aspecto crucial de su cometido era engendrar hijos que pudieran ser herederos de sus padres y nietos tanto de Isabel como de Fernando, ayudando así a forjar alianzas con España. Su temor manifiesto al parto, una causa frecuente de muerte entre las mujeres jóvenes, tal vez fuera otro motivo por el que deseara refugiarse en la seguridad de un convento[940].

Al final, esa devoción obsesiva por su difunto marido portugués la acabó perjudicando. Los portugueses quedaron tan impresionados que el nuevo rey, Manuel, que había heredado la corona el año anterior tras la muerte de su primo Juan II (y que había contado con el apoyo de Isabel, que se trasladó a la frontera con sus tropas por si Manuel tenía que enfrentarse a una revuelta armada), ahora la quería por esposa. La reina le ofreció a María, su tercera hija, pero Manuel insistió en que solo aceptaría a Isabel, quien a la postre no pudo resistirse más a la insistencia de sus padres en que volviera a casarse. Entre otras cosas, le dijeron que un lugar al lado de Manuel le permitiría ejercer su celo religioso y promover el tipo de reformas que su madre ya estaba llevando a cabo en Castilla; pero lo que sus padres no esperaban era que le planteara sus propias exigencias a Manuel antes de dar su consentimiento. La infanta Isabel había heredado los prejuicios de su madre y, al parecer, durante su anterior estancia en Portugal se había sentido profundamente avergonzada por el espectáculo de que tantos sospechosos de la Inquisición entraran libremente en Portugal. También había heredado la obstinación de su madre e insistió, en una carta a Manuel, en que «todos los que fueron condenados aquá [en Castilla] por hereges que stan en los dichos sus reynos e señoríos»[941] sean expulsados antes de que ella volviera a pisar tierra portuguesa. Isabel y Fernando se

vieron obligados a disculpar y explicar el comportamiento de su hija. «Y congoxándonos mucho con la princessa porque la havía embiado sin fazérnoslo primero saber, nos dixo que la embió [la carta] sin dezírnoslo, porque no ge los estoruásemos», le explicaron a Manuel[942].

Las excusas de Isabel para disculpar el comportamiento de su hija resultan poco convincentes. Ella misma solía acusar a Manuel de dar deliberadamente alojamiento a conversos y volvería a escribirle en 1504 para quejarse de eso. Es probable que la hija repitiera las protestas de la madre. El impacto de todo esto en las minorías religiosas de Portugal fue devastador, ya que Manuel cedió fácilmente a los deseos de su prometida. En noviembre de 1496 expulsó a los conversos castellanos, aunque algunas familias obtuvieron la absolución papal y se les permitió quedarse. Al mes siguiente ordenó la expulsión o la conversión de los judíos, a lo que, yendo aún más allá de la Castilla de Isabel, añadió la expulsión de los musulmanes[943]. Era como si estuviera compitiendo con Isabel para ver quién era más duro. Fue un doble golpe para los que ya habían sido expulsados de Castilla. «Un vendaval de terror azotó a los hebreos y particularmente a los judíos que habían venido de Castilla, que se lamentaban: “Hemos huido del león para caer en las fauces del oso”», escribió un cronista judío[944]. Ante la elección entre la conversión y el exilio, la mayoría de los judíos optaron por lo último. Sin embargo, Manuel se sintió herido en su amor propio por la idea de que pudiera ser menos devoto que su futura suegra e intentó superarla. Ordenó la incautación de todos los libros judíos, muchos de los cuales fueron quemados[945]. «Cogieron a un judío que amaba sus libros y lo azotaron con correas —escribió Saba, el estudioso fugitivo de Zamora[946]—. Al oírlo, me quedé temblando, caminando con temor y miedo, y cavé en medio de un gran olivo que hundía sus profundas raíces en el suelo, y allí escondí estos libros que había escrito.»[947]

El verdadero objetivo de Manuel era la conversión forzosa más que la deportación y, justo antes de la Pascua de 1497, aumentó la presión al decretar que los judíos menores de catorce años fueran arrebatados a sus

familias y bautizados a la fuerza. Cuando el rapto de niños no lograba doblegar un número suficiente de voluntades, se recurría a más fuerza[948]. «He visto con mis propios ojos cómo arrastraban por el pelo a los judíos a las pilas bautismales; cómo un padre, con la cabeza cubierta [con un chal de oración] como señal de su intenso dolor y con el corazón roto, fue a la pila bautismal acompañado de su hijo, protestando», escribió el obispo de Lamego, que no era un testigo projudío[949]. Aquellos que se resistieron a la conversión e insistieron en marcharse fueron recluidos en un campamento cerca del palacio lisboeta de los Estaus[950] y bautizados a la fuerza. Algunos eligieron el martirio y destruyeron figuras cristianas, a sabiendas de que serían ejecutados por ello. De los miles de judíos allí presentes, solo Saba y unos cuarenta hombres y mujeres evitaron el bautismo. «Me desnudaron y me separaron de mis hijos e hijas —dijo—. Me quedé sin nada. Y yo y los [cuarenta] otros fuimos encarcelados y encadenados, y transcurridos seis meses el rey ordenó que nos dieran un barco maltrecho para llevarnos a Arcila.»[951]

No tenemos constancia de la reacción de Isabel a todo esto, pero no es probable que se enfadara con sus vecinos por reproducir las acciones que ella misma había emprendido en Castilla. En todo caso, le servía como justificación de sus propios actos. Ella y Fernando, tal vez preocupados por que sus nuevos súbditos musulmanes de Granada los culparan por la orden de expulsión de Portugal, se mostraron sorprendentemente comprensivos con los musulmanes portugueses y, en abril de 1497, accedieron a una petición para que les permitieran cruzar la frontera e instalarse. «Mandásemos dar liçençia para que vosotros y vuestras mugeres e fijos e omes e criados e vuestros bienes pudiesedes venir a estos nuestros reynos e señoríos, e estar en ellos el tiempo que vosotros quisiéredes.» El resultado fue un repentino aumento de la población mudéjar en los pueblos fronterizos castellanos[952].

37

«Aunque clérigos… somos carnales»[953]

Sevilla, 1496

Santiago Guerra no era más que uno de los muchos clérigos que se encontraban en el pueblo castellano de Boadilla de Rioseco, a setenta kilómetros de Valladolid. La principal institución del lugar era un monasterio cisterciense fundado ya hacía mucho tiempo, el Real Monasterio de Benavides, y quienes llevaban hábitos religiosos gozaban de los privilegios, la posición y la seguridad propias de aquellos. Dichos privilegios, por supuesto, no incluían el derecho de atacar y violar a las mujeres de la zona, pero, cuando Guerra le hizo exactamente eso a una joven de la familia Cano de Boadilla, a la víctima le resultó imposible que le hicieran justicia en el obispado de León[954]. En lugar de verse obligado a comparecer ante un juez, Guerra se paseaba armado por Boadilla de Rioseco y amenazaba con matar al padre de la chica, Pedro Cano. Solo después de que la familia apelara directamente a la autoridad real de Isabel y Fernando, se abrió por fin una investigación judicial.

No está claro si se ocupó del caso la propia Isabel o alguno de sus funcionarios, pero era un ejemplo más de un sacerdote que se comportaba como si estuviera por encima de la ley. Entre las muchas ventajas de las que disfrutaba el clero, de hecho, figuraba cierta protección frente a los tribunales civiles y algunos ingresaban en las órdenes menores únicamente para evitar que les llevaran a juicio o los procesaran por deudas. Estos no solo buscaban «escusarse de la pena de los delictos», en palabras

pronunciadas por la misma Isabel en 1500, sino que incluso se atrevían a «fazer muchos e diversos delictos». Así, la reina acabó considerando necesario que se prohibiera a los clérigos de órdenes menores llevar armas en las ciudades y también que recibieran dichas órdenes los bandidos, los blasfemos y los asesinos[955]. Incluso los clérigos honrados creían que tenían derecho a desobedecer las leyes básicas relativas a las mujeres. En un caso juzgado por un tribunal de Sevilla, una mujer llamada Marina Rodríguez se quejó de que su amante, un sacerdote de la catedral hispalense llamado Juan Simón, había echado mano a su arma para enfrentarse a su marido. El corte que le había hecho en la cara al marido «le cortó cuero e carne e salió mucha sangre», declaró Marina ante el tribunal. Al parecer, Simón no fue castigado y, cuando el marido falleció al cabo de un tiempo, Marina perdonó públicamente a su agresor y se supone que volvió a ser su «manceba» o amante oficial[956].

La Iglesia española figuraba entre las más ricas y poderosas de la cristiandad. Sus rentas en Castilla en 1492 superaban en un 50 por ciento las de la corona y, junto con las de Portugal y Aragón, suponían un tercio de los ingresos de las arcas vaticanas, más que las procedentes de Francia, Inglaterra y Escocia juntas. Esa riqueza la convertía en un imán para los perezosos, los ambiciosos y los rapaces, así como para los santos varones y mujeres. En las empinadas calles de Toledo, sede del principal arzobispado de Castilla, los visitantes quedaban asombrados por el número de cabezas tonsuradas y por la riqueza particular de sus propietarios. «Hay muchos capellanes [Münzer contó más de cien en 1494] que alcanzan doscientos ducados al año, de modo que los amos de Toledo, y principalmente de las mujeres, son los clérigos, que tienen hermosas casas y gastan y triunfan, dándose la mejor vida del mundo, sin que nadie los reprenda», observó el diplomático y escritor italiano Andrea Navagero más tarde, en el siglo XVI[957]. Los cargos eclesiásticos se podían y se solían comprar. Los grandes y la aristocracia se disputaban los obispados importantes porque aportaban las mismas riquezas y poder que los grandes títulos nobiliarios.

Los adolescentes se convertían en obispos y estos, en actores políticos, y sus hijos bastardos eran elevados con frecuencia a la grandeza.

Todo eso a Isabel le desagradaba profundamente. Por un lado, la Iglesia, debido a las posesiones seculares de sus grandes arzobispos y obispos, era una fuente rival de poder y de problemas en potencia de la misma importancia que los grandes. Y, por otro, le indignaba que tan pocos monjes, frailes y monjas respetaran los votos básicos de pobreza, castidad y obediencia a sus órdenes y que muchos sacerdotes vivieran abiertamente con sus concubinas. Las monjas españolas, se lamentaba el profesor italiano Lucio Marineo Sículo, que enseñaba en Salamanca, a menudo «vivían en mucha libertad y disolutamente» y, peor aún, en «conversación de los hombres». En el convento de San Pedro de las Dueñas, donde el hermanastro de Isabel había colocado como abadesa a su amante Catalina de Sandoval, llevaban una «vida disoluta» y desenfrenada[958].

La reina quería restablecer el orden, la disciplina y la decencia reformando los monasterios, el clero y, en la medida de lo posible, el mismo papado, para que todos se comportaran más como personas cuyos intereses principales fueran Dios, las almas y la caridad y no la riqueza, el poder y el placer. Había muchos y buenos ejemplos que seguir, sobre todo en los monasterios observantes que habían surgido a lo largo del siglo anterior en un intento de renovar el espíritu original y disciplinado de las órdenes monásticas.

España no estaba peor que otros países. En Inglaterra, Francia y los principados alemanes del Sacro Imperio Romano Germánico, la corrupción y la simonía también eran frecuentes. La remisión de los pecados y la evitación del Purgatorio podían y solían comprarse con dinero. Nadie podía prever las profundas divisiones de la cristiandad del siglo XVI, pero la indignación popular con la Iglesia estaba presente en rimas, canciones y coplas satíricas. «Siempre cuando muere un fraile / cantando van los demás: / ahora un hermano menos / y ahora una ración más», decía una. Los primeros movimientos de lo que se convertiría en la revuelta protestante

contra estos excesos ya se habían visto en Inglaterra, con los lolardos, y, entre los checos, con la aparición de los husitas. Martín Lutero había nacido en una ciudad de Sajonia en 1483, apenas nueve años después de que empezara el largo reinado de Isabel. Lutero encabezaría la ofensiva contra una Iglesia corrupta en la que casi todo, incluso la virtud, parecía estar a la venta, mientras que la propia hija de Isabel, Catalina de Aragón, acabaría contribuyendo a provocar la ruptura de Enrique VIII con Roma al negarse el Papa a aceptar la nulidad de su matrimonio.

Al mismo tiempo que luchaba contra los musulmanes, perseguía a los herejes y expulsaba a los judíos, Isabel insistía en que la Iglesia se purificara de corrupción y venalidad. Pronto renunció a que fuera en Roma donde se emprendieran las reformas. ¿Cómo podían papas como Borgia o su predecesor, Inocencio VIII, que veían a las prostitutas bailar desnudas y exhibían en público a sus hijos bastardos, exigir castidad o cualquier otra cosa a sacerdotes, frailes o monjas corrientes? Roma estaba llena de hijos ilegítimos de cardenales y enviados como Palencia habían regresado con historias de lujo decadente, bacanales y viejos en ropa interior que corrían ante el Papa[959]. Al igual que con la Inquisición, la reforma, o bien se llevaba a cabo bajo la égida de la corona de Castilla, o bien probablemente no sería acometida en absoluto. Y, si eso significaba aumentar el poder real sobre la Iglesia, encajaba a la perfección con las aspiraciones de Isabel de una monarquía centralizada y autoritaria.

Irónicamente, fue el disoluto, ambicioso y nepotista Rodrigo Borgia quien más hizo por ayudarla. Si Isabel y Fernando querían poderes para reformar la Iglesia, necesitaban su permiso. Eso le daba un margen más amplio para negociar, mientras maniobraba en beneficio de sus hijos y para mantener los Estados Pontificios a salvo de las potencias extranjeras. En marzo de 1493 expidió una bula que permitía a los reyes supervisar una reforma de los monasterios que, simplificando mucho, obligaba a muchos de ellos a pasar de la rama «conventual», menos estricta, de su orden a la rama «observante», que hacía hincapié en la pobreza, la castidad y la buena conducta. Isabel también quería implantar la clausura en los conventos de

monjas y que en todos los monasterios y conventos se insistiera más en la meditación, la penitencia y la eucaristía. En los casos más extremos, significaba pasar de la buena comida, el buen vino y la compañía de mujeres a los cilicios y el trabajo más duro. De los tres obispos que debían supervisar la reforma, uno estaría siempre en la corte para que Isabel y Fernando pudieran vigilar el proceso. En eso se parecía a la Inquisición y a la Santa Hermandad, cuyos altos cargos también estaban presentes en la corte, lo que refleja las prioridades de la reina en materia de orden público, represión religiosa y reforma purificadora. Ese mismo día, Alejandro VI entregó formalmente a Isabel y Fernando el control de las ricas y poderosas órdenes religiosas militares de Alcántara y Santiago, lo que añadía otra pieza importante a la construcción del absolutismo real de Isabel. Ella y Fernando habían asumido ya el control de la tercera gran orden militar, la de Calatrava, aunque algunos en Roma consideraban «contra todo derecho» y «cosa monstruosa» que una mujer tuviera el control de una orden masculina. El apoyo de Borgia fue comprado con una simple serie de concesiones; entre ellas, que César fuera arzobispo de Valencia[960]. En otras palabras, la reforma monástica se logró a cambio de un escandaloso nepotismo papal.

También se emprendió una reforma parecida del clero no monástico. En este caso se trataba sobre todo de un problema de moralidad pública, aunque Isabel y Fernando procuraban nombrar obispos honrados y cultos que, a su vez, designaran sacerdotes honestos y cualificados. «No entre aquí quien no tenga titulación universitaria», dijo Talavera cuando fue nombrado arzobispo de Granada. El alemán Popplau comentó escandalizado, a raíz de una visita a España en 1484: «Su clero, con rara excepción, ni siquiera sabe hablar el latín». El concubinato era un objetivo particular, así como la indumentaria, por lo que se ordenaba a los clérigos que comprobaran que su tonsura fuera del tamaño adecuado, que no llevaran el pelo demasiado largo y que los hábitos les llegaran por debajo de la rodilla. Un problema particularmente extendido era el gran número de clérigos que vivían sin tapujos con mujeres. Hacía tiempo que se había convertido en una

costumbre y hasta entonces la reacción oficial había sido de tolerancia o de una intolerancia en gran parte inaplicable. Los castigos recaían sobre las mujeres, que podían ser multadas y obligadas a llevar una cinta roja en el pelo como muestra pública de que no eran «honradas». Sin embargo, cuando los clérigos de Santo Domingo de la Calzada se saltaron públicamente las normas en 1490 y los funcionarios trataron de castigar a sus mujeres, los amantes reaccionaron excomulgando a los funcionarios. Isabel había confiado al principio en que la Iglesia resolvería el problema, pero acabó imponiendo sus propios castigos cuando resultó evidente no solo que los clérigos seguían viviendo con mujeres, sino también que hacían ostentación descarada de su escandaloso comportamiento, algo que preocupaba muy en particular a Isabel, para quien la imagen era a menudo tan importante como la realidad. «Somos informados que muchos clérigos han tomado osadía de tener las mancebas públicamente e ellas de se publicar por sus mugeres, de que non temen la pena de la dicha ley», escribieron Isabel y Fernando mientras promulgaban normas más estrictas. De nuevo, fueron las mujeres las castigadas, con el destierro de su ciudad o pueblo o con cien latigazos y multas por reincidencia. Estos escarmientos también se hacían extensivos a las amantes de hombres casados[961], a quienes no se les permitía hacer alarde de las relaciones que desafiaran el orden establecido.

La actitud de Isabel hacia la prostitución, en cambio, era más tolerante e incluso concedió autorizaciones para su ejercicio. Todas las ciudades tenían sus barrios de burdeles. En Córdoba se encontraban en terrenos que eran propiedad de la catedral y pagaban el alquiler directamente a la Iglesia, además de los impuestos locales correspondientes. En 1486, Isabel y Fernando otorgaron una licencia a Alonso Yáñez Fajardo, que en algunas fuentes figura como sacerdote, «para que pueda establecer mancebías en todos los pueblos conquistados y que se conquistasen» del reino de Granada. A las prostitutas de clase superior, llamadas «encubiertas», había que tratarlas de modo diferente que a las amantes públicas, sobre todo porque ejercían su profesión en la más discreta intimidad. Las ordenanzas

de Córdoba estipulaban que «el alguazil nin sus peones no tomen cosa alguna a ninguna muger, sy no fuere puta. Y de las otras, a que llaman encubiertas, que no tomen cosa alguna ni las metan en mala fama, porque podría de ello nacer escándalo y otros daños»[962]. Las prioridades eran, pues, evitar el escándalo social y los problemas, pero sobre todo proteger la posición de las mujeres debidamente casadas. Incluso la corte de Isabel, tan elogiada por sus propagandistas, estaba bajo sospecha. «¡Cuán difícil es conservar en las cortes su virtud y candor, y evitar lamentables desengaños!», se lamentaba Popplau[963]. Uno de los poetas favoritos de Isabel, el predicador y presunto donjuán fray Íñigo de Mendoza, admitió que allí todo eran tentaciones. «Que para huir del diablo / es más seguro el establo / que no la casa real», escribió[964]. Quizá se refiriese a la corte de Enrique IV, pero la reputación de Isabel de expulsar a las jóvenes que interesaban a su marido sugiere que su corte «reformada» tenía una vida no tan secreta de encuentros clandestinos y de enredos sexuales. De cada diecisiete hijos de nobles de Extremadura, por ejemplo, al menos uno era bastardo.

Es posible que Isabel fuera estricta y razonablemente devota, pero eso no significaba que pudiera imponerle a su marido su visión de la Iglesia[965]. Fernando no parecía ver ningún conflicto entre la reforma eclesiástica y el nombramiento de su propio hijo bastardo, Alfonso de Aragón (nacido el mismo año que su primer hijo legítimo con Isabel), como arzobispo de Zaragoza cuando tenía solo ocho años o, mucho más tarde, su elección como arzobispo de Valencia.

A Isabel le hubiera gustado reformar la propia Roma, que muchos consideraban la raíz de la indisciplina y el declive de la Iglesia; pero eso habría comportado reformar a Rodrigo Borgia. «Su casa estaba tan deformada que toda Roma se podía llamar un convento de religiosos a respeto de los suyos», escribió Zurita. Los incendiarios sermones del predicador puritano italiano Girolamo Savonarola —que organizaba hogueras de vanidades en Florencia para quemar obras de arte, libros y cosméticos pecaminosos y que, además, por tronar contra el pontificado de

Alejandro VI desde el púlpito, fue excomulgado— formaban parte de la biblioteca de Isabel. Un funcionario español llegó a acusar cara a cara al papa Borgia de promover Roma como casa de placer y no como la casa de san Pedro[966].

Isabel no podía presionar demasiado a Alejandro VI porque la Iglesia se estaba convirtiendo en una importante fuente de ingresos para ella. Cuando su querido fraile Talavera escribió una carta condenatoria a un cardenal español afincado en Roma, la reina censuró sus quejas sobre la hipocresía tachándolas. «Abéys de perdonar una gran osadía que hize en tocar en ella, que borré donde dezíades de la hipocresía, porque me parecía que para Roma no era de tachar», se justificó ante el propio Talavera. Con la excusa y los considerables gastos de la guerra de Granada, los reyes habían recibido autorización del Papa para recaudar dinero extra directa o indirectamente de la rica Iglesia de Castilla. Con el paso del tiempo, esta fuente de ingresos fue aumentando desde la cuarta parte del dinero que llegaba a la tesorería de Isabel hasta representar el 40 por ciento. Cada tres años, Isabel y Fernando tenían que volver a pedirle al Papa que renovara las bulas de la cruzada, gracias a las cuales habían obtenido gran parte de dichos ingresos. Siguieron haciéndolo después de que terminara la guerra de Granada, momento en el cual el dinero de la Iglesia se había convertido en su principal fuente de financiación. Ese capital se utilizaba no solo para combatir a los musulmanes, para ayudar al Papa en Italia o para enviar flotas contra los turcos[967], sino también para sufragar los viajes de Colón y los de sus hijas Juana y Catalina cuando fueron a Flandes e Inglaterra con motivo de sus respectivas bodas. Isabel se encontraba visiblemente angustiada por esto. Sabía que el dinero adicional estaba destinado a la cruzada y, en su testamento, mientras repasaba las faltas de las que pudiera ser acusada cuando quisiera entrar en el Cielo, pidió que se reintegraran todos los fondos que hubieran podido ser malversados[968].

Por otro lado, podía señalar que había logrado una verdadera reforma en los monasterios y otra parcial del clero (aunque, como observó Navagero en Toledo, los problemas de las concubinas y la riqueza, obviamente, no

habían sido erradicados por completo). Gracias a la introducción precoz de estas reformas, hay que reconocer que Isabel ayudó a preparar a España para resistir el impacto de la Reforma protestante en el siglo XVI y seguir siendo un país casi íntegramente católico que extendería esta fe por América y por el resto de los territorios españoles, como las Filipinas. «Hizo corregir y castigar la gran disolución y deshonestidad que había en sus reinos cuando comenzó a reinar entre los frailes y monjas de muchos monasterios», escribió su fiel propagandista Andrés Bernáldez[969], aunque esto solo fuera cierto en parte.

Isabel, sin embargo, ni erradicó toda la corrupción de la Iglesia, ni logró todo lo que ambicionaba. El modelo que ella y Fernando querían implantar era, en realidad, el mismo del que gozaban otras monarquías de Europa, que controlaban el nombramiento de obispos y arzobispos. Este privilegio lo consiguieron en el caso de Granada y las Indias, junto con una parte de las rentas eclesiásticas de dichos territorios, aunque los reyes insistieran una y otra vez en que la misma situación se hiciera extensiva a más territorios y se opusieran a cualquier intento por parte de Roma de nombrar obispos que no fueran españoles. Pese a todo, provocaron un cambio en el tipo de hombres que serían elevados al episcopado. Alfonso Carrillo y Pedro González de Mendoza habían sido arzobispos de Toledo a la antigua usanza, nacidos en familias de rancio abolengo y tan interesados en la política y su propio enaltecimiento como en la Iglesia. Los nuevos obispos de Isabel eran más humildes, más eruditos y más devotos. Eran hombres de clase media con títulos universitarios y convicciones profundas, a los que entregaban el poder a veces incluso en contra de su voluntad. Entre ellos se encontraban los dos eclesiásticos más influyentes de su reinado, los arzobispos de Granada, Hernando de Talavera, y de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros, ambos frailes que en un principio habían previsto llevar una vida más humilde[970]. Después de su esposo, y Torquemada y Mendoza, estos fueron los hombres que más influyeron en Isabel y en su forma de gobernar.

38

La flota de Juana

Laredo, 22 de agosto de 1496

La reina Isabel no estaba acostumbrada al mar y mucho menos a dormir en un barco; pero siempre había sentido una fascinación por el océano que, al mismo tiempo, la aterraba. Se encontraba a bordo de un barco en el bien resguardado puerto cantábrico de Laredo, con su hija Juana, de dieciséis años, escuchando los golpes del agua contra el casco de una carraca genovesa de gran tonelaje. Había acudido como madre para calmar los temores de su hija ante la travesía y conseguir que la niña se acostumbrara al balanceo de las olas y el crujido del maderamen. Juana estaba a punto de zarpar rumbo a Flandes, donde debía casarse con Felipe, duque de Borgoña, cuyas tierras incluían gran parte de las modernas Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El duque, de tez pálida, cara alargada y cabello castaño rojizo, era apodado el Hermoso y, como hijo del emperador de los Habsburgo, Maximiliano, también ostentaba el título de archiduque de Austria. Isabel sabía que, en el futuro, probablemente vería poco a su segunda hija. Juana, de pelo castaño, ojos negros y cara estrecha, se parecía claramente a la familia de su padre. Isabel había dado a su segunda hija el mote de «suegra», por lo visto porque se parecía muchísimo a la madre adorada y legendaria de Fernando, que le seguía el juego y llamaba en broma a su hija «madre». Juana, al igual que sus dos hermanas menores, Catalina y María, no había recibido tantas atenciones de su madre como las que esta había prodigado a sus hijos mayores, Isabel y Juan[971]. Iba a marcharse y, a

medida que se acercaba la fecha de la partida, prevista para el 22 de agosto de 1496, su madre estaba preocupada.

Se había concentrado en Laredo una inmensa flota de más de cien barcos. El imponente macizo verde del monte Buciero y sus acantilados protegían la bahía por el norte, mientras que la localidad se encontraba en un repliegue del lado occidental de un abrupto promontorio creado por la erosión de un volcán extinto. Habían ido subiendo lentamente a los barcos amarrados en el muelle y fondeados en la bahía, más allá de la larguísima y ancha playa, el valioso cargamento de ropa de cama, ropa, joyas y vajillas de plata y oro que formaba el ajuar de Juana. Isabel lo supervisaba todo, mientras atendía los asuntos de Estado desde un caserón de piedra situado en una de las empinadas calles que bajaban hasta el puerto. En la extensa lista de la compra que aprobó Isabel había 200 dedales, 10 000 agujas de coser, 40 000 alfileres y 62 pares de chapines. Encargaron asimismo 6 kilómetros de paño de seda, brocado, terciopelo, algodón y lana para vestidos y ropa de cama. Había exquisiteces como jengibre verde, frutas escarchadas y dulce de membrillo, así como perfumes con nombres exóticos de resonancias árabes como menjuí, estoraque, algalia, ámbar y almizcle (este último provenía de civetas africanas criadas en cautividad; Münzer anota que una vez le enseñaron uno de estos animales, «colérico y furioso», al que agarraron por los testículos y, tras darles la vuelta «como quien vuelve una bolsa del revés», le metieron una cucharilla de vidrio para extraer un líquido aceitoso con el que le untaron «la mano, que estuvo oliendo a almizcle durante varios días»)[972]. Entre las joyas más exóticas que viajaban con Juana se encontraban las ajorcas moriscas de oro, de tres dedos de grosor, que tanto le gustaban a la infanta y en las que se podía ocultar perfume[973].

La flota real propiamente dicha constaba de 41 navíos, encabezados por dos enormes carracas genovesas de mil toneladas, famosas por su seguridad. El resto de la flota personal de Juana[974] estaba formado por carracas de tamaño más reducido, veloces carabelas y pequeñas pinazas de remo y de vela[975]. La mitad de los 4500 hombres que tripulaban los

buques eran soldados, en su mayoría vascos, a cargo de 600 piezas de artillería y otras armas, algunas de ellas fabricadas especialmente para proteger a la infanta española[976]. La flota mercante que la acompañaba, con dos barcos que llevaban hierro a Inglaterra, sumaba más de 60 buques. Al menos 200 personas —incluidas 4 esclavas— integraban la casa de Juana, y el séquito de nobles lo encabezaba el primo de Fernando, Fadrique Enríquez, almirante de Castilla. Todo aquello era un gasto inmenso para la corona[977]. El análisis del origen de los enseres de Juana demuestra que los musulmanes mudéjares seguían siendo importantes como artesanos; sus ollas y pucheros de cobre los había hecho un tal Alí, «moro de Torrelaguna», mientras que otro mudéjar llamado Palafox le había fabricado 36 arcones y Mohammed Moferrez (un «gran maestro moro de Çaragoça») le había construido el flamante claviórgano o clavicémbalo (o ambos instrumentos) que llevaba consigo[978]. Todos estos objetos, por supuesto, estaban pensados para el propio lucimiento, incluidas las 95 libras de oro y 256 de plata utilizadas para crear joyas, vajillas y ornamentos litúrgicos[979]. Isabel, que estaba acostumbrada a hacer alarde de riqueza y poder en casa, parecía decidida a ofrecer un espectáculo similar en el extranjero. Si España quería convertirse en una potencia europea importante, tenía que causar sensación.

El tempestuoso Cantábrico y el Canal de la Mancha eran aterradores para quienes no estaban habituados a navegar, pero a Isabel no solo le preocupaban los peligros naturales del mar. ¿Qué pasaría si el barco de su hija era atacado por los franceses, mientras pasaba frente a las costas de Bretaña y cruzaba el Canal de la Mancha? La preocupación era fundada, ya que el matrimonio con Felipe formaba parte del intento concertado de crear una alianza antifrancesa que sería reforzada con el enlace de la hermana de Felipe, Margarita de Austria, con el hijo de Isabel, Juan. La tensión con Francia había llegado a tal punto que Isabel estaba en Laredo sin su marido, que se había marchado precipitadamente a Cataluña para hacer frente a la amenaza francesa en sus dominios[980]. Isabel no lo volvería a ver hasta casi tres meses más tarde.

Cuando escribió al rey de Inglaterra, Enrique VII, por medio de sus embajadores, tres días antes de que Juana partiera, lo hizo en calidad de madre y no de reina. «Fagáys saber al rey de Ynglaterra, mi primo, la partida del archiduquesa mi hija […] porque llevan mandato mío que, para todo lo que ovieren menester, recorran a qualesquier puertos y tierras del rey de Ynglaterra, mi primo, porque la confiança que tenemos tengo creydo que mis hijos serán tratados por él por sus súbditos y naturales como serían sus hijos en mis reynos.»[981] Lo que quería decir era que, si las inclemencias meteorológicas del Atlántico los llevaban a un puerto inglés, esperaba que tratara a Juana como a su propia hija.

Quizá Isabel pretendiera consolarse también pasando las dos noches anteriores a la marcha de Juana con su animosa, inteligente y tozuda hija, pues su propia madre, Isabel de Portugal, había fallecido en la antigua casa de Arévalo apenas una semana antes. Hacía años que vivía recluida, víctima de la depresión, pero su hija la seguía visitando siempre que se lo permitían sus obligaciones. El 22 de agosto, después de dos noches en la carraca, Isabel dijo adiós a su hija. «Se despidió la reina con muchas lágrimas, con pensamiento que nunca más se avían de ver», informó el cronista Alonso de Santa Cruz. «Esta noche pasada a la media noche fizo vela el armada; fázeles buen tiempo, bendicho Nuestro Señor —escribió Isabel mientras la flota de Juana se perdía en el horizonte—. Plegue a Él arribarlos presto a puerto de salut, como tiene el poder.»[982]

Isabel se trasladó a Burgos, donde pasó varios días en un estado de ansiedad. «Estuvo muchos dias congojada por su hija, deseando en estremo saber de ella. Porque como avía ydo a la boca de inbierno, temía no le sucediese alguna tormenta, o no pudiesen pasar los bancos de Flandes —escribió Santa Cruz—. Y para esto tenía consigo personas de la mar, que le decían los vientos que corrían, para tomar algún descanso.» En una nueva carta dirigida a su embajador en Inglaterra, le pidió a Enrique VII que enviara barcos en ayuda de Juana si la atacaba en el mar «qualisquier que

les quieren haser daño». La protección que buscaba de Enrique VII resultó necesaria después de que el Canal de la Mancha estuviera a la altura de su tormentosa reputación y la flota se viera obligada a pasar varios días en el puerto inglés de Portland. Los bajíos de Flandes también causaron daños; se perdió una nao española de gran tonelaje y la enorme carraca genovesa que transportaba la mayor parte del ajuar de Juana encalló y se fue a pique, llevándose consigo las joyas de muchos de los grandes y otros nobles que viajaban en ella[983].

Juana llegó a Flandes el 8 de septiembre de 1496. El mar resultó ser la menor de sus preocupaciones. Su enorme séquito se sorprendió al ver que nadie de rango equivalente los esperaba. Ni Felipe ni su padre, Maximiliano, estaban en Flandes, y pasó otro mes antes de que la infanta conociera a su marido y se casara con él. Juana ingresaba en una de las cortes más ostentosas de Europa, que marcaba la pauta de la moda y el boato al resto del continente. Los cortesanos de Felipe se rieron de la escasa elegancia en el vestir del embajador de Isabel, Francisco de Rojas, cuando interpretó el papel de príncipe Juan en la ceremonia de compromiso con Margarita de Austria. Rojas era uno de los hombres de condición relativamente humilde que Isabel había aupado para convertirlo en uno de sus embajadores predilectos. Tuvo que desnudarse parcialmente y meterse en la cama de Margarita y, al hacerlo, dejó al descubierto unas medias carmesíes rotas sujetadas al muslo con una correa de cuero. El sentido austero del vestir del español, reflejo del humanismo moralista que se practicaba en la corte de Isabel, chocaba con el estilo hedonista predominante en las cortes tanto de Borgoña como de Francia. Los españoles que acompañaban a la infanta se escandalizaron por la moral laxa y la alegría en el gasto de los borgoñones, que, a su juicio, «más honra facen por bien beber que por bien vivir». Un embajador castellano particularmente quisquilloso, Gutierre Gómez de Fuensalida, observó más tarde que Juana «no hera ya de dysimular con estas gentes, pues que en ellas no avía comedimiento alguno»[984].

Maximiliano no era el más fiable de los aliados, en parte porque a menudo andaba escaso de dinero. Uno de los embajadores de Isabel lo llamó «largo en sus determinaciones; con constante espíritu de contradicción; que nunca quiere lo que le proponen, aunque sea en provecho propio; con fama de liberal, pero escaso, y tan pobre, que para que dé 100 florines andan tras él cien días»[985]. Sin embargo, Isabel y Fernando sabían que el mejor contrapeso al poder y la ambición de Francia era una alianza entre ellos, los Habsburgo y los Tudor.

Los mensajeros, mientras tanto, llevaron a España descripciones del estilo lujoso e innovador de la corte de Borgoña. Enseguida corrió el rumor de que Isabel estaba preparando unos aposentos para su futura nuera Margarita en España que serían casi idénticos a los tapizados de paño de oro a la última moda que habían visto los españoles cuando la princesa Habsburgo recibió por fin a su nueva cuñada[986]. Mientras que Juana y los principales nobles que la acompañaban deslumbraron a los borgoñones con sus ropas y sus joyas, el resto del séquito los decepcionó. «Sus acompañantes iban escasamente vestidos y no gastaban mucho —escribió el cronista Jean Molinet[987]—, pues eran sobrios en el comer y el beber.» Felipe despidió a la mayor parte de los cortesanos españoles de Juana y la dejó sola y sin ningún poder. Entre las que pudieron quedarse estaban sus cuatro esclavas, aunque esto más tarde provocó otro choque de mentalidades; la bañaban y le lavaban tan a menudo el cabello que su marido, culturalmente obtuso, acabó por preocuparse por su salud. Isabel hizo todo lo posible por impedir que Felipe dejara a su hija sin personal español y envió un obispo a Flandes con instrucciones de que «no eche de casa de la archiduquesa las personas que consigo levó para su servicio». También presionó para que Juana tuviera el control de sus propios ingresos, a la española, en lugar de tener que pedirles dinero a los contables de su marido. Fue inútil. Felipe no parecía afectuoso ni fiel y estaba a menudo ausente. Fuensalida opinaba que era «de buen fondo, pero movible, a voluntad de sus consejeros, que le embriagaban con vida licenciosa, trayéndole de banquete en banquete y de dama en dama». Muchos de esos

consejeros eran radicalmente profranceses y desaprobaban un matrimonio destinado a debilitar a los Valois de Francia. Juana pronto descubrió que había heredado la propensión de su madre al amor apasionado y posesivo. «No solo se halla en mí esta pasión», reconoció después; pero si a su madre, que había sido «asimismo celosa», el tiempo al final la había curado, esperaba que a ella le sucediera lo mismo[988].

Para empeorar las cosas, a los españoles el cambio de clima les resultó insoportable. Llegaron tan avanzado el verano que luego les fue imposible hacer el viaje de vuelta, por lo que retrasaron hasta la primavera el regreso con Margarita de Austria en la flota de Juana para la futura boda con Juan. El clima frío y húmedo de la costa de Zelanda, combinado con una cocina desconocida y un brote de peste, provocó que muchos no sobrevivieran a un invierno terrible. Se les helaban los dedos y las tormentas llegadas del mar del Norte los dejaban tiritando y vulnerables. «Ya sea por el cambio de aire o de dieta, o por la delgadez de sus ropas, que no podían resistir el tremendo frío, contrajeron la peste y aquí terminaron sus días unos tres o cuatro mil», anotó Molinet[989]. Alrededor de la mitad de los españoles murieron y se gastaron alrededor de 75 000 maravedís solo en enterrarlos. No es extraño que muchos de los españoles que debían quedarse con Juana suplicasen que les llevaran a casa. Abandonada a su suerte, la infanta podía hacer poco, al menos al principio, por acercar los reinos de Isabel a Borgoña o ayudar a promover los intereses de España contra los de Francia. Felipe no se involucraba en la administración de sus tierras, que dejaba en manos de sus consejeros. Le interesaban más las fiestas y la caza. Zurita observa que no era ambicioso ni codicioso y sí poco dado al trabajo, por lo que prefería que otros se encargaran de él y gobernaran en su lugar. Felipe solía estar de acuerdo con Juana cuando estaban a solas, le dijo esta a un embajador, «porque conoçe que la ama». Sin embargo, como todo lo que ella decía Felipe se lo contaba a su antiguo preceptor, el arzobispo francés de Besançon, Juana aprendió a no comentarle a Felipe «algunas cosas que le parece que serían razonables de le dezir y que se hiziesen»[990].

El yerno de Isabel, pues, fue una decepción. No parecía que fuera a convertirse en proespañol y, de hecho, le creó más problemas a la reina que los que le resolvió. Había perdido a una hija y ganado muy poco. Isabel esperaba que la otra parte de su acuerdo con los Habsburgo —el matrimonio entre su hijo Juan y la hermana de Felipe, Margarita— produjera mejores resultados.

39

«Dos veces casada, murió doncella»

Burgos, marzo de 1497

En las ventanas de las casas ardían velas de bienvenida y 1500 antorchas llameantes, montadas en trípodes, iluminaban las calles de Burgos. Una vez más, Isabel había escogido el atardecer como el momento más espectacular para una cita importante y la noche estaba cayendo, mientras la comitiva montada que traía a su nuera Margarita de Austria entraba en la ciudad. Isabel la esperaba junto a la puerta interior del palacio, vestida de brocado de oro, con un mantón carmesí recamado también de oro y una mantilla negra, un conjunto que utilizó tanto para Catalina como para María. El encuentro estaba concebido como una representación teatral. Cuando Margarita trató de arrodillarse y besar la mano de la reina, esta le pidió amablemente que se levantara. «Fue mucho de ver el recebimiento que la Reina le hiço —relata Alonso de Santa Cruz—. Y besándola y abraçándola muchas veces, la llevó consigo a su aposento.»[991]

En el salón principal del palacio habían instalado una tribuna, en la que tomó asiento la familia real por estricto orden de rango: Isabel y Fernando se situaron en la parte superior, con sus hijas un peldaño por debajo de ellos y la hija ilegítima de Fernando, también llamada Juana, otro más abajo. Al parecer, esta última había nacido antes de su matrimonio, aunque más adelante el monarca tuviera por lo menos otras dos hijas ilegítimas, ambas monjas llamadas María, que pasaron juntas la mayor parte de su vida en un convento de Madrigal de las Altas Torres. «Fue, en su juventud, estimada

como la muchacha más hermosa de España», comentó un visitante que vería a Juana casarse con un grande, el condestable de Castilla (de quien ya tenía un hijo), muchos años después. La pompa coreografiada de Burgos, con sesenta damas de Isabel haciendo cola durante casi una hora para besar la mano de la nueva princesa, impresionó al embajador veneciano, que elogió los preciosos ropajes de las «damisele […] nubile». Margarita traía consigo no solo el refinamiento de Borgoña, sino también el de la corte francesa, igual de hedonista, en la que había residido a raíz de sus esponsales con Carlos VIII. Deslumbró a los asistentes con un vestido encantador de estilo francés de brocado de oro y carmesí forrado de armiño, todo ello coronado por un sombrero de fieltro negro y acompañado de grandes perlas. «Como ella fuera muy hermosa y muy blanca, parecíale en estremo la mucha riqueça de oro y piedras preciosas que sobre sí traía —observó Santa Cruz—. Y no menos hacían sus damas, las quales todas venían vestidas a sus usos.»[992]

La angustia de Isabel por el viaje en barco de Margarita a España había sido casi tan grande como la que había sentido con la partida de Juana. Una vez más, sus temores resultaron fundados. Margarita era enérgica e inteligente, con un sentido del humor mordaz. Esa era su segunda tentativa de matrimonio, tras la anulación de su largo compromiso con Carlos VIII de Francia. Cuando la flota que la llevó a España, que también tuvo que recalar en puertos ingleses, sufrió el embate de las tormentas del golfo de Vizcaya, escribió su propio e ingenioso epitafio: «Aquí yace Margot, gentil damisela. / Dos veces casada, murió doncella»[993]. Las noticias de su desembarco en Santander le llegaron a Isabel en Burgos a principios de marzo de 1497. Un nutrido grupo de nobles atravesó la cordillera Cantábrica para saludar a la futura princesa y acompañarla a la corte. El séquito de Margarita apenas sabía nada de España y de su accidentada geografía y habían traído los carros de cuatro ruedas que utilizaban en el noroeste de Europa, completamente inadecuados para las montañas escarpadas y los caminos

embarrados de la primavera en Castilla. «No son sino para tierra llana», comentaría con desdén el paje del príncipe, Gonzalo Fernández de Oviedo, muchos años más tarde[994].

El joven al que Margarita había venido a desposar era el hijo más querido de Isabel, que siempre lo había adorado y mimado. «Mi ángel», solía llamarle la reina, incluso cuando le regañaba[995]. Durante la mayor parte de su vida, Isabel se había encargado de sus gastos, su educación y el personal de su casa. Su ama, Juana de la Torre, la mujer que había obsequiado a Colón su «miel rosada», era claramente la favorita del niño. Juan se sentía tan apegado a ella que la consideraba «como su madre»[996], la echaba de menos cuando estaba ausente y, algo más insólito, una vez le escribió una carta para decirle, con mala letra, que se sentía como si fuera su marido[997]: «Mi ama, mucha trysteza me avéys dado con vuestra partida: no sé commo vos no ovystes por grande angustia en me dexar assy, pues sabéys la soledat que yo sentyré syn vos. Ruego mi ama, que por amor de mí luego os bolváys, que a mí por marido me debéys tener más que a nadye». No fue hasta los once años (en 1489) cuando la casa de Juan se independizó de la de Isabel, pero, en el momento de su matrimonio, ya contaba con su propia corte y su palacio en Almazán[998].

Como todos los hijos de Isabel, Juan tuvo una infancia errabunda. De pequeño, sus criados lo llevaban en una litera cada vez que la corte se desplazaba de un lugar a otro. Más tarde había aprendido a montar en mula, algo que su hermana menor Catalina llevaba haciendo desde que tenía seis años. Las grandes y mullidas sillas de montar para niños estaban provistas de angarillas que permitían a los porteadores levantarlos y transportarlos. Además, estaban cubiertas de cojines de seda y mantas. Los interminables recorridos por caminos, senderos y viejas calzadas romanas, vadeando ríos o subiendo por puertos de montaña, tuvieron como resultado que todos los hijos de Isabel fueran jinetes consumados a una edad temprana. Una ocasión en que la familia real vadeaba el Tajo en Aranjuez en 1494, la mula de Juana tropezó y fue arrastrada por la corriente. Isabel comenzó a gritar asustada pidiendo ayuda, mientras Juana se aferraba valientemente a su

silla, «colorada como una rosa» y «con mucho ánimo», y la mula trataba de nadar, hasta que un mozo de espuelas la rescató. Todos estaban acostumbrados por igual a pasar la noche en palacios grandes y pequeños, así como en casas de pueblo o grandes tiendas (a veces de estilo árabe) plantadas al aire libre. Eso no significaba que estuvieran acostumbrados a pasar incomodidades. Armiños, conejos, liebres, nutrias y martas eran sacrificados para mantener bien abrigados a los infantes. Los libros de contabilidad de Juan indican que gastaba por lo menos 55 pares de zapatos y un número parecido de borceguíes al año[999]. Sin embargo, el gusto de Juan por la ropa y su costumbre de guardársela en vez de regalarla a sus cortesanos irritaba a Isabel, que intervino para enseñarle una lección sobre la generosidad real. Así nos lo cuenta Oviedo:

> Fuele dicho a la Reina Católica que el prínçipe, su hijo, sería escaso [avaro] […]; e como prudente e magnánima reina pensó qué forma se podía tener para librar a su hijo de tal defecto e enseñarle a ser liberal; […] porque, a la verdad, es gran defecto del rey no saber dar e gratificar a los que le aman e sirven. Para esto, un día la reina preguntó al camarero del prínçipe, Johán de Calatayud, que qué se avía fecho un çierto vestido del prínçipe, o si le avía dado, e el camarero respondió e dixo: «Señora, ese vestido que Vuestra Alteza dize, en la cámara del prínçipe está, que no le ha dado, ni suele dar nada de lo que Vuestra Alteza le suele dar o le haze merçed».
>
> La reina replicó e dixo: «Mejor fuera que lo oviera dado, que los prínçipes no han de tener las arcas de su cámara llenas de sus ropas de vestir. E mirad que, de aquí adelante, tengáis cuidado que cada año, el postrero día del mes de junio —que en tal día nasçió el prínçipe—, traigáis delante de mí todos los jubones, e sayos, e capas, e ropas, e bonetes, e jaezes, e guarniçiones de cavallos e mulas e hacaneas, e en fin, todos los atavíos de la persona del prínçipe —eçepto las calças e calçado, que es de vuestros derechos […]».
>
> Venido pues aquel día, e llevados todos los vestidos delante de la reina, e inventariados, mandó llamar al prínçipe, e venido ante su madre, tomó la reina el memorial de todo ello en la mano e díxole: «Hijo, mi ángel —porque así acostumbrava a le llamar, mi ángel—, los prínçipes no han de ser ropavejeros, ni tener las arcas de su cámara llenas de ropas de los vestidos e atavíos de su persona. De aquí adelante, tal día como hoy, cada año, quiero que delante de mí repartáis todo esso por vuestros criados»[1000].

Isabel, por supuesto, hacía lo mismo con sus ropajes.

Entre los pasatiempos de Juan estaban los toros, la cetrería, los juegos de pelota, la música, las pantomimas, los fuegos artificiales y el ajedrez. Al mover con la mano la pieza de ajedrez de la reina —muy poderosa después de que las nuevas reglas del juego le permitieran desplazarse en diagonal por el tablero— tal vez pensara en su madre, a quien algunos historiadores consideran la inspiradora del nuevo reglamento. La principal preocupación de Isabel, como siempre, era la educación. En cuanto Juan cumplió siete años, le pusieron de acompañante un maestro dominico, Diego de Deza, que le llenaba la cabeza de latín, gramática, ética, lectura y música[1001]. Siete años, según un manual, era la edad en que los jóvenes reyes debían empezar a «leer, escribir, aprender la lengua latina, y despues tañer, dançar, nadar, tirar con arco y ballesta, estoques, tablas, pelota e otras cosas que hazen ombres dispuestos y más prudentes»[1002]. Al hacerse mayor, Juan se fue acercando a sus padres para aprender junto a ellos a tomar decisiones y sobre temas como la guerra y la justicia. A la edad de catorce años ya era un hombre rico gracias a la acumulación de tierras que le aportaban rentas e impuestos, así como las responsabilidades que conllevaban. En 1496, poco antes de despedirse de Juana, Isabel y su marido le habían dado formalmente el título que distinguía a los herederos de la corona de Castilla, el de príncipe de Asturias[1003]. «Por quanto de costumbre antygua usada en estos nuestros Reynos, los Reyes […] que tenían fijo varón primogénito heredero de sus Reynos, quando hera costituydo en alguna hedad despues de ser pasado de la hedad pupila, acostumbraron ponerles e asentarles casa e darles principado que touiesen e gouernasen», escribieron.

Juan fue el tercero de los hijos de Isabel en casarse y, como sus hermanas y su madre, rápidamente convirtió un matrimonio de conveniencia política en una apasionada y ardiente relación. La pareja se casó el 19 de marzo de 1497, pero todavía era Cuaresma, tiempo de abstinencia para la Iglesia, de modo que se vieron obligados a esperar dos semanas antes de que se les permitiera consumar el matrimonio. Mientras tanto, las celebraciones quedaron ensombrecidas por la muerte de un joven noble pisoteado por su propio caballo durante un duro juego de cañas, lo que algunos vieron como

un mal presagio para la pareja. Margarita, rubia y de cutis blanco, impresionó a los europeos del sur, que consideraban su palidez una cualidad superior y deseable. «Si la vieras, te harías la idea de que estabas contemplando a la misma Venus […] [de aspecto] no desfigurado con ningún afeite y sin arreglar con ningún arte», escribió Pedro Mártir de Anglería, aunque es difícil imaginar que un producto de las cortes de Francia y Borgoña usara tan poco artificio[1004].

Juan y Margarita se sintieron atraídos de inmediato. A algunos, de hecho, les preocupaba la atracción sexual, evidentemente intensa, entre la joven pareja, y los médicos de la corte estaban alarmados por la cantidad de tiempo que pasaban juntos en la cama[1005]. Les inquietaba que el príncipe, que tenía un largo historial de enfermedades y al que habían prescrito con regularidad que comiera carne de tortuga para aliviar sus dolores de vientre, fuera demasiado joven y débil para tales esfuerzos. «Preso del amor de la doncella, nuestro joven Príncipe vuelve a estar demasiado pálido —escribió Anglería, que acompañó a Juan mientras caminaba por las calles alfombradas de tomillo y de otras hierbas en su entrada solemne en Salamanca el 28 de septiembre[1006]—. Tanto los médicos como el Rey aconsejan a la Reina que, de cuando en cuando, aparte a Margarita del lado del Príncipe, que los separe y les conceda treguas, pretextando el peligro que la cópula tan frecuente constituye para el príncipe.» Isabel no hizo caso. «Una y otra vez la ponen sobre aviso para que observe como se va quedando chupado y la tristeza de su porte y anuncian a la reina que, a juicio suyo, se le pueden reblandecer las médulas y debilitar el estómago. Le instan a que, mientras le sea posible, corte y ponga remedio al principio. No adelantan nada», dijo Anglería.

La respuesta de Isabel quizá reflejara su propia experiencia tanto del sexo como del matrimonio. «Responde la reina que no es conveniente que los hombres separen a quienes Dios unió con el vínculo conyugal», escribió Anglería, inquieto al comprobar que Isabel atribuía la robustez natural de su marido a su hijo, visiblemente más débil como consecuencia, según él, de haber «sido criado a base de pollos de gallina y de otros alimentos flojos de

esta como un inválido». «Le arguyen que el príncipe, desde la infancia, ha sido de naturaleza débil […]. Le aconsejan [a Isabel] no confíe en el ejemplo del marido, al qual desde el vientre de su madre dotó la naturaleza de una admirable robustez de cuerpo repitiéndole que existe una gran diferencia entre el padre y el hijo.»[1007] En asuntos de Estado, Isabel se veía obligada, al menos, a aparentar que hacía caso de los consejos ajenos; pero, cuando se trataba de sus hijos, estaba del todo convencida de que le correspondía a ella tomar las decisiones. «La Reina no escucha a nadie y se obstina en su decisión de mujer —escribió Anglería a mediados de junio, después de que la familia real se reuniera en Medina del Campo, mientras la infanta Isabel se disponía a volver a Portugal, esta vez como reina consorte —. Se ha transformado en otra que nunca hasta ahora habíamos sospechado en ella. Yo siempre he proclamado que era una mujer constante; no quisiera llamarla contumaz; se confía demasiado.»

Los reyes tenían otras cosas en que pensar. Había que despedirse de la infanta Isabel con la debida ceremonia, para lo cual organizaron una serie de festejos y eventos para principios de octubre en la ciudad fronteriza de Valencia de Alcántara. De allí, la hija mayor de los reyes debía pasar a Portugal. La familia se separó, e Isabel, Fernando y sus hijas se marcharon hacia la frontera, mientras Juan se quedaba en Salamanca, uno de sus señoríos personales, donde unos tres mil estudiantes de la mayor universidad de Castilla constituían, aproximadamente, un sexto de la población. Juan presentaba síntomas de agotamiento y pronto tuvo que guardar cama con fiebre. «En el tiempo de su mayor empinación […] llegó al Príncipe D. Juan susodicho por sus ciertas jornadas el cabo del viaje de su peregrinacion que vino á andar en este mísero mundo», escribió Bernáldez, que era uno de los que creían que el príncipe se estaba excediendo con su pícara esposa. A pesar de su debilidad, Juan había continuado con sus pasatiempos favoritos, que ahora parecían ser sobre todo la cetrería y acostarse con Margarita. También es posible que padeciera viruela (ya había sufrido un ataque en 1488) o tuberculosis. Tampoco le ayudó precisamente que, poco después de su matrimonio, el caballo que

montaba por las calles de Burgos tras ir a misa con Margarita se encabritara y lo arrojara a una acequia «no sin le poner en harto peligro». Tuvo que sacarlo del agua un ilustre caballero, el adelantado de Cazorla, Hurtado de Mendoza[1008].

La enfermedad de Juan empeoró a un ritmo preocupante. Se alojaba con su antiguo tutor, fray Diego de Deza, a la sazón obispo de Salamanca. Isabel debió de leer con inmensa preocupación una carta de Deza que le llegó a Valencia de Alcántara, con fecha de 29 de septiembre, en la que le advertía de que el príncipe estaba muy grave.

> El mayor trabajo del mundo es ver su apetito tan caído y Su Alteza que se ayuda mal. Si esta enfermedad viniera en tiempo que Vuestras Altezas no tuvieran necesidad de estar ausentes, fueran todo el remedio de su mal, porque se ayuda mucho más cuando Vuestras Altezas están delante, y con más obediencia está a la medicina, y recibe mejor el esfuerzo y el alegría. Suplico a Vuestras Altezas que provean qué se debe hacer estando el Príncipe en tal disposición; y si en esto digo algo de que Sus Altezas no son servidas, suplico humildemente me perdonen; que estoy con tan gran fatiga que no sé lo que es mejor.

Fernando regresó al galope a Salamanca y parece que llegó a tiempo de darle algo de consuelo a su hijo moribundo. La versión que escribió Bernáldez de las últimas palabras del rey a su hijo, probablemente apócrifa, refleja el drama y la tragedia del día: «Fijo mucho amado, aved paciencia, pues que vos llama Dios, que es mayor Rey que ninguno otro, y tiene otros reinos y señoríos mayores é mejores que non estos que vos teníades y esperábades para vos dar […] y tened corazón para recibir la muerte, que es forzoso á cada uno recibirla una vez, con esperanza que es para siempre inmortal é vivir en gloria».

Isabel no vio a su hijo antes de su muerte, a los veinte años de edad, acaecida el 4 de octubre de 1497 en el palacio episcopal de Salamanca. Su breve y apasionado matrimonio había durado menos de seis meses[1009]. «De la cual muerte y fallecimiento quedó mucha desconsolación a su padre y madre, y a la sin ventura Margarita, su mujer, […] la cual quedó preñada», cuenta Bernáldez[1010]. La defunción fue una tragedia personal para Isabel y un drama político cuyos ecos se extendieron mucho más allá

de las fronteras del país. Un cancionista judío del norte de África, casi con toda seguridad uno de los que habían sido expulsados cinco años antes, reflejó en un romance el drama de Isabel al no alcanzar a ver a Juan en su lecho de muerte: «¿Dónde estabas tú, mi madre, mi madre, la desdichada? / Rogando iba al Dios del Cielo que troque alma por alma. / Tarde recurristes, madre, la sentencia ya está dada»[1011]. Fue, sobre todo, un momento de dolor familiar íntimo. Al día siguiente de la muerte de su hijo, Fernando fue a ver a Isabel, quizá para comunicarle en persona la noticia. «Dio su ánima a nuestro Señor con tanta deboción —escribió Fernando en una carta poco antes de partir— […]. Séanle dadas muchas gracias por todo, y yo me parto a la ora la vía del camino que ha de traer la Reyna, porque para semejante nueva me paresce ques razon hallarme con ella.»[1012]

El deceso de Juan puso un abrupto y doloroso fin a la alegría que sentía Isabel por el segundo matrimonio de su hija preferida. «Así que fueron las alegrías del matrimonio llantos, lloros y lutos por el Príncipe, todo en una semana», dijo Bernáldez[1013]. La reacción pública de Isabel, consistente en mantener una apariencia exterior regia, serena e impasible, la observó con incredulidad Anglería. «Los Reyes se esfuerzan en disimular su profunda tristeza. Pero nosotros adivinamos en su interior derrumbado el espíritu», escribió[1014]. Isabel y Fernando encontraron apoyo en su propio matrimonio, que no había perdido un ápice de complicidad. «Cuando están sentados en público, no dejan de mirarse el uno al otro. Por donde queda de manifiesto lo que dentro se esconde», añadió Anglería. La única alusión de Isabel a la aflicción que sentía se encuentra en una carta posterior, firmada conjuntamente con Fernando, en la que se consuelan por que Juan pudiera confesarse y recibir los últimos sacramentos. «El fin tan católico como él fizo nos da mucha consolación, pero tan grande pérdida no pudo ser sin mucha turbación nuestra.»

El ataúd fue colocado bajo un dosel en la catedral de Salamanca. Pusieron tantas velas que tuvieron que traer cera de las ciudades vecinas. Las autoridades salmantinas dieron instrucciones estrictas; nadie debía usar oro, plata, seda o ropa de colores, sino «paño negro de color de pesar e

tristura». Se prohibió tocar flautas, panderos, tambores y violines en bodas y bautizos. El corregidor también aprovechó la ocasión para insistir en que los mudéjares locales llevasen no solo ropas de luto, sino también las medias lunas azules sobre los hombros que los señalaban como musulmanes[1015]. El más abatido de los deudos del príncipe, según Oviedo, era su lebrel de color manchado, blanco y negro, Bruto. «Se echó apar de la cabeçera de la tumba, en tierra, e tantas quantas vezes de allí le quitavan, tantas se bolvía en continente al mismo lugar; de manera que, viéndole así porfiar en acompañar aquel real cadáver, le pusieron un coxín o almohada de estrado allí, en que, de día e de noche, estuvo todos los días que el cuerpo tuvo aquella morada, e allí le davan de comer e bever, e quando él tenía nesçesidad de otra cosa se salía de la iglesia, e después que avía hecho aguas, o lo demás, se bolvía a su almohada.» Las dos hijas menores de Fernando e Isabel, María y Catalina, se asombraron tanto al ver que el lebrel continuaba allí, a imagen y semejanza de los perros que figuraban en tantos sepulcros reales como símbolo de fidelidad, que la reina insistió en adoptarlo. «E aquesto fue causa que nunca después la reina dexó de tener çerca de su cámara este leal lebrel», recordaba Oviedo. Bruto se unió a Héctor, el otro perro favorito de Isabel, que vivía a cuerpo de rey, y entre los dos devoraban medio carnero al día[1016].

Trasladaron el cuerpo a Ávila mientras España seguía llorando. «¡Qué pronto se ha mudado la horrenda imagen de fortuna!», escribió Anglería. Isabel, Fernando, su familia, la corte, los nobles y muchas personas de todo el país vestían de negro o con túnicas blancas en señal de respeto[1017]. De los portales de ciudades y pueblos colgaban banderas negras, mientras los españoles lloraban al joven cuyo destino, ahora frustrado, había sido unirlos a todos. En la ciudad andaluza de Córdoba, las autoridades locales cerraron las escuelas de baile, prohibieron las fiestas, ordenaron a los barberos que dejaran de afeitar a la gente y proscribieron el uso de seda y brocado durante un año, así como los arreos de caballerías de colores «so pena de 50 açotes»[1018].

Isabel alivió su aflicción dedicándose a cuidar de la viuda Margarita. Su preocupación obedecía a un sincero afecto por su nuera, pero también a que esperaba que el niño que Margarita llevaba en el vientre pudiera ser un nuevo heredero. Así, el 8 de diciembre escribió desde Alcalá de Henares: «Sin duda lo que toca á la Princesa acrecienta y añade a nuestro sentimiento, como quiera que ella se esfuerza mucho con mucha cordura como quien es, i nosotros trabaiamos en aconsolarla y darle plazer como si nada perdiera; y de su preñez sta buena, bendito Dios, y speramos de su misericordia que el fruto que della salirá será reparo y consolación de nuestro trabajo, y que de la Princesa nosotros tenemos y ternemos tanto cuidado como tubiéramos de su marido si fuera vivo, que en aquel lugar y en aquel amor la tenemos y ternemos siempre»[1019].

En medio de los lamentos por la muerte de Juan, resurgió la idea de que la cruzada de España fuera a extenderse a Jerusalén. «Temíanle al mismo tiempo los jerosolimitanos, los turcos y los moros, pues era enemigo de todos los enemigos de Cristo», rezaba el epitafio de la tumba de Juan. Un poeta, o copista, anónimo de la ciudad aragonesa de Daroca escribió un sencillo poema de dolor nacional: «Otro tal nunca seria / ny hallar no se podrya / dende a aquy fata Alamanya». El mismo poeta lloraba por Margarita, pero esperaba que pudiera «darnos consolacyo» con un nuevo heredero. No sería así. Tras siete meses de embarazo, Margarita dio a luz a una niña muerta. «A la hora del alumbramiento, en lugar de parir la deseada prole, nos ofreció un hijo muerto», escribió sin rodeos Anglería. Bartolomé de Las Casas, el cronista de las Indias, fue más amable en su descripción al señalar que Isabel había reaccionado con dignidad y preocupación por su nuera. «Los Reyes mostraron grandes ánimos de paciencia, y como prudentísimos y animosos Príncipes, consolaban todos los pueblos [de España] por escrito y por palabra.»[1020] Margarita pasó varios meses con ellos antes de volver a su país en marzo de 1500[1021]. La esperaba otro matrimonio breve, sin hijos, con el duque de Saboya, y se negaría a casarse de nuevo después de perder a su segundo marido, para convertirse en una

de las mujeres más poderosas de Europa en calidad de regente de los Países Bajos.

La apesadumbrada Isabel depositó sus esperanzas de un heredero masculino en su hija mayor, Isabel, que también estaba embarazada. Se trataba, en potencia, de una unión de consecuencias aún más espectaculares: si era un niño, heredaría no solo las coronas de Castilla y Aragón, sino también la de Portugal, con lo que unificaría toda la península Ibérica bajo un solo monarca. La infanta Isabel viajó a Zaragoza, donde dio a luz a un niño el 23 de agosto de 1498. Su predicción de que el parto la mataría demostró ser trágicamente certera y, al cabo de una hora, falleció. «Ella previó su muerte, la muerte que tantas veces anunció vendría con el parto. Por eso, antes que llegara el día del puerperio, se hizo preparar cuidadosamente el viático y hacía venir a cada momento a religiosos para confesarse con ellos. Y si casualmente incurría en algún error, de rodillas y con lágrimas pedía, rogaba e insistía en que se le diera la absolución», relató Anglería en una de sus cartas[1022].

Anglería enumeró los golpes que había sufrido la moral de Isabel; el atentado contra la vida de Fernando, la muerte de Juan y el aborto de Margarita ya la habían dejado luchando con un cúmulo de temores y penas. «Una cuarta herida traspasó a nuestros soberanos, murió de parto tu reina Isabel, nuestra muy sabia heredera, maravilloso trasunto de las dotes de alma de la madre», le escribió Anglería al arzobispo portugués de Braga[1023], contrastando su físico con el de la ahora recia Isabel: «Era gruesa la madre, mientras que la hija de tal modo estaba consumida por la delgadez que no tuvo resistencia para poder soportar las angustias del parto […]. Apenas si acababa de salir de útero la prole, cuando al punto exhalaba el espíritu de la madre […]. No obstante, bracarense, arreglémosnolas para que este trágico discurso acabe en música cantinela, ten una compensación de tan gran desgracia, un importante lenitivo de tan profundo dolor: ha parido un hijo». En otras palabras, Isabel y Fernando tenían un nuevo heredero varón. Sin embargo, el golpe psicológico de tan dramáticas

pérdidas empezó a hacer mella en Isabel, cuya salud se resintió; se diría que la gloria de su reinado ya no podía compensar su pesar.

La infanta Isabel había ordenado que, si alumbraba una niña, se llamara Ana, y si era un niño, Miguel[1024]. Anglería estaba entre los que eneguida vieron el potencial de un niño destinado a ser el heredero de los tronos de Castilla, Aragón y Portugal. «Si vive, será el soberano de tan grandes reinos», escribió. La reina Isabel, destrozada por la pérdida de dos hijos en menos de un año, se aferró a este rayo de esperanza. El pequeño Miguel cargaba ahora sobre sus diminutos hombros con todas las perspectivas de futuro, incluso en lo tocante a su felicidad personal, de una mujer que se sentía mucho más segura depositando su legado en el sexo masculino que en el suyo propio.

40

«El tercer cuchillo de dolor»

Granada, julio de 1499-septiembre de 1500

La comitiva avanzaba lentamente hacia el sur, en medio del calor veraniego, a través de la llanura ocre de La Mancha, con sus molinos de viento y rebaños de ovejas, seguida por una larga recua de caballos de carga y mulas. Las ciudades y aldeas del camino debían de acoger emocionadas, acongojadas, o las dos cosas a la vez, a la exigente corte castellana de Isabel, que les traía colorido y emoción, pero que agotaba las provisiones locales. Hacia finales de junio de 1499, Isabel volvió a ver los ondulantes olivares de Andalucía y, al cabo de unos días, la inmensa mole de Sierra Nevada surgió entre la calima. Al acercarse a Granada, la ciudad de las doscientas mezquitas, Isabel divisó los muros y las torres bermejas de la Alhambra, encaramada en su espolón rocoso. La vida itinerante de la reina, que la había visto pasar veinte de las veinticinco Navidades anteriores en lugares distintos, estaba llegando a su fin. La Alhambra, adonde arribó el 2 de julio de 1499, estaba a punto de convertirse en mucho más que una preciada recompensa por concluir una cruzada de varios siglos. Ahora era su hogar, que, salvo por unas pocas expediciones a otros sitios, alternaría con el Real Alcázar de Sevilla durante los próximos dos años y medio[1025].

Era un lugar de descanso adecuado para una reina visiblemente cansada. Anglería consideraba que Granada era la ciudad más bella de España y que la tierra que la rodeaba se hallaba entre las más fértiles de la Península, llena de huertas y vergeles llenos de higueras, cerezos, naranjos, limoneros,

manzanos y perales. «Granada tiene montes y amplia vega. Granada disfruta de un perenne otoño. Tiene abundancia de cedros y de naranjales de todas clases en amenos huertos, que emulan a los de las Hespérides», escribió. Münzer la había visitado cinco años antes, cuando los musulmanes todavía superaban en número a los cristianos en razón de cuatro a uno. «Creo que no hay ciudad mayor en toda Europa», afirmó. Para un europeo del norte, era un mundo exótico de granadas, azafrán, alcachofas, almendras, pasas, palmeras salvajes, aceitunas y truchas frescas. Las cabras y, para los cristianos, los cerdos proporcionaban carne en abundancia, junto con jabalíes, venados y perdices. Münzer calculaba que la ciudad tenía poco más de cincuenta mil habitantes, aunque en sus calles estrechas y bien organizadas había suficientes casas vacías para muchos más. «Casi todas tienen conducciones de agua y cisternas. Las cañerías y acueductos suelen ser dos: uno para el agua clara potable; otros para sacar las suciedades, estiércoles, etc. […]. Hay abiertos en todas las calles canales para las aguas sucias, de manera que cada casa que no tiene cañería por las dificultades del lugar, pueda arrojar su suciedad en los canales por la noche.» Alrededor de la mezquita principal encontró, aparte de las instalaciones habituales para las abluciones, urinarios y filas de retretes que iban a parar directamente a una alcantarilla subterránea. Los viernes, a la hora de llamar a los fieles al rezo, «era tanto el griterío en las torres de las mezquitas, que resulta dificil de creer», y más de dos mil hombres se apiñaban en la mezquita mayor. También recordaba las llamadas a la oración de antes del amanecer y a las mujeres que usaban velo y largas túnicas blancas de seda, algodón o lana[1026].

Puede que Isabel no conociera tan a fondo la ciudad, pero su orgullo por haberla conquistado era evidente. No se esperaba que los monarcas pasaran el tiempo con los lugareños, sobre todo si estos eran musulmanes y enemigos vencidos que representaban una amenaza. Básicamente se quedaba en la Alhambra, donde llevaba a cabo sus quehaceres administrativos diarios, rezaba sus plegarias y disfrutaba del plácido refinamiento de la arquitectura nazarí y de la belleza exquisitamente

cuidada de los jardines del Generalife. Veía la ciudad desde lo alto, mirando hacia abajo desde la Alhambra, seguramente a veces desde el mirador llamado Ain dar Aisha, «el ojo de la habitación de Aisha»[1027].

Cuando Isabel se instaló en la Alhambra, ya no se gritaba llamando al rezo. Las palabras «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta» eran inaceptables para los reyes cristianos y, de hecho, habían sido expresamente prohibidas por Roma en el siglo XIV, aunque correspondía a cada monarca y señor local aplicar esta norma en Europa. Un visitante musulmán lo vio como parte de una erosión gradual de los derechos tradicionales tras la caída de Granada, debido a la cual «hasta se suspendió el pregón del almuédano en las torres». En lugar de ello, las mezquitas de Granada usaban largos cuernos para avisar a los fieles de que era hora de rezar; pero incluso eso le recordaba a diario a Isabel que, aunque Granada fuese suya, todavía era una ciudad mayoritariamente musulmana[1028].

El viaje no pudo haber sido fácil para Isabel, que ahora estaba a menudo enferma. Anglería lo atribuyó a las trágicas muertes de Juan e Isabel, sus dos hijos más queridos. «Nosotros estamos con la Reina, que a causa de la pena por la muerte de su hija predilecta —por discreta y buena— ha caído enferma en cama», había escrito ocho meses antes de partir hacia Granada. Miguel, la pequeña joya de la corona de Isabel, viajó con ellos, junto con sus dos hijas solteras, María y Catalina. El padre del muchacho se había alegrado de dejarlo al cuidado de Isabel, cuyos ánimos se iluminaban gracias a la presencia de Miguel y se ensombrecían por su fragilidad. «Ha nacido débil, frágil y enfermizo —advirtió Anglería, que aun así se sentía aliviado por que hubiera un heredero—. Con el nacimiento del niño, cualquiera que sea su estado de salud, se han acabado las discusiones sobre la primogenitura.» Isabel estaba angustiada por el pequeño y precioso muchacho, al que las Cortes habían jurado como heredero de su corona a principios de 1499[1029].

Sin embargo, el dolor no implicaba que Isabel pudiera dejar de pensar en la política internacional y en las alianzas necesarias para salvaguardar una

herencia que, tras las muertes de Juan y de la joven Isabel, perdía solidez. Sus dos intentos de estrechar vínculos con Portugal mediante el matrimonio se habían visto frustrados por el destino tras las defunciones de Isabel y, con anterioridad, de su primer marido, el príncipe Alfonso. Ahora trataban de restablecer la alianza. Afortunadamente tenían hijas de sobra. A los nueve meses de la muerte de la joven Isabel, los soberanos españoles negociaban con su viudo, el rey portugués Manuel, para que tomara por esposa a su tercera hija, María. Una vez más, pusieron sobre la mesa estipulaciones religiosas para la formalización del matrimonio en octubre de 1500. En esta ocasión fue el rey de Portugal quien decidió fijar las condiciones, rivalizando con Isabel en el tema de la pureza religiosa[1030]. Del mismo modo en que la familia de Isabel lo había intimidado con el asunto de los conversos y herejes durante las negociaciones de su primer desposorio, ahora Manuel planteó sus propias exigencias para un segundo matrimonio. Isabel y Fernando, insistió, tenían que jurar que destruirían todas las mezquitas y prohibirían las plegarias musulmanas. «Se derrybaran los mezquytas, y no consentyremos aver en todos nuestros reynos y señoryos casa ordenada para los moros aver de azer oraçyon», prometió la reina en un documento manuscrito entregado al embajador de Manuel, en el que afirmaba que, de todos modos, ya se habían comprometido a ello[1031]. Si se hubieran enterado de ello, los propios musulmanes mudéjares de Castilla habrían negado con la cabeza, desconcertados. Al fin y al cabo, en Granada todavía resonaban los cuernos que llamaban a los fieles a la oración y los visitantes encontraban numerosas mezquitas en los reinos de Fernando[1032]. Münzer había oído la llamada al rezo en varios lugares. Manuel afirmó más tarde que sus exigencias habían sido mucho más duras, incluidas «nam somente todalas meqzquitas dos mouros sogeitas aho Regno de Castella has mandasse todas destroir, mas que ainda hos seus filhos pequenos, e de pequena idadae fossem tirados de seus pais, e se baptizassem, e que hos tornassem Christiaos»[1033]. Es posible que Isabel sintiera una punzada de envidia. A fin de cuentas, Manuel decía ser mejor monarca cristiano que

ella y, después de que Dios le arrebatara a sus hijos favoritos, puede que dudara de si hacía lo suficiente para complacerlo.

Isabel tenía a Miguel siempre cerca y estaba pendiente del niño que había traído una alegría inocente a una corte que, de no ser por él, sería lúgubre, donde el terciopelo, la seda, el algodón, la lana y el lino que la reina solía encargar que le trajeran del norte de África y Europa, antes de vivas tonalidades, eran ahora en su mayor parte de un solo color, el negro del luto. Aunque las Cortes hubieran jurado al pequeño Miguel como heredero de la corona de Castilla seguía siendo un niño enfermizo y, a pesar de los desvelos de Isabel, murió en julio de 1500, con apenas veinte meses. Fue otro golpe terrible que le arrebató su principal consuelo tras las otras pérdidas recientes y su última esperanza de tener un heredero varón. La siguiente en la línea de sucesión a los tronos de Castilla y Aragón era la débil e infeliz Juana. Fue, quizá, la mayor de todas las tragedias de su vida. Bernáldez lo llamó «el tercer cuchillo de dolor» que traspasó el alma de la reina después de las defunciones de Juan y de la infanta Isabel. La monarca se hundió aún más en la desesperación. «La muerte del infante Miguel ha abatido profundamente a los dos abuelos. Se ven incapaces de soportar con serenidad de ánimo tantos golpes de la fortuna —escribió Anglería— […]. Disimulan, no obstante, estas negruras todo lo que pueden, y se muestran en público con semblante sonriente y sereno. No es difícil, sin embargo, adivinar lo que hay en su interior.»[1034] Un retrato que le hizo Juan de Flandes sugiere que, en el caso de Isabel, la «negrura» era abrumadora. Pintada a los cincuenta y cinco años, muestra a una mujer abatida y de aspecto avejentado, con una expresión a la vez serena y dolida, como si hubiera asumido el martirio permanente del duelo y el sufrimiento. Era quizá un papel para el que ya la había preparado la constante meditación acerca del sufrimiento y la pasión de Cristo y en el que se sentía cómoda. Las cejas cuidadosamente depiladas hacen que su rostro parezca aún más pálido, mientras que el pelo, de un espléndido color castaño rojizo, permanece casi oculto bajo un sombrero y un velo de tul. La reina estaba enferma y a punto de caer en la depresión, el mismo mal que había afligido

a su madre. «Desde estos tiempos vivió sin placer», escribió un cronista[1035].

Cuando María se fue a Portugal en septiembre de 1500, Isabel y Fernando ya no pudieron mostrar la energía o el entusiasmo del que habían hecho gala en las solemnes celebraciones de despedida en honor de Isabel y de Juana. Los preceptos del duelo, en todo caso, no permitían grandes fiestas. Esta vez, después de celebrar la boda por poderes en Granada, se limitaron a recorrer la corta distancia que los separaba de Santa Fe con María y su corte de 52 españoles y permanecer con ellos una semana, para luego despedirse de ella. En casa de la reina quedaba solo una hija, Catalina de Aragón.

41

El sucio Tíber

Roma, junio de 1497

Isabel ya sentía desprecio por la caterva de hijos ilegítimos del papa Alejandro VI, pero cuando oyó que habían sacado de las aguas del Tíber el cadáver hinchado de uno de ellos, Juan Borgia, el 16 de junio de 1497, debió de pensar que la reputación de la familia no podía caer más bajo. El altivo, cruel e irracional Juan formaba parte asimismo de la nobleza española, con el título de duque de Gandía, y había dejado a un hijo y a su esposa embarazada en España al llamarlo su padre a Roma el año anterior. Habían visto por última vez al duque, de veintiún años, dos noches antes, cuando había ido a cenar con su hermano César a casa de su madre, cerca de San Pietro in Vincoli. Al salir, ya a caballo, Juan le dijo a su hermano que tenía asuntos privados que atender y, acompañado por un sirviente, se fue. El Papa fue informado a la mañana siguiente de que su hijo no había vuelto a casa, pero el pontífice no le dio importancia. «Se convenció de que el duque se había quedado en alguna parte con una chica de vida disipada —anotó Burchard, su maestro de ceremonias— y que por eso no quería salir de casa de ella a la luz del día.»[1036]

El viernes enviaron partidas de búsqueda, que encontraron al criado de Juan malherido, sin poder hablar, y su caballo. El mismo día, un comerciante de madera llamado Giorgio Schiavo relató una escena que había presenciado dos noches antes, cuando se había quedado en su barca para vigilar una carga de madera. Poco después de la medianoche había

visto a dos hombres de aspecto sospechoso salir a pie de un callejón situado junto al hospital de San Girolamo degli Schiavoni. Habían recorrido la calle que discurría paralela al río, para comprobar con cautela que no los viera nadie antes de regresar al callejón. Salieron dos hombres más, que llevaron a cabo la misma inspección y volvieron también al callejón. Escribe Burchard:

> Compareció un jinete con un caballo blanco que llevaba a la grupa el cuerpo de un difunto, con la cabeza y los brazos que colgaban de un lado y los pies del otro, y dos que iban a pie pasaban de un lado a otro y vigilaban que el cadáver no se cayera del caballo, después recularon y fueron a caballo hasta el lugar donde vierten las inmundicias en el río […], y los dos que tenían cuidado del cadáver, el uno por las manos y los brazos y el otro por los pies y las piernas, lo descargaron del caballo y, agarrándolo por los brazos, lo arrojaron con fuerza al río. El que había permanecido a caballo preguntó a los otros si se había hundido, a lo que le respondieron: «Sí, señor».

La capa del cadáver flotaba en la superficie, por lo que tuvieron que tirarle piedras para hundirla. Finalmente sacaron del agua el cuerpo de Juan cerca de Santa Maria del Popolo[1037]. Le habían asestado nueve puñaladas antes de cortarle la garganta. La lista de enemigos y asesinos potenciales era larga, pero el crimen hacía temer lo peor para la estabilidad de Italia, cuya fortuna estaba unida a la de la familia del Papa. Y, como Italia era decisiva para la política exterior de España, Isabel y su marido debieron de preguntarse quién había asesinado a Juan Borgia y por qué.

La gente empezó a señalar de inmediato al marido de Lucrecia, Giovanni Sforza, que tenía motivos de sobra para odiar a los Borgia, sobre todo porque el Papa había decidido que su hija podría encontrar un partido mejor. Insistía en que Sforza, cuya primera esposa había muerto al dar a luz, declarase públicamente su impotencia y, por lo tanto, que no había podido consumar el matrimonio. La obediente Lucrecia había firmado un documento en el que declaraba que en tres años de matrimonio no había tenido «relaciones sexuales ni trato carnal». Hacía falta mucho valor para resistirse a los Borgia y Sforza no tenía agallas para seguir el consejo que le había dado su tío Ludovico de que desmintiera la denuncia manteniendo relaciones sexuales con Lucrecia, o con cualquier otra mujer, ante testigos.

Los rumores más descabellados, en una ciudad donde lo normal era llevar la especulación a los extremos más sórdidos, decían que «el duque de Gandía había tenido comercio carnal con su esposa [Lucrecia]»[1038]. Incluso el incesto, al parecer, servía de materia prima para la fábrica de chismes de Roma, que producía infundios sobre la presunta existencia de relaciones sexuales entre Lucrecia y casi todos los hombres de su familia, incluido su padre. Es posible que los rumores partieran del mismo Sforza, que así se vengó de los Borgia de una forma mucho más duradera que cometiendo un mero asesinato. En cualquier caso, poco después se anunció su separación de Lucrecia.

Otro sospechoso era el menor de los hermanos Borgia, Jofré, un joven de quince años «de aspecto lascivo», ya que era mucho más probable que su esposa, Sancha de Aragón, fuera una de las múltiples amantes de Juan. En la ciudad natal de esta, Nápoles, se decía que habían apostado un guardia a la puerta de su habitación para impedir la entrada de jóvenes. Una teoría más difundida, pero sin pruebas que la respaldasen, era que Juan había sido asesinado por otro de sus hermanos, César, posiblemente debido a su rivalidad por Sancha, que también era amante de este último. Desde luego, eso era lo que creía María Enríquez, la esposa castellana de Juan, que encargó un mantel de altar en el que figuraba César apuñalando a su hermano[1039].

Una de las razones por las que Rodrigo Borgia quería acabar con el matrimonio de su hija era su deseo de sellar una alianza con Nápoles. En julio de 1498 Lucrecia volvió a casarse, esta vez con un miembro de la familia real napolitana, el hermano de Sancha, Alfonso de Aragón, de diecisiete años. El Papa también quería que César abandonara la Iglesia para casarse con la hija mayor del rey de Nápoles, Carlota. Eso era ir demasiado lejos para Isabel y Fernando, a quienes algunos veían detrás de las maniobras para impedir el enlace matrimonial, a pesar de que los reyes sabían que frenar las ambiciones de Rodrigo Borgia respecto a sus hijos era una estrategia peligrosa que podían pagar cara.

El enfrentamiento resultó mucho más grave de lo que parecía, porque el voluble Alejandro VI cambió de bando en la lucha entre Francia y España. César renunció obedientemente al capelo cardenalicio en agosto de 1498 y se dirigió a Francia, donde el rey, Luis XII, que estaba decidido a recuperar el terreno perdido por su predecesor en Italia, se aseguró de que le dieran al instante un ducado francés. Isabel y Fernando se indignaron y el embajador veneciano ante su corte informó de que se negaban a pronunciar siquiera el nombre de Borgia, mientras decían «grande male» de César, ahora más conocido como duque de Valentinois[1040].

Los embajadores españoles en Roma manifestaron su horror ante la confirmación de la nueva alianza del papado con Francia. Se produjo un fuego cruzado de acusaciones durante una audiencia celebrada en diciembre de 1498 en la que denunciaron a Rodrigo Borgia por haber comprado su elección, mientras este, a su vez, imputaba a Isabel y Fernando el haber usurpado el trono de Castilla «sin título y contra conciencia». Fue una de las pocas veces en que le recordaron a Isabel su golpe de mano contra la Beltraneja. El asesinato de Juan Borgia, replicaron los embajadores españoles, era un castigo divino por el comportamiento escandaloso del Papa. Alejandro VI se puso furioso y respondió a su vez: «Más castigados por Dios han sido vuestros reyes, puesto que no tienen descendencia»[1041]. El hijo de Isabel había fallecido hacía menos de un año y nada hubiera podido herir más su orgullo. Una segunda reunión tuvo un desenlace igual de negativo. «Después de un largo discurso de los embajadores, se produjo una discusión acalorada y llena de insultos entre ellos y el Papa —escribió Burchard—. Los españoles exigieron que se convocara a un notario. El Papa les respondió que podrían levantar el acta de la reunión más tarde, pero no en su presencia. Se dice que los embajadores exigieron al Papa que hiciera volver a su hijo de Francia y le devolviera su dignidad de cardenal.»[1042] Alejandro VI les dijo que, si el violento César hubiera estado en Roma, «les habría dado la respuesta que se merecían». Una última reunión terminó con la amenaza de arrojar a los embajadores al Tíber

y, según el embajador veneciano, con insultos contra Isabel por sus aires de superioridad. «La reina no es la mujer casta que dice ser», dijo el Papa, aunque sin dar más detalles al respecto. Los españoles que vivían en Roma, aterrados, prefirieron no salir a la calle durante las celebraciones de carnaval del mes de febrero siguiente[1043].

El pacto de Rodrigo Borgia con Francia, por su parte, se fortaleció y los monarcas españoles optaron por una prudente retirada tras lograr un acuerdo que dejaba en sus manos Calabria y Apulia, la punta y el talón de la «bota» de Italia, cerca de las posesiones aragonesas de Sicilia y Cerdeña. El reparto del reino de Nápoles entre diversas potencias hizo que Maquiavelo comentara que de las gestas de las tropas extranjeras «proviene que la hermosa Italia haya sido invadida por Carlos VIII, saqueada y devastada por Luis XII, oprimida por Fernando e insultada por los suizos»[1044].

Mientras Francia mantenía su pulso con España en Italia, Isabel seguía esforzándose por conseguir una alianza con Inglaterra. Su hija Catalina llevaba mucho tiempo comprometida con el primogénito de Enrique VII, Arturo, pero la alianza no estaría asegurada hasta que se celebrase la boda. El asunto de Warbeck había puesto nerviosa a Isabel, inquieta por la posibilidad de que el impostor destronara a Enrique VII. El monarca inglés lo sabía y por eso, cuando Warbeck se fugó y luego volvieron a capturarlo en 1498, procuró que informasen de inmediato al embajador Rodrigo de Puebla. «A Dios gracias ya es tomado el dicho Perquin y en la ora que fue tomado me lo envió con uno de su cámara a decir el Rey», escribió Puebla en un despacho urgente, en el que añadía que Warbeck estaba en la Torre de Londres, «donde no ve sol ni luna». Más tarde, el propio Enrique VII le interrogó delante de Puebla. «Se cree por otros muchos que será poca su vida», informó después el embajador. Cuando Warbeck y el ingenuo conde de Warwick, otro potencial candidato al trono inglés, fueron ejecutados en noviembre de 1499, escribió que ya no quedaba «una gota de sangre real

dudosa» en Inglaterra. Los pretendientes habían sido ejecutados, en parte, para mitigar las preocupaciones de Isabel[1045].

El entusiasmo de los ingleses por emparentar con los famosos monarcas españoles cruzados —un poderoso aliado contra el viejo enemigo, Francia — era enorme. Incluso Enrique VII, famoso por su tacañería, estaba dispuesto a rascarse a fondo los bolsillos. Como hijo de una mujer con una tenacidad a toda prueba, Margarita Beaufort, estaba fascinado por las mujeres de la familia real española y a un visitante le aseguró que renunciaría gustoso a la mitad de su reino si Catalina era como su madre. Catalina intercambió cartas de amor formales con Arturo en el latín que había aprendido en la escuela de Isabel para señoritas. «He leído las dulcíssimas cartas que vuestra altaza me ha enviado últimamente, en las que he sentido con toda claridad vuestra devoción entera por mí —respondió Arturo, que tenía trece años, en una carta que envió a la Alhambra—. Apresuraos a venir, que en lugar de estar ausentes, estemos presentes el uno con el otro, y el amor surgido entre nosotros y los ansiados gozos den su esperado fruto.»[1046] La última línea era un recordatorio de que la primera obligación de Catalina, aparte de aumentar el prestigio de Castilla en Inglaterra, era proporcionar herederos a la nueva e inestable dinastía Tudor. Isabel había criado hijas cultas, inteligentes e idealistas, pero su papel principal en la vida seguía siendo biológico.

La avaricia y codicia de Enrique VII eran legendarias y Puebla comenta sorprendido la «mirable maña» de sus funcionarios a la hora de apoderarse del dinero ajeno. Sin embargo, sus planes para la boda de Catalina eran demasiado excesivos para Isabel, que escribió a su embajador en Londres para decirle que, si bien las manifestaciones de júbilo en la recepción de su hija le resultaban muy gratas, estaría más en consonancia con sus sentimientos que los gastos fuesen moderados. Isabel no quería que su hija ocasionara pérdidas a Inglaterra, sino que trajera toda clase de venturas y por ello rogaba al rey que moderase los gastos. Podía haber celebraciones, pero Isabel le suplicaba ardientemente que el elemento sustancial de la fiesta fuera su amor y que el rey y la reina trataran a la princesa como si

fuera su hija[1047]. Una vez más, Isabel estaba preocupada por que el mar se tragara a una de sus hijas y pidió que dejaran desembarcar a Catalina en Southampton, porque lo más importante era la seguridad de la princesa y todo el mundo decía que aquel era el puerto más seguro de Inglaterra. Por último, precisaba que podían minimizar el coste del viaje de su hija de Southampton a Londres porque la princesa y sus acompañantes, en sus desplazamientos por España, estaban acostumbradas a alojarse en posadas y aldeas.

La esposa de Enrique, Isabel de York, escribió una afectuosa carta a Isabel en la que recomendaba que su hija aprendiera a beber vino porque el agua en Inglaterra no era potable. No hicieron ningún esfuerzo por enseñarle inglés a Catalina, aunque su limosnero, John Reveles, era uno de los varios ingleses en la corte de Isabel, junto con el pintor conocido como maestre Anthony y un cantante llamado Porris[1048]. Esperaban a Catalina en Inglaterra en septiembre de 1500, cuando su marido cumpliese catorce años, pero Isabel no tenía prisa por separarse de su última hija y la retuvo ocho meses más. La reina había previsto desplazarse a La Coruña con su hija, pero al final se conformó con una despedida menos ambiciosa en Santa Fe, alegando que su presencia no haría más que retrasar la partida. Seis muchachas españolas acompañaron a Catalina en cumplimiento de la exigencia de los ingleses de que llegara en compañía de damas «gentiles e hermosas o al menos que por ninguna manera sean feas». La travesía se convirtió en otra pesadilla, durante la cual su barco tuvo que refugiarse en el puerto de Laredo, antes de llegar a Plymouth, y un compañero de viaje escribió que era imposible no tener miedo por el fuerte oleaje que se encontraron en el segundo intento, esta vez coronado con el éxito[1049].

La hija de Isabel tenía gratos recuerdos de Granada y de sus lujos y por eso el símbolo de la granada era su emblema personal. Su boda con Arturo, celebrada el 14 de noviembre de 1501, fue uno de los acontecimientos más suntuosos de los primeros años de los Tudor, aunque Tomás Moro, en una carta a Erasmo, describiría más tarde al séquito de Catalina como «pigmeos jorobados, esmirriados y descalzos de Etiopía»[1050]. Ataviada con un

vestido de seda blanco que era «muy grande, tanto de mangas como del cuerpo, con muchos pliegues» y con un velo de seda bordado de oro, perlas y piedras preciosas que le llegaba a la cintura, recorrió la nave central de la antigua catedral de San Pablo sobre una tarima de más de cien metros de largo. Su falda con miriñaque, al estilo español, provocó el asombro de los asistentes (sus damas también llevaban «debajo de la cintura unos aros redondos que levantaban los trajes de sus cuerpos según la costumbre de su país»)[1051], ya que eran toda una novedad en Inglaterra.

Una vez más, la desgracia se abatió enseguida sobre la familia. El enfermizo príncipe murió al cabo de solo cinco meses en el marco gris, lluvioso y poco acogedor del castillo de Ludlow, en Shropshire. Catalina, que también había estado enferma, regresó a Londres en un carruaje cubierto con tela negra enviado por su madre. A los dieciséis años ya era viuda. Isabel pronto se vio envuelta en un debate sobre el misterio clave del primer matrimonio de Catalina: ¿era o no todavía virgen? Años más tarde, un miembro de su casa española describió así la mañana siguiente a la noche de bodas: «Francisca de Cáceres, que se encargaba de vestir y desvestir [a Catalina] y a quien esta tenía mucho afecto y confianza, estaba triste y decía a las otras damas que nada había ocurrido entre el príncipe Arturo y su esposa, lo que sorprendió a todos e hizo que se burlaran de él»[1052]. Sin embargo, un cronista inglés afirmó que Arturo había salido de la habitación pidiendo cerveza y jactándose de que «esta noche he estado en mitad de España, un sitio muy caliente, y el viaje me ha dejado seco, y si te hubieras encontrado bajo tan ardiente clima, te habrías quedado aún más seco que yo»[1053]. La dueña española de Catalina finalmente tranquilizó a Isabel en una carta en la que le decía que su hija «quedó como de acá fue».

Enviaron a un embajador especial a Inglaterra con instrucciones de exigir que enviaran a casa a su afligida hija, pero se trataba tan solo de una táctica de negociación encaminada a obligar al rey de Inglaterra a aceptar un nuevo compromiso con el hermano de Arturo, el príncipe Enrique, que era seis años más joven que Catalina[1054]. Enrique VII no tenía prisa y, cuando Isabel de York falleció diez meses después de Arturo, mientras trataba de

compensar su muerte con otro hijo, llegó a la conclusión de que la joven Catalina sería una esposa excelente para él. Isabel estaba horrorizada; tal cosa sería algo terrible, lo nunca visto, y su mera mención ofendía al oído[1055]. La reina dio orden a su embajador de que, si Enrique lo planteaba, le respondiera que era algo que no se podía tolerar y que insistiera con la máxima firmeza en que en ningún caso lo permitirían ni querían que se hablase de ello, para que el rey de Inglaterra perdiera así toda esperanza al respecto. De lo contrario, explicaba Isabel, sería imposible concluir los esponsales de la princesa Catalina con el príncipe de Gales.

Mientras practicaba la estrategia del abismo con Enrique VII, Isabel llegó a dar instrucciones de que Catalina hiciera el equipaje para unirse a la flota española a su regreso de Flandes. Presa del pánico, Enrique VII aceptó el matrimonio con su otro hijo. Catalina, de diecisiete años, vio frustradas de golpe sus esperanzas de volver a casa y se comprometió formalmente con el príncipe Enrique, de once años, en el palacio del obispo de Salisbury en Fleet Street[1056]. Fernando escribió al Papa para insistir, una vez más, en que sus padres la consideraban virgen, aunque los ingleses repitieran que la dispensación papal que permitiera a Catalina volver a casarse debía indicar lo contrario. «En el dicho capitulo [de la dispensación] dize quel matrimonio dela dicha princessa, nuestra hija, con el príncipe de Gales, Arthur, ya deffuncto, que gloria haya, fue consumado, pero la verdad es que no fue consumado, y que la dicha princesa nuestra hija quedó tan entera como antes que se casasse, y esto es muy cierto y muy sabido donde ella sta.» Los ingleses, precisó Fernando, querían que constase la consumación para evitar futuras discusiones sobre legitimidad[1057]. Al cabo de varias décadas, cuando Enrique VIII quiso divorciarse de Catalina en busca de un heredero varón y una nueva esposa (Ana Bolena), el mismo asunto sería básico en su decisión de separar a la Iglesia de Inglaterra de la obediencia de Roma.

Mientras tanto Catalina vivía en Durham House, en el Strand londinense, con vistas al Támesis, bajo la estricta vigilancia de su dueña, Elvira Manuel,

designada por la reina[1058]. Isabel recibía informes constantes de la mala salud de su hija, sus problemas con la comida y su descontento en general, mientras el avaro Enrique VII la trataba como una mercancía y le regateaba su asignación. Isabel no perdía el tiempo escuchando a quienes creían que había condenado a Catalina al infortunio. Los reyes escribieron para lamentar que algunas personas creyesen que la princesa de Gales no debía aceptar lo que el rey de Inglaterra le ofrecía para su mantenimiento, cuando en realidad tenía que tomar lo que le diesen. Una vez más, una de las hijas de Isabel mostraba su tendencia al dramatismo y al daño autoinfligido, negándose repetidamente a comer. No resultó ser de gran ayuda que los médicos españoles de Catalina concluyeran que su enfermedad se debía a que era virgen, al no haber tenido trato carnal con Arturo, y que, si se casaba con alguien que fuera diestro con las mujeres, se pondría mejor[1059]. Catalina ayunaba tan radicalmente que Enrique VII, en una carta escrita en nombre de su hijo, pidió al Papa que le ordenara que comiera. La misiva de respuesta facultaba al príncipe de Gales para impedir que Catalina ayunara. «La mujer no tiene plenos poderes sobre su cuerpo —dijo el Papa—. Y las devociones y el ayuno de la esposa, si se considera que son un obstáculo para su salud física y la procreación […] pueden revocarlas y anularlas los hombres […] porque el hombre es quien manda a la mujer […] y esta no puede, sin su permiso, observar estas devociones y oraciones, y el ayuno, la abstinencia y la peregrinación, o cualquier otro proyecto suyo que se interponga en el camino de la procreación.»[1060] Isabel habría estado de acuerdo.

42

«Los alemanes los llamamos ratas»

Granada-Zaragoza, 1499-1502

Antoine de Lalaing sentía náuseas. El joven chambelán del yerno de Isabel, Felipe el Hermoso, era un viajero atento y agudo cronista de las cosas que veía; pero su visita al barrio árabe de Zaragoza le dejó consternado; este es su relato: «Los moros tienen [en Zaragoza] un barrio y un lugar donde llevan a cabo su sacrificio abominable a Mahoma, un sitio que llaman la mezquita[1061] […]. Que no beben vino ni comen cerdo, lo hemos podido comprobar personalmente alojándonos en sus casas dispersas por el territorio, pues hacían lavar los platos en los que se había comido tocino y las cazuelas donde se hubiera cocinado, así como los vasos y jarras que hubiesen contenido vino y los lugares de la casa que habíamos pisado»[1062]. Lalaing parecía admirar la disciplina con que los musulmanes españoles iban a la mezquita, lavándose y descalzándose, pero su impresión general era que un pueblo extranjero con costumbres extranjeras vivía en el corazón de la cristiandad. El viajero alemán Popplau había sido aún más negativo al comentar su encuentro con los musulmanes de la España cristiana durante el reinado de Isabel. «Por todo Aragón viven sarracenos, que nosotros los alemanes llamamos ratas», escribió[1063].

El mismo asombro de Lalaing lo habían expresado con anterioridad otros visitantes a España. Hieronymus Münzer había estado en Granada en 1494, cuando los musulmanes todavía cuadruplicaban por lo menos el número de habitantes cristianos, y, después de ver a más de dos mil personas en la

mezquita mayor, concluyó que los habitantes musulmanes de la ciudad eran «muy devotos en su veneración a Dios»[1064]. Puede que algunos extranjeros respetaran a los musulmanes de Isabel por su religiosidad, pero el caso de España era cada vez más insólito en Europa occidental. Incluso Portugal había expulsado a los suyos. La reina no necesitaba más recordatorio que las negociaciones del tratado matrimonial de su hija María con el rey Manuel y la insistencia de este en que destruyese las mezquitas de Castilla. Tal destrucción, evidentemente, no se había producido cuando Isabel se trasladó a la Alhambra en julio de 1499[1065]. El estruendo de los cuernos que llamaban a los fieles a la oración resonaba por el valle del río Darro y en la mismísima Alhambra. Por primera vez, Isabel vivía en una ciudad dominada por otra religión. Es improbable que le gustara.

La residencia de Isabel en la Alhambra era la prueba fehaciente de la riqueza artística y arquitectónica que su país debía a la población musulmana, pasada y presente, y estaba decidida a conservarla por lo menos en parte. Le encantaban la comodidad y el lujo de los palacios que habían construido los musulmanes, como el Real Alcázar de Sevilla, en el que se alojaba a menudo cuando tenía que permanecer en un lugar durante mucho tiempo. Invirtió generosamente en la restauración de la Alhambra y en otros palacios mudéjares o musulmanes. Era un entusiasmo que compartía con Fernando, que sentía un especial cariño por el imponente palacio de la aljafería, en las afueras de Zaragoza, un edificio fortificado de recreo de estilo morisco del siglo XI, cuyo nombre original era Al Qasr al Surur, «palacio de la Alegría», a imagen y semejanza de los castillos del desierto construidos en las actuales Siria y Jordania por la dinastía omeya en el siglo VIII. Los elaborados arcos moriscos, las delicadas pinturas geométricas de los techos, las yeserías y el uso ornamental del ladrillo se fusionaron con los símbolos de la pareja, el haz de flechas y el yugo, por obra de los artesanos mudéjares que remozaron el palacio. De hecho, este amor por los palacios reales mudéjares «islamizantes» hacía que los

edificios reales de Isabel, a menudo imitados por los nobles, se apartaran considerablemente del estilo gótico que triunfaba en otras partes de Europa[1066].

Incluso antes de la conquista de Granada, la pequeña población musulmana mudéjar de Castilla (que apenas llegaba a 25 000 almas, frente a los 4 millones de castellanos) era famosa por sus habilidades para la construcción. Los mudéjares eran, entre otras cosas, carpinteros, yeseros, albañiles y ceramistas. Sin embargo, constituían un grupo de distribución desigual y sin verdadero poder, con 150 comunidades locales o aljamas en los reinos de Isabel que variaban enormemente en cuanto a tamaño, importancia y aislamiento[1067]. Hornachos, una población de Extremadura, era excepcional por ser casi completamente mudéjar, un islote musulmán en un océano cristiano. Por sí sola, representaba la décima parte de la población musulmana de Castilla fuera del reino de Granada, con unos 2500 musulmanes que vivían en tierras pertenecientes a la poderosa orden militar religiosa de Santiago, que los protegía. Unos visitantes llegados a Hornachos en 1494 «no hallaron que avía en la dicha villa, ni en su término, yglesia ni hermita, porque todos son moros, saluo vna capilleja pequeña, que está en la fortaleza, e que oye misa el comendador e los suyos»[1068]. Aparte de este último caso, lo más habitual era que los mudéjares habitaran en las pequeñas morerías de las ciudades de Castilla la Vieja. En Ávila y sus alrededores vivían unos 1500 mudéjares y las tres aljamas entre las que se dividían a efectos administrativos representaban casi el 10 por ciento de la población. Desempeñaban un papel importante en las celebraciones locales y sus danzas de espadas y mojigangas aportaron una nota de folclore exótico a las fiestas de la proclamación de Isabel como reina. Arévalo, donde esta pasó sus primeros años, tenía más de 600 musulmanes —una cifra extraordinariamente elevada—, que ocupaban media docena de calles y, a juzgar por los impuestos que pagaban, eran relativamente ricos en comparación con la habitual condición humilde de los mudéjares[1069].

Las fronteras casi siempre son permeables y siglos de comercio y guerra, con sus intercambios de rehenes y de mercancías saqueadas, habían hecho

que los pueblos y ciudades del sur cercanos a la antigua frontera andaluza asumieran con naturalidad cierto grado de mestizaje cultural. A ninguno de los dos bandos, por ejemplo, le importaba contratar de vez en cuando a mercenarios de la religión contraria. El legendario caballero cristiano Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como El Cid Campeador, había estado al servicio de los musulmanes en el siglo XI y tanto Boabdil como su tío Zagal habían luchado por Isabel y Fernando cuando los tratados de paz les obligaban a ello. Las fronteras con el reino de Granada solían ser difusas y a los que, por su desconocimiento del terreno, se adentraban sin saberlo en territorio «enemigo» acostumbraban a acompañarlos cortésmente hasta la frontera. En las poblaciones fronterizas nombraban a los que se dio en llamar «rastreros» para que se ocuparan de los delitos cometidos en la zona, y los alfaqueques, negociadores de ambos bandos, iban y venían pagando rescates y liberando a rehenes[1070].

La fusión entre la cultura cristiana y la musulmana estaba presente en muchas cosas, desde el vestido hasta los métodos de construcción, la decoración y los dulces que salían de las cocinas de ciertos nobles que se aseguraban de contar con cocineros musulmanes[1071]. A veces los caballeros de bandos enfrentados se hacían visitas de cortesía. Los caballeros moriscos de Cambil debieron de contemplar con asombro el jolgorio que se armó durante las fiestas de Jaén (a solo 30 kilómetros de distancia), en las que habían sido invitados a presenciar un combate colectivo entre 150 cristianos aparentemente borrachos que se golpeaban la cabeza con calabacines secos. También se ridiculizó ritualmente a los musulmanes y al menos un juego de cañas —los participantes de un bando iban disfrazados de musulmanes, con barbas postizas, y los del otro, ataviados como cristianos— acabó con una ceremonia pública de «bautismo» del profeta Mahoma en la fuente pública de Jaén[1072].

La propia Isabel no era ajena al mestizaje cultural fruto de la accidentada historia de convivencia y rivalidad religiosas de España. Ella y sus damas usaban con frecuencia prendas de vestir moriscas, sobre todo en la

intimidad de sus aposentos, como blusas sueltas o alcandoras, con adornos y letras árabes cosidas con hilo de oro o negro. Los tenues velos de algodón o de seda llamados almaizares y alfaremes, que las protegían del sol y del viento mientras recorrían el país en sus mulas, también eran de origen musulmán. Podemos ver a Isabel con uno de estos velos en los relieves de la sillería baja del coro de la catedral de Toledo, en una escena que representa la rendición de la localidad de Vélez Blanco[1073]. Otras prendas que utilizaban ella o sus damas incluían una especie de sayos llamados marlotas, así como capas grandes con capucha. Incluso los pantalones holgados típicos de las musulmanas de Granada, las calzas moras, se usaban en la intimidad de sus aposentos. Y, por supuesto, los borceguíes de cuero flexible y otros artículos de piel siempre estaban presentes, desde cojines de almohada decorados hasta los cueros repujados, o guadamecíes, utilizados para revestir arcones, muebles y, a veces, paredes. La afición de Isabel por los cojines, almohadas y alfombras de seda era otro elemento que la corte había heredado de los musulmanes. Los hombres de Isabel aprendían a montar no solo con las piernas rectas y los pies puestos en estribos largos, como era habitual en Castilla, sino también al estilo moruno, a la jineta[1074]. Era de dominio público que ella y Fernando iban vestidos a la morisca cuando se reunieron en Íllora en junio de 1486, durante la guerra de Granada. Isabel llevaba «un capuz de grana vestido, guarnecido morisco», mientras que Fernando se había puesto un traje morisco completo, incluidas «una toca é un sombrero» y «una espada morisca ceñida, muy rica»[1075].

Antes de la guerra de Granada, la mayoría de la población musulmana de España residía en las tierras de Fernando, donde también se les llamaba «sarracenos». Solo en el reino de Valencia vivían unos setenta mil[1076]. «El que no tiene moros, no tiene oro», rezaba un dicho popular que reflejaba su papel como trabajadores agrícolas[1077]. «En todo el campo de Aragón, los habitantes sarracenos son más numerosos en las aldeas que los cristianos», observó Popplau[1078]. Incluso sus apellidos, que evidenciaban su lugar de nacimiento o profesión, eran a veces los mismos que los de la comunidad cristiana que los «acogía». Los musulmanes aragoneses trabajaban la tierra

y, en algunos casos, comerciaban con el norte de África, donde su religión les protegía hasta cierto punto de los piratas berberiscos. Al igual que los judíos, los mudéjares formaban comunidades organizadas, que seguían sus propias leyes religiosas y contaban con su propio sistema de justicia. El nombramiento del alcalde mayor, jefe de la comunidad de Castilla, estaba en manos de Isabel. Al igual que los judíos, tampoco eran ciudadanos de Castilla de pleno derecho, sino que estaban bajo la protección personal de Isabel, una minoría que era tolerada o «sufrida» por mandato real y que pagaba dicha protección con impuestos especiales. Muchas de las normas que regían su conducta eran parecidas a las que se aplicaban a los judíos y solían recogerse en las mismas resoluciones de las Cortes. No podían casarse con alguien que no compartiera su fe, frecuentar prostitutas cristianas, ocupar cargos públicos que les dieran jurisdicción sobre cristianos[1079] o tener criados o esclavos de dicha religión.

Los siglos de convivencia habían dado lugar a comunidades muy arraigadas, pero con el paso del tiempo la mayoría de las viejas comunidades mudéjares de Castilla habían olvidado el árabe y habían perdido el patrimonio intelectual que había hecho famosa a España como fuente de sabiduría religiosa, filosófica y científica en el mundo islámico[1080]. La imagen cristiana del «moro sabio» —un hombre versado en los conocimientos científicos y filosóficos superiores del mundo árabe y, por tanto, digno de ser consultado por los reyes y nobles cristianos— también se había desvanecido. «Han perdido sus riquezas y sus escuelas de árabe», se lamentaba en 1462 el autor mudéjar segoviano Isa Gebir después de traducir el Corán y varios libros de leyes al español. Esto creaba un auténtico problema religioso: «¿Es posible o no expresar el sagrado Corán en palabras que no sean en árabe para que puedan entenderlo quienes ignoran dicha lengua?». Era una cuestión que, a principios del siglo XVI, llegó a las autoridades religiosas de El Cairo, planteada por musulmanes españoles, que tampoco estaban seguros de las reglas que les permitían permanecer en suelo cristiano. «¿Y le está permitido al predicador de una

comunidad cuyos miembros no entiendan el árabe pronunciar el sermón del viernes en esta lengua y luego explicarlo en el idioma no árabe?» «Las cualidades literarias insuperables del Corán se basan en su redacción y construcción [en árabe]. Y estas [cualidades concretas] se pierden cuando se traduce», fue la frustrante respuesta[1081].

Dos diferencias principales, además de la religión, separaban a los mudéjares de Isabel de los judíos. Eran demasiado pocos y demasiado pobres para constituir una amenaza, pero no estaban solos. En el plano geográfico, tenían al lado mismo el reino de Granada y los reinos musulmanes del norte de África, lo que significaba que disponían de lugares donde refugiarse y de vecinos armados que podían tomar represalias en su nombre. En ese sentido, maltratar a los musulmanes de Castilla tenía un coste más alto que zaherir a sus judíos o incluso a los conversos cristianos a los que perseguía la Inquisición. Isabel y Fernando lo habían aprendido desde el principio, cuando una delegación de mudéjares de Aragón se desplazó al poderoso Egipto de los mamelucos para quejarse de que derribaban sus minaretes y exigir que se adoptasen medidas contra los templos cristianos de Jerusalén[1082]. El cronista portugués Damião de Góis señaló de forma explícita el motivo por el cual el rey Manuel, que arrebató sus niños a los judíos, no hizo lo propio con los de los musulmanes.

> Pero a los moros, como castigo por nuestros pecados, Dios les ha permitido ocupar la mayor parte de Asia y África y buena parte de Europa, donde tienen imperios, reinos y grandes señoríos en los que viven muchos cristianos bajo su yugo, además de los muchos a los que retienen cautivos. Y a todos estos [cristianos] les habría perjudicado mucho que hubieran arrebatado sus hijos a los moros [portugueses] porque está claro que a los que hubieran hecho este agravio no lo olvidarían, sino que clamarían venganza contra los cristianos que viven en tierras de los otros moros […]. Y esta fue la causa por la que [a los musulmanes] se les permitió salir del reino con sus hijos, y a los judíos, no[1083].

Este hecho, por supuesto, no le impediría alegar a Manuel años más tarde que había instado a Isabel y a Fernando a hacer exactamente eso. La amenaza de que los musulmanes de Castilla pudieran convencer a los cristianos de que se convirtieran al islam nunca fue grave para Isabel o su

Inquisición. Los cristianos renegados o *elches* huían por lo general al reino de Granada.

Al igual que los judíos, sin embargo, los musulmanes habían sido sometidos a un escrutinio cada vez más estricto por parte de Isabel. Tras las Cortes de Toledo de 1480, una de las primeras grandes oportunidades que tuvo la reina de imponer su visión de la sociedad, los musulmanes que vivían en barrios cristianos se vieron obligados a abandonarlos para instalarse en las morerías y a observar códigos de vestimenta que los distinguieran de los cristianos[1084]. A Isabel le gustaba el orden y esta medida también encajaba con su afán de pureza social en Castilla. No veía ninguna contradicción en obligar por la fuerza a parte de la comunidad musulmana a marcharse de sus casas y, al mismo tiempo, protegerla de los ataques de aquellos cuya intolerancia se basaba en principios no tan nobles, como la codicia o el simple rencor. Los musulmanes tenían menos derechos, pero ella se aseguraba de que fueran respetados. Las reglas, en el mundo en blanco y negro de Isabel, estaban para cumplirlas.

La caída de Granada, sin embargo, marcó una gran diferencia. De repente, la población musulmana de Castilla se multiplicó por diez y uno de cada veinte habitantes de los dominios de Isabel era ahora mudéjar. Tras la expulsión de los judíos, comenzaron a circular rumores de que los próximos serían los mudéjares. Algunos cristianos se negaron a hacer negocios con ellos, temiendo que no se quedarían el tiempo suficiente para saldar sus deudas y cumplir su parte de los tratos. Isabel y Fernando lo negaron airadamente. «Nuestra merçed e voluntad no fue ni es de mandar salir los dichos moros fuera de los dichos nuestros reynos», insistieron en diciembre de 1493 y amenazaron con castigar a cualquiera que los contradijera o abogara públicamente por la expulsión de los mudéjares[1085].

Durante la guerra y la posguerra la población musulmana del reino de Granada se redujo a la mitad, en torno a 150 000 habitantes, y el objetivo a largo plazo era convertir Granada en un reino propiamente cristiano mediante el ofrecimiento de exenciones fiscales, tierras y casas a los colonos. En 1501 había 40 000 cristianos que vivían en el nuevo reino, casi

la cuarta parte de la población[1086]. No eran santos. «La mayor parte de la gente que acudía a poblarla [Granada] eran hombres de guerra o gente advenediza, había tantos desenfrenados en los vicios que la licencia militar trae consigo», informó Luis del Mármol Carvajal, cronista de finales de siglo[1087]. Las prostitutas, los marginados y los que no habían logrado hacer fortuna en otras partes se sentían atraídos por la ciudad de las oportunidades, donde las reglas eran nuevas y parecía fácil hacer dinero. Se trataba de «las heces de las otras ciudades» o de los que no tenían «en qué caer muertos en su tierra». Algunos nobles fueron recompensados, pero las dádivas en forma de tierras tenían poca extensión o estaban muy fragmentadas para que no pudieran convertirse en una base desde la que desafiar al poder real[1088].

Granada era el éxito del que Isabel se sentía más orgullosa. El símbolo de la granada, con la piel dorada, semillas rojas y hojas verdes, fue incorporado al escudo de armas y se respetó su identidad como reino independiente. Figuraba en el quinto lugar de la lista de títulos de la reina, después de Castilla, León, Aragón y Sicilia, aunque siempre fue uno de sus reinos personales, como parte del reino de Castilla, al no pertenecer a la corona aragonesa de su marido. Los representantes granadinos también se unieron a las otras 16 ciudades importantes que tenían voto en las Cortes de Castilla[1089].

Isabel y Fernando exigieron un alto grado de control sobre la Iglesia de Granada, en parte porque, en vez de ser una fuente de ingresos, comportaba un gasto enorme. Isabel tuvo que hacer frente a los elevados costes de construir iglesias, a menudo reciclando mezquitas, y de dotarlas de cálices, cruces, custodias (para guardar la hostia) y, por supuesto, sacerdotes. No había congregaciones dispuestas a pagar el mantenimiento, aunque contribuyera a él la transferencia de algunos ingresos de las mezquitas. Se emitieron órdenes de que se retirasen las campanas de las antiguas fortalezas fronterizas —donde ya no se necesitaban para tocar a rebato ante ataques inminentes— y fueran fundidas para fabricar otras más grandes para las iglesias. También encargaron campanas a sitios tan lejanos como

Inglaterra. Buena parte de todo esto lo sufragó Isabel de su propio bolsillo y solo en 1493 la fundación y dotación de lugares de culto en Granada, Málaga, Guadix y Almería le costó 9 millones de maravedís. A cambio, exigió y obtuvo del Papa un control casi absoluto de la organización de la Iglesia y de los nombramientos del clero, aunque respetaba su autoridad en materia de doctrina y tareas pastorales. Ella y Fernando elegían a los candidatos a ocupar los obispados y muchos puestos menores. En una sociedad en la que la Iglesia tenía peso tanto temporal como espiritual, eso suponía una concentración considerable de poder. También le daba mayor control sobre la calidad y los abusos de una Iglesia que era el fundamento moral e intelectual de su cruzada para purificar Castilla. Fue un precedente importante, ya que el sistema, conocido como «patronato real», se hizo extensivo a las «nuevas» tierras, incluidas las islas Canarias, además de convertirse en el modelo que se seguiría en América. Alejandro VI, el papa Borgia, cedió estos poderes en 1488, con lo que ayudó a convertir el nuevo reino de Granada en el perfecto Estado moderno isabelino, modelo para un incipiente imperio global. Borgia tenía buenas razones para acceder a las demandas de Isabel. Por un lado, la empresa no le costaba nada a Roma y, por otro, pocos lugares de la tierra aportaban tantos conversos potenciales al cristianismo como el reino de Castilla. Los franciscanos, tan queridos por Isabel, se encargaban de llevar a cabo gran parte de la labor de captación de conversos entre los musulmanes y recibieron tierras y propiedades para establecer conventos en Granada[1090].

En una carta de Isabel a sus obispos de 1501 la vemos dando instrucciones hasta sobre la liturgia. «A mi es fecha relaçión que en muchas de las yglesias perrochiales de vuestro obispado no se trata al Santísimo Sacramento [la hostia eucarística o, más estrictamente, el cuerpo de Cristo] con la solepnidad e reverençia que conviene, e que no está en caxa de plata […] ni los adereços e cosas del serviçio del altar están limpios, nin las lámparas questán delante del Santísimo Sacramento están ardiendo, como es razón», escribió en un tono que no admitía réplica, antes de concluir: «Creo que sabiéndolo vos, lo haréys remediar e proveer, como es vuestro

ofiçio»[1091]. Era una auténtica osadía, por decirlo suavemente, que una monarca cuyo poder se suponía que era temporal y que, además, era mujer diese instrucciones generales a los sacerdotes sobre cómo debían prepararse para una de las partes más importantes de la liturgia.

Isabel nunca olvidó que los musulmanes eran infieles desde el punto de vista religioso. Tolerar una pequeña minoría es una cosa; tolerar una gran minoría, otra muy distinta, como ya había demostrado con los judíos. En este asunto, confió primero en su guía espiritual, fray Hernando de Talavera, un hombre bueno y santo que, sin duda, podría convertir a muchos musulmanes. Sincero e incorruptible, constituía un ejemplo del tipo de religioso devoto y bien educado que quería Isabel y, como primer arzobispo de Granada, eligió a Talavera. Si había convencido a la reina de que se arrodillara ante él para confesarse, seguro que podría hacer lo mismo con los humildes musulmanes. Talavera hacía todo lo posible por captar almas. Sus evangelizadores hablaban árabe, y distribuían traducciones de plegarias cristianas y salmos. Adaptó las tradiciones culturales locales y las combinó con las cristianas. Incorporaron a las procesiones del Corpus Christi la zambra morisca y otras danzas (aunque, como prueba de la permeabilidad cultural del cristianismo español, ya las emplearan en otros lugares de Castilla). Las conversiones forzosas estaban de entrada descartadas, «ca Jhesu Christo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno por que tomasen la su ley, ca Él non quiere serviçio forçado sinon el que faze de buen talante et de grado», había observado el escritor don Juan Manuel 180 años antes. Alfonso X el Sabio, llegó a una conclusión similar en las *Siete Partidas*: su gran código de leyes del siglo XIII: «Por buenas palabras y convenibles predicaciones deben trabajar los cristianos en convertir a los moros para hacerles creer nuestra fe y para conducirlos a ella, y no por fuerza ni por apremios»[1092].

Esta tradición castellana no solo se remontaba a varios siglos atrás, sino que también quedó reflejada en la capitulación de Granada, que proclamaba: «Es asentado e concordado que a ningund moro nin mora non

fagan fuerza a que se torne christiano nin christiana». Talavera tuvo poco éxito y donde mejores resultados logró fue en el Albaicín[1093]. En una circular que fue impresa y entregada a los nuevos conversos les aconsejaba ir más allá de la simple observancia de los ritos cristianos:

> Para que vuestra conversación sea syn escándalo a los cristianos de nación, y no piensen que aún tenéys la secta de Mahoma en el coraçón, es mester que os conforméys en todo y por todo a la buena y onesta conversación de los buenos y onestos cristianos y cristianas en vestir e calçar y afeytar y en comer y en mesas y viandas guisadas, como comunmente las guisan, y en vuestro andar y en vuetro dar y tomar, y mucho y más que mucho en vuestro hablar, olvidando quanto pudiéredes la lengua aráviga, y faziéndola olvidar, y que nunca se hable en vuestras casas[1094].

Al recomendar que no se indispusiesen con los cristianos viejos, Talavera probablemente pensaba en los conversos, cuyos problemas con la Inquisición tenían mucho que ver con el prejuicio popular contra las costumbres de origen judío que conservaban algunas familias. Lo sabía por experiencia propia, pues Talavera era de familia conversa. El hecho de que se sintiera obligado a hacer recomendaciones a los conversos de Granada sobre su comportamiento cultural demuestra el enorme salto que Isabel y sus consejeros religiosos esperaban que hicieran. No solo debían olvidar su religión, sino que tenían que prescindir de su idioma, su comida y sus costumbres diarias. No es extraño que solo un reducido número optara por el cambio, a pesar de las dádivas y otras ventajas que conllevaba ser cristiano. Sin embargo, Talavera tenía claro que las conversiones forzosas eran inadmisibles. «Traerlos a la santa fe por fuerza […] no se debe hacer en ninguna manera, especialmente en los adultos», escribió. Añadió que era un pecado bautizar a un adulto que no se había preparado para ello durante al menos ocho meses[1095].

Las capitulaciones de Granada incluían una cláusula que protegía a los elches: «Es asentado e concordado que si algund christiano o christiana se hobieren tornado moro o mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osado de los amenguar nin baldonar en cosa alguna, y que si hicieren que sean castigados por Sus Altezas». Este pacto contravenía las leyes de la Iglesia en virtud de las cuales, al menos según la interpretación de la

Inquisición, podía castigarse a todos los apóstatas. Así, al igual que había presionado para que se expulsara a los judíos, la Inquisición intervino con su habitual contundencia en la delicada cuestión de cómo tratar a los musulmanes de Granada. Durante los ocho primeros años de gobierno castellano en el antiguo reino nazarí, Isabel no vio nada malo en que su propia legislación (contenida en las capitulaciones) tuviera prioridad sobre las leyes más rigurosas e inflexibles de la Iglesia; pero la Inquisición era una de sus innovaciones más importantes, con la que estaba firmemente comprometida. Mostrarse amable con los elches había sido una necesidad política en los primeros días de su reinado sobre los musulmanes de Granada; pero, al cabo de unos meses de haberse instalado en la Alhambra, Isabel estaba dispuesta a cambiar de opinión. Tal vez el sonido de los musulmanes de la ciudad llamando al rezo le recordase que los habitantes de otros países de Europa criticaban sus reinos porque toleraban la presencia del islam.

El hombre que acabó consiguiendo que Isabel cambiara de opinión fue el poderoso arzobispo de Toledo, Jiménez de Cisneros, que acompañó a la corte real a Granada en noviembre de 1499, poco antes de que Isabel saliera de la Alhambra para una estancia de seis meses en Sevilla. Cisneros y Talavera, en cierto modo, se parecían. Los dos eran los favoritos de Isabel. Ambos habían sido sus confesores y ambos habían rechazado su promoción a cargos de autoridad porque preferían la vida sencilla y espiritual del convento. Sin embargo, gracias a la insistencia de Isabel, habían escalado a las posiciones más altas del clero. Talavera, un asceta que usaba cilicio, se había hecho famoso por encerrar a las prostitutas de la ciudad en su propio palacio durante la Cuaresma, predicándoles una hora al día y diciéndoles que el diablo las usaba como mulas. Cisneros, que había renunciado a sus bienes mundanos para entrar en un convento a los cuarenta y ocho años de edad, también llevaba cilicio, dormía en el suelo y se había retirado a una destartalada choza de campesino antes de que lo enviaran a la corte como confesor de Isabel; pero aquí terminaba el parecido entre los dos. En Cisneros, un futuro inquisidor general que había sido nombrado arzobispo

de Toledo tras la muerte de Mendoza (y de quien se decía que tuvieron que impedirle huir cuando Isabel le sorprendió con el nombramiento), Talavera tenía un enemigo natural. Mientras que este último creía en la conversión *festina lente* o, como dice el refrán, «Vísteme despacio que tengo prisa», aquel era partidario de *compelle intrare*, es decir, obligar a la gente a entrar; pero Cisneros tenía un rango superior al de Talavera y, a su juicio, la legislación eclesiástica estaba por encima de todo. Isabel no necesitaba alcanzar compromisos y Talavera ya había tenido su ocasión. Ahora Cisneros gozaba de vía libre para emplear sus métodos inquisitoriales contra todos aquellos a quienes habían prometido la protección real. En pocas palabras, los elches de Granada habían sido engañados. Al igual que el resto de los musulmanes[1096].

43

¿El fin del islam?

El Albaicín, Granada, diciembre de 1499

Los dos hombres que se abrían paso a través de las estrechas calles del Albaicín en sus mulas ya tenían una fama pésima como miembros de una nueva clase de guardianes de la ortodoxia cristiana que conculcaban sin recato los acuerdos de paz firmados hacía ocho años. El cardenal Cisneros no hacía ni un mes que estaba en Granada, y ya se vulneraban el espíritu y la letra de las capitulaciones ratificadas en noviembre de 1491. Hombres como el alguacil Velasco de Barrionuevo y su colega Salcedo intentaban obligar a los elches a volver al cristianismo, valiéndose de una laguna jurídica en las capitulaciones que permitía que las cristianas renegadas y sus niños y niñas fueran interrogados «en presencia de cristianos y de moros». Aunque Talavera era el arzobispo de Granada, Cisneros podía marcar la ciudad con el sello de su autoridad; no solo era el prelado de más alto rango de Castilla, sino que, además, Isabel y Fernando lo habían nombrado inquisidor de la ciudad. La tensión aumentó cuando los hombres de Cisneros comenzaron a bautizar a los hijos de los elches sin el permiso de sus padres, tal como permitía la ley. La presencia de Barrionuevo en el Albaicín provocó el estallido de una rebelión. Existen distintas versiones sobre cómo se desencadenó. De acuerdo con una, Barrionuevo trataba de apresar a una joven para llevarla a bautizar a la fuerza. Según otra, andaba buscando a dos hermanos después de irrumpir en casa de su madre[1097]. En cualquier caso, el resultado fue el mismo, en palabras de una crónica

contemporánea: «Paresçiéndoles que asy se avía de haser con todos ellos, alborotáronse y mataron un alguasil que fue allí a prender a uno y levantáronse y barrearon las calles y sacaron las armas que tenían escondidas y fisieron otras de nuevo y pusiéronse toda resistencia». Cisneros sostenía que sus hombres habían sido víctimas de una agresión mientras iban tranquilamente montados en sus mulas y apuntó que de las herrerías del Albaicín habían salido en muy poco tiempo 500 lanzas, como si la rebelión hubiera sido cuidadosamente planeada de antemano[1098].

Talavera y el conde de Tendilla, los dos ancianos que habían administrado la ciudad con éxito y habían garantizado una convivencia relativamente armoniosa entre los cristianos recién llegados y los habitantes originales durante los ocho años anteriores, tardaron tres días en apaciguar a los mudéjares del Albaicín. Tendilla recurrió tanto a las tropas como a la diplomacia y llegó a ofrecer como rehenes y garantes de la paz a su esposa e hijos. Se prometió una amnistía a todos los que se bautizasen. Los hagiógrafos de Talavera nos lo presentan llevando serenamente la cruz en procesión, mientras los mudéjares le besan las vestiduras; una escena harto improbable en vista de la tensión reinante. Otros relatos sostienen que lo apedrearon y tuvo que dar media vuelta. Isabel y Fernando al principio se mostraron indignados y atribuyeron los hechos a la torpeza de Cisneros, quien, al parecer, huyó a Santa Fe en busca de refugio. «Nunca vio moros ni los conosció», escribió Fernando, a lo que añadió, molesto: «Que se siga el seso, que no el rigor». Asimismo, dio orden de castigar solo a los autores de la muerte de Barrionuevo y evitar, aunque demasiado tarde, las conversiones forzadas, «por no ser [nada] bueno»[1099].

Sin embargo, los métodos expeditivos de Cisneros funcionaban. Ante el temor de que fueran a separar a los bautizados de los demás, el edificio de la Granada musulmana se vino abajo casi por completo. Al principio las conversiones fueron individuales, pero al final crearon parroquias enteras consagrando primero una mezquita para convertirla en iglesia y luego bautizando uno por uno a la mayoría de los miembros de la comunidad. En Granada eso representó hasta 300 bautismos individuales por sacerdote y

día. Se han conservado numerosos registros bautismales, que dejan constancia de que se oficiaron 9100 bautizos en solo tres meses hasta febrero de 1500. Así, Mohamed, Ahmed, Alí e Ibrahim se vieron rebautizados como, por ejemplo, Juan, Francisco, Alonso o Fernando. Mujeres con nombres como Axa, Fátima, Omalfata o Marién fueron bautizadas, a su vez, como María, Isabel, Catalina o Juana. Los registros de la nueva parroquia de San Gregorio —que había sido la mezquita de Gumalhara— reflejan la diversidad de la comunidad de musulmanes granadinos, que incluía a mudéjares que habían inmigrado de otros lugares de Castilla y Aragón (como un tal Muzehed de Hornachos, que se convirtió en Pedro), 26 africanos negros y una docena de personas que fueron bautizadas en la cárcel. Durante un solo fin de semana de enero de 1500, 3 sacerdotes bautizaron a 806 personas en la antigua mezquita[1100]. Una misericordia de la sillería del coro de la catedral de Granada muestra a mujeres musulmanas haciendo cola, cubriéndose el rostro como si tuvieran vergüenza, para que las bautizaran[1101].

Unas 35 000 personas de la ciudad y sus alrededores fueron bautizadas en cuestión de meses, lo que dio lugar a una nueva categoría de conversos llamados moriscos. «Este negocio de la conversión va muy bien, y no queda ya ninguno en esta cibdad que no sea cristiano, y todas las mezquitas son yglesias —escribió Cisneros a mediados de enero de 1500— […] y esto mismo hacen las alcarías de aquí al derredor.»[1102] Era evidente que se trataba de conversiones forzosas. «Fuera de corazón o de mera ceremonia, abrazaron la fe y recibieron el bautismo», comentó Bernáldez[1103], algo que también contravenía numerosos edictos papales y las recomendaciones de los teólogos.

Sin embargo, Cisneros no creía que tuviera nada de lo que arrepentirse. Su opinión era muy sencilla: mientras que los intentos de conversión de Talavera apenas habían surtido efecto en ocho años, él había resuelto el problema en cuestión de meses. La fuerza era la mejor forma de persuasión y la conversión, preferible al exilio infligido a los judíos. Era mejor no dejarlos «ir aliende [el norte de África], pero mas querríamos que se

convirtiesen y fuesen cautivos como estos otros, porque seyendo cautivos serían mejores christianos, y la tierra quedaría segura que, como están a la costa de la mar y está tan cerca aliende y como es mucha gente, podrían hacer mucho daño si los tiempos se mudasen»[1104], dijo, señalando los beneficios prácticos de las conversiones forzosas al margen de los religiosos.

Isabel y Fernando no sabían muy bien cómo reaccionar. Pasaron de la irritación contra Cisneros por crearles problemas al alborozo por el número de conversiones que había logrado. Mientras tanto, Talavera, agotado y deprimido, escribió a Isabel para pedirle que fuera a Granada cuanto antes[1105]. Era demasiado tarde. Los reyes pronto se convirtieron en entusiastas del método de Cisneros. «Mi voto y el de la reina es que estos moros se baptizen, y si ellos no fuessen cristianos, seránlo sus hijos, o sus nietos», dijo Fernando[1106]. Isabel sabía que Talavera y Cisneros no se llevaban bien[1107], pero esta vez apoyó claramente al segundo. A su vuelta de Sevilla en julio de 1500, se dispuso de inmediato a aumentar el número de clérigos de su nuevo reino, que ahora tenía decenas de miles de flamantes conversos[1108].

La culpa de este cambio de parecer también cabría atribuirla al fraile escocés Duns Escoto, que se había trasladado de la ciudad escocesa de Dumfries a la Universidad de Oxford, pasando por Northampton, en el siglo XIII. Escoto fue un filósofo y teólogo franciscano cuyas ideas habían sido ampliamente difundidas por uno de los pensadores favoritos de la familia real española, el mismo Francesc Eiximenis cuyos consejos sobre la educación de las jóvenes princesas —recurriendo a Dios y al castigo— habían influido tanto en el mundo de Isabel[1109]. «Creo que se actuaría religiosamente si se obligara a los padres mediante amenazas y terrores a recibir el bautismo —escribió Escoto— […]. Sus descendientes, si fueran bien educados, serían verdaderamente fieles en la tercera o cuarta generación.»[1110] Dicho de otro modo, el fin justificaba los medios[1111]. Otra gran autoridad, Tomás de Aquino, no habría estado de acuerdo. «De

ninguna manera se les ha de obligar a aceptar la fe cristiana para que crean, porque creer es voluntario», escribió[1112]. En resumen, los reyes tenían dónde elegir e Isabel había escogido la opción más dura de las dos.

Isabel consideró un éxito espectacular la conversión de 35 000 personas. Sin embargo, todavía representaban solo la cuarta parte de los musulmanes del reino de Granada. Isabel y Fernando sentían un miedo evidente a la posibilidad de una rebelión general y escribieron a las comunidades de la Axarquía, a las que se había dado un trato parecido al de Granada, para asegurarles que todo aquello no les afectaba. «A nos es fecha relaçión que algunos vos han dicho que nuestra voluntad hera de vos mandar tornar a todos por fuerça christianos, e porque nuestra voluntad nunca ha seydo ni es que ningund moro tornen christiano por fuerça […] prometemos por nuestra fe e palabra real que no avemos de consentir ni dar logar a ningund moro por fuerça tornar christiano, antes queremos que los moros nuestros vasallos sean guardados e mantenydos en toda justiçia, como vasallos y servidores nuestros», escribieron, mientras las nuevas iglesias de Granada se ocupaban de la multitud de moriscos. En las montañas de las Alpujarras, donde Boabdil se había establecido al principio, así como en otras poblaciones de Granada como Guájar, los musulmanes vieron lo que se les venía encima y se rebelaron, lo que dio lugar a una campaña militar en las Alpujarras de tres meses de duración, durante los cuales fueron sometidos gradualmente. La rebelión le vino como anillo al dedo a Isabel, pues, una vez sofocada, ella y Fernando pudieron acusar a los rebeldes de vulnerar lo pactado e imponerles condiciones nuevas y más duras. Además, les confiscaron las propiedades e Isabel ordenó que le enviaran como esclavos a algunos de los prisioneros hechos durante la revuelta de Níjar. Y, lo que es más importante, esta vez los musulmanes se vieron obligados a convertirse[1113]. Así se «normalizaron» artificial y violentamente otro conjunto importante de población musulmana y el territorio que ocupaba.

Acabaron estallando nuevas revueltas en otros lugares, lo que hizo necesarias más actuaciones militares, con resultados parecidos en cuanto a conversiones en masa. En Castilla, la turba se disponía a atacar a las

comunidades mudéjares más pequeñas, pero en este caso Isabel salió en defensa explícita de la aljama de Arévalo con una carta en la que prometía castigar a quien lo hiciera. En mayo de 1501 el fuego de la rebelión se había extinguido. Ciudades y pueblos enteros del reino de Granada decidieron entonces que era más sensato bautizarse que atenerse a las consecuencias de una visita de los hombres de Cisneros[1114]. Al cabo de dos meses, en julio, Isabel y Fernando prohibieron la entrada de más musulmanes en un reino de Granada cuya población ya era en su mayoría morisca, es decir, musulmanes convertidos al cristianismo que mantuvieron muchas de sus costumbres, vestimentas y tradiciones. La orden aseguraba que «no ay infiel alguno», pero los monarcas añadieron una cláusula que daba a cualquiera que pudiera quedar solo tres días para marcharse «so pena de muerte e prendimiento de todos sus bienes para nuestra cámara e fisco»[1115].

En septiembre de 1501, en una real cédula que era a la vez contradictoria y de un cinismo impresionante, Isabel exigió que no se llevaran a cabo más conversiones por medio de la fuerza o el soborno y, al mismo tiempo, amenazaba explícitamente a quienes no recibieran el bautismo «voluntariamente». «Se deven para ello tratar muy bien, con muchas amonestaçiones […] mas sy al fin no se quisieren convertirse de nuestra voluntad, podeysles desir que han de yr fuera de nuestros Reynos, porque non avemos de dar lugar que en ellos aya ynfieles.»[1116] En la práctica, constituía una orden de expulsión similar a la dictada contra los judíos, que contribuyó a empujar a los últimos musulmanes de Granada hacia el bautismo forzoso.

Por si el mensaje no era lo bastante claro, Isabel firmó una nueva orden para ayudar a erradicar el islam: todos los ejemplares del Corán y otros textos islámicos tenían que ser quemados. Las disposiciones, emitidas conjuntamente con Fernando, no dejaban lugar a dudas. «Bien sabeys como por la gracia de Nuestro Señor los moros que bevían e moravan en este dicho reyno de Granada se convirtieron a nuestra santa fe católica, e porque en el tienpo que el dicho reyno era poblado de moros tenían muchos libros falsos e de su se[c]ta falsa, los quales deven ser quemados en el fuego, por

que dellos no aya memoria», escribieron. En plazas, mercados y dondequiera que se reunieran personas en la ciudad y en todo el reino de Granada, los pregoneros anunciaron que

> del día del dicho pregón fasta tregula día primeros siguientes traigan ante vos, las dichas nuestras justicias, todos los libros que en vuestra juridición estovieren sin que ninguno quede Alcorrán ni de la secta mahométicа y los fagáis quemar públicamente. E mandamos a qualesquier personas en cuyo poder estovieren los dichos libros o dellos supieren en qualquier manera, que dentro del dicho término vos den y entreguen los dichos libros syn que dellos les quede cosa alguna. So pena que qualquier que toviere libro y lo encubriere muera por ello e pierda todos sus bienes[1117].

Ardieron cerca de cinco mil libros y pergaminos, incluidas delicadas obras de arte con hermosas miniaturas, páginas perfumadas y adornos de perlas o de oro. Gran parte de la rica tradición literaria y poética de los nazaríes se perdió[1118], con la única excepción de los textos médicos y filosóficos por los cuales se admiraba a los árabes, así como varias crónicas históricas[1119].

El humo y el olor del papel y el pergamino quemados de los libros sagrados continuó ascendiendo al cielo desde las plazas y las callejuelas de Granada y otras ciudades hasta el otoño de 1501. Este acto de purificación por el fuego, que se llevó a cabo en la Plaza Mayor de Granada[1120], alimentado por las bibliotecas de las madrazas de la ciudad, fue la humillación final para los, a partir de entonces, criptomusulmanes del nuevo reino de Isabel. La prohibición de que los nuevos conversos llevaran armas demuestra que Isabel sabía que muchas de las conversiones eran falsas, al no contar con más alternativa, y que se podía recurrir la violencia[1121]. También significaba que, al igual que a los conversos, a estos cristianos nuevos los trataban de modo diferente que a los cristianos viejos. Talavera pronto señaló que en las nuevas iglesias de la ciudad muchos conversos mostraban un visible desdén por los oficios, ya que los moriscos convertidos «se syentan e están entre las mugeres e otros se arriman y echan sobre los altares e se asyentan bueltas de espaldas a ellos, e

otros se pasean el tiempo de los sermones». Las amenazas de excomunión eran absurdas, por lo que Isabel y Fernando impusieron multas o penas de diez días de prisión.

Al cabo de cuatro meses, en febrero de 1502, los reyes dieron un paso aplastante, de una lógica más. En otro decreto terrible, Isabel, después de enorgullecerse de «ver que ayamos tanto trabajado que en el dicho reyno donde todos eran infieles, no aya quedado ninguno», ordenaba a las antiguas comunidades mudéjares dispersas por el resto de Castilla que se marchasen. Tenían apenas dos meses y medio, hasta finales de abril de 1502, para tomar una decisión. «Porque assí a Nuestro Señor plugo echar en nuestro tiempo del dicho reyno [de Granada] nuestros ancianos enemigos que tantos tiempos e años los sostruvieron […] assí es razón que, mostrándonos agradescidos deste e de los otros grandes beneficios […] no permitamos más que aya en nuestros reynos gentes que sygan leyes reprovadas», rezaba el edicto en el que el 12 de febrero Isabel estampó su firma en el Real Alcázar de Sevilla, al parecer sin darse cuenta de lo irónico que resultaba firmarlo en una de las maravillas de la arquitectura morisca. El nombre de Fernando constaba también en el documento, aunque no afectaba a los musulmanes de sus dominios, ya que eran demasiado importantes para la economía de reinos como Aragón y Valencia. El razonamiento era exactamente el mismo que había inspirado tanto la expulsión de los judíos como la fundación de la Inquisición. «Considerando assimismo cómo la mayor causa de subversión de muchos Christianos que en estos muestros reynos se ha visto fue la participacion e comunicación de los judíos, que assí ay mucho peligro en la comunicación de los dichos moros de nuestros reynos con los nuevamente convertidos.»[1122]

Mientras que las condiciones impuestas a los judíos con motivo de su expulsión habían sido brutales, las de los musulmanes eran simplemente imposibles de cumplir. No se les permitió acudir a los reinos aragoneses de Fernando ni a Navarra. Solo podían ir a países con los que Castilla no estuviera en guerra, lo que excluía al Imperio otomano, al norte de África y gran parte de Europa, donde, de todos modos, no era probable que fueran

bien recibidos[1123]. Las tierras gobernadas por los mamelucos egipcios, que incluían Jerusalén, parecían el único destino posible. Estaban en el extremo opuesto del Mediterráneo, pero la orden de expulsión estipulaba que los musulmanes de Castilla solo podían salir de los puertos de Vizcaya, en la costa atlántica, el sitio más alejado posible de su destino. Tendrían que navegar bordeando la peligrosa costa septentrional de Galicia (más tarde conocida como la Costa de la Muerte) y el extremo occidental de España, Finisterre, para luego proseguir por la costa atlántica de Portugal y de España hasta las turbulentas aguas del estrecho de Gibraltar, por donde entrarían en el extremo occidental del Mediterráneo, amenazados por los piratas berberiscos y otros peligros que los acecharían en la larga travesía hasta las costas levantinas del Mediterráneo.

Como era de esperar, el resto de los mudéjares también se convirtieron. La abjuración ni siquiera figuraba como posibilidad en la orden de expulsión, pero no les quedaba otra. Así, los miembros de las antiguas comunidades mudéjares fueron bautizados en masa, lo que agregó a unas 20 000-25 000 personas a la nómina de conversos. Solo en sus reinos españoles, entre judíos y musulmanes, Isabel había ganado unas 150 000 almas para Cristo, aunque muchas simplemente fingieran. También había hecho caer el telón sobre siete siglos de convivencia entre las tres «religiones del libro» en Castilla. Solo había tardado un decenio. Casi había completado su revolución puritana. Incluso a Maquiavelo le asombró esta «piadosa crueldad», «rasgo de política verdaderamente deplorable y sin ejemplo».

Isabel dio otra vuelta de tuerca ese mismo año. En septiembre de 1502, en una pragmática firmada solo por ella, prohibió a los nuevos conversos de los reinos de Castilla y León que se marchasen de ellos en los siguientes dos años[1124]. Se les había dado la oportunidad de irse, por falsa que fuera, y ahora que eran cristianos no quería que pudieran sentirse tentados de recaer en su antigua fe. Solamente podían comerciar en Aragón o Portugal con un permiso oficial de noventa días. Si intentaban vender sus

propiedades, la corona las confiscaría sin indemnización para el comprador o el vendedor.

Isabel envió ejemplares de la nueva ley a su hija Juana, que a esas alturas se había convertido también en su heredera, así como a todos sus nobles y funcionarios. «Soy informada de ciertos dellos que, engañados por muy malos consejos, han començado a vender sus bienes para se passar a otro reynos y de allí yrse allende. E […] a mí, como reyna y señora, zeladora del servicio de Dios nuestro Señor e de su sancta fee cathólica, conviene proveer e remediar como los assí nuevamente convertidos sean conservados en nuestra sancta fee, quitados y apartados de personas que los puedan atraer a errar», decía[1125].

A los antiguos mudéjares de Castilla, ahora moriscos, también se les prohibía ir al reino de Granada, con el que ni siquiera podían comerciar. Esto, explicó, era «por algunas justas causas e razones que a ellos me mueven cumplideras a los nuevamente convertidos del dicho mi reyno de Granada»[1126]. No podía decir más que eso sin reconocer públicamente que los moriscos de Granada eran, en gran parte, criptomusulmanes o, por lo menos, malos cristianos que habían sido convertidos a la fuerza.

El último acto purificador de Isabel fue, para la mayoría de sus víctimas, una farsa. La ley islámica, en virtud de una cláusula de autoprotección llamada *taqiya*, permite fingir la conversión en circunstancias extremas en las que no hay alternativa y los cristianos de la época se dieron cuenta enseguida de lo que ocurría. «Si decían que eran cristianos, veíase que tenían más atención a los ritos y cerimonias de la se[c]ta de Mahoma que a los preceptos de la Iglesia Católica, y que cerraban de industria las orejas a cuanto los prelados, curas y religiosos les predicaban», escribió a finales del siglo XVI Luis del Mármol Carvajal, nacido en Granada y que hablaba árabe. Los adivinos llamados jofores auguraban a los desdichados conversos que un día volverían a su fe original. Incluso un siglo más tarde, contaba Mármol, muchos, si no la mayoría, eran criptomusulmanes. «Aborrecían el yugo de la religión católica romana, y de secreto se

doctrinaban y enseñaban unos a otros en los ritos y ceremonias de la secta de Mahoma […]. Si iban a oír misa los domingos y días de fiesta, era por cumplimiento y porque los curas y beneficiados no los penasen por ello», agregó. Las plegarias musulmanas se pronunciaban en secreto, en especial los viernes, y los artesanos continuaban trabajando a puerta cerrada los domingos. La confesión era, para muchos, una farsa y Mármol afirmaba que a las criaturas recién bautizadas «las lavaban secretamente con agua caliente para quitarles la crisma y el óleo santo» y luego les daban nombres musulmanes; además, a los niños los circuncidaban. «Las novias, que los curas les hacían llevar con vestidos de católicos para recibir las bendiciones de la Iglesia, las desnudaban en yendo a sus casas y vistiéndolas como moras, hacían sus bodas a la morisca con instrumentos y manjares de moros», escribió[1127].

Algunos se escandalizaron, al ver en ello la semilla de futuros conflictos. «Tú objetarás, sin embargo, que ellos seguirán viviendo en la misma disposición de ánimo para con su Mahoma, como es lógico y razonable sospechar», le escribió Anglería a Bernardino López de Carvajal, uno de los cardenales españoles del papa Borgia[1128]. Desde luego, eso era lo que opinaba Anglería, aunque también creyera que sus hijos serían buenos cristianos. Sin embargo, actuar contra los musulmanes de Castilla conllevaba otro tipo de problemas, porque pronto empezó a rumorearse que los poderosos países del sur y del este del Mediterráneo se preparaban para tomar medidas contra los cristianos de sus tierras. Eso explica por qué Anglería fue enviado como embajador a Egipto, donde el sultán recibía airadas quejas de aquellos a los que se había convertido por la fuerza en Castilla.

44

El sultán de Egipto

Venecia, 2 de octubre de 1501

La importancia cada vez mayor de Isabel y la posición de España como potencia política emergente en Europa significaban que las repercusiones de sus actos más audaces y polémicos llegaban ahora a pueblos y tierras lejanos. Así pues, se sintió obligada a dirigir su atención hacia el hombre a quien consideraba «sultán de Babilonia, Egipto y Siria y señor de toda Palestina», es decir, el sultán mameluco de El Cairo, Kanshu al-Ghuri. En octubre de 1501 ella y Fernando enviaron a Pedro Mártir de Anglería a ver al sultán con instrucciones estrictas de que negara la existencia de conversiones forzosas. «Y si os replicare alguna cosa tocante a la conversión de los moros deste reino de Granada diciendo que se les hizo alguna fuerza y agravio para que fuesen convertidos a nuestra santa fe católica, decirle heis la verdad: que a ninguno fue hecha fuerza ni se hará, porque nuestra santa fe católica quiere que a ninguno se haga.»[1129]

Anglería viajó a Venecia y allí se embarcó en una galeaza de tres palos, un enorme buque mercante con 150 hombres que manejaban remos de 15 metros de longitud, para cada uno de los cuales solían precisarse 7 u 8 bogadores. El barco formaba parte de una flota de 14 navíos que hacía viajes regulares al puerto sirio de Beirut y al destino de Anglería, Alejandría, desde donde planeaba viajar a El Cairo para ver al sultán. «Dícese que este [el sultán de Egipto] amenaza a todos los cristianos para que, renegando de la ley de Cristo, abracen a Mahoma —explicó en una

carta—; el pretexto es que los granadinos han abandonado a Mahoma, porque les han obligado a ello por la violencia.» Las grandes galeazas venecianas solían ir cargadas de costosos paños y otros artículos en el viaje de ida y volvían con «perfumes y toda clase de aromas de Arabia y cuanto hay de incentivo en la naturaleza para fomentar la lascivia y afeminar a los hombres», que distribuían por toda Europa. Anglería quedó impresionado por las industrias de Venecia, su bullicioso puerto, sus astilleros, donde reinaba la actividad, y sus enormes embarcaciones mercantes, que navegaban a lugares tan lejanos como Constantinopla, Beirut, Alejandría, el mar Negro, el río Don (en Rusia), Londres y el «océano glacial» en el norte[1130].

El desencadenante del viaje de Anglería a El Cairo tal vez fuera una petición de ayuda enviada por algunos moriscos españoles al emperador mameluco en forma de casida, un poema rimado de 105 versos en árabe, escrito en 1501, que explicaba en términos trágicos la caída de Granada y la difícil situación de los autodenominados «esclavos que permanecen en al-Ándalus, en Occidente, en exilio», en cuyo nombre estaba escrito el llamamiento. Entre ellos se encontraban «ancianos cuyos blancos cabellos se mesaron», mujeres de «rostros obligados a descubrirse en el seno de bárbaros» (aunque las mujeres moriscas, dibujadas por Christoph Weiditz veinte años más tarde, todavía se ocultaban en parte la cara con velos, por lo menos en público)[1131], muchachas «a quienes el cura arrastra por los cabellos al lecho del deshonor» y ancianas «obligadas a comer cerdo» y carnes de otros animales que no habían sido sacrificados ritualmente[1132]. El poeta denunciaba en la casida destinada al sultán que Isabel y su marido los habían convertido al cristianismo «por la fuerza, con dureza y severidad, quemando los libros que teníamos y mezclándolos con excrementos e inmundicias. Todos los libros que trataban de asuntos de nuestra religión fueron presa del fuego entre la mofa y la irrisión», y sus nombres fueron cambiados por otros cristianos «sin que nosotros lo deseáramos ni diéramos nuestro consentimiento».

Anglería llegó a Alejandría a principios de enero de 1502 y fue recibido por el cónsul local de Barcelona. Se vio obligado a esperar a que le autorizaran a viajar por el Nilo hasta El Cairo, a la que llamó «capital de este Imperio y en otro tiempo Babilonia», para ver al sultán. Vagó como un turista, admirado del puerto y los depósitos de agua del Nilo que llegaba por medio de acueductos, pero consciente de que los días de gloria de la ciudad habían terminado. «A mi juicio, según puede colegirse por sus restos, Alejandría tuvo en otro tiempo cien mil casas o más —escribió—. Ahora apenas tiene cuatro mil. En lugar de habitantes, las tórtolas y las palomas tienen ahora en ella sus nidos.» Al principio el sultán se negó a recibirlo, algo que Anglería atribuyó a los judíos españoles expulsados, de los que «se habían refugiado no pocos en estas regiones», así que envió dos frailes franciscanos para informar al sultán de que esos judíos habían sido expulsados por Isabel y Fernando «como una peste perniciosa» y eran gentes «enemigas de la paz y la concordia de los Reyes». Anglería también fue advertido de que otros reyes del norte de África habían enviado embajadores al sultán «a instigación de los expulsados de Granada, con quejas terribles»[1133].

El enviado de Isabel y Fernando estaba asombrado de que los mamelucos —antiguos esclavos apresados en combate y traídos de lugares tan lejanos como los Balcanes y Georgia—, pese a ser relativamente poco numerosos, lograran imponer su autoridad sobre los árabes nómadas. «Son, por otra parte, los árabes, a juicio de todos los habitantes y de los mismos mamelucos, nobles e industriosos; en cambio, los mamelucos son, en su gran mayoría, innobles, montañeses arrancados la mayor parte por los piratas», dice Anglería, que añade: «Cada mameluco tiene tal poder sobre los ciudadanos que, con la estaca de madera que llevan siempre en la mano, puede golpear a cualquiera ciudadano que encuentre, ya con capricho, ya con el más mínimo pretexto». Finalmente, al amanecer, tras pasar por varios patios de un palacio que comparó con la Alhambra y ante eunucos que vigilaban las puertas del harén, el embajador de los Reyes Católicos fue llevado ante el sultán. «El sultán […] estaba enterado de cuán poderosos

sois […] —le explicó Anglería a Isabel en uno de los informes que le envió —. Por esto consintió que, en contra de la costumbre de sus antepasados, se me permitiese estar dentro de las alfombras extendidas delante de él a partir de la mitad del patio.» También pudo ahorrarse algunas de las reverencias y prosternaciones que solían exigirse a los embajadores. El sultán era mameluco, supuestamente de una familia de antiguos esclavos de Escitia, en el extremo oriental del mar Negro. De su turbante asomaban unos cuernos de tela que a Anglería le parecieron ridículos, como se encargó de comentar en tono desdeñoso: «No puedo pensar, a fe mía, que hayan tomado estos bárbaros el modelo de sus ridículos cuernos sino de los caracoles de primavera, pues jamás he visto cosa más parecida». Sin embargo, parece que al sultán Anglería le cayó en gracia y lo trató bien, para gran indignación de los embajadores mauritanos y númidas (beréberes) de la corte, que recordaron a todos que los musulmanes granadinos o se convertían a la fuerza o eran expulsados. Anglería informó a Isabel y Fernando de que tenían fama de ser «Reyes tiranos, violentos y perjuros». El sultán, temiendo que la presencia de Anglería provocara una rebelión, acabó por ordenarle que se escabullera de El Cairo por la noche, pero el embajador mandó de vuelta al intérprete para recordarle que representaba a los soberanos de una inmensa extensión de tierra que abarcaba desde «los últimos confines de Occidente […] y, lo que es más grande aún, de la parte del reino de Nápoles que, bañada por el Adriático, mira hacia Oriente», es decir, no lejos del mismo Egipto. En el curso de una reunión secreta celebrada de madrugada, el sultán le interrogó sobre todo acerca de las conversiones forzosas[1134]. Anglería le replicó:

> Os quejáis de que mis católicos Reyes han quidato a los moros la ciudad de Granada y otras muchas ciudades fortificadas […]; de que no han respetado su religión a los vencidos, de que a muchos miles los han obligado a hacerse cristianos; después habéis amenazado diciendo que haréis que algún día les pese su actuación. En primer lugar, oh gran Emperador, debéis saber lo siguiente: que el Rey y la Reina católicos de España me enviaron a pediros algunas mercedes en favor de los habitantes de Jerusalén, y no para daros cuenta de sus hazañas. Son tan poderosos, que no temen la fuerza ni las armas de los hombres […]. Desde el Océano por donde el sol se oculta hasta el mar

> Adriático, la Italia que mira a vuestras costas, las columnas de Hércules [el estrecho de Gibraltar], siguiendo a Sicilia y Calabria […] y Apulia […], todo eso está sometido a mis Reyes[1135].

Era una lista de posesiones impresionante, impensable en los años anteriores al ascenso de Isabel al trono, y el sultán sabía que debía prestar atención.

Anglería insistió en que los propios granadinos habían pedido a Isabel y a Fernando que los bautizaran después de rebelarse y darse cuenta de que, como vencidos, podían ser esclavizados. «¡Bautismo! ¡Bautismo!», clamaban, o eso decía él. «Nuestra religión ordena abiertamente que nadie se atreva a incitar por la violencia o el miedo al que profesa religión distinta», añadió, como demostraba que miles de musulmanes y judíos hubieran decidido irse a vivir a los dominios del sultán. «¿No los habrían obligado a bautizarse si su religión se lo hubiera permitido?», preguntó retóricamente. También le recordó al sultán que en los reinos de Valencia y Aragón aún vivían decenas de miles de musulmanes «con no menos libertad que los cristianos», palabras con las que, de paso, insinuaba al sultán que cualquier persecución de los cristianos de sus tierras aún podía tener por respuesta la persecución de los musulmanes que quedaban en España. Anglería predijo que el sultán se arrepentiría de haber permitido que los judíos españoles se establecieran en sus tierras y le instó a ignorar sus quejas. «De los judíos y demás neófitos sin ley, ¿para qué os vais a preocupar? ¿Qué os importan? Estos fueron eliminados por mis Reyes de todos sus reinos como una peste deletérea […]. Algún día sabréis, si los hados os conceden largos años de vida, qué clase de hombres son estos a quienes protegéis […] y entonces habréis de confesar que mis Reyes fueron los más sabios de los hombres, precisamente porque pensaron en exterminar a ganado tan despreciable y morboso.»[1136]

Sin embargo, sus argumentos más convincentes tenían que ver con el poder, pues los mamelucos estaban tan preocupados por la expansión otomana como los cristianos de Europa (y con razón, puesto que diez años atrás habían contenido mediante una guerra la embestida de los otomanos,

que, de todos modos, acabarían conquistando los dominios de los mamelucos al cabo de un decenio y medio). Los españoles lo habían ayudado durante el anterior conflicto bélico con los otomanos y todo buen sultán tenía que estar siempre preparado para hacer frente a las rebeliones internas. «Las flotas fondeadas en los puertos de Apulia y de Calabria estarán prestas con tropas seleccionadas, si surge alguna rebelión contra vos o estalla la guerra, para volar acá en vuestro auxilio —prometió Anglería—. La noticia de nuestra amistad, siquiera sea fingida, podrá serviros de gran provecho, pues somos tan poderosos por tierra y por mar, como antes dije.»[1137]

La estrategia surtió efecto. «El sultán está dispuesto a hacer todo lo que le he pedido en vuestro nombre», pudo leer Isabel en el informe triunfal que envió Anglería. Este, por su parte, siguió haciendo turismo, explorando maravillado las pirámides —que describió como «los monumentos de los antiguos egipcios»—, mientras los amanuenses redactaban los términos de unos acuerdos que reflejaban la constante preocupación de Isabel por los restos de las comunidades cristianas en Tierra Santa, prometiendo amparar a las que se encontraban en las tierras del sultán[1138]. Incluían protección y rebajas de tributos para los peregrinos, así como el derecho a restaurar las iglesias cristianas y monasterios de Jerusalén, Belén, Beirut «y en los demás sitios donde queda algún recuerdo todavía de los hechos de Cristo». Muchos de estos edificios estaban en ruinas desde hacía siglos, pero no podían remodelarlos sin permiso. «Ya podéis, pues, hacerlo», comunicó Anglería. Las tierras que gobernaban conjuntamente Isabel y Fernando se extendían desde las islas del Caribe hasta el extremo meridional de Italia. En adelante su influencia también se dejaría sentir más al este y, lo más importante para la reina, en los Santos Lugares, al beneficiarse los árabes cristianos de su poder y protección. El sultán despidió a Anglería con regalos que incluían una chilaba de lino de color verde mar con pliegues de seda a juego, así como «una veste de oro entretejida y con letras arábigas bordadas» y montada en pieles de armiño. El embajador se fue Nilo abajo, convencido de que los cristianos debían reconquistar Tierra Santa[1139].

Anglería viajó finalmente a Toledo para informar a Isabel de sus experiencias[1140]. «Anclé en un puerto más seguro que el de Brindis y el de Cartagena: al lado de la Reina Católica, que, como sabéis, supera a todo el género femenino, que no solo emula a los hombres, sino que en animo, prudencia y constancia —don no corriente en la mujer— puede parangonarse con toda clase de ilustres y esclarecidos héroes. A mi regreso me acogió llena de amabilidad en cuatro audiencias, haciéndome con plácido y sereno semblante toda clase de preguntas», le escribió a un amigo en septiembre de 1502. Isabel, desde luego, no había perdido la capacidad de intimidar a sus servidores y el elogio de Anglería a la reina puede que tuviera algo que ver con que esta no siempre lo encontraba divertido. «Recreé sus sublimes oídos con la narración de cosas nunca oídas. Me profesa una simpatía extraordinaria.»

45

«Como una brava leona»

Gante, febrero de 1500

El anillo de Juana, la hija mayor de Isabel —de entre las que aún vivían—, lo había llevado la Virgen María al dar a luz a Jesucristo, o eso le habían dicho los monjes de una abadía próxima a Gante antes de prestárselo, en vista de la inminencia del parto en dicha ciudad[1141]. El niño que llevaba en el vientre no era el primero de los nietos de Isabel. Semejante honor correspondía a Leonor, nacida dos años antes, en 1498. En esa ocasión, el suegro de Juana, Maximiliano, que se dirigía a Bruselas para asistir al bautizo, dio media vuelta cuando le anunciaron que era una niña. Su marido, Felipe, había reaccionado con el mismo desdén. «A esta, porque es fija, póngale la archiduquesa el estado. Cuando Dios nos diere fijo, ponerle he yo», afirmó[1142]. Esta vez Juana estaba orando por un hijo y Felipe comenzó a preparar los carruajes, las joyas y otros elementos que proporcionarían la pompa necesaria para acompañar el nacimiento de un niño. En febrero de 1500 por fin dio a luz al muy deseado heredero varón, que sería bautizado con el nombre de Carlos. El marido de Juana, normalmente poco considerado, estaba contento y le regaló una esmeralda engarzada en una rosa de oro esmaltada de blanco[1143].

La situación de Juana en la corte de Borgoña mejoró ligeramente, sin que pudiera ejercer la clase de presiones en favor de España que Isabel esperaba. El año anterior, esta había enviado un embajador para reprender a su hija, presumiblemente por no hacer más en defensa de los intereses de su

país. Dicho emisario, fray Tomás de Matienzo, escribió a la reina: «Recibiólo muy bien, besando las reales manos [metafóricamente] de por le avisar cómo guiase su vida, y á mí que me lo agradecía mucho […]. Díxome que antes le tenía [el corazón] tan flaco y tan abatido que ninguna vez se le acordaba quán lexos estaba de V[uestra] A[lteza] que no se hartase de llorar en verse tan apartada de V[uestra] A[lteza] para siempre»; pero Juana apenas tenía influencia sobre su marido, como el mismo Matienzo precisaba: «Los del Consejo del archiduque […] tienen esta Señora tan atemorizada que no puede alzar la cabeza». Otro embajador, Gutierre Gómez de Fuensalida, la instó a luchar por tener más poder. «Me parecía que no hera ya de dysimular con estas gentes [los borgoñones], pues que en ellas no avía comedimiento ninguno», informó a Isabel y a Fernando. Sin embargo, Fuensalida, que no tenía pelos en la lengua y que no se caracterizaba por su talante diplomático, también juzgaba que estaba lejos de ser la mujer mentalmente inestable que pasaría a la historia como Juana la Loca. «En persona de tan poca hedad no creo que se ha visto tanta cordura», comentó. Otro enviado especial de España que la conoció casi al mismo tiempo coincidía y la encontraba «avida por muy cuerda y por muy asentada», pero señalaba que «no tiene alma viva que la ayude con una sola palabra»[1144]. Aun así, poco podía hacer Isabel más allá de enviar embajadores para que infundieran ánimos a su hija.

Después de la muerte del pequeño Miguel en julio de 1500, Isabel presionó cuanto pudo para que Juana y su marido viajaran a España para ser reconocidos oficialmente como herederos de los tronos de Castilla y Aragón. Un nuevo embarazo, y las maquinaciones de los consejeros franceses de Felipe, provocaron que se retrasara el viaje. «Los que goviernan al Archiduque [Felipe] […] aborrecen este camino porque la costumbre suya en todas las cosas es tan dyferente de la costumbre castellana como el byen del mal», observó Fuensalida y añadió que el mismo Felipe «tiene más ganas de ir al infierno que a España». Juana fue llevada a regañadientes a Bruselas para dar a luz después de que la ciudad ofreciera 4000 florines o más si el niño nacía allí. El 18 de julio de 1501, se

produjo lo que cabía considerar un doble desaire: el recién nacido era una niña y, por añadidura, le dieron el nombre de Isabel en honor a su abuela española[1145].

Juana, cuya devoción a su infiel marido se convertiría en legendaria, dudaba entre sus obligaciones para con Felipe e Isabel. «Los Reyes están persuadidos de que la hija no ha de ceder como no sea siguiendo a su marido», escribió Anglería. El humanista italiano, que a su vez practicaba un delicado juego político de búsqueda de mecenazgo, se dio cuenta de que Felipe podría convertirse en el gobernante de Castilla a la muerte de Isabel. Por lo tanto, tuvo cuidado de recalcar la devoción de Juana a Felipe, más que el hecho de que fuera ella, y no él, la heredera de la corona. «Está perdidamente enamorada del esposo. Aunque no la moviera la ambición de tantos reinos y el amor de sus padres y de todos aquellos otros con quienes se crio —escribió Anglería en una de sus cartas—, únicamente la arrastraría hacia acá [a Castilla] el apego al hombre, al que tan ardorosamente dicen que ama.»[1146]

Cuando Juana y Felipe se pusieron en marcha en noviembre[1147], lo hicieron sin sus tres hijos, lo que ponía de manifiesto que incluso la autoridad en cuestiones domésticas estaba completamente en manos de su esposo[1148]. Y si Isabel y Fernando esperaban que ese fuera el momento en que Felipe abandonara una preocupante postura profrancesa, andaban muy equivocados. Felipe anunció el compromiso de Carlos con la hija de Luis XII y se aseguró de que viajaran por tierra, desdeñando los barcos enviados desde España, para pasar por París y Blois, donde los esperaban Luis y su esposa, Ana de Bretaña. Juana estuvo luchando constantemente para conseguir que el protocolo francés no solo la reconociera como archiduquesa, sino que también acatara su reciente condición de heredera de la corona de Castilla. Llegó a vestir a la moda española (un truco que su hermana Catalina utilizaría igualmente en sus reuniones con los franceses) para destacar este hecho[1149]. Tras cruzar la frontera en dirección a Castilla en Fuenterrabía, en enero de 1502, los borgoñones vieron de inmediato

confirmados sus prejuicios. Tuvieron que abandonar sus sofisticados carruajes y carrozas (de los que habían salido cien de Flandes) y cruzar a lomo de mula los helados puertos de montaña que llevaban a la meseta. Un obstinado noble borgoñón insistió en atravesar en carruaje el País Vasco. «Monseñor de Boussut hizo pasar su coche más allá de las montañas de Vizcaya, lo que jamás habíase visto en memoria de hombre. Y como los campesinos jamás habían visto coches en su país, es de lo que más maravillados se mostraron», relató Antoine de Lalaing, que acompañaba a la comitiva y a quien seguramente debió de asombrarle la antigua e ininteligible lengua de los vascos. «Es para mí lo más nuevo y extraño que jamás he oído», observó un visitante italiano, quien constató que las mujeres no conocían más que este idioma[1150]. Más adelante, Lalaing señaló que Alcalá de Henares, como Sevilla, era una de las pocas localides por las que pasaron que tenía calles «bastante bien pavimentadas a la manera de nuestro país». Entre otros espectáculos, el duque de Benavente les enseñó el camello que tenía como mascota[1151].

Cuando finalmente entraron en la ciudad de Burgos, fue el propio escudero de Felipe quien llevó la espada ceremonial del heredero al trono de Castilla, con lo que dio a entender que era así como se veía a sí mismo el marido de Juana. Felipe, amante de las fiestas, se aficionó rápidamente a las costumbres españolas. Las corridas de toros eran una de sus diversiones favoritas, al igual que vestirse de musulmán para sumarse a unos juegos de cañas en los que participaron más de quinientos jinetes. Lalaing quedó impresionado por Isabel y su enorme reputación. La consideraba la principal impulsora de todo, desde el matrimonio con Fernando y la guerra de Granada hasta los viajes de Colón. «Esta reina de España, llamada Isabel, […] estimo que desde hace quinientos años no ha tenido igual sobre la Tierra […]. En suma: es obedecida por todo su reino, y no ha habido ningun gran señor que, mandado por ella, ni aunque fuese por su menor servidor, se haya atrevido a negarse; porque ella castigaría tan gravamente a los que se negasen, que sería para los otros un ejemplo.»[1152]

Isabel esperó para recibir a su hija y conocer a su yerno en Toledo, donde los visitantes no se presentaron hasta mayo. Ya entonces los planes para la recepción se habían visto frustrados por la noticia del fallecimiento del joven esposo de Catalina de Aragón, Arturo. Toledo se quedó sin tela negra e Isabel se aseguró de que el duelo fuera organizado con la debida pompa. Sobre todo, quería que en Inglaterra se tuviera conocimiento de ello con el fin de mantener a Enrique VII de su lado en un momento de rivalidad creciente con Francia. Fernando quería alejar a Felipe de Luis y procuró que fuera el marido de Juana, en vez de la heredera, quien caminara a su lado bajo un palio de oro tras encontrarse con ambos a las puertas de Toledo. Isabel tuvo que enmendar la situación, para lo cual acompañó a Juana al pabellón ceremonial después de reunirse con la pareja, para oír misa en la residencia toledana del marqués de Villena, donde se alojaban. «La reina […] abrazó a cada uno con mucho amor, y metió de la mano a su cámara a la princesa su hija», contó Lorenzo de Padilla, autor de una crónica posterior sobre el yerno de Isabel, Felipe[1153].

Más importante aún fue que las Cortes de Castilla juraran lealtad a Juana como princesa de Asturias (y heredera) y a Felipe solo como consorte. La tensión fue en aumento. Un ofendido Felipe expulsó a algunos de sus seguidores más proespañoles y, cuando un grupo de castellanos atacó a tres de los hombres del archiduque, Isabel decidió perdonarlos. La enfermedad, como siempre, hizo estragos tanto entre los anfitriones como entre los invitados. Felipe y Juana abandonaron Toledo en plena noche después de que Isabel, muchos de los cortesanos y algunos invitados enfermaran. Dos de sus principales sirvientes se quedaron y murieron[1154]. También falleció el principal consejero de Felipe, el arzobispo francés de Besançon, en medio de rumores de que había sido envenenado.

Poco antes de que los borgoñones se fueran a Aragón, algunos de sus pajes celebraron la festividad de San Lucas saqueando una mezquita local. Isabel se desplazó a Madrid, donde cayó enferma de fiebre terciana, aunque se rumoreaba que la afección era un ardid para obligar a Felipe y a una Juana en avanzado estado de gestación a quedarse en España. Lo cierto es

que la reina estaba cada vez más enferma, como demuestra que no pudiera recibir al embajador de su otro yerno, el rey Manuel de Portugal. Se quedó en Madrid, o bien en la localidad vecina de Alcalá de Henares, durante casi un año. Felipe, que se había desplazado a Madrid muy a desgana, estaba impaciente por irse. Así lo cuenta Lalaing: «La reina hubiese querido romper su marcha, diciendo que la princesa estaba muy adelantada y que era imposible llegase a su país antes del parto, a lo que el archiduque contestó que tenía grandes asuntos […]. En cuanto al parto de la princesa, la dejaría con gusto con ella». Isabel pensó, erróneamente, que su hija podría impedir que Felipe se fuera. «Esforçadla vos para que esté muy reçia y estorve la yda del Príncipe», le ordenaron los reyes a Villena, el anfitrión de Juana en Toledo[1155].

Isabel trató de razonar con Felipe. Su yerno no solo planeaba regresar pasando por Francia, que la reina consideraba territorio enemigo, sino que el viaje pondría en peligro a su esposa y al niño que llevaba en sus entrañas. «Insiste la Reina en que no piense tal cosa […]. Añade que Juana, su esposa, ya próxima al parto, abortaría de pena y acaso moriría, dado su ardiente amor por el marido, si este la abandonaba», escribió Anglería. Isabel estaba cada vez más desesperada. Quería a su yerno a su lado y no veía, o no quería ver, que el matrimonio de Juana no era como el suyo. Felipe había dejado claro desde el principio que el suyo no era un enlace entre iguales. No era un simple hombre, sino el soberano de tierras con intereses y prioridades diferentes de los de Castilla. Por encima de todo, Francia era un vecino poderoso y amenazador. Si Felipe temía que Isabel quisiera usar a su hija para convertir Flandes y sus otras posesiones en un arma contra Francia, tenía razón. Cuando el archiduque se marchó de Madrid el 19 de diciembre, la pobre Juana se vio atrapada entre una madre exigente y un marido indiferente a los que era incapaz de satisfacer. El archiduque dejó instrucciones estrictas sobre el acceso a la casa de Juana para evitar que Isabel se hiciera con ella. Anglería escribió que Felipe era la única preocupación, deleite y devoción de su esposa. Desde luego, Juana

planeaba dar a luz y seguir a su marido en cuanto pudiera; pero Isabel tenía otros planes para la heredera de veintitrés años[1156].

Tras la marcha de Felipe, Isabel fue pródiga con los miembros de la casa de Juana, a los que obsequió con paños y sedas por valor de 1,7 millones de maravedís en un solo día. En el fondo, trataba de comprar el apoyo de las personas que trabajaban para el esposo de Juana y le debían lealtad. Además, comenzó a ampliar el personal de la casa de su hija con sirvientes nombrados por ella misma, en competencia directa con Felipe. Isabel hizo todo lo posible por evitar o aplazar el regreso de Juana a Flandes[1157], con la esperanza de que eso pudiera atemperar las inclinaciones profrancesas del archiduque. Su nuevo nieto, Fernando, nació en el palacio episcopal de Alcalá de Henares en marzo de 1503, pero la reina siguió sin ceder a las demandas de Felipe y Juana de que dejara salir a su hija de España.

Hacía tiempo que Isabel había demostrado poseer un carácter fuerte, enérgico y a veces inflexible. Sus hijas lo heredaron en buena medida. Juana tenía cada vez menos poder, tanto en su hogar de Flandes como en Castilla, pero también podía ser dura y rebelde. Entre madre e hija se libró una lucha encarnizada fruto del choque de sus obstinadas personalidades. El amor, la rabia y la enfermedad se convirtieron en los ingredientes principales de un enfrentamiento explosivo.

«La disposición es tal que no solamente a quien tanto ca y tanto la quiere debe dar mucha pena, mas a cualesquiera aunque fuesen extraños, porque duerme mal, come poco y a veces no nada, está muy triste y bien flaca —informaron los médicos de Isabel tras atender a Juana el 20 de junio de 1503— […], su enfermedad va muy adelante. Esta cura se suele hazer por amor o ruego, o por temor. El ruego y persuasión no lo rescibe, antes ninguna cosa quiere tomar; pues por fuerca resgibe tanta alteración y algunas veces tanto sentimiento de qualquiera pequeña fuerza que se le haga, que es lástima grande tentarlo, ni creo que nadie la quiera haser ni ose.»[1158] Los médicos advirtieron de que los enfrentamientos con Juana

también estaban pasando factura a la salud de la propia Isabel. «Esto todo carga por menudo sobre la Reyna», le escribieron los tres facultativos, llamados Soto, Julián y De la Reyna, a Fernando, que se encontraba en Barcelona, tras haberle advertido: «Crea v[uestra] alteza que es tan grand peligro para la salud de la Reyna n[uestra] s[eñora] tener la vida que tiene con la señora Princesa, que cada día tenemos estos acidentes». Los médicos también le pidieron que quemara la carta, tal vez temiendo que Juana se vengara de ellos si la encontraba después de heredar el trono.

Madre e hija fueron juntas a Segovia en el verano de 1503 en lo que supuestamente era la primera etapa del viaje de Juana a casa después de estar ocho meses alejada de su marido. Isabel estaba inquieta por las tentativas de Felipe de negociar en nombre de los monarcas españoles un tratado de paz con Francia en Italia, a pesar de que ella y Fernando le habían dado poderes para ello. Mediante una carta cifrada a su embajador en Londres, advirtió a Enrique VII de que no se fiara de Felipe. «Requeridle [a Enrique VII] de nuestra parte que si él fuere requerido para alguna cosa que el archiduque nuestro fijo [Felipe] haya asentado o asentare de nuestra parte con el dicho rey de Francia, que no haga cosa alguna sin ver carta e firma nuestra dupicada en ella.» Felipe cayó enfermo en Francia (lo que solo pudo aumentar el desasosiego de Juana), pero luego volvió a Flandes. «Avisada la Princesa como su marido era vuelto a Flandes, suplicó muchas veces a la Reina su madre que le diese licencia para se volver a su marido», relató el cronista Padilla, pero la enfermiza Isabel siguió reteniéndola. Su hija se trasladó sola a Medina del Campo, donde se instaló en el castillo de La Mota. Desde allí, envió instrucciones secretas al capitán de un navío para que la esperara en Bilbao. Su plan se vio frustrado cuando Isabel dispuso que detuvieran las mulas que llevaban sus pertenencias y ordenó al obispo de Córdoba, Juan Rodríguez de Fonseca, que estaba con Juana, que la retuviera[1159].

La misma Isabel narró los poco decorosos acontecimientos que siguieron en una carta a Fuensalida:

> Y vista esta, yo embié a mandar al obispo de Córdoba que estaba con ella, que sy lo quisiese poner en obra, no diese lugar a ello en ninguna manera, y de mi parte estorvase que no hiziese cosa que tan mal parecería a todo el mundo y de tanta vergüenza para ella y de tanto desacatamiento para nos. Y aviéndoselo asy dicho y rogado y requerydo de mi parte el dicho Obispo y Torres, y queriéndolo ella poner en obra, el dicho Obispo mandó de mi parte que no le llevasen las hacaneas. Y la Princesa quando lo supo, quiso salir a pye de la fortaleza do posava y yr asy a pie y sola por las calles y por los lodos hasta la posada de las hacaneas. Entonces el Obispo, por estoruar que no hiziese cosa tan fuera de razón para la avtoridad y estimación de su persona, a vista de los naturales y estrangeros que aquí estaban en la feria y en lugar tan público, hizo ferrar las puertas de la fortaleza.

Fonseca se enfrentó a una furiosa Juana en el recinto exterior del castillo. «Y por mucho que la importunó y suplicó, no pudo acabar con la Princesa que se volviese a entrar», cuenta Padilla. Juana se empecinó en quedarse a la intemperie ante las murallas del castillo, entre las puertas interiores y exteriores (Isabel y Fernando habían construido un muro exterior para protegerlo del fuego de artillería). Despidió a Fonseca con cajas destempladas y prosiguió con una diatriba contra quienes le cerraban el paso. Se quedó en la muralla exterior en una de las noches más frías de aquel invierno, exigiendo durante toda la noche, y hasta las dos de la madrugada siguiente, que le abrieran la puerta. Juana, desmelenada, se negó a regresar a sus aposentos, «antes después que gelo ovieron suplicado todos los que con ella estaban, se metió en una cozina que está allí en la barrera, donde estuvo otros quatro o cinco días»[1160].

Isabel trató de razonar con ella a distancia mediante mensajeros que, desafiando el gélido tiempo, recorrían al galope los 90 kilómetros que separan Segovia de Medina del Campo. «Por muchas cartas que yo escriuí, ni porque yo enbié al arqobispo de Toledo y a Don Enrrique para que trabajasen que saliese de allí y boluiese a su aposentamiento, nunca con ella se pudo acabar. Y a esta cabsa yo vine aquí con más trabajo y pryesa y haziendo mayores jornadas de que para mi salud convenía», escribió Isabel después de que la llevaran en litera, en medio de la lluvia y el frío, hasta su hija rebelde. Debió de ser un viaje difícil e incómodo, por más que estuviera envuelta en mantas y pieles, con el traqueteo incesante de la litera, mientras las mulas o caballos avanzaban a trompicones por caminos embarrados y

azotados por el viento. La comitiva real tuvo que hacer alto dos veces a lo largo del camino, ya que Isabel no podía recorrer más de 40 kilómetros al día. Cuando Isabel cruzó por fin el ancho foso que rodeaba la imponente fortaleza de La Mota, Juana seguía instalada en las toscas cocinas exteriores. Se negó obstinadamente a regresar al cálido y cómodo palacio de piedra y ladrillo que se encontraba a pocos metros de distancia, tras los gruesos muros. «Y entonces ella me habló tan reziamente palabras de tanto desacatamiento y tan fuera de lo que hija deve dezir a madre, que sy no viera la disposición en que ella estava, yo no se las sufryera en ninguna manera», dijo Isabel[1161].

Juana estaba convencida de que sus padres trataban de que rompiera para siempre con su marido e Isabel trató de tranquilizarla rogándole «muy afectuosamente que se volviese a entrar en su aposento, prometiéndole que en viniendo el Rey su padre de Aragón, la enviaría a su marido como era razón». Madre e hija pasaron cuatro meses juntas, mientras Juana esperaba impaciente la oportunidad de irse, al parecer consumida por la creencia de que todos conspiraban contra ella, e Isabel intentaba calmarla y hacer frente a su propia mala salud.

Fernando había estado en el Rosellón, levantando el sitio del castillo de Salses, cerca de Perpiñán, tras una incursión francesa en septiembre de 1503, y reforzando sus fronteras. Para alivio de Isabel, los franceses se habían marchado sin presentar batalla; la reina le había rogado a Fernando que no derramara sangre cristiana y había pasado ayunando y rezando el día en que se esperaba que tuviera lugar la batalla. Ya entonces, España también tenía las de ganar en el reino de Nápoles, que en la práctica se convirtió en el séptimo reino en poder de la monarquía aragonesa, además de Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña y el principado de Cataluña. Cuando los franceses contraatacaron a través de Italia, dos de los Borgia, el Papa y César, enfermaron de la malaria que asolaba Roma. César sobrevivió. Su padre, que acababa de nombrar a otros seis cardenales de Valencia, su región natal, no. El ya enfermo sucesor de Borgia, Pío III, solo duró veintiséis días en el pontificado. Otras victorias españolas y el deseo del

nuevo papa Julio II de librar a sus estados de los ejércitos extranjeros contribuyeron a que todos los bandos vieran con buenos ojos la paz, tras la cual Nápoles quedó por completo en manos españolas. Era la confirmación adicional de que la balanza del poder en Europa se inclinaba del lado de España. El carácter puritano del régimen de Isabel y Fernando se dejó sentir de inmediato en Nápoles, donde dieron instrucciones de localizar a los conversos fugitivos de la Inquisición, perseguir a los homosexuales y asegurarse de que se expulsara a los judíos[1162].

Con Fernando de vuelta y Francia en retirada, Juana recibió permiso para marcharse. Viajó a Laredo en marzo de 1504 y se vio obligada a esperar otro mes a que el tiempo mejorara. Se peleó con los españoles de su personal doméstico, pero el hecho de que optara por la ruta marítima, potencialmente peligrosa, en lugar de un viaje por tierra a través de Francia sugiere que, en esto al menos, deseaba complacer a su madre.

Isabel pensaba ya en el futuro de Castilla después de su fallecimiento. La corona tendría que pasar a manos de Juana, aunque parecía claro que ello significaba que en la práctica sería Felipe quien mandaría. Sin embargo, Isabel todavía estaba decidida a influir en los acontecimientos después de su muerte, si, como ahora empezaba a sospechar, no le tardaba en llegar. Ella y Fernando propusieron que se enviara a España al primogénito de Juana, Carlos, para educarlo y nombrarlo rey de Nápoles. Era una proposición muy halagüeña para su padre, Felipe; Carlos se quedaría en España, donde lo educarían para gobernar los inmensos territorios de las coronas de Castilla y Aragón (y, a diferencia de su padre, enseñándole a hablar español), mientras Felipe, por su parte, podría gobernar en nombre de su hijo el reino de Nápoles, donde sus consejeros recibirían valiosas propiedades[1163].

El amor de Felipe por sus suegros y por Castilla parecía tan poco profundo como sus sentimientos hacia Juana, que estaban a punto de pasar del desdén a la repugnancia. «Ni su alteza escribe al príncipe, ni el príncipe a ella», dijeron los embajadores españoles. Para Isabel, cuya relación con Fernando era la piedra angular de lo que siempre había visto como un éxito compartido, las noticias que le llegaban eran desgarradoras. «De lo que

dezis del descontentamiento y desamor que comienza aver entre el Prinçipe y la Prinçesa nos pesa mucho; entre tanto que nos proueemos en ello con mas acuerdo, procurad vosotros entre ellos todo amor y conformidad en la mejor manera que os paregiere», escribieron Isabel y Fernando a Fuensalida. Sus enviados podían hacer poco. La desconfianza de Juana se había extendido a todos los que la rodeaban, excepto a sus esclavas. Felipe mandó apartarlas del servicio, alegando que bañarse y lavarse el pelo en exceso era perjudicial para su salud. «Visto que la Prinçesa no queria tener otra conpaña syno la de sus esclavas, las quales ya estauan enfermas del mucho trabajo que tenyan, y tanbyen por la mucha continuacion de los baños y del lavarse la caveça, lo qual, segund los fisycos dezian, le hazia muchos daños, el Prinçipe acordó de le quitar las esclavas, y enbio a mandar que se las quytasen», informaron los embajadores españoles ante la corte de Bruselas[1164].

Durante los días siguientes sus peleas se volvieron cada vez más escandalosas, mientras todo el mundo, incluidos los embajadores de Isabel y Fernando, contemplaba con asombro el hundimiento del matrimonio. Felipe se negó a volver a visitarla hasta que reemplazara a las esclavas por personas mayores de su confianza, mientras que Juana amenazó al parecer con ejecutar al mensajero que le trajo la carta de su marido. Después de varios días de peleas por mediación de desdichados mensajeros, el propio Felipe se enfrentó a su esposa y le dijo: «Señora, yo no soy contento que estas esclavas estén en vuestra conpañia, y echadlas de aqui, porque yo no dormiré en vuestra cámara mientras ellas aqui estuvyeren». Juana al principio fingió que se libraba de ellas, pero luego las recuperó, y un enfurecido Felipe ordenó que cerraran todas las puertas de sus aposentos salvo una. Juana se negó a comer y, cuando su marido volvió de caza y se retiró a dormir a sus aposentos, que estaban debajo de los suyos, golpeó en el suelo con un palo y le gritó: «¡Señor, háblame, que quiero saber si estáis ahí!». Felipe, furioso y muerto de sueño, fue a su encuentro a la mañana siguiente y vio a su esposa igual de agotada e iracunda. Juana amenazó con dejarse morir de hambre a menos que le devolvieran a sus hijos y a sus

sirvientas. Felipe dijo que lo haría, pero a cambio exigió saber por qué se negaba a obedecer sus instrucciones. «Si no hacéis lo que yo quiero, yo os dejaré, y me iré y no os vendré a ver hasta que lo hagáis», la amenazó. «Me dejaré antes morir que hacer ninguna cosa deso que vos queréis», replicó ella. «Haced de vos lo que quisiéredes», dijo Felipe antes de irse. Un informe señala que, según aseguraban algunos, la discusión acabó con Juana «como una brava leona» después de que Felipe hubiera «puesto las manos en ella»[1165].

Los embajadores de Isabel en Bruselas lo consideraron un desastre. «El Prínçipe se es ydo en Flandes con yntinción de no ver más a la Princesa sy no hiziere lo que le ha rogado que haga», informaron[1166]. A Isabel, de acuerdo con sus propios criterios, su hija y heredera le estaba fallando. Durante más de dos décadas había impuesto la voluntad real a Castilla, disciplinándola lentamente y purificándola, para convertirla en una potencia europea respetada y temida. Ahora la angustiaba pensar en lo que quedaría de todo eso a su muerte.

46

El juicio final

Medina del Campo, julio-noviembre de 1504

Isabel ya no podía recorrer grandes distancias. En 1504 ella y Fernando pasaron la Pascua y el mes de junio en el convento de Mejorada de Olmedo, situado a pocas horas de Medina del Campo, pero el resto del tiempo ella se quedó en esta localidad, primero en la fortaleza de La Mota y luego en un palacio más sencillo con tres patios interiores, junto a la gran plaza de San Antolín. Medina había sido durante mucho tiempo uno de sus lugares favoritos. Una vez afirmó que, si tuviera tres hijos, el primero y el segundo serían el rey y el arzobispo de Toledo, mientras que el tercero sería escribano, encargado de dar fe pública de los tratos cerrados durante las ferias comerciales internacionales que mantenían ocupada a la ciudad cien días al año. El palacio, infestado de ratones, no lo habían usado mucho desde que allí se criara su padre. Y ni siquiera los grandes castillos podían hacer frente a las estancias prolongadas de la corte antes de que la suciedad se volviera insoportable, por lo que resultaba más higiénico mudarse al palacio tras pasar varios meses en La Mota con sus servidores y los de Juana. El pequeño palacio de la plaza estaba en plena remodelación, pero Isabel pasaba gran parte del día en cama y necesitaba muy poco espacio propio. Llamaron a un carpintero para que hiciera ventanas por las que entrase el aire fresco procedente de los huertos y el pequeño jardín que había detrás del palacio y construyeron un pasillo especial a modo de atajo entre los aposentos de la reina y la capilla[1167]. El carpintero también tuvo

que construir trampas para mantener a los ratones del palacio lejos del lecho real.

Las viejas ciudades castellanas, que tanto habían prosperado durante su reinado, le resultaban seguras y cómodas. Dos decenios largos de estabilidad e incremento constante de la población habían permitido por fin que la economía de su reino despegara con fuerza. Muchas localidades, de hecho, seguían creciendo más allá de sus murallas medievales, donde surgían grandes barrios «residenciales». El bullicio de la gente, los gruesos muros defensivos, la creciente riqueza del comercio e incluso la presencia de artesanos diestros y hombres cultos, vestidos con los hábitos de clérigo o los finos ropajes de escribanos y financieros, eran enriquecedores y reconfortantes.

La propia Medina le recordaba muchas de las cosas que habían sucedido durante sus treinta años en el trono. Había visitado por primera vez su gran feria cuando era una niña, en viajes desde Arévalo. Ahora la feria, que duraba cien días, divididos en dos etapas de cincuenta, había crecido tanto que la madera para los puestos se estaba agotando. Isabel y su esposo habían emitido órdenes para replantar los bosques cercanos y excavar estanques para que los comerciantes forasteros abrevasen sus caballos y mulas. Durante su reinado las calles de la localidad habían sido pavimentadas, pero dos incendios, en 1479 y 1491, habían causado estragos terribles. Isabel había reaccionado suspendiendo los tributos sobre la madera destinada a la construcción y luego había ordenado levantar muros altos cada pocas calles para que actuaran de cortafuegos frente a futuros incendios[1168].

Entre los olores que entraban flotando por las nuevas ventanas de su habitación —algo por lo que las villas poco salubres no eran precisamente famosas— estarían los aromas complejos del incienso y las especias, el olor cálido de la cera, el sebo o la pez, el acre hedor de los cueros recién curtidos y el olor penetrante del ganado, las mulas y los caballos. La conquista de Granada, el libre comercio con Aragón, la paz con Portugal y el acceso a las rutas comerciales que arrancaban del este de Italia habían contribuido a

impulsar el crecimiento de la feria. Los comerciantes flamencos compraban para su industria textil grandes cantidades de lana de oveja merina, de la que hasta cuarenta mil fardos al año se dirigían a Brujas y Amberes. Vendían a cambio paños y telas, que competían con las sedas francesas y las alfombras sirias. La de Medina del Campo era considerada una de las grandes ferias comerciales de Europa, comparable a las de Génova, Lyon y Amberes, y había surgido un gran centro bancario que ofrecía crédito, divisas y financiación para atraer a comerciantes de Italia, Francia y el resto de Europa[1169]. El comercio con América seguía siendo embrionario, pero la extracción de oro y plata y la futura explotación de cultivos como la caña de azúcar significaban que Isabel ya había inaugurado un siglo de crecimiento sin precedentes de Medina del Campo y de casi todos los reinos de España.

Isabel y Fernando enfermaron de fiebres en julio de 1504. El rey acabó sanando de la afección, pero Isabel apenas se había recuperado cuando recayó, víctima de fiebres y escalofríos alternos[1170]. A finales de septiembre empeoró notablemente y no mostró señales de mejoría.

Fernando escribió a su embajador en Flandes el 26 de septiembre para decirle que advirtiera a Juana y a Felipe de que se preparasen para lo peor. «Esto que aqui diré guardadlo en mucho secreto, y no lo sepa persona biuiente syno el Príncipe y la Prinçesa —decía en su carta— […]. No le he querido escriuir de la dolençia y dispusyçión de la serenísyma Reyna, mi muy cara e muy amada muger, porque pensava que nuestro Señor le daría salud […] avnque yo tengo esperança en nuestro Señor que le dará salud; pero según lo que ha pasado y su disposyción, temo mucho […] que nuestro Señor dispusyese della.» Fernando quería que Juana y Felipe, a quienes se dirigía a continuación, estuvieran listos para viajar con urgencia a España. Todos los preparativos tenían que ser secretos, subrayó, pero debían reaccionar con rapidez cuando llegara el día fatídico y evitar cualquier ruta

por Francia, ya que se arriesgaban a ser capturados o detenidos por Luis XII[1171].

Fernando también trató de asegurarse de que conservaría en parte su poder cuando falleciera Isabel, por lo menos como consejero del hombre que gobernaría en nombre de Juana. «Yo sé lo que a él y a la Princesa les cunple para tener en paz y justiçia y buena governaçión estos reynos y conosco byen todas las personas que son para byen servir —escribió— y con lo que ellos acá verán y con lo que yo les aconsejare, podrán mejor ver y determinar lo que les cunpla en la provisyón de los ofiçios y cosas de acá.» Sobre todo, no quería que nombraran funcionarios, en particular extranjeros, antes de viajar. No era un consejo que su yerno, y los que le rodeaban, parecieran dispuestos a seguir. Sabían que, si Isabel moría, Fernando perdería al instante su autoridad formal en Castilla.

Isabel, mientras tanto, se preparaba para morir. Al igual que no sentía necesidad de retirarse a uno de sus palacios más espléndidos en este momento crucial, quiso dejar claro que, en la muerte, buscaba la humildad. En octubre de 1504, cuando de la plaza se levantaba el alboroto de los mercaderes que hablaban en las distintas lenguas de España y del resto de Europa, completó su testamento. Isabel temía muy pocas cosas y no se arrepentía casi de ninguna; pero Dios y el Juicio Final la asustaban. Sabía que llevar corona no le garantizaba un lugar en el Cielo, aunque sí le permitía reservar dinero para que pudieran decir veinte mil misas por su alma a su muerte. También quiso vestir a doscientos pobres y pagar los rescates de doscientos cautivos cristianos prisioneros en el norte de África. Todo esto le serviría de ayuda cuando se enfrentara a «aquel muy terrible juizio e estrecha examinaçión, e más terrible contra los poderosos».

Su última voluntad era una ocasión para corregir errores, pero también para reafirmar la legitimidad de sus actos y su lugar en la historia. Isabel tenía cincuenta y tres años. Su reinado, de tres décadas, había estado repleto de acontecimientos históricos, muchos de ellos resultado directo de su voluntad y esfuerzo. A través de su matrimonio, había reunido a la mayoría de los reinos españoles en una curiosa y singular monarquía compartida.

Eso significaba que un día, bajo el reinado de sus hijos o, con más probabilidad, sus nietos, quizá se unieran plenamente. Había puesto punto final a una cruzada de siete siglos, con la anexión del reino de Granada a Castilla, y había expandido aún más la cristiandad hacia las tierras incógnitas del otro lado del Atlántico. Había purgado parte de la corrupción de la Iglesia y había iniciado la tarea de centralizar el poder y construir un Estado moderno, domeñando a los grandes y aplastando a su rival, la legítima heredera Juana la Beltraneja.

La severidad, incluso la crueldad, había estado presente en muchas de estas empresas. Judíos y musulmanes habían sido expulsados, poniendo fin a siglos de tolerancia —o, a su juicio, de tolerancia obligada— religiosa. La Inquisición, a las órdenes del Estado y de la monarquía, buscaba herejes entre aquellos cuyo principal delito parecía ser el tener la sangre impura y antepasados judíos. Incluso los cristianos viejos tenían miedo de su contundente justicia. Sin embargo, el mundo medieval del que poco a poco iba saliendo Europa ya era famoso por sus «violentos contrastes» y sus estallidos de brutalidad pública[1172]. El castigo excesivo era una manera mucho más eficiente de provocar el «amor y el temor» que se esperaba que despertara un monarca poderoso que la generosidad, la transigencia o la blandura. La línea entre la autoridad fuerte y la tiranía era delgada y no cabe duda de que Isabel la cruzó.

Había construido una superpotencia europea incipiente y, más importante aún, lo había hecho siendo mujer, invirtiendo el *statu quo* sin desafiarlo nunca. Isabel había exigido la obediencia de los hombres y la había recibido. Mientras repasaba su testamento en el palacio infestado de ratones de Medina del Campo, tal vez no resulte extraño que asociara esta lista casi prodigiosa de éxitos con sus plegarias a Dios. Estas habían sido atendidas, aunque hubiera tenido que soportar las trágicas muertes de su hija favorita, su hijo y su querido nieto Miguel. Con todo, para alguien que se tomaba la religión en serio y de modo literal, el sufrimiento era un precio comprensible, incluso virtuoso, que había que pagar por el cumplimiento de

la voluntad de Dios. Ese era, para ella, el verdadero significado de la palabra «pasión».

Todo esto había sido suficiente para realizar sus ambiciones de reina, pero ahora tenía que preguntarse si también le franquearía la entrada al Cielo. Afirmó estar enferma de cuerpo, pero no de mente, y decidida a poner su casa en orden, ya que «así como es çierto que avemos de morir, así nos es ynçierto quándo ni dónde moriremos». Su testamento demuestra que todavía estaba ocupada en la centralización del poder en manos de la monarquía y en organizar la administración. La conveniencia política la había obligado a comprar apoyos y, por tanto, regalar demasiadas rentas reales y tierras, reconocía. En un documento aparte, Isabel redactó la lista de las que más se arrepentía de haber entregado y pidió que fueran devueltas a la corona, a la que también había que restituir, cuando fuera posible, las tierras y rentas que hubiera pignorado para financiar la guerra de Granada. Su buena memoria le permitía mostrarse agradecida y vengativa. Exigió que las tierras del marquesado de Villena, que habían sido propiedad de la todavía rica familia Pacheco, nunca le fueran devueltas. Era una manera de castigar a la familia del valido de Enrique IV y enemigo suyo, Juan Pacheco; pero también se acordó de los que le habían sido fieles durante años, como el converso Andrés de Cabrera y Beatriz de Bobadilla, la pareja que la había ayudado a apoderarse de Segovia en un momento crucial. Serían recompensados «por la lealtad con que nos seruieron para aver e cobrar la suçessión de los dichos mis reynos, segund es notorio en ellos».

Si había cometido errores, creía que eran pocos y puntuales. La Inquisición era algo necesario. Instó a su hija Juana a favorecer «mucho las cosas de la Sancta Ynquisición contra la herética pravidad». Algunos de sus funcionarios, admitió, habían sido demasiado celosos, egoístas o corruptos y había que ocuparse de ellos. Aparte de eso, no parece que tuviera mucho de lo que arrepentirse.

Sobre todo, quería saldar sus deudas. Para ello, había que vender o usar todas sus posesiones, salvo las joyas, que eran para Juana, y el oro y la plata

destinados a la Iglesia de Granada. Sin embargo, Fernando tenía derecho de veto y podía guardar joyas u otros objetos «porque veyéndolas pueda aver más contina memoria del singular amor que a su señoría sienpre tove, e aún porque sienpre se acuerde que ha de morir e que lo espero en el otro siglo».

Nombró heredera a Juana, pero, lógicamente, temía que Felipe gobernara en su lugar y advirtió contra la llegada de funcionarios extranjeros que impusieran su voluntad sobre los españoles o su Iglesia. Sus consejos para Juana y Felipe eran una breve lección sobre su idea del buen gobierno. En primer lugar, tenían que profesarse un respeto afectuoso. Esta había sido la piedra angular de su dilatado éxito como reina con Fernando como compañero. Tenían que hacer cumplir la ley, ser justos, recaudar con eficacia, pero también con mesura, los impuestos, hacer caso de los consejos de Fernando, atar corto a los grandes y al resto de la nobleza y evitar las dádivas de rentas o propiedades reales. Tenían que velar por que las nuevas tierras del otro lado del Atlántico, y las que aún quedaban por descubrir, pertenecieran a la corona de Castilla y ceder a Fernando la mitad de los ingresos de la corona. Y tenían que proseguir con la cruzada de España y llevarla a África. Finalmente, quería ser enterrada en la Alhambra —reafirmando así su logro más importante— vestida con el sencillo hábito de la orden franciscana. Su entierro debía ser «sin demasías» (trece hachas, pensó mientras se sumía automáticamente en las minucias de la administración, serían más que suficientes). El dinero ahorrado podría ir a los pobres. Si Fernando quería trasladar más adelante sus restos para que pudieran reposar juntos, le parecía bien.

El testamento que terminó de redactar en sus aposentos del pequeño palacio de Medina del Campo era típico de Isabel; se mostraba humilde ante Dios, pero orgullosa, resuelta y sin remordimientos ante los hombres. Como reina, había tratado de cumplir la voluntad de Dios. Solo él podía ahora juzgar si, en verdad, lo había logrado.

En el lecho de muerte los monarcas también deben pensar en su legado. El de Isabel era magnífico, pero frágil. En su testamento, no había mostrado ningún arrepentimiento por la expulsión de los judíos o la conversión forzosa de los musulmanes, pero esta seguía siendo una minoría contumaz y reprimida. A diferencia de los conversos, muchos de los moriscos estaban claramente fingiendo y, según un visitante italiano, no eran bien tratados por los demás súbditos de Isabel. Seguirían estallando rebeliones esporádicas hasta que unos 250 000 de ellos fueron finalmente expulsados al cabo de poco más de un siglo. La Inquisición, mientras tanto, continuaría inventando crímenes, infligiendo dolor y muerte o simplemente arruinando reputaciones, hasta convertirse en el paradigma de las peores formas de represión estatal, paranoica y tiránica. Incluso fray Talavera, tan querido por Isabel, el más recto de los eclesiásticos, pudo comprobarlo tras fallecer la reina, pues él mismo fue perseguido con afirmaciones de que sus sobrinas andaban por ahí cabalgando sobre chivos, ebrias y practicando actos de brujería. «Algunos envidiosos de sus buenas obras, tratando de devolverle mal por bien, han querido manchar de varias maneras su sancta e incorruptible vida con falsos testimonios y calumnias, acusándole, bajo capa de piedad, de herejía y apostasía de la fe —escribió, furibundo, el Papa —, y como no han podido encontrar nada malo de qué acusarlo ante Nos, han encarcelado a su propia hermana, ya bastante anciana, y a sus sobrinos carnales y a algunos otros servidores y oficiales del mismo arzobispo Ferdinando, aunque cristianos, y los han torturado con tales y tan variados tormentos y con un genero tan cruel de vida, que nadie lo puede soportar.»[1173] Esta era la Inquisición que Isabel había legado al país y que le sobreviviría más de trescientos años.

Isabel era implacable y, como comprobaron los conversos que luchaban contra la Inquisición en Roma o los que osaban criticarla en público, no se toleraban las protestas. En un régimen que prefería que la justicia pecase por exceso en vez de por defecto, solo los valientes o temerarios levantaban la voz. Los cristianos que se habían quejado de la expulsión de los judíos, por ejemplo, también se vieron perseguidos por la Inquisición. No

sorprende por tanto que, a pesar de la relativa ausencia de protestas registrada durante su vida, no todo el mundo se entristeciera por su muerte, como un hombre al que acaso viera durante su estancia en Medina, el futuro corregidor de la ciudad, García Sarmiento, quien, después de fallecer Isabel, tal vez pensando que en esas circunstancias se libraría del castigo, afirmó que «por tener opresos a los hombres, […] cría que la Reina doña Isabel, según su mala gobernación, questaba en el ynfierno, e que el Rey de Aragón con ella nunca hazía sino robar e disipar estos reynos e que era muy tirano»[1174].

Isabel y Fernando nunca habían intentado formalmente unir sus reinos, sino que habían preferido dejarlo en manos de la naturaleza y del paso del tiempo. Esperaban que, a su muerte, todos los reinos de España, con la excepción de Navarra, pasarían a manos de su heredero; pero ahora parecía improbable. Las tradiciones de Aragón siempre habían impedido que la corona recayera en una mujer y no tenían hijos vivos. En el mejor de los casos, sería para uno de los hijos de Juana, y el mayor, Carlos, tenía apenas cuatro años. En el peor, significaba que alguna otra rama de la familia real aragonesa reclamaría la corona a la muerte de Fernando o incluso podía ser que este volviera a casarse y engendrase hijos con derechos sobre Aragón, pero no sobre Castilla. La unidad de España no estaba en absoluto asegurada.

Todo eso, sin embargo, eran cosas del destino. Isabel no podía hacer nada para influir en el futuro de Aragón —y por tanto en el proyecto conjunto de España— después de su muerte. Incluso el futuro de Castilla parecía incierto. A simple vista, la posición de Juana al principio de su reinado era mucho más fuerte que la de Isabel; no era una usurpadora ni había otro candidato al trono. Castilla estaba bajo la firme autoridad real, lo que significaba que no había ningún valido o privado como Pacheco o Luna, que gobernaban en nombre del monarca, capaces de encauzar los acontecimientos según sus objetivos. Eso debería haber permitido una sucesión sencilla de una reina a otra; pero Isabel sabía que no sería así. Había reforzado con inteligencia su posición como soberana mediante una

buena y egoísta alianza matrimonial con Fernando, pero no había hecho nada para promover la posición de las mujeres de la casa real más allá de mejorar su educación. Como tradicionalista, no tenía ningún interés en alterar el *statu quo* y, de hecho, habría preferido tener un heredero varón.

Isabel había casado a sus hijas con príncipes extranjeros cuyas culturas eran diferentes a las de Castilla. Como tal, era culpable en parte de la situación de Juana; porque, mientras que Isabel reinaba en pie de igualdad con su marido, su hija era el cónyuge más débil de un matrimonio en el que el marido esperaba tener todo el poder, incluso sobre las tierras de las que su esposa era titular. Eso significaba que un extranjero estaba a punto de apoderarse de Castilla por primera vez desde que la abuela inglesa de Isabel, Catalina de Lancaster, había sido regente. Sin embargo, incluso entonces, la regencia había sido compartida y el resultado siempre había sido que el trono lo ocupara un castellano. La idea de ser gobernados por alguien venido del norte de Europa que pudiera saquear los recursos del país para reforzar su poder en sus propios dominios era inquietante.

El hecho de que a Juana pareciera resultarle inalcanzable el poder da, en sí mismo, la medida de la grandeza de Isabel. Su singular logro había sido ser una reina poderosa y triunfadora en Europa. Incluso para los hombres había sido una gobernante notable. De no haber sido por su condición de mujer, de hecho, algunos podrían haberla visto como alguien capaz de asumir el título de Gran Monarca, el rey legendario que se esperaba que salvara a la cristiandad. Un decenio más tarde, el embajador florentino en España, el historiador Francesco Guicciardini, resumió sus logros y la admiración que suscitaba la capacidad de una mujer para hacerlos realidad. Bajo su dirección, dijo, Castilla se había desembarazado de su mala reputación, había expandido sus dominios y había quedado sujeta a la obediencia de su monarquía, «de modo que España se ha ilustrado algo en estos tiempos y salido de su natural oscuridad». Para sorpresa del embajador, encontró a muchas personas que atribuían encantadas la mayor parte del éxito a Isabel en lugar de a su marido. «Y en esas acciones tan memorables no fue menor la gloria de la Reina, sino que, antes al contrario,

todos convienen en atribuirle la mayor parte de estas cosas, porque los negocios pertenecientes á Castilla se gobernaban principalmente por su mediación y autoridad. Despachaba los más importantes, y en los ordinarios no era menos útil persuadirla á ella que á su marido […]. Se la puede comparar á cualquiera otra señora distinguida de cualquiera época.»[1175]

Sin embargo, hay una ironía en este éxito pionero como mujer, porque ella misma nunca lo habría visto en esos términos. Como poderosa reina europea, Isabel fue, sin duda, la primera del reducido grupo de monarcas femeninas de igual éxito, pero ni sabía que otras la seguirían, ni habría valorado el aspecto de género de su logro. Desde su punto de vista, simplemente había sido elegida por Dios; era la persona que él había decidido que se sentara en el trono de Castilla. Por alguna razón, el Señor había querido que fuese ella, una mujer, quien condujera su país a la gloria. Esa creencia, y un inquebrantable sentimiento de legitimidad, grandeza y confianza en sí misma, la habían impulsado a tomar decisiones atrevidas y firmes. Fue lo que la impulsó, en un primer momento, a reclamar la corona. La victoria en el campo de batalla, otra decisión divina, había demostrado algo de lo que ella ya estaba convencida: que no era una usurpadora. No constituía algo que se inventara en beneficio propio, sino una prueba aceptada por todo el mundo de que la pretensión era justa.

Las decisiones de Dios eran absolutas y también claras. El relativismo y la duda moral nunca formaron parte del bagaje de Isabel. Eso explica la imperturbabilidad con que ordenó la expulsión de los judíos, la persecución de los conversos o la cristianización forzosa de los musulmanes. En total, y dado que incluso los conversos más puros y poderosos vivían con temor a la Inquisición, estas medidas atribularon a un tercio de la población de Castilla. De hecho, en términos puramente numéricos —si añadimos a los sacerdotes, monjes, frailes y monjas afectados por la reforma religiosa y a los auxiliados o perseguidos por la Santa Hermandad y el recién implantado y estricto sistema de justicia real—, el peso de sus decisiones debió de sentirlo directamente una gran parte de la población de Castilla. Eso la

convertía en una presencia real y concreta en la vida cotidiana, más que en la distante, aunque temida, figura de muchos monarcas medievales.

Este sentimiento de convicción moral hizo que Isabel fuera una mujer de acción más que de reflexión. Cuando se destierra la duda, es más fácil llevar a cabo la acción y más sencillo cumplir los objetivos. Las profundas reformas de Castilla marcaron el futuro de España y el de un imperio que pronto se extendería por gran parte del continente americano, así como (en menos de setenta años) por lugares tan remotos como las Filipinas. Los azares de la historia permitieron que su legado sobreviviera más o menos intacto cuando Fernando se hizo cargo del gobierno de Castilla después de la muerte repentina de Felipe en 1506 (mientras Juana, como es bien sabido, atravesaba el país acompañando su cadáver). Las riquezas extraídas de América fluirían hacia el este a través del Atlántico durante los dos siglos posteriores para financiar el siglo de oro del poder y la prosperidad españoles. El esplendor de una literatura con figuras señeras como Miguel de Cervantes y Lope de Vega contribuyó al enriquecimiento de una gran potencia global.

En su lecho de muerte en Medina del Campo, Isabel solo pudo intuir una fracción de todo esto. Sus pensamientos íntimos, enmascarados por las consideraciones de Estado y las minucias administrativas de su testamento, nos resultan indescifrables, aunque es tan probable que fueran para los difuntos de su familia y sus descendientes como para el futuro de Castilla. De quien más lamentaría despedirse, sin duda, sería de Fernando, cuya familia era mucho más longeva y que seguramente tendría que esperar muchos años antes de que sus restos descansaran al lado de los de ella. También podía volver a casarse y decidir que lo enterrasen junto a otra. Y, en definitiva, tampoco era seguro que la muerte la librase de todo sufrimiento, pues cabía la aterradora posibilidad de ir a parar al Purgatorio.

Estas, pues, debieron de ser algunas de sus últimas preocupaciones a medida que los días se acortaban y el calor del verano de la meseta se

convertía en un recuerdo lejano para ceder su sitio al crudo invierno castellano. Con el paso de los días, de octubre a noviembre, y al encenderse los fuegos crepitantes del palacio, una serie de preocupaciones empezaron de pronto a turbarle la conciencia. Eran una mezcla de asuntos grandes y pequeños, terrenales y celestiales, pero Isabel creía que tenía que ocuparse de ellos. El 23 de noviembre, poco después de que los comerciantes desaparecieran de las plazas y calles de Medina, añadió un codicilo a su testamento. En él reconocía que algunas de las alcabalas, o impuestos sobre las ventas, que eran su principal fuente de ingresos, podían ser injustas y había que examinarlas. No había completado la redacción de un cuerpo único de derecho, por estar demasiado ocupada o demasiado enferma, e instaba a sus sucesores a hacerlo. Más importante aún, porque ello sería un auténtico pecado, estaba preocupada por haber hecho un uso abusivo de los ingresos que percibía de la venta de bulas de la cruzada, ya que, además de destinarlos a esta última, los había utilizado para la conquista de las islas Canarias y las expediciones de Colón. Cualquier gasto ilícito debía ser reembolsado. Igualmente, las rentas de las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava tenían que gastarse en beneficio de la causa de Dios. Si en eso había fallado, había que remediarlo. Seguían sin preocuparle los abusos de la Inquisición, pero temía que algunos de los responsables de reformar los monasterios por orden de ella hubieran pecado de exceso de celo. Eso también debería revisarse.

En general, eran asuntos personales de conciencia entre ella y Dios. Política y socialmente no manifestaba remordimientos, a excepción de una gran duda que apareció en el último instante. Había conquistado tierras desconocidas al otro lado del océano y ganado nuevos adeptos para el cristianismo. Estas personas eran sus súbditos y el Papa le había otorgado soberanía sobre ellas para que pudiera convertirlas. Era legítimo, pues, tener dudas sobre si eso era lo que ocurría o si, en realidad, los estaban aniquilando, esclavizando y explotando para sacarles oro, perlas o cualquier otra riqueza. Isabel rogaba a Fernando, Juana y Felipe que se aseguraran de que eso no ocurriera. «Que este sea su prinçipal fin, e que en ello pongan

mucha diligençia, e no consientan nin den lugar que los yndios, vesinos e moradores de las dichas Yndias e Tierra Firme, ganadas e por ganar, reçiban agrauio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien e justamente tratados, e si algund agrauio han reçebido lo remedien e provean por manera que no se exçeda en cosa alguna lo que por las letras apostólicas de la dicha conçessión nos es iniungido e mandado», escribió. Isabel, en otras palabras, estaba preocupada por que, al menos en esta empresa, no hubiera podido obrar como Dios manda. También se acordó de repente de los muertos en sus guerras y de otros que habían fallecido estando a su servicio[1176] y pidió que les dedicaran otras veinte mil misas (el mismo número que ya había ordenado para ella). Por último, nombró a Fernando administrador de sus reinos hasta la llegada de Juana[1177].

Al cabo de tres días, por la mañana, las preocupaciones de Isabel por los impuestos injustos fueron hechas públicas cuando en la corte real se leyó un documento que había redactado dos semanas antes. Isabel estaba demasiado enferma para asistir. Ese mismo día, Catalina de Aragón se sentó en sus habitaciones en Durham House, en Westminster, y escribió sendas cartas a sus padres para reclamar noticias. Juana le había dicho que ambos estaban enfermos y no había recibido ninguna misiva de Fernando desde hacía un año. Catalina le escribió a Isabel que no podría estar contenta ni alegre[1178] hasta que leyera una carta suya en que le dijera que se había recuperado.

Era demasiado tarde. Esa mañana, Isabel permaneció despierta y contrita en su dormitorio, mientras recibía la extremaunción de su confesor. En un detalle muy característico, en el lecho de muerte se negó al parecer a que el sacerdote le levantara la ropa por encima de los tobillos para ungirla. Sabía que se acercaba el fin y era reconfortante recibir las últimas exequias. Las arduas tareas del arrepentimiento y la preparación para la muerte casi habían concluido. Todo lo que le quedaba era el Dios que había bendecido su gran empresa en Castilla y en cuyas manos, le recordó el sacerdote, encomendaba su espíritu.

Al oír esto, Isabel suspiró y se santiguó. Poco antes del mediodía, el sacerdote proclamó: «Consummatum est». La reina de Castilla exhaló un

postrer suspiro y murió. Así concluían tres décadas de reinado y treinta y cinco años de matrimonio. «Su muerte es para nos el mayor trabajo que en esta vida nos podía venir, porque perdimos la mayor y más excelente muger que nunca Rey tuvo», escribió Fernando. Llovió durante semanas después de su muerte[1179].

EPÍLOGO

Un destello de gloria

La Española, 1504

En 1504, mientras Isabel yacía enferma en Medina del Campo, un ambicioso castellano de dieciocho años llamado Hernán Cortés llegó a la isla de La Española. Este hombre joven y capaz de una familia relativamente humilde de hidalgos extremeños era producto de la nueva e intrépida Castilla surgida durante el reinado de Isabel. Había oído desde su infancia historias sobre proezas en el Caribe y decidió aprovecharse del ofrecimiento que había hecho su soberana de dar tierras a los recién llegados. Por otro lado, tenía la suerte de ser pariente lejano del entonces gobernador, Nicolás de Ovando, y participaría de forma destacada en expediciones para conquistar las partes aún no colonizadas de Cuba y La Española. Cortés, que poseía una educación bastante buena e indiscutible madera de líder, pronto fue escalando posiciones en la jerarquía colonial y, a principios de 1519, reclutó un ejército de seiscientos hombres y treinta y dos caballos con el que zarpó rumbo a la costa del actual México.

En el cuarto de siglo transcurrido desde que Isabel enviara a Colón a su primer viaje de descubrimiento, los colonos españoles se habían llevado de las islas del Caribe todo el oro de fácil extracción y la población nativa estaba diezmada por la guerra, el hambre y las enfermedades europeas, como la gripe y la viruela. No tenían más remedio —o así se lo parecía a muchos de los colonos— que aburrirse con la agricultura o ir en pos de nuevos territorios que conquistar y explotar. Afortunadamente para España,

no faltaban tierras ni hombres como Cortés, que, impregnados del audaz y a veces temerario espíritu de aventura castellano promovido por Isabel y Colón, se convertirían en los conquistadores de América Latina.

Cortés tenía que dedicarse al comercio y a la exploración, pero, en cambio, conquistó todo un imperio. Después de hundir sus naves en Veracruz, capitaneó a su pequeño ejército hacia el interior hasta la gran ciudad de Tenochtitlan, donde los esperaba el emperador azteca Moctezuma. Cortés lo secuestró y, durante los años siguientes, aprovechó hábil y audazmente las ventajas que le proporcionaban las armas de acero castellanas, la pólvora, las luchas intestinas de los aztecas y su astucia sin escrúpulos para someter un imperio que contaba con una fuerza de combate cifrada en trescientos mil hombres.

Un decenio después su hazaña inspiró a un primo lejano, Francisco Pizarro, que navegó hacia el sur siguiendo la costa del Pacífico y luego se dirigió tierra adentro, donde con menos hombres y caballos derrocó al antiguo Imperio inca, que tenía su centro en el Perú actual. En cuestión de unos pocos años conquistó la mayor parte del más grande imperio de Sudamérica, con cerca de veinte millones de habitantes, y lo puso bajo el yugo español. Durante ese tiempo Pizarro capturó al emperador Atahualpa, obtuvo un enorme rescate en oro y luego le dio igualmente garrote. Estos eran los métodos crueles, aunque eficaces, de los nuevos conquistadores castellanos, hombres que habían asumido el triple objetivo de las aventuras coloniales de Isabel: buscar la gloria personal, ganar prestigio y oro para Castilla y entregar más almas al Dios cristiano. «Vinimos aquí para servir a Dios y Su Majestad, y también por haber riquezas», reconoció más tarde uno de los hombres de Cortés.[1180] A cualquiera que se opusiera a esta misión divina podían tratarlo con el desprecio y la violencia reservados a los enemigos del cristianismo.

Al final, unos pocos miles de soldados castellanos lograron conquistar territorios muchísimo más vastos y populosos que la propia España e iniciar el proceso de creación de un *continuum* de tierras españolas que iba desde Florida y California hasta Chile y Argentina. Los exploradores españoles

que buscaban la riqueza de civilizaciones míticas como El Dorado penetraron en América del Norte hasta llegar a Carolina del Norte, Tennessee, Oklahoma, Texas y Kansas. Al sur, solo los pueblos indígenas de Chile pudieron, en un principio, detener su avance. A mediados del siglo XVI, después de que un español llamado Bartolomé de Medina inventara el «beneficio de patio» —un método que aprovechaba la capacidad del mercurio de amalgamarse para extraer la plata del mineral encontrado en las minas de México y Perú, evitando así la laboriosa e ineficiente fundición—, dichas tierras aportaban por término medio entre 2 y 8 millones de ducados de plata a Castilla cada año. Siguieron haciéndolo durante todo un siglo. Castilla, a cambio, enviaba alimentos y mercancías a los colonos que se establecían en América, lo que reforzaba aún más su economía.

La afluencia de plata tuvo un fuerte impacto mucho más allá de España y algunos la culpan de un largo período de elevada inflación, aunque también impulsó el comercio con una China sedienta de plata. Más importante aún, convirtió a España en la nueva gran potencia política de Europa, a menudo en pugna con Francia. Los gobernantes españoles eran ricos, pero también ambiciosos y, por consiguiente, despilfarradores. Entre ellos, el nieto y el biznieto de Isabel, Carlos I y Felipe II, llevarían a España al apogeo de su gloria en el siglo XVI. Fue un ascenso vertiginoso a la preeminencia mundial. «Durante unas pocas décadas fabulosas España llegaría a ser el mayor poder sobre la Tierra», señaló el historiador J. H. Elliott.[1181] Ninguna cultura europea había tenido tanto éxito en lo que respecta a la extensión de los territorios que dominaba desde los tiempos del Imperio romano.

Sin embargo, como hemos visto, el futuro de Castilla y de España parecía precario en el momento de la muerte de Isabel. Felipe el Hermoso llegó al país para reclamar el trono castellano en nombre de su esposa en abril de 1506, lo que obligó a Fernando a retirarse a sus reinos. La unión de los principales reinos de España bajo una sola corona, fruto de la elección de Isabel del futuro rey de Aragón como esposo, se rompió; pero el destino

pronto lo arreglaría. Felipe falleció seis meses después de llegar a España, al parecer a consecuencia de los excesos a los que se entregaba con sus entusiastas seguidores. La reina Juana, ahora tenida por loca, acabó instalándose en Tordesillas. La reina titular de Castilla era una figura trágica que vivió cuarenta y seis años más, pero había sido marginada por su marido y sería igualmente ignorada por su padre, Fernando, que se hizo cargo una vez más de Castilla tras la muerte de Felipe. La asociación única entre Isabel y su esposo significaba que la suya siempre había sido una empresa conjunta y el regreso de Fernando le dio continuidad. Los mismos principios que habían impulsado a la joven pareja durante sus primeros años en el poder permanecieron así en vigor desde el ascenso de Isabel al trono en 1474 hasta la defunción de Fernando en 1516, por lo que el proyecto duró cuatro décadas. En 1512, Fernando se anexionó rápidamente Navarra, poniendo así en su lugar la última pieza del rompecabezas de la España contemporánea. Por lo demás, Fernando siguió con la misma política tanto para lo bueno como para lo malo. Se potenciaron la exploración y el comercio con las Indias y se implantaron sistemas de control dependientes de la autoridad real. La Inquisición siguió torturando, reprimiendo y persiguiendo. Se continuó enviando a esclavos de un continente a otro. Se ampliaron las normas relativas a la pureza de sangre, concebidas para excluir a las familias conversas de las posiciones de poder o privilegio. Sin embargo, cuando Fernando fue enterrado junto a Isabel en Granada, pocos dudaban de que España fuera la mayor potencia de Europa.[1182]

El destino quiso que su sucesor fuese un hombre criado en el norte de Europa y que no hablaba español: el hijo de Juana, Carlos I. Como Isabel temía, la corona fue a parar a manos de alguien «de otra nación y otra lengua». Como nieto de los soberanos de Aragón, Castilla, Borgoña y las tierras de los Habsburgo en Europa central, Carlos I era el señor de grandes territorios del continente, pero muy diferentes entre sí. Pronto sucedió a su abuelo Maximiliano, el archiduque de Austria, en el cargo de emperador, lo que contribuyó a dar una orientación más noreuropea a su política y provocó una efímera rebelión en Castilla, donde los comuneros exigieron

recuperar la autonomía y la «segura libertad» de la época de Isabel. El monarca, insistieron, debía seguir las costumbres de «don Fernando y doña Isabel, sus abuelos». La elección de Carlos como emperador, que le convirtió asimismo en el líder de los príncipes alemanes cuyos dominios se agrupaban en dicha unidad territorial, afianzó su papel como uno de los grandes defensores del cristianismo frente al islam y los turcos otomanos. Fue una causa que Castilla, con el espíritu de cruzada que Isabel había llevado a una gloriosa culminación, abrazó con entusiasmo, aunque el rey apenas pasara en España dieciséis de sus cuarenta años de reinado.

La lucha para detener el avance del islam en Europa, que había llevado a los otomanos a sitiar Viena sin éxito en 1529, alcanzó su apogeo naval tras la llegada al trono del hijo de Carlos, Felipe II, en 1556. Así, en 1571, en el golfo de Corinto, cerca de Lepanto, unas 250 galeras cristianas encabezadas por España y Venecia participaron en una de las mayores batallas navales de todos los tiempos. El número de barcos de ambos bandos era similar, pero la flota turca fue derrotada y, en buena parte, se fue a pique. La expansión otomana en Europa había alcanzado su límite máximo. Tanto los otomanos como los Habsburgo concentraron a partir de entonces sus energías en los enemigos de sus propias religiones, los protestantes en Europa y los persas en Asia. La reforma eclesiástica de Isabel y Fernando había ayudado a preparar a España para la batalla contra el protestantismo y la convirtió en el baluarte principal de la Contrarreforma. En el plano interno, la todopoderosa y omnisciente Inquisición que Isabel había contribuido con tanta energía a crear aplastó los más leves atisbos del protestantismo en España.

Tras su abdicación y retiro al monasterio de Yuste en 1556, el inmenso imperio de Carlos —en realidad, una amalgama de territorios heterogéneos — fue dividido en dos. Su hijo, Felipe II, recibió España (incluidos los territorios aragoneses, que abarcaban la mayor parte de la actual Italia) y los Países Bajos, mientras que el hermano de Carlos, Fernando, recibió Austria y fue elegido emperador. Fue a partir de entonces cuando España pasó a ser realmente el centro del imperio, cada vez más orientado hacia el Nuevo

Mundo, aunque también impulsara la colonización de las Filipinas (así llamadas en honor de Felipe) y el comercio de estas con México. La riqueza de Castilla también le sirvió para lograr otra recompensa cuando Portugal aceptó por rey a Felipe en 1581. El imperio de Felipe II, ya imponente, pasó a incluir los territorios de Portugal en Brasil, África y Asia. El lord canciller de Inglaterra, el filósofo Francis Bacon, observó que se trataba de un imperio (el primero del mundo) formado por dominios en los cuales «nunca se pone el sol […], sino que brilla siempre sobre una parte u otra de los mismos; lo que, a decir verdad, es un destello de gloria».[1183]

El rey mandó construir un monasterio austero y enorme en El Escorial, en los aledaños de la sierra de Guadarrama, a apenas cincuenta kilómetros de Madrid, donde se ocupó de las interminables tareas administrativas de su imperio. También organizó una atrevida invasión de Inglaterra (de la que había sido rey consorte en su juventud, como marido de la reina María Tudor) con su Armada Invencible, condenada al fracaso, y trató de detener la propagación del protestantismo en los Países Bajos. España creció en poder, pero lo pagó caro, al tener que dedicar recursos considerables a estos proyectos y a la administración del imperio. Endeudada y desbordada, al final no pudo conservar sus dominios. La preeminencia de España en Europa se desvaneció tan rápidamente como había surgido, y el país acabó rezagado con respecto a otros de Europa y preguntándose constantemente cómo había podido extraviarse del camino glorioso que Isabel y su marido le habían marcado.

Es fácil hacer que parezca que el presente depende de un momento o de un acontecimiento concreto de la historia, una argucia que, entre otras cosas, ignora lo que podría haber sucedido en ausencia de dicho acontecimiento. Sin embargo, la llegada de 3 barcos castellanos al Caribe, con Cristóbal Colón y sus 88 marineros a bordo, tuvo un impacto evidente y tangible en el mundo durante los siglos posteriores. Pensemos, por ejemplo, en productos y elementos básicos que consideramos típicos de algunos países. En el siglo XIX las patatas llegarían a ocupar un tercio de las tierras

cultivables de Irlanda, pero esto nunca habría sucedido —ni el país habría sufrido las hambrunas que acabaron con la vida de un millón de personas y empujaron a otros dos a emigrar— de no haber sido importadas de América. Los pueblos indígenas de América del Norte que recorrían las llanuras en caballos, ya fuera para perseguir a los búfalos o para luchar contra los colonos, podían hacerlo porque Colón y los conquistadores que llegaron tras él introdujeron los caballos en el continente americano, donde pronto corrieron salvajes. La lista continúa. Los tomates son una parte central de la dieta mediterránea tradicional de Italia, España y otros países, pero eran desconocidos en Europa hasta que los barcos castellanos los trajeron de América. Los principales chocolateros de Suiza y Bélgica nunca habrían desarrollado sus famosos productos sin el cacao, otro producto que emprendió viaje a Europa en los mismos barcos. El tabaco, el vicio de moda —y luego el azote— de la sociedad occidental, también procedía de América. Incluso África, que adoptaría el maíz y la mandioca, vio transformada su agricultura.

Sin embargo, en medio de este intercambio de plantas, animales, enfermedades y tecnología que cambió el mundo gracias a Colón, es fácil pasar por alto que una de las exportaciones más importantes a América fue el cristianismo. El mayor beneficiario del descubrimiento de un nuevo continente fue la cristiandad occidental, aquel espacio cultural, político y religioso común que definió a Europa y que fue la cuna de la civilización occidental en el siglo XV. Las creencias y premisas culturales de un pequeño rincón de Eurasia se propagaron así a una inmensa extensión de tierras nuevas y a muchos de sus habitantes (o, por lo menos, a los que sobrevivieron a las consecuencias más mortíferas de la llegada de los europeos). América, tanto del Norte como del Sur, fue transformada, en especial después de que exploradores de Portugal, Inglaterra, Francia y Holanda se unieran a la carrera por la posesión de tierras en el continente americano y en el Caribe. Esa expansión trajo no solo la riqueza extraída a Europa, sino también, con el paso del tiempo, un cambio en el equilibrio del

crecimiento y el poder en favor del Atlántico y, a la postre, tras cruzar el océano, de América del Norte, como acabó poniéndose de manifiesto en el siglo XX. No había nada de inevitable en todo esto. Desde el punto de vista de la historia de Eurasia, en el siglo XV España y el resto de Europa occidental eran periféricos en algo más que el sentido geográfico. «Europa occidental ocupaba el límite exterior de los mapamundis de la época —señala el historiador Felipe Fernández-Armesto—. Los sabios persas o chinos, convencidos de la superioridad de sus propias tradiciones civilizadas, creían que la cristiandad apenas era digna de atención en sus estudios del mundo.»[1184] El surgimiento posterior de la civilización occidental, en otras palabras, está inexorablemente unido a los 3 pequeños barcos y los 88 marineros que partieron de Palos de la Frontera en 1492.

Pero ¿qué pasó con España y su motor, Castilla, tras el fallecimiento de su emblemática reina? Cuando Miguel de Cervantes publicó la primera parte de su *Don Quijote de la Mancha* en 1605, un siglo después de la muerte de Isabel, no solo estaba lanzando lo que hoy se considera la tradición de la novela moderna, sino que también contaba una historia nostálgica, aunque amarga, acerca de los valores que habían contribuido a impulsar a Castilla a la grandeza, pero que luego se habían vuelto irremediablemente idealistas e impracticables. El héroe chiflado y libresco de Cervantes, don Quijote, emprende una cómica y humillante búsqueda de la gloria caballeresca. Se ha vuelto loco por leer demasiados libros de caballerías e inventa para sí una España imaginaria en la que aparecen constantemente oportunidades de realizar hazañas (aunque eso implique confundir molinos de viento con gigantes) y donde estas serán admiradas. Se equivoca en todo, pero no se da cuenta. La cruzada, la caballería y la estricta ortodoxia que la Contrarreforma había introducido en España se estaban volviendo anticuadas o, al menos, inadecuadas para el siglo que estaba empezando. La Inquisición asfixiaba el debate intelectual y la ciencia. América era la causa de que disminuyera la población y, al mismo tiempo, de la excesiva dependencia de España de las materias primas

extraídas del imperio y de unos mercados proteccionistas. Las guerras en otros lugares de Europa constituían una distracción y una pérdida de dinero a largo plazo. Los ideales grandiosos —la defensa del cristianismo frente al islam, la protección del catolicismo contra la herejía o el mantenimiento de sus dominios en el resto de Europa— provocaron que España se endeudara en extremo e impidieron que centrase su atención en cuidar de sí misma. Cervantes, un orgulloso veterano de la batalla naval de Lepanto, se dio cuenta de que su país se había agotado en la aparentemente noble y heroica defensa de la cristiandad y en su amor a la aventura, permitiendo que otros cosecharan los beneficios. Es difícil no ver las creencias y prioridades personales de Isabel como uno de los motores que impulsaron dicha dinámica. La muerte de Cervantes en abril de 1616 coincidió casi exactamente con la de William Shakespeare, escritor cuyas obras reflejaban el orgullo y la autoestima crecientes de Inglaterra, el país que construyó el único imperio europeo que, en términos geográficos, pudo rivalizar con el español que inició su andadura bajo el reinado de Isabel.

Internamente, España seguía siendo una amalgama de reinos con leyes y normas distintas que eran difíciles de manejar. En la época en que Diego Velázquez pintaba a nobles bigotudos, monarcas de mentón prominente y princesas españolas vestidas con miriñaque, en la primera mitad del siglo XVII, en el mundo que retrataba ya se notaba un aire de decadencia y corrupción. Los aristócratas pintados al cabo de un siglo por Francisco de Goya formaban parte de una clase distinta, y a menudo desastrosa, de administradores, que permitió que España se quedara atrás cada vez más respecto a las principales naciones de Europa. Sus pinturas negras, de monstruos y guerras, reflejo de la locura y estupidez humanas, ponían al descubierto la decadencia que escondía la elegancia de sus comitentes aristocráticos y las escenas rurales idealizadas y románticas que también pintaba para ellos.

Egocéntrica, díscola y desconfiada, España presenció la desintegración de su imperio, que arrastró consigo gran parte de su prestigio y gloria. Las

posesiones europeas empezaban a desaparecer, cuando una parte de los Países Bajos se declaró en rebeldía en 1579 y Portugal se rebeló en 1640. La mitad de Italia que España todavía controlaba fue perdida entre 1713 y 1715, junto con el resto de los Países Bajos españoles. Los territorios de América se sublevaron un siglo más tarde y pronto obtuvieron la independencia, y España perdió los últimos vestigios del imperio —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— durante una breve guerra contra Estados Unidos en el desastroso 1898. Algunos creen que este largo declive alcanzó su nadir con una sangrienta guerra civil en la década de 1930 y los cuarenta años de la dictadura del general Francisco Franco. Otros dicen que los siglos de declive han sido exagerados por historiadores cautivados por la leyenda negra o víctimas de un oscuro e irracional pesimismo típicamente español. Sea como fuere, el grado de desesperación con que España buscaba unos héroes nacionales se puso de manifiesto cuando el régimen de Franco ensalzó a Isabel como paradigma de las virtudes «naturales» del país. El generalísimo y la Falange, de inspiración fascista, se apropiaron de los símbolos que inventaron Isabel y Fernando, el yugo y las flechas. Todavía se encuentra frente a la sede madrileña de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo una estatua de esa época, cuya placa proclama a Isabel «madre de América […] por cuyo impulso genial se completó la redondez geográfica y espiritual del mundo». Y fue en 1958, bajo la dictadura franquista, cuando se inició la campaña oficial para la beatificación de Isabel, a instancias de la archidiócesis de Valladolid, que en 1990 envió los informes necesarios a Roma,[1185] donde crían polvo, en plena polémica sobre si Isabel fomentó la intolerancia hacia los cristianos conversos en España junto con el genocidio y el saqueo económico, en lugar del amor cristiano, en América Latina.

En los últimos decenios, tras el retorno a la democracia a finales de los años setenta, España ha disfrutado de otro período de crecimiento y prosperidad más discreto, pero suficiente para situarla en el lugar que le corresponde como uno de los principales países europeos y como un sólido miembro de la Unión Europea. Eso también le ha permitido sacudirse

algunos prejuicios e inseguridades sobre el pasado, incluida la apropiación de Isabel por el franquismo. En otras palabras, es hora de volver a mirar a Isabel sin ponerse las lentes teñidas de prejuicios políticos o de valores del siglo XXI.

Fue, lisa y llanamente, la primera gran reina de Europa. En cuanto a la influencia de su reinado y de sus decisiones en el curso futuro de la historia mundial, es también la más importante de todas esas monarcas. Fue la counificadora de un país de países, España, y fundadora de un imperio que acabaría siendo uno de los más grandes de la historia occidental. La unidad de los variados reinos españoles fue al principio frágil y temporal, pero resultó duradera. Al enviar a Colón a una aventura de una audacia extraordinaria, irracional y caballeresca, ayudó a revertir la decadencia de la cristiandad occidental y a alterar el curso de la historia global en la segunda mitad del milenio. La civilización occidental está en deuda con la Castilla de Isabel, por mucho que ahora desapruebe su maltrato de judíos, musulmanes y conversos. ¿Habría ocurrido algo de esto sin Isabel y Fernando? Seguro que en buena parte era inevitable. La historia no es puramente, ni sobre todo, el resultado de un puñado de decisiones tomadas por monarcas y otros individuos extraordinarios; pero el mundo no puede reinventar o deshacer la cadena de acontecimientos que han creado el presente. Eso es bueno y malo para la reputación de Isabel. Algunos, por ejemplo, ahora, seguramente ignorando lo que pasaba en otros países, relacionan torturas como la «bañera» del ejército estadounidense con las técnicas de la Inquisición. El historial de desigualdad económica, violencia y represión de los pueblos indígenas latinoamericanos —por no hablar de los estragos que hicieron en ellos las enfermedades europeas— es consecuencia de las decisiones de Isabel tanto como la gloria que estas aportaron a España.

Puede que sea más sensato preguntarnos cómo vio, o habría visto, Isabel su vida. En una era de ambición individual y de afirmación constante de los derechos personales, se nos anima a juzgarnos en función de nuestro grado

de felicidad cotidiana. Según estos parámetros, Isabel terminó su vida con un fracaso. Su sombrío retrato con poco más de cincuenta años lo demuestra con creces. Los tres cuchillos de dolor que fueron la muerte de su amado hijo Juan, su hija Isabel y su pequeño nieto Miguel, inundaron de tristeza sus años finales. Incluso en los asuntos de Estado, parece que delegó gran parte de la toma de decisiones en Fernando en esos últimos tiempos. La acalorada discusión con su hija Juana en las almenas de la fortaleza de La Mota nos muestra a una Isabel capaz de dedicar sus energías menguantes a una lucha que todos estamos destinados a perder: el control de lo que pueda suceder a nuestra muerte. Los celos y, posiblemente, la depresión también fueron parte de su cruz.

Sin embargo, sería un error compadecerse de ella, pues Isabel no veía la vida en términos de satisfacción personal o búsqueda de esta. De todos los indicadores actuales del éxito, el único que habría reconocido sería la búsqueda de la fama, algo que desde luego consiguió. Aparte de eso, el suyo era un mundo de deber, obediencia y temor a Dios. Eso explica por qué, en sus últimos días, no se preocupó por la evidente crueldad de expulsar a los judíos, convertir a la fuerza a los musulmanes o torturar a los conversos. Los objetivos —perseguir la herejía y purificar Castilla— contaban, sin duda, con la aprobación de su Dios. Habría visto en el sufrimiento personal un posible camino de expiación y salvación. La muerte violenta, lenta y dolorosa de Jesucristo en la cruz —su Pasión— lo corroboraba. Por lo tanto, no podía ver su propio sufrimiento como una señal de fracaso, y hasta puede que experimentara una secreta satisfacción al soportarlo. Adondequiera que mirara, solo podía ver el éxito. Castilla era pura y próspera, o mucho más que cuando llegó al trono. Su gente estaba segura. Y, cualquiera que fuese su inquietud por el trato dispensado a los pueblos del Caribe, los herejes y los infieles estaban siendo perseguidos, o convertidos, en Castilla y en otras partes. La cristiandad occidental se encontraba, por fin, en expansión. Dicho de otro modo, Isabel no solo se guio por sus principios —o por los dictados de Dios—, sino que los impuso en otros lugares. Para eso servía el poder del monarca, por dudoso que fuera

su origen en el caso de Isabel. El orgullo era un pecado, pero en sus últimos momentos de temor ante lo que le aguardaba, esa idea no pudo proporcionarle más que consuelo y confianza.

[480] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 81. Cook, «The Cannon Conquest», p. 253.

[481] Joaquín Gil Sanjuán y Juan J. Toledo Navarro, «Importancia de la artillería en la conquista de las poblaciones malagueñas (1485-1487)», *Baetica*, n.º 30 (2008), pp. 315-318. Cook, «The Cannon Conquest», p. 261.

[482] Cook, «The Cannon Conquest», p. 273.

[483] Ibíd., pp. 263 y 275. Carriazo, *Guerra*, p. 649.

[484] Carriazo, *Guerra*, pp. 623-637, 649 y 655-659.

[485] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 80. Carriazo, *Guerra*, pp. 643, 650 y 655.

[486] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 80. Carriazo, *Guerra*, pp. 664-665.

[487] Cook, «The Cannon Conquest», p. 276 (citando a Pulgar).

[488] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 81. Carriazo, *Guerra*, pp. 665-670.

[489] Carriazo, *Guerra*, pp. 682-688.

[490] Ibíd., p. 693.

[491] Ibíd., pp. 696-698.

[492] Baeza, *Relaciones*, p. 39.

[493] Carriazo, *Guerra*, pp. 685-686, 699, 703 y 705.

[494] Ibíd., p. 703.

[495] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 83. Carriazo, *Guerra*, pp. 703-707.

[496] Carriazo, *Guerra*, p. 712.

[497] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 74. Carriazo, *Guerra*, pp. 707-712.

[498] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 75. Carriazo, *Guerra*, pp. 711 y 715.

[499] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, caps. 82 y 85.

[500] Ibíd., caps. 80-82 y 85. Carriazo, *Guerra*, pp. 716 y 723.

[501] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 78. Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 84.

[502] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 83.

[503] Alonso de Palencia, *Guerra de Granada*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999, lib. 7; disponible online en <www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc833n9>. Carriazo, *Guerra*, pp. 717 y 721.

[504] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, caps. 88 y 92-93. Carriazo, *Guerra*, p. 717.

[505] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 84.

[*] Para una tabla sobre los valores monetarios relativos, la acuñación y los precios de productos cotidianos y extraordinarios, véase el Apéndice.

[506] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 93. Carriazo, *Guerra*, pp. 718-721.

[507] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 93.

[508] Ibíd. Carriazo, *Guerra*, pp. 718-721 y 722 (citando *El Tumbo*, doc. 1051).

[509] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 93. Carriazo, *Guerra*, p. 722.

[510] Carriazo, *Guerra*, p. 723.

[511] Ibíd., p. 728.

[512] Ibíd., pp. 727-732.

[513] Ibíd., p. 775.

[514] Ibíd. (citando a Garrido Atienza, *Las capitulaciones para la entrega de Granada*, pp. 173-174).

[515] Ibíd., p. 757.

[516] Ibíd., pp. 735 y 756.

[517] Ibíd., p. 758.

[518] Ibíd., pp. 759-762.

[519] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 112. Carriazo, *Guerra*, p. 764.

[520] Véase Miguel Ángel Ladero Quesada, «Las coplas de Hernando de Vera. Un caso de crítica al gobierno de Isabel la Católica», *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 14 (1968), pp. 365-381.

[521] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 120.

[522] Córdova, *La corte*, p. 311.

[523] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, caps. 121-122.

[524] *Colección de documentos inéditos*, vol. 8, pp. 402-410. Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 168-169. Carriazo, *Guerra*, pp. 767, 771 y 774.

[525] Carriazo, *Guerra*, p. 786 (citando *El Tumbo*, doc. 1167).

[526] Córdova, *La corte*, p. 333.

[527] Dietario de Machado, en James Gairdner, *Memorials of King Henry the Seventh*, Londres, Longman, Brown, Green, Longmans & Roberts, 1858, p. 328.

[528] Ibíd., pp. 350-351.

[529] Ibíd., p. 341.

[530] Ibíd.

[531] Ibíd., pp. 166 y 336.

[532] Machado, pp. 328-332 y 338.

[533] Ibíd., pp. 172, 343 y 354. Córdova, *La corte*, p. 337.

[534] Aram, *Juana the Mad*, p. 23. [Original cast. citado en Gonzalo Pontón, «Sobre algunas epístolas de Fernando Pulgar», *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santander, Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria, 2000, p. 1494 (*N. del T.*).]

[535] *Calendar of Letters, Despatches and State Papers relating to the negotiations between England and Spain preserved in the archives of Simancas and elsewhere* (en adelante, *CSP Spain*), G. A. Bergenroth,

Pascual de Gayangos y Garrett Mattingly, eds., Londres, Longman, Green, Longmans & Roberts, 1862, vol. 1, p. 164.

[536] Ibíd., p. 11. Machado, pp. 343 y 354.

[537] Machado, p. 345.

[538] Ibíd., p. 347.

[539] Córdova, *La corte*, pp. 356-357.

[540] Machado, p. 351.

[541] *CSP Spain*, vol. 1, p. 34. Véase José Luis Orella Unzué, «Las relaciones vascas con Inglaterra. Siglos XIV-XVI», *Lurralde*, n.º 28 (2005), pp. 85-152.

[542] Pulgar, *Crónica*, tercera parte, cap. 130. Azcona, «El príncipe don Juan», p. 223. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 659. Carriazo, *Guerra*, pp. 791-792.

[543] Ana Isabel Carrasco Manchado, «Discurso político», pp. 33-37 y 134.

[544] Liss, *Isabel*, pp. 101-104. Anónimo, *Crónica incompleta*, pp. 181 y 304.

[545] Edwards, *Isabel la Católica*, p. 41.

[546] De la Torre, *Gonzalo de Baeza*, pp. 334, 347 y 363. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 658-660.

[547] Carriazo, *Guerra*, pp. 792 y 804.

[548] Ibíd., pp. 791-792, 804, 811-816 y 823. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 660. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 167.

[549] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 101. Carriazo, *Guerra*, p. 820. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 661.

[550] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 101.

[551] Carriazo, *Guerra*, p. 820.

[552] Baeza, *Relaciones*, p. 48. Carriazo, *Guerra*, pp. 824-825 y 829.

[553] Carriazo, *Guerra*, pp. 829-831.

[554] Ibíd.

[555] Baeza, *Relaciones*, p. 43.

[556] Ibíd., p. 44.

[557] Carriazo, *Guerra*, p. 837.

[558] Ibíd., p. 844.

[559] Ibíd., pp. 838-840 y 844.

[560] Monroe, «A Curious Morisco Appeal», pp. 281-303. García-Arena, trad., *Los moriscos*, p. 35 *(N. del T.)*. Van Koningsveld y Wiegers, «The Islamic Statute», pp. 19-58.

[561] James Gairdner, *Three Fifteenth-Century Chronicles with Historical Memoranda by John Stowe*, Londres, Camden Society, 1880; disponible online en <www.british-history.ac.uk/camden-record-soc/vol28>, p. 87.

[562] Carriazo, *Guerra*, pp. 827 y 878.

[563] Carriazo, *Guerra*, p. 884.

[564] Francisco Medina y Mendoza, «Vida del cardenal don Pedro González de Mendoza», en Real Academia de la Historia, *Memorial Histórico Español*, Madrid, 1853, vol. 6, pp. 289-290. Carriazo, *Guerra*, pp. 827, 878, 884 y 888. Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 175-176 y 163.

[565] Carriazo, *Guerra*, pp. 890-891.

[566] Ibíd., pp. 877, 887 y 891-893.

[567] Ibíd., pp. 891-892.

[568] Ibíd., pp. 858-859, 866 y 895.

[569] Ibíd., pp. 858, 873, 882 y 896, n. 2.

[570] Ibíd., p. 896.

[571] María del Carmen Pescador del Hoyo, ed., «Cómo fue de verdad la toma de Granada, a la luz de un documento inédito», *Al-Andalus*, n.º 20 (1955), pp. 283-344.

[572] Carriazo, *Guerra*, p. 876.

[573] Ibíd., pp. 875-877.

[574] Ibíd., p. 858.

[575] Robert Irwin, *The Alhambra*, Londres, Profile Books, 2004, p. 57.

[576] Ibíd., pp. 46 y 93.

[577] Ibíd., pp. 49, 44, 33, 52 y 55.

[578] Ibíd., p. 41.

[579] José Antonio García Luján, *El Generalife. Jardín del paraíso*, Granada, J. A. García, 2006, pp. 63-65.

[580] Carriazo, *Guerra*, p. 878.

[581] Ibíd., pp. 903-911.

[582] Ibíd., p. 910.

[583] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 167-168.

[584] Isabelle Poutrin Reyes, «Los derechos de los vencidos. Las capitulaciones de Granada», *Sharq al-Andalus*, vol. 19 (2008-2010), pp. 11-34. Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 167-169. Carriazo, *Guerra*, pp. 854 y 858.

[585] Carriazo, *Guerra*, pp. 850-854.

[586] Poutrin, «Los derechos de los vencidos», pp. 11-34.

[587] Ibíd. Carriazo, *Guerra*, p. 858.

[588] Carriazo, *Guerra*, pp. 858 y 861.

[589] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 169-170.

[590] Carriazo, *Guerra*, pp. 855-856 y 877.

[591] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 799 (citando a Abravanel, *Introducción a los Profetas Anteriores*). Puede encontrarse una traducción al inglés en Raphael, *Expulsion*, loc. 1296.

[592] Raphael, *Expulsion*, loc. 662.

[593] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 799. Raphael, *Expulsion*, loc. 1328 (citando a Isaac Abravanel, *Perush al Nebiim Rishonin*).

[594] J. Contreras, ed., *Inquisición española. Nuevas aproximaciones*, Madrid, Centro de Estudios Inquisitoriales, 1987, pp. 3-8. Raphael, *Expulsion*, loc. 3586.

[595] Jane Gerber, *The Jews of Spain. A History of the Sephardic Experience*, Nueva York, The Free Press, 1992, p. 136 (citando a Salomón ibn Verga, *Shevet Yehuda* [trad. cast.: *La vara de Judá*, Ámsterdam, Jan de Wolf, 1744, p. 185; disponible online en <www.europeana.eu/portal/es/record/9200110/BibliographicResource_1000126656987.html> *(N. del T.).*])

[596] Pérez, *Inquisición*, pp. 11-22. Netanyahu, *Origins*, pp. 12, 62, 127 y 1096. Ladero Quesada, *España*, p. 18. Fred Rosner, «The Life of Moses Maimonides, a Prominent Medieval Physician», *Einstein Quarterly*, n.º 19 (2002), pp. 125-128.

[597] Netanyahu, *Origins*, p. 12. Pérez, *Inquisición*, p. 22.

[598] Kamen, *Inquisición*, p. 10.

[599] Ariel Hessayon, reseña de François Soyer, *The Persecution of the Jews and Muslims of Portugal. King Manuel I and the End of Religious Tolerance (1496-1497)*, Leiden, Brill, 2007, en <www.history.ac.uk/reviews/review/797>.

[600] Popplau en Liske, *Viajes*, pp. 55-56.

[601] Pérez, *Inquisición*, p. 27.

[602] Ibíd., pp. 24, 27, 30, 40 y 65.

[603] Valdeón, *Cristianos*, p. 154.

[604] Pérez, *Inquisición*, p. 25.

[605] Suárez, *Documentos expulsión*, p. 116.

[606] Ibíd., pp. 116 y 124.

[607] Pérez, *Inquisición*, p. 56. J. M. Monsalvo Antón, *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 256-257.

[608] Pérez, *Inquisición*, p. 61.

[609] Raphael, *Expulsion*, loc. 105.

[610] Kamen, *Inquisition*, p. 22.

[611] Pérez, *Inquisición*, pp. 31-32. Roth, *Medieval Jewish Civilization*, pp. 318 y 321. Kamen, *Inquisition*, pp. 17, 19 y 22. Raphael, *Expulsion*, loc. 87.

[612] Pérez, *Inquisición*, p. 28.

[613] María Fuencisla García Casar, «Las comunidades judías de la Corona de Castilla al tiempo de la expulsión», en Alcalá, ed., *Judíos, sefarditas, conversos*, p. 26.

[614] Motis, «Las comunidades judías», p. 45. Ladero Quesada, «El número de judíos en la España de 1492», p. 171. Marx, «The Expulsion of the Jews from Spain», pp. 246-247.

[615] Suárez, *Documentos expulsión*, pp. 15, 119, 345 y 781.

[616] Ibíd., pp. 15 y 344-346.

[617] Ibíd., pp. 13-14.

[618] Roth, *Medieval Jewish Civilization*, p. 299.

[619] Raphael, *Expulsion*, loc. 3166.

[620] Suárez, *Documentos expulsión*, pp. 13-14 (citando a De la Torre, «Un médico de los Reyes Católicos», p. 69).

[621] Contreras, *Inquisición española*, pp. 35-40. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 499 y 785.

[622] Contreras, *Inquisición española*, pp. 36-38. Archivo General de Simancas, CCA, DIV, 1, 78, Memorial del Prior de Santa Cruz sobre las cosas que la Reina Católica debía remediar.

[623] Pérez, *Inquisición*, pp. 97-98. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla, pub. por la Real Academia de la Historia*, Madrid, Rivadeneyra, 1882, vol. 4, p. 149.

[624] Contreras, *Inquisición española*, pp. 36-38.

[625] Raphael, *Expulsion*, loc. 179. Suárez, *Documentos expulsión*, p. 24. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 786 y 788.

[626] María Antonia Bel Bravo, *Los Reyes Católicos y los judíos andaluces*, Granada, Biblioteca Chronica Nova de Estudios Históricos, 1989, pp. 160 y 240. Ladero Quesada, «El número de judíos en la España de 1492», p. 171.

[627] Bel Bravo, *Reyes Católicos*, pp. 241-242. Pérez, *Inquisición*, p. 149.

[628] Pérez, *Inquisición*, p. 108. Raphael, *Expulsion*, locs. 1990-1993 (citando a Ibn Verga, *Shevet Yehuda*).

[629] Pérez, *Inquisición*, pp. 144-145.

[630] Ibíd., pp. 108 y 151.

[631] Ibíd., pp. 146 y 148.

[632] Ibíd., p. 149.

[633] Ibíd., pp. 150-151.

[634] Ibíd., p. 107.

[635] Antoine de Lalaing, *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, Bruselas, Gachard, 1876, p. 164.

[636] Pérez, *Inquisición*, p. 107.

[637] Anónimo, *Cronicón de Valladolid*, p. 195. Roth, *Medieval Jewish Civilization*, p. 130.

[638] Hessayon, reseña de Soyer, *Persecution*. Pérez, *Inquisición*, p. 10.

[639] Raphael, *Expulsion*, loc. 683 (citando a Capsali, *Seder Eliyahu Zuta*, vol. 1).

[640] Kevin Ingram, ed., *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond*, Leiden, Brill, 2009, vol. 2, p. 26. Roth, *Medieval Jewish Civilization*, pp. 129-130. Ladero Quesada, *Hermandad*, p. 23.

[641] Raphael, *Expulsion*, loc. 1913 (citando a Joseph Hacker, «New Chronicles on the Expulsion of the Jews from Spain. Its Causes and Consequences», pp. 201-228). Roth, *Medieval Jewish Civilization*, p. 8.

[642] Raphael, *Expulsion*, loc. 1929 (citando *The De la Cavalleria Chronicle*, en Hacker, «New Chronicles», pp. 201-228).

[643] Roth, *Medieval Jewish Civilization*, pp. 300-303. Pérez, *Inquisición*, p. 111.

[644] Pérez, *Inquisición*, p. 111.

[645] Raphael, *Expulsion*, loc. 1340 (citando a Abravanel, *Perush al Nebiim Rishonin*).

[646] Ibíd., loc. 659 (citando a Capsali, *Seder Eliyahu Zuta*, vol. 1).

[647] Ibíd., loc. 1951 (citando a Hacker, «New Chronicles», pp. 201-228).

[648] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110.

[649] Raphael, *Expulsion*, loc. 695 (citando a Capsali, *Seder Eliyahu Zuta*, vol. 1).

[650] Pérez, *Inquisición*, p. 117. Raphael, *Expulsion*, locs. 332, 802 y 825.

[651] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110.

[652] Ibíd.

[653] Ibíd.

[654] Soyer, *Persecution*, p. 111.

[655] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110. Soyer, *Persecution*, p. 105.

[656] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110. Pérez, *Inquisición*, pp. 153-157. Raphael, *Expulsion*, loc. 2277.

[657] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110.

[658] Raphael, *Expulsion*, loc. 683 (citando a Capsali, *Seder Eliyahu Zuta*, vol. 1).

[659] Isabel Montes Romero-Camacho, «Judíos y mudéjares», *Medievalismo*, n.º 14 (2004), pp. 253-254.

[660] Raphael, *Expulsion*, loc. 2051 (citando a Ibn Verga, *Shevet Yehuda*. [trad. cast.: *La vara de Judá*, p. 193 *(N. del T.)*].)

[661] Ibíd., locs. 2084-2095 (citando a Ibn Verga, *Shevet Yehuda*).

[662] Ibíd., loc. 1827.

[663] Abraham Gross, *Iberian Jewry from Twilight to Dawn. The World of Rabbi Abraham Saba*, Leiden, Brill, 1995, pp. 11-14.

[664] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 113.

[665] Soyer, *Persecution*, p. 102.

[666] Ibíd., pp. 107-108 y 111-112.

[667] Ibíd., p. 115.

[668] Ibíd., pp. 44, 117 y 120-121. Gross, *Iberian Jewry*, pp. 5-7 y 9-39.

[669] Soyer, *Persecution*, pp. 126-130 (citando a Damião de Góis, *Crónica do felicíssimo Rei D. Manuel*, 2 vols., Coímbra, 1949, vol. 1, pp. 23-24).

[670] Soyer, *Persecution*, pp. 122 y 131. Gross, *Iberian Jewry*, p. 18.

[671] Soyer, *Persecution* , p. 130. [trad. cast.: *La vara de Judá*, p. 197 *(N. del T.)*.]

[672] Raphael, *Expulsion*, locs. 2354-2407 (citando a Nahum N. Glatzer, *A Jewish Reader. In Time and Eternity*, trad. al inglés de Olga Marx). Soyer, *Persecution*, p. 113.

[673] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 113.

[674] Raphael, *Expulsion*, loc. 1689. Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 110.

[675] Soyer, *Persecution*, p. 133. Suárez, *Documentos expulsión*, pp. 487-489 y 526-527.

[676] Soyer, *Persecution*, p. 134 (citando a Rui de Pina, *Crónica de D. João II*, p. 138).

[677] Haim Beinart, «Vuelta de judíos a España después de la expulsión», en Alcalá, ed., *Judíos, sefarditas, conversos*, pp. 186 y 191. Ladero Quesada, «El número de judíos en la España de 1492», pp. 176-177.

[678] Raphael, *Expulsion*, loc. 3415 (citando a Abraham ben Salomón [de Ardutiel]), *Sefer Ha-Kabbalah*, en A. Neubauer, ed., *Medieval Jewish Chronicles and Chronological Notes*, Oxford, 1887, vol. 1).

[679] Ladero Quesada, «El número de judíos en la España de 1492», pp. 176-177. Beinart, «Vuelta de judíos a España», pp. 177 y 183-185. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 807n.

[680] Suárez, *Documentos expulsión*, p. 116.

[681] Raphael, *Expulsion*, locs. 422-612.

[682] Ibíd., locs. 600-608 (citando a Capsali, *Seder Eliyahu Zuta*, vol. 1).

[683] Ibíd., loc. 2228 (citando a Ibn Verga, *Shevet Yehuda*). Roth, *Medieval Jewish Civilization*, pp. 300-301. Soyer, *Persecution*, p. 107.

[684] Raphael, *Expulsion*, loc. 1340 (citando a Abravanel, *Perush al Nebiim Rishonin*). Pérez, *Inquisición*, pp. 130-131 y 136.

[685] Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Retrato de un hombre*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 37, 68 y 149. Antonio Rumeu de Armas, *La Rábida y el descubrimiento de América*, Madrid, Cultura Hispánica, 1968, p. 148.

[686] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 118.

[687] Eufemio Lorenzo Sanz, *Salamanca en la vida de Colón*, Salamanca, Diputación Provincial, 1983, pp. 14-17.

[688] Martín Fernández Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, 3 vols., Madrid, Imprenta Real, 1825, vol. 1, p. 154. Francisco Javier Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950, pp. 67 y 82. Varela, *Retrato*, pp. 149-150.

[689] Navarrete, *Viajes*, vol. 1, p. 154.

[690] Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, 2 vols., Madrid, Imprenta Ginesta, 1875, vol. 1, cap. 12. Felipe Fernández-Armesto, *Columbus*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 30-31.

[691] Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers. The European Discovery of America*, Oxford, Oxford University Press, 1986, p. 370.

[692] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 54.

[693] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, caps. 27 y 29. Antonio Rumeu de Armas, *Nueva luz sobre las capitulaciones de Santa Fe de 1492 concertadas entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón. Estudio Institucional y diplomático*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, pp. 142-143. Varela, *Retrato*, pp. 59 y 75.

[694] Rumeu de Armas, *La Rábida*, pp. 13, 22, 27 y 50-60. Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 60. Varela, *Retrato*, p. 151.

[695] Varela, *Retrato*, p. 151.

[696] Ibíd., pp. 149-151.

[697] Consuelo Varela, ed., *Textos y documentos completos*, Madrid, Alianza, 1992, p. 303. Andrés María Mateo, *Colón e Isabel la Católica*, Valladolid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, pp. 3-5.

[698] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 4 y 17.

[699] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 118.

[700] Navarrete, *Viajes*, vol. 1, p. 265.

[701] Consuelo Varela, *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 70.

[702] Varela, *Retrato*, pp. 99 y 107.

[703] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 40 y 64.

[704] Thomas Suárez, *Shedding the Veil. Mapping the European Discovery of America and the World*, Singapur, World Scientific Publishing, 1992, p. 44.

[705] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 31, p. 242. Felipe Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, Cambridge, Massachusetts, Hackett, 2010, p. 11. Varela, *Retrato*, p. 15.

[706] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 31, p. 243.

[707] Ibíd., pp. 242-243.

[708] Ibíd., cap. 32, p. 247.

[709] Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 815-816.

[710] María Montserrat León Guerrero, «El segundo viaje colombino», tesis doctoral, Universidad de Valladolid, 2002, p. 88.

[711] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 62.

[712] Ibíd., pp. 62 y 56.

[713] León, «Segundo viaje», pp. 89-90 (citando a J. Varela, *El Tratado de Tordesillas*, p. 39). Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 62.

[714] Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 831-832.

[715] Las Casas, *Historia de las Indias*, cap. 31, p. 243. <www.mcu.es/archivos/docs/Novedades/capitulaciones_ACA.pdf>. Juan Manzano Manzano, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, Madrid, Cultura Hispánica, 1948, p. 265. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 834-835.

[716] Murga Sanz, pp. 298-299. István Szászdi León-Borja, «El origen de la Armada de Vizcaya y el Tratado de las Alcáçovas», *Historia, Instituciones, Documentos*, n.º 26 (1999), p. 563.

[717] Antonio Rumeu de Armas, *La política indigenista de Isabel la Católica*, Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1969, pp. 203-207 y 227-229.

[718] Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 819-820.

[719] Manuel Lobo Cabrera, *La conquista de Gran Canaria (1478-1483)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, Departamento de Ediciones, 2012, p. 157. Miguel Ángel Ladero Quesada, ed., *Edad Media*, vol. 2 de *Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 352-353.

[720] Lobo Cabrera, *Conquista de Gran Canaria*, pp. 153 y 156.

[721] Ibíd., pp. 158-159.

[722] Ibíd., p. 178.

[723] Ibíd., pp. 152-153, 167 y 169-175.

[724] *Esclavos*, vol. 8 de *Documentos para la historia de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias, 2006, pp. 19 y 23.

[725] Münzer, *Viaje*, p. 62.

[726] Rumeu de Armas, *Política*, p. 38 y doc. 4.

[727] Ibíd., doc. 15.

[728] Lobo Cabrera, *Conquista de Gran Canaria*, p. 182.

[729] Fernández-Armesto, *Before Columbus*, pp. 212-214. Lobo Cabrera, *Conquista de Gran Canaria*, pp. 70-71 y 186.

[730] Rumeu de Armas, *La Rábida*, pp. 102-105.

[731] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 43-44.

[732] León, «Segundo viaje», p. 17.

[733] Juan Gil y Consuelo Varela, eds., *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, Alianza, 1984, p. 99. Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 53 y 73.

[734] Clemencín, *Elogio*, vol. 6, p. 371.

[735] Ibíd., pp. 351-371.

[736] Ibíd., p. 371.

[737] Ibíd.

[738] Ibíd., p. 375 y n. 11.

[739] Córdova, *La corte*, pp. 356-357.

[740] Pulgar, *Crónica*, segunda parte, cap. 24.

[741] Ibíd.

[742] Córdova, *La corte*, p. 153.

[743] Aram, *Juana the Mad*, p. 18. [Münzer, *Viaje*, p. 262 *(N. del T.)*.]

[744] Diario de Machado, en Gairdner, *Henry the Seventh*, p. 355.

[745] Córdova, *La corte*, p. 28 (citando a Marineo Sículo).

[746] Carmen Manso Porto, en Luis Suárez Fernández y Carmen Manso Porto, eds., *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2004, pp. 194-195. Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros*, p. 23. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, J. Pérez de Tudela y Bueso, ed., Madrid, Real Academia de la Historia, vol. 1, pp. 481-486. Córdova, *La corte*, pp. 74 y 299. Oviedo, *Cámara*, p. 107.

[747] Córdova, *La corte*, pp. 160, 166, 293 y 299. Tremlett, *Catherine of Aragon*, p. 93.

[748] *CSP Spain*, vol. 1, p. 156.

[749] Córdova, *La corte*, p. 112.

[750] Ibíd., p. 127.

[751] Aram, *Juana the Mad*, p. 23.

[752] Juan Luis Vives, *The Education of a Christian Woman. A Sixteenth-Century Manual*, Charles Fantazzi, ed. y trad., Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 49.

[753] Véase Oviedo, *Quinquagenas*.

[754] Desiderius Erasmus [Erasmo de Róterdam], *The Epistles of Erasmus*, trad. de Francis Morgan Nichols, Londres, Longmans, Green, 1901, vol. 3, p. 421.

[755] Elisa Ruiz, «El patrimonio gráfico de Isabel la Católica y sus fuentes documentales», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, n.º 14 (2004), p. 133.

[756] Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, *Corbacho, o Reprobación del amor mundano*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, prólogo y caps. 8 y 13; disponible online en <www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01473958655714017554480/index.htm.1466>.

[757] Eximenis, *Carro de las donas*, vol. 2, cap. 19.

[758] Córdova, *La corte*, p. 299.

[759] Ibíd., pp. 74 y 299 (citando a Galíndez de Carvajal). Sánchez, *Libros, tapices*, p. 23. Oviedo, *Quinquagenas*, pp. 233 y 481-486. Oviedo, *Cámara*, pp. 29-31 y 107.

[760] Oviedo, *Cámara*, pp. 29-31 y 107. Sánchez, *Libros, tapices*, p. 23.

[761] Córdova, *La corte*, p. 297.

[762] Ibíd., pp. 254 y 275.

[763] Pedro Mártir de Anglería, *Epistolario de Pedro Mártir de Anglería*, José López de Toro, ed. y trad., Madrid, Imprenta de Góngora, 1953-1957, cartas 125 y 127.

[764] Ibíd., cartas 125-126.

[765] Ibíd., carta 125.

[766] Pere Miquel Carbonell, *Chròniques de Espanya, fins ací no divulgades*, Barcelona, Carles Amorós, 1547, pp. 521-525.

[767] Anglería, *Epistolario*, cartas 125-126.

[768] Ibíd., carta 126.

[769] Ibíd., carta 127.

[770] Ibíd.

[771] Ibíd., carta 126.

[772] Carbonell, *Chròniques*, pp. 521-525. Liss, *Isabel*, p. 348.

[773] Oviedo, *Cámara*, pp. 193-196.

[774] Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, pp. 97-98 (citando a Fernando Colón, *Historia del almirante*, vol. 1, pp. 162-163).

[775] León, «Segundo viaje», p. 28.

[776] Varela, *Retrato*, pp. 167 y 207-208. León, «Segundo viaje», pp. 233-234. Navarrete, *Viajes*, vol. 1, pp. 447-448.

[777] Véase Antonio Rumeu de Armas, *Libro copiador de Cristóbal Colón. Estudio histórico-crítico y edición*, 2 vols., Madrid, Ministerio de Cultura, 1989.

[778] Navarrete, *Viajes*, vol. 1, p. 153.

[779] Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, pp. 38-39.

[780] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 36, p. 267.

[781] Ibíd., cap. 39, p. 286. Cristóbal Colón, *Diario de 1492*, en <http://www.ems.kcl.ac.uk/content/etext/e019.xhtml>.

[782] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 39, p. 287.

[783] Ibíd., p. 288

[784] Ibíd., pp. 288-289.

[785] Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, pp. 50-52.

[786] Luis Suárez Fernández, *Expansión de la fe*, Madrid, Rialp, 1990, p. 251.

[787] Gil y Varela, eds., *Cartas*, p. 120.

[788] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 88.

[789] Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, p. 133.

[790] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 87.

[791] Martín Fernández Navarrete *et al*., eds., *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, 112 vols., varios pies de imprenta, 1842-1895, vol. 2, pp. 24-25.

[792] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 64, p. 415.

[793] Felipe Fernández-Armesto, *Pathfinders. A Global History of Exploration*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 141-143 y 157-158.

[794] Ibíd., pp. 127, 131-132 y 145-146.

[795] Ibíd. Richard W. Kaeuper, *Chivalry and Violence in Medieval Europe*, p. 151. Jennifer G. Wollock, *Rethinking Chivalry and Courtly Love*, Santa Bárbara, Praeger, 2011, p. 138.

[796] Gil y Varela, *Cartas*, pp. 227 y 235. León, «Segundo viaje», pp. 28-33.

[797] León, «Segundo viaje», pp. 23-28.

[798] Varela, *Retrato*, p. 218.

[799] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 78.

[800] Ibíd., p. 447.

[801] Angus A. A. Mol, «The Gift of the "Face of the Living". Shell Faces as Social Valuables in the Caribbean Late Ceramic Age», *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 97, n.º 2 (2011), pp. 6-7, en <http://jsa.revues.org /11834>.

[802] León, «Segundo viaje», pp. 33-34. Navarrete, *Viajes*, vol. 2, p. 23.

[803] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 78, p. 477. León, «Segundo viaje», p. 36.

[804] Córdova, *La corte*, p. 79 (citando a F. Bermúdez de Pedraza, *Historia eclesiástica*).

[805] León, «Segundo viaje», p. 36 (citando a Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, p. 478).

[806] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 89.

[807] Suárez, *Expansión*, p. 251.

[808] Mol, «The Gift of the "Face of the Living"», pp. 6-8.

[809] León, «Segundo viaje», pp. 53 y 59.

[810] Ibíd., p. 42 (citando a A. Allegretti, *Il diario delle cose di Siena dall'anno 1450 fino al 1496*).

[811] Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, p. 101. Córdova, *Alejandro VI*, p. 480.

[812] Kagan, *Clio*, pp. 51-52.

[813] «John Cabot in Seville», en The Smugglers' City, Departamento de Historia de la Universidad de Bristol, en <www.bristol.ac.uk/Depts/History/Maritime/Sources/1494cabotseville.htm>.

[814] León, «Segundo viaje», p. 68.

[815] Ibíd., p. 69 (citando AGI, 7 de mayo de 1493).

[816] Ibíd., pp. 72-73.

[817] Ibíd., pp. 70-74, 78, 84-88, 108-109, 111, 121, 179 y 182.

[818] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 62 y 56. León, «Segundo viaje», pp. 89 y 125n.

[819] Consuelo Varela, ed., *Los cuatro viajes. Testamento*, Madrid, Alianza, 2007, p. 13.

[820] León, «Segundo viaje», pp. 95-104.

[821] Ibíd., pp. 116-119, 121-125, 191-194 y 198. Férnandez-Armesto, *Columbus*, pp. 62 y 56.

[822] León, «Segundo viaje», p. 110.

[823] Ibíd., pp. 200-201, 229-231 y 242.

[824] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 219.

[825] León, «Segundo viaje», pp. 232-233.

[826] Ibíd., pp. 229-237.

[827] Ibíd., pp. 173-179.

[828] León, «Segundo viaje», p. 402.

[829] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 99-100. Navarrete, *Viajes*, vol. 2, p. 155.

[830] Ibíd.

[831] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 208.

[832] León, «Segundo viaje», pp. 241-244.

[833] Ibíd., pp. 250-251.

[834] Ibíd., pp. 254-255, 258 y 266-273. Varela, *Bobadilla*, p. 95.

[835] León, «Segundo viaje», pp. 256 y 275-277.

[836] Ibíd., p. 451.

[837] Cristóbal Colón, *Memorial para los Reyes Católicos*, en <www.artic.ua.es/biblioteca/u53/documentos/1142.doc>.

[838] Ibíd.

[839] Ibíd.

[840] Ibíd.

[841] León, «Segundo viaje», p. 287.

[842] Ibíd. Colón, *Memorial*.

[843] Rumeu de Armas, *Política*, pp. 314-315, 318, 341, 366-372 y 396.

[844] Oviedo, *Cámara*, p. 122 (citando a Rafael Domínguez Casas, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos*, Madrid, Alpuerto, 1993, p. 247).

[845] Véase Ildefonso Gutiérrez Azopardo, «Los papas en los inicios de la trata negrera», en <www.africafundacion.org/spip.php?article1847>.

[846] Ibíd.

[847] León, «Segundo viaje», pp. 290-292. Colón, *Memorial*.

[848] León, «Segundo viaje», p. 301.

[849] Ibíd., pp. 310-318 y 325.

[850] Ibíd., pp. 328-341, 348 y 358.

[851] Ibíd., pp. 382, 395 y 399-402. «Treaty between Spain and Portugal at Tordesillas», 7 de junio de 1494, en Frances Gardiner Davenport, *European Treaties Bearing on the History of the United States to 1648*, Washington, Carnegie Institution, 1917, en <avalon.law.yale.edu/15th_century/mod001.asp>.

[852] Gil y Varela, eds., *Cartas*, p. 226.

[853] Ibíd., pp. 228-230.

[854] León, «Segundo viaje», pp. 451 y 453.

[855] Ibíd., pp. 412-415 y 422.

[856] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, cap. 100, pp. 73-74.

[857] León, «Segundo viaje», pp. 424-429 (citando a Colón, *Carta relación del segundo viaje explorador al interior de La Española*), 435 y 440-443.

[858] Ibíd., pp. 419-420. Navarrete, *Documentos*, vol. 1, p. 177.

[859] León, «Segundo viaje», pp. 420, 440 y 467.

[860] Ibíd., pp. 450, 453, 457-460 y 474-477. Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 111. Gil y Varela, eds., *Cartas*, pp. 264-265.

[861] León, «Segundo viaje», pp. 445 y 468. Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 113-114.

[862] León, «Segundo viaje», pp. 462-465. Navarrete, *Viajes*, vol. 1, p. 186.

[863] León, «Segundo viaje», pp. 468-470.

[864] Ibíd., pp. 471-472 y 479.

[865] Rumeu de Armas, *Cristóbal Colón*, vol. 1, pp. 308-309.

[866] Raúl Aguilar Rodas, *Cristóbal Colón. Realidad y ficción tras 500 años de su muerte, 1506-2006*, Medellín, Panibérica, 2006, pp. 89-90.

[867] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 116-120. Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, p. 133.

[868] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 197.

[869] Navarrete, *Documentos*, vol. 1, p. 392.

[870] Ibíd., p. 393.

[871] Ibíd., p. 394.

[872] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 117 y 122. Laurence Bergreen, *Columbus. The Four Voyages*, Nueva York, Viking Penguin, 2011, p. 323.

[873] Navarrete, *Viajes*, vol. 3, pp. 506-507.

[874] Varela, ed., *Textos y documentos*, pp. 238-239. Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 123-129. Bergreen, *Columbus*, p. 248. Felipe Fernández-Armesto, *Colón*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 187.

[875] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 129.

[876] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 203.

[877] Fernández-Armesto, *Columbus*, pp. 129-131. Fernández-Armesto, *Colón*, p. 194.

[878] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, cap. 148. Bergreen, *Columbus*, pp. 249 y 254.

[879] Varela, *Bobadilla*, p. 43. Gil y Varela, *Cartas*, pp. 271-276. Varela, ed., *Textos y documentos*, pp. 255-256. Bergreen, *Columbus*, p. 260.

[880] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, cap. 155.

[881] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 256.

[882] Varela, *Bobadilla*, p. 39. George J. Armelagos *et al.*, «The Science Behind Pre-Columbian Evidence of Syphilis in Europe», *Evolutionary Anthropology*, vol. 21, n.º 2 (2012), pp. 50-57. Nathan Nunn y Nancy Qian, «The Columbian Exchange. A History of Disease, Food, and Ideas», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 24, n.º 2 (2010), pp. 163-188.

[883] Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 178.

[884] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 258.

[885] Varela, *Bobadilla*, pp. 44-45. Fernández-Armesto, *Columbus*, p. 135 (citando a Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, p. 257).

[886] Varela, *Bobadilla*, p. 52.

[887] Ibíd., pp. 53-54.

[888] Gil y Varela, *Cartas*, p. 329.

[889] Varela, *Bobadilla*, pp. 72-73 y 85.

[890] Ibíd., pp. 98-100 y 104-105.

[891] Ibíd., pp. 111-114 y 119.

[892] Ibíd., pp. 112-116.

[893] Rumeu de Armas, *Política*, p. 396.

[894] Navarrete, *Viajes*, vol. 2, p. 331. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 231.

[895] Varela, *Bobadilla*, p. 116.

[896] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 231.

[897] Ibíd., pp. 226-227.

[898] Varela, *Bobadilla*, p. 168. Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, pp. 511-512.

[899] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 264.

[900] Ibíd.

[901] Navarrete, *Viajes*, vol. 1, p. 421.

[902] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 271.

[903] Varela, *Bobadilla*, pp. 169-171. León, «Segundo viaje», pp. 85-86.

[904] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 303. Cristóbal Colón, *Carta a los reyes*, en <www.ems.kcl.ac.uk/content/etext/e023.html>.

[905] Varela, *Bobadilla*, pp. 171-174.

[906] Varela, ed., *Los cuatro viajes*, pp. 29-32. Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, p. 221. Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 317.

[907] Varela, ed., *Textos y documentos*, p. 317.

[908] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 2, cap. 5. Varela, *Bobadilla*, p. 172. Fernández-Armesto, *Columbus on Himself*, pp. 220-221. Clarence H. Haring, «American Gold and Silver Production in the First Half of the 16th Century», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 29, n.º 3 (mayo de 1915), p. 465.

[909] Varela, ed., *Los cuatro viajes*, pp. 31-32.

[910] Gil y Varela, *Cartas*, p. 501.

[911] Varela, ed., *Textos y documentos*, pp. 328-329.

[912] Luis Suárez Fernández, *El camino hacia Europa*, Madrid, Rialp, 1990, p. 15. Johann Burchard, en *The Court of the Borgia*, Geoffrey Parker, ed., Londres, Folio Society, 2002, pp. 64-67.

[913] Christopher Hibbert, *The Borgias*, Londres, Constable, 2011 (ed. electrónica para Kindle), pp. 47-50.

[914] Burchard, *Borgia*, pp. 64-67.

[915] Mary Hollingsworth, *The Borgias. History's Most Notorious Dynasty*, Londres, Quercus, 2011 (ed. electrónica para Kindle), loc. 1660. [trad. directa del original en italiano: Francesco Guicciardini, *Storia d'Italia*, lib. I, cap. III, en <https://it.wikisource.org/wiki/Storia_d%27Italia/Libro_I/Capitolo_III> *(N. del T.).*]

[916] Ibíd., loc. 1404.

[917] Hibbert, *Borgias*, p. 50. [trad. cast. del original en latín de Girolamo Porcari en L. Pastor, *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*; vol. V: *Inocencio VIII y Alejandro VI (1484-1503)*, Barcelona, Gustavo Gili, 1911, p. 388 *(N. del T.).*]

[918] Ibíd., pp. 51-52.

[919] Suárez, *Europa*, pp. 13-15 y 23-29. Córdova, *La corte*, p. 275.

[920] Córdova, *Alejandro VI*, pp. 236 y 476.

[921] Suárez, *Europa*, p. 25, n. 42 (autocitándose, *Política internacional*, vol. 3, p. 105, n. 52). Córdova, *Alejandro VI*, p. 276.

[922] Suárez, *Europa*, pp. 13-15, 18, 26, 34, 48, 56, 95 y 198.

[923] Burchard, *Borgia*, pp. 91-120. Hollingsworth, *Borgias*, locs. 1792-1884.

[924] Luis Suárez Fernández, «La declaración de guerra a Francia por parte de los Reyes Católicos en 1494», *Archivum*, n.º 12 (1962), pp. 204 y 207-209. Suárez, *Europa*, pp. 50-56. Hollingsworth, *Borgias*, locs. 1923-1943. Antonio Rodríguez Villa, *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, Bailly, 1908, p. 30.

[925] Suárez, *Europa*, p. 72.

[926] Ibíd., p. 64.

[927] *CSP Spain*, vol. 1, pp. 43-51.

[928] Ibíd. Suárez, *Camino*, p. 28.

[929] *CSP Spain*, vol. 1, pp. 107-114.

[930] Ibíd.

[931] Suárez, *Europa*, p. 103.

[932] Ibíd., pp. 26-27, 34, 48 y 56. Suárez, «La declaración de guerra», p. 195. Aram, *Juana the Mad*, p. 186.

[933] Suárez, *Europa*, pp. 67-68, 82 y 86. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 891.

[934] Manso Porto, en Suárez y Manso Porto, eds., *Isabel la Católica*, pp. 194-195. Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros*, p. 23. Oviedo, *Quinquagenas*, vol. 1, pp. 481-486. Córdova, *La corte*, pp. 74 y 299. Oviedo, *Cámara*, p. 107.

[935] Alvar Ezquerra, *Isabel la Católica*, p. 132 (citando a Mártir de Anglería, *Epistolario*). Córdova, *Alejandro VI*, p. 867.

[936] Anglería, *Epistolario*, carta 171.

[937] Ibíd.

[938] Luis Suárez Fernández, *Política internacional de Isabel la Católica*, 6 vols., Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1965-1972, vol. 4, p. 698. Soyer, *Persecution*, p. 173.

[939] Lalaing en Emilio García Rodríguez, «Toledo y sus visitantes extranjeros hasta 1561», *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, n.º 1 (1955), p. 26.

[940] Anglería, *Epistolario*, carta 374.

[941] De la Torre y Suárez, *Documentos Portugal*, vol. 3, pp. 13-18. Suárez, *Europa*, pp. 110-112. Soyer, *Persecution*, p. 239. Liske, *Viajes*, p. 64.

[942] De la Torre y Suárez, *Documentos Portugal*, vol. 3, p. 13.

[943] Soyer, *Persecution*, pp. 122, 188-190 y 230-238.

[944] Ibíd., p. 192.

[945] Ibíd., pp. 14, 192, 194, 206 y 209.

[946] Gross, *Iberian Jewry*, p. 9.

[947] Soyer, *Persecution*, pp. 16 y 207.

[948] Ibíd., pp. 210 y 217.

[949] Ibíd., p. 213.

[950] Ibíd.

[951] Gross, *Iberian Jewry*, p. 10. Soyer, *Persecution*, p. 229.

[952] De la Torre y Suárez, *Documentos Portugal*, vol. 3, p. 10. Soyer, *Persecution*, pp. 263-268.

[953] Véase Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, París, Louis Michaud, s. f.; disponible online en <www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-libro-de-buen-amor--0/html>.

[954] María Sabina Álvarez Bezos, «Violencia contra las mujeres en la Castilla del final de la Edad Media. Documentos para el estudio de las mujeres como protagonistas de su historia», tesis doctoral, Universidad de Valladolid, 2013, pp. 293-297; disponible online en <https://uvadoc.uva.es/bitstream/10324/4413/1/TESIS472-140224.pdf>.

[955] Córdova, *Alejandro VI*, pp. 624-625.

[956] Sánchez Herrero, «Amantes, barraganas», p. 137.

[957] Navagero en Einghen, *Viajes*, p. 254. Münzer, *Viaje*, p. 247. Córdova, *Alejandro VI*, p. 656.

[958] Palencia, *Crónica de Enrique IV*, década 1, lib. 5, cap. 8. Lucio Marineo Sículo, *Vida y hechos de los Reyes Católicos*, Madrid, Atlas, 1943, pp. 73-74. Córdova, *Alejandro VI*, pp. 541-542.

[959] Palencia, *Crónica de Enrique IV*, década 1, lib. 7, cap. 4. Córdova, *Alejandro VI*, p. 269 (citando a Wolfgang Reinhard, «Le népotisme. Fonctions et avatars d'une constante de l'histoire pontificale», en *Papauté, confessions, modernité*, París, EHESS, 1998, pp. 69-98).

[960] Córdova, *Alejandro VI*, pp. 276, 569-572, 608 y 611. Lunenfeld, *Hermandad*, p. 212.

[961] *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, p. 144. Córdova, *Alejandro VI*, pp. 625 y 629. Álvarez Bezos, «Violencia contra las mujeres», pp. 299-305.

[962] Edwards, *Isabel la Católica*, pp. 181-182 y 192.

[963] Popplau en Liske, *Viajes*, p. 8.

[964] Íñigo de Mendoza, *Coplas de Vita Christi*, en <http://revistaliterariakatharsis.org/Coplas_de_Vita.pdf>.

[965] Córdova, *Alejandro VI*, p. 643.

[966] Ibíd., pp. 646-650.

[967] Ibíd., pp. 667-669.

[968] Ibíd., pp. 667-670.

[969] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 202.

[970] Córdova, *Alejandro VI*, pp. 542-560 y 673.

[971] Alonso de Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo, ed., Sevilla, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1951, cap. 32. Miguel Ángel Ladero Quesada, *La Armada de Flandes. Un episodio en la política naval de los Reyes Católicos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2003, pp. 86 y 104. Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 115 y 127.

[972] Münzer, *Viaje*, p. 44.

[973] Fernando Checa Cremades, ed., *Isabel la Católica. Magnificencia de un reinado. Quinto centenario de Isabel la Católica, 1504-2004*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, p. 303. Ladero Quesada, *La Armada*, pp. 95-96, 148 y 160-162. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 128.

[974] María Montserrat León Guerrero, «La Armada de Flandes y el viaje de la princesa Juana», *Revista de Estudios Colombinos*, n.º 5 (2009), p. 57. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 128.

[975] León, «La Armada de Flandes», p. 57.

[976] Ladero Quesada, *La Armada*, pp. 63 y 128.

[977] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 128-30. Ladero Quesada, *La Armada*, p. 92.

[978] Oviedo, *Cámara*, p. 165. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 132.

[979] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 131.

[980] Antonio Rumeu de Armas, *Itinerario de los Reyes Católicos, 1474-1516*, Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, Biblioteca Reyes Católicos, 1974,

pp. 227-228. Santa Cruz, *Crónica*, cap. 32. Suárez, *Camino*, pp. 82-83. Edwards, *Isabel la Católica*, pp. 154-155.

[981] Suárez, *Política internacional*, vol. 4, doc. 177.

[982] Santa Cruz, *Crónica*, cap. 32. Ladero Quesada, *La Armada*, pp. 86 y 104. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 127. Suárez, *Política internacional*, vol. 4, doc. 178.

[983] Santa Cruz, *Crónica*, cap. 32. Ladero Quesada, *La Armada*, pp. 14 y 104. Suárez, *Política internacional*, vol. 4, doc. 183.

[984] *CSP Spain*, apéndice, pp. 54-62. Aram, *Juana the Mad*, pp. 35-36, 42 y 54. Antonio Rodríguez Villa, *La reina Doña Juana la Loca. Estudio histórico*, Madrid, Librería Murillo, 1892, pp. 185 y 199.

[985] Miguel Ángel Zalama Rodríguez, «Colón y Juana I. Los viajes por mar de la reina entre España y los Países Bajos», *Revista de Estudios Colombinos*, n.º 5 (2009), p. 42. Duque de Berwick y de Alba, ed., *Correspondencia de Gutierre Gómez de Fuensalida. Embajador en Alemania, Flandes e Inglaterra (1496-1509)*, Madrid, Imprenta Alemana, 1907, p. IX.

[986] Jean Molinet, *Chroniques*, París, 1828, vol. 5, p. 64. Suárez, *Europa*, p. 108.

[987] Molinet, *Chroniques*, p. 64. Suárez, *Europa*, p. 108.

[988] Berwick, *Correspondencia*, p. IX. Vicente Rodríguez Valencia, *Isabel la Católica en la opinión de españoles y extranjeros. Siglos xv al xx*; vol. 1: *Siglos xv al xvi*, Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1970, p. 20. Aram, *Juana the Mad*, pp. 34-35, 41, 47 y 77. Suárez, *Política internacional*, vol. 4, doc. 188.

[989] Molinet, *Chroniques*, p. 64. Suárez, *Política internacional*, vol. 5, docs. 72 y 100. Aram, *Juana the Mad*, p. 42. Ladero Quesada, *La Armada*, pp. 114 y 134.

[990] Fuensalida, *Correspondencia*, pp. 139 y 143.

[991] Marino Sanuto, *I diarii di Marino Sanuto*, Venecia, Fratelli Visentini Tipografi Editori, 1879-1886, vol. 1, pp. 620-623. Santa Cruz, *Crónica*, pp. 164-165.

[992] Santa Cruz, *Crónica*, pp. 164-165. Córdova, *La corte*, pp. 289 y 403. Garrett Mattingly, *Catherine of Aragon*, Londres, Jonathan Cape, 1942, p. 22. García Rodríguez, «Toledo y sus visitantes», p. 17. Fernández-Armesto, *Ferdinand and Isabella*, p. 108.

[993] Mattingly, *Catherine of Aragon*, p. 22.

[994] Oviedo, *Cámara*, p. 158.

[995] Ibíd., p. 111.

[996] Córdova, *La corte*, p. 150.

[997] Oviedo, *Cámara*, pp. 197-198. Córdova, *La corte*, p. 150. Juana María Arcelus, «La desconocida librería de Isabel la Católica», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Miquel Manzanaro, eds., Alicante, 2005, vol. 1, pp. 296-297.

[998] Azcona, «El príncipe don Juan», p. 223.

[999] Ibíd., pp. 224-225. De la Torre, *Gonzalo de Baeza*, vol. 2, pp. 50-52. Oviedo, *Cámara*, p. 129.

[1000] Oviedo, *Cámara*, p. 111.

[1001] Arcelus, «La desconocida librería», p. 299. Azcona, «El príncipe don Juan», pp. 226-227. Véase también Weissberger, *Isabel Rules*.

[1002] Córdova, *La corte*, p. 150 (citando *Blasón General*, fol. 18).

[1003] Azcona, «El príncipe don Juan», p. 243.

[1004] Mártir de Anglería, *Epistolario*, cartas 176, 334 y 335. Ángel Rodríguez Sánchez, «La muerte del Príncipe de Asturias, Señor de Salamanca», *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 57, n.º 1 (2001), p. 30.

[1005] Miguel Ángel Pérez Priego, «Historia y literatura en torno al príncipe D. Juan, la "Representación sobre el poder del Amor" de Juan del Encina», en R. Beltrán, J. L. Canet y J. L. Sirera, eds., *Historias y ficciones. Coloquio sobre la literatura del siglo xv*, Valencia, Universitat de València. Departament de Filologia Espanyola, 1992, pp. 337-349.

[1006] Suárez y Manso Porto, *Isabel la Católica*, p. 85. Azcona, «El príncipe don Juan», p. 235.

[1007] Anglería, *Epistolario*, carta 335.

[1008] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 153. Rodríguez Sánchez, «La muerte del Príncipe de Asturias», pp. 32 y 44. Rumeu de Armas, *Itinerario*, p. 237. Santa Cruz, *Crónica*, p. 167.

[1009] Azcona, «El príncipe don Juan», pp. 234-236.

[1010] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 154.

[1011] Azcona, «El príncipe don Juan», p. 237. Arcadio de Larrea Palacios, *El cancionero judío del norte de Marruecos*, Madrid, Consejo Superior de

Investigaciones Científicas, 1952, pp. 68-69.

[1012] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 878 (citando el *Libro de Cédulas* 2-2, fol. 325).

[1013] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 155.

[1014] Anglería, *Epistolario*, carta 183.

[1015] Pérez, *Isabel y Fernando*, p. 217.

[1016] Oviedo, *Cámara*, pp. 135 y 136.

[1017] Rafael Ramírez de Arellano, *Historia de Córdoba desde su fundación hasta la muerte de Isabel la Católica*, Ciudad Real, Tipografía del Hospicio Provincial, 1919, vol. 4, p. 354. Pérez Priego, «Historia y literatura», p. 341.

[1018] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 879, n. 16 (citando a Arellano, *Historia de Córdoba*, vol. 4, pp. 285-288). Arellano, *Historia de Córdoba*, vol. 4, pp. 354-357.

[1019] Berwick, *Gutierre Gómez*, p. 7.

[1020] Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 1, cap. 126.

[1021] Luis Suárez Fernández, «1500. Un giro radical en la política de los Reyes Católicos», *En la España Medieval*, n.º 9 (1986), p. 1.257.

[1022] Anglería, *Epistolario*, carta 374.

[1023] Ibíd., cartas 373-374.

[1024] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 713.

[1025] Münzer, *Viaje*, pp. 33-35. Rumeu de Armas, *Itinerario*, p. 254.

[1026] Anglería, *Epistolario*, vol. 1, p. 179. Münzer, *Viaje*, pp. 105, 113, 115 y 127. García Luján, *Generalife*, p. 11.

[1027] Irwin, *The Alhambra*, p. 55.

[1028] Poutrin Reyes, «Los derechos de los vencidos», pp. 13-18.

[1029] Anglería, *Epistolario*, carta 199. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 529 y 880. Rumeu de Armas, *Itinerario*, p. 274.

[1030] De la Torre y Suárez, *Documentos Portugal*, vol. 3, p. 30. Soyer, *Persecution*, p. 278.

[1031] De la Torre y Suárez, *Documentos Portugal*, vol. 3, p. 30. Soyer, *Persecution*, pp. 278-279. De Góis, *Crónica*, pp. 224-227.

[1032] Poutrin, «Los derechos de los vencidos», p. 18.

[1033] Soyer, *Persecution*, pp. 278-279.

[1034] Anglería, *Epistolario*, carta 216.

[1035] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 154. Anglería, *Epistolario*, carta 216. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 526 y 529.

[1036] Burchard, *Borgia*, pp. 144-146.

[1037] Ibíd.

[1038] Hibbert, *Borgias*, p. 112.

[1039] Hollingsworth, *Borgias*, locs. 2128-2139.

[1040] Ibíd., locs. 2268-2287. Hibbert, *Borgias*, p. 119. Córdova, *Alejandro VI*, p. 399.

[1041] Córdova, *Alejandro VI*, p. 397.

[1042] Hollingsworth, *Borgias*, loc. 2307.

[1043] Córdova, *Alejandro VI*, p. 400.

[1044] Suárez, «1500», p. 1.265. Hollingsworth, *Borgias*, loc. 2503. [Trad. cast.: Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, cap. XII, Madrid, Alianza, 2010. *(N. del T.).*]

[1045] National Archives, PRO 31/11. *CSP Spain*, vol. 1, pp. 152, 156, 185-186 y 198.

[1046] Mary Anne Everett Wood Green, *Letters of Royal and Illustrious Ladies of Great Britain*, 3 vols., Londres, Henry Colburn, 1846, vol. 1, p. 122. *CSP Spain*, vol. 1, p. 164.

[1047] National Archives, PRO 31/11. *CSP Spain*, vol. 1, pp. XCI y 207.

[1048] De la Torre, *Gonzalo de Baeza*, pp. 266, 297 y 428. Francisco Javier Sánchez Cantón, *Maestre Nicolás Francés*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez, 1964, pp. 41-65.

[1049] National Archives, PRO 31/11/3. *CSP Spain*, vol. 1, pp. 163, 179, 226, 258 y 305. Mattingly, *Catherine of Aragon*, p. 26. Alvar Ezquerra, *Isabel la Católica*, p. 322.

[1050] Thomas More [Tomás Moro], *Selected Letters*, Elizabeth Frances Rogers, ed., New Haven, Yale University Press, 1961, p. 2.

[1051] Gordon Kipling, ed., *The Receyt of The Ladie Kateryne*, Oxford, Oxford University Press for the Early English Text Society, 1990, p. 41.

[1052] Real Academia de Historia, ms. 9-4674 (Veruela).

[1053] Edward Hall, *Hall's Chronicle — The Union of the Two Noble and Illustre Families of Lancaster and Yorke (1548)*, Londres, J. Johnson, 1809, p. 494.

[1054] *CSP Spain*, vol. 1, p. 278. Córdova, *La corte*, p. 86.

[1055] *CSP Spain*, vol. 1, p. 360. National Archives, PRO 31/11/4.

[1056] A. H. Thomas e I. D. Thornley, eds., *The Great Chronicle of London*, Gloucester, Alan Sutton, 1983, p. 323.

[1057] Nicholas Pocock, ed., *Records of the Reformation. The Divorce, 1527-33*, Oxford, Clarendon Press, 1870, vol. 2, pp. 426-428.

[1058] Tremlett, *Catherine of Aragon*, pp. 63 y 104.

[1059] *CSP Spain*, vol. 4, p. 572.

[1060] Stephan Ehses, ed., *Römische Dokumente zur Geschichte der Ehescheidung Heinrichs VIII von England*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1893, p. XLIII. J. J. Scarisbrick, *Henry the Eighth*, Londres, Eyre Methuen, 1981, pp. 9-10.

[1061] Lalaing, «Relato», pp. 247-248.

[1062] Ibíd., p. 497.

[1063] Popplau en Liske, *Viajes*, p. 54.

[1064] Münzer, *Viaje*, pp. 93-97, 103 y 127.

[1065] Poutrin Reyes, «Los derechos de los vencidos», pp. 13-20.

[1066] Navagero en Einghen, *Viajes*, p. 246. Noelia Silva Santa-Cruz, «Maurofilia y mudejarismo en época de Isabel la Católica», en Checa, ed., *Magnificencia*, pp. 143-145. Bernabé Cabañero Subiza, «La Aljafería de Zaragoza», *Artigrama*, n.º 22 (2007), p. 107.

[1067] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 159-161. Miguel Ángel Ladero Quesada, «Los mudéjares de Castilla cuarenta años después», *En la España Medieval*, n.º 33 (2010), p. 389.

[1068] Miguel Ángel Ladero Quesada, *Los mudéjares de Castilla en tiempos de Isabel I*, Madrid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1969, pp. 17-19. Jean-Pierre Molénat, «Hornachos fin XVe-début XVIe siècles», *En la España Medieval*, n.º 31 (2008), pp. 161-176.

[1069] Isabel Montes Romero-Camacho, «Las comunidades mudéjares en la Corona de Castilla durante el siglo XV», en *De mudéjares a moriscos. Una conversión forzada. Actas*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, Centro de Estudios Mudéjares, 2002, p. 461. Serafín de Tapia Sánchez, «Los mudéjares de la Extremadura castellano-leonesa. Notas sobre una minoría dócil (1085-1502)», *Studia Historica*, n.º 7 (1989), pp. 109-110. Serafín de Tapia Sánchez, «Los judíos de Ávila en vísperas de la expulsión», *Sefarad*, vol. 57, n.º 1 (1997), pp. 136 y 145.

[1070] MacKay, *Spain in the Middle Ages*, pp. 215-218.

[1071] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 176 (citando a Anónimo, *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo*, Granada, Universidad de Granada, 2009).

[1072] Anónimo, *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo*, pp. 98-100 y 111-112. José Julio Martín Romero, «El condestable Miguel Lucas en

su crónica», *Revista de Filología Española*, n.º 91 (2011), pp. 129-158.

[1073] Silva Santa-Cruz, «Maurofilia y mudejarismo», pp. 145 y 143. Gonzalo Menéndez Pidal, *La España del siglo xiii. Leída en imágenes*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1986, pp. 94-95.

[1074] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 176 y 185-188. Córdova, *La corte*, p. 286.

[1075] Silva Santa-Cruz, «Maurofilia y mudejarismo», pp. 145 y 143-144. Barbara Fuchs, *Exotic Nation. Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2009, p. 70.

[1076] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 159.

[1077] Münzer, *Viaje*, pp. XVI y 209.

[1078] Liske, *Viajes*, pp. 55-56.

[1079] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 159-161. José Bordes y Enrique Sanz, «El protagonismo mudéjar en el comercio entre Valencia y el norte de África», en *De mudéjares a moriscos*, pp. 275-281.

[1080] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 162.

[1081] Ibíd., pp. 161-162. Van Koningsveld y Wiegers, «The Islamic Statute», pp. 19-58. P. S. Koningsveld y G. A. Wiegers, «Islam in Spain during the Early Sixteenth Century. The Views of Four Chief Judges in Cairo», *Orientations*, n.º 4 (1996), p. 140.

[1082] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 158-162. Koningsveld y Wiegers, «Islam in Spain», p. 137.

[1083] Soyer, *Persecution*, pp. 260-261 (citando a De Góis, *Crónica*, vol. 1, p. 43).

[1084] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 160.

[1085] Ibíd., pp. 159-162. Ladero Quesada, *Mudéjares*, p. 203.

[1086] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 170, 186-188 y 200.

[1087] Véase François Martínez, «Talavera/Cisneros. Dos posturas diferentes con un mismo fin ideológico», en Edmond Cros, Blanca Cárdenas Fernández y Juan Carlos González Vidal, eds., *Actas del IX Congreso Internacional de Sociocrítica*, Morelia, Universidad Michoacana, 2005. Luis del Mármol Carvajal, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1797, p. 58.

[1088] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 203.

[1089] Ibíd., pp. 178-179.

[1090] Ibíd., pp. 196-201 y 254. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 681 y 685. Córdova, *La corte*, pp. 671-672.

[1091] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 686.

[1092] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 164, 170, 174. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 686-687, 689n. Véase también Martínez, «Talavera/Cisneros».

[1093] Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 687-9. Tarsicio Herrero del Collado, *Talavera y Cisneros. Dos vivencias socio-religiosas en la conversión de los moros de Granada*, Madrid, Darek-Nyumba, 2001, p. 27. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 171.

[1094] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 689.

[1095] Herrero del Collado, *Talavera y Cisneros*, pp. 20 y 64.

[1096] Ibíd., pp. 20-21 y 64. Alonso Fernández de Madrid, *Fray Hernando de Talavera*, Granada, Archivium, 1992, pp. LXIII-LXX, 47 y 105. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 171. Miguel Ángel Ladero Quesada, «Los bautismos de los musulmanes granadinos en 1500», en *De mudéjares a moriscos*, p. 489.

[1097] L. P. Harvey, *Muslims in Spain, 1500 to 1614*, Chicago, University of Chicago Press, 2005, pp. 29-30. Pastore en Hernando de Talavera, *Católica impugnación*, p. XXXIX. Martínez, «Talavera/Cisneros», p. 6.

[1098] Ladero Quesada, *Mudéjares*, pp. 229-230. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 691-692.

[1099] Ladero Quesada, *Mudéjares*, p. 228. Martínez, «Talavera/Cisneros», p. 8. Fernández de Madrid, *Fray Hernando de Talavera*, p. 56. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 171. Harvey, *Muslims in Spain*, pp. 29-30. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 692.

[1100] Ladero Quesada, «Bautismos», pp. 494-495, 509-539 y 542.

[1101] María Martínez, «La creación de una moda propia en la España de los Reyes Católicos», *Aragón en la Edad Media*, n.º 19 (2006), p. 380.

[1102] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 692. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 171.

[1103] Bernáldez, *Reyes Católicos*, cap. 160.

[1104] Ladero Quesada, *Mudéjares*, p. 238.

[1105] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 695.

[1106] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 172. Ladero Quesada, «Bautismos», p. 491.

[1107] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 233.

[1108] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 696.

[1109] Ladero Quesada, «Bautismos», p. 492.

[1110] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 172. Ladero Quesada, «Bautismos», p. 492.

[1111] Herrero del Collado, *Talavera y Cisneros*. Martínez, «Talavera/Cisneros», p. 5.

[1112] Ladero Quesada, «Bautismos», p. 493.

[1113] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 171-172. Ladero Quesada, *Mudéjares*, pp. 237 y 305. Ladero Quesada, «Bautismos», p. 486. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 692.

[1114] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 172-173. Ladero Quesada, *Mudéjares*, pp. 241-242.

[1115] Carrasco Manchado, «Discurso político», pp. 226-227.

[1116] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 697.

[1117] Emilio Meneses García, *Correspondencia del conde de Tendilla. Biografía, estudio y transcripción*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1973, vol. 1, pp. 299-300. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 698. Ladero Quesada, *Mudéjares*, pp. 318-319.

[1118] Daniel Eisenberg, «Cisneros y la quema de los manuscritos granadinos», *Journal of Hispanic Philology*, vol. 16 (1992), pp. 107-124

(citando a sus contemporáneos Juan de Vallejo y Alvar Gómez de Castro).

[1119] Herrero del Collado, *Talavera y Cisneros*, p. 51.

[1120] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 698.

[1121] Carrasco Manchado, «Discurso», pp. 228-230, 234 y doc. 64.

[1122] Ibíd., p. 234. Ladero Quesada, *Mudéjares*, p. 314.

[1123] Soyer, *Persecution*, pp. 279-281.

[1124] Machiavelli [Maquiavelo], *The Prince*, p. 120 [*El príncipe*, cap. XXI]. Ladero Quesada, «Los mudéjares de Castilla», pp. 389-390. Azcona, *Isabel la Católica*, pp. 699-701. Anónimo, *Tomo segundo de las Leyes de Recopilación, que contiene los libros sexto, séptimo, octavo i nono*, Madrid, Herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, 1772, p. 321.

[1125] Carrasco Manchado, «Discurso», pp. 237-239.

[1126] Ibíd., p. 238.

[1127] Mármol Carvajal, *Rebelión y castigo*, pp. 123-365.

[1128] Anglería, *Epistolario*, carta 215. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 702.

[1129] Luis García y García, *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto, según la «Legatio Babylonica» y el «Opus epistolarum» de Pedro Mártir de Anglería*, Valladolid, Instituto Jerónimo Zurita, 1947, pp. 32-50.

[1130] Ibíd., pp. 32, 39-42, 48, 50, 52 y 212. Anglería, *Epistolario*, carta 223, citada en Manuel Moreno Alonso, «El mundo por descubrir en la historiografía del Descubrimiento», en *Congreso de Historia del Descubrimiento (1492-1556). Actas*, 1992, vol. 4, p. 304. Suárez, *Expansión*, p. 221. Antonio de la Torre, *Documentos sobre relaciones*

internacionales de los Reyes Católicos, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Marcelino Menéndez Pelayo, 1951, vol. 6, pp. 266-270.

[1131] Münzer, *Viaje*, pp. XVI y 209.

[1132] Van Koningsveld y Wiegers, «Islam in Spain», p. 138. Monroe, «A Curious Morisco Appeal», pp. 281-303. [Mercedes García-Arenal, trad., *Los moriscos*, p. 35 *(N. del T.)*.]

[1133] García y García, *Una embajada*, pp. 80, 82, 84, 98 y 143.

[1134] Ibíd., pp. 92, 98, 106, 122, 142-144 y 150.

[1135] Ibíd., p. 152.

[1136] Ibíd., pp. 158-164.

[1137] Ibíd., p. 168. Luis Suárez Fernández, «Las relaciones de los Reyes Católicos con Egipto», *En la España Medieval*, n.º 1 (1980), p. 512.

[1138] García y García, *Una embajada*, p. 170. Agustín Arce, «Presencia de España en Jerusalén», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 173 (1976), pp. 471-472. Suárez, «Las relaciones», p. 514.

[1139] García y García, *Una embajada*, pp. 170-174 y 212. Suárez, «Las relaciones», pp. 514 y 519.

[1140] Suárez, *Expansión*, p. 222.

[1141] Aram, *Juana the Mad*, p. 53.

[1142] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 134.

[1143] Aram, *Juana the Mad*, p. 53.

[1144] Ibíd., pp. 55-56. Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 134-135. *CSP Spain*, Apéndice, pp. 54-62.

[1145] Suárez, *Camino*, p. 204. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 147. Aram, *Juana the Mad*, p. 56.

[1146] Aram, *Juana the Mad*, pp. 59 y 68.

[1147] Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 147.

[1148] Aram, *Juana the Mad*, p. 56.

[1149] Ibíd., pp. 59-60.

[1150] Navagero en Einghen, *Viajes*, p. 364.

[1151] Lalaing, «Relato», pp. 452 y 481. Lalaing, *Collection des voyages*, p. 150. Suárez, *Europa*, pp. 227 y 245.

[1152] Lalaing, «Relato», pp. 481-486. Checa, ed., *Magnificencia*, p. 294. Aram, *Juana the Mad*, pp. 60-61.

[1153] Ladero Quesada, *Isabel I*, pp. 136 y 147. Suárez, *Europa*, pp. 235-237.

[1154] Lalaing, «Relato», p. 480. Aram, *Juana the Mad*, p. 62.

[1155] Sanuto, *Diarii*, vol. 4, p. 662. Aram, *Juana the Mad*, pp. 62-63. Suárez, *Europa*, pp. 248 y 266. Lalaing, «Relato», pp. 493-494. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 913.

[1156] Aram, *Juana the Mad*, pp. 64 y 69-70. Lalaing, «Relato», p. 495. *Documentos inéditos para la Historia de España*, vol. 10, p. 35, carta 250.

[1157] Aram, *Juana the Mad*, pp. 70-71.

[1158] Ibíd., p. 72 (citando a RAH Salazar A-11, fols. 380v-381). Rodríguez Villa, *Juana la Loca*, p. 82.

[1159] Lorenzo de Padilla, *Crónica de Felipe I, llamado el Hermoso, escrita por don Lorenzo de Padilla y dirigida al emperador Carlos V*, vol. 8 de *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Imprenta de Calero, 1846, pp. 114-115. Rumeu de Armas, *Itinerario*, pp. 287 y 296. Aram, *Juana the Mad*, pp. 69-71. Suárez, *Política internacional*, p. 131. Suárez, *Europa*, pp. 248, 262-265 y 292. Ladero Quesada, *Isabel I*, p. 136.

[1160] Félix de Llanos y Torriglia, «Sobre la fuga frustrada de doña Juana la Loca», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 102 (1933), p. 97.

[1161] Ibíd. Rumeu de Armas, *Itinerario*, pp. 299-300.

[1162] Suárez, *Europa*, pp. 285, 295-299, 308, 310, 313-316 y 319. Anglería, *Epistolario*, pp. 65-67. Padilla, *Crónica*, pp. 114-115.

[1163] Berwick, *Gutierre Gómez*, p. 198. Suárez, *Europa*, pp. 329 y 333-337. Aram, *Juana the Mad*, p. 74.

[1164] Fuensalida, *Correspondencia*, pp. 265, 267 y 297-301.

[1165] Suárez, *Europa*, pp. 297-301 y 339.

[1166] Fuensalida, *Correspondencia*, pp. 297-301.

[1167] Llanos, «Sobre la fuga», p. 259. Suárez, *Camino*, p. 333. Liss, *Isabel*, p. 213.

[1168] Gerardo Moraleja, *Historia de Medina del Campo*, Medina del Campo, Alaguero, 1971, pp. 45, 101, 103 y 149. J. H. Elliott, *Imperial*

Spain 1469-1716, Londres, Pelican, 1970, p. 124.

[1169] Antonio Sánchez del Barrio, *Comercio y ferias en tiempos de Isabel la Católica*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005; disponible online en <www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/comercio-y-ferias-en-tiempos-de-isabel-la-catlica-0/html/>. Edwin S. Hunt y James M. Murray, *A History of Business in Medieval Europe, 1200-1550*, Nueva York, Cambridge University Press, 1999, p. 194. Moraleja, *Historia*, pp. 141, 145 y 149. Elliott, *Imperial Spain*, p. 120.

[1170] Berwick, *Gutierre Gómez*, pp. 286-287.

[1171] Ibíd.

[1172] Norman Davies, *Europe. A History*, Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 383 (citando a Johan Huizinga).

[1173] Martínez, «Talavera/Cisneros», pp. LXVII-LXXI. Ladero Quesada, «Bautismos», p. 489. Herrero del Collado, *Talavera y Cisneros*, p. 64.

[1174] Liss, *Isabel*, p. 402.

[1175] Guicciardini en Einghen, *Viajes*, pp. 211-212.

[1176] Liss, *Isabel*, p. 398.

[1177] Azcona, *Isabel la Católica*, p. 937.

[1178] *CSP Spain*, vol. 1, p. 413. National Archives, PRO 31/11/4. Azcona, *Isabel la Católica*, p. 936.

[1179] Gairdner, *Henry the Seventh*, pp. 415-416. Moraleja, *Historia*, p. 102.

[1180] Simon Barton, *A History of Spain*, Londres, Palgrave Macmillan, 2009, p. 121, citando a Bernal Díaz del Castillo.

[1181] Elliott, *Imperial Spain*, p. 153.

[1182] Aram, *Juana the Mad*, pp. 97-100. Elliott, *Imperial Spain*, p. 142. Hugh Thomas, *The Slave Trade. The History of the Atlantic Slave Trade, 1440-1870*, Weidenfeld & Nicolson, 2015 (ed. electrónica para Kindle), loc. 233.

[1183] Francis Bacon, *The Works of Francis Bacon*, Basil Montagu, ed., Filadelfia, Carey and Hart, 1841, vol. 2, p. 438. Barton, *A History of Spain*, pp. 112-113. Elliott, *Imperial Spain*, pp. 153 y 164.

[1184] Fernández-Armesto, *Pathfinders*, p. 122.

[1185] Una página web dedicada a su causa publica boletines electrónicos dos veces al año en los que los devotos dicen que ha atendido sus plegarias y ha intercedido en su nombre ante Dios para curar enfermedades o para permitirles aprobar exámenes. Se puede ver en <www.reinacatolica.org/>. Según la misma web, la Iglesia española presiona a Roma para que continúe el proceso.